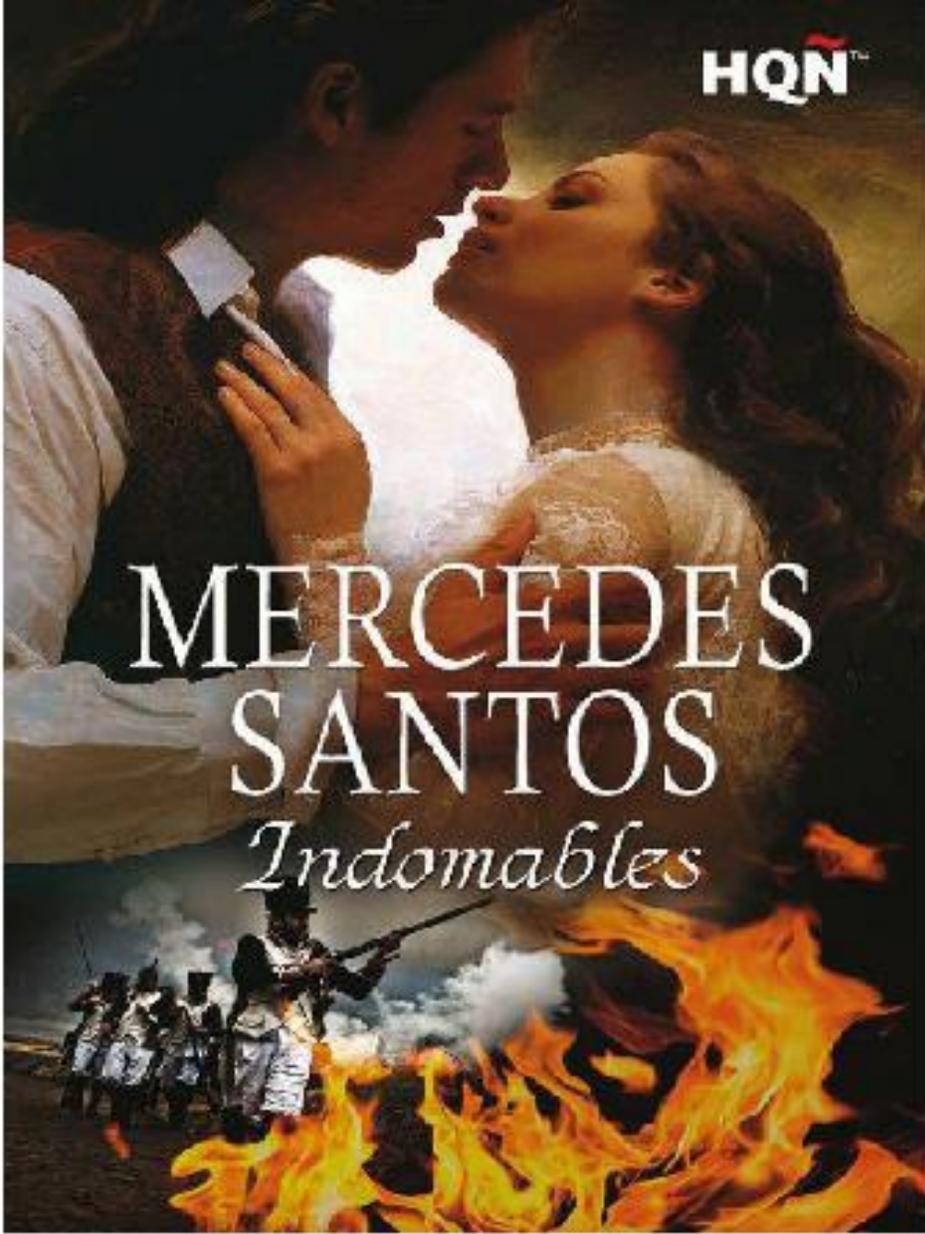


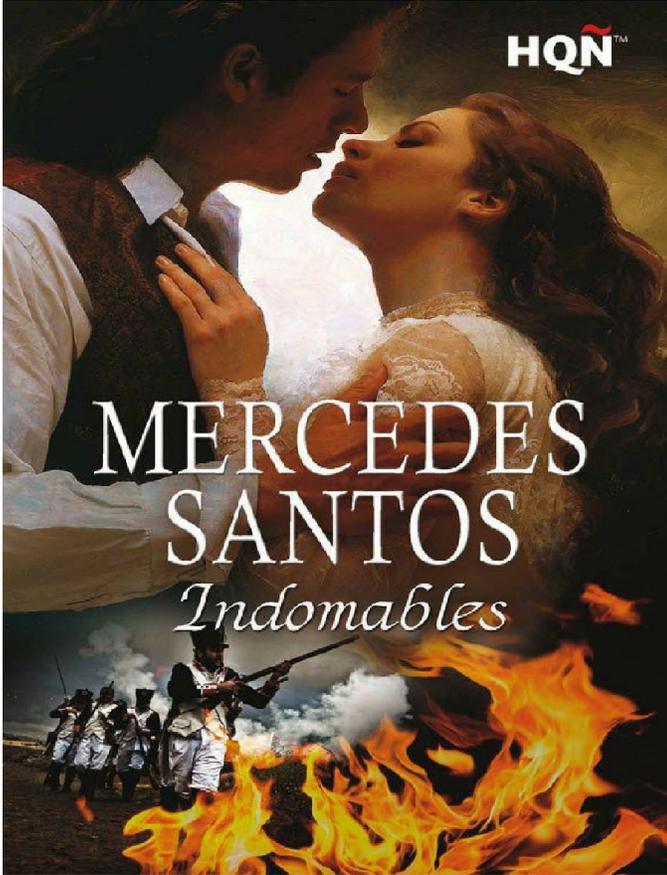
HQN™

MERCEDES
SANTOS
Indomables



HQN™

MERCEDES
SANTOS
Indomables



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
www.harlequinibericaebooks.com

© 2014 Mercedes Santos
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.
Indomables, n.º 26 - marzo 2014

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios

(comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de pareja utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados. Imágenes de fuego y soldados utilizadas con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-4154-3

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño *Dónde con toda seguridad encontrarás una mano que te ayude, es en el extremo de tu propio brazo.*

Napoleón

Un gran país no puede tener una guerra pequeña.

El duque de Wellington

*Admiro a quien se sacrifica por sus ideas... no a quienes
sacrifican a otros por sus ideas.*

Gaspar Melchor de Jovellanos

Primera parte (Madrid, 1808)

Capítulo 1

Madrid, agosto de 1808

Se miró en el espejo y quedó perpleja. Por más que observaba a la elegante joven que se reflejaba en el cristal, Lola no podía reconocerse en ella. Los cabellos oscuros y brillantes, ensortijados en mil grandes rizos, adornaban su cabeza y caían libremente por los hombros, lanzando destellos a la luz de las velas por los diminutos diamantes diseminados por el peinado.

Eran pocos, pero estratégicamente colocados, de forma que parecía una estrella fugaz al moverse ligeramente. El traje de corte imperio —en organdí de seda color rubor lavanda y bordados en gris perla— ensalzaba el tono mate de su piel, sus ojos negros y profundos, su cuerpo esbelto y sus delgadas piernas. Las chinelas, pintadas a juego y con suela de tafilete, eran una delicia. Nunca había tenido ropa como esa y jamás había imaginado que pudiera verse tan hermosa como en aquella calurosa noche estival.

Al acercar su cara a la luneta, y darse los últimos retoques con el afeitado de leche de burra y harina de avena, sintió vértigo de su propio escote que dejaba al descubierto un pecho modelado, sugerente y atractivo, y una piel fina y suave. Todo en la mujer que veía le era ajeno; solo el olor, el rastro de perfume que dejaba tras de sí, le era familiar. Era lo poco de su antiguo yo que la marquesa le había permitido conservar.

—¡Pero qué ordinariez! —le había gritado colérica la dama—. ¡Nada de vestidos paletos que te hagan parecer un saco de mies! ¡La Virgen Santa, qué poco glamur! ¿Cómo vas a hacerte pasar así por una pariente mía? los Monforte siempre hemos tenido un gusto envidiable. Las mujeres de mi familia han sido famosas por su elegancia... sería imposible hacerte pasar por sobrina mía con semejante pinta. Tendremos que trabajar mucho para ponerte a punto; solo espero que sigas al pie de la letra todas mis indicaciones. El trabajo será duro y el tiempo escaso...

—Señora, estoy a su entera disposición y le prometo que me esforzaré al máximo —había contestado ella dócilmente, pero la otra no había terminado

de creérselo.

—Eso es fácil de decir ahora. Supongo que comenzarás con ganas, pero pasará el tiempo y te cansarás, habrá momentos en que me odiarás y te preguntarás qué haces aquí. Bien, pues espero, muchacha, que no te desanimes y continúes con lo que ahora iniciamos. A partir de hoy mismo —dijo mientras le arrancaba de un tirón la pequeña cofia que llevaba en la cabeza—, serás Sol Monforte y Casadomet. Mi sobrina venida de Badajoz. ¡No quiero verte más desarreglada! Espero que sepas estar a la altura.

Y Lola había tragado saliva y puesto cara de circunstancias.

Todavía recordaba aquella mañana mientras seguía embobada en el espejo. Sonrió al recordar aquella primera regañina y cómo inmediatamente después la marquesa se había liado a sacar su modesta ropa del baúl; con cara de asco y echando espumarajos por la boca, la había llamado cateta, zafia del demonio y cien cosas más por el estilo. —Lamento tener que decirte que nada de esto vale. ¿De dónde diablos has sacado esta indumentaria? ¿Y estos zapatos? ¡Señor, señor! Mejores se los regalo yo a mis criados. ¡Retíralo de mi vista inmediatamente! —le gritó.

Lola recogió con las manos toda la ropa desperdigada por la habitación.

—Si quieres pasar por una rica aristócrata no puedes llevar esos harapos. Veamos —seguía cogiendo prenda a prenda y tirándolas todas al suelo con gesto despectivo—. No, no va a valer nada. Necesitarás de todo nuevo: un arsenal de ropa, tratamiento para el cabello, doncellas, baños de espuma que dejen tu piel suave... cuando termines no te reconocerás.

—No creo, señora, que para la misión que me han encomendado necesite tantas cosas —se atrevió a protestar la joven que no quería ser una carga para nadie. Los costes de semejante derroche serían muy elevados.

La marquesa, volviéndose, la mandó callar. Sus marcados rasgos y su nariz huesuda parecían más duros que nunca. Con altivez la miró directamente a los ojos.

—No sabes lo que dices. ¿Crees que espiar es un juego? ¿Que yo malgasto el dinero a lo tonto? No, pequeña. Y por el dinero no te preocupes. Primero, porque lo pagará el Círculo y, segundo, porque es imprescindible. Tienes que dar el pego totalmente. No podemos dejar cabos sueltos. Y en la ropa y la finura de la piel es donde se comprueba quién es una dama.

—¡Yo soy una dama! —contestó malhumorada la joven— esté como esté mi

piel. Y respecto a lo de la ropa, supongo que no todas las cortesanas serán millonarias y podrán derrochar a diestro y siniestro, las habrá más modestas. Además, yo me veo bien con mis vestidos.

—¿Acaso te has visto alguna vez con otros? —contestó en tono desabrido la marquesa— Y no, no hay damas pobres. Al menos, yo no las conozco y, desde luego, ninguna que lleve mi apellido. De todas formas si te incomoda el derroche de dinero, recuerda que no lo haces por ti, lo haces por tu país. En la guerra —le dijo mirándola fijamente— se lucha de muchas maneras, no solo en el frente. Si quieres colaborar y sé que quieres, esta es una de ellas.

Con los trapos, sombreros pasados de moda, zapatos de punteras ligeramente desolladas, cintas de colores, collares y pulseras que Lola guardaba como un tesoro, la marquesa hizo un hatillo y lo metió en un talego; después lo ató fuerte e indicó a su doncella, Paquita, que lo escondiera en algún armario de palacio hasta que Lola terminase su misión y pudiera recogerlo. A esta se le saltaban las lágrimas, se sentía humillada, ofendida por el trato despótico de esa mujer. Deseaba contestar a la soberbia de aquella bruja, e iba a abrir la boca, cuando la marquesa destapó un pequeño frasco de cristal tallado azul añil y metió su ganchuda nariz en él.

—¡Me gusta! Es un olor muy personal; nada de rosas o jazmines como los perfumes que habitualmente llevan las señoritas de tu edad. Algo diferente. Un olor intenso... ¿a qué? —preguntó mirándola.

Antes de que la joven contestara, la marquesa siguió olfateando la esencia, y con los ojos cerrados empezó a enumerar fragancias:

—Un sutil toque de canela, unas gotas de naranja, bergamota, ámbar, agua de lluvia... original —dijo mirándola—. Singular. Debes conservarlo, eso te dará un toque propio. Ya sabes que lo diferente siempre resulta atractivo — comentó mirándola con más atención, como si repentinamente la viese desde otra perspectiva.

Lola se tranquilizó. Nunca se hubiera deshecho de aquel perfume casero, menos refinado que otros que tenía, pero cuyo aroma la devolvía a su hogar, aunque solo fuera por unos instantes. ¡Aquel era el olor que respiraba en su casa cuando su madre vivía, antes de que ella y sus hermanos quedaran huérfanos! A Lola le daba seguridad, la reconfortaba, aunque también lograba encogerle el corazón de pura nostalgia.

La marquesa vio su cara compungida y se rio a carcajadas. Salió como un torbellino por la puerta, envuelta en su elegante batín de crepe de China, y dejó a Lola en manos de modistas, criadas y mozos que se hicieron cargo de todo, mientras la joven era trasladada a una hermosa y amplia habitación, soleada y aireada, cuyos balcones daban a la calle Barquillo. Una zona elegante, en la que vivía la *crème de la crème*.

Precisamente uno de los vecinos más ilustres de los últimos años había sido el derrocado Manuel Godoy, Primer Ministro de Su Majestad Carlos IV; para unos, un incomprendido, para otros, el culpable de que España estuviera en la situación en que estaba: invadida por las tropas de Napoleón.

Desde ese primer día en casa de la marquesa, el tiempo había volado. Lola no había parado hasta transformarse realmente en alguien irreconocible. Coqueta, siguió mirándose un rato más, absorta en sí misma. ¡Se veía tan hermosa esa noche! Eso, se dijo, sería un buen presagio. Todo iría bien. ¡Tenía tantas ganas de empezar! ¡De poner en práctica todo lo que había aprendido!

Durante ese último mes había sido instruida por la marquesa de la Roca, M^a Teresa Vélez y Villábrigas, una de las mujeres más fascinantes de su época y ahora una mujer madura comprometida con la causa. Viuda desde muy joven y sin hijos, no había vuelto a casarse lo que no le había impedido tener una intensa vida amorosa y social, importantes relaciones políticas y económicas y, sobre todo, ideas muy independientes, poco habituales en las mujeres de su edad y condición. Liberal, divertida, cascarrabias; áspera con aquellos a quienes no aguantaba, también sabía ser muy amiga de sus amigos.

Por amistad primero y por compromiso político después, era por lo que se había avenido a colaborar en aquella idea disparatada de su querido Bellavista. El hombre había solicitado su ayuda y la tendría, aunque M^a Teresa no tenía muy claro si lograrían su propósito: convertir a una joven noble rural en una elegante damisela de la Corte, una coqueta petimetre, infiltrarla en la élite social madrileña y hacer que espicara para ellos. Por lo demás, resultaba evidente que a la marquesa los retos le gustaban, y Lola también.

—¿Qué le ha parecido? ¿No cree que merece la pena intentarlo con ella? ¿Es o no lo que estábamos buscando? ¡Y ella misma se nos ha puesto en bandeja! —le dijo Bellavista a M^a Teresa, frotándose las manos, en aquella

primera ocasión. Se sentía francamente satisfecho consigo mismo y con su instinto de agente secreto curtido en mil batallas.

La marquesa, encogiéndose de hombros, tuvo que reconocer que, a priori, había buen material.

—No digo que no, pero no es tan sencillo como crees. Que haya buena materia prima no lo niego. Es verdad. La chica parece perspicaz, inteligente, buena improvisadora, aventurera... reúne los requisitos que estamos buscando desde hace tiempo. Sé que no es fácil encontrar un bombón como ella, una mujercita educada, con

conocimientos de francés, modales, dibujo, piano... todo lo que una dama de su clase debe saber y, además, sin padres o tutores que nos puedan impedir moldearla a nuestro gusto. Además, me gusta personalmente, reconozco que tiene carácter, genio... aunque esto nunca he sabido si es una ventaja o una desventaja...

—No se queje, señora mía, y pongámonos manos a la obra. Necesitamos infiltrar mujeres en la élite y hasta ahora no habíamos conseguido ninguna. Las pocas que podrían servirnos están bajo las garras de sus padres que nunca permitirían que trabajaran de agentes. Además, y lo sabes igual que yo, la mayoría no tiene nada en la sesera. Son bobas de campeonato. Esta es distinta. No se le pasa una y es ella la que ha venido a buscarnos; quiere algo y está dispuesta a conseguirlo. Puede ser una gran opción si conseguimos hacer bien las cosas. Podrá espiar a los franceses y si llega el caso incluso...

Bellavista se calló, no quiso continuar. M^a Teresa le miró de soslayo sabiendo que desde hacía meses estaba nervioso e irritable, asombrado de que su propia perspicacia no hubiera resuelto aún el imprevisto. Tenían claro que tenían un topo, alguien espiaba su entorno más próximo. Su red de agentes había sufrido varios ataques y

necesitaban infiltrar a alguien en sus propias filas que no fuera conocido, para no levantar sospechas, y averiguara secretos de los hombres y mujeres que trabajaban para ellos. Él lo llevaba mal y ella también. Era difícil reconocer lo duro que era sospechar de cada uno de sus hombres, algunos grandes amigos, pero era evidente que alguien cercano les estaba traicionando y era urgente identificarle.

Un soplón en sus filas podía causar graves daños a su nueva red de información, poner en peligro la vida de sus agentes y la de los máximos responsables del Círculo, miembros de la clase dirigente que se estaban haciendo con el gobierno de España tras la invasión y la huida de las autoridades nacionales. La vida de importantes personalidades del país estaba en sus manos y estaban jugando con fuego.

—Sabe que la situación es crítica. Cuanto antes nos organicemos, mejor, y lo primero sería encontrar a quien nos está traicionando —Luis de Fortuny, duque de Bellavista, habló despacio, en voz baja y grave, asomado a la ventana por la que echaba el denso humo de su cigarro habano. Conocía las debilidades humanas y entendía los miles de intereses de todo tipo que podría haber detrás de quien les estuviera delatando, pero una cosa era entenderlo en abstracto y otra intentar ponerle cara a ese malnacido. Pensar que podría ser cualquiera de sus amigos más íntimos, le helaba la sangre.

Dio una gran bocanada al cigarro que, en el atardecer, brillaba rojo como un ascua, sin atender las quejas de su acompañante.

M^a Teresa odiaba el humo de esos grandes puros que le provocaban continuas toses, pero era incapaz de conseguir que aquel hombre parara un solo minuto de fumar. Despejando la humareda con la mano esquelética y cargada de anillos en un gesto algo crispado se aproximó a él y, finalmente, le apretó la manga para reconfortarle.

—Sí, lo primero es lo primero —reconoció—. Haré lo que pueda con esa muchacha, pero usted también tiene trabajo por delante. Tendría que frenar la euforia de algunos —dijo volviéndose hacia la figura regordeta del anciano—. La huida de José I no debe crear más expectativas falsas. Esto no durará mucho y lo sabe. Napoleón está en la frontera esperando entrar en la península, la guerra no ha hecho más que comenzar y algunos ilusos creen que ya ha terminado. Tenemos que actuar con urgencia, con prudencia, sin levantar sospechas, pero eficazmente. No hay mucho tiempo para organizar lo que tenemos que emprender... Por cierto, me parece importante la carta de Álvaro. Si el gobierno inglés confirma su apoyo, eso es algo a tener muy en cuenta...

—¿Qué remedio...? —comentó el otro en tono cansino—. Ni ellos pueden hacer otra cosa ni nosotros.

—Siempre se puede hacer otra cosa y es de agradecer que nos ayuden

después de tanto tiempo enemistados. Siempre he defendido que una guerra contra Napoleón es temeraria y casi suicida, pero si nos decidimos por esta opción, tenemos que contar con el máximo número posible de aliados. Lástima que en este caso el máximo número —añadió cínica— se reduzca a uno: Inglaterra. Los demás no se atreverán a sublevarse.

—No, no lo creo. Es bastante improbable.

—¿Los enviados al norte han regresado ya? ¿Sabemos algo de Pascual de Salcedillo o de Juanito? —preguntó la marquesa y durante un buen rato su acompañante la puso al día. Los amigos se despidieron ya tarde. Apenas se habían visto en las últimas semanas de tan liados como habían estado, hasta esa misma tarde.

Bellavista había vuelto a visitar a su amiga y consejera. Seguía intrigado por conocer el trabajo que la marquesa había hecho con la joven que le había presentado. Sabía de lo que era capaz M^a Teresa y también de que nunca hubiera aceptado a la muchacha si no le hubiera visto posibilidades reales de convertirla en una auténtica agente, de moldearla a su gusto. La visita a la dama dejó al viejo diplomático más tranquilo a pesar de no haber podido echar un vistazo a la joven. La marquesa no permitiría que nadie la viese hasta esa noche en el baile. Quería recoger impresiones de primera mano. Así se lo había dicho al hombretón al que educadamente, había sacado de su casa a empujones, tras un reguero de humo denso y negro, y unos cuantos apuntes de última hora. Con el sombrero de copa bien calado en la cabeza, vestido a la antigua con chaleco y calzón corto, y su eterno bastón de puño de plata en su mano regordeta, se despidió de ella, burlón.

—¡Espero verla esta noche en el baile en compañía de la joven más impresionante de Madrid!

—No le quepa la menor duda.

Aunque, desde luego, mi trabajo me ha costado.

Ajena a todos esos tejemanejes, y al interés de Bellavista por verla, Lola Villar seguía ultimando su puesta en escena. En la planta superior del palacio, en la hermosa habitación verde pastel donde dormía desde hacía semanas, terminó de retocarse mientras miraba la hora, ansiosa de poder ver después de tanto tiempo, a sus seres queridos. Desde que había llegado a esa casa no había visto a sus hermanas ni a su amiga Clara que la habían acompañado a la capital. Ellas también habían sido invitadas al baile en casa de la duquesa de

Osuna que esa noche se daría en su gran finca de recreo, El Capricho, a las afueras de Madrid.

Estaría todo aquel que fuera alguien en España y ella había repasado por enésima vez esa tarde todos los listados para no equivocarse en su primera cita. La duquesa, varias veces Grande de España, era famosa por ser capaz de reunir siempre a lo más granado del panorama nacional, además de aristócratas extranjeros, cuerpo diplomático afincado en Madrid, intelectuales y artistas de renombre, toreros, oficiales o revolucionarios... A Lola le encantaba la idea de conocer esa famosa finca de recreo y a esa famosa mujer —de la que tanto había oído hablar—, pero sobre todo estaba ansiosa de encontrarse con los suyos. Tenía mucho que contarles y esperaba poder sentir su aliento cerca, dándole la seguridad que tanto iba a necesitar. Clara y su hermana pequeña, Josefina, la habían apoyado desde el principio en esa loca aventura, igual que lo habían hecho siempre, pero su hermana mayor, Isabela, había puesto el grito en el cielo.

—¡Estás loca! ¿No hay otra forma de buscar a Luis que jugando a los espías? ¡Vas a conseguir que te detengan a ti también o lo que es peor, que te den dos tiros! Esto no es una broma Lola. Estamos en guerra. Espiar es alta traición castigada con la pena de muerte. ¡Déjalo antes de que sea tarde! Ya encontraremos otra forma de localizar a nuestro hermano. No añadas más preocupación a la que ya tenemos. Yo ya he iniciado varios trámites en el Ministerio y me han dado cita para el viernes... Poco a poco podremos seguir las pesquisas necesarias sin que ninguno de nosotros se ponga en riesgo.

Pero Lola no podía ya dar marcha atrás. Había dado su palabra al Círculo y a Bellavista.

El Círculo, como lo llamaba la marquesa, era un grupo social compuesto por gente muy dispar en su procedencia, pero todos ellos con algo en común: estaban convencidos de que ante la invasión francesa, había que hacer algo. El problema era los pocos medios del ejército español y el estado de ruina económica del país. El único camino que quedaba para hacer frente a los galos, pensaban, sería la lucha cuerpo a cuerpo. El levantamiento pueblo a pueblo, la guerra uno a uno, si hacía falta. Y esa idea, que había parecido descabellada cuando la habían comentado hacía unos meses en sus salones entre partidas de naipes y cenas de tronío, se había hecho realidad con una facilidad pasmosa tras los acontecimientos del dos de mayo cuando el pueblo

madrileño se había levantado contra el invasor. La brutal represión había acabado con la farsa de que los franceses eran en realidad “amigos” que venían a ayudar. Ya no quedaba nadie que creyese esa patraña. La guerra era un hecho, dijeran lo que dijeran las pocas autoridades oficiales que aún seguían en el país. Las que no habían huido, habían sido compradas o retenidas por orden de Bonaparte.

El pueblo se había levantado en armas, pero lamentablemente — pensaban M^a Teresa y los suyos— no tenía formación, ni líderes, ni nada. España era un reino descabezado. Así lo aseguraban en el Círculo, que rápidamente se había prestado —en medio de algunas suspicacias— a organizar la resistencia. El mismo día del levantamiento popular, mientras las calles aún permanecían manchadas de sangre y seguían sonando disparos a lo lejos, habían iniciado una campaña de captación de seguidores — aprovechando el rencor desmedido contra los gabachos entre los ciudadanos — que aún no había finalizado. ¡Necesitaban tanta gente y había tan poca dispuesta a seguirles! Realmente había que estar loco y no tener nada que perder para arrojarse a semejante aventura. En el Círculo eran conscientes de que si las cosas salían mal, muchos de ellos perderían todas sus propiedades, sufrirían exilio o cárcel, eso si no morían antes. Había que ser valiente o temerario para dar un paso al frente, pero , felizmente, algunos lo habían hecho.

La situación de partida era realmente mala. El ejército español estaba muy disperso. Había miles de soldados en las colonias americanas, en el mar navegando, sirviendo a Napoleón en fronteras tan lejanas como la danesa... en la península quedaban pocas tropas y varios regimientos estaban en manos del emperador que los había movilizado con destino a Portugal, al servicio de sus propios intereses. En esas duras condiciones, los “rebeldes” —así se los empezaba a conocer— habían tenido que afrontar su primera batalla en Bailén que, increíblemente, habían ganado. Los franceses, ante tan inesperada derrota de sus huestes habían huido de Madrid con el rabo entre las piernas; muchos creían que ya no volverían. No la marquesa.

—¡Hay que aprovechar este punto muerto que el destino nos ofrece! —les decía a los suyos—. Es un tiempo precioso si sabemos qué hacer a continuación y cómo. Esos gabachos del demonio volverán. No le quepa a nadie la menor duda.

Bellavista, como encargado de la red de agentes secretos, era de la misma opinión. Otros como el conde de Floridablanca se tomaban las cosas con más parsimonia y Gaspar de Jovellanos no sabía a qué carta quedarse. Tan pronto creía firmemente que tenían las horas contadas para organizarse antes de que el emperador volviera como opinaba que este, finalmente, desistiría de su idea. En realidad nadie sabía de cuánto tiempo dispondrían para reorganizar sus filas, mejorar la red de información por todo el país y formar un gobierno nacional de resistencia que se hiciera cargo del caos en que ya se había convertido España, con cada ciudad y cada regimiento luchando a su aire, bandoleros y expresidarios asaltando convoyes franceses y diligencias, con los caminos y las comunicaciones cortadas y todas las instituciones descabezadas...

Necesitaban infiltrar gente en todos los círculos sociales y políticos y estaban especialmente necesitados de mujeres de clase alta. Por eso la llegada de Lola Villar había resultado providencial.

—¡Créame que hará un buen trabajo! Nos necesitamos mutuamente. Solo hay que ponerla un poco al día. Además, el tiempo se nos echa encima. Usted misma ha dicho muchas veces que no podíamos dormirnos en los laureles, que hay prisa, que tenemos los días contados. Bien pues será ahora o nunca.

La marquesa entendía perfectamente la urgencia; hubiera hecho milagros con cualquier joven que hubieran puesto en sus manos, pero reconocía que Lola Villar —una vez pulida— sería la adecuada para esa misión. Aun así, ponerla al día le había llevado su tiempo. Repasar nombre a nombre y parentesco a parentesco toda la élite de la capital había sido un arduo trabajo. Era imprescindible que la chica conociera el origen familiar de cada conde, duque, capitán o político que le presentaran en los próximos días.

Necesitaba saber sus filias y fobias, sus manías, sus odios personales y políticos, su manejo de la ruleta o las cartas... Esto había sido aún peor.

Lola tenía poca facilidad para los juegos de mesa y era demasiado impetuosa para aguantar horas jugando al bridge o a la baraja española. Las danzas se le daban mejor, aunque su carácter la llevaba a intentar imponerse sobre su pareja, algo muy mal visto en sociedad. ¿Qué caballero querría bailar con ella en esas condiciones? El canto o el piano eran mucho más manejables para ella al igual que las conversaciones. El chichisbeo estaba de moda y había que saber cómo hacerlo. También cómo manejar un abanico y cuál de

ellos lucir según la ocasión; la reina tenía más de dos mil. Habían trabajado mucho sus posturas y gestos. Tenía que parecer una esnob petimetre, algo que no la salía de dentro. Su mirada era demasiado intensa y su tono de voz también. Matizar esos detalles era vital. De ellos dependía triunfar o fracasar. Por lo demás era buena alumna y se había dejado aconsejar por la marquesa sobre peinados, afeites, temas de conversación y hasta dónde ponerse los lunares de terciopelo. La joven estaba más que dispuesta a colaborar porque le iba en ello lo que más quería: encontrar a su hermano desaparecido.

—¿Es usted el duque de Bellavista? Busco a mi hermano Luis Villar, desaparecido hace unos meses. Sé que habló con usted antes de salir de Madrid. Espero que pueda ayudarme a encontrarlo.

Con esas palabras y un gesto algo tenso, pero decidido, se había presentado Lola ante el anciano nada más llegar a Madrid al inicio del verano.

Este la había mirado con suspicacia y perplejidad, intentando situarla y comprender qué era exactamente lo que le pedía. Todos sabían que Luis Villar había desaparecido hacía meses en extrañas circunstancias cuando se dirigía a una misión en el norte, pero qué diantres pintaba allí su hermana. Aquella noticia había corrido como la pólvora en la red, pero no existía constancia oficial de que hubiera fallecido. Nadie sabía qué había sido de él, si seguía vivo o estaba muerto. Bellavista había esperado el estío a que los rumores de muerte fueran falsos y el joven diera señales de vida, volviera a la capital y diera parte de lo sucedido, pero no había sido así. Tras él, habían desaparecido otros cuatro agentes más. Aquello había sido el comienzo de un verdadero quebradero de cabeza para el hombre. Desde entonces tenía claro que contaban con un topo en sus filas. Y ahora, esa mujer desconocida se presentaba por las buenas en su despacho y le hacía a él precisamente un interrogatorio. ¿De dónde había salido aquella mocosa? ¿Sería realmente la hermana de Luis Villar?

Lola vio la duda en sus ojos y, sonriéndole, le mostró el sello familiar.

—Sé que si alguien sabe dónde está mi hermano, es usted. Necesito encontrarle —dijo con desparpajo, sin inmutarse ante las primeras negativas de Bellavista que intentaba hacerse el despistado y no contestarle. Realmente no sabía qué decirle.

Aunque en un primer momento se le anunció a la familia que el joven podría haber fallecido en Madrid el fatídico dos de mayo, el día de la sublevación contra los franceses, Lola tenía una carta en la que, misteriosamente, su hermano la informaba de que —por motivos que no le podía revelar— saldría en marzo de la capital y estaría fuera, en el norte de España, varios meses. Le rogaba que le perdonara si no llegaba a tiempo para estar con ella y sus hermanas en verano, en su cortijo de La Carolina, en Jaén, como cada año desde que murieran sus padres. También, extrañamente, le pedía que no hablara de esa carta con nadie y que se prepararan para dejar el convento donde vivían y volvieran a su casa urgentemente si la guerra con Francia estallaba.

No quería alarmarla —seguía diciéndole en su escrito—, pero lo cierto era que el país estaba al borde mismo del abismo. Lola había guardado aquella carta con un mal presentimiento y fue a aquella misiva a la que se agarró como a un clavo ardiendo cuando le comunicaron que su hermano Luis había fallecido. Así, sin más. Sin saber ni dónde ni cuándo ni por qué. La comunicación venía de Madrid, remitida por sus tíos que muy preocupados habían hecho llegar el escrito a las jóvenes. Estas llevaban semanas esperándole y su retraso les había empezado a resultar alarmante. Cada día que pasaba sin noticias de Luis, todas ellas se sentían más nerviosas. En esa situación, la carta y la comunicación del posible fallecimiento del joven, había sido recibida como una auténtica tragedia; como un verdadero mazazo.

Durante varios días las mujeres no habían parado de llorar, a excepción de Lola que seguía incrédula sin poder liberar ni una lágrima, con la corazonada de que Luis seguía vivo en algún sitio sin poder comunicarse con los suyos. La noticia tenía tan pocos detalles, decía tan poco, era tan extrañamente oscura que a ella no le pareció creíble. Desde el primer momento se dedicó a consolar a las demás mientras se mantenía a flote agarrándose desesperadamente a la esperanza de que todo aquello fuera una equivocación.

—Por favor, no llores más, Josefina. Verás como todo es un error —le decía insistentemente a su hermana más pequeña mientras le acariciaba la cabeza. Esta era la que peor lo estaba llevando, la más cría y la más sensible e impresionable. Repetir esa idea, la de que aquello era un error, le permitía a ella misma no venirse abajo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Lola? —repetía entre lágrimas agarrada

fuertemente a su hermana, la pequeña Fina—. ¿Nos hemos quedado solas? ¿Más solas? —Su voz sonaba a miedo y sus ojos suplicaban una respuesta positiva. Necesitaba que Lola lo negara todo, le dijera que Luis regresaría pronto, que todo volvería a ser como antes...

—Veras como aparece. Esperaremos —contestaba Lola en un susurro de voz

intentando tranquilizarla

—¿Pero y si no lo hace? ¿Y no regresa jamás? —preguntaba la chica y Lola, segura de sí misma, le contestó:

—Si es necesario, iremos a Madrid a buscarle. No nos quedaremos tranquilas hasta que le encontremos... vivo o muerto.

—¿Lo dices en serio? —le preguntaron al unísono todas.

Y Lola sintió en ese momento que esa era la solución. No podían permanecer llorando por tiempo indefinido en el convento o en su casa. Tenían que hacer algo. Irían a Madrid, seguirían allí sus últimos movimientos, descubrirían con qué amigos se había visto, qué contactos tenía, adónde había ido con tanto secretismo, seguro que encontraban alguna pista, una manera de llegar hasta él. En unos días convenció a sus hermanas y rápidamente, su amiga Clara y ellas hicieron el equipaje. A principios de junio pusieron rumbo a la capital donde ninguna de ellas había estado nunca antes.

El grupo de jóvenes llegó a Madrid después de cuatro días de recorrer caminos solitarios y cruzar la puerta de Toledo. Esta estaba en ruinas; aún había cascotes y restos de metralla, recuerdos del brutal encontronazo que hacía un mes había tenido lugar en ese mismo lugar entre los insurgentes y la caballería francesa. Dos soldados les habían echado el alto para pedirles la documentación, y una vez obtenido el permiso para entrar, se pusieron en marcha. Las chicas se dirigieron luego hacia la plaza de la Cebada y de ahí a casa de sus parientes más próximos, encontrándose durante todo el trayecto una urbe desértica y aún con visibles señales de la lucha habida: edificios incendiados, tropas y centinelas en los edificios oficiales, escaparates con las lunas rotas, farolas caídas. Resultó una gran desilusión. Aunque nunca hubiesen estado, habían imaginado mil veces Madrid como un lugar lleno de vida, de gente elegante paseando en sus carruajes descapotables, con maravillosos comercios y teatros, repleta de cafés bulliciosos, botillerías, mercados llenos de los más inusitados y exóticos productos, bailes y vida

social, pero la ciudad a la que habían logrado llegar era la imagen de la desolación.

Sus tíos, los vizcondes de Aldeaquemada, las habían acogido con sorpresa al verlas aparecer, pero con un gran cariño y Lola pudo pronto empezar a buscar a los amigos y contactos de su hermano. Había hablado con estudiantes compañeros suyos de universidad, con el viejo asistente que le había atendido durante sus estancias en Madrid, con el párroco que tenía asignado. Así fue como entre otros dio con el citado duque de Bellavista.

Lola le había pedido información al viejo y orondo diplomático en las varias reuniones que había mantenido con él, pero no le había hablado de la última carta de Luis; eso lo mantuvo en secreto.

Algo le decía que debía cumplir los deseos de su hermano al respecto y no hablar de ello con nadie. El hombre le prometió su ayuda y sus pesquisas a cambio de su colaboración.

—Créameme si le aseguro que apreciaba a vuestro hermano y que su desaparición me dejó consternado. Si le soy sincero —le dijo el último día— yo también creo que puede seguir vivo, ¡aunque me aspen si sé a qué viene este extraño comportamiento!

Después calló y dejó que fuera ella quien hablase.

Sin dejar de observarla, siguió el hilo de sus pensamientos, volviendo una y otra vez sobre aquel problema que tanto le preocupaba. ¿Habría sido casualidad o un ataque premeditado el sufrido por sus hombres, por Luis y los demás? ¿Estarían muertos o simplemente escondidos? Y si era esto último, ¿por qué? ¿Qué temían? ¿A sus mandos? ¿Sabían quiénes les habían podido traicionar? Bellavista no paraba de hacerse preguntas mientras recordaba detalles de aquellos sucesos, con la cabeza recostada en el respaldo de su viejo, pero mullido sillón y sin perder de vista a la mujer. Esta hablaba y hablaba, pero inteligentemente no decía mucho, pensó el viejo. La intuición le hizo sospechar que podría guardarse un as en la manga, pero al mismo tiempo le pareció que era inteligente, decidida.

Instintivamente supo que sería una buena agente, la persona a la que podrían infiltrar. Ella podría darle las respuestas. Sin pérdida de tiempo, se lo propuso.

—¡Ayúdenos y la ayudaremos! —le soltó como un disparo, mirándola con

sus ojillos rasgados y el monóculo clavado en el derecho.

Lola no entendió inicialmente. Le miró con un gesto de interrogación en su cara y el hombretón se le aproximó y, con una voz ronca y sutil, le explicó cómo estaban organizando grupos de resistencia para luchar contra los franceses.

—No voy a engañarla a usted.

Necesitamos féminas de su perfil. No crea que sea algo raro, las mujeres pueden jugar un papel fundamental en esta guerra. Ya habrá oído muchas de las historias que se cuentan por ahí... ustedes son mucho más sagaces, más pacientes, su ayuda —estoy convencido— será vital.

Lola le miró sorprendida, pero poco a poco sus palabras fueron calando en su mente. El hombre siguió persuadiéndola, viendo que poco a poco su resistencia cedía. Al final la convenció. Bellavista sabía ser persuasivo cuando quería.

—Sospechamos que puede haber un topo que esté pasando información de nuestras actividades a los agentes franceses al servicio de los gabachos — le comentó finalmente—. Yo

particularmente no he dejado de buscar a Luis Villar y a los demás desde hace meses, pero todavía no he dado con ninguno y temo que el ataque que sabemos sufrieron, pueda ser un sabotaje en toda regla —decidió sincerarse en parte—. Su hermano como sabrá trabajaba para nosotros, era uno de nuestros hombres más valiosos.

Queríamos encontrarle si está vivo, a él y a los demás, pero créame si le digo que desconocemos su paradero... si es que aún vive —terminó añadiendo.

—No saben si está vivo, pero existe esa posibilidad —insistió ella.

—Sí —reconoció el espía—.

Mientras no haya información que demuestre lo contrario, debemos tener esperanzas. Para nosotros es vital saber qué les ha pasado a todos ellos y, si están escondidos, saber por qué nos temen... Si saben algo, deberían hablar antes de que se ponga en peligro a más gente. Espero que usted nos ayude a recabar información que pueda servirnos para derrotar a los invasores y a localizar a los nuestros... antes de que los localice el enemigo.

—De acuerdo —se oyó Lola contestar a sí misma, sorprendida por su propia osadía al aceptar semejante propuesta.

Había escuchado con curiosidad la petición de colaboración y no lo había

dudado. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por encontrar a su hermano. Si había que espiar, espiaría.

Tampoco le parecía algo tan descabellado. A ella siempre se le había dado bien escuchar tras las puertas y era buena observadora. Su madre la regañaba por esa fea costumbre y a su padre le divertía su espíritu aventurero y entrometido. El espionaje al francés no podía ser muy difícil... al menos eso pensó en ese momento. El mismo en el que llegó a un acuerdo con aquella gente. No les decepcionaría. Se convertiría en una petimetre, en cualquier cosa, reuniría de nuevo a los suyos.

Así había sido como Lola Villar había llegado a casa de M^a Teresa Vélez y como esa noche se preparaba para convertirse por primera vez en otra persona. Sabía que su vida iba a dar un gran cambio. Una vez traspasara el quicio de la puerta, no volvería a ser la misma: dejaría de ser la joven y alegre Lola Villar para ser Sol Monforte, sobrina de la marquesa de la Roca, elegante y refinada dama, espía al servicio de su país. El papel a interpretar sería el de una joven alegre y casquivana a la búsqueda y captura de un prometido rico en Madrid. Podía hacerlo bien, ser creíble. Debería esforzarse por resultar convincente, pero se había preparado a conciencia. Se dio las últimas pinceladas, dejó que la doncella le recogiera con una horquilla de marfil el último mechón y cogió la capa forrada de terciopelo. Estaba impresionante. Una oleada de entusiasmo y nervios le subió hasta la garganta.

—La marquesa la espera en el vestíbulo —le dijo Paquita la criada y Lola cerró la puerta. Se les hacía tarde y el coche debía llevar tiempo en la calle.

Bajó ligera la escalera de caracol con barandilla repujada, se sujetó —con los modales que doña Teresa le había enseñado— la falda y llegó hasta ella. Luego respiró hondo. Esa noche su vida daría un giro radical, lejos del campo donde había crecido y del convento donde había pasado sus últimos años, en un mundo hasta ahora desconocido para ella.

Lola tuvo un vahído de aprensión que rechazó con una sonrisa cínica inmediatamente. A veces había que correr riesgos. Siempre había tenido espíritu inquieto y después de años de inactividad, aquel reto le hacía hervir la sangre. Tenía ganas de empezar ya, de comprobar qué valía para ello y de saber que al final de todo aquello... estaría la mejor de las recompensas: su hermano vivo. Eso le daría fuerzas cuando las cosas se pusieran feas, se dijo. Algo en su interior le decía que sería así, que se reencontraría con él. ¡Habían

estado siempre tan unidos! puede que en ese instante no supiera qué había pasado, ni por qué habían perdido el contacto, pero cuando todo aquello terminara, volverían a estar juntos. Todos.

La marquesa inclinó la cabeza en señal de aprobación cuando la vio, sonriéndole con cariño y empujándola del codo enguantado hasta la puerta del carruaje, una berlina ligera con capota en la parte trasera y un tiro de dos magníficos caballos negros. Ambas se subieron al carruaje ayudadas por un lacayo y se sentaron silenciosas en su interior, cada una inmersa en sus propios pensamientos.

Lola oyó el restallar del látigo, la voz del cochero y el tirón del vehículo al comenzar a rodar. En ese instante se santiguó rápidamente y besó la pequeña medalla de oro que llevaba siempre consigo, un regalo de sus padres, que sabía estarían con ella en un momento como ese. Sintió su aliento físicamente. Cerró el puño, clavándose el borde metálico en la mano enguantada y cogió fuerzas, deshaciéndose mentalmente de sus miedos. Irguió la cabeza con arrogancia y sonriendo desafiante a la marquesa, que desde el sillón de enfrente no le quitaba ojo, se dispuso a comenzar aquella nueva aventura.

—No te asustes. Todo irá bien—dijo la mujer queriendo tranquilizarla mientras se encendía un largo cigarrillo.

—No estoy asustada. Sé que todo irá bien. No me puedo permitir otra cosa—contestó fríamente Lola.

Y la marquesa soltó una gran risotada. Sí, decididamente le gustaba esa chica.

Tenía agallas.

Capítulo 2

El cielo era de un anaranjado intenso. Caía el crepúsculo en Madrid en aquella tarde bochornosa de agosto. Isabela agradeció la pequeña brisa que la calesa provocaba al circular. Dejaban la capital, con su alborozo y su gentío en calles y plazas, y se dirigían a la finca de verano de la duquesa de Osuna. Esa noche sería su primer baile de gala. Lo que siempre habían soñado todas ellas: una gran fiesta, diversión, gente importante, atractivos caballeros, elegantes damas, música, incluso era posible que hubiese fuegos artificiales. Estaba inquieta y no era la única. Junto a ella en el carruaje descubierto viajaban su hermana Josefina y su amiga Clara. Enfrente, claramente entusiasmada con el baile, iban su tía María y su marido, el tío Pedro. A pesar de ser aristócratas y llevar años viviendo en Madrid no eran habituales en ese tipo de saraos. Tía María era consciente, al igual que los demás, de que la invitación había sido posible gracias a los “extraños contactos” de Lola.

Su relación con la marquesa de la Roca, en cuyo palacio vivía, y la relación de esta con todo Madrid, había sido la tarjeta de invitación a esos bailes exclusivos de los que hasta ahora solo habían sabido por periódicos y chismes de sirvientes. Junto a sus tíos, en el centro, viajaba su prima Ana, una jovencita de catorce años, la misma edad que Josefina, que no paraba de plisarse la falda, apretar el ridículo de raso blanco con flecos y borlones, y preguntar a su madre si iba bien. Las muchachitas reían tontamente y se daban con los pies mientras la tía intentaba tranquilizarlas y poner un poco de orden. De seguir así terminarían mareados de tanta cháchara en el viaje.

El carruaje pasó rápido por Recoletos, Cibeles y el Paseo del Prado.

Isabela miraba con los ojos bien abiertos el movimiento en las calles. Se oían risas, murmullos, tambores a lo lejos, y olían maravillosamente los puestos de buñuelos en las aceras mientras grupos de jóvenes bien vestidos y perfumados paseaban arriba y abajo por esa larga avenida junto al Parque del Retiro y el Museo de Ciencias Naturales. Ataviados con sus mejores galas algunas mujeres lucían el típico traje de maja, con su chaquetilla torera, sus borlones,

la pollera corta por encima del tobillo y la redecilla en el pelo.

En los bancos del paseo se veían muchachas sentadas con sus damas de compañía mientras guapos oficiales hablaban con ellas de pie, en un cortejo descarado. Había gente andando y a caballo y también hermosos carruajes. Era el sitio ideal para ver y ser visto. En una plazuelita, un grupo de gitanillos bailaba al son de unas guitarras y unos titiriteros hacían las delicias de los más pequeños que reían asombrados las ocurrencias de los monigotes. Isabela de espaldas al pescante del carruaje miraba en dirección oeste disfrutando de la hermosa puesta de sol. El cielo en Madrid siempre era claro y diáfano, y aquella noche lanzaba brillantes ráfagas de luces malvas, naranjas y rosas.

Por la mañana había caído una intensa, pero breve tormenta típica de verano y el suelo aún olía a tierra mojada lo que disminuía el polvo en los caminos. Madrid se le antojaba a Isabela un lugar vital y lleno de una alegría contagiosa. Parecía imposible que fuera la misma ciudad a la que habían llegado hacía escasas semanas. Entonces daba pena: calles desiertas, tiendas y comercios vacíos, gente desconfiada y un halo de tristeza en el ambiente que se podía cortar con un cuchillo. Las imágenes fueron

sucedíendole una tras otra mientras el carruaje avanzaba camino del baile, dejando Madrid atrás y dirigiéndose por una carretera hasta la Alameda, una pequeña aldea cercana al pueblo de Barajas. Muchos aristócratas habían adquirido hacía poco fincas de recreo allí debido a su buena comunicación con la capital. Eso, unido a la belleza de su paisaje, su frondoso arbolado y el frescor de la zona —mucho mayor que el de la ciudad que en agosto era un horno— la habían puesto de moda.

A cuarenta grados subían algunos días las temperaturas y ni el riego de las esterillas del suelo, ni las pocas corrientes de aire que circulaban, dejaban descansar a nadie. Los más pudientes pasaban días fuera en sus casas de campo, a un tiro de piedra de Madrid, mientras disfrutaban paseando, pescando o cazando en los alrededores de sus heredades. Entre todas ellas, la de la duquesa de Osuna era la más importante. Era, decían las malas lenguas, la mujer más rica de España. Osuna rivalizaba incluso con los Reyes y sus propiedades estaban mejor conservadas que algunas de la Corona. En su finca El Capricho, la duquesa llevaba años invirtiendo ingentes cantidades de dinero para que las ciento dieciocho hectáreas de las que disponía fueran espectaculares. El traqueteo del coche devolvió a Isabela a la conversación de

sus tíos.

—Tengo entendido que la duquesa no ha terminado de adecentar la finca; aún hay zonas que son un solar —dijo el tío y su esposa asintió con la cabeza.

—Al menos la mitad del terreno sigue siendo campo. El resto, me han contado que está espléndidamente trabajado. La duquesa tiene un ejército de jardineros y artistas trabajando allí. Hay numerosas fuentes y surtidores, un palacio solo para galas, riachuelos que atraviesan la parcela y calles y más calles llenas de árboles frutales y plantas exóticas traídas de las Indias. Estoy deseando verlo. ¡Veremos cuánto hay de verdad y cuánto de exageración en lo que cuentan! —contestó la dama torciendo el gesto y abanicándose con vigor.

Vestida con un elegante vestido de tafetán de seda marrón con rayas azul cadete, el escote le llevaba adornado con bullones que realzaban su busto ya de por sí generoso. Muy pálida, seguía aferrada a la costumbre, ya demodé, de blanquearse el cutis con polvo de azufre, una pasta venenosa de la que más de una dama de alta sociedad había terminado de enfermar.

—Ramón Aizpuru —añadió en voz baja el vizconde mientras se ajustaba el monóculo y saludaba a un conocido a lo lejos— estuvo no hace mucho y cuenta que la duquesa ha plantado miles de lilas, su flor favorita, por todo el recinto. ¡Su mujer casi se mareaba de la intensa fragancia que había en el jardín!

—Ramón es un poco exagerado creo yo —se rio la mujer mientras apretaba la mano a su hijita.

La muchacha escuchaba de fondo la conversación de sus padres sin prestarles atención. La noche anterior había dormido con Josefina y las dos primas habían estado de charla hasta la madrugada hablando sobre los vestidos y joyas que finalmente lucirían, preguntándose a qué jóvenes conocerían y si se enamorarían de ellas guapos galanes. Ambas habían hecho buenas migas y pasaban el día juntas, paseando o haciendo labores en casa. Bordar y tocar el piano les llevaba buenos ratos, y pasearse por Sol, bajar por Curtidores, adquirir telas en el Rastro o asistir a los conciertos en el templete de la Plaza Mayor, más.

Los vizcondes no tenían una renta muy alta, pero podían permitirse, como tantos otros aristócratas de medio rango, vivir de las rentas en la capital. El dinero no daba para grandes dispendios, pero al menos podrían buscar un buen marido para su única hija. Eso es lo que tía María soñaba. Era la hermana de su padre, y —pensaba Isabela— no podía haber habido dos personas más

diferentes que ellos. No en lo físico, que sí se parecían: esbeltos, morenos, cabellos rizados, sino en el carácter y en las ambiciones.

Tía María había sido una joven de la nobleza rural que nunca había aspirado a otra cosa que a hacer un buen matrimonio. Se había casado muy joven con el vizconde de Aldeaquemada, que, aunque no era un gran título, al menos tenía una buena posición que le permitiría cumplir su sueño, dejar el campo y vivir en la capital. El vizconde tenía algunas tierras en Jaén, cerca de la casa de María, pero fue en un baile en Madrid, hacía ya de eso veinte años, donde se habían conocido. Doña María Agustina de los Remedios Villar de la Hoz había sido ese año presentada en sociedad y no tuvo inconveniente en dejarse visitar por él, un hombre diez años mayor que ella que buscaba esposa para formar una familia y establecerse. La historia no resultó muy romántica, pero sí muy rápida. Un año después se habían casado. Desde entonces habían vivido en Madrid y habían visitado en pocas ocasiones sus tierras en Andalucía y a su familia. Tía María y la madre de Isabela se habían llevado siempre mal. Doña María nunca había visto con buenos ojos el matrimonio de su hermano.

El título de barón no era demasiado importante y las rentas de la familia Villar tampoco, sobre todo desde que el patriarca se jugara la mitad de la fortuna familiar en partidas de naipes y prostíbulos, pero eso no le daba derecho al nuevo barón —en opinión de su hermana— a casarse por amor con una mujer plebeya que no aportase ni un real a las arcas familiares. ¡Eso había sido malgastar una oportunidad de oro! Con la buena planta que siempre había tenido podría haberse casado mucho mejor. Cierto que su hermano Luis María había trabajado mucho durante toda su vida y había sacado adelante con mucho esfuerzo sus propiedades, recuperando gran parte de lo perdido en el juego por su progenitor, pero aun así, para tía María, el matrimonio de su hermano Luis, VI barón de Tebar, había sido un verdadero fracaso. Un fiasco en toda regla.

Isabela recordó con nostalgia a su padre. Luis María Villar había sido un hombre emprendedor al que no se le habían caído los anillos por tener que trabajar, algo poco habitual entre los de su clase social, que lo consideraban casi como un sacrilegio. Había dedicado muchas horas al día a introducir nueva maquinaria para hacer más rentables sus cultivos de olivos y vides, había importado de Holanda estufas para sus invernaderos, invertido parte de

sus ganancias en otros negocios más volátiles y generosos como el mercado inmobiliario en Córdoba y Sevilla. Había formado parte de los consejos de administración de varias empresas de minería y adquirido títulos del tesoro; el dinero lo había reinvertido una y otra vez, así hasta el final de su vida, en multitud de transacciones. Había vivido para su familia y sus propiedades, consiguiendo rescatarlas del abandono en que habían estado más de un siglo.

El dinero había servido para adecentar su cortijo en La Carolina, adquirir la finca adyacente, mandar a su único hijo a la universidad —donde codearse con gente muy bien establecida en el reino y recuperar contactos que a lo largo de los años se habían ido perdiendo— y preparar una buena dote a sus tres hijas. ¡Lástima que no hubiera podido disfrutar de una tranquila vejez! La muerte le había sorprendido antes de tiempo, igual que a su mujer. Claro que a la vista de los acontecimientos parecía lo mejor, pensó Isabela con tristeza. Hubiera sufrido terriblemente con la guerra que se avecinaba y sobre todo con la desaparición de su único hijo varón, su heredero...

Pensar en su hermano Luis le amargó el ánimo y sintió un repentino deseo de llorar. No estaban de luto —puesto que nadie les había confirmado oficialmente el fallecimiento y el cuerpo no se había encontrado—, pero el ambiente entre ellos había sido muy triste en los últimos meses. Isabela era fuerte, pero a diferencia de su hermana no estaba convencida de que él siguiera vivo. Tenía pesadillas por la noche en las que ocurría lo peor: que Luis estaba muerto, tirado en algún camino, que sus restos habían sido devorados por fieras o que había caído abierto y desangrado a manos de algún desgraciado gabacho. Cuando se sentía más optimista, le creía lejos, herido y al cuidado de alguien, desmemoriado. Desechó esos pensamientos. Esa noche no podía permitírselos, no cuando Lola también estaba en peligro. Esa noche tenía que estar muy concentrada para no cometer ningún error.

—¿Se me ha corrido el colorete? — preguntó sobresaltada Clara mientras se miraba en un pequeño espejo de mano.

La voz de su amiga rompió el hilo de pensamientos de Isabela. Volvió la cara y se rio al verla tan preocupada. Ella rara vez se ponía nerviosa. Era tranquila por naturaleza y algo tímida, pero esa noche también estaba alterada, como todos los demás...

—No. Estás perfecta —le contestó sonriéndole, observando su ligero rubor, colocándole la cinta de terciopelo del cuello.

—¿Cuánto nos queda para llegar? — preguntaron las más jóvenes, ya cansadas del viaje y deseosas de llegar. Era la tercera vez que lo preguntaban.

—Aproximadamente una hora — contestó con voz cansina la tía.

La noche se echó encima rápidamente y ya fuera de Madrid no se veían nada más que algunas luces de caseríos y granjas a lo lejos. También relumbraba alguna hoguera en el monte mientras sonaba el ruido de varios carruajes. Isabela se percató de que no eran los únicos en la carretera. Una leve polvareda por detrás y por delante anunciaba que eran más los vehículos que se habían adentrado por aquel camino de tierra prensada y piedras, en dirección a la Villa de Los Osuna. Recostada en el duro asiento de madera, Isabela oyó el grito de los cocheros, el restallar de los látigos, el resonar de los cascos de los caballos, los ladridos de los perros en la lontananza. Estaba deseando llegar. Más que la emoción por el baile eran las ganas de ver a Lola.

—¿Cómo estará Lola? —preguntó en ese momento Josefina leyéndole el pensamiento.

—Supongo que resplandeciente. Si la marquesa se ha hecho cargo de su preparación, parecerá una princesa. Seguro —contestó mientras recordaba con algo de tristeza la última vez que se vieron después de regañar por aceptar la oferta de espiar para el Círculo.

—¿Llevará un vestido más hermoso que el nuestro? —preguntó entre risas Ana.

—¡No lo dudéis! La marquesa querrá que brille en su debut en sociedad. Estará fantástica.

Isabela no quiso entrar en detalles. Ella sí conocía el propósito de la misión de Lola en casa de la marquesa, al igual que Clara. Lola se lo había contado a las dos aquella tarde de julio, nada más llegar a Madrid. Clara no lo había visto demasiado arriesgado, pero Isabela era de otra opinión. Creía que el trabajo de

Lola podría convertirse en algo muy preocupante si las cosas se ponían feas y la guerra se complicaba, como todo el mundo vaticinaba. El que Lola se fuera a hacer pasar por la joven sobrina nieta de la marquesa de la Roca, Sol Monforte, obligó a contar a sus tíos parte de la verdad, pero poco les explicaron a las dos más pequeñas. ¡Cuanto menos superan, mejor! Solo sabían que Clara se haría pasar por Lola mientras estuvieran en Madrid y que verían a su hermana en la fiesta haciéndose pasar por otra mujer, lo que les

obligaría a guardar las formas. Habían estado ensayando días atrás, pero Isabela temía que algún error descubriera el pastel.

—Después de que «oficialmente» nos la presenten, podremos charlar con ella un buen rato, ¿no? —preguntaron las más jóvenes.

—Supongo que sí —dijo distraídamente Isabela—. Espero que tras las presentaciones podamos hablar y saber cómo le van las cosas, aunque tampoco habrá que abusar de su conversación. Si no daríamos de que hablar.

—Pero ¿y si alguien en el baile la reconoce y descubre que es Lola Villar y no Sol Monforte? —preguntaron Ana y Josefina.

Las muchachas habían hablado del asunto esa noche, deseosas de encontrar una explicación al cambio de personalidad que iba a representar Lola sin saber muy bien qué sentido tenía aquella farsa. Cuchicheaban en la alcoba sobre el asunto y fantaseaban haciéndose pasar por la sobrina rica de una mujer muy importante. Aun así ambas se habían preguntado qué pasaría si la descubrían.

—¡Eso no pasará! —dijo la mayor de forma cortante—. ¿Quién va a conocer a Lola si no ha ido a un baile en su vida, ni ha estado en sociedad? Lleva tres años en un convento. Si alguien la hubiese conocido de cuando era una adolescente en La Carolina, no creo siquiera que la recordase.

Dicho esto, todos quedaron más tranquilos, aunque el comecome iba por dentro. La posibilidad de que alguien reconociera a Lola por su verdadera personalidad era poco probable, pero no imposible. Si bien era verdad lo que acaba de contar, Isabela recordó haber asistido a algún baile en Jaén unos años atrás. Uno fue en su propia casa y dos en casa de los duques de Tello, grandes terratenientes de la zona y Grandes de España. No frecuentaban mucho sus propiedades en Jaén y eran poco asiduos en La Carolina, pero hacía unos años, por motivos de salud del duque viejo, habían pasado varias temporadas allí.

Su Excelencia era un hombre encantador y pronto se entendió maravillosamente bien con su padre. Era frecuente verlos salir juntos a pescar, cazar o charlar animadamente en la biblioteca de su cortijo tomándose un licor. El aire de la serranía, con las montañas negras y recortadas de Sierra Morena al fondo, devolvía la salud a un muerto, decía su padre. Y en parte era verdad. El frío, el viento y el sol le hacían sentir a uno más vivo. El duque, llevaba años, enfermo de los pulmones y aquel clima le iba bien. Los

cuidados le habían ayudado a sobrellevar la enfermedad con mejor calidad de vida, pero no habían evitado lo inevitable. Había fallecido cuatro años atrás, poco antes que sus padres. Su hijo Álvaro había heredado el título, las propiedades y se había hecho cargo de todo el personal a su servicio. Desde el entierro, no le habían vuelto a ver.

—¿Quiénes creéis que estarán? — preguntó Josefina.

—Supongo que todos los importantes. La de Osuna no tiene rival en eso. Incluso habrá diplomáticos extranjeros. ¿Me pregunto si habrá algún francés? — dijo la tía.

—¡No creo! —afirmó el tío—. No están los ánimos para charlar con los gabachos.

—Sí, pero parte del personal diplomático francés sigue en España y puede que asistan —insistió la tía haciéndose la entendida. Algo de eso había oído en la modista.

—¡Lo dudo! —contestó el marido.

Josefina volvió sobre su tema. Quería saber si asistirían al baile alguno de los jóvenes que habían conocido recientemente paseando por el Prado. Ella y Ana hablaban de la posibilidad de que alguno de ellos, tal vez el capitán Mendoza o el teniente Casas, estuvieran. También podrían ver al hijo pequeño de los condes de Fijar o a algún conocido de la familia.

—¿Crees que asistirá Alicia de Pablos? —preguntó Ana a su madre.

Alicia había estudiado con ella en el

Convento de las Madres

Concepcionistas, en Madrid.

—¡No sé, Ana. Al igual que tú nunca he asistido a un baile de estos, no sé exactamente quien suele ir.

—¿Crees que asistirá el duque de Tello? —preguntó a bocajarro Josefina a Isabela.

—¡Y yo qué diantres sé! —contestó Isabela cortante—. Dejad ya de preguntar. ¡Qué pesadez!

La pregunta sin embargo la inquietó. ¿Y si asistía el duque? Bueno, pensó, no la reconocería. Lola había cambiado mucho en esos años.

—¿De quién hablas? —le preguntó su prima Ana a Josefina y la muchacha empezó a darle explicaciones. Isabela, callada, también recordó a aquel hombre.

Era muy atractivo... y le vio moviéndose con distinción y altanería en aquel último baile celebrado en su finca La Jara, en Jaén, con su chaqueta de velarte de lana azul marino último modelo, los calzones de fino antílope negro, un alfiler de diamantes en la corbata y las lustrosas las botas polacas. Los Urquijo poseían un bello cortijo y cientos de hectáreas de terreno, numerosa servidumbre y varios molinos en la provincia. Recordó los nervios de su hermana Lola que entonces había bebido los vientos por él. Desde que lo viera cabalgando junto a su padre en un paseo por la sierra Lola, había quedado deslumbrada por su aspecto y no había hecho más que hablar de lo apuesto, inteligente, maravilloso y fantástico que era. Durante meses había fantaseado sin parar con aquel joven e incluso, pensó sonriendo Isabela, se había llegado a ver ya como futura duquesa; montando a sus purasangres, viajando por todo el mundo o llevando el gran anillo —el sello con un trébol blanco insignia de la familia Tello— que lucía en su mano la madre del muchacho.

Las alabanzas habían durado hasta una noche tras el último baile. Lola había regresado a casa casi llorando de pura rabia después de que Álvaro de Urquijo no le hubiese dedicado una mirada ni una palabra en toda la fiesta. Había estado demasiado atareado atendiendo a las jóvenes damiselas de largas pestañas y provocadoras miradas como para fijarse en una adolescente de trece años con espinillas en la cara y más flaca que un palo. Además, se veía que era la clase de hombre acostumbrado a causar estragos entre las mujeres, pensó Isabela. No eran de los que tenían muchos miramientos con ellas. ¡Nunca los había necesitado!

Nunca más había vuelto Lola a hablar de él, del actual duque de Tello. Ahora, no descartaba Isabela que estuviera en el baile de la duquesa de Osuna y que se reencontraran. Se preguntó cómo estaría después de tantos años. Si las reconocería a ella o a Lola, lo dudaba; era imposible. Seguro que no se daba ni cuenta. Todos habrían cambiado mucho, especialmente Lola. No se parecía en nada a aquella adolescente candorosa y embobada que había intentado atraer su atención; además, él no había sabido nada de ellas en mucho tiempo, aunque no pudiera decirse lo mismo a la inversa.

A pesar de que habían estado en un convento en los últimos tres años, las hermanas Villar habían seguido teniendo un mínimo contacto con el mundo exterior, con la vida real fuera de aquellos muros. Gracias a su hermano Luis, que había continuado estudiando en Salamanca y el último año se había

incluso ido a vivir a Madrid, habían seguido la pista a Álvaro y a otras amistades. Luis había compartido campus con Álvaro y, aunque este era dos años mayor que él, se habían frecuentado y habían asistido de vez en cuando a las mismas reuniones sociales, cacerías o bailes. Se conocían y se agradaban y Álvaro siempre había tenido —al menos aparentemente— palabras para sus hermanas; había preguntado por ellas, sabía que habían sido internadas en el convento tras el fallecimiento de sus padres y siempre se había prestado a ayudar a Luis en lo que necesitase en lo concerniente a su familia.

Luis les había hablado en sus cartas de sus reuniones sociales —o políticas más bien— de sus juergas en tabernas o prostíbulos, sus noches de estreno en los teatros de la villa, en el de los Caños del Peral o en el del Príncipe, su asistencia a tertulias en cafés, a reuniones literarias... Por él habían sabido de los chismes que corrían por Madrid sobre tal o cual personaje, de lo tensa que estaba la vida política y lo mal avenidos que eran el príncipe heredero y Su Majestad, de lo último en moda femenina y peinados, de las extravagancias de algunas damas cortesanas o del día a día de sus tíos. Habían recibido sus frascos de perfume adquiridos a precio de oro a los perfumistas de la Corte por Navidad y las últimas gacetillas maledicentes de la capital cada mes.

Así habían sabido las Villar del éxito de Álvaro de Urquijo con las damas en la Corte o de los problemas con los franceses. Lola leía impasible aquellas cartas de su hermano mostrando total indiferencia por él que hasta unos años antes había sido su “primer amor”; una indiferencia tan excesiva que a Isabela siempre le había parecido ficticia. Tenía la sensación de que en realidad Lola había seguido sufriendo con todo aquello, pero —demasiado obstinada y orgullosa para reconocerlo— había preferido disimularlo.

Y mientras Luis o Álvaro bebían la vida a sorbos en esos espléndidos años de su juventud, ellas habían tenido que permanecer encerradas entre los muros de un claustro. Poco podían contarle a Luis en sus misivas que no fueran las disputas habituales entre Lola y las monjas por su indisciplina, las madrugadas espantosas en invierno para rezar en la capilla el *Regina Caeli*, sus avances en el bordado y la rueca, su mejora como ayudantes en los fogones monacales preparando los maravillosos dulces abaciales o cultivando en el huerto del recinto religioso plantas medicinales para el dispensario. Ahora, seguramente aquella misma noche, pensó Isabela, se volverían a ver.

Estaba convencida que si el de Urquijo se encontraba en Madrid asistiría a aquella gala. Esa noche ellas conocerían a los personajes más importantes de España, y quién sabe si encontrarían también el amor. Las dos mayores, Clara e Isabela, también lo deseaban aunque lo ocultasen cortésmente, no así las más jóvenes que no paraban de hablar sobre los posibles romances que les esperarían esa noche. Isabela prefería pensar en esos estúpidos derroteros y alejarse así de la preocupación.

—Espero que no nos equivoquemos —le comentó finalmente Clara al oído al llegar.

—Todo saldría bien. Si seguimos lo establecido, no debemos temer problemas —añadió Isabela.

Conoceremos a una joven llamada Sol Monforte en el baile, nos haremos amigas, intimaremos, quedaremos en los próximos días para pasear o tomar café y no levantar así sospechas... Debemos estar cerca de Lola por si nos necesita —y Clara afirmó con la cabeza mientras miraba en derredor.

—¡Ahhhhhhhh! —oyeron.

Un grito de alegría las devolvió a la realidad.

—¡Ya estamos llegando! —gritaron al unísono las dos más pequeñas, señalando la puerta que ya se veía el enrejado.

—Es cierto. El atasco de carruajes a la entrada es importante —señaló la vizcondesa apuntando con el abanico en dirección a la portilla de la finca.

El portón de hierro forjado estaba abierto de par en par y presentaba un aspecto imponente. Había al menos una treintena de carruajes intentando pasar mientras varios lacayos con antorchas iluminaban los accesos y daban paso a los cocheros. Tras unos minutos de espera, el carruaje de las Villar atravesó la puerta de entrada y una hermosa avenida arbolada, con tiestos de naranjos en maceteros de cobre, lilos floridos y altos tilos, bellamente iluminada con faroles de gas, que terminaba al fondo en un palacete de estilo neoclásico y una rotonda redonda con una gran fuente decorada con delfines en el centro. El espectáculo de los surtidores era visible hasta allí mientras ráfagas de minúsculas gotas de agua vaporizaban y refrescaban la zona. Gallardetes con los colores heráldicos de la Casa de Osuna, de rojo gules y amarillo oro, serpenteaban al viento. Criados con libreas del mismo color atendían a los recién llegados. Las cuadras donde se iban depositados los carruajes y las

monturas empezaban a estar atestadas. Había —reconocieran todos— un ambiente magnífico.

Al acercarse a la escalinata de entrada a la sala de baile era tal el alboroto de pajes e invitados que no se oía nada. Elegantes camareras ayudaban a las señoras y a los caballeros a bajar de las calesas mientras, estos, pisando una gran alfombra roja, accedían a la entrada de piedra y cristal de la casa.

Enormes vidrieras daban a espectaculares y floridos jardines por la parte posterior. Suelos de mármoles de colores, mobiliario francés de estilo rococó, candelabros de plata labrada y alfombras persas conformaban el sofisticado y caro mobiliario.

—¡Vamos, vamosssss! —dijeron
Josefina y Ana, adelantándose al grupo.

Todas ellas bajaron impacientes de su vehículo y, recogéndose ligeramente sus elegantes vestidos de organdí, sedas y linos casi transparentes, atravesaron las puertas labradas y esmaltadas para acceder finalmente al interior. Hermosas arañas de cristal iluminaban el salón que ya estaba lleno de invitados; una suave música invadía la estancia. Sonaba un clavecín y un cuarteto de cuerda daba sus magistrales tonos al fondo, frente a unos gigantescos espejos ribeteados de marcos dorados sostenidos por angelotes. El frufú de las telas, los abanicos, el humo de los primeros cigarros y el tintineo de las refinadas vajillas, también. Nerviosas, Ana y Josefina se dieron la mano y miraron hacia atrás a los demás. Aquella, prometía ser una gran noche.

Capítulo 3

Resultaba relajante escuchar a los grillos.

El chirriar de los insectos era incesante. Se oía a pesar de la música que sonaba ininterrumpidamente en el salón. Su sofocante canto ascendía trepando por las enredaderas y las flores, quedando suspendido en el ambiente, formando parte de la banda sonora de esa noche veraniega. Álvaro de Urquijo acababa de salir al jardín trasero del palacio de Osuna. El baile estaba aún en su punto álgido y el gentío le incomodaba para lo que tenía que hacer. Hacía

escasos días que había regresado de Londres y deseaba hablar con Juan Ordóñez y Gaitán, pariente lejano del marqués de Valdespina, y su mejor amigo desde la infancia. Llevaban más de un mes sin verse.

Juan también había estado fuera, en el norte, en su Asturias natal. Tenían muchas cosas que comentar antes de la reunión matinal que celebrarían al día siguiente miembros del Círculo —allí mismo— para concretar el modus operandi de la organización de cara al futuro más inmediato. Se habían visto en el interior del salón, habían reído las gracias de la vieja baronesa de Galarza, oído por vigesimocuarta vez las aventuras de don Damián de Aro del dos de mayo, cuando a punto había estado el anciano de perder la vida por un disparo perdido de los gabachos y se habían tenido que quitar de en medio —elegantemente— a unas cuantas matronas y a sus hijas casaderas que les estaban acosando. Las continuas interrupciones de damas, caballeros, camareros sirviendo refrigerio y oídos indiscretos habían postergado la charla que necesitaban acometer los dos amigos.

Álvaro distinguió una sombra en la penumbra, debajo de un gran magnolio, y comprobó que era él, envuelto en el humo de un cigarro. No había nadie cerca, todo el mundo seguía en la recepción y los pocos acalorados que habían salido a refrescarse lo habían hecho por la puerta principal que daba acceso a un gran parterre lleno de rosas, lilas y geranios. En el huerto trasero solo se apreciaban las sombras producidas por los grandes árboles — abedules, castaños de Indias y esbeltos cipreses de más de doscientos años— que rodeaban el estanque y el surtidor de mármol de Carrara con dos enormes figuras de atlantes, situado a una vara de distancia. El chapoteo de agua se escuchaba próximo, generando una agradable sensación de frescor.

—Te retrasas —se limitó a decirle Juan envuelto en una espesa bocanada de humo.

La ligera brisa le removió el tupé rizado y castaño. Largos patillones a la moda y un sombrero calado de seda italiana negra, al igual que su elegante chaleco de corte impoluto, resaltaban su tez clara.

—Solo han sido unos minutos. No podía deshacerme de Leonor. Está especialmente pegajosa esta noche.

—No me extraña —dijo burlón el amigo—. A pesar de estar prometido sigues siendo un increíble polo de atracción para las damas. A Leonor, que es una joven muy observadora, no se le ha podido pasar eso por alto. —

Gracioso. Esperaré a ver qué tal te comportas tú cuando tengas novia oficial. Ya sabes que nunca me ha gustado que me controlen. Las mujeres son endiabladamente pesadas —rebufó Álvaro.

—En tu caso es lógico que le preocupe.

—No, ahora en serio —contestó el De Urquijo—. En estos momentos —añadió ya en tono serio— tengo cosas mucho más importantes en la cabeza que andar tonteando con damiselas en apuros.

—Cierto, no estamos para aventuras románticas —dijo el otro riéndose.

—No, la verdad es que no. Y si te soy sincero, las mujeres solo me agradan para un ratito. Me hartan con tantas exigencias, estupideces, celos, codicia, siempre pensando en el dinero, en las joyas y en rivalizar con sus amigas.

—No todas son así —contestó Juan y Álvaro se encogió de hombros.

—La mayoría. Bueno, alguna, como doña Teresa, se salva, pero poco más.

Juan siguió sonriendo por lo bajo mientras aplastaba la colilla en el suelo. Sabía que Álvaro lo decía convencido y que no llevaba demasiado bien el que incluso prometido siguiera siendo una de las dianas favoritas de todas las miradas y chismorreos de las féminas. El compromiso anunciado un año y medio atrás con Leonor de Astiazábal, hija de los condes de Astiazábal, no había servido para frenar la admiración que las mujeres le rendían al pasar. Sus andanzas amorosas por Madrid, con nobles y plebeyas, con actrices y cortesanas, habían corrido de boca en boca hacía unos años, pero estos habían terminado ya —al menos eso aseguraba él— para centrarse en su carrera diplomática y social.

El problema —reflexionó Juan— era que muchas mujeres seguían sin aceptar que Álvaro de Urquijo estuviera totalmente fuera de sus posibilidades, fuera de circulación. Entre ellas la peor era la baronesa viuda de Uriarte. Durante toda la noche no había parado de lanzarle dardos envenenados que mostraban su despecho por la indiferencia con la que el duque la trataba actualmente. Había habido un tiempo en que habían mantenido una relación, pero , mientras que ella aún no la había olvidado, él apenas la recordaba.

—¿Crees que Leonor tiene celos o es que es así de insoportable por naturaleza? —preguntó curioso y sincero Álvaro a su amigo.

—Tiene celos, está claro. Solo hay que verla —respondió el otro.

—No le doy motivos, de verdad, créeme —dijo indiferente—. No te digo que si hubiera sido antes, no los hubiese encontrado razonables, pero ahora

estoy volcado con el Círculo, con mis negocios y...

—Tal vez ella no lo vea así —lo interrumpió Juan sin darle mayor importancia.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Crees que te miento? Tu sabes que no...

—¡Chisss! No, no quiero decir que mientas. Sé que no andas liado con ninguna mujer, pero es tan poco el interés que muestras por Leonor que no me extraña que dude y tenga sospechas. Nunca he visto en ti un gesto cariñoso hacia ella. Solo modales protocolarios, ¡sin chispa! —sentenció—. Me preocupa la elección que has hecho —dijo mirándole frente a frente—. Te lo digo como amigo y ya que sacas tú la conversación. Podrías haber elegido a la mujer que quisieras para casarte; cualquiera de las que hay ahí dentro habría estado como loca si le hubieses ofrecido tu mano. ¡No entiendo por qué finalmente vas a hacerlo con alguien a quien no quieres!

—¡No sé cómo puedes decir eso! —contestó malhumorado Álvaro—. Sabes que en el fondo aprecio a Leonor.

—Tú lo has dicho: “aprecio” no “quiero”. Hay una gran diferencia.

—Quise decir “quiero”. Es una mujer atractiva, inteligente, elegante, de buena familia, que pertenece a mi mismo círculo social... ¿Qué más puedo pedir? —comentó fríamente—. No es fácil para una mujer cumplir todos los requisitos que yo necesito. No estamos hablando de una aventura intrascendente, sino de mi futura esposa... Eso es algo muy serio —subrayó soberbio.

—Ya veo. ¿Y no has pensado que en vez de tantos requisitos sería mejor elegir alguien que te hiciera feliz. Que te volviera loco, que pusiese tu vida patas arriba, que formase realmente parte de tu día a día...

—No digas majaderías de romántico trasnochado que eso no va contigo.

—Es posible que no vaya conmigo, tengo poca vena romántica, pero sí contigo; en el fondo eres un sentimental.

Álvaro soltó una risotada.

—¿Yo sentimental?

—Idealista y sentimental. ¡Sí, lo confirmo! —insistió el otro divertido—. Y ahora dime con la mano en el corazón que esa es la mujer de tu vida —se volvió Juan a su amigo que le miraba de reojo mientras caminaba despacio

por el sendero donde rechinaba la grava.

—Lo es, lo es... No insistas — contestó Álvaro con tan poco entusiasmo que desvió la mirada para no ver los ojos inquisidores de su compañero—. Cambiemos de tema y vayamos a lo nuestro. ¿Qué tal por Asturias? ¿Hay mucho movimiento? La ayuda pedida a los ingleses ha ido bastante bien.

—Sí. Una delegación viajó hasta allí y el gobierno británico les prometió no solo ayuda financiera, también armamento, barcos, pertrechos, suministros bélicos de todo tipo —Juan se sentó en un banco de piedra junto a la gran fuente del patio, metió la mano en el agua y continuó charlando—. A pesar de que nunca ha reinado una gran amistad entre nuestros países parece ser que esta vez los levantamientos antifranceses en España han provocado allí grandes expectativas y euforia. Ya no serán los únicos en tener que hacer frente a Napoleón. Han confirmado que nos ayudarán aunque realmente, no sé...

—Pues créelo porque es cierto. Nos ayudarán. Vengo de Londres. He mantenido allí ciertos contactos; en estos momentos jugamos en el mismo bando. Jorge III estaba algo receloso, pero el Parlamento le ha convencido. La delegación enviada por la Junta de Asturias ha dado su resultado, créeme. George Canning, Secretario del Foreign Office, me ha confirmado personalmente que ayudarán a España. Ambos países quieren derrotar a Napoleón. Cada uno hará su papel.

—Pues permíteme dudar que nosotros podamos hacer el nuestro. De camino a Madrid he pasado por algunas provincias y tengo que decirte que el estado de nuestro ejército es lamentable. Aunque hayamos ganado alguna batalla, nuestros mandos son conscientes de que no resistiremos dos asaltos —siguió Juan.

—Ya lo sé. Yo desde luego tengo claro que con el ejército regular que tenemos ahora mismo no podremos hacer frente a la *Grande Armée*. Tendremos que explorar otras posibilidades, jugar a otra cosa, a la guerra sin tregua, sin cuartel, aprovechando nuestro mejor conocimiento del terreno —dijo con efusión—. No podemos hacerles frente directamente; ellos son más y están mejor equipados —su amigo hacía gestos negativos con la cabeza—. Sé que desapuebas el funcionamiento caótico de esas milicias civiles, pero estoy seguro de que pueden ser una solución. Yo desde luego soy de los que opinan

que a situaciones desesperadas... Si luchamos todos, seremos muchos más — terminó categórico—. ¡Ahí es donde radica nuestra fuerza!

Juan se levantó y comenzó a andar de vuelta al palacete. La música se oía lejana y una ligera brisa removía sus cabellos.

—¿Crees que a base de milicianos y guerrilleros podremos enfrentarnos a Napoleón? A mí me parece que no son más que chusma; caciques de pueblo que no buscan otra cosa que mandar y hacerse con la autoridad por la fuerza. No sé yo si llegado el momento se enfrentarían abiertamente al ejército francés.

—Lo harán. Les irá en ello la vida y todo lo que tengan. Sus propiedades, sus casas, sus mujeres, sus pueblos... tendrán que luchar o morir. Esos son los mejores soldados. Defenderán lo de todos porque es suyo. Sé que es poco ortodoxo, pero es así. Los que hoy son bandoleros de medio pelo terminarán siendo buenos soldados, créeme —dijo dándole una palmadita en la espalda—. Aunque lógicamente lo tendremos que demostrar.

—Pues si como se estudia en las academias, hay que golpear al enemigo cuando está desordenado, terminarán dándonos una paliza —dijo Juan.

—También se aprende que hay que atacar, moverse, cuando el otro no se lo espera, y estoy convencido de que los franceses, con su arrogancia, no esperan nuestros movimientos. Eso les sorprenderá.

—¿A ellos o a nosotros mismos? ¿Sabes que no hay un pueblo que no haya nombrado su propio gobierno y esté tomando decisiones en cuanto a la guerra sin que se conozcan en Madrid? En estos días de viaje he visto de todo. No hemos empezado como aquel que dice y algunos ya han decidido los castigos a imponer a los franceses que aparezcan. Han preparado en las plazas horcas para colgarlos. Igual suerte les han preparado a los afrancesados o colaboracionistas a los que han amenazado con el patíbulo. ¡Es una anarquía, un caos! Un regimiento no tiene armas, otro va sin botas, así no podremos ganar. Y lo peor es que no tenemos dinero para comprarlas.

—¿Y quién habla de comprarlas? — preguntó Álvaro—. Habrá que robárselas a ellos...

El chasquido de una rama les hizo callar de inmediato. No habían visto a nadie merodeando por el jardín, tal vez solo fuera un gato, pero por precaución decidieron volver al salón de baile y dejar la conversación para otro momento. Habían quedado a las nueve de la mañana en el patio del

palacete. Serían una treintena y se quedarían esa noche a dormir allí. Los demás invitados volverían a sus casas. En realidad el baile no había sido nada más que una excusa para que tantos “sospechosos” se pudieran reunir sin dar mucho que hablar a los numerosos espías que Murat seguía manteniendo.

—Volvamos —dijo Álvaro algo tenso mientras miraba suspicaz a su espalda.

—Sí, pero antes explícame si seguimos teniendo o no un topo en la organización. ¿Se ha avanzado algo en la investigación? ¿Ha habido algún otro sabotaje? Te confieso que es algo que me preocupa.

—A mí también y supongo que a todos; a Bellavista el primero. Si hay o no un topo aún no lo sabemos, pero es sospechoso que varios de los nuestros hayan desaparecido en los últimos meses. Jovellanos y Bellavista están convencidos de que así es.

—¿Se ha vuelto a saber algo de Luis Villar? —insistió Juan mesándose la perilla.

—Desgraciadamente no.

—Por cierto, me han presentado a sus hermanas en el baile. Unas jovencitas muy bonitas, especialmente la mayor... Isabela, creo.

—Sí, yo también las he visto. He hablado un rato con ellas y les he mostrado mi preocupación por la desaparición de su hermano.

—Olvidaba que las conocías de antes, de Jaén, ¿no? ¿De La Carolina?

—Sí. Mi padre apreciaba mucho al barón y a Luis, aunque recuerdo que sentía devoción por su hija mediana, Lola creo que se llamaba. ¡Nunca entendí muy bien tanta admiración por esa niña!

—¿Celosillo? —se rio Juan de su amigo, palmeándole la espalda.

—No, simplemente la mocosa era bastante vulgar. La vi un par de veces en unos bailes organizados por mi madre en la villa y no me llamó mucho la atención. Era un poco cabra loca a tenor de lo que contaba mi padre y alguna vez lo vi yo mismo. Salía a cazar con su padre y andaba por ahí por el campo con pantalones y botas como si fuera un cuatrero. Supongo —siguió comentando Álvaro— que de cerca debía ganar mucho para despertar tanta admiración.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Luis, su hermano, también sentía devoción por ella. En algunos viajes que hicimos juntos hasta Salamanca me habló de su familia y en

especial de ella. Lola por aquí, Lola por allá, nadie caza como Lola, nadie tiene su puntería, nadie monta a caballo como ella, nadie es más audaz, en fin, que terminó despertando mi curiosidad con algunas de sus aventuras infantiles rescatando a niños heridos en Sierra Morena o charlando con contrabandistas de la ruta que parece ser también la adoraban.

—¿Y es la misma Lola que nos han presentado esta noche?? —preguntó sorprendido Juan.

—Pues se supone y eso es lo que me ha dejado un tanto descolocado.

—Parecía tímida y hasta beata. Sosita diría yo, aunque linda, eso sí.

—Pues ya ves —rio Álvaro—. Se habrá reformado.

—Me has provocado curiosidad. Ahora cuando entremos al salón me acercaré de nuevo y, con la excusa de preguntar por Luis, me fijaré en esa joven.

—Te acompañaré.

—¿Quieres volver a provocar los celos de Leonor?

—No creo. Mira —dijo señalando despectivo en dirección a su prometida — ahora está muy entretenida bailando con el marqués de Baeza— y cerró la hoja de cristal adentrándose en la marabunta.

El recinto estaba lleno. Al menos habría unas trescientas personas. Hacía un calor sofocante que ni siquiera las corrientes ligeras de aire por las cristaleras abiertas podía calmar. Laudes, vihuelas, tiorbas y guitarras tañían una sonata escarlatina entre el fulgor de los cristales de roca de las majestuosas lámparas y el tronío de los danzarines del centro de la sala que, con los brazos en alto, interpretaban un nuevo minué. Multitud de olores a perfumes distintos se confundían en la noche mientras sonaba el barullo de las charlas en los corrillos formados dentro. El crujir de los vestidos, el cierre de los abanicos, el entrechocar de la vajilla, las risas algo tontas de las muchachas enamoradas y el taconeo en el suelo de madera conformaban el hábitat del salón. Cientos de candelabros distribuidos por la sala daban un tono amarillo y cálido a la residencia que contrastaba con el negro profundo de la noche fuera; especialmente en el jardín trasero de donde venían los caballeros.

—¿Y qué me dices de la nueva? ¿Qué te ha parecido? —preguntó Juan curioso a su amigo.

—¿Qué nueva? —contestó distraídamente el otro.

—¿Qué otra nueva va a ser? ¡La sobrina de la marquesa de la Roca! Sol

Monforte creo que ha sido el nombre. A mí al menos me ha sido presentada nada más llegar por M^a Teresa. No es exactamente guapa, pero me ha resultado muy atractiva... Preciosa.

—¡Vaya! Hoy estamos de suerte, al menos hay una mujer en la sala que te resulte interesante.

—Ya sabes que yo también soy muy selectivo.

—¡Pero qué grande eres! —dijo empujándole hacia delante divertido—. No me extraña que no encuentres novia.

Tan solo con que fueras un poco más amable, podrías elegir a la mujer adecuada y...

—No te preocupes por mí; cuando aparezca la mujer adecuada no necesitare que nadie me diga lo amable que tengo ser. Preocúpate por ti —le dijo sonriendo cínicamente— no vaya a ser que un día aparezca la tuya y ya estés casado.

—Si no ha aparecido ya, con todas las mujeres que he conocido, es que no existe.

—Quién sabe, quién sabe —dijo entre susurros Juan al apretar su mano con la del teniente Caminero que en ese momento se acercaba a saludarles.

Se mezclaron en la sala y Álvaro aprovechó para mirar mejor a Sol Monforte. Algo debía tener la joven para provocar el interés de Juan. A él también se la había presentado la marquesa nada más entrar a la sala, pero no le había prestado mucha atención. Se había saludado efusivamente, eso sí, con M^a Teresa a quien hacía dos meses que no veía y con quien compartía muchas ideas políticas y relaciones sociales. Ambos pertenecían al Círculo desde hacía tiempo y, a pesar de sus caracteres tan distintos —ella tan apasionada y decidida y él tan diplomático—, coincidían en muchos asuntos.

M^a Teresa había defendido ir a la guerra desde el principio, segura de que finalmente no cabría otra opción, mientras que él —que hacía meses abogaba por evitar el conflicto como fuera dada la diferencia de fuerzas con Francia—, había terminado rindiéndose a la evidencia y dándole la razón. Sí, pensó, había pasado muy buenas tardes charlando con ella y la consideraba una amiga y una mujer brillante, una de las pocas féminas a las que de verdad quería y respetaba... No había sido esa la primera impresión que Álvaro había tenido de su sobrina. Le había parecido casquivana y petimetra. Iba muy elegante, eso sí, se dijo al volver a reparar en ella, y no era fea, pero tampoco

era su tipo.

—¡No sé que le verá, las hay más bonitas! —comentó para sí mismo.

—¿Comentabas algo? —preguntó el amigo distraído.

—No, nada en particular. Por cierto, el chisme de su buena dote ha debido surtir efecto. Si no te das prisa en cortejarla, te la habrán quitado delante de tus narices esta misma noche — sugirió, mirando esta vez a su amigo que la contemplaba embobado.

—¡Ya veo, ya! —comentó sarcástico

Juan al ver a Sol Monforte pavoneándose delante de una corte de galanes que no paraban de obsequiarla con todo tipo de detalles.

A algunos se les caía la baba, pensó, y eso no era precisamente por la dote. Le pareció espléndida con su vestido de organdí malva. La tela era tan fina que se pegaba a su cuerpo dibujando sensualmente su silueta. Su cabello oscuro caía en cascada por la espalda y lanzaba destellos de brillo por los pequeños alfileres del pelo. Se movía ligera y con gracia y algo en sus maneras impedía que la viese como a una vulgar petimetra solo interesada en su vestimenta. Sus ojos brillaban, demostraban interés en todo lo que veía, parecía atenta y perspicaz. Esa no solía ser la actitud de la mayoría de las jóvenes víctimas de la moda cuyo único interés se centraba en su perrito yorkshire o en el corte de su guardarropa. Había en ella algo

diferente... Tal vez fuera que acabara de llegar del campo, por su ingenuidad o naturalidad. Era, pensó, como un diamante en bruto.

—Si sigues mirándola así se te van a salir los ojos de las órbitas —le susurró Álvaro entre risas.

—Vale —dijo Juan— tienes razón; dejemos a Sol Monforte y acerquémonos a hablar con las hermanas Villar. Has

despertado mi interés con esos comentarios sobre la tal Lola. La niña que provocó tus celos —dijo mientras movía con el codo a su amigo en dirección a las muchachas.

Atravesaron la parte meridional del salón y ya cerca de la puerta de entrada al vestíbulo vieron a las hermanas de Luis con otras personas que debían ser familiares. Educadamente, y con una ligera inclinación de cabeza, los caballeros saludaron a las muchachas. Estas agradecieron todos los cumplidos y expresaron su pena por la desaparición de su hermano, pero a la vez su clara

determinación a encontrarle pronto. La mayor, Isabela, llevaba la voz cantante y era evidente que la mediana, Lola, era tímida hasta el sonrojo. A Álvaro no le cuadraban las historias que de ella conocía y lo que antaño había visto de ella, con lo que ahora veía en la sala. Cierto que no la recordaba con claridad, pero se le antojaba muy cambiada.

¡Hacía tanto desde que se la presentaran en Jaén!, pero aun así, parecían el día y la noche. Le resultaba increíble que el animalillo salvaje que él recordaba se hubiera transformado en una chica tan modosa y aburrida. No era fea, pero quitando a la mayor que era realmente una belleza —como su madre recordó— todas las demás tampoco eran gran cosa.

Mientras los caballeros observaban curiosos a las chicas, la conversación seguía las pautas protocolarias que marcaba la buena educación. Los tíos fueron amables y encantadores;

preguntaron al duque por su salud, por la de su querida madre la duquesa viuda y por su hermana Inés. Álvaro les contestó que ni su madre ni su hermana estaban en Madrid, que de haber estado habrían estado encantadas de asistir a la fiesta y haber charlado con ellas. Juan preguntó al tío por sus negocios, por sus aficiones y, en vista de que la conversación decaía, los jóvenes se despidieron al rato educadamente. No había transcurrido ni un segundo cuando Leonor apareció hecha una furia junto a ellos.

—¿Has decidido ningunearme en el baile? ¿Tan poca cosa te parece tu prometida como para no dedicarle ni un minuto de la noche? ¿Qué haces hablando con todas las mujeres solteras del salón? ¿Quién...?

—¡Para ya! No montes una escena de esas que tanto te gustan. Solo hemos hablado con algunos conocidos, incluidas esas jóvenes, que son las hermanas de un compañero de la universidad que desapareció recientemente. Solo estábamos interesándonos por su familia, nada más.

—¡No me hables de familias! Antes he podido ver como salías al jardín trasero a escondidas. ¿Con quién ibas a verte?

—¿Me espías? —preguntó consternado y furioso Álvaro.

—¡No te espío! —dijo fríamente Leonor—, pero no me engañes —su tono sonó amenazador—. No me digas que veo visiones, que sé muy bien que has salido a escondidas de este salón.

—No he salido a escondidas, solo me he tomado un descanso para charlar unos minutos con Juan.

Juan que estaba cerca, pero sin entrometerse en la pelea de pareja, miraba para otro lado no queriendo demostrar lo desagradable que le era — y cada vez más— Leonor de Astiazábal. Ante las acusaciones de la dama, decidió volverse e intervenir.

—Es cierto, Leonor. Álvaro estaba conmigo. Teníamos cosas de que hablar para la reunión de mañana.

—¿Qué reunión de mañana? ¿Dónde es esa reunión y con quién? —pregunto airada la mujer.

—Eso son cosas personales mías que a ti no te incumben. La reunión será mañana aquí y yo me quedaré esta noche a dormir en esta casa. Tú regresarás Madrid con tus padres y mañana por la tarde iré a verte.

—Si esta noche no vuelves conmigo, será porque algo buscas aquí. ¡Olvídate de venir mañana a verme con una caja de bombones como si no ocurriera nada entre nosotros!

—¡Es que no ocurre nada! —soltó el otro harto.

—Eso es precisamente lo que me temo, Álvaro, que no pase nada.

—No entiendo tu ira. Te he visto muy divertida esta noche. Has bailado con muchos caballeros, ha habido muchos galanes que te han obsequiado con limonada y flores. ¿No lo has pasado bien? ¿Qué más quieres?

—¡Quiero que el que me obsequie con algo seas tú, para variar!

—Ya sabes que ese no es mi estilo — contestó lacónico el hombre.

—No, claro —gritó ella— tu estilo es atender a cualquiera antes que a tu prometida. ¡Adiós! —dijo dándose media vuelta, regresando airada junto a sus padres.

Juan guardó silencio. La discusión había sido muy embarazosa. Cada vez le resultaba más repugnante Leonor. Se preguntaba cómo podía haber elegido tan mal Álvaro. Qué habría visto en esa arpía. Miró a su amigo y le vio colérico. Odiaba las escenas y la que había montado Leonor era vergonzosa. A Álvaro le gustaban las mujeres tranquilas, sosegadas y discretas, y la tendencia cada vez más exagerada de Leonor a dar la nota le sacaba de sus casillas. La discusión no había sido gran cosa, pero mañana sería vox pópuli en Madrid.

—¡Maldita bruja! —dijo para sí mismo el duque, incapaz de contenerse, mientras su amigo intentaba llevárselo a un aparte y tranquilizarle. Él, obstinado, prefirió hacerlo solo.

Cruzaba en dirección a la anfitriona cuando observó que Leonor salía por la

puerta principal con su cabello rubio cayéndole por la espalda, su vestido immaculado de muselina bordada en oro, su figura exquisita y su aire señorial, y se preguntó consternado por qué no podía desearla, por qué la detestaba en realidad. Desde que se prometieran, cada vez le interesaba menos. Esos pensamientos le agriaron la noche. En el fondo de su corazón sabía que se había equivocado al elegirla, pero cumpliría su palabra y se casaría con ella.

Eso era ya una cuestión de honor. No podía desairar a sus respectivas familias, armar un escándalo social y dejar en entredicho su dignidad. Solo esperaba que la boda se celebrase lo más tarde posible. La desazón fue en aumento. Se desabrochó algo el cuello de seda de la camisa blanca con chorreras y se alejó del salón principal con la sensación de tener cientos de ojos clavados en él. Iba rápido y chocó involuntariamente.

—¡Perdón! —dijo levantando la cara.

—No ha sido nada —contestó una joven con semblante serio y mirada brillante que siguió andando sin mirar atrás.

Era Sol Monforte y Álvaro sintió una extraña sensación de *déjà vu*. No, no era vulgar, tenía razón Juan. Al rozarla había percibido su suave olor a bergamota y canela; aquella esencia, incomprensiblemente, le apaciguó. Aspiró el rastro de su fragancia y sintió que un repentino deseo se le anudaba en la boca del estómago y una ráfaga de sensaciones le obligaba a salir de la cotidianeidad. Miró hacia atrás y vio que la joven se acercaba a la marquesa. M^a Teresa parecía muy afectuosa y ella hablaba sin aspavientos ni cursilerías. No sabía qué decía, pero, por el modo de moverse, no le pareció la petimetra que quería aparentar. Su lenguaje corporal engañaba.

De repente la pregunta surgió como un fogonazo. ¿Quién era esa mujer? ¿A qué estaba jugando con ella la marquesa? ¿Era su sobrina realmente u otra persona? Y lo que era más raro: ¿de qué la conocía él? ¿Por qué había provocado en él tan extrañas sensaciones...?

Capítulo 4

Lola se calentó las manos con la taza de chocolate. Acababa de levantarse y aún estaba medio adormilada. La noche había sido larga, la fiesta se había prolongado sobre el horario previsto y no había finalizado hasta bien entrada la madrugada. A esas horas, entre bostezos y pies destrozados, muchos habían vuelto a casa en sus carruajes. Solo unos pocos, el grupo más íntimo de la anfitriona, habían pernoctado en su villa. A primera hora de la mañana tenían prevista una reunión para debatir temas de política nacional. Sería una toma de contacto antes de la cita oficial que se llevaría a cabo en unas semanas, posiblemente fuera de la capital. Lola sabía que entre los que asistirían a aquella cita matinal estarían la propia marquesa, la anfitriona, algunos eclesiásticos, jueces, militares e importantes aristócratas, y entre estos últimos, Álvaro de Urquijo. Aún le latía el corazón violentamente solo de recordar su encuentro con él la noche anterior.

Le había visto nada más entrar a la sala, como si un poderoso imán hubiera atraído su mirada hacia su figura. Incluso de espaldas le había reconocido a pesar de llevar años sin verle. Cuando la marquesa se acercó a su grupo, para presentar a Sol Monforte, Lola había creído que moriría fulminada de un infarto. Se había debatido entre el pánico a ser reconocida en la primera prueba de fuego que tenía que pasar y su deseo de que él la reconociese de forma inmediata, tal y como le había sucedido a ella, pero no había pasado nada. Él, al igual que en aquel baile de hacía un lustro, no había siquiera reparado en su existencia. Y no sería esta vez porque no luciera despampanante.

El vestido, que tan elegante se le había antojado en casa, en el baile le había parecido inexistente. De tan ligero como era, a veces había tenido la sensación de ir desnuda. A esto había que tenido que añadirle las miradas lujuriosas de algunos hombres al tremendo escote por el que cabría un batallón, pensó después, o los diamantes que derramaban su luz sobre ella. Varias veces a lo largo de la noche se había visto reflejada en los espejos del salón quedando maravillada y asombrada de que aquella espléndida joven fuera ella. La

misma chica que había salido del retiro hacía unos meses.

Bostezó. No estaba acostumbrada a trasnochar.

Había pensado quedarse en la cama toda la mañana, pero la intensa luz que se colaba por las persianas, y unas risas fuera en el jardín, la habían despertado. Su habitación estaba en la parte más íntima del palacio, en la zona familiar de la de Osuna. La marquesa de la Roca y esta eran amigas desde siempre y la última había insistido en que ambas durmieran cerca de sus habitaciones personales.

Lola, ya despierta, se había vestido cómodamente con una ligera bata de muselina azul añil y salido de su cuarto, encontrándose a las doncellas muy atareadas. Una de ellas le había acercado rápidamente una taza de cacao y una bandeja con panecillos y dulces.

Lola tenía hambre y disfrutó

desayunando. Tras el primero, se sirvió otro chocolate bien caliente y con la refinada taza de porcelana china y dibujos orientales en la mano, se perdió por los interminables pasillos de la mansión; descubriendo coquetas salas de paredes forradas de seda, cuadros de antepasados, baños y cuartos de criados o los impresionantes jardines —mejor admirados a la luz del día— que desde los amplios ventanales de la casa podían disfrutarse. Oyó voces procedentes de uno de los patios y al mirar, descorriendo una persiana veneciana, vio abajo sentados en mesas y disfrutando de sus cafés a los asistentes a la reunión. Sabía que no debería cotillear, pero su curiosidad fue mayor. Aquella era una ocasión magnífica para ver sin ser vista; para detenerse en estudiar detenidamente a todos los posibles objetivos de su futura investigación, a los posibles topos...

—¿Quiénes faltan? —preguntó alguien a quien no reconoció y que con un tintero y una pluma en la mano parecía estar haciendo un listado.

Lola solo veía la zona más soleada del patio, donde se habían concentrado la mayor parte de asistentes.

Enumeraron varios nombres, algunos de los cuales le sonaban de la noche anterior, y prosiguieron con el índice de temas a tratar. Un viejo con una campanilla pedía silencio para acabar pronto un debate que se cerraría definitivamente a finales de septiembre. Estaba además confirmada la asistencia y presidencia de Floridablanca, el que había sido durante años Primer Ministro del Reino con el anterior monarca. El primero en tomar la

palabra fue un clérigo a quien Lola desconocía. Con la cabeza tonsurada y un hábito marrón que le recordó al de los franciscanos, empezó a hablar.

—Entre las decisiones a tomar habrá que incluir la protección a conventos e iglesias. Algunos recintos religiosos ya han sido saqueados, cerrados y profanados por los franceses que no respetan nada —dijo muy solemne— El nuevo rey insulta la fe de los españoles.

Lola desconocía que los conventos estuvieran siendo atacados en España. De hecho, sor Ángela, la madre priora de su convento en Úbeda, no había mostrado ningún temor a nada de eso en los días previos a la salida de las chicas de allí. Claro que a la velocidad que ocurrían los acontecimientos en el país, tal vez en pocos días esto hubiera cambiado.

—Acabo de regresar de Asturias — dijo luego otra voz que Lola reconoció al instante. Era la del amigo de Álvaro, Juan Ordóñez, que había sido muy galante con ella la noche anterior—. Como saben, el Principado ha pedido ayuda a Inglaterra y esta ha aceptado. En breve enviarán material militar y ayuda económica; en unos días se espera que lleguen al puerto de Gijón dos cargueros escoltados por una fragata. Se trataría de una remesa de seiscientas toneladas de armamento y material de guerra cuyo envío ha realizado Canning. Muy pronto, Asturias dispondría de cañones, obuses, fusiles... A pesar de los recelos iniciales del rey inglés, el Secretario de Asuntos Exteriores y el Parlamento le han convencido. Si se constituyese una Junta Central, un gobierno nacional, habría que mandar también emisarios a Inglaterra. Su ayuda sería un factor importante en el desarrollo de la guerra... en caso, de que optemos por ir a un enfrentamiento armado, algo que no veo yo tan claro...

—Ya no hay otras opciones, Juan — dijo cortante la propia marquesa de la Roca sentada delante—. Las posibilidades de encontrar una solución pacífica al conflicto desaparecieron el día que Murat sembró Madrid de cadáveres. Toda España está levantada contra el francés; no nos queda más remedio que estar a su altura.

—Es bonito hablar así —dijo otro de los asistentes, un hombre rechoncho situado al fondo, al que Lola no reconoció— cuando se tiene el dinero y los medios para desaparecer si las cosas se ponen feas. La mayoría de los españoles no tendrán esa opción. El ejército francés es una máquina perfecta y hasta ahora ha arrollado todo lo que se le ha puesto por delante. Triplica nuestros efectivos militares en cuanto a hombres y no digamos en cuanto a

fondos económicos. Tenemos a miles de soldados en ultramar y España está en bancarrota. No tenemos ni para comprar botas. Puede que no sea suficiente con lo que los ingleses nos manden, si es que llega. Si nos equivocamos al decidirnos, mucha gente morirá y los franceses tomarán graves represalias contra los que se hayan sublevado

—Entiendo que alguno de ustedes tengan miedo. Sabemos que corremos un riesgo importante de perder nuestras propiedades, títulos... incluso la vida, si seguimos adelante con esta idea de formar un gobierno rebelde, pero es algo en lo que yo creo que la mayoría de los que hoy estamos aquí —contestó la marquesa— estamos de acuerdo. Si hay alguien que no opina así, estará en su perfecto derecho de no continuar; de desligarse del Círculo y de los que dentro de unos días seremos tachados de rebeldes insurgentes y por tanto perseguidos.

—¡Seguimos, seguimos! —gritaron varios, pero otros pusieron cara de circunstancias. Había mucho miedo.

—Para seguir en esto hay que estar muy convencido y efectivamente como decís vos, Gerardo —señaló la marquesa dirigiéndose al anterior interlocutor — habrá quien pueda huir si las cosas se ponen feas y otros que no... Cada uno es libre ahora de escoger el camino a seguir. Todos somos adultos; a nadie se le escapa lo peligroso que será el camino y lo mal que puede acabar esto para muchos. Decís que algunos tenemos dinero y podremos huir si la guerra se tuerce, pero cuanto más dinero tengamos, más dinero podremos perder en esta aventura. Creo que quienes sigamos, tendremos que blindarnos del miedo a las consecuencias; si no sería mejor dejarlo aquí y ahora.

—¡Gerardo, si queréis iros, hacedlo ahora! —gritó otro de los asistentes haciendo aspavientos con las manos, dándole a entender que era un cobarde.

El increpado calló y guardó silencio. Parecía que de momento no pensaba irse de allí. Otros asistentes levantaron la mano para intervenir. El silencio del inicio de la reunión se había roto y había un gran murmullo. La marquesa y el clérigo que habían hablado al principio trataban de poner orden y mandaban callar a los asistentes. El desconocido de la campanilla también. Finalmente M^a Teresa señaló al fondo con la mano y dio la palabra al siguiente orador.

—Respecto a la ayuda británica señalar que además de ser una buena noticia es un hecho contrastado—.

La voz que oyó Lola era sin duda la de Álvaro. Alta y fuerte, con un toque

algo esnob.

—Los últimos datos de los que disponemos son muy satisfactorios. Las tropas españolas diseminadas por Dinamarca, unos quince mil soldados al frente del marqués de la Romana, están volviendo a casa en estos momentos — continuó.

—¡¡Bravooooo!! ¡Bien hecho! — gritaron varios.

—Una buena parte de estas tropas están embarcando en navíos ingleses con destino a España —siguió Álvaro con su exposición—. Desde que supieron del levantamiento del dos de mayo y de la proclamación de la guerra, no querían seguir en ese país escandinavo y menos a las órdenes de Napoleón. Como saben ustedes, esas tropas llevaban allí años, gracias al acuerdo que se había firmado entre Francia y España en 1796 por el que accedíamos a ayudar a los galos en las fronteras de Polonia. Pues bien, esas ayudas, como es lógico, han finalizado.

—¿Y les han dejado irse? —preguntó una mujer asombrada.

—Ni que decir tiene que los franceses se han negado a admitir esta situación. Han estado presionando lo imposible a todos los reclutas y mandos para que firmaran la Constitución de Bayona y juraran a José I como Rey, pero ellos tampoco han aceptado a Pepe Botella. Nuestras tropas se negaron, se vivieron momentos muy tensos; se llegó a hablar de ejecuciones por insubordinación. En junio se reunió nuestro querido Pedro Caro, marqués de la Romana con el reverendo Robertson, enviado del gobierno británico a instancias de algunas de las Juntas de Defensa Españolas. El plan de huida de nuestras tropas de Dinamarca se inició a finales de julio coincidiendo con la llegada a Madrid de José I. Esperamos que el grueso de estos regimientos llegue a finales de agosto al puerto de Gotemburgo y de ahí a El Ferrol.

—¿Eso está confirmado? —pregunto el duque de Osuna, a lo que el De Urquijo asintió.

—Creo que además de felicitarnos por el regreso de estos miles de veteranos, deberíamos recibirlos como se merecen e incorporarlos rápidamente a nuestras filas, especialmente a su jefe, el marqués, que es un hombre de gran experiencia que podría ayudarnos mucho —intervino Juan Ordóñez.

—Me alegro de oír esto —comentó Melchor Gaspar de Jovellanos, uno de

los mayores intelectuales y políticos de España—. Porque yo tengo otras noticias que son bastante peores... una de cal y otra de arena como dice el refranero.

—¡Virgen Santa! —exclamó M^a Teresa—. Contad.

—El dinero que debería fluir de las colonias americanas se va a ver reducido drásticamente. La causa ya se la imaginarán. En muchos puntos del continente americano se están produciendo insurrecciones contra la madre patria. Quieren la independencia igual que los estados del norte de América. Aún no es un hecho constatado, pero creemos que están recibiendo ayuda de algunos de estos estados americanos del norte, incluso de la propia Inglaterra. Si se corta el suministro de oro y plata de las colonias, la ruina del país será total. Además en esta situación, invadidos por los franceses, no podemos enviar tropas para aplastar a los insurrectos, muchos de los cuales son criollos criados y formados en nuestro propio ejército y en España. Tampoco podemos traernos las tropas que tenemos acantonadas allí, en todo el continente. Hablamos de miles de hombres, soldados veteranos que no pueden abandonar las colonias ante el temor a que se produzca una rebelión generalizada.

—¿Entonces los ingleses están con nosotros o en contra? —preguntó uno perplejo desde el fondo.

—En política, las cosas nunca son blancas o negras. España ha estado enviando grandes cantidades de dinero para ayudar a los insurgentes de Norteamérica contra los ingleses, en represalia a la ayuda británica a los corsarios en el Caribe y ahora se han vuelto las tornas y son los ingleses los que esterarán financiando con dinero a los insurrectos del resto del continente americano, pero eso —dijo haciendo una clara inflexión el duque de Bellavista, uno de los más importantes asistentes a la reunión— no significa que a su vez Inglaterra y España no puedan acordar hacer un frente común contra Napoleón. En realidad, más que un acuerdo, ahora mismo es una necesidad vital. Nosotros no podemos elegir y, ellos, mucho me temo que tampoco. Tenemos a los franceses aquí, y ellos saben que esta puede ser la última barrera. Si Napoleón se hace con la península, y con el oro y la plata americanos, tarde o temprano llegará a su preciada isla. La política es necesidad y esta es la situación...

Lola seguía interesada la discusión. Nunca había pensado que el país

estuviera en un aprieto tan firme. En realidad no lo parecía. No había visto muertos en las calles ni gente luchando y eso que sus tíos le habían contado horrorizados las jornadas del levantamiento popular en la ciudad y los cientos de muertos en la calle. Su tía se ponía lívida cada vez que hablaban de aquel día, del miedo que habían pasado, y eso que ella ni por asomo había salido a la calle. Lola tampoco había visto nada raro en su camino desde La Carolina. Todo había transcurrido con normalidad, aunque, afortunadamente, ellas habían atravesado esa zona de conflicto antes de la batalla de Bailén, ocurrida unas semanas más tarde.

—¿Entonces esto lo votamos...? — preguntaron desde la izquierda y Lola vio como un grupo alzaba los brazos para aprobar una resolución de la que no se había enterado.

Seguía el debate escuchando en el balcón, sin que al parecer nadie reparase en ella. En un momento, la voz de Álvaro, situado en el ángulo muerto del patio, se hizo más próxima. Alzó la mirada y le vio. Había entrado en su campo de visión. Llevaba el pelo algo revuelto por la ligera brisa matinal. El corte del cabello era corto, a la nueva moda, y por su puesto al natural, sin peluca. Lucía unos pantalones blancos, unas lustrosas botas altas de montar, estilo hannoverianas, y un frac en piel color tostado. La sayuela blanca llevaba las mangas arremangadas y del bolsillo del elegante chaleco le colgaba una cadena de oro de reloj. Era alto y atractivo. Se le veía más corpulento, más maduro que hacía unos años. Tenía el pelo rebelde y oscuro, los ojos azul grisáceos, la piel bronceada, unos pómulos marcados, la mandíbula fuerte, la nariz cincelada y dura, la frente despejada... Lola no podía despegar sus ojos de él.

Aprovechando que nadie la veía, se recreó en su cuello, en la vena que se le inflamaba al hablar acaloradamente, en sus ojos que echaban chispas con las réplicas a uno de los oradores más polémicos, en las arrugas en la comisura de su boca al sonreír con las bromas de algunos asistentes... Estaba igual de atractivo que la noche anterior, pero se le veía mucho más relajado.

Lola recordó la escena de la discusión con su prometida, una mujer sorprendentemente atractiva, pero desagradable, se dijo a sí misma. Revivió el choque imprevisto al final de la noche cuando salía desairado del salón de baile... y sus ojos al mirarla. Tuvo la impresión, durante un par de segundos, de que la había reconocido.

Los suyos habían sido unos ojos de sorpresa, como si la hubiera visto realmente por primera vez en toda la noche. También recordó, no sin un cierto sentimiento de envidia, las conversaciones que había mantenido con sus hermanas. Parecía además que hubiera tenido especial deferencia por quien precisamente se había estado haciendo pasar por ella misma, su amiga Clara. Resultaba curioso que nunca le hubiera prestado a ella esa atención...

Oyó que aplaudían abajo. Álvaro se movió hacia la marquesa.

El sol hacía brillar su pelo con especial intensidad, pensó Lola mientras seguía mirándole sin perder detalle, ajena ahora a lo que en el patio se debatía. Escuchaba su risa y pensó que nunca le había visto tan distendido ¡Le encantaba así! Recordó cuando visitaba Jaén con su familia y parecía tan envarado, tan distante, como si se sintiera superior o distinto a los demás; aquello no le había hecho muy popular por esos lares. Muchos vecinos le comparaban con su padre, un hombre tan importante, tan franco y agradable en el trato. Aun así, a ella siempre le había atraído y, aunque le costase reconocerlo, tenía que comprender que teniendo al alcance a las mujeres más guapas de la Corte, lo normal era que no se fijara en una adolescente provinciana sin ningún glamur y sin muchas curvas que lucir... —Yo también voto —oyó decir en una conversación deshilachada.

—A mí mejor aquí —decía otro.

Era Juan Ordóñez. En ese momento, el joven vestido con un traje oscuro de montar, entró en la conversación que estaba desarrollándose en uno de los corrillos que se habían formado. Su voz, más grave que la de Álvaro, retumbaba por el eco al hablar sobre el problema de la deserción en las filas del ejército español.

—Muchos soldados —aclaraba— están abandonando sus regimientos regulares y se están echando literalmente al monte. Está bien que no regresen a sus casas porque necesitamos soldados para seguir luchando, pero muchos se han convertido en guerrilleros; están apareciendo partidas anárquicas por todas partes. Si siguen sin ningún control, en vez de una ayuda terminarán siendo un problema. Tendríamos que hablar con los dirigentes de esos grupos para coordinar las acciones a llevar a cabo...

—Yo me niego —dijo uno mal encarado, vestido de militar.

—Yo conozco a uno —dijo otro y Jovellanos apuntó el nombre.

Al oír hablar de aquello, repentinamente, Lola se imaginó a su hermano. ¿Y

si en vez de morir se había unido a alguno de aquellos grupos descontrolados que habían surgido como setas por todo el país?

No, no les haría eso... dejar que lo creyeran muerto. Tal vez estuviera herido en otro sitio. Él nunca les haría tanto daño, no... Seguramente habría perdido la memoria... Dejó esos pensamientos y volvió a Juan Ordóñez que seguía hablando. Recordó que también él conocía a Luis. De hecho en algunas de las cartas que mensualmente le enviaba su hermano hacía alusión a ese joven. Un noble asturiano muy unido a Álvaro. Siempre iban juntos, como si fueran siameses, le contaba Luis. No eran los únicos conocidos de su hermano que habían estado la noche anterior en la villa. Había conocido a otros como al joven Gonzalo de Sastre, hijo pequeño del marqués de Ponferrada, que había sido muy galante con ella toda la velada, o el hijo de un rico empresario leonés, Enrique de la Vega...

Vagaba de pensamiento en pensamiento sin advertir que a su vez también estaba siendo observada. Lola seguía ensimismada, sentada con las piernas cruzadas en el suelo del balcón entreabierto, medio escondida tras los visillos de fino encaje y las macetas de olorosas azucenas y violetas, con el cabello suelto y su vaporoso vestido cayéndole en pliegues por las piernas. Parecía una ninfa mientras daba vueltas a la taza de chocolate ya consumida, recordando con cariño a Luis y aquellas cartas chispeantes y a veces perversas que le remitía, y que tenían siempre el poder de sacarla de aquel aburrimiento.

Las Villar las recibían como agua de mayo, divirtiéndose luego con sus chascarrillos, comentando sus noticias o enamorándose de sus apuestos amigos. Durante mucho tiempo Lola había soñado con vivir las aventuras que Luis vivía, escapar de aquella prisión, aunque solo fuera mentalmente. Sentía que estar enclaustrada en el convento no era vivir, sino morir cada día un poco. Sabía que saldrían pronto porque solo estaban allí de paso, hasta su mayoría de edad. Luis se lo había jurado, pero a ella se le había hecho eterno ese tiempo.

Habían llegado al mes de morir sus padres, cosa que desgraciadamente había ocurrido muy deprisa, hacía de eso ya más de tres años. Primero había muerto su madre de una neumonía y su padre la había seguido al poco tiempo... más bien de pena. Las jóvenes no habían podido quedarse solas en el cortijo — eso era socialmente inaceptable— y puesto que Luis tenía que terminar sus

estudios, se había decidido por parte de sus tutores —dado que todas eran menores de edad— que el tiempo que faltase hasta que Luis regresase a La Carolina, y se hiciera cargo de ellas como cabeza de familia que era, estuviesen a buen recaudo en el convento de Santa Clara, a las afueras de Úbeda, un pueblo vecino donde además tenían un pariente lejano.

No es que allí hubieran sido terriblemente desgraciadas. La verdad es que ella personalmente había pasado momentos muy felices y había conocido a su mejor amiga, la dulce Clara, pero para alguien tan activa y vital como Lola, criada en la naturaleza, que disfrutaba saliendo a montar cada día con su padre, el convento había sido una jaula difícil de sobrellevar. Haciendo de tripas corazón, y llorando a escondidas muchas veces, Lola se había ido haciendo poco a poco a la situación. Había llenado sus días de actividades, una tarea complicada en un lugar como aquel. Se había levantado todos los días a las cinco de la madrugada, con las primeras oraciones en la capilla del convento y habían afrontado los rigores con una sonrisa.

Te alabo, oh siete veces Señor al día

Siete veces te alabaré

A ti que gozas al oírme rezar A ti, Señor, siete veces te alabaré...

Habían rezado cada amanecer, mientras con sus breviarios en la mano, arrodilladas en la capilla abacial, las Villar se habían sumado al coro de clarisas.

En invierno, salir de su cuarto, una gran celda compartida por las cuatro chicas, había sido un tormento. Mientras Clara e Isabela disfrutaban en las cocinas y la joven Josefina en los talleres de pintura y bordado, Lola había preferido ayudar a sor Gabriela con el huerto. Además de limpiar escarchas y desentumecerse del gélido frío, junto a la vieja hermana había aprendido a plantar zanahorias, calabazas, puerros... y algo más interesante: los secretos de las plantas medicinales.

La hermana le había enseñado a distinguir las especies más curativas, a hacer cataplasmas, jarabes y ungüentos. A preparar infusiones de perejil para los ojos irritados, de higos hervidos para los flemones, bebidas energizantes para recuperar la robustez y ungüentos con jengibre para revertir la infertilidad de varias vecinas que se lo habían solicitado. También había

avanzado en conocer las hortalizas que servían de insecticida y que la hermana preparaba a base de zumo de ortigas o de canela y milenrama para ahuyentar a las hormigas y a los pulgones e impedir que las cosechas se echaran a perder. Aquel había sido un aprendizaje estimulante que además le había permitido pasar más tiempo al aire libre.

También había disfrutado de la cocina. Nunca había dedicado mucho tiempo en casa a esos menesteres, pero en el convento era obligatorio preparar dulces que vendían a los parroquianos para obtener fondos y poder mantener el hogar de jóvenes huérfanas que tenía la Orden de las Clarisas. Entre esas huérfanas estaban las propias chicas y Clara. Las cocinas del convento unían tradición y pragmatismo y habían perfeccionado con los siglos los dulces de origen árabe más deliciosos: turrónes, mazapanes, además de crear otros nuevos en base a las materias primas que obtenían.

La tradición de llevar huevos a Santa Clara para pedir buen tiempo estaba muy extendida en España. Lo solicitaban desde las jóvenes casaderas que querían una boda espléndida y sin lluvia, a los hombres del campo que pedían sol y agua en las justas proporciones. También se pedía buen tiempo para procesiones o bautizos y fiestas populares. Tantos eran los huevos que llegaban al convento diariamente que las monjas necesitaban emplearlos en productos preparados para impedir que se les estropearan. Así era como habían surgido dulces maravillosos como las torrijas, las yemas, los mantecados, los suspiros a base de clara de huevo, o los pastelitos de gloria. Recientemente, se habían especializado además en las pastas con chocolate.

Ese maravilloso ingrediente, que según decían le encantaba al propio rey, hacía las delicias de todas las muchachas cuando se preparaba caliente los domingos después de misa. Lo habían llevado de América en los barcos españoles junto con otros productos nuevos que sor Gabriela también había plantado en su huerto como el tomate o el pimiento. Sabores distintos a las típicas berzas y verduras del continente, pero muy sabrosos.

Además Lola había conseguido engatusar a sor Ángela, la madre priora para que la dejase acompañar a las hermanas que semanalmente hacían las compras en el mercadillo de Úbeda. Allí, al trueque, las monjas pasaban toda la mañana intercambiando plantas medicinales, sábanas primorosamente bordadas o dulces por algo de carne, bacalao, aceites y mantecas. Esa escapada semanal le permitía tener un contacto mínimo con la ciudad, con la

vida real. Sentir el bullicio de las calles, el parloteo de las mujeres con sus capachos de compra en los brazos, ver los cambios en el vestir de las damas, las modas que iban y venían, o deleitarse mirando a los guapos caballeros, llegando incluso a pasear por la sierra a caballo en caso de necesitar acercarse a otros mercados o conventos de la comarca.

Así habían transcurrido sus tres últimos años. Así y leyendo los pocos libros interesantes que se guardaban en el convento, la mayoría de índole religiosa y otros algo más estimulantes sobre medicina natural, cocina o biografías... de santos. No era mucho, pero al menos la habían entretenido. Leer la vida de Santa Clara, a quien estaba dedicada la orden y conocer su Italia medieval, su amistad con San Francisco, o su renuncia a su vida de privilegios que de muchacha había llevado en Asís para vivir de la caridad, le había parecido muy interesante. Su lectura le había demostrado que las mujeres también podían romper moldes y vivir como quisieran... si tenían el valor de afrontar las consecuencias.

Clara Favarone había pertenecido a una rica familia de comerciantes, pero había huido de su casa al negarse a contraer matrimonio con el hombre que su padre había elegido para ella, un cruzado venido de Tierra Santa llamado Paolo Di Gandría. A Lola le parecía terrible tener que casarse por interés, pero aquello —reconoció— era algo todavía muy habitual en su mundo. ¿A cuántas jóvenes de su edad conocía que se habían casado con caballeros de su clase sin apenas conocerlos? A unas cuantas.

Pensó que ella era afortunada: no tenía familiares que le impusieran un matrimonio sin amor así es que jamás lo haría. Santa Clara era además la patrona de los guardianes de los faros, de los barcos; Cristóbal Colón se había encomendado también a las clarisas del puerto de Moguer para pedir el éxito de su viaje y, a su regreso, les había llevado multitud de regalos exóticos del nuevo mundo. Sí, Santa Clara había sido para ella una revelación... más que una monja, una aventurera capaz de vivir según sus propias reglas en tiempos tan lejanos y difíciles. Difíciles como parecía que serían los suyos, si se atenía a lo que estaba escuchando... Si era igual de valiente que santa Clara, ella también decidiría su vida... No dejaría que nadie —ni siquiera su querido hermano Luis, si aún vivía— se la impusiera.

Seguía ensimismada y pensativa cuando el silencio llamó su atención. El murmullo del patio había cesado y ella no se había dado cuenta. Levantó la

cabeza y se encontró de frente con su mirada. Sus ojos la observaban entre curiosos y admirados. Pudo leer el interés en ellos. Era Álvaro quien desde la sombra de un gran roble la observaba, ajeno al resto del mundo. Todos los demás parecían haberse marchado y solo él permanecía quieto. El caballero mantuvo la mirada tras inclinar cortésmente la cabeza a modo de saludo. Lola se sonrojó y se puso nerviosa.

Levantándose como pudo, sintiendo una pierna dormida con hormigueo, se puso en pie y se metió en el interior contestando también al saludo de él con otra inclinación cortés de cabeza; luego salió huyendo. Instantes después se acercaba al grupo donde la marquesa de la Roca hablaba con la propia anfitriona de la fiesta y con varios jóvenes.

—¡Hombre, finalmente te encuentro, querida sobrina! —le dijo al verla llegar.

Lola se zambulló en el grupo, sintiéndose así protegida. ¡Pero qué majadera era!, pensó al rato. Todavía perdía los papeles cuando él la miraba. Parecía que no hubiera pasado el tiempo desde que se enamorara de él hacía años.

—¿Os encontráis bien? —oyó a su lado. Juan Ordóñez se acababa de sumar al corrillo de contertulios y viéndola un poco sofocada, le estaba preguntando.

—Sí, no es nada, cansancio de anoche —se excusó ella. Y Juan Ordóñez aprovechó para despedirse de ella y de M^a Teresa, invitándolas cortésmente a su casa una vez regresaran a Madrid. Él tenía ya que partir para la capital.

Lola comprobó que, efectivamente, todo el mundo se preparaba para irse, pero Ordóñez, y con él Álvaro, aceptaron a regañadientes la invitación para almorzar en un ambiente íntimo con la de Osuna, la marquesa y Lola, después de que la anfitriona se lo pidiese.

—No podéis hacernos este feo... y menos a esta linda muchacha. ¿Qué pensará la sobrina de mi querida M^a Teresa? —les había dicho poniéndoles a ambos en un compromiso. Lola se había puesto como la grana, avergonzada de que la utilizaran así.

Los jóvenes almorzaron un sofisticado menú de seis platos: guisantes con *cocottes* de huevos, brandada de bacalao, carnes de la sierra, truchas ahumadas con tocino y un delicioso postre de fresas, y disfrutaron de la tertulia posterior en torno a un humeante café. Tras una breve siesta, en las horas de más calor, salieron finalmente en sus carruajes camino de Madrid perseguidos del vehículo de M^a Teresa. La despedida había sido breve, aunque

los jóvenes habían quedado en visitarlas en su palacio de la calle del Barquillo. Lola no había podido evitar una punzada de intranquilidad. ¡No quería ver más a Álvaro! Ese hombre tenía la mala costumbre de poner su mundo patas arriba.

—A casa de los Astiazábal —ordenó Álvaro a su cochero. Había recordado súbitamente su promesa a Leonor de visitarla esa tarde. Primero pasaría por las pastelerías de la calle Mayor para obsequiarla a ella y a sus padres con algunos borrachillos y pastas de almendra... y luego intentaría hacer las paces.

Pensaba en ello, desgano, mientras daba vueltas a la persona de Sol Monforte. A Juan le interesaba de verdad. La felicidad en el rostro de su amigo le apenó. Recordaba su voz que era un monólogo, hablando de lo fantástica e ideal que era la Monforte, pidiéndole su consejo de experto para conquistarla...

—Estoy decidido. Ayúdame —le había dicho al despedirse.

—Está bien, está bien. ¡Si insistes! — había terminado por arrancarle un desgano sí a Álvaro.

Lo último que quería el duque de Tellol era estar cerca de esa mujer que le provocaba tan extrañas emociones. Verla hacía unas horas sentadas en el balcón del patio le había conmovido de una forma incomprensible. Le había dejado sin habla. Durante un buen rato se había perdido en su imagen, deteniéndose en los detalles, en su expresión risueña al hablar consigo misma, en su tic nervioso al colocarse el mechón que le caía por el lado derecho, en el repiqueteo inquieto de sus pies sobre los barrotes de hierro de la balconada...

Le había parecido tan joven y tan vulnerable que le había hecho sentir que, de alguna manera, ella era importante para él aunque no supiera precisar el porqué. Ver a su amigo tan entusiasmado con ella solo había servido para aumentar su desazón; la incómoda sensación de estar deslizándose por una peligrosa pendiente, había aumentado.

Capítulo 5

—¡Cuánto te he echado de menos! — susurró emocionada Isabela a su hermana Lola. Esta hacía un rato que había llegado a casa de las jóvenes, la residencia de sus tíos en la Cuesta de la Vega. Era un edificio modesto, de tres plantas, pero de poca superficie, situado en un buen barrio. Solo habían transcurrido tres días desde el baile, los mismos que la señora marquesa había considerado protocolarios para comenzar la ronda de visitas a los nuevos conocidos hechos por su ficticia sobrina Sol. Esta había recibido multitud de tarjetas de invitación a tomar café, pasear o a bailes, que esos días seguían celebrándose en toda la ciudad.

La capital estaba exultante. Habían comenzado a llegar a Madrid los soldados españoles victoriosos en varias contiendas y corrían por la ciudad, de boca en boca, historias sobre héroes y heroínas, unos anónimos y otros con nombre y apellido —como el de Agustina de Aragón que había hecho frente ella sola a un destacamento galo con un cañón en Zaragoza— que ayudaban a subir la moral. Se hablaba del apresamiento en Cádiz de la escuadra francesa, del auxilio de Inglaterra, de la improvisación de ejércitos enteros salidos de la nada y del fragor de la resistencia que se había extendido como la pólvora, de punta a punta de la península. Tras el abatimiento y la desolación inicial, los ciudadanos mostraban ahora un entusiasmo desbordante. El futuro no se veía tan negro.

Aunque había nuevos problemas. El odio a todo lo afrancesado se extendía generando miedo y represalias. Se habían cometido numerosos desmanes, especialmente duros con aquellos que iban contra corriente: defensores de la revolución, de la moda o del pensamiento francés en cualquiera de sus modalidades; esos, estaban en peligro. Había que ser valiente para citar en un café a Voltaire o a Montesquieu y temerario para mentar siquiera a cualquiera de los

lugartenientes del emperador. No era raro que a esos afrancesados — fácilmente identificables por sus elegantes atuendos— se les insultara en la calle, se les destrozaran los escaparates de sus negocios o se les tratará

injustamente a pesar de que seguían siendo tan españoles como el que más. Desde lo del dos de mayo, para la mayoría ya no eran más que unos malditos traidores, ratas colaboracionistas. Enemigos de la patria, depravados y vendidos... La falta de autoridad permitía tales malaventuras y alentaba a algunos radicales a cometer tropelías cada vez mayores.

Uno de los acontecimientos más terribles que se comentaba de taberna en taberna esos días había sido el apresamiento por un piquete ciudadano de varios afrancesados que habían sido arrastrados por caballos por toda la ciudad, encontrando ese día la muerte de esa forma tan cruel. A otros dos hombres los habían rajado de arriba abajo por haber salvado a franceses el día del levantamiento, mientras los propios españoles corrían despavoridos por las calles de Madrid perseguidos por el fuego de artillería de Murat. Eran hechos puntuales, pero que lejos de propiciar la unidad entre los propios españoles ante la dramática situación en que estaba el país, aumentaban las suspicacias y los odios. Aun así, con esos sinsabores, Madrid parecía esos días una ciudad más feliz que desconcertada.

Lola, abrazada a su hermana mayor, sintió un nudo en la garganta. Los dos últimos días los había pasado aburrída en el palacio de la marquesa preguntándose si habría o no hecho bien en meterse en semejante lío. La guerra parecía inminente y espiar, algo muy delicado. Sobre si habría o no conflicto armado no tenía duda. Era un clamor. Lo pedían las manolas de Lavapiés, los mozos de cuadra, los curas y las beatas, los desertores y los oficinistas de Correos. Parecía increíble que la gente estuviera tan animada cuando pendía sobre sus cabezas esa horrible posibilidad. De ahí se explicaba que muchos quisieran pasar sus últimos días, antes de morir en cualquier frente, divirtiéndose.

—¿Que habéis hecho sin mí tantos días? —preguntó Lola mientras se abrazaba a Isabela y a Clara—. ¿Cómo estáis?

—¡Mira quien pregunta! —contestó con risas su hermana—. Nosotras bien, eres tú la que nos tienes que contar cómo te va con esa estirada de la marquesa de la Roca... Compruebo que no ha venido. Sin duda no le gustará tener que darle al palique con gente tan poco distinguida como nosotros —dijo mientras caricaturizaba los modales distinguidos y esnobs de la dama, con su alto peinado de capas, sus muñecas cargadas de valiosas ajorcas o su eterna peca en la mejilla.

—No digáis simplezas. La marquesa no es así — replicó Lola riéndose divertida ante la interpretación de Isabela—. Es cariñosa... y brillante. De verdad. Agradable.

—No nos mientas... ¿No viste lo estirada que estuvo en la gala? Solo se arrimó a la de Osuna y a otras Grandes de España, cuchicheó en sus corrillos y a los demás, ni los saludó.

—Es que no está acostumbrada a hablar con gente fuera de su círculo —la defendió sin mucho ahínco Lola.

—¡Ya! —dijo Isabela poniendo los ojos extraviados.

Y las chicas se rieron.

El abrazo de los suyos hizo que Lola se relajara durante un buen rato. Llevaba unos días muy tensa. Tendría que ir a muchos sitios en las próximas jornadas y quería que las hermanas Villar la acompañaran. No quería afrontar todo ese disparate, sola. Sabía que la marquesa la seguiría a algunos eventos, pero no a todos. Entre los primeros estaría sin duda la visita que ya habían anunciado los señores de Urquijo y Ordóñez. Álvaro y su amigo Juan. Lola no quería verlos. Temía que sus sentimientos hacia Álvaro la traicionasen.

—¿Cuánta gente te ha invitado estos días? —preguntó la tía. La mujer le acariciaba el cabello mientras se deleitaba contemplando el maravilloso peinado que lucía su sobrina—. ¡Dios mío, qué estilo tiene la marquesa! Realmente, cariño, creo que has tenido mucha suerte en que esa distinguida dama te prepare y te introduzca en sociedad. ¡No creo que pase esta temporada sin que encuentres un buen partido!

Lola se encogió de hombros mirando a las chicas de espaldas a su tía mientras daba un sorbo al café. Le parecía increíble que doña María siguiera viviendo en las nubes, hablando de buenos partidos y temporadas sociales cuando estaban en puertas de una guerra.

—¿Solo uno? ¡Seguro que encuentra muchos buenos partidos! —continuó divertido el tío—. No hacía falta nada más que verla la noche del baile. ¡Querida sobrina, estabas espléndida!

—Gracias, tío. Sí, el vestido era realmente muy bonito. En lo relativo a lo de encontrar un buen partido, le recuerdo que es muy posible que haya guerra y no creo que finalice la temporada social. No creo que corran buenos tiempos para casarse.

—¡Qué majadería! Cariño, para

empezar, tu siempre estás bonita; no era obra solo del magnífico vestido que lucías, aunque me encantaría que me dieras la dirección de la modista que te lo ha confeccionado; podríamos hacerle alguno a tu prima y a tus hermanas... Por lo demás —dijo dándole un sorbito ridículo a su café ante la afirmación de su esposo, de acuerdo con ella en ese asunto— cualquier momento es bueno para encontrar marido. Si viene una guerra mejor que os pille en casa y con un buen esposo que por ahí solas. Tenéis que pensar que a falta de Luis, Dios quiera que aparezca vivo —dijo santiguándose automáticamente— no tenéis quien cuide de vosotras y de vuestro patrimonio, y realmente, como decís —y puso cara de preocupación— se avecinan tiempos difíciles. Si en lo que pueda celebrarse de temporada, encontrarais novio deberíais casaros cuanto antes.

—¿¡Qué no tenemos quién nos proteja!? ¿Qué nos dices del tío? — protestó Isabela— Además puede que Luis vuelva —y no continuó.

Tía María movió la mano como dando a entender que esa no era la solución y que las dos mayores, Isabela y Lola, ya estaban en edad de sentar la cabeza. Había sido inconcebible que cuatro señoritas de buena familia, sin dama de compañía ni sirvientes que las acompañasen, se hubieran atrevido a atravesar media España para llegar a Madrid en los tiempos que corrían, dando lugar, en su opinión, a más de una habladuría. Peor le había parecido la aventura en la que se había embarcado Lola haciéndose pasar por otra mujer no sabía aún muy bien para qué... Doña María deseaba que encontraran marido o Luis regresase pronto porque, decididamente, aquello no eran formas de comportarse socialmente y ella y su marido no tenían el ascendente necesario para frenarlas. Sería terrible que algún desliz les hiciese cometer un escándalo social. Algo así no solo las perjudicaría a ellas mismas, sino también a su hija.

Quería mucho a todos sus sobrinos y sentía debilidad por Lola, que era físicamente la más parecida a su familia, pero sus extravagancias y los modales que le habían inculcado en su casa, dejándola vagar por la sierra o regatear en los mercados, le parecía que rallaban en la indecencia. La vizcondesa estaba convencida de que un buen marido era lo que necesitaban, pero viendo que ellas parecían reacias a hablar de ello, prefirió no insistirles de momento. Ya habría tiempo de hacerlo si aparecía un buen partido en el horizonte, algo que no descartaba dado lo bonitas que eran y la buena dote que les había dejado su padre. Tras charlar un rato de temas intrascendentes, el

matrimonio dejó a las jóvenes en la pequeña salita verde, mientras una criada con el mandil reluciente les servía la merienda.

—¿Viste al duque de Tello en el baile? —preguntó pícara su hermana Isabela.

La risilla que mostraban sus ojos no engañaba a nadie sobre el carácter de la pregunta. Ella sabía lo muy loca que había estado Lola por él hacía unos años.

—Sí, le vi —Contestó escuetamente esta.

—¡Qué escueta!

—¿Qué quieres que diga? Solo intercambiamos una presentación. No supo quién era...

—¿No me digas que ni siquiera te asustaste, que no temiste que te reconociera?

—No lo haría nunca.... —y su voz sonó ligeramente desencantada.

—Bueno, no parecía muy interesado en ninguna joven. Y cuando digo ninguna es *ninguna*, incluida su novia. ¡Menuda rubia! Reconozco que la señorita de Astiazábal es preciosa, pero ¡qué odiosa!— exclamó Isabela.

—Realmente insufrible —añadió la modosa Clara.

—Coincido con vosotras— replicó Lola.

—A él se le ve mejor que nunca... gana atractivo con los años —reconoció Isabela—. ¡Imagino lo que sentirías después de tanto tiempo! Siempre te gustó, no lo niegues.

—Bueno, no está mal —trató Lola de quitarle importancia—. Realmente es un joven atractivo e interesante, pero hace mucho que no siento nada por él.

—Sí, claro, y su amigo, el tal Ordóñez, ¿qué te pareció? Parecía interesado en ti.

—Veo que no perdiste ripio en el baile, hermanita —exclamó Lola.

—¡Qué quieres! Te estuvimos observando... por si necesitabas nuestra ayuda.

—Ja, ja, ja —se rio Lola—. Que mal mientes, Isabela.

—Bueno, qué querías... Sí, estuvimos espiando al duque y a su amigo.

—Bueno, la verdad es que es agradable y educado. Resulta halagador que sin tiempo que perder haya solicitado hacerme una visita...

—A mí también me pareció muy interesante el amigo —intervino Clara—. Por cierto, el señor de Urquijo resultó muy amable con las “hermanas” Villar,

especialmente con *Lola*. ¿Curioso verdad? —se burló mientras apretaba el brazo de Lola—. ¡Me encantó conocerle! Después de tantos años oyendo hablar de él, reconozco que me había hecho una imagen irreal. Me pareció bastante más amable de lo que me habías contado, e incluso diría que hasta más guapo.

—Sí, resulta curioso que nos confundiera... cuando no nos parecemos en nada —dijo riéndose Lola—, pero sí, parece que sabe ser encantador cuando se lo propone, aunque yo no haya tenido nunca el gusto de experimentarlo. A mí siempre me ignora. Respecto a lo de apuesto... nunca lo he negado. Si hay algo que le defina físicamente, es su atractivo. Eso lo puede comprobar cualquiera.

—Bueno... tal vez le estropea algo esa nariz... demasiado dura, ¿no? Y esa mirada tan fría. Sus ojos te pueden taladrar.

—Yo creo que la nariz le da un toque... varonil —se rio Isabela, pero Lola no les hizo ni caso y se volvió a rellenar su hermosa taza de porcelana, un material que se había puesto de moda hacia unos años y era signo de distinción de cualquier familia adinerada, de humeante café que había sobre la mesita de mármol. Le daba coraje tener que seguir hablando del Urquijo. Aún le escocían sus desprecios de antaño.

Las jóvenes se preparaban para salir tras el refrigerio. Querían dar un paseo por el Salón del Prado, bajar hasta el Retiro y asistir por la noche a una de las funciones en el Teatro del Príncipe, donde se estrenaría una obra de Ramón de la Cruz, el autor más cotizado del momento.

—Creo que antes de levantar el telón —les dijo la prima—. Arriaza leerá su famosa *Profecía de los Pirineos*. ¿Creéis que el vaticinio será cierto? Aseguran que un espíritu vendrá desde los Pirineos y parará a los franceses. ¡Napoleón no entrará nunca en España!

Las hermanas mayores y Clara, que llevaba un rato abrazada a Lola sin decir nada, se miraron divertidas. Habían oído hablar de semejante estupidez y no daban crédito a que alguien lo creyese.

—¡Lo dudo! ¿Entonces vais a salir? —dijo Lola cambiando de tema—. ¿Creéis que podría ir con vosotras? —les preguntó al saber de sus planes.

—Creo que sí, pero si quieres, avisa a la marquesa con una carta que puede llevar un lacayo rápidamente y en menos de una hora tendrás la respuesta —le sugirió Clara.

—Buena idea. Sí, señor. Eso haré.

Estaba Lola escribiendo la solicitud a la marquesa cuando llamaron a la campanilla de la puerta principal. Las dos más jóvenes, Josefina y su prima Ana, corrieron a la ventana —como era costumbre hacer— para ver quién era. Escondidas tras los pesados doseles de terciopelo adamascado, asomaron sus cuellos para descifrar quienes eran los caballeros elegantemente trajeados que esperaban en los escalones principales. No esperaban a nadie aunque en los próximos días recibirían numerosas visitas a tenor de las tarjetas que habían llegado ya al domicilio tras la fiesta. La sorpresa fue mayúscula. Los visitantes eran Álvaro de Urquijo y su amigo Juan. Lola casi se ahoga con el trago de café. Visiblemente nerviosa, se arregló el tocado del pelo y se estiró la elegante bata de algodón blanco crudo con bordados en cordoncillo que llevaba.

—¡Quiero que todas recordéis que me llamo Sol Monforte y que me tratéis como se trata a alguien a quien se ha conocido hace tres días! —gritó histérica antes de que los caballeros subieran la escalera.

En ese momento se abrió la puerta del saloncito. Sus tíos se deshacían en agradecimiento a los dos jóvenes por haber ido tan pronto a visitarles sabiendo lo ocupados que estaban y la agenda social tan importante que tenían. Álvaro sonreía amablemente a los vizcondes cuando al girar la cabeza la vio. Un gesto sutil, pero evidente de tensión se le marcó en el rostro. Lola lo percibió con claridad y se puso de mal humor. Tenía la certeza de que había sido por ella. Le había desagradado verla.

—¡Maldito imbécil! —rechistó por lo bajo. Alejándose del grupo principal se permitió ver la escena a una cierta distancia. Álvaro parecía más callado de lo normal, como si le costase trabajo concentrarse en lo que estaba haciendo.

Juan Ordóñez tomó la iniciativa, acercándosele también a ella, asombrado de encontrarla allí y comentando la velada de hacía unos días. Ordóñez aprovechó para contarles a las hermanas lo mucho que se alegraba de haberlas conocido finalmente, la de veces que de ellas había oído hablar a su apreciado Luis y les dio ánimos.

—Seguro estoy de que Luis aparecerá pronto. No me cabe la menor duda. Y por supuesto sepan que pueden contar conmigo, en realidad con nosotros —dijo incluyendo a Álvaro— para lo que necesiten.

Isabela sonrió tensa. El tema de su hermano siempre la ponía nerviosa y

Lola, en su papel de Sol Monforte, lamentó no poder intervenir abiertamente en la conversación y preguntarle algunos datos... Ya encontraría la forma de sonsacárselos. Ahora se tenía que limitar a preguntar por el tal Luis, hermano de sus nuevas amigas. Se suponía que era una recién llegada a Madrid y no lo conocía. Isabela, con la lección aprendida, fue quien la contestó.

La visita duró poco. Siendo como era la primera hubiera estado mal visto que se alargara en exceso. Ordóñez se estaba ofreciendo para acompañarlas al teatro o a dar un paseo cualquier día de esos mientras Álvaro, ocupado en contestar a todas las preguntas de su tío, parecía ajeno a las mujeres. Sol comprobó varias veces como Ordóñez buscaba con la mirada a su amigo, pidiéndole asistencia, pero el otro, sencillamente, siguió ignorándole. A cada rato que pasaba, Ordóñez parecía más inclinado a hablar con Sol Monforte aunque esta no le hubiese dado pie. Al contrario, su interés estaba en otra parte. Por más que quisiera, a Lola le resultaba imposible seguir la conversación.

—Sí, claro... desde luego... estaré encantada —contestó a algo y por el gesto de Isabela, Lola comprendió que debía haber metido la pata. Ordóñez se la quedó mirando y luego se rio con franqueza.

—Veo que mi conversación no parece interesarle demasiado...

—No —perdone mi torpeza— es que me había despistado un momento —mintió Sol Monforte.

¡Pero es que sentir a Álvaro tan cerca, a su lado —Josefina se había levantado dejándolo a su derecha, pegado a ella— la había desconcentrado! Mientras sonreía maquinalmente a su compañero de conversación, no podía sino percibir la fragancia de Álvaro, amaderada, profunda, a base de cedro, jengibre, bambú; desde luego un perfume caro. Su voz sonaba tan cerca de su cara que le pareció una caricia, su timbre áspero y profundo, sensual, o al menos a ella la perturbaba de una forma única. Álvaro no se giró en su dirección ni una sola vez, aparentemente absorbido por su tío, pero a ella le pareció incómodo, como si —aunque lo disimulase— fuera bien consciente de a quién tenía al lado.

—Si estoy totalmente de acuerdo con —estaba comentando Ordóñez a Clara que le había hecho una pregunta cuando Lola dejó que sus ojos se perdiesen siguiendo las manos de Álvaro que acaban de rozarla sin querer al entregar una taza a su prima Ana. Lola siguió sus movimientos, el reflejo de su anillo,

descubrió su piel cuidada, sus dedos largos... Aunque unos minutos antes le detestara, en ese instante hubiera dado lo que fuera por haber podido hablar con él, pero, contrariada, no sabía de qué.

—Íbamos a salir a dar un paseo a la caída del sol por el Retiro. Queríamos ver los restos del acuartelamiento de dragones franceses que hubo allí en mayo... Tenemos curiosidad. Tal vez quieran ustedes acompañarnos — comentó Isabela.

—Lo lamento, yo no puedo —se excusó Álvaro—. Tengo un compromiso. En un rato asistiré a una cena en el palacio Villahermosa con mi prometida y se me hace tarde.

Y todos asintieron con la cabeza.

—Entendemos —dijo la joven— La verdad es que nos hubiera encantado recibir a su prometida. La señorita Astiazábal parece un dechado de elegancia y saber estar —dijo en un tono neutro para ocultar la risa mientras miraba la cara de Lola.

—Gracias. Se lo haré saber a Leonor —contestó secamente Álvaro a quien el cumplido hacia su prometida le había sonado bastante falso.

Juan le miró entonces con los ojos echando chispas. Esperaba que su amigo le ayudase en la conquista de Sol Monforte, pero aquel comportamiento distante y seco que estaba teniendo con las damas no parecía el tono más adecuado para enamorar a nadie. Ya en una esquina, mientras recogía su bastón y su sombrero, Juan se acercó a él y entre dientes le pidió que al menos aguantara un poco y diera una vuelta con ellos.

—La cena no será hasta las diez de la noche y Leonor no estará correctamente vestida hasta las nueve. Son solo las siete, podríamos dar un paseo en el coche.

—Lo siento, no puedo quedarme — insistió Álvaro y el otro soltó un bufido.

El duque se marchó y durante unos minutos reinó el silencio en la pequeña sala. La situación había sido algo violenta entre los dos amigos. Juan no entendía las prisas de Álvaro. Este, en otras ocasiones, había hecho esperar a su prometida hasta el último minuto, dándole igual si llegaban tarde a una cena o al teatro. Empezaba a charlar de política o se veía con alguien que le agradaba y perdía la noción del tiempo. Por eso su actitud aquella tarde le había parecido extraña. No sabía si estaba tenso con él, si algo ocurrido en la salita le había puesto de mal humor, o si es que le desagradaban aquellas

jóvenes. Las hermanas de Villar no, se dijo. Hasta la llegada a la casa, Álvaro había ido charlando animadamente en el carruaje. Tal vez fuera Sol Monforte quien no le gustase. Sol sí había sido un imprevisto; no esperaban encontrarla allí.

“Mal asunto, querido amigo, porque esa muchacha será mi prometida”, pensó Juan. Y estos pensamientos, le disgustaron. Lamentaría enfadarse con un amigo por una mujer.

El grupo de jóvenes, acompañados por los tíos, una anciana dama amiga de la familia y Juan, callejearon al rato; bajaron por Alcalá hasta su confluencia con el Prado y pasearon por el repleto bulevar que estaba más animado que nunca. La ciudad estaba llena de soldados de las tropas improvisadas que regresaban a la capital. Muchos iban de civiles, sin uniforme, y otros llevaban ropas realmente curiosas y pintorescas. Primero habían llegado los de Valencia, luego los de Zaragoza con fajas y pañuelos en la cabeza a modo de turbante y cantando en grupos la nueva jota: “La Virgen del Pilar dice / que no quiere ser francesa / que quiere ser capitana/ de la tropa aragonesa”.

La gente se paraba a escucharles, les daba la enhorabuena y las gracias por su ayuda en la guerra, les preguntaban por la resistencia y por los héroes populares como Agustina; querían saber si era cierto lo que se andaba contando o si era un reclamo para animar la moral. También hacía pocos días habían llegado las tropas de Andalucía, las del general Castaños, el inesperado héroe de Bailén. Eran de las pocas tropas regulares que quedaban en el país y estas sí iban uniformadas. Por esa noche se esperaba a los soldados procedentes de Castilla y de Asturias. La reunión de tanto militar en Madrid tenía un motivo. Al día siguiente, veinticuatro de agosto, se celebraría una proclamación solemne: la del nombramiento por poderes como Rey de Fernando VII, que seguía retenido aún en el castillo de Valençay, al sur de Francia. Su ausencia física no impediría la proclamación oficial como soberano. Aquello sería una forma más de provocar las iras de Murat y Napoleón.

—¿Bajaremos mañana a presenciar la fiesta? —preguntó Josefina a sus tíos mientras se pavoneaba delante de unos jóvenes oficiales que, educadamente, las saludaron al pasar.

—Sin duda, cariño, sin duda. Mañana no se lo perderá nadie —contestó el tío.

La proclamación era una afrenta más a Napoleón, y serviría de contraste con la farsa del nombramiento de José I, al que ningún madrileño había salido a recibir. Ahora, tras su huida, los españoles proclamarían rey a Fernando y los agentes de Murat, que a buen seguro continuaban en la capital, podrían contárselo al emperador y al “hermanísimo”. Para colmo, durante la ceremonia, se había anunciado la interpretación de un himno que cantaría las glorias españolas, con la música de la Marsellesa, el himno revolucionario francés. El caso era fastidiar.

La algarabía era terrible en la calle. El paseo era más tumultuoso que los demás días. La gente se arremolinaba en torno a los grupos de milicias, muchas de las cuales llevaban ya una buena melopea. Desde que habían llegado a Madrid algunos no habían soltado la botella y cantaban canciones picantes y sarcásticas contra los gabachos: “Ya se fue por Ventas / el rey Pepino. / Con un par de botellas / para el camino”.

Rey Pepino era uno de los muchos mote que el populacho había puesto a José I; otros eran Pepe Botella o Mala Parte. El mentidero acusaba al hermanísimo de Napoleón de darle a la botella, de ser un borracho empedernido, aunque otros aseguraban que en realidad era abstemio y la acusación, un bulo. Fuera como fuese, el mote se había hecho popular y todo el mundo lo usaba.

—¡Mirad, venid aquí! —llamaron

Josefina y Ana a los demás.

Un grupo de chiquillas comenzaba a bailar al son de las guitarras que unos piquetes, más bien de guerrilleros, traían del monte. Se improvisaban en la calle fandangos y bulerías, la animación era general. Dos manolas con sus mantillas se unieron al grupo y levantando los brazos, dieron los primeros pases del popular baile.

Juan se agachó al suelo donde había montones de pasquines con chascarrillos groseros, caricaturas de los franceses — al rey José le pintaban metido en una botella, sacando la cabeza por el cuello de esta, ataviado como un naípe y con una copa en la mano— y les echó un vistazo mientras los tíos se paraban con unos conocidos. Lola se empapó de todo lo que había. Con la marquesa había salido poco, había estado tan atareada aprendiendo y perfeccionando su papel que ni tiempo ni ganas había tenido de salir a dar una vuelta. Ahora se le iban los ojos detrás de las manolas con sus peinetas y sus

mantillas, de los majos con sus boleras de toreros, de las impresionantes navajas que algunos hombres, con cara patibularia, llevaban metidas en las fajas. Con un arma así, pensó, le podían abrir a uno en canal.

—Se la ve entusiasmada —comentó Juan acercándose a ella—. ¿Qué le parece Madrid? ¿Era tal y cómo lo imaginaba? ¿Lleva usted mucho tiempo viviendo con su tía? ¿Hasta cuándo se quedará?

—¡Pare, pare...! —rio Lola—. No me haga tantas preguntas de un tirón que se me olvidarán... Madrid me encanta y llevo poco aquí, un mes escaso. No sé lo que estaré; dependerá de varias cosas, por ejemplo, de si hay o no guerra.

—¿Si hubiese guerra volvería a su casa en Badajoz?

—Probablemente. Mis padres creen que ante la posibilidad de que vuelvan los franceses, debería volver a mi hogar.

Yo espero con la ayuda de mi tía convencerles de que me dejen algo más — mintió con toda soltura Lola haciéndose pasar por Sol Monforte.

—¿Que le pareció el baile? Estuvo muy bien acompañada y permanentemente reclamada por el sector masculino —le dijo con un tono algo celoso el joven.

Lola sonrió para sus adentros.

—Muy bien —dijo finalmente—. Fue un baile espléndido que me permitió conocer a mucha gente en Madrid.

Y luego intentó una risita propia de la petimetra que debía aparentar.

Isabela, viendo que Lola parecía algo apurada por la excesiva atención de Ordóñez, decidió intervenir en la conversación. Dejando el grupo de las más jóvenes y a Clara, que en ese momento se paraban para charlar con dos conocidos del baile bajo la vigilancia de los mayores, las dos hermanas y Juan continuaron con su paseo, sentándose al rato en uno de los bancos de piedra del Retiro. El sol se estaba poniendo y empezaba a correr un ligero viento. El vestido de Lola se pegaba a su cuerpo mientras ella intentaba sujetarse el cabello que iba recogido en un bonito peinado hecho por la doncella que le había cedido la marquesa de la Roca.

—¿Es siempre tan serio su amigo? — preguntó Isabela al caballero.

—No. Hoy estaba especialmente circunspecto. En realidad es poco dado a hablar con gente que desconoce, y a ustedes todavía no las conoce mucho. Espero que le disculpen. Aunque parezca estirado, lo suyo es más bien una cuestión de timidez.

—Ja, ja, ja —Isabela no pudo evitar estallar en una carcajada.

—¡No lo puedo creer! ¿Tímido el duque de Tello!, pero si tenía entendido que es todo un figurín adorado en sociedad y especialmente mimado por las mujeres. Pensé que más bien era ¿arrogante?

—No, de verdad que no es así — insistió el amigo—, pero a veces las apariencias engañan. Aunque sea cierto mucho de lo que se cuenta de él, Álvaro es una persona poco dada a las familiaridades con quienes no conoce, aunque muy amigo de sus amigos y un gran hombre. Eso se lo puedo asegurar yo que le conozco bien desde hace muchos años. Aun así, les pido disculpas en su nombre si se han sentido ustedes algo violentas esta tarde por su marcha. Comprendan que es un hombre prometido y tenía un compromiso importante esta noche.

Isabela se rio por lo bajo mientras miraba la cara de Lola que estaba enrojeciendo por minutos. La expresión de su hermana, su sonrojo cada vez que se hablaba del duque, el silencio que había guardado también ella durante toda la tarde le hacían temer que Álvaro siguiese enquistado en el corazón de su hermana. Que toda la indiferencia que Lola quería aparentar no fuese más que mera fachada y que su enamoramiento juvenil la siguiese haciendo sufrir si seguían viéndole. Se alegró de que el duque de Tello estuviese tan ocupado con su prometida. ¡Cuanto menos lo viera Lola, mejor!

—Y usted, señorita Monforte, ¿qué opina de nuestro amigo el duque? — preguntó como casual Isabela.

Lola la fulminó con la mirada.

—No opino nada, apenas le conozco —respondió modosa—. Supongo que su Excelencia estará muy ocupado. Es una persona muy importante y tendrá muchos compromisos sociales —terminó de decir con un tono de desdén y su hermana sonrió.

Lola dio un giro a la conversación y preguntó a Ordóñez por los guerrilleros que andaban por el monte. Sabía que era un tema que le apasionaba y que le tendría un buen rato ocupado, haciendo que se olvidara de Álvaro. No se equivocó, el joven habló y habló de la cuestión, tanto como para aburrirla, mientras Isabela se separaba, dejándolos intimar. Creyó que el interés del caballero en Lola era real y que podrían hacer buena pareja. Además, eso ayudaría a Lola a olvidarse definitivamente del Urquijo. Como decía el refrán, “la mancha de mora con

otra mora se quita”. ¡Qué mejor que sentirse cortejada por un joven atractivo para olvidarse de otro!

Lola y Juan paseaban delante, casi solos; detrás iban Isabela con Clara, y Josefina y Ana, que no paraban de hablar sobre los muchos chicos guapos que habían conocido en el baile. Llevaban tres días con el mismo asunto y al parecer el tema era inacabable. Los tíos y su vieja conocida, andaban más despacio. Hacía una noche maravillosa y Lola se iba animando. El joven le ofreció su brazo para subir unas escaleras. En ese momento un carruaje pasaba por allí. En la ventana, mirando a la calle sin prestar mucha atención a la dama que dentro se daba los últimos retoques iba Álvaro de Urquijo.

Pensaba en lo odioso que había estado esa tarde con las damas. Su comportamiento con las hermanas Villar y con la sobrina de la marquesa había sido deplorable, rayano en lo maleducado. Se había llamado estúpido unas cuantas veces por no haber podido reaccionar con normalidad ante la sorpresa de encontrarse allí a esa extraña mujer. ¡Pero qué diablos pintaba Sol Monforte en esa casa!

La suya había sido una reacción brusca e inesperada, incluso para sí mismo. Levantó la cabeza y, de repente, aquella mujer estaba nuevamente frente a él. ¿Era ella o su imaginación le estaba jugando una mala pasada? No, no, ¡era ella! Envuelta en la luz de los últimos rayos de sol de la tarde, que languidecía, parecía alegre, cercana y distendida. Iba con Juan. Los vio mientras cruzaban una travesía y los reconoció de inmediato. ¿Iban del brazo? ¿Tanto había avanzado su relación en poco más de una hora? Y de repente sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Pasa algo? —le preguntó Leonor a su lado y Álvaro echó la cortinilla del carruaje.

—No, nada, querida. La luz me molesta —mintió.

Intentando serenarse, sacó su caja de rapé mientras escuchaba de fondo a Leonor hablar, pero sin llegar a entender qué le decía, como si su voz le sonara muy lejana. Juan y Sol juntos. ¿Qué pretendía esa arpía? Solo llevaba allí unos días y ya le había echado el lazo a Ordóñez, se dijo malhumorado. Tal vez pretendiera aparentar normalidad, pero él intuía que había algo que no era trigo limpio en ella. Tendría que vigilarla de cerca, estar atento. No iba a permitir que engañase a su amigo. Juan podría dárselas de hombre seguro, pero en lo que a mujeres se refería tampoco era ningún experto. En cuanto una

supiese camelársele, se le llevaría al huerto.

—Estamos llegando —le comentó Leonor y él asintió con la cabeza; más tranquilo, como si hubiese decidido qué hacer respecto a esa moza. Pararle los pies.

Desde luego de haber sido otra joven cualquiera le hubiese parecido bien y le hubiese ayudado en su conquista. No se podía negar que hacían buena pareja y que aparentemente no existían obstáculos que impidiesen esa relación, excepto la desconfianza que él sentía por ella. Y para eso estaban los amigos. Ordóñez se lo terminaría agradeciendo.

Era absurdo preocuparse por aquella relación... No llegaría a ningún puerto. Juan descubriría pronto que allí había gato encerrado. Pensar en eso calmó su inquietud.

Capítulo 6

Una voz los obligó a mirar hacia su izquierda. En esa dirección, cerca de donde se encontraban, delante del puente que cruzaba el arroyo de Prado Viejo, Sol vio llegar el vehículo de la marquesa. Era un birlocho rápido de herraje excelente, dorado y charolado en negro que llamaba la atención. Un carruaje inglés, un verdadero lujo bien distinto a la incómoda diligencia en la que las hermanas Villar habían llegado a Madrid hacía unos meses. Si aquel carricoche había sido una tortura, este parecía una alfombra mágica que volase sobre los empedrados y barrizales de las calles de Madrid.

Desde luego a ello también contribuía la fogosa yegua, *Lena*, que tiraba de él. Al ver que M^a Teresa Vélez la llamaba airada con un gesto de abanico para que fuera, Lola recordó de pronto que no había esperado su contestación a la solicitud de poder pasear con sus hermanas y asistir esa noche al teatro. ¡Que se había ido sin avisarla! La presencia de Álvaro y su amigo le habían hecho olvidarse de todo.

—¡Sol, no has esperado mi respuesta! —le dijo en tono algo seco.

—Perdón, tía, se me fue el santo al cielo —se excusó la joven con sinceridad.

—Lamento decirte que no podrás acompañar a estas jovencitas ni al teatro ni a ningún sitio. Tenemos una cena en el palacio de Villahermosa a las diez.

—¡No sabía que tuviéramos ningún compromiso esta noche! —se quejó, disgustada además de que la cena fuera en el mismo sitio que la del duque de Tellol. ¡Volvería a encontrársele!

—No te avisé esta mañana porque no tenía intención de asistir, pero ahora he cambiado de opinión. Será —dijo mirándola con complicidad— una cena interesante.

—Si usted lo dice, tía —dijo con manifiesto desagrado, pero acercándose a la carroza.

No le apetecía nada ir a esa cena. Primero porque se había hecho a la idea de asistir con sus hermanas al teatro y porque volver a encontrarse con el De Urquijo no la seducía en absoluto.

Sol Monforte se separó del grupo y tras despedirse de “sus nuevos amigos”,

subió al carruaje ayudada galantemente por Juan Ordóñez que le apretó la mano y le recordó que pronto la visitaría. Tocándose ligeramente el sombrero de pico en un gesto de despedida y con una gran sonrisa, le dijo adiós desde la calle.

—¡Hasta pronto! —fueron las últimas palabras que escuchó del caballero.
—¡Adiós! ¡Vuelva cuando quiera!— le dijeron los demás.

Lola, incómoda por los cambios de planes, guardó silencio unos minutos enojada.

—Debería pasar antes por casa a cambiarme. No voy adecuadamente vestida para una cena de gala —comentó de mala gana.

—No te preocupes por eso —contestó la marquesa—. Ya había pensado en ello; he recogido uno de tus vestidos y los accesorios. Ahora, cuando lleguemos, podrás arreglarte en una de las cámaras privadas de Magdalena. Te prestará a su servicio.

Magdalena era el nombre de la anfitriona, M^a Magdalena Leandra Aurora del Portillo, condesa de la Vera. Otra amiga personal de M^a Teresa. Lola dejó el asunto del vestido para más tarde y preguntó curiosa por esos personajes que iban a asistir a la velada y que habían hecho cambiar a la señora de opinión respecto si asistir o no.

—En realidad no sé si aparecerán — comentó con brillo en los ojos, en tono misterioso—. Se espera que asistan algunos diplomáticos recién llegados a Madrid y además habrá altos dignatarios de la curia venidos de Roma que traerán noticias del Papa. Tenemos todo su apoyo, pero no quieren decantarse públicamente por temor a represalias de Bonaparte. Temen que fusile al Santo Padre.

—Comprendo —contestó la joven.

Sabía, porque se lo había contado la señora, que el Papa Pío VII llevaba meses encarcelado por Napoleón. Aunque ambos habían sido durante un tiempo amigos, y hasta habían firmado un concordato para no estorbarse, la negativa de Pío VII a avalar los planes del francés respecto al ataque a Inglaterra y a la ocupación de España, habían desatado el conflicto. Napoleón, harto, había ocupado los Estados Pontificios hacia un año y secuestrado al Santo Padre. Pío VII, como otros ilustres príncipes, había sido deportado y preso en el castillo de Fontinebleau. La curia vaticana había quedado descabezada, pero desde sus escondites, y

con su enorme poder aún intacto, seguía moviéndose diplomáticamente por toda Europa recabando apoyos. Los recién llegados estaban dispuestos a respaldar a aquellos rebeldes que pusieran coto a Napoleón, pero exigían un papel excesivamente protagonista en España para sus prelados que muchos en el Círculo no veían con buenos ojos.

—¿Conocéis de algo a esos diplomáticos? —preguntó Lola y la marquesa negó.

—No, pero ya habrá alguien que me los presente... y cambiando de tema —le dijo—. Quiero que esta noche te despegues un poco más de mí. Sé que aún no conoces a suficiente gente, pero espero que sepas cómo mezclarte con las jovencitas de tu edad. Seguramente la mayoría hablará de encajes, guapos oficiales y cintas para el sombrero, pero quiero que estés cerca y atenta; de vez en cuando son una fuente de información valiosa. No despliegues toda tu energía porque las asustarías y ya sabes que delante de alguien excesivamente brillante no suelen soltarse a hablar. Comportate de forma más casquivana y estúpida... como ellas. Como te he enseñado.

—De acuerdo —contestó con un suspiro Lola.

Sabía que debía hacer ese papel, pero realmente le resultaba imposible contemplar el mundo con una mirada tan aburrida. Estaba de moda ser lánguida, resultar sencillamente apática. Los casados ni se miraban, era de mal gusto. Que cada uno tuviera su cortejo y sus amantes era lo habitual.

Desde luego hacía muchos años que nadie se batía en duelo por amor y lo normal era tomarse las cosas con relativa frialdad. Al menos eso era lo que marcaba la etiqueta del buen gusto, otra lo que muchos hicieran a escondidas.

Lola estaba convencida de que aquello solo podía ser puro teatro; que ese aparente desapego a todo era antinatural y falso; que las corrientes de pasión seguían vibrando ocultas, como lo demostraba el ímpetu de alegría que había estallado en la ciudad al expulsar a los franceses.

—Conociste a Marilina García del Cerro y a Adosinda de la Rasilla Angúlez. Puedes empezar por ellas. Estarán esta noche —interrumpió sus pensamientos la marquesa.

—Y si no veré a otras más de las que me presentaron en el baile asisten. La verdad es que son un poco insufribles. Puede ser una tortura —dijo y la marquesa soltó una risotada.

—Bueno, tortura o no, concéntrate en ellas. Esto ya sabes que no es por

diversión y además terminará pronto.

El vehículo dio un salto al cruzar un gran bache y girar. Dejaban atrás la carrera de San Jerónimo a cuyo extremo había una gran mansión con jardín propiedad del secretario personal del anterior monarca. La siguiente manzana era propiedad de la condesa de Altrí — M^a Teresa había intentado comprársela hacía años sin éxito— y más a la derecha había unos huertos y un arroyo. Madrid estaba lleno de arroyuelos y puentecillos aunque muchos iban quedando cubiertos al ir las calles extendiéndose y ampliándose. Los ingenieros reales habían tenido mucho trabajo desde los tiempos de Carlos III.

—¡Sooooooo! —oyeron al cochero que tirando de las riendas, frenó al ver como un mozuelo se metía entre las patas del caballo al salir corriendo de una botillería próxima, cargado con aparatosas cajas seguramente para hacer recados a su patrono.

Las calles estaban repletas: curas con sus grandes sombreros redondos, dos oficiales del Regimiento del Rey con su característico uniforme azul marino con vueltas rojas, dos dragones del Regimiento de Granada con su llamativo redingote estilo húsar de color amarillo chillón, comerciantes a las puertas de sus establecimientos discutiendo por unos metros de acera donde colocar sus productos, tres monjas camino de la iglesia del Buen Suceso —donde todas las tardes a esa hora se rezaba una misa por el alma de los caídos el dos de mayo— nobles a caballo, damas en grandes y elegantes vehículos, criadas y lacayos, manolas con sus mantones, harapientos descalzos, perros vagabundos... La marquesa contempló a Lola un rato mientras esta se entretenía mirando desde el vehículo.

—Lo hiciste muy bien la otra noche y seguro que hoy lo harás mejor —le dijo a su espalda y la muchacha afirmó agradecida.

M^a Teresa no mentía. Realmente se había sentido muy satisfecha con la representación de Lola en la gala de los Osuna. El único, pero habían sido esos ojos suyos, tan negros y profundos, que delataban su agudeza. Esa mirada y algunos gestos casuales que a punto habían estado de echar por tierra su disfraz de petimetra; eso era lo único que le había inquietado. A la mayoría le habrían pasado por alto, pero la marquesa sabía que siempre había gente más observadora. Y esos eran los detalles que podían delatarla y dar al traste con su plan.

Por lo demás la aparición de Sol Monforte también había levantado

suspicias entre las jóvenes casaderas y sus madres, que la habían visto como competencia. Cuqui del Estero se le había acercado con preguntas capciosas y Angustias de las Heras había indagado más de tres veces de quién era exactamente hija esa tal Sol. De las Heras era una vieja conocida de la marquesa y de su familia y no caía de cuál de los hermanos de esta podía ser Sol descendiente. La marquesa tuvo que darle plantón para quitársela de encima.

Pero eso había entrado dentro de lo previsto. Las muchachas casaderas y sus madres nunca miraban con buenos ojos a las recién llegadas y menos si eran tan atractivas y supuestamente adineradas. Mejor impresión había causado Sol entre los caballeros que no le habían quitado ojo. Era un buen partido: joven, de linaje importante y con fortuna...

—¿Es aquel? —preguntó Lola señalando hacia la derecha un magnífico edificio de fachada rosada, techo de teja con seis chimeneas y un gran jardín cubierto de frondosos castaños a la entrada, y la marquesa afirmó con la cabeza.

Cerca, multitud de carruajes comenzaban a congestionar el tráfico de la calle mientras los ilustres invitados eran recibidos por lacayos de impecables libreas. Unos minutos después eran ellas mismas quienes entraban y saludaban a los anfitriones.

Se sorprendió al verla entrar en el salón. La escalinata estaba llena, pero el De Urquijo tenía buena vista. No hacía ni una hora que la había contemplado junto a Juan desde su carruaje mientras paseaban por el Salón del Prado y ahora estaba allí.

También recordó el malestar que había notado al verlos juntos. A la extraña sensación de *déjà vu* que había sentido en casa de los Osuna se unía ahora ese curioso desasosiego o la llamativa atención que la marquesa de la Roca le prestaba. Álvaro conocía hacía años a M^a Teresa y jamás le había visto esos desvelos familiares... Enseguida las vio meterse a ambas al salón chino —llamado así por su magnífica decoración en porcelana— y comenzar a charlar en corrillos, aunque esta vez la joven parecía ir más a su aire. Álvaro decidió que las observaría a ambas con detenimiento, a distancia prudencial...

M^a Teresa parecía especialmente dicharachera y apenas había tardado unos

minutos en acercarse a monseñor de la Fuente, el enviado de Roma. El despliegue de encanto y *savoir faire* de la marquesa no creía Álvaro que fuera suficiente para limar las diferencias existentes. Junto a ellos estaba el arzobispo de Toledo y primado de España, Luis María de Borbón, pariente del rey y cuñado del depuesto Manuel Godoy. A diferencia de este, tan afrancesado, el joven arzobispo era un defensor a ultranza de la rebelión y del Círculo. Álvaro le conocía bien y sabía de sus dotes oratorias, también de las suspicacias que entre algunos había levantado por su origen.

—Maravilloso, maravilloso el decorado. Las fuentes así colocadas resultan espectaculares —comentó en ese momento Cuqui del Estero a su lado.

Álvaro estuvo tentado de acercársele y llevarle una copa de jerez para sonsacarle información. En el palacio de Osuna había estado un buen rato indagando sobre la tal Sol Monforte por todas partes, inquieta porque la recién llegada le arrebatara el galán a su muchacha, un joven oficial de caballería también presente en la fiesta. Iba a acercársele cuando una mirada de la marquesa —que parecía le hubiese leído la mente— le sorprendió.

Lo dejaría para otra ocasión, o se limitaría a contarle sus sospechas a Juan Ordóñez y que fuera este quien investigara... ¿Qué tenía el que complicarse la vida?, se dijo a sí mismo. Al fin y al cabo no era a él a quien querían engañar. Él ya tenía prometida... y Por cierto, su boda sería bien pronto, demasiado para su gusto, pero Leonor había insistido y él no había encontrado manera de quitársela de encima dado el apoyo que tanto de su familia como de la de los Tello había tenido Leonor siempre. Álvaro era de los que creían que era mejor casarse tarde y sobre seguro, pero los acontecimientos —realmente no sabía muy bien por qué— lo habían precipitado todo. Tal vez fuera así mejor. Si no lo hacía ahora, puede que no lo hiciese nunca. Le gustaban demasiado las mujeres y la libertad, y casarse no le resultaba grato. Lo único bueno era que podría tener hijos. Cogido de su manga, Leonor que había estado hablando con su madre, retornó junto a su prometido para dirigirse a cenar.

Oyeron la campanilla y los compases de música pararon para dar paso al festín. Largas mesas servidas con un gusto exquisito se extendían a lo largo de los treinta pies de extensión del salón. Paredes forradas de espejos, pinturas alegóricas a Diana cazadora, tapices de Brujas de hacía dos siglos, candelabros de plata refulgentes, fuentes repletas de faisanes asados con

manzanas y decorados con sus grandes plumas, cremas de alcachofas, yemas rosadas con vino, caviars y carnes asadas inundaban los centros. Un olor exquisito invadió el recinto. Todos se sentaron.

Durante la cena Álvaro se centró en observar a Sol Monforte, a quien tenía más cerca. La joven reía estúpidamente mientras se pavoneaba del broche que le colgaba y lo comparaba con el del grupito en el que se había acomodado, otras pisaverdes descerebradas como ella misma. Sin embargo —pudo comprobar Álvaro—, a pesar de sus esfuerzos las otras muchachas parecían desconfiar intuitivamente de aquella desconocida. Dos le habían vuelto directamente la cara —en un gesto claramente maleducado— y otra parecía soportarla con gesto de circunstancias.

—Este encaje es exclusivo. Mi padre me lo ha hecho traer desde Bruselas hace una semana. Mi modista ha corrido como loca para tenerlo hoy preparado —estaba contando la hija del coronel Parrando que llevaba un buen rato disertando sobre la calidad de las muselinas, encajes y sombreros de todas las damas presentes y que era la que más amable se estaba mostrando con la nueva. Sol Monforte hizo un comentario y la otra le rio la gracia. Al rato, tras servir un consume al jerez con picatostes y huevas de esturión, se acercó a ellas Gonzalo de Sastre, hijo pequeño del marqués de Ponferrada. Era un conocido del club social Atocha; había coincidido con ellos y Luis Villar. Sastre era un verdadero petimetre de los que perseveraban en el atuendo afrancesado a pesar de la que estaba cayendo. A Álvaro le pareció verdaderamente suicida que se presentase de esa guisa.

—Este chico quiere que le rajen — comentó y Leonor le preguntó qué diantres estaba diciendo mientras le requería que le rellenara la copa de vino de Oporto.

Gonzalo de Sastre era una risión. Llevaba enormes hebillas en unos pequeños zapatos negros, medias blancas impolutas, calzón hasta la rodilla, traje de corte perfecto, chaleco y levita en un verde *chartreuse* oscuro con grandes bordados dorados, un tupé rizado, coleta larga y enrollada a la espalda y abundante perfume. La barba perfectamente rasurada demostraba que dedicaba mucho tiempo diariamente a mimarse en el espejo. La cantidad de polvos en la cara habría servido para hacer un pan candeal, pensó divertido el duque mientras comprobaba la mirada asombrada de Sol al contemplar a semejante figurín en acción. Lucía al menos cinco o seis relojes colgando de

una cadena y varios lunares postizos en la cara, color rubor en las mejillas, khol en los ojos y cubría el cuello con una gran ola de muselina que casi le tapaba la nariz. Sus modales eran refinados hasta la afectación.

Pero a pesar de aquel aspecto cursi, de pisaverde presumido, Sastre era un orador brillante y un hombre bastante espabilado. Álvaro le había escuchado en algunas reuniones subversivas en el club hacía un año y sabía que su apariencia engañaba. También le había visto en algunas reuniones del Círculo aunque no perteneciera a este. Era de los típicos que nadaban y guardaban la ropa... tal vez aún no hubiera decidido de qué lado estar. Sastre había asistido al baile de los Osuna y no se había despegado de la sobrina de la marquesa de la Roca en toda la velada. Todos sabían que a pesar de su costosísimo vestuario y de la gran fortuna familiar le gustaba con pasión el dinero.

Seguramente habría visto en Sol Monforte un buen partido.

—Será ridículo... ¿Cómo creará que podrá gustarle así a una mujer como Dios manda? —le había dicho Ordóñez riéndose de él, a quien ni por asomo consideraba competencia, pero Álvaro no había estado tan seguro.

En realidad —le había contestado a su amigo— no sabían cómo era la Monforte y si la juzgaban exclusivamente por su aspecto, casi iban a juego. Si el objetivo de la muchacha en ese viaje a la capital era hacerse deprisa con un marido, tal vez estuviera ante su oportunidad y Ordóñez se había reído sin temor; jugándose con él unas copas a que eso era imposible.

—Veremos, veremos... que cosas más raras se han visto —había contestado Álvaro.

Ahora, al ver de nuevo a Sastre junto a Sol Monforte, Álvaro tuvo el presentimiento de que Ordóñez tenía razón... de que ella no era así aunque lo pretendiera. Y el estómago se le revolvió de pensar siquiera en esa posibilidad.

Las jóvenes del grupo siguieron conversando, riéndole las gracias a Sastre y a otro compañero al que Álvaro conocía de vista, preguntándoles por sus nuevos trajes, el perrito caniche que el amigo llevaba por toda la ciudad y las próximas citas. Parecía todo muy inofensivo. Todas lucían sus abanicos de plumas de cisne, sus escotes vertiginosos y sus hermosos y contorneados brazos desnudos. Hacia unos años que la Reina M^a Luisa había prohibido llevar guantes largos en las cenas de gala. Ella era bastante fea, pero , como

tenía buenos brazos, le gustaba lucirlos. Era uno de sus pocos encantos y en consecuencia había decidido que eso fuera norma. Desde entonces, las damas españolas podían lucirlos sin recato en cualquier evento social, algo que sorprendía a los diplomáticos extranjeros —y más a los venidos del Vaticano— que lo veían excesivamente informal y pecaminoso.

Los brazos de Sol Monforte le parecieron demasiado tentadores... Álvaro tuvo que reconocer que estaba muy seductora. Con su sencilla y elegante túnica de tafetán en rojo Turquía, sus rizos naturales —y no de tenacilla— en la frente, las pequeñas mangas abullonadas de farol y los zapatos bordados de tacón de carrete. Aunque le disgustara ese estúpido pensamiento no pudo dejar de admirar su aspecto. Una cosa era que ella no le gustase como persona y otra que no reconociera su buen gusto.

Se preguntó dónde se habría cambiado de ropa si hacía poco iba vestida con un traje de tarde y paseaba por el centro de Madrid. Ahora llevaba uno de noche y el pelo le caía en un gran bucle tirabuzón por la espalda, dejando al descubierto su cuello esbelto y delicado. Llevaba poco maquillaje y casi ninguna joya, a excepción de una pequeña cadena dorada en el cuello. A Álvaro le pareció algo tensa.

—Por cierto, duque —le interrumpió alguien al lado—, ¿vendrá usted a cazar mañana con nosotros? Será a buen seguro una jornada divertida.

Álvaro se sorprendió al verse interrumpido en sus pensamientos. En ese instante no sabía ni quien le hablaba. Miró a su derecha y vio al viejo Francisco de Goya. El artista era un amante de la caza y había compartido muchas jornadas en el campo con él. Ahora estaban organizando una batida para el día siguiente en los montes del Pardo. Habría caza mayor y menor: ciervos, algún jabalí y también abundantes codornices.

—No sé, aún no lo he decidido — tuvo que decirle a voces ante la sordera del pintor.

El anciano había invertido parte de sus ganancias como Primer Pintor del Rey en adquirir una buena colección de escopetas de caza. Al igual que su gran mecenas, Su Majestad Carlos IV, batear por el monte era su gran pasión. La de él y la de muchos. La caza en general era el mayor entretenimiento entre las clases altas y pudientes. También pescar, jugar a las cartas, visitar burdeles, patear en el teatro o pasearse en calesa. La caza en particular permitía una cierta aproximación a las altas esferas ya que se accedía a que

participaran en algunas partidas ricos burgueses que buscaban encumbrarse socialmente. Ese no había sido el caso de Goya que gracias a los muchos amigos que tenía entre la élite social siempre había sido bien recibido en cualquier partida que hubiese. Goya le seguía hablando de su nueva arma comprada no hacía mucho antes de la ocupación y a la que desgraciadamente todavía no le había dado mucho uso.

—Es un trabuco de chispa con los cañones de taracea de color marrón con incrustaciones en plata; lleva las culatas de nogal exquisitamente grabadas — seguía diciéndole el artista.

Hacía años que era sordo lo que le impedía relacionarse con desconocidos. Francisco de Goya prefería sentarse cerca de amigos a los que no les importara tener que repetirle multitud de veces las cosas para que él se enterara de algo.

—Por cierto, realmente es guapa la moza —dijo entre risas el pintor.

—¿Qué moza? —preguntó Álvaro haciéndose el tonto.

—La joven a la que no para de mirar, aunque le advierto que su prometida anda con la mosca tras la oreja. Sea prudente si no quiere morir esta noche a punta de tenedor.

—Habré mirado por casualidad — dijo, pero no sonó muy convincente y el pintor siguió riéndose mientras trinchaba un muslo de pato confitado.

—Está jugando con fuego, querido amigo. Conozco a su prometida. Retraté a sus primas hace unos años y es todo un carácter. No le recomendaría que se enfrente a ella aquí —dijo y Álvaro se dio cuenta de que, al igual que en el baile, llevaba horas sin percatarse siquiera de la existencia de Leonor y eso que estaba sentada a su lado.

—Tiene razón —dijo mientras engullía unos lomos de jabalí—. No le hago ni caso. ¡Es tan pesada!

—¿Quién es para que le resulte tan interesante? —siguió preguntándole el pintor.

—Se llama Sol Monforte y parece ser la sobrina de la marquesa de la Roca — contestó sin dejar de mirarla.

—Lo de “parece ser” ¿qué significa? ¿Es o no es la sobrina de la marquesa?

—Ellas dicen que sí —contestó misterioso el De Urquijo.

—Veo que desconfía de ellas y eso que la marquesa es muy amiga vuestra.

—¡Precisamente! Tengo la sensación de que esa muchacha no es quien dice ser. Conozco a pocas mujeres más intrigantes que la marquesa... Tendré que investigar —se rio, pero sus palabras eran totalmente serias.

—Tampoco sería nada extraño — añadió Goya—. Ya sabe que en estos tiempos que corren nadie es quien dice ser, ni sirve a quien dice servir...

Álvaro, a pesar de las advertencias y comprobando que desde hacía un rato Leonor estaba entretenida con su acompañante del otro lado, comprobó que el petimetre de Sastre se había marchado, pero que había aparecido otro moscón. El hijo de un rico empresario leonés dedicado al comercio del vidrio que había hecho fortuna hacía años en Filipinas, el joven Enrique de la Vega.

Era uno de los personajes más profranceses que había conocido. Aunque tal vez hubiese cambiado y se hubiese moderado, pero por lo que recordaba brevemente de él le parecía un jacobino entregado a la causa. Le sorprendió verle en esa cena. Se preguntó si se habría apartado de sus ideas y apoyaría ahora, tras la invasión, al bando español. Eran muchos los seguidores de la Revolución en Francia que tras la invasión de su propio país habían cambiado de bando y se habían vuelto enemigos acérrimos de los gabachos. Entre ellos algunos buenos amigos suyos. Todos afirmaban lo mismo: una cosa era estar de acuerdo con los ideales revolucionarios y otra permitir que una potencia extranjera invadiera su país.

Las ideas de la Enciclopedia eran interesantes, pero no para aceptarlas a cañonazo limpio, como pretendía Napoleón imponerlas. Podría ser que De la Vega fuera de este grupo. O tal vez no y estuviese allí... espionando, siguió pensando Álvaro. ¿Por qué se acercaba tanto a la Monforte? Una jovencita casquivana no debería ser su tipo ideal de mujer. Recordaba haberle visto coquetear con damas de más edad, bastante liberales en sus hábitos y sabía que no hacía mucho había regresado de París. ¿Buscaría en Sol Monforte un buen partido u otra cosa? Por ejemplo, acercarse al entorno de M^a Teresa... Vio en ese momento acercarse a Leonor a un grupo de señoras, miembros de la Junta de Damas de la Ciudad y soltó un bufido satisfecho. Al menos durante un buen rato podría desentenderse de ella.

—Los caballeros que deseen pueden pasar a fumar —anunció el mayordomo.

Muchos lo hicieron. Álvaro observó que algunos grupos se disolvían y Sol

Monforte se quedaba sola. Su intento de pasear con el grupo de chicas con el que estaba no había dado resultado, no debían haberla invitado. Dudaba si acercársele cuando fue abordada por el conde de Teba. Iba ya borracho como era costumbre en él. Su fama de depravado era vox pópuli. Se hablaba incluso de violaciones a sus sirvientas y de escenas vergonzosas en burdeles de la ciudad. Era jugador, malhablado y su cara picada de viruela le hacía repulsivo. Sol le dio la espalda. El hombre pareció captar la indirecta y se marchó. Álvaro observó como ella subía por la escalera principal, posiblemente a retocarse en algún tocador de la planta superior. En ese momento, alguien le tocó el hombro por la espalda.

—Llevaba un rato buscándote. Si no te importa, estaré ocupada un momento con algunas responsables de la Junta de Damas. Me han ofrecido integrarme en la sociedad y les he dicho que sí. Ya sabes que son las mujeres más poderosas de Madrid y me satisface poder codearme con ellas —dijo Leonor.

—No hay problema, estaré fumando en el salón —contestó él.

Iba a entrar al fumadero a echar unas partidas de billar cuando vio como el de Teba subía las escaleras en la misma dirección por donde se había perdido la Monforte. Tuvo un mal presentimiento y le siguió. No se equivocaba, al girar por uno de los pasillos oyó un grito ahogado. Era ella, con la boca tapada por la mano del de Teba, que en ese momento la envolvía a la fuerza, mientras se tambaleaba a causa del alcohol. Arrastrándola a pesar de la resistencia de la chica, la metió en un cuarto. La ira se apoderó de Álvaro que, sin pensárselo dos veces, le siguió y pegándole un puñetazo, le hizo caer estrepitosamente al suelo.

—¿Estáis bien? —preguntó a la joven.

—Sí, gracias a usted —contestó Sol Monforte intentando controlar el susto.

Álvaro le tendió su pañuelo almidonado para que se limpiara mientras observaba al hombre tendido en el suelo con la nariz sangrando y sintió náuseas. El de Teba era verdaderamente repulsivo, pero su intervención había sido, ¿cómo decirlo? ¡Sorprendente! El no acostumbraba a pegarse en los salones privados de los palacios ni a tener arranques de ira como el que había sentido hacía unos minutos. De una patada, retiró los cascotes de un caro jarrón de Sèvres azul cobalto que se había caído en la pelea, y urgió a la joven a volver a la fiesta.

—Vuelva al salón, la marquesa la echará en falta —le dijo apremiándola y

ella afirmó.

Iban a salir del coqueto cuartito cuando Álvaro oyó unas voces que hablaban del Círculo y de los hombres desaparecidos recientemente. Lola también seguía la conversación muy interesada sin saber quiénes eran los que hablaban, comprendiendo que era del pasillo de donde procedía el sonido. El de Urquijo tiró de su mano sin mediar palabra. Se escondieron rápidamente en la salita de té, detrás de los amplios cortinajes de terciopelo y escucharon a dos individuos que tranquilamente pasaban por allí. Álvaro tapó con la mano la boca de Sol y con la mirada le rogó silencio. Ella calló sumisa. No quería ni respirar por no hacer ruido.

—¿Sabes si alguno sobrevivió...? — preguntó una de las voces.

—No, aunque es posible —respondió la otra, igualmente desconocida.

—¿Conocías los nombres? —insistió

el primero

—Algunos. Uno era Luis Villar y otro Fulgencio Flores. Dicen que Nicasio Pérez también murió, pero el dos de mayo... no sé de ninguno más —contestó el segundo mientras las voces se perdían en la distancia.

La joven respiraba agitadamente.

—No ha sido nada, ya ha pasado —le dijo Álvaro intentando consolarla, creyendo que su agitación se debía al susto del borracho, sin sospechar que su desasosiego se debía a lo ocurrido a Luis Villar. Volviéndose hacia ella, percibiendo su tiritera, la echó por encima su frac y la rodeó con los brazos. Sin pensárselo dos veces, en un impulso, la besó sin que ella hiciera el más mínimo gesto de rechazo.

Sus labios quedaron prendidos en los suyos. Sabía dulce y caliente, su aliento le envolvió. La cabeza de Álvaro fue desde ese momento un torbellino. Sol Monforte no solo no le había dado el bofetón que se merecía, sino que parecía más ansiosa aún que él en aquel beso. Álvaro aspiró profundamente su aroma, recogándole el largo tirabuzón y deteniéndose en su cuello. Recorrió despacio con su lengua la cerviz, con los ojos cerrados, concentrado, ausente, como si quisiera parar el tiempo...

Oyó el débil gemido de ella.

Mirándola a los ojos sintió un repentino y tórrido deseo. Una sensación apremiante que le exigía más. Ya no le bastaba con saborear su oreja o rozar

sus labios. Sus labios fueron descendiendo hasta su pecho. Álvaro absorbió sus pezones inhiestos después de bajarle el tenue encaje que los cubría mientras ella lo agarraba con fuerza de la cabeza, de pie, embelesada. Su respiración era agitada, entrecortada, y sus ojos —vio cuando volvió a levantarse— estaban brillantes de emoción... Entonces pensó que estaba loco. ¿Qué diantres estaba haciendo con esa mujer?

Álvaro se separó, parando unos instantes, intentando recobrar la cabeza, pero ella parecía arrebolada y entusiasmada. Alzándose sobre sus punteras, rozó su firme mandíbula, acarició con la yema de sus dedos sus labios y Álvaro soltó un bufido de placer. Cogiéndola de la barbilla la besó larga y profundamente, notando cómo su lengua se enredaba con la suya durante minutos que parecieron un suspiro, con su cuerpo plegado a sus caderas, buscando algo más, algo que él necesitaba también...

Álvaro sabía que debía parar, pero no encontraba la voluntad para hacerlo. Debía ser el tiempo que llevaba de abstinencia voluntaria porque nunca un beso le había sabido tan bien, nunca su corazón había palpitado tan alocadamente, ni su mente había sufrido tal fagonazo de pasión... podría caer fulminado allí mismo y moriría feliz.

De pronto una fuerte risa procedente del pasillo que hacía unos minutos habían abandonado los devolvió a la realidad.

—Querido, creo que esta noche puede ser excepcional —dijo una voz gutural de mujer que Álvaro creyó conocer, la de la O'Farrill, con quien hacía un tiempo había estado liado. A su lado, una risa masculina y unos susurros pasaron de largo. Temiendo que fueran allí a esconderse los desconocidos tortolitos, Álvaro salió de su ensueño y recuperó las pulsaciones.

Seguía con Sol tras las cortinas. Con sus pechos altivos al descubierto, la nuca irritada de sus besos y una mirada de confusión en los ojos. Aún con la respiración entrecortada por el deseo y sin decir una palabra —no sabiendo si maldecir o agradecer la interrupción— tiró hacia fuera de ella, saliendo al pasillo. Tenían que volver a la luz, al bullicio, antes de que allí ocurriese algo grave, irremediable. Sería un escándalo que los encontrarán allí.

Le hubiera gustado darse un buen revolcón con ella, pero no era una fulana cualquiera ni ninguna de sus viejas conocidas. No quería problemas con la marquesa de la Roca y tampoco pretendía que ella se hiciera ilusiones. Aquel beso no significaba nada... solo un calentón. Esperaba que ella lo entendiese.

Aunque en realidad, pensó mientras llegaban abajo, tampoco se arrepentía de lo sucedido. Lo volvería hacer si pudiera. Había sido embriagador, emocionante, le había hecho hervir la sangre... Iba a decirle que aligerará cuando vio aparecer a la marquesa a los pies de la escalinata.

—Me tenías preocupada. Hace un rato que andaba buscándote. Me han dicho que estaba molestándote el maldito Teba. ¡Ese impresentable!

—No ha sido nada gracias a este caballero —dijo Sol mirando a Álvaro—. Le ha propinado un puñetazo cuando intentaba agredirme en una habitación del piso superior.

—¿Cómo? ¡Maldita sea! ¿Dices que ha intentado propasarse contigo esa sanguijuela?

—¡Basta, tía! No ha sido nada.

—Sí, sí ha sido... y esto no quedará así. Gracias, Álvaro —se volvió M^a Teresa hacia el duque ofreciéndole las dos manos—. Gracias por haber velado por la seguridad de mi muchacha. Espero verte mañana en mi casa. Ordóñez me ha comunicado que iréis a hacernos una visita. Sabré agradeceros el gesto de esta noche.

—No ha sido nada. Solo pasaba por allí, escuché a una dama en apuros y la ayudé... ya sabe lo verdaderamente asqueroso que es ese Teba. Estoy con usted en que no debería ser invitado a ninguna reunión más; no sabe beber. Ahora mismo estará todavía tumbado en una sala allí arriba a causa del golpe que le he dado. Espero que a vuestra amiga Magdalena no le importe el jarrón que se ha roto.

—Estoy segura de que no. Le agradecerá como yo el gesto que ha tenido.

La marquesa dio la mano a la muchacha y ambas dejaron la fiesta para regresar a casa en su carruaje. Álvaro tuvo la impresión de haber desperdiciado una ocasión de oro para haberse explicado ante la chica. ¿Qué iba a pensar de él después de lo ocurrido? ¿Y él de ella? ¿De su comportamiento temerario? ¿Era tan inocente como parecía o se trataba de una buscavidas?

Sin querer pararse a analizar lo sucedido, pensando que su amigo Ordóñez debería saber qué clase de muchacha era Sol Monforte antes de que cometiera una imprudencia, prefirió olvidarse de las consecuencias y disfrutar el instante. A pesar de que no hubiese sido algo que no hubiese hecho con muchas otras antes —unos besos— Álvaro se sentía flotar. Debía ser que echaba de

menos su alocada vida de antes. Sus francachelas, sus amantes y sus juergas... Últimamente había estado demasiado centrado, demasiado serio... La política y los negocios iban a terminar de arruinar su reputación de crápula, se rio mientras abandonaba el palacio de Villahermosa con Leonor colgada de su brazo. Debería hacer algo al respecto.

Capítulo 7

¿Habría sido verdad o lo habría soñado? Lola se debatía entre el ensueño y la realidad desde hacía más de veinticuatro horas. El cielo estaba oscureciéndose en Madrid y ella, sentada en un amplio y cómodo canapé italiano de terciopelo púrpura, disfrutaba leyendo y saboreando unos bombones traídos ex profeso desde la chocolatería del Reloj, un establecimiento rimbombante cercano a la puerta de Alcalá. *Mimi*, el spaniel color caramelo de la marquesa se le acercó a saludarla con su rápido movimiento de cola y la dueña apareció detrás del animal.

—Tienes ojeras. Mi doncella te aplicará corrector. Esta noche ponte una mascarilla de miel de abeja, es la mejor —le dijo mientras cogía ella otro dulce.

—Estoy cansada —reconoció la muchacha—. Anoche la velada se alargó y esta mañana no hemos parado en la proclamación oficial del Rey. ¿Cree que Su Majestad podrá volver pronto? —preguntó esperanzada—. Tal vez no haya guerra...

—Lo dudo, *cherie*. Napoleón no va a soltar así como así a su presa. Ayer mismo me confirmaron que su hermano José sigue en territorio español: en el País Vasco esperando la entrada en cualquier momento del emperador que ya marcha hacia la península con más de doscientos mil hombres y algunos de sus mejores mariscales y generales. La familia real española seguirá retenida en Francia mientras Napoleón continúe siendo el dueño y señor de Europa.

La joven asintió y siguió preguntando intrascendentemente.

—¿Mañana tendremos una agenda muy amplia?

—No, aunque quiero que vengas conmigo a la modista.

—¿Más vestidos? —preguntó sorprendida Lola—. Tengo suficientes.

No sabe cómo le agradezco la inversión que está haciendo en mí, pero no creo que los necesite.

—Lo sé, pero a mí me encantaría que los tuvieses —dijo y salió de la estancia para dar órdenes a los sirvientes sobre el menú del día siguiente, pichones escabechados y macerados en hierbas aromáticas que traían de sus

propios corrales en el Real Sitio.

M^a Teresa estaba disfrutando de esos días con Lola más de lo previsto. Lo cierto era que se había encariñado de la joven, le gustaba su carácter alegre, su energía, su pasión por la vida. Le hacía lamentar no haber tenido descendencia y pensó que de haber tenido una hija, le hubiera encantado que fuera como ella.

Decidió que independientemente de la misión que tuviera encargada por parte de Bellavista ella la protegería y seguiría muy de cerca como si de su niña de verdad se tratara. Tal vez, pensó M^a Teresa, fueran los años. Debía estar haciéndose mayor.

Lola no avanzaba mucho en su lectura, una fábula de aventuras que había elegido al azar en la biblioteca del palacio. No tenía la cabeza en nada que no fueran los besos que Álvaro le había dado la noche anterior. Aún podía sentir el calor de su cuerpo, la presión de sus labios, su aliento, el olor a bergamota que emanaba. Era un aroma poderoso y masculino que le había resultado excitante. Recordó el placer que ella misma había sentido. Nunca había creído que algo así existiese. Jamás se había besado con un hombre, ni había tenido contacto con el sexo masculino, y el encontronazo con él había despertado toda su sensualidad. Pensó en lo diferente que había sido el beso que previamente le había propinado a la fuerza el conde de Teba, un contacto que casi la había hecho vomitar de asco. ¡Con aquel tufo a brandy! Había sido realmente desagradable.

Oyó los ladridos del perro que, enredado entre las piernas de su dueña, la perseguía por el pasillo mientras la marquesa daba órdenes al servicio.

¿Por qué la habría besado Álvaro? ¿Habría sido solo un impulso o algo más? ¿Un milagro?, pensó divertida. No, pero casi. Posiblemente él hubiera besado a muchas muchachas a lo largo de su vida, pero debía saber que para ella eso había sido especial. ¿Y los gemidos que él había dejado exclamar? Al final el

De Urquijo se había mostrado distante, como si deseara entregársela a la marquesa y marcar distancias, pero durante los minutos que habían estado abrazados, lo había visto bien fogoso.

Lola había lamentado que no asistiera a la merienda de esa tarde con su amigo Juan Ordóñez. Su visita estaba anunciada de días antes y la marquesa estaba esperándoles. Juan había aparecido, pero había excusado a Álvaro asegurando que el duque había tenido que salir de Madrid por “causas ajenas

a su voluntad”. No había dado más pistas, ni dicho adónde ni por qué. Lola se había preguntado si su estratégica desaparición era una vulgar excusa para no tener que darle ninguna explicación por lo ocurrido en el palacio de Villahermosa —ella tampoco pretendía pedírsela— o realmente le habría surgido un contratiempo. Sobre esa posibilidad, Lola también había reflexionado.

¿Estaría relacionado con lo oído a los desconocidos del pasillo? ¿Qué significaría la tensión que había percibido en él al oír hablar sobre los desaparecidos y sobre el Círculo, entre otros sobre su hermano Luis Villar? No le había parecido nervioso, más bien interesado. ¿Eso cómo se interpretaba? Aunque la orden que había recibido de Bellavista era que no debía descartar a nadie en su investigación sobre el topo, sabía que la marquesa no creía que Álvaro o Juan pudieran estar implicados. Ella tampoco, aunque debía ser precavida. Había esperado poder hacerle alguna pregunta al respecto, pero lamentablemente, no había podido ser.

Lola se había pasado la mañana nerviosa, debatiéndose entre el deseo de verle y hablar con él de lo ocurrido y de no verle por la vergüenza que le daba su propia conducta. ¿Qué habría pensado de ella? Si ya intuía que el duque la miraba a veces con un gesto de sospecha —como si intuyera que la marquesa y ella se traían algo entre manos— su conducta demasiado fresca podría haber desbaratado la imagen de inocente y casquivana muchachita que quería proyectar. También dudaba de si contarle o no lo ocurrido a la marquesa. Temía que esta la echara un buen rapapolvo.

En esas andaba elucubrando cuando puntualmente a las seis de la tarde llamaron a la campanilla de la mansión y él no apareció. Lola no había podido evitar sentirse decepcionada aunque la explicación de Ordóñez fuera lógica. Otra posibilidad —había imaginado— podría ser que él se encontrara en la misma disyuntiva que ella: inseguro sobre si aparecer o no; si darle una explicación o no.

La merienda con Juan había sido rápida. El joven tenía que asistir por la noche a un concierto y se excusó. Lola pensó que tal vez el motivo fuese que ya supiera lo de su encuentro con Álvaro o que ella no le diese pie a quedarse más; tenía que reconocer que estaba bastante fuera de lugar, en las nubes, poco comunicativa ese día.

—¡Navajas, se afilan navajas! —oyó que gritaban en la calle mientras,

recostada en el mullido sofá, pasaba desganada las hojas de su libro. No muy lejos de su casa sonaban tambores, procedentes de alguna milicia de las muchas venidas de fuera y había mucho barullo. Todavía seguía la fiesta en las calles por la proclamación oficial de Fernando VII como soberano esa misma mañana.

—¡Valientes gallinas! —había soltado la marquesa al ver a lo lejos a los miembros del Consejo de Castilla que bien temprano, rodeados de toda la parafernalia posible, ese día habían hecho el nombramiento que daba legitimidad a Fernando de Borbón como Rey de España—. Mucho apoyo ahora, pero me hubiera gustado saber dónde estaban esas sabandijas cuando se masacró al pueblo de Madrid en las calles sin que las autoridades españolas hicieran nada para impedirlo. Eso sí, para nombrar Rey a ese cretino bien que andan listos...

—¿No le parece bien que nombren rey a don Fernando? —preguntó asombrada la muchacha—. Creía que era usted partidaria suya.

—¡Yo! ¡Dios me libre! Ese —dijo en voz baja y en tono despectivo— es un mal bicho, un mamarracho. Te lo digo yo que le conozco bien; desde hace años en la Corte. No. Ni le aprecio ni soy partidaria suya, pero es lo único que tenemos... de momento. El pueblo no lucharía por defender a su decrepito padre, Carlos IV, y menos al advenedizo de Godoy. Lucharán por su país si creen que tienen el respaldo de su joven y nuevo rey, un hombre al que llevan años idealizando y al que han convertido en un dechado de virtudes. ¡Pobres! ¡Si supieran!

—Si es tan mamarracho como dice, ¿por qué le apoyamos? ¿No sería mejor que el francés siguiera en el trono y evitarnos así miles de muertos?

—Ningún país, mi niña, puede aceptar ser invadido sin más. Si aceptamos sin rechistar a José I, mañana dejaremos de ser personas para convertirnos en esclavos. Yo no sé por qué lucharán los demás, sé por qué lucho yo. Cada uno debe ser consecuente con sus actos —dijo mirándola a los ojos—. Aquellos que luchan por Fernando, pues muy bien. Yo lo hago por España, porque el mío sea un país más libre y mejor y espero que, con el tiempo, también podamos deshacernos de esa víbo...

La marquesa calló cuando oyó como la saludaban dos conocidos. Lola guardó silencio y se quedó un buen rato mirando sorprendida a la dama. Realmente aquella mujer era una caja de sorpresas. Lo que tenía claro era que

si la marquesa decía que don Fernando era un mal bicho, es que lo sería. No solía confundirse con la gente. Sobre las causas para luchar las suyas estaban también claras. Se había metido en eso para encontrar a su hermano y lo haría. También amaba a su país, deseaba que fuera más próspero y más libre... Respecto a lo de su rey, ahora ya no sabría qué decir. Y por un momento, sintió pena y decepción.

Tal vez don Fernando no se mereciera tanto apoyo de su pueblo —como aseguraba M^a Teresa—, pero la verdad era que el espectáculo del día había sido impresionante. Habían asistido cuerpos y milicias procedentes de toda la Península, nuevos y viejos regimientos, la mayoría improvisados recientemente y otros sin ni siquiera uniformes o estandartes que portar. La infantería, la guardia real, los artilleros compañeros supervivientes de los héroes Daoiz y Verlarde fallecidos en mayo... Y las más vitoreadas, las tropas victoriosas de Andalucía. Los hombres que habían derrotado al general Dupont a las puertas de Sierra Morena en Bailén y había obligado a los gabachos a huir con el rabo entre las piernas. La inesperada derrota de los ejércitos de Napoleón había sacudido Europa. El continente miraba ahora atentamente lo que sucedía en España. Una sublevación y una guerra en la península harían más débil al emperador y eso generaría nuevos focos de insurrección en otros países ocupados desde hacía años. De hecho, parecía que algo empezaba a moverse en Austria.

Lola había salido a la calle por la mañana ya tarde, sobre las doce, poco antes del almuerzo, solo para ver la algarabía. El día había sido espléndido y soleado. Con un vestido de tafetán oscuro y una cinta de tela escocesa azul y verde al cuello, se había cubierto con un delicado mantón y una peineta, al estilo de muchas majas. En las calles más céntricas cerca de Postas, la Plaza Mayor y el palacio de Oriente, había mesas donde se pedía a los hombres mayores de edad que se alistaran en el ejército, en el regimiento que quisieran. El país los necesitaba. Había colas de multitud de muchachos deseosos de convertirse en héroes que blandían banderines y coreaban canciones patrióticas mientras le daban a la bota y al aguardiente. La marquesa había suspirado entristecida.

—¡Qué lástima de vidas! Muchos de ellos no sobrevivirán.

—¿Muchos de ellos... o de nosotros? —preguntó Lola—. En realidad si estalla la guerra, la vida en este país no valdrá nada.

—Cierto —dijo con aire melancólico la marquesa mientras seguía abanicándose con su costoso abanico labrado de marfil y plumas de papagayo.

Paseando cerca de las caballerizas del Retiro se acercaron al Jardín Botánico, situado junto al Museo de Ciencias Naturales. Aquel era un hermoso espacio de recreo creado como tal hacía más de sesenta años tras cerrarse otros jardines reales más pequeños —predecesores suyos— que albergaban muchas de las especies botánicas más sorprendentes y exóticas acarreadas del Nuevo Mundo. Los galeones españoles las habían llevado de América, Asia y el Pacífico y los botánicos patrios habían intentado adaptarlas al nuevo clima.

También había cientos de especies vegetales procedentes de Europa que los monarcas españoles habían ido consiguiendo de los más lejanos confines desde tiempos del emperador Carlos V. Lola y la marquesa pasearon por sus terrazas, se relajaron con sus paseos sombríos y salieron por la hermosa puerta principal de Sabatini para volver a mezclarse con la ciudadanía antes de coger su birlocho. A Lola le encantaban las visitas al herbario y al semillero del Botánico. Recordaba la pobre colección de plantas del convento en Úbeda y pensaba en el valor inmenso de todas aquellas especies y lo poco que se sabía aún de sus propiedades curativas.

Ambas entablaron conversación con varios conocidos durante el trayecto de vuelta a casa. M^a Teresa llegó algo fatigada a palacio donde almorzó frugalmente algo de pavo y un racimo de uvas junto a su joven pupila y Lola aprovechó más tarde para echarse un rato la siesta, pero acostada en la cama no pudo pegar ojo. Su mente había volado una y otra vez a Álvaro y al torbellino de emociones que había sentido en sus brazos. Con los ojos cerrados no había podido parar de recrear una y otra vez la escena, de fantasear hasta que había llegado un momento en qué ya no había sabido donde terminaba la realidad y empezaba la ficción.

Álvaro diciendo eso o aquello, mirándola embobado, riéndose o cerrándole los labios con un dedo cuando la pidió callar... aunque también se había detenido en otras personas. La marquesa le había pedido que mientras estuviera en los sitios se limitara a observar y luego, en la tranquilidad de su casa, recapacitara sobre lo visto. Eso hizo recostada.

Le había llamado la atención el joven Gonzalo de Sastre. ¡Con ese tupé rizado al estilo ala de pichón y el maquillaje color *Pompidour*! De un primer vistazo le había parecido una especie de muñeca de porcelana... tan delicada e

impoluta que daba cosa hasta tocarle. Su aspecto pretencioso y frágil hasta el sonrojo no parecía cuadrar con su mirada, inteligente ¡incluso diría que astuta! Hablaba de forma afectada, pero lo que decía era brillante. ¿Estaría fingiendo o sería realmente el petimetre que aparentaba? Si ella fingía, también podían hacerlo otros... ¿Estaría el Sastre utilizando un disfraz como hacía ella misma? ¿Y qué pretendería con ello?

Respecto a aquellas víboras de muchachitas qué decir; por más que había intentado ganárselas le habían dado plantón. No sabía si porque les molestaba que fuera una nueva rival o porque no entonaba demasiado en su grupo. Tendría que volver a intentarlo. La hija de Parrondo era la única que le había resultado interesante, igual que a Sastre que le había preguntado en varias ocasiones por su padre. Ella parecía reír tontamente en un flirteo, pero el pisaverde había terminado llevándosela a donde quería, a comentar la presencia del coronel en Andalucía y su próxima partida para tierras leonesas. ¿Podría ser él el topo? ¿Cómo de cerca estaba de la organización para acceder a información relevante? ¿Estaría espionando o solamente era un curioso? Había gente que no hacía otra cosa que cotillear aquí y allá. Lo había podido comprobar en las fiestas y saraos a los que había acudido recientemente. Si sospechaba de todo el que hiciera preguntas curiosas, tendría que ampliar la lista a todas las mujeres de Madrid... De todas formas, no podía descartarle. Tendría que seguirle la pista.

Por lo demás había hablado con mucha gente y nadie le había parecido especialmente peligroso. Claro que ninguno que lo fuera llevaría un cartel anunciándolo, pero es que realmente no había sentido ese pálpito, su instinto que le anunciaba peligro. La fiesta no había dado demasiado de sí... Tampoco para la marquesa. Los enviados diplomáticos que esperaba habían sido de segundo orden, aunque al menos la intervención del arzobispo Luis María de Borbón había resultado positiva para ganarse a la curia romana... La iglesia tenía un complicado papel esos días. Aunque la mayoría de sus clérigos, monjas o curas perteneciesen al bando rebelde, antifrancés —los jacobinos eran para ellos idólatras y herejes— otros muchos religiosos ilustrados habían apoyado los principios de la Revolución francesa. La iglesia como otros muchos estamentos y ciudadanos en el país estaba dividida al respecto.

A Lola tantos tejemanejes políticos se le escapaban. Había vivido ajena a ellos y de repente se encontraba en el ojo del huracán, sumergida en sus

conspiraciones, en sus sutiles diferencias, en sus odios, pero no le quedaba más remedio que enterarse de lo que se cocía si quería encontrar a Luis. Al menos, al día siguiente podría visitar a sus hermanas, pensó cuando la campanilla le llamó a cenar. ¡Tenía tanto que contarles!

Madrid, un mes más tarde

Álvaro se miró en el espejo mientras su ayuda de cámara le cepillaba el redingote en su vestidor. Pantalón de cuero color tostado con lazo y botones en la rodilla, botas polacas, *waiscoat* — un chaleco inglés cruzado— blanco, camisa de seda con una gran corbata de arco, sombrero, guantes, bastón.

Terminaba de recoger el gabán cuando entró su amigo. Hacía casi un mes que no se veían. Él había estado fuera, en Burgos, conociendo de primera mano la situación de las tropas regulares allí acantonadas. La misma madrugada del beso a Sol Monforte había tenido que partir. La amanecida había terminado con una larga charla en la biblioteca de su mansión con Bellavista y Jovellanos discutiendo. Ambos diplomáticos estaban muy preocupados por la escasa capacidad que las tropas españolas tendrían de frenar a Napoleón si este entraba de nuevo en España. Los rumores eran que eso podía suceder de forma inminente.

—Habría que reforzar los emplazamientos en la zona y enviar al ejército de Extremadura con todos sus batallones para allá. Si José Bonaparte sigue en Vitoria con todos sus ministros —dijo Jovellanos—, es porque la decisión de Emperador está tomada.

—¡Malditos cabrones! —soltó

Bellavista, envuelto en el humo de su habano, al referirse a los asesores y ministros de José Bonaparte, la mayoría de ellos españoles, afines a las ideas jacobinas y afrancesadas.

—Ya nos ocuparemos de ellos cuando corresponda —le dijo Melchor Gaspar de Jovellanos—. Ahora, organicémonos. El país está en pie de guerra y si alguien no lo organiza, Napoleón se dará una buena merienda con todos nosotros. Entrará en tromba. No respetará nada... Hay que hacer algo ya. Urquijo, es necesario visitar la zona y ver con qué efectivos contamos sobre el terreno, dónde sería mejor enviar al Regimiento de Extremadura y cómo están

los accesos, además de saber de qué ayudas podríamos disponer en caso de huida precipitada procedentes de la zona —le pidió a Álvaro.

Este asintió sin decir mucho más. Estaba haciendo un gran esfuerzo por concentrarse en la conversación que le había pillado de improviso. Había regresado a su casa con unas cuantas copas de más, rememorando la escena amorosa vivida con la sobrina de la marquesa y con el corazón latiéndole acelerado como hacía mucho tiempo que no lo sentía. No se arrepentía de nada, pero no tenía ganas de visitarla al día siguiente. ¿Qué iba a decirle? ¿Podía comportarse como si nada hubiese ocurrido? Podía. Podía fácilmente decirle que había sido un error, fruto de los nervios del momento como había hecho otras veces con otras mujeres que se le habían insinuado o entregado dócilmente. Solo que no le apetecía. Decirle eso sería como dar carpetazo a lo suyo, y deseaba volver a besarla.

¡Eso era lo peor! La deseaba. Y eso significaba no solo ya traicionar a su prometida, cosa que le traía sin cuidado, sino a su amigo. Y eso eran ya palabras mayores. No quería ni pensar como reaccionaría Ordóñez si se enteraba. Su amistad podría verse seriamente dañada... Y por nada. Porque no tenía ningún fin una relación como esa. El iba a casarse en breve y ella había ido a Madrid a buscar un novio que a buen seguro pronto encontraría. ¿Valía la pena complicarse la existencia por un vulgar calentón? No. Estaba claro que no. Aunque “vulgar” tampoco era la palabra con que definiría su encuentro.

El que le hubiesen enviado a Burgos a investigar esa misma noche con la excusa de visitar unas tierras allí arrendadas le había parecido la salida más factible al inesperado embrollo. Enfriaría lo sucedido. A ella se le olvidaría —las muchachas de su edad solían ser bastante volubles— y él calmaría el desasosiego tanto de su entropierna como de su ánimo. Dejar de ver a Sol Monforte sería lo mejor para todos.

—Veo que vas a salir muy elegante. ¿Vas a algún sitio en particular? —le dijo Juan Ordóñez aquella mañana, recién llegado de Burgos.

—He quedado para almorzar con los padres de Leonor. Hace días que no la veo.

—Eso será sobre las dos. Hasta entonces qué te parece si salimos a dar un paseo y así me pones al día de tus averiguaciones. Además, este fin de semana es la Feria de San Mateo y San Miguel. Estará el mercadillo de la Cebada. Me gustaría echar un vistazo, quiero comprar unos muebles y algunas porcelanas.

—Bien, vayamos —dijo Álvaro sin más, a él también le apetecía darse una vuelta.

Avanzaron con su carruaje por la calle Segovia y pasearon a pie por el Humilladero, la calle Toledo y Cascorro hasta la Plaza de la Cebada. Los carrillones de la cercana iglesia de San Millán repicaban mientras el populacho saboreaba chocolates y lúpulos en la calle, en las barras de las botillerías y los colmados. Cerca, dos edificios visiblemente dañados por fuego de artillería recordaban las refriegas a tiros habidos en mayo —aquel había sido un importante foco de resistencia— mientras unos escalones daban acceso a una pequeña meseta que se utilizaba como patíbulo para los ajusticiamientos. En la zona, conocida antaño como la Dehesa de los Encomenderos era imposible avanzar de la gente que había. Multitud de comerciantes tenían esparcidos sus cajones por el suelo, con todo tipo de cachivaches a la venta, además de sacos de grano, pernils de carne, tocinos y salazones, y legumbres traídas de las huertas cercanas... También antigüedades, muebles, relojes... Los alguaciles vigilaban que no se atentara contra el orden público y los amigos de lo ajeno se fueran sin pagar.

—¡Compren, compren! —oyeron a su lado a una mujer ofreciéndole unas ricas aceitunas en un cazo agujereado, mientras al lado unas gallinas ponedoras revoloteaban dentro de su jaula.

Era costumbre celebrar allí en septiembre una gran feria, desde los tiempos de la Reconquista cuando el rey Juan II de Castilla había concedido al pueblo dicho privilegio. Era una tradición popular acercarse esos días por allí y deleitarse con buñuelos calientes y churros, con vinos y limonadas mientras se esquivaban los artículos que los tenderos exponían en esteras a ras de suelo.

El lugar resultaba bastante caótico. El espacio de la plaza se había ido quedando pequeño con los años y los puestos habían ido apelotonándose los unos encima de los otros. Los había de mecheros de gas, de vajillas de Talavera de la Reina o de alfarería de Alcorcón; también se vendían velas de sebo, cuadros y muebles antiguos, prendas de vestir ya usadas, zapatos o productos de cuero repujado. Había librereros, cuchilleros, joyeros, prenderos, titiriteros... todos haciendo su agosto. Vagabundos y pobres pidiendo limosna; músicos tocando en la calle, rapaces descalzos robando naranjas y muchas damas vestidas con primor paseándose con sus sombrillas al lado de sus criadas. En los alrededores habían abierto comercios y numerosas tabernas

donde remojar uno el gaznate; muchos caballeros esperaban allí a sus parientas.

El barrio se situaba entre la Cava alta y la baja, en la parte árabe de la ciudad, el lugar donde se encontraban los profundos fosos que pegados a la muralla medieval habían protegido en su día a la villa de los asaltos exteriores.

Desde siempre había habido allí mercados agrícolas y ganaderos. Era el lugar —donde antes de traspasar las murallas— los labriegos de la comarca separaban la cebada destinada a las caballerizas reales de la que iba a la venta privada, de ahí su nombre. En esa zona, desde los orígenes de Madrid, se habían ido situando la mayoría de fondas, pensiones y tabernas y por allí se alojaban los viajeros que procedentes de Toledo, Segovia o Guadalajara, iban a vender sus mercancías a la capital. La profusión de establecimientos de este tipo había obligado a que se abrieran en la zona muchos talleres artesanos: toneleros, carreteros, latoneros, boteros, cocineros... Sentarse a disfrutar de un buen plato en la Fonda del Unicornio o en el Mesón alcarreño era un placer para los sentidos.

—¡Navajas a dos reales, navajas a dos reales!

Se oían las voces de los vendedores y los ladridos de los perros que acudían en gran número al olor de la comida. El cielo era transparente esa mañana, de un azul celeste intenso con pocas nubes blancas al fondo. La temperatura perfecta, rondaba los quince grados y el público parecía feliz. Álvaro observaba a su amigo que ya se había parado en varios puestos de venta de muebles antiguos. De camino por el rastro se habían encontrado con Goya que iba con sus típicos papelajos tomando apuntes. Al artista le encantaban los sitios tradicionales y se había parado en una taberna a tomarse un vino con dos conocidos.

—¡Acompañénnos, compadres! —les dijo al verlos pasar a ambos.

—No, gracias, no podemos. Tenemos cita para almorzar— le gritó Álvaro haciéndole un gesto con la mano que el pintor comprendió.

Continuaban su ruta cuando en medio de la muchedumbre divisaron a las hermanas Villar. Iban con su tía y una amiga de esta y parecían ir de retirada hacia su casa. Habían hecho varias compras: unas bonitas cintas verdes para un sombrero, una vajilla de cerámica andaluza para un regalo de bodas y varios atizadores para el fuego.

—¿Podemos ayudarlas en algo? — preguntaron cortésmente los caballeros.

—No hace falta, ya vienen nuestros sirvientes a portar los bultos —contestó amable la tía—, aunque les agradecemos la deferencia.

—¿Han comprado ustedes algo? —les preguntaron las dos menores y la tía les pidió que se comportaran y no fueran ni curiosas ni impertinentes. Los caballeros sonrieron y después comenzaron a departir con Clara —en su papel de Lola Villar— y doña María. La tía los puso rápido al día de toda clase de chismes. Álvaro no pudo menos que reírse de unas cuantas historias.

—Pero sigamos, acompáñennos —les dijo la tía señalando hacia delante.

Isabela se había parado en un puesto de ropa hacía un rato. Fue entonces cuando los jóvenes oyeron una risa burbujeante. Era Sol Monforte que, acercándose a Isabela, se reía divertida de las ocurrencias de unos titiriteros.

—No sabíamos que la señorita Monforte fuera también con ustedes — comentaron sorprendidos ambos.

—Sí, la señorita Monforte, como verán, se ha hecho muy amiga de mis sobrinas y nos visita asiduamente. Es un honor para nosotras —contestó la tía sin querer entrar en más detalles.

Juan se animó inmediatamente al ver venir a las otras las dos jóvenes. Adoraba a Sol Monforte y apreciaba el encanto innato de Isabela Villar. Respecto a Lola, la más modosa, le gustaba mucho. Le parecía dulce e inteligente y el que todas fueran buenas amigas le agradó. A quien no pareció interesar el encuentro fue a Álvaro. —¡Maldita mujer! —dijo para sí mismo—. ¿Es que no puedo librarme de ella? Primer día en Madrid con propósito de no verla y lo primero que hago es encontrármela.

—Buenos días —comentaron las recién llegadas dándoles la mano enguantada a los caballeros que se las besaron cortésmente.

Álvaro calló un rato dejando el protagonismo a su amigo. Tampoco sabía qué decir. Creía haberse olvidado de esa muchacha en el mes que había estado fuera, pero había sido volver a verla, solo unos instantes, y ya se sentía agitado. Verla le hacía sentirse mal con Juan, con M^a Teresa y consigo mismo. Se sentía ridículo ante la sola idea de poder perder los papeles con una mocosa como esa. Su larga experiencia con mujeres debería protegerle de aventureras como ella, pero su corazón, tuvo que reconocerlo, le estaba jugando una mala pasada.

Iban parando de puesto en puesto con las damas, saludando a conocidos y

escuchando el bullicio de la calle cuando el De Urquijo se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde. Tenía que almorzar con los Astiazábal y llegar tarde sería imperdonable, pero también lo sería salir corriendo como había hecho la tarde que había merendado con las hermanas Villar.

—¡Maldita sea! —dijo en voz baja sacándose el reloj de cadena.

—¿Ocurre algo? —preguntó su amigo.

—Se me está haciendo tarde y no me gustaría tener que dejar a estas damas de mala manera como ocurrió la tarde de la merienda. Fue muy poco cortés.

—Entiendo. Por eso no te preocupes, si quieres marcharte hazlo; ellas lo entenderán. Por mí no hay problema, ya encontraré la forma de volver. Alquilaré un simón, la estación está ahí cerca.

—Señoras —dijo Álvaro volviéndose hacia las mujeres—, espero que me disculpen, pero tengo una cita en casa de mis futuros suegros y tengo que dejarlas; espero volver a verlas pronto —les dijo alegrándose de perder de vista a la Monforte.

—¡Perdón, duque! —dijo inesperadamente esta—. ¿Va usted en dirección al Barquillo?

—Sí —contestó lívido Álvaro.

—¿Podría hacerme el favor de llevarme? Yo también tengo una cita para almorzar con mi tía a las dos y se me ha hecho tarde... La marquesa se lo agradecerá.

—No creo que sea pertinente —dijo doña María en un tono que a punto estuvo de descubrir a su sobrina, pero esta, mirándola con súplica, la obligó a callarse.

—Podría quedarse a almorzar con nosotras. Sería un honor —intervino Isabela, pero Sol Monforte rechazó cortésmente el ofrecimiento.

Doña María y las demás no salían de su asombro. Tampoco Ordóñez. Era impropio que una muchacha casadera se dejara ver sola, sin ama a su lado, en una berlina por la ciudad al lado de un caballero. Sería un escándalo. Juan le propuso llamar a un carruaje para que la acercara su casa en cuanto terminaran el recorrido por el rastro, pero Lola se mostró inflexible.

—No, gracias, no quisiera molestar a nadie. Estoy segura que al duque no le importará y por mí, no se preocupen. No creo que mi reputación se vaya a ver perjudicada. Es un coche descubierto y estamos a plena luz del día.

Su tía rebufó, pensando en lo ingenua que podía ser su sobrina. Su falta de

modales sociales la sacaba de sus casillas.

Lola comprobó lo enfadadas que estaban su tía e Isabela, pero ni aun así cedió. Tenía que preguntarle algo al Urquijo y cuanto antes lo hiciera, mejor. Salió andando, tras despedirse cariñosamente de todas y hacer una ligera inclinación de cabeza a Juan Ordóñez, en dirección al Humilladero con Álvaro a su lado. Este no dijo ni palabra.

Resultaba violento, pero Lola necesitaba aclarar lo ocurrido hacía un mes y era mujer a la que le gustaba coger el toro por los cuernos. No había pensado pedirle explicaciones, pero el sinvivir que había sufrido durante su usencia la habían hecho comprender que necesitaba una respuesta; que solo así, fuera para bien o para mal, encontraría la paz. Debatirse entre dudas, darle pábulo a su imaginación, no serviría nada más que para decepcionarla; prefería la verdad por dura que fuera a hacerse castillos en el aire. Álvaro tendría que decirle qué había significado para él aquel encuentro y hoy era mejor que mañana. Una vez subieron al vehículo, Lola se situó enfrente del hombre.

—Y bien, señor de Urquijo, ¿le parece que hablemos? —le preguntó directamente y Álvaro torció el gesto sonriéndose desganado. Desde luego era atrevida.

—Lo que usted desee —contestó él con cara de pocos amigos. No le gustaban las muchachas tan lanzadas y esa parecía incorregible.

—¿Por qué me besó usted la otra noche? Si no es indiscreción preguntárselo.

—Sí, debiéramos haber hablado antes de ello —reconoció él—, pero me ha resultado imposible. Como sabrá he estado fuera este último mes. Respecto a lo del... beso, lamento lo que sucedió. Supongo que sería fruto de la tensión del momento, ambos habíamos bebido más de la cuenta... No fue mi intención deshonrarla ni crearle falsas expectativas —dijo y a Lola le sonó insoportablemente engreído. ¿Qué se había creído ese botarate?—. Le ruego me disculpe.

Lola calló para disimular su decepción, adoptando así mismo un aire tan arrogante como el de su acompañante.

—Era lo que me suponía —dijo colocándose los largos guantes de ante en un gesto mecánico—. Temía que usted pudiera crearse falsas expectativas conmigo... No tenía intención de herir sus sentimientos —y recostándose en el

sillón no vio la risa disimulada de Álvaro, que tuvo que reprimirse para no soltar una risotada.

¡Sería desvergonzada!, se dijo Álvaro mientras el coche volaba por las calles del centro. Pobre del que terminara con ella.

Capítulo 8

—¿Sabes algo más sobre el posible escondite de nuestro hermano? — preguntó Isabela a Lola.

—No, lo última vez que oí algo de él fue la noche de la cena en el palacio de Villahermosa. Ya te conté que escuché junto al Urquijo una curiosa conversación entre dos desconocidos sobre las extrañas desapariciones de miembros de la organización. El duque también sospecha que Luis pueda estar vivo, pero no pude insistirle más sobre el asunto. Hubiera levantado sospechas y ya anda mosca conmigo.

—¿Y Bellavista o la marquesa tampoco han descubierto nada nuevo?

—No... Seguimos como estábamos.

—¿Os vais finalmente esta noche a Aranjuez?

—Sí. La marquesa quiere asistir de cerca a la constitución de la Junta Central Suprema.

—¿Y qué diantres es eso? ¿Por qué tienes que ir tú? —insistió su hermana —. ¿No podrías quedarte aquí en Madrid? Si solo es un acto protocolario y va a regresar pronto a la capital podrías convencerla de que prefieres quedarte con nosotras. Tenemos entradas para la última función del Teatro del Príncipe. Sería estupendo y así yo me sentiría mucho más tranquila —reconoció su hermana.

—No puedo, me ha dicho que es importante que la acompañe. La Junta esa es como un gobierno nacional de crisis... Va a estar toda la gente importante. Tienen que organizar la resistencia.

—¿Y quién lo va a presidir?

—Ni idea. Sí estará su queridísimo Jovellanos —dijo Lola y las dos hermanas se rieron pícaras al saber de la peculiar relación íntima y personal que el diplomático y la marquesa mantenían desde hacía años—. Me querrá llevar de carabina.

—¿Para qué? —se extrañó Isabela—. Si todo Madrid sabe que andan juntos, que son pareja hace tiempo y que los une una extraña y perdurable relación de camaradería, de ideas y

sentimental... Tampoco la marquesa rehúye asistir en público con él cogida del brazo como si fuera su esposa.

—Bueno, eso ya sabes que son costumbres. Está bien visto cortejar a una dama casada o viuda. Pasar días enteros en su casa, regalarle ropas o joyas, declararle amor en público e infinidad de cosas más.

—He oído que algunas incluso exigen a sus cortejadores que les lleven todas las mañanas el desayuno a la cama o las cuiden si están enfermas.

—Sí, hay quien lo hace. El abate Mendoza, dicen que no se despega de la baronesa de Regla —y las dos se rieron.

—Entonces, te irás mañana —dijo la otra finalmente.

—Sí, la marquesa ha dado orden a sus lacayos para que tengan todo preparado en el Real Sitio y a las doce saldremos para allá. Es un viaje de diez leguas.

Será pesado.

—Está bien —dijo aceptándolo de mala gana Isabela—. Te esperaremos en Madrid, ya nos contarás cuando vuelvas. Por cierto —le dijo su hermana cambiando de tema— no me has contado nada de Álvaro. Después de aquel beso la noche de la cena y del encontronazo en el rastro parece que se le haya tragado la tierra.

—Sí, no le he vuelto a ver. Supongo que me estará evitando. Debió ser muy violento para él que le preguntara a bocajarro sobre sus intenciones. Sé, y no me lo vuelvas a repetir más, que no era el procedimiento adecuado, pero no se me ocurrió otro. Necesitaba saber lo que sentía y desgraciadamente ya lo sé. No significó nada para él, solo fue un impulso debido a la tensión del momento. La absurda fui yo por hacerme ilusiones, pero créeme si te digo que fue mejor cortar esa quimera que dejarla progresar. Si no le hubiera preguntado soy tan boba que ahora seguiría en las nubes; creyendo que en cualquier momento un encuentro como ese podría volverse a repetir.

—¿Y no es así? —pregunto seria Isabela.

—No, de verdad que no lo creo. Una vez fue un error, dos sería majadería.

—Dudo que fuera solo un impulso a causa de la bebida o la tensión.

—¿Qué motivo tendría? —preguntó con voz cansina Lola—. ¿Que me ama?

—No diría yo tanto... No sé si es la clase de hombre capaz de enamorarse

arreatadamente de una mujer. Sabemos que ha tenido muchas relaciones, pero que se haya acostado con ellas no significa que las haya querido nunca. Pueden haber sido solo eso, aventuras, entretenimientos, pero besarte a ti, con las complicaciones que eso le podría suponer con su amigo, que claramente parece cortejarte, o con la marquesa, es distinto. O no lo ha podido resistir, o que es un descerebrado.

—No es ningún loco —le defendió Lola.

—Pues entonces es que le gustas más de lo que está dispuesto a reconocer, pero no es de la clase de hombres que reconocen un error o una debilidad. Antes preferiría cortarse la lengua, pero te apuesto lo que quieras a que, tarde o temprano, ese hombre volverá a acercársete. Y eso no te conviene. Recuerda que es un hombre comprometido que va a casarse en breve. No le animes.

—No sigas por ese camino —le contestó Lola riéndose— porque en vez disuadirme vas a hacer que me ilusione ¿Crees que podría gustarle de verdad? —dijo volviéndose hacia Isabela, besándola...

—Prométeme que no le darás alas. Olvídate de él. Sé que hace tiempo le amaste, pero no te conviene en absoluto. Solo te lastimará.

—Sí, no te preocupes —contestó Lola al ver la preocupación real de su hermana—, y olvidémonos de él. Desde que me dio calabazas he dejado de interesarme... Es más, te diré que hay otro que ocupa últimamente mis pensamientos —dijo misteriosa.

—Vaya, no sé si creerte —respondió Isabela mirándola interesada.

—Pues créeme. El de Urquijo es agua pasada. No dejaré que me haga sufrir más.

—¿Y ese otro —preguntó más animada Isabela— no será el tal Enrique de la Vega?

—Pues lo es. ¿Cómo lo has sabido? —le preguntó muy sorprendida a su hermana—. No pensaba que fuera tan transparente.

Isabela soltó una carcajada.

—¿Será porque me has hablado de él mucho últimamente? —le contestó burlona.

—Búrlate, pero es verdad. Creo que De la Vega es todo lo que no es Álvaro de Urquijo: un caballero, un hombre con sentido del humor, nada arrogante, decidido... Su familia no tiene título nobiliario, pero ha recibido una

educación exquisita. Su padre ha conseguido amasar una verdadera fortuna en las colonias. Es gente hecha a sí misma... La clase de gente que me gusta, el hombre que me gusta.

—Y por lo que parece... muy jacobino.

—Bueno... no tanto.

—Pues eso en los tiempos que corren es peligroso.

—Es posible —comentó Lola sin quererle reconocer que eso era verdad.

Lola se abrochó la cinta del sombrero de fieltro y se echó un chal de lana por los hombros. Estaban a mediados de septiembre y la lluvia caída esa tarde había refrescado mucho el ambiente. Se preguntó cómo estaría el camino hasta Aranjuez, seguro que lleno de charcos. Cenaría temprano con la marquesa y descansaría unas horas. A las doce saldría su carruaje.

El Real Sitio

El farol de gas que les iluminaba el camino era bastante pobre para la noche tan cerrada que había. No brillaba la luna y las nubes cubrían por completo el cielo, impidiendo que se vieran las estrellas. La luz amarillenta proyectaba con su vaivén extrañas y

fantasmagóricas figuras en el arbolado de las orillas. A excepción de algunos perros en la lontananza, y los cascos de los caballos, no se oía ni una mosca. A Lola le gustó salir de Madrid y poder respirar el aire puro del campo.

Habían atravesado el Puente de Toledo y dejado atrás el camino de Carabanchel. El traqueteo del coche se escuchaba fuerte en el silencio de la noche y dentro de él solo se oían los resoplidos de la marquesa, que recostada en el asiento, intentaba descansar algo. Dejaron atrás las luces del Portazgo de las Delicias y la Posada de Villaverde. Harían una parada al amanecer en una venta cerca a Pinto o tal vez un poco más allá, en la Casa de Postas de Espartinas, antes de bajar la Cuesta de la Reina al amanecer.

Pararían a tomarse un chocolate y estirar las piernas, según había dicho la señora al cochero, que afanosamente iba esquivando charcos a doquier en unos pronunciados giros que a Lola le habían hecho temer que el vehículo terminara por volcar.

—¿Qué son esas hogueras? —

preguntó Lola a M^a Teresa, pero está, abriendo los ojos y poco lúcida, se giró al otro lado y siguió durmiendo. El silencio reinó el resto de la noche.

A Lola le hubiera gustado dormirse también, pero no podía conciliar el suelo. No se imaginaba cómo sería un lugar del que solo había sabido por gacetas; un sitio donde los nobles acudían a cazar en sus inmensos bosques, los cantantes de moda asombraban con sus voces mientras solfeaban paseando por hermosos jardines llenos de estanques y flores, con miles de velas iluminando el recorrido, donde doradas y barrocas falúas de río remontaban el Tajo con los reyes como pasajeros; un lugar de paradisíacos paisajes y hermosos palacios. Allí era donde en marzo se había producido una revuelta popular que había destronado al viejo rey Carlos IV. El sitio idílico se había convertido en la mecha de la sublevación. Señal de que algo pasaba aunque muchos en la élite prefirieran no verlo.

La marquesa, que había estado en la Corte esos días de revuelta, fuego y alboroto, le había contado que había sido premeditado y que agitadores profesionales llegados de Madrid, partidarios del Príncipe, habían provocado de forma irresponsable un motín —al que luego se había sumado la muchedumbre— que había puesto en riesgo la corona española cuando las tropas francesas al mando de Murat se encontraban a solo unas leguas de Madrid. La tensión había sido tan grande esos días en el Sitio que la marquesa se había tenido que marchar a la capital ante el temor a que las peleas callejeras terminasen con más muertos en la calle. No había sido así, pero los mismos agitadores que habían provocado el motín en Aranjuez habían ido luego de pueblo en pueblo, sumando adeptos contra los franceses —algo fácil a tenor del comportamiento prepotente de estos — y habían provocado una nueva rebelión que había terminado descontrolada en Madrid el dos de mayo.

—¿Entonces el motín y el levantamiento... fueron preparados? — preguntó Lola—. ¿Creía que habían sido espontáneos?

—Las cosas espontáneas no son frecuentes, pero tienes razón. Al principio fueron preparadas, fruto de diversas conspiraciones, pero cuando los ánimos están tan calientes y la gente está tan asustada, al final no hay quien controle nada y las explosiones de rabia populares tanto en el Sitio como en Madrid terminaron, espontáneamente, fuera de control... Una vez encendida la mecha, puede pasar cualquier cosa.

—Parece mentira que de eso solo hayan pasado cinco meses —comentó Lola, y la marquesa afirmó con la cabeza.

Parecía que hubiese pasado una eternidad. Si cerraba los ojos aún podía oír el griterío en la calle —su palacio estaba cerca del de Godoy, donde este se había encerrado— y las teas encendidas del populacho habían recorrido los alrededores incendiado la residencia del Príncipe de la Paz. Desde el balcón de su casa había presenciado como las hordas hacían piras en la calle con muebles, tapices y uniformes hasta que envuelto en una estera, muerto de hambre y herido, habían encontrado al que muchos acusaban de ser el causante de todos los males del país.

Lola había sabido poco del asunto. En esos momentos estaba junto a las demás en el convento sin sospechar lo que el destino le depararía en breve. La noticia sobre la desaparición de Luis había puesto todo su mundo patas arriba. Luis... Lola pensó en su hermano. No sabía si debía seguir insistiéndole a la marquesa sobre su paradero. Esta decía que no sabía nada, pero pasaban los días y el trabajo de agente empezaba a aburrirle. La falta de noticias sobre él —ni buenas ni malas— le apesadumbraban y espiar a damiselas en apuros le estaba resultando terriblemente tedioso. Todos los datos relevantes oídos en conversaciones a priori sin trascendencia se los había hecho llegar al Círculo, pero Lola no creía que fueran a tener mayor interés. Tal vez debiese dejar que Luis, si estaba vivo como sospechaba, se pusiera en contacto con ellas cuando pudiera.

Inquieta, se removió en el asiento, el viaje se le estaba haciendo largo y tedioso. Si pensar en Luis la enervaba, pensar en Álvaro tampoco le resultaba mejor. No debería verle más, se decía. A quien si sentiría perder de vista, aunque fuera por unos días, sería a Enrique de la Vega. No era mentira lo que le había dicho a su hermana: le interesaba ese joven de verdad. Le gustaba su forma de llevar el flequillo algo caído, su pelo castaño, sus ojos dorados, su piel bronceada. Era encantador y felizmente para ella no demasiado cotizado por su falta de estatus social, lo que le hacía más asequible e incluso, más interesante. Le conquistaría aunque solo fuera para darle en las narices al fatuo del Urquijo.

El eco de las ruedas y la oscuridad total la obligaron finalmente a adormilarse un par de horas. Cabeceaba aún cuando la aurora empezó a

clarear.

Los primeros rayos de luz la despertaron. El coche llevaba además una velocidad endiablada bajando por una empinada cuesta tras la cual se veía un caudaloso río y un largo puente. Eran el río Jarama y el Puente Largo, construido hacía años para facilitar al acceso a uno de los reales sitios de esparcimiento favorito de los monarcas. El valle parecía un vergel; álamos, chopos, nogales, frutales de toda clase, especies americanas como los plátanos y multitud de sauces en los meandros del cauce fluvial. Un nutrido grupo de ocas y patos se les cruzaron teniendo el carretero que frenar mientras bandadas de pájaros gravitaban sobre sus cabezas. El vehículo se fue acercando y las primeras luces del alba permitieron a Lola descubrir la vega, a los hortelanos trabajando en los sembrados, a los pescadores con sus barcazas y a granjeros acarreando vacas camino de un edificio de piedra situado bajo una loma. Algunos coches de caballo salían de las ventas — donde habrían pernoctado— camino de Madrid y al fondo, las cúpulas rosáceas y gris plomo del Palacio Real de primavera.

Cruzaron los puestos de guardavinos —donde se cobraban impuestos a los comerciantes que llegaban a primera hora a la ciudad para vender sus productos— y entraron por el Puente Verde. Protegido por solemnes columnas y cadenas permitía disfrutar de la vista de un torrente caudaloso y turbulento, el Tajo, que a pesar de la sequía del verano bajaba arrastrando troncos y embarcaciones. El Palacio se reflejaba sobre el río y en sus cascadas, numerosas aves chillaban escondidas tras los juncos. Los jardines que rodeaban el edificio brillaban de esplendor protegidos por un alto murallón adamascado y verjas metálicas doradas. Al fondo, una inmensa plaza rodeada de nobles edificios con arcos era rematada en su otro extremo por una bella iglesia barroca, la de San Antonio.

La marquesa se estiró despacio en el interior del coche mientras bajaba la capota. Una ligera y refrescante brisa las despeinó, pero el aire de la mañana las espabiló por completo. Giraron a la izquierda nada más entrar, cogiendo la calle de las Infantas. Allí, no muy lejos, en un gran edificio de dos alturas, planta rectangular y fachada sobria, con amplios balcones a la calle, paró el carruaje.

—¡Señora, ya hemos llegado! —gritó el cochero saltando con agilidad del pescante.

—Ya lo he visto. Te felicito, has sido capaz de esquivar baches y charcos toda la noche y al menos he podido dormir algo. ¡Vamos, jovencita! —dijo a Lola.

Los lacayos de librea plateada de la marquesa ayudaron a las dos a bajar del birlocho mientras el ama de llaves, casi llorando, agradecía a su señora su presencia en la villa. La mujerona parecía emocionada mientras daba órdenes sin parar a unas bisoñas doncellas para que preparasen la habitación de invitados para Lola. Esta entró detrás de M^a Teresa.

El edificio tenía en el centro un gran patio con un pilón y las habitaciones se distribuían en varias alturas. Abajo estaban las caballerizas y las cocheras, algunas habitaciones para la servidumbre y las cocinas. En la planta principal el gran salón, un hermoso salón de baile con un piano italiano de cola y los dormitorios principales revestidos con un elegante papel *toile de Marseille* con motivos florales en amarillo azafrán. Una puerta de doble hoja comunicaba ambos cuartos. El suelo estaba totalmente cubierto de esterillas y ricas alfombras, con mobiliario muy afrancesado: butacas estilo Luis XV, porcelanas chinas, un largo sofá de patas retorcidas tapizado en seda carmesí... La habitación de la muchacha era soleada y desde ella se veía una gran avenida llena de árboles y flores. Lola se sintió terriblemente cansada. La cama blanca le gritaba que se acostara un rato y así hizo. Sobre la una de la tarde una doncella abrió las contraventanas para permitir que entrara la luz.

—La marquesa me envía a decirle que se servirá el almuerzo en media hora.

—Gracias —contestó Lola.

Se vistió ligera, echándose por encima un fino chal y tras adecentarse se acercó por la salita de caoba donde M^a Teresa Vélez la esperaba. Sentadas a los extremos de una larga mesa comieron sopa, una caldereta de cordero y unas verduras de la rica huerta local. Aún quedaban algunos fresones aunque pocos y los disfrutaron con leche. Lola saboreaba cada plato. Tenía hambre. El viaje le había entumecido los músculos, pero no había calmado los rugidos de hambre de su estómago.

—¿Qué haremos esta tarde? — preguntó la muchacha—. ¿Podremos salir a pasear?

—Si no llueve sí. De todas formas a las nueve estamos invitadas a la cena que dará el conde de Floridablanca en su casa. Allí están reunidos ahora varios diputados de los que van a constituir la Junta Central. Será interesante

ver quiénes han venido y quiénes no. En los próximos días, cariño, este país se va a jugar su futuro.

—¿Van a venir solo políticos y diplomáticos? —preguntó y su tono sonó decepcionado.

—No, vendrá mucha más gente.

Estarán los diputados de provincias que puedan llegar porque a algunos no se les ha avisado con tiempo y otros como los de León están presos. Las deliberaciones del grupo se harán en casa de Floridablanca, una mansión que ha alquilado cerca de la posada de las Tres Coronas, pero la firma del acuerdo se hará en un acto solemne en el Palacio Real... No he vuelto allí desde la fatídica noche del motín —dijo la marquesa.

—¿Vendrán Ordóñez o De la Vega? —se atrevió a preguntar Lola al ver que la marquesa no contestaba concretamente a su pregunta.

—Es posible —dijo mirándola suspicaz—. ¡Veo que te interesa mucho ese joven! Últimamente te he visto hablar mucho con él —dijo refiriéndose al último—. Lástima que no tenga más pedigrí, aunque reconozco que no tienes mal gusto. Buenas piernas, buen trasero, anchas espaldas, rostro agraciado y lo que es más difícil: una mente despierta. Aun así ya has visto que no hay muchas jóvenes casaderas que se le acerquen. Si lo hiciesen tampoco se lo permitirían sus padres. Una no va a una cena de gala para conquistar al hijo de un comerciante en vidrios. No cuando el recinto está repleto de nobles —contestó M^a Teresa dándole un trago a su fina copa de vino.

—Lo sé, pero yo no tengo padres que me lo impidan... y ese joven me gusta. —Veo que no te andas con rodeos.

—¿Para qué? La vida es tan corta...

La marquesa estalló en risas.

—Es una gran verdad. Si todo el mundo pensara como tú habría mucha menos hipocresía. Lástima que se siga anteponiendo el qué dirán a la verdadera felicidad. Yo hubiera preferido que te enamoraras de Ordóñez, un chico más de tu clase, con un título y una buena fortuna familiar. Sé que te pretende y seguro que no tarda mucho en pedir tu mano, pero si quien te interesa es el otro, no me opondré.

Lola se quedó perpleja mirándola. ¿Es qué podría oponerse cuando ella no era nada realmente suyo? Ni su madre, ni su tutora, ni su hermana... seguían el

hilo de este pensamiento cuando la marquesa la miró.

—Sí, ya sé lo que piensas: que no soy nadie para impedírtelo, pero te diré una cosa jovencita. Aunque no lo creas, ahora mismo para mis eres como una hija y sé que mi cariño no cambiará aunque te desligues del Círculo o dejes de trabajar para él. Espero que nuestra amistad no se trunque nunca.

Lola se emocionó al oír esas palabras. Ambas se levantaron de la mesa y estaban preparándose para salir cuando una fuerte tormenta arruinó el paseo... sin embargo, no estropeó la distracción. El ama de llaves se reunió con su señora y esta en un gesto inusual en las de su clase la invitó a sentarse a su mesa y a tomar una merienda con leche y repostería mientras le contaba lo acaecido allí en los últimos meses.

—¿Habéis sufrido mucho con los franceses? Me ha dicho el cochero que pasasteis hambre este verano. ¿Hay algún desperfecto en la casa o en la finca? ¿Cómo están de salud todos nuestros sirvientes?

La marquesa empezó una batería de preguntas y el ama de llaves, Agustina, sollozando y limpiándose la nariz con un viejo lienzo, empezó a narrarle los acontecimientos.

—¡Señora, ha sido terrible! —dijo con la voz entrecortada por las lágrimas —. Felizmente, las provisiones que usted hizo llegar a escondidas sirvieron *pa* que ninguno de los nuestros pasara hambre, aunque no ha sido lo normal por acá. Muchos vecinos y criados —con sus señores *desaparecí*os— no tenían ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca. También alimentamos a los del barón de la Roda y a la gente de la vaquería real.

—Me alegro de que al menos tuvierais algo que comer.

—Poco después de que usted se fuera tras el motín siguieron días muy duros con agitadores en la calle buscando camorra. Don Fernando se marchó pronto, pero no los alborotadores. El Gobernador se puso duro y mandó detener a muchos cafres. A finales de marzo entraron las tropas de Murat, al mismo tiempo que en Madrid, y varios destacamentos se acuartelaron aquí. Como nos obligaron a mantenerles, la gente se tuvo que quedar sin comer *pa* darles a ellos los pocos reales que quedaban en las arcas del Sitio que usaron *pa* comprar tocino, harinas, legumbres secas, berzas... No se pudo pagar a los sirvientes de palacio su salario... y ya se *pue* imaginar.

—Sigue —le indicó la marquesa después de que parara unos minutos.

—Con los *mesius* aquí las cosas empeoraron. El Antonio vio morir a uno de

sus hijos por falta de comida y, colérico, mató a uno de los guardas *apostaos* en Legamarejo. Entre varios tuvieron que enterrar el cuerpo a escondidas *pa* que los franchutes no se enteraran de su desaparición y tomaran represalias. Como ese caso más —decía mientras gesticulaba con las manos.

—¡La Virgen sea loada! —exclamó M^a Teresa.

Empezaron a funcionar partidas que robaban en el almacén de grano. ¡Había tanta hambre! Y claro los *mesius* se lo olieron. Se editó un bando pidiendo tranquilidad, pero ni por esas... La gente no tenía un *bocao* que llevarse a la boca, los hombres no cobraban sus peonas y los abastecedores de Madrid dejaron de suministrar comida. El domingo, el día antes del levantamiento en Madrid, hubo un terrible tiroteo en el Secano y a unas mujeres fueron heridas; hubo un montón de detenido... Esto ha sido un infierno.

—Ya veo, ya, pero tu hija y tú habéis estado bien, ¿no?

—¡A Dios gracias! Que buenas candelillas le hemos encendió a la Virgencita —dijo señalando hacia la esquina donde en todas las casas había pequeños altares— Ni atreverme a salir a la calle, ama... que cada vez que alguien tenía que ir a hacer un *recao* me echaba a temblar. Y encima, *pa* terminar de rematarnos —dijo ya acalorada echándose el segundo café—, los franceses montaron aquí un hospital de campaña con *maluras* raras de esas de por ahí... y el Genaro y otros de su ralea lo quisieron quemar diciendo que nos iban a *infestar* de no sé qué cosas. A dos los pillaron y los remataron. El Genaro huyó... y por ahí anda todavía, que a su casa no ha *vuerto*.

—Me ha parecido ver dos baterías en la plaza.

—No les dio tiempo llevárselas.

Fortificaron la ciudad que daba miedito. Colocaron los cañones con las bocas mirando *pa* la gente y el domingo cuando íbamos *pa* la iglesia... allí las teníamos, encimita. Menos mal que esos desgraciaos se han ido ya... Eso que es hemos *ganao* que si no, no sé que...

—No hemos ganado aún, Agustina — le dijo la marquesa.

—Señora... Castaños y los de Andalucía pasaron victoriosos por aquí, que yo mismita los vi con estos ojitos. ¡Eso *pa* que sepa el cabrón ese de Napoleón lo que es *güeno*!

—Temo decirte que aunque sea verdad que José I se haya ido y que alguna batalla hayamos ganado, Napoleón va entrar en breve con su ejército en el país.

—¡Qué me dice! —dijo la otra santiguándose—. ¿Es qué no han *tenío* bastante?

—Se ve que no. A si es que habrá que estar preparados para lo peor. ¡Ojalá me equivoque, pero creo que la guerra no ha hecho más que empezar! Se avecinan malos tiempos Agustina, tendremos que estar preparados.

Y Agustina rompió de nuevo a llorar con el pañuelito hecho una bola en la mano. Al rato, con los ojos encarnados y vidriosos, se levantó y volvió a las cocinas. La marquesa se quedó pensativa.

—¿Crees que he hecho mal en decirle la verdad? ¿Me estaré equivocando?

—No, es mejor que estén preparados para lo que está por venir. Incluso si tienen sótanos o escondites, habría que preparar almacenes por si vuelve el hambre —contestó Lola y la marquesa afirmó con la cabeza.

—Bien —dijo al rato levantándose—. Arreglémonos y vayamos a casa de Floridablanca. Es un viejo demasiado anticuado para mi gusto y antaño le critiqué bastante por su forma de gobernar, pero —añadió— es de los pocos que han dado un paso al frente. ¿Sabes que hace años requisó de mi biblioteca varios libros porque decían que atentaban contra la moral pública? Menos mal que en ese tiempo tenía mis encantos —dijo entre risas y guiñando un ojo a Lola.

Llegaron anochecidos a casa del conde. Numerosos lacayos servían ya bebidas a los asistentes y dos violines ponían la nota musical. Los concurrentes fueron apareciendo poco a poco y a eso de las diez se sentaron todos a la mesa. La gente parecía muy alterada y solo se hablaba de política. Había mucho de que discutir porque no sería fácil formar un gobierno de emergencia con Napoleón en la misma frontera y menos tener que tomar decisiones críticas en situación tan precaria: unos vaticinaban una cruenta batalla en el norte a no tardar mucho, otros que Cádiz debería ser la sede del nuevo parlamento... A Lola no le preocupaban esa noche los asuntos públicos; estaba realmente animada después de confirmar que De la Vega había llegado esa misma tarde. Eso le había alegrado realmente la velada. ¿Habría influido el que ella estuviera allí para que él fuera? Quiso pensar que sí.

Vio también llegar a Álvaro de Urquijo sin su amigo Ordóñez, pero ni le miró. Él había hecho varios intentos de saludarla cortésmente, pero a Lola no le había apetecido. Se había hecho la

esquiva y había evitado toda la noche encontrársele. Con De la Vega, al contrario, sí se había volcado en atenciones. Tenía que reconocer que estaba más atractivo que nunca. Con su elegante atuendo de lana prensada, sus ojos chispeantes y su cínico sentido del humor. Lola quería dejarse seducir por él... y no le resultaba difícil conseguirlo;

sobre todo sabiendo que desde la esquina contraria alguien la observaba con detenimiento. ¡Qué se fuera al demonio el De Urquijo! Y los demás maledicentes... que haberlos, los había.

Felizmente, había pocas mujeres que pudieran chismorrear sobre su relación, porque no habían sido invitadas. Sí lo habían sido sus maridos o prometidos. Lola se alegró de ser una de las pocas féminas en poder estar allí, al igual que la marquesa. Esta le había insistido en que si no se hacían oír y participaban, nunca se las tendría en cuenta. Y en eso... ella estaba de acuerdo. Si había guerra, las mujeres lucharían como el que más, sufrirían como el que más y morirían como el que más. Era injusto que a la hora de tomar decisiones la inmensa mayoría fueran hombres y nunca se las pidiera su parecer. Pensaba en eso Lola cuando vio a la marquesa hacer de anfitriona en un extremo de la mesa —en el otro estaba Floridablanca— y brindar con su copa por el futuro del país.

—¡Por España! —dijo

—¡Por España! —repitieron los demás.

Su acompañante se había dado la espalda unos instantes mientras se reía de una ocurrencia de uno de los diputados gallegos llegados a la reunión y ese fue el instante que Álvaro aprovechó para acercarse a Sol Monforte.

—Resulta difícil poder saludarla esta noche. ¡Veo que está tan bien acompañada que no ha tenido ojos para mirar a nadie más! —dijo con una mirada cómplice que solo pretendía hacerle simpático, pero que ella respondió con una sonrisa forzada.

—Realmente no me puedo quejar — dijo—. ¿Qué mujer se distraería teniendo semejante compañía a su lado? —Eso es cierto. El señor De la Vega es un hombre afortunado.

—¿Ha venido usted solo? ¿No le acompañan su prometida ni su amigo? —preguntó haciendo especial hincapié en la palabra “prometida”.

Álvaro no se molestó por el tono insolente. Divertido, se limitó a negar.

—A mi prometida no le gusta de estos actos, se aburriría terriblemente... y

mi amigo vendrá mañana. Estará encantado de poder saludarla.

—Lo mismo digo. Espero volver a verles a ustedes pronto. Lamento tener que dejarle ahora —añadió al rato—, pero mi acompañante me reclama. Adiós

—dijo en tono frívolo y malintencionado.

—Desde luego... hasta la vista — contestó él mientras la veía marcharse en un revuelo de sedas.

Álvaro de Urquijo se preguntó a qué estaría jugando Sol Monforte. Primero había coqueteado con Ordóñez —así al menos lo creía él—, luego le había montado a él la escenita del carruaje en el Rastro y ahora se mostraba en público con ese don nadie. Su excesivo interés en el joven De la Vega era llamativo. Era un vulgar burgués y ella, una heredera. ¿Y M^a Teresa no hacía nada para frenar esa relación tan dispar de la que ya había algunos cuchicheando?, se preguntó irritado. Podía ser que a ella le pareciese bien, pero era su sobrina y deberían ser *sus padres* los que diesen el visto bueno a una relación que, a priori, no parecía la idónea... Si M^a Teresa no se había dado cuenta de ello, se lo comentaría en cuanto pudiera.

Con un humor de perros se acercó al grupo de diplomáticos ingleses venidos ex profeso de Londres para asistir también a la reunión. El duque se incorporó rápidamente explicándoles en su perfecto inglés lo decidido ya ese primer día y los temas a tratar en jornadas siguientes. Así al menos, se evadió del disgusto.

Aprovechando que nadie parecía prestarle atención, Lola se le quedó un buen rato mirando, embobada. La indumentaria que en otro hubiera parecido extravagante, en él lucía magnífica. No podía negar que era un maldito esnob, pero un esnob con mucha clase y mucho dinero. ¡Y eran tan difícil dejar de mirarle!

Tal vez no fuera tan malo tenerle solo como amigo. ¡Lástima que se hubiera prometido a sí misma no volver a dirigirle la palabra!, pero es que era tan atractivo que no había sido capaz de mantener su promesa ni un día. Sol Monforte se echó a reír de su propia estupidez.

Capítulo 9

Burgos 10 de noviembre de 1808

—¡Socorroooooo! —los gritos de auxilio entre la población de Burgos podían oírse a muchas leguas a la redonda. Napoleón había entrado a saco con sus tropas, permitiendo el pillaje, los incendios y los ajusticiamientos y la gente corría aterrorizada sin saber dónde cobijarse. Buena parte de la ciudad ardía ya como la yesca y la otra, estaba siendo expoliada sin piedad.

El conde de Belveder, al mando de las tropas españolas, acababa de sufrir un duro varapalo. Fiado en algunas leves e insignificantes escaramuzas previas, había creído ingenuamente poder dominar la situación pero esta le había vencido a él. Había permitido descansar a la 2ª División, considerando suficiente la 1ª para rechazar a los franceses. Necia decisión, sobre todo cuando desconocía la superioridad del adversario. De madrugada, el general Lasalle le había salido al encuentro con su caballería y con una astuta maniobra, había obligado a los españoles a entrar en Burgos, preparándoles allí una celada. Ahora, vencedores y vencidos corrían por la ciudad como locos; unos huyendo, intentando guarecerse en cualquier sitio; los galos acuchillando a los que trataban de escapar. Los gritos de histeria y de terror se oían por todas partes, al igual que el resonar de los cascos de la caballería francesa o el crepitar de las llamas que hacían venirse abajo edificios enteros. Los alaridos de pánico ponían los pelos de punta.

—¡Piedadddd! —se escuchó a unas mujeres que, minutos después, en el caos, caían debajo de los cascos de unos caballos que el ejército francés hacía correr, con españoles atados a su grupa, por el centro de las calles, a modo de castigo ejemplar.

El escarmiento por oponerse a las órdenes de Napoleón resulta brutal. Pillajes, violaciones, asesinatos... acciones indignas del que pretendía ser un gran emperador pero lamentablemente habituales en la guerra. En Burgos no había a esas horas edificio público o iglesia y monasterio que no estuviera siendo saqueado a la búsqueda de cualquier cosa de valor. Los oficiales franceses parecían dejar a los suyos que se esfogasen, que se cobrasen así el dinero que no les llegaba de la pobre paga que recibían regularmente. En las puertas amuralladas, carros y carretas cargaban cerca de dos mil sacas de lana fina que habían sido encontradas en unos almacenes cercanos. Otros, portaban

hatos y carruajes con cálices, cuadros o trajes...

A las puertas del monasterio de San Pedro de Cardaña, un destacamento francés acababa de profanar las tumbas y varios soldados, borrachos de vino y ebrios de sangre, jugaban a dar patadas a las calaveras dejando tras de sí un rosario de fémures, costillas, rótulas y clavículas rotas. Entre estas las del Cid y su esposa doña Jimena, allí enterrados desde el siglo XII.

La invasión era ya un hecho y no había podido empezar peor para los españoles.

Real Sitio de Aranjuez.

*Te Deum laudamus: te Dominum confitemur.
Te aeternum Patrem, omnis terra veneratur.
Tibi omnes angeli,
tibi caeli et universae potestates: tibi cherubim et seraphim,
incessabili voce proclamant.*

Sonaba un solemne tedeum en la capilla real que interpretaba la comunidad de Religiosos Descalzos del Convento de San Pascual. Pocos minutos antes, los elegidos para representar al país en esa Junta Central —o gobierno insurgente como lo definían sus enemigos— habían jurado su cargo en nombre de su país y de su rey, aunque este siguiese aún retenido en Francia. Álvaro de Urquijo había escuchado emocionado las notas musicales del órgano presbiteral sabiendo lo que significaban ese día. Detrás de Gaspar de Jovellanos había cruzado el patio de armas del Palacio Real donde un batallón formado por las tropas ligeras de Valencia rendía homenaje al nuevo gobierno de la nación. Sin duda, aquel era un día histórico.

*Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni,
quos pretioso sanguine redemisti. Aeterna fac
cum sanctis tuis in gloria numerari
Salvum fac populum tuum, Domine...*

*Te rogamos, pues, que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.
Haz que en la gloria eterna nos asociemos a tus santos.
Salva a tu pueblo, Señor...*

Desde la capilla se trasladaron todos los asistentes a una de las salas nobles del palacio que estaba tal y como lo habían dejado sus últimos moradores. Habían temido que tras los primeros meses de ocupación francesa el recinto hubiese sido saqueado, pero no había sido así. No debía haberles dado tiempo a los gabachos a arramplar con las existencias. Ver el majestuoso palacio igual que hacía unos meses, había hecho saltar lágrimas de emoción a más de uno. ¡Cuánto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo!

—¡¡Bravo!! ¡¡Bravo!!

En la calle se había ido concentrado una gran multitud que los vitoreaba y aplaudía; gritaban vivas a favor de su rey y su país y lanzaban insultos contra los invasores. Álvaro vio entre la muchedumbre a la marquesa y a su sobrina. Estaban en un lugar principal de la tribuna popular y saludaban a los nuevos parlamentarios. En el interior se siguió la ceremonia como estaba previsto eligiéndose como Presidente del nuevo gobierno al conde de Floridablanca —durante muchos años Primer Ministro del reino—. Su experiencia era vital en una situación tan grave. Entre vítores, el Presidente electo salió al balcón y ofreció un breve y emotivo discurso al pueblo que le aplaudía.

—Estimados ciudadanos —empezó diciendo.

Álvaro no era uno de los treinta y cinco miembros de esa nueva Junta gubernamental. Estaba allí en calidad de hombre de confianza de uno de los máximos responsables de esta, Melchor Gaspar de Jovellanos, el gran intelectual español que había liderado la proclama rebelde, y unificado las juntas regionales. Tras la invasión francesa en las distintas provincias españolas se habían formado gobiernos elegidos por sufragio universal para llenar el vacío de poder existente, sustituyendo a las autoridades oficiales que lamentablemente habían decidido cooperar con Napoleón o huir: grandes de España, muchos intelectuales, parte de la iglesia y del ejército e incluso la propia Corona, habían terminado poniéndose del lado del invasor, a pesar de estar sufriendo humillaciones sin

parangón.

Solo una mínima parte de esa clase dirigente había mostrado su desacuerdo con esa sumisión y dispuesta a tomar las armas. Estos pocos, liderados por Jovellanos o Floridablanca, eran los que en pocos meses habían multiplicado los recursos económicos y militares, resultando realmente eficaces en su trabajo.

Conseguir formar esos gobiernos locales improvisados en tan poco tiempo ya había sido un auténtico hito, pero a nadie se le escapaba que era demasiada gente tomando decisiones; la situación anárquica les restaba fuerza y apoyos. Había que constituir un parlamento nacional para aglutinar a todos esos representantes surgidos sin ninguna legitimidad al calor de la invasión. A Aranjuez había acudido la mayoría y la constitución ese día de ese gobierno nacional —aceptado por todos — suponía el culmen de un gran esfuerzo y de un trabajo bien hecho.

El alma de esa Junta era Jovellanos, un hombre de gran experiencia, muy preparado, al que incluso el rey francés le había ofrecido un cargo de ministro que él había rechazado educadamente. Sus ideas políticas eran más afines a los liberales ingleses que a los jacobinos franceses; y a éstos más que a los absolutistas conservadores españoles, pero aun así sabía que no había más remedio que unir a todos los patriotas que se habían ido sublevando si querían luchar contra la ocupación extranjera.

Sus diferencias políticas, pensó, ya se resolverían después.

Jovellanos estornudó. Estaba algo enfermo. En los últimos años de gobierno de Carlos IV había sufrido exilio y cárcel y su salud no se había recuperado de ese golpe. Habían sido años muy difíciles, con las monarquías europeas intentando frenar a todos los liberales detrás de los cuales creían ver la guillotina que había terminado con la vida de Luis XVI. Jovellanos no podría con el enorme peso que habían depositado todos en él por eso había pedido a Álvaro que trabajase codo a codo con él para coordinar el funcionamiento del nuevo gabinete. El sería sus ojos y sus oídos...

—¡Por Aragón!: Francisco Palafox y

Lorenzo Calvo, por Asturias Gaspar

Melchor de Jovellanos y el marqués de Campo Sagrado, por Sevilla, el arzobispo Juan de Vera y —un portavoz fue nombrando públicamente a todos los miembros de esa Junta Central entre aplausos.

Durante la noche se celebró una gran cena de gala en el Palacio para brindar por el éxito de la empresa y a ella fueron invitados numerosos asistentes. La marquesa era la acompañante de Jovellanos y ese día, la primera dama del país.

Amigos desde jóvenes, M^a Teresa había sido una de las pocas personas que le habían ayudado en sus años difíciles de cárceles y exilios y el hombre confiaba ciegamente en ella; era su amiga, su amante, su consejera, incluso su conciencia. Gustaba de pasear y conversar con ella, la consideraba una mente despierta y sin prejuicios que además llevaba mucho tiempo prestando buenos servicios al Círculo. Aquella noche ambos ocuparon un lugar principal en el salón. Su sobrina, sentada en otra mesa, compartía mesa y mantel con el joven De la Vega y unos diputados murcianos.

Álvaro no podía quitarle los ojos de encima. Se excusaba a sí mismo diciéndose que en realidad era para dilucidar el misterio que la perseguía... porque estaba convencido de que Sol Monforte ocultaba un secreto. Sabía que la conocía de algo, que entre ellos existía algún vínculo, pero no daba con él. Entre cigarro y cigarro y conversaciones repetitivas, Álvaro lamentó no haber podido sentarse a su vera y conversar con ella un rato, como estaba haciendo ese advenedizo de De la Vega. ¿Quién diantres había invitado a ese allí? ¿Qué contactos tenía? ¿Se podía confiar en él? Todo el mundo le había visto con jacobinos huidos y ministros de José I no hacía mucho... Si por él hubiera sido, le hubiera vetado la entrada, pero allí le tenía. En primera fila.

La risa de Sol Monforte le llegó nítida.

Álvaro torció el gesto y lamentó la sombra de tristeza en el rictus amargo de Juan Ordóñez que se lamía el amor propio herido por los celos a su derecha.

—¿No te parece excesivo el interés de la Monforte en ese hombre? —le preguntó.

—Ya te he dicho que no quiero hablar del tema. Está claro que a ella le interesa ese joven y sí es así, yo no voy a meterme por medio. Creo que se está poniendo algo en evidencia, pero eso es problema suyo y de la marquesa, que debería velar mejor por los intereses de su sobrina. Además —dijo Ordóñez encendiéndose un chicote— intuyó que bajo ese semblante inocente se esconde una mujer de armas tomar y sabes que las prefiero mas tranquilas. Por cierto, que en Madrid estos días he visitado a las hermanas Villar y te diré que cada día me gusta más la mediana, Lola.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con humor el duque—. ¿Tú también has caído en las redes de esa chica? Primero mi padre, luego su hermano Luis y ahora tú... y eso que hace unos meses decías que te parecía sosita. Si te soy sincero no es fea, pero tampoco me parece la tentación personificada y sigo sin saber qué veis todos en ella, pero tendré que ponerme a salvo no vaya a ser que el próximo en caer en sus redes sea yo — exclamó Álvaro de pronto liberado al saber que Sol Monforte había dejado de interesar a su amigo. Eso peso que se quitaba de su conciencia. En todo ese tiempo no había encontrado la forma de contarle que se había dado un pequeño revolcón con ella. Temía que con su anticuado sentido del humor, Juan se lo tomara a la tremenda.

—Sí —rio Juan—, es cierto. ¡Quién nos lo iba a decir!, pero el corazón tiene razones que la razón no entiende. Y esa joven modosita me gusta. Me parece inteligente, prudente, sensata, con buen corazón, alegre y leal... No se parece mucho a la descripción hecha por tu padre o por su hermano, pero a mí me gusta así.

—¡Ya! Ahora entiendo tus prisas por marcharte a Madrid.

—Mañana mismo regreso a la capital. No solo quiero volver a visitarla, también tengo que hacer algunas cosas. La vida sigue para todos y los negocios son los negocios.

—Comprendo.

Álvaro se quedó un rato en silencio mientras Juan hablaba con los delegados asturianos a los que había visitado en agosto. Estaban al lado de la señorita Monforte y la muchacha inclinó la cabeza a modo de saludo en dirección a los caballeros. La decisión de Juan de renunciar a Sol le había hecho incomprensiblemente feliz, pero que su relación con el De La Vega siguiera viento en popa le había molestado irracionalmente.

Verles perderse solos en la noche, más. En ese momento ambos dejaban la sala para salir al parterre que esa noche estaba bellamente iluminado y parecía muy romántico. Entre calles arboladas y fuentes de mármol, surtidores de alabastro y pétalos de flores de los lanzados como confeti esa mañana, los dos salieron al exterior — imprudentemente— a la negrura de la noche. Al duque le embargó una fría sensación de rabia contenida.

Sol Monforte estaba disfrutando de esos días en Aranjuez aunque las circunstancias no fueran precisamente las idóneas: la guerra se acercaba, había pocas distracciones en el Sitio y su reciente conquista había tenido que partir para la capital. El tiempo era frío, había densas nieblas y la gente parecía muy alterada. Sin embargo, ella estaba disfrutando del lugar y de la gente interesante a la que estaba conociendo.

Hacía días que se había constituido la Junta Central y su deseo inicial de haber partido cuanto antes hacia Madrid — donde estaban sus hermanas a las que había prometido reunirse pronto con ellas— lo había tenido que retrasar. También había partido hacía unos días el joven De la Vega, que se había excusado aludiendo motivos personales y se habían quedado solo unos pocos, algunos delegados provinciales, tres o cuatro diplomáticos, los miembros de la Junta Militar de Defensa que acababan de ser nombrados y Floridablanca con Jovellanos, enterrados entre torres de despachos certificados, mapas y órdenes.

Ambos habían decidido no volver a la capital y desde aquí —más tranquilos, decían— dictar bandos, leyes y disposiciones, mientras la marquesa organizaba la marcha al sur —en principio hacia Sevilla— camino que tomarían una vez Napoleón se aproximara a Madrid, algo que no iba a tardar mucho en suceder. Las noticias que llegaban eran nefastas. Empezaba reinar un cierto desánimo que chocaba con la euforia vivida no hacía mucho. Jovellanos cenaba cada noche en casa de la marquesa, donde llegaba exhausto después de todo un día de trabajo intenso. Allí, al calor crepitante de la chimenea, de su excelente brandy y sus buenas viandas, gustaba mantener con ella largas charlas.

Álvaro había asistido en alguna ocasión a aquellas cenas informales aunque no frecuentemente. Siempre había tres o cuatro invitados en casa de M^a Teresa y en esos días el único tema de conversación era la guerra. ¡Guerra, guerra, guerra! Lola sufría pensando qué pasaría si los franceses volvían a entrar en Madrid, qué haría ella si eso pasaba.

Lo mejor de disponer de información confidencial era que uno tenía más tiempo para preparar sus planes y decidir qué hacer. Lo peor era que llevaba días angustiada sin saber qué decisión tomar.

—No sé si Ricardo de la Sierra es la persona adecuada para ajustar la economía en tiempos de guerra. Sabes como yo que es un verdadero

manirroto. ¡Si hasta su mujer se quejaba de sus pérdidas en el juego! —le decía M^a Teresa a Jovellanos mientras este asentía riéndose con la cabeza.

—Ya sé que tiene un pasado algo oscuro, pero te aseguro que es único para buscar dinero donde ningún otro lo encontraría.

Su pelo canoso iba recogido en una elegante coleta y vestía con el aplomo de un jovencito. Era evidente que debía haber sido un hombre muy atractivo en su juventud, aunque ahora las huellas de la enfermedad se le notasen en su cara, algo demacrada y pálida. Los disgustos de la guerra tampoco eran el mejor reconstituyente.

—Me ha dicho Santiaga, la cocinera, que ya están llevándose todos los caballos de la yeguada real y las vacas para el Cortijo —comentó Lola, interviniendo en la conversación—. ¿Hacia dónde los va a llevar, Excelencia?

—Hacia La Carolina y de ahí, seguramente, en dirección a Sevilla. Según se acerquen los franceses habrá que ir bajando más al sur. He dado órdenes de recoger todas las cosechas, sacar todos los animales, e intentar paralizar la producción de la zona ocupada. ¡Ya sé que la gente que quede en esa zona lo va a pasar muy mal, pero no podemos dejarles a los franceses todos esos recursos! Ingenieros forestales están localizando los mejores árboles y bosques del país: necesitaremos leña; se está extrayendo al máximo de las minas de oro, plata y cobre. Cualquier cosa que se pueda vender y qué decir de la fabricación de armamento.

—Ya sabes, como hablamos ayer, que eso es prioritario, querido. Sin armas no se puede sostener una guerra —sentenció la marquesa—. Aun así te recuerdo que es necesario que la *guerra*, como tal, se declare oficialmente. Hasta ahora han sido los alcaldes de los pueblos quienes se han declarado en guerra, pero el Gobierno nacional debería *oficialmente* hacerlo también. Lo otro no es serio.

—¡Sí, sí, así se hará! Está previsto que Floridablanca firme un decreto en breve. Aun así, ni a españoles ni a franceses se les escapa cuál es la situación. Todos somos conscientes de que la guerra es ya, desgraciadamente, una realidad.

—¿Dónde está hoy Álvaro? Hace varios días que no le vemos —preguntó M^a Teresa.

—Sí, es raro que no haya venido. Le había pedido que se acercara por tu

casa esta noche porque queríamos cerrar algunos temas, pero no hemos tenido tiempo hoy en todo el día para vernos.

En ese momento llamaron a la puerta principal. No era la primera vez que alguno de los hombres de la Junta venía a casa de la señora a buscar a Jovellanos, si era menester. Allí le llevaban leyes y ordenanzas para que estampara su firma o le hacían llegar informaciones de última hora. Los despachos que llegaban de los agentes diseminados por todo el territorio nacional tenían como destino ese salón.

—¿Quién será a estas horas? — masculló la marquesa entre dientes mientras preparaba otra copa de brandy a Jovellanos, que se veía ceniciento y con ojeras.

Hizo entrada un soldado polvoriento. Venía con un documento en la mano. Jovellanos abrió el despacho que procedía desde lejos y no presagiaba nada bueno. La cara ya pálida del hombre se volvió casi blanca del todo. Se sentó despacio en el gran sillón con orejas color burdeos frente a la chimenea y se desabrochó el cuello de la camisa. La marquesa asustada recogió el despacho que había caído al suelo y lo leyó en voz alta también para Lola:

—«Nuestras tropas han sufrido dos graves derrotas en Burgos el pasado 10 de noviembre, una en Espinosa de los Monteros, cerca de Asturias, y la otra en Gamonal. Napoleón ha entrado con un potente ejército y está barriéndonos del mapa. El ejército de Extremadura como tal ha desaparecido. Ha sido totalmente diezmado. El Conde de Belveder, al frente de unos veinte mil soldados, ha cometido una gran imprudencia. Los franceses han pasado a cuchillo a todos los soldados españoles que ha encontrado. Burgos ha sido saqueada y la mayoría de nuestros soldados muertos o fugados. Al mismo tiempo, cerca de la frontera asturiana, tropas españolas al mando del general Blake, han sido igualmente derrotadas por los generales franceses Victor y Lefevre. Nuestros efectivos compuestos de dieciséis mil hombres han sido aniquilados. Los generales San Román, Riquelme y Acevedo están heridos; Quirós, muerto. Imposible recomponer los batallones. Noreste de España desprotegido y en manos de Napoleón».

Durante unos instantes solo se oyó el crepitar de las llamas.

Las palabras de la marquesa todavía resonaban en la estancia. La doncella que había subido con un frasco de sales para reponer a Jovellanos lloraba

ruidosamente mientras que M^a Teresa sentía un terrible nudo en la garganta.

Minutos después volvía a sonar la campanilla de la puerta principal, sacando a todos los presentes de la estupefacción.

Parecía que todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para molestar a esas horas de la noche y no para llevar buenas nuevas. Abajo había varios hombres según pudo contemplar Lola desde la ventana. El intenso frío reinante en la calle empañaba los cristales y desde arriba se veía el vaho que ascendía en girones cuando estos hablaban. Rápidamente, el mayordomo abrió la puerta y los caballeros subieron por la escalera principal. Entre los recién llegados estaban el propio Floridablanca, Presidente de la Junta, Álvaro y tres miembros del gobierno. Estaban tan lívidos como Jovellanos. La marquesa sirvió a todos una copa mientras preparaba un tentempié. Se avecinaba una noche en vela muy larga. La hora de la verdad había llegado.

—Señor, el ejército de Napoleón avanza imparable hacia Madrid. En Burgos hemos perdido miles de hombres. Los soldados que no han muerto en el campo de batalla lo han hecho después pasados a cuchillo por los franceses y los demás, se han echado literalmente al monte. El inicio ha sido nefasto —reconoció el Ministro de la Guerra.

—Lo sé —contestó Jovellanos agitando la misiva que acaba de recibir.

Su mirada de tristeza era tan intensa que Lola se sintió totalmente afligida al verle. Igual de perdido y frágil parecía Floridablanca. Álvaro también se veía abatido aunque mucho más entero. Había preferido quedarse en un segundo plano, casi fuera de la luz del gran candelabro central, tras una mesa. Allí hablaba con un hombre al que Lola nunca había visto. La marquesa les daba a todos ánimos sin parar.

—¡No todo está perdido! —decía insistentemente—. Aún no han llegado a Madrid y por tanto hay tiempo de organizarse. Los miembros de la Junta tienen que partir para Andalucía ya. Hay que llevarse todo lo que se pueda: información, material, archivos... organizar la resistencia en las zonas que queden ocupadas. ¡Por favor, señores, no es hora de lamentos! Sabíamos que esto iba a ocurrir.

—Hay que potenciar los grupos guerrilleros —intervino Floridablanca—. Todos esos soldados que se han quedado sin regimiento no deben volver a sus casas; es necesario que se queden en las zonas donde estén y sigan luchando. Además, hay que movilizarse para captar a todos los civiles que estén

dispuestos a combatir, sobre todo los que queden en zonas ocupadas y temen sufrir represalias. Esos seguramente estarán dispuestos a unirse a la causa. La red de agentes es más importante que nunca. La retirada tiene que estar organizada, no debe ser un caos. ¡No podemos hacer que cunda el pánico entre los ciudadanos!

Álvaro intervino afirmando que la red de agentes estaba funcionando muy bien, que cada vez eran más y que estaban en estrecho contacto con los británicos, que ya estaban en Portugal. Desde allí, había recibido hacía unas horas mensajes.

—Respecto a las zonas ya ocupadas —dijo— tenemos que entorpecer sus movimientos, cortarles las vías de comunicación, impedir el aprovisionamiento. No podemos dejarles los recursos naturales: grano, ganado, armas... Todo nos lo tenemos que llevar. Por cierto, hablando de este asunto hay varios centenares de armas, entre escopetas y pistolas, en palacio, pertenecientes a la colección real que deberíamos sacar antes de irnos. Tenemos que movilizar a los civiles y no dejar hombres jóvenes en zonas ocupadas. Los franceses no se andarán con contemplaciones y si no los movilizamos nosotros, lo harán ellos. Hay que dejar contactos en cada ciudad, gente que nos informe de cómo van las cosas desde dentro y facilitar la salida a los que se quieran unir a nosotros y luchar... Bellavista tiene un amplio listado, pero deberíamos aumentarle...

Lo interrumpieron unos golpes en la puerta. La casa era un continuo ir y venir de gente. Los sirvientes intentaban hacer más llevadera la velada a los invitados llevándoles caldos, licores y cigarrillos. El humo llenaba la sala y el rojo del fuego en la chimenea parecía insuflar algo de valor. Según se iba hablando, cada uno intentaba animar a los demás y al final parecía que los ánimos estaban algo más calmados que al principio. Aun así las caras eran mortalmente serias. Todos eran conscientes de la situación de extrema gravedad que se vivía. —Márchate a la cama. Aquí ya no haces nada. Descansa —le dijo la marquesa a Lola y esta se lo agradeció. Serían las dos de la madrugada y estaba agotada. Poco podía ayudar allí abajo y su nerviosismo iba en aumento al conocer con más detalle la situación. No podía dejar de pensar en su hermano Luis, en dónde estaría en ese mismo instante, en si estaría en peligro y en sus hermanas. ¿Sería Madrid un sitio seguro? ¿Y cómo iba a reunirse con ellas?

Lo mejor sería que se acercara a buscarlas antes de que Napoleón entrara, que regresaran a La Carolina juntas. Se le antojaba que ese podría ser el sitio más seguro de momento. Con esos pensamientos se acostó, aunque su mente estaba demasiado activa para dormirse. Seguía escuchando el ruido en la planta inferior, el continuo ir y venir, a la gente llamando a la campanilla de la puerta, a los sirvientes subiendo y bajando escaleras... y en medio del sopor del cansancio sintió una intensa sed. La cena había sido algo pesada y llamó a la doncella para pedirle un vaso de agua. Nadie contestó. Era evidente que abajo seguían sin parar de organizar cosas y no la oían.

Llamó nuevamente sin éxito.

Finalmente se levantó ella misma y con un chal por encima, bajó hasta las cocinas. Vio a Álvaro al fondo del pasillo saliendo del salón y huyó, no quería encontrarse con él. No tenía ánimos. Se metió en la biblioteca cuando, molesta, comprobó que tanto él como Jovellanos y otro de los recién llegados, se dirigían hacia allí. Lola corrió a esconderse tras una opaca cortina de cretona para no ser vista. Esperaría allí a que se fueran. En cuclillas, durante un buen rato, esperó que terminasen, pero no lo hacían. Encendieron otro candelabro y el más mayor, un hombre venido del norte con cara más de patibulario que de agente, se sentó junto a ellos. ¿A qué venía tanto misterio?, se preguntó harta Lola.

—¿Dices que los has visto? ¿Estás seguro? —preguntó inquieto Álvaro.

—Sí, señor, estoy seguro de que eran ellos —contestó el desconocido.

—¿Y qué diantre hacen allí? — preguntó Jovellanos con un humor de perros.

—No se lo pregunté, señor. Ellos a mí no me vieron, pero yo si los vi a ellos. Eran Luis Villar y Fulgencio Flores.

Lola casi se cae de espaldas. Muy nerviosa intentó agudizar al máximo el oído. Tenía frío y sentía que estaba a punto de estornudar. A duras penas se contuvo y casi sin respirar, siguió la charla de la sala. Estaban hablando de su hermano y le estaban dando la mejor de las noticias: estaba vivo.

—Iban con una partida de guerrilleros cerca de Zaragoza —decía el hombre—. Es una zona de sierra y me acerqué allí porque el jefe de las bandas que operan en la comarca los conocía, trabajan para él según dijo. A Fulgencio le vimos perfectamente, vestía como un labrador y llevaba la cabeza cubierta con un gorro típico de la zona y una casaca francesa, probablemente robaba a

algún galo. A Luis le vimos peor, parecía herido. Iba tendido en una especie de camilla y le transportaban en parihuelas al campamento que estaba un poco más al norte. Grave no debía estar porque iba tranquilamente hablando con otro hombre e incluso le oímos reírse. La partida al parecer se dedica a la producción casera de pólvora y balas. Como ya sabe, señor, nuestro ejército carece de armamento —Jovellanos movió la mano con un pañuelo instándole a no decir obviedades— y han empezado a producir muy rústicamente municiones en algunas zonas.

—Si sabemos el sitio exacto donde están, deberíamos acercarnos o hacerles llegar una nota para que nos contesten.

¡Que expliquen por qué han

desaparecido durante meses, por qué no han informado al Círculo de que están vivos! Hay que saber qué diantre están haciendo allí, qué temen, de qué se esconden. Son gente muy valiosa y pueden prestarle a la Junta un gran servicio en estos momentos —comentó Álvaro.

A Lola le martilleaba la cabeza y quería levantarse y preguntar ella misma por Luis. Estaba de acuerdo con Álvaro en que habría que enviar a alguien cuanto antes a buscarles. Era evidente que estaban allí escondiéndose, porque si no temieran nada... habrían vuelto a Madrid; se habrían puesto en contacto con el Círculo y con su familia. Al menos Luis. Tal vez temiese que le delatarán, que alguien pusiera su vida en peligro o estuviese más enfermo de lo que ese hombre había dado a entender.

—¿Sabes exactamente dónde están?

El nombre del pueblo, del valle — insistió Álvaro.

—Estaban en la Sierra de Tardienta, cerca de los Monegros, pero esperaban desplazarse algo más al sur, a unas leguas de Zaragoza, a un lugar aún sin determinar, que sabré en unos días, señor.

—Bien —dijo Jovellanos—. ¡Álvaro, hazte cargo del asunto! Tenemos que encontrarles cuanto antes.

Dicho esto, los tres salieron. Estaba claro que no habían querido hablar del tema delante de los demás. En el fondo seguían temiendo como al principio que hubiera algún topo infiltrado que pudiera volver a poner en peligro la vida de sus hombres.

Lola se sentía feliz de saber vivo a su hermano, pero intensamente preocupada. ¿Y si aquella información le ponía en peligro? ¿Y si quienquiera

que fuera el topo atentaba contra él ahora que le habían vuelto a localizar? Tendría que avisarle, pero ¿cómo? No descansaría hasta encontrarle.

La orden de Jovellanos para que Álvaro se hiciera cargo del caso la había tranquilizado. En parte porque sabía que el Álvaro era eficaz en su trabajo y en parte porque aunque la operación para buscar al infiltrado afectase a todos los agentes sin excepción, incluido él, en realidad era poco sospechoso de ser el topo. De otra manera Jovellanos no hubiera seguido confiando ciegamente en él. Ella también confiaba en él. Aunque le considerase un fatuo engreído y presuntuoso, le resultaba imposible creer que pudiera traicionar a sus amigos o a su país...

Deslizándose despacio, a oscuras — no había encendido la palmatoria para que no la detectasen— volvió a la habitación y a duras penas se durmió. Los esperaban unos días muy duros organizando la huida del gobierno hacia Andalucía. La marquesa se uniría a esa comitiva y no abandonaría a Jovellanos en tan difíciles momentos. Lo había dejado claro esa misma noche.

—¡Ve a tu casa y haz rápido el equipaje! Mañana mismo nos vamos — le había dicho en tono imperioso a su amigo.

Este respondió que el equipaje lo tenía preparado hacía semanas temiendo que ese momento llegara en cualquier instante, como tristemente había sucedido.

—No tiene sentido continuar aquí. Dejemos que Napoleón entre. Ya saldrá.

Lola sintió nervios. El pequeño mundo del que formaba parte en los últimos meses desaparecía de un plumazo. La invasión era un hecho y cada uno empezaba a tomar el camino que el destino le deparaba. Ella también lo tenía claro: no iría a ningún sitio sin sus hermanas. No acompañaría a Sevilla a la marquesa; no podía, pero antes de bajar hacia La Carolina tendría que regresar a Madrid y si no quería tener graves problemas, debería hacerlo cuanto antes. Respecto a Luis, no podría hacer nada hasta que no conociese su localización exacta. Todavía no sabía cómo, pero ya encontraría la forma.

Capítulo 10

Los días que siguieron al anuncio de las derrotas militares en Gamonal y Espinosa de los Monteros fueron de una actividad frenética. Había urgencia por solucionar muchos pequeños y grandes problemas de última hora, desde el pago de salario del personal de palacio hasta la organización de la partida hacia el sur de todos los hombres, animales y bienes materiales que pudieran trasladarse. Álvaro trabajaba muy activamente en ello junto a Jovellanos. Este, cada vez más delicado de salud por el recibimiento de tan malas noticias, vivía bajo el techo de la marquesa, convirtiendo así su mansión de la avenida Infantas esquina Rey en la sede provisional del gobierno de la nación.

Había un continuo ir y venir de ministros, militares, administradores, trabajadores, gente del campo... la casa era una locura, y tuvieron que habilitar la biblioteca como despacho para recibir a las principales visitas con un mínimo de intimidad. Jovellanos pasaba en la cama el tiempo que podía y el resto, sentado en el salón bajo los mimos de su anfitriona que se desvivía por procurarle todas las comodidades.

A pesar del desbarajuste Lola permanecía atenta por si aparecía el hombre desconocido que decía haber encontrado a su hermano en Aragón. Álvaro estaba con ese asunto y ella esperaba enterarse del lugar exacto donde tanto Luis con Fulgencio Flores, se habían escondido. También había tenido lugar esos días la primera disputa seria con la marquesa; M^a Teresa consideraba una locura que Lola regresase sola a Madrid.

—¡Es una gran imprudencia lo que pretendes! Napoleón entrará en Madrid en unos días, no podrás salir si regresas, la ciudad se convertirá en una ratonera. Habrá estrictos controles de seguridad en todos los accesos... y tu cercanía a mí te han convertido en una enemiga manifiesta del régimen para las autoridades francesas.

—Lo sé, pero créame marquesa que tengo que hacerlo —le insistió Lola

—Si regresas no podrás fiarte de nadie, cualquiera que sepa quién eres podría delatarte; vas a poner en peligro tu vida y la de los tuyos... ¿Es que no lo entiendes? Es mejor que mandes llamar a tu familia, que salga de Madrid

como pueda y dirigiros todos hacia Andalucía, a vuestro cortijo familiar. ¡No seas imprudente! Una ligereza en estos momentos le puede costar a uno la vida.

—No lo seré, confíe en mi —le había insistido Lola sin mucho éxito. La marquesa estaba con ella que echaba las muelas.

M^a Teresa llevaba días con la misma cantinela, cada vez en un tono más agrio. Estaba muy preocupada por ella, más de lo que en realidad daba a entender con sus enfados. Temía por su vida, sabía que con la situación política incierta que se viviría en la capital, cualquier afrancesado o traidor, cualquiera que necesitase un favor de los gabachos, deseara escalar socialmente, ganar dinero o cumplir una venganza podría delatarla. Sol Monforte se había paseado del brazo de la marquesa por todos los salones madrileños haciéndose pasar por familia suya; ahora era una cara popular y eso la colocaba en el disparadero.

—Sé que la situación es crítica, pero no puedo dejar a mis hermanas y a mi amiga allí. No sé si mis tíos y mi prima Ana querrán también abandonar la ciudad en estos momentos ¡pero Isabela, Josefina y Clara sí! Y ya que fui yo quien las arrastró a Madrid en julio, estoy ahora obligada a ser también quien las saque del embrollo en que las he metido —contestó insistentemente Lola, cada vez más nerviosa contagiada por el desasosiego de la marquesa.

—¡Ellas son ya mayorcitas! —gritó colérica esta, con un gesto despectivo —, y pueden apañárselas para salir de allí. Saben tan bien como cualquiera que Napoleón hará en unos días su entrada triunfal y que la ciudad puede convertirse en una trampa mortal. ¡Si no salen ya es porque no quieren!

—No, si no salen —contestó también airada Lola— es porque me están esperando. Les pedí que lo hicieran cuando me fui en septiembre y ninguna se irá de allí sin mí.

La marquesa se sentía impotente. Temía que su muchacha quedara atrapada en Madrid si regresaba en esos momentos. El recuerdo de las represalias habidas contra los insurgentes levantados en mayo le ponía la piel de gallina.

—No será fácil salir una vez la ciudad quede bajo control francés. Las carreteras y las comunicaciones con el resto del país quedarán prácticamente cortadas —le dijo al rato algo más serena—. Es más, se necesitarán salvoconductos para atravesar la zona libre sin problemas con las patrullas de vigilancia y las bandas de guerrilleros, especialmente por parte de aquellos

que procedan de las zonas ocupadas en los próximos días. Los caminos van a convertirse en lugares muy peligrosos para que unas jovencitas vayan por ahí en carruaje. ¡Si no os capturan los franceses, os capturarán los nuestros creyendo que sois colaboracionistas!

Lola se sentía angustiada por tanta presión, pero no podía cambiar de parecer. Había decidido volver a Madrid a por los suyos y eso haría. Si se iba al sur esperando reencontrarse con sus hermanas y estas no llegaban, se moriría. ¡No se lo perdonaría nunca! Prefería la incertidumbre de entrar en Madrid sin saber cómo volver a salir a ese otro terror. Lo que tuviera que pasar, que fuera junto a ellas. Se haría con salvoconductos para todas y así podrían moverse con cierta tranquilidad por la zona libre. La marquesa, después de días de discusiones, terminó cediendo.

—Espero que al menos aceptes mi ofrecimiento de un buen carruaje.

Puedes llevarte el tiro negro y a la yegua zaina.

—Gracias, señora —contestó emocionada Lola con lágrimas en los ojos y sus manos cruzadas, extendidas en dirección a la mujer—. ¡Señora, le prometo que muy pronto me volveré a reunir con usted! ¡Se lo juro por esto! —dijo enseñándole la medallita que llevaba colgada al cuello—. ¡De verdad!

—Está bien... Así lo espero —le contestó la otra con gran preocupación en la voz.

Durante todo el día Lola estuvo preparando sus arcones y despidiéndose del servicio de la casa que tan bien se había portado con ella esas semanas. Sentía no haber descubierto aún el lugar exacto donde se encontraba escondido Luis, pero ya no podía esperar más. A la mañana siguiente partirían Jovellanos y la marquesa junto a numerosos sirvientes y lacayos, además de una gran comitiva de administradores y hombres del gobierno. A esas horas todavía se seguía trabajando a un ritmo frenético. Álvaro se reunió con Jovellanos al mediodía para informarle de algunos asuntos.

—Señor, ya se han solucionado los problemas con el cura párroco y también he dado orden de mantener la vigilancia sobre la cabeza de los puentes. Se seguirán construyendo atalayas en las cimas de los cerros más cercanos, especialmente en la Cuesta de la Reina y todos los alcaldes de la zona han promulgado edictos preparando la defensa de sus pueblos. Se está pidiendo a la gente que ayude dentro de sus posibilidades, se han organizado servicios para preparar las comidas y el avituallamiento de los que se queden

y se ha avisado al médico del Hospital de San Carlos para que acompañe a la comitiva que mañana saldrá del Sitio dado el estado de enfermedad de varios miembros de la Junta, entre ellos usted mismo señor —dijo el joven.

—¡Gracias, no sé qué haría sin ti! ¿Sabe si están saliendo muchos vecinos de Madrid y alrededores?

—Las noticias que tenemos hablan de un desplazamiento de miles de personas hacia el sur; un éxodo enorme en dirección a Andalucía y Extremadura... aunque creo que muchos no llegarán muy lejos a tenor de la cantidad de bultos que llevan; terminarán quedándose cerca. A estos habría que añadir los animales que también se desplazarán. Se están movilizando miles de cabezas de ganado vacuno y ovino; estamos a la espera de que alguien se haga cargo de la yeguada real. A media tarde esperamos que empiecen a llegar al Sitio los primeros desplazados que salieron hace días de la capital y zonas aledañas. A sus cabecillas habría que entrevistarles para conocer en qué condiciones está el camino de Madrid, que vías alternativas existen y cuáles son las más seguras.

—Muy bien. Respecto a lo que sucede en la misma capital ya está Bellavista para contárnoslo. Se quedará allí, cambiará de ubicación y lógicamente de identidad, pero seguirá al frente de la red de agentes.

—¿Quiere que vuelva yo también a Madrid o continuo con el trabajo aquí, señor?

—Tú te encargarás de todo esto y también de que la salida sea haga ordenadamente. Bastante miedo tiene la gente para asustarla más. Dile al Gobernador García Puerta que venga a visitarme urgentemente. Esta misma tarde comenzarán a cerrarse los despachos gubernativos y el suyo será el último hasta que nos hayamos ido.

—¿Y con la yeguada real qué hacemos?

—Es muy valiosa, no puede de ninguna manera quedarse aquí y que los franceses se hagan con ella en unos días. Nos la llevaremos para venderla o utilizarla para lo que sea necesario, así es que si no encuentras a nadie que pueda hacerse cargo de ella voluntariamente contrata al primero que encuentres...o llévatela tú.

—¡La yeguada necesitaría al menos de treinta o cuarenta cuatreros y la vacada unos veinte! La mayoría de los vaqueros que quedan son ancianos que no están en condiciones de desplazarse y la gente joven —añadió— se ha

unido a las partidas de combatientes que se están formando en la zona. Se han echado al monte y es difícil localizarlos...

—¡Pues haz lo que creas oportuno! Por cierto, antes de marcharte, abajo en las cocinas está tomándose un caldo el hombre aquel que nos informó de que Luis y Fulgencio seguían vivos en Aragón. Quiere hablar contigo.

Lola que no perdía ripio en la conversación, se sobresaltó. Tenía que encontrar la manera de escucharlo todo sin llamar la atención. Ya había resultado un poco sospechosa su conducta la última semana: se había acercado tanto al Urquijo esperando que se produjera esa entrevista que este, ufano, había creído que mostraba un interés particular en él. Botarate. Le reventaba tener que hacerlo, pero ahora tendría que volver a acercársele, dejar su orgullo a un lado y hacer lo imposible para enterarse de qué se hablaba en esa reunión. Esto último resultó más fácil de lo previsto. El hombre había sufrido un corte en la mano y Sol Monforte, cándidamente, se ofreció a curárselo con vendas limpias ante la mirada asombrada de Álvaro.

—Por favor, no se molesten por mí y sigan con su conversación; solo tardaré unos minutos, lo imprescindible —dijo la muchacha haciéndose la indiferente.

Álvaro, aunque sorprendido, no le dio mayor importancia al gesto de la joven.

Tenía demasiados problemas que solucionar en pocas horas y decidió seguir la conversación allí mismo. Había gente andorreando por las cocinas, pero ni los sirvientes de la marquesa ni su sobrina le parecieron especialmente sospechosos.

—Bien, cuénteme. ¿Sabe ya dónde se encuentran Villar y Flores?

—Sí, señor. Mis contactos me han asegurado que han atravesado Zaragoza y están cerca de Calatayud, por Almonacid de la Sierra o Chodes.

—¿Se han unido a alguna partida?

—Creemos que sí, señor, pero no sabemos a cuál exactamente.

—¿Están los dos bien o alguno está herido? Recuerdo que comentó el otro día que Villar iba en una especie de angarillas...

—Sobre ese aspecto no sabemos nada más.

—Bien. Eso es todo. Puede marcharse.

A Lola le temblaban las manos mientras terminaba de anudar las vendas. Álvaro ya había salido de la cocina y ella, agachada sobre el hombre, parecía

muy agitada. Finalmente se animó a hablar con el desconocido.

—Una zona bien complicada esa. ¿No es cierto?

El hombre le miró sin saber qué decía.

—Perdón, señorita. ¿A qué se refiere?

—A la zona de la que habla. Zaragoza ha vuelto a ser asediada por los franceses... esos pueblos deben tener difícil el acceso.

—Bien cierto —contestó con malicia en la mirada el hombrecillo, un cincuentón que se veía curtido en mil batallas—. ¿Es que quiere usted ir allí? Porque no se lo recomiendo.

—No, claro. ¿Qué se me habría perdido allí a mí?

—Sí, eso... qué se le habría perdido —contestó el hombre.

La mirada lasciva y provocativa del hombre la desagradó. Lola no quiso seguir preguntando, ya se informaría por su cuenta y riesgo de cómo llegar hasta allí. En ese instante tuvo claro lo que iba a hacer. Una vez regresara a Madrid y hablara con sus hermanas, las obligaría a volver a Andalucía mientras ella se dirigía a buscar a su hermano a Zaragoza. Era una misión peligrosa en tiempos de guerra, pero no se le ocurría otra forma de ponerse en contacto con él. Solo iría a verle, comprobaría que estaba vivo, le advertiría de que en el Círculo ya le habían localizado —por si eso le ponía en peligro— y le informaría de su retorno al cortijo en Jaén. Allí esperaría junto a sus hermanas el regreso del cabeza de familia cuando la guerra terminase. Le pareció una idea complicada, pero factible.

—¿Se marcha ya? ¿No termina de curarme este desgarró? —le preguntó el hombre mostrándole otro corte en el brazo, pero Lola le dio la espalda sin hacerle ningún caso.

Salió de allí y regresó al saloncito. La marquesa seguía de charla con Floridablanca. A pesar de que los cristales estaban cerrados comenzaba a oírse movimiento en la calle.

—¡Orden, orden! —oyó.

Asomándose al ventanal comprobó que eran ya miles las personas que habían llegado al Sitio con carros, carromatos, mulas, bueyes, niños y todo tipo de enseres. El éxodo empezaba a colapsar a esas horas la villa. Se preguntó dónde dormiría toda esa gente aquella noche que se anunciaba gélida si no había sitios habilitados para ello a excepción de unos soportales en la plaza, los arcos de San Antonio y algunos patios privados que se habían

acondicionado para tal fin.

—¡Cabo De la Rosa, encárguese de llevar a estas familias hasta Palacio, desde allí se distribuirán! —oyó decir al oficial abajo al mando.

Las posadas estaban a tope desde hacía días y los posaderos aprovechaban la situación, cobrando precios inalcanzables para la mayoría de parroquianos y madrileños que cargados con sus criaturas, buscaban un lugar donde refugiarse del frío. Álvaro hablaba precisamente de ese asunto en ese instante con Floridablanca que le estaba dando instrucciones para habilitar los edificios de Guardias Wallonas y españolas para tal fin. Sería inhumano dejar que aquellas gentes pasaran la noche al raso. Aunque sería algo muy provisional puesto que al día siguiente todos tendrían que seguir hacia el sur había que habilitarles cobijo.

Nadie querría quedarse allí. Algunos incluso pensaban que las represalias francesas contra el Sitio podrían ser peores que en otros pueblos.

—El hecho de que haya sido desde aquí desde donde se ha declarado oficialmente la guerra a Francia hace temer a algunos que las represalias puedan ser más duras —comentaba en ese momento Floridablanca a la marquesa.

El tono algo despectivo y esnob del anciano no impedía que se le notara también nervioso. Lleno de achaques y muy cansado del trajín de los últimos tiempos, José Moñino i Redondo, el hombre en cuya juventud había firmado la expulsión de los jesuitas o actuado con mano dura en el motín de Esquilache, uno de los impulsores de que el propio Jovellanos hubiera terminado en la cárcel, se sentó a compartir una copa de anís y un habano con sus nuevos colegas, gente con la que en otros tiempos había tenido importantes encontronazos, pero a los que la vida, curiosamente, le había unido en tan excepcionales circunstancias.

Lola, asomada nuevamente detrás de los cristales comprobó como empezaba a caer agua nieve. Agotada de la jornada, según se fue vaciando la calle, se fue a dormir sabiendo que tendría que madrugar y a primera hora despedirse de M^a Teresa. Separarse de ella y de Álvaro, reconoció, le producía un gran desasosiego, pero sabía que era inevitable. Cuanto antes lo hiciera, mejor.

El día, amaneció gélido. Una densa niebla y una luz blanquecina hacían tiritar los dientes. Al alba, varios carruajes esperaban a la puerta de su casa mientras la marquesa daba sus últimas órdenes a los sirvientes que los acompañarían. Los cocheros estaban ya en el pescante frotándose las manos y contándose las últimas novedades cuando apareció la joven. En la calle, el vaho envolvía a las cuatro figuras que hablaban. Jovellanos subió pronto al vehículo y bien arropado con una manta, se acomodó en él mientras Floridablanca le deseaba buen viaje; él saldría una hora más tarde.

Álvaro también había acudido a despedirse. Miraba a Sol Monforte con ganas de decirle algo, pero finalmente no se decidió. Besó su mano cortésmente, hizo una inclinación de cabeza y le deseó buen viaje; como a los demás. Desconocedor de su verdadera personalidad pensaba que iba a reunirse con su familia a Badajoz, incapaz de imaginar que se dirigía a la boca del lobo: a Madrid. Lola no quiso sacarle del equívoco y la marquesa tampoco. Aunque fuera un hombre de total confianza del Círculo, Bellavista no había permitido aún que se descubriera la verdadera identidad de la joven mientras siguiera investigando la existencia de un infiltrado. Cuantos menos riesgos corrieran, mejor.

Los dos carruajes partieron y dejaron al servicio con los pañuelos llorando, especialmente al ama de llaves que había recibido detalladas instrucciones de qué hacer en todo momento y de cómo salir de allí y reunirse con su señora si las cosas se ponían especialmente difíciles. Álvaro también partió en su caballo tras saludar con una breve inclinación de su cabeza a Sol que, en ese momento, y pegada al cristal del vehículo, le dijo adiós con la mano. Por una fracción de segundo Lola estuvo tentada de llamarle, de decirle algo, lo que fuera, pero finalmente desistió. No debía.

Álvaro era el encargado de organizar la huida de las miles de personas que estaban llegando desde la capital y le esperaba un duro día de trabajo. Tocándose el ala del bicornio giró sobre lo alto de su montura. Lola —tan valiente de costumbre— sintió en ese momento unas terribles ganas de llorar. Apenas si le había prestado atención en las últimas semanas, le había llamado botarate, imbécil, cretino y mil cosas más, pero al marcharse de allí sin saber si volvería o no a verle se le hizo un nudo en el estómago. Incipientes lágrimas reprimidas a base de coraje se agolparon en sus pestañas cuando le vio volverse hacia ella nuevamente y mirarla indeciso. Él también debía ser

consciente de lo que aquella separación podría suponer... Mientras la distancia se ampliaba entre ellos, ambos permanecieron absortos y perdidos en una prolongada y silenciosa mirada hasta que sus figuras desaparecieron a lo lejos, engullidas por la niebla y el camino.

Apenas había recorrido unas cuantas leguas cuando Lola, nerviosa y con el corazón latiéndole aún a mil por hora, recordó sobresaltada que no había pasado a recoger los salvoconductos que para ella y sus hermanas le había firmado Floridablanca; los que les permitirían salir de Madrid. Sin más remedio tuvo que dar la vuelta en dirección de nuevo al Sitio. El día empezaba a abrirse mientras la vega amanecía bajo una delgada capa de hielo blanco. Humaredas de vapor se arremolinaban en torno al cauce del río. Numerosos carruajes esperaban en el acceso norte del Puente Largo en una interminable cola para entrar en Aranjuez procedentes de los pueblos más cercanos. Volver era perder un tiempo precioso, pensó contrariada, pero no hacerlo sería una imprudencia. Sin esos salvoconductos no podría luego salir de la capital... No le quedaba más remedio aunque perdiera en ello buena parte del día. El cochero restalló el látigo y obligó a la montura a girar a la derecha camino del palacio donde el Gobernador García Puerta le entregaría los fideicomisos. La sorpresa fue descubrir un gran alboroto de vecinos que chillaban y se peleaban a la entrada del patio de armas. Sacando la cabeza por la ventanilla, le preguntó a su cochero:

—Atilano, ¿qué sucede allí? ¿Puede usted ver algo desde arriba?

—No mucho, señorita. Solo a un centenar de compadres rodeando unos carros que intentan salir del patio escoltados. Hay bastante lío, están los ánimos bien caldeados... Tal vez deberíamos dar la vuelta y no seguir — dijo el cochero con tono preocupado.

—No, no, tengo que entrar y hablar con el gobernador —contestó inflexible la mujer—, pero usted no siga... sería peor. Déjeme aquí —le ordenó y ella se bajó.

Echándose el mantón por encima se dirigió corriendo a una de las puertas laterales de palacio que daban directamente a los despachos principales. En ese momento vio aparecer a un piquete de la guardia real. Varios soldados que armados con bayonetas intentaban poner orden en la algarabía. Dos mujeres jóvenes se tiraban de los pelos y se arañaban como gatas en celo. Otra, más cerca de ella, la alteró con su estridencia.

—¡Hija de perra! —la oyó gritar mientras se enzarzaba en una pelea con una mujerona desgredada por unos arcones cerrados con candados que había tirados en el empedrado. Lola, asustada del cariz violento de la trifulca, decidió meterse por un acceso restringido.

Sin querer detenerse a saber qué pasaba, se dirigió directamente al Despacho del Gobernador situado en la primera planta y allí fue atendida eficazmente por su secretario, el capitán Pedraza, quien al mismo tiempo que le firmaba los salvoconductos le explicaba que todo el lío de abajo se debía a que algunos vecinos querían quedarse con centenares de armas, bayonetas, escopetas, pistolas, espadas, pertenecientes a la colección real que estaban sacándose de la armería del palacio junto a otros enseres para ser trasladados en los carros donde el gobierno decidiese.

La mayoría eran labriegos y comerciantes entre los que se encontraba también un grupo de escandalosas mujeres. Querían quedarse con las armas, armaduras y municiones que iban en otro de los carros preparados; las necesitaban para defenderse de los franceses. Los soldados estaban intentando desalojarlos sin éxito, primero por las buenas y luego, a punto de perder los estribos, disparando al aire. Lola, bajó corriendo por las escaleras y salió al patio nuevamente; no podía detenerse allí ni un minuto más; los bramidos de la chusma no presagiaban nada bueno; el tumulto aumentaba por minutos.

De repente un terrible ruido la sobresaltó. Eran nuevamente disparos. Una bala pasó rozándola. Y entonces se encontró perdida, corriendo como loca entre la gente, con la ropa manchada de sangre y un intenso dolor en el costado no sabía si del golpe que había recibido de un culatazo hacía un instante o de fuego... No sabía si estaba herida ni en qué dirección iba. Solo corría y corría, sofocada, mientras sonaban más disparos y el aire se llenaba de un intenso y acre olor a pólvora.

Lola saltó por encima de unos cuerpos caídos y amontonados mientras varios carros más volcaban sobre las piedras desnivelados por un grupo de lugareños hacia los que se dirigía otro piquete. Con lágrimas en los ojos y ahogándose por el humo del azufre y el carbón, intentó abrirse paso entre un grupo de mozos de cuadra que pretendían impedir que los dos primeros carros cargados con el armamento se les escaparan. Lola iba en su misma dirección hacia la entrada donde se obstruían los unos a los otros peligrosamente; al otro

lado la esperaba su cochero, pero no podía avanzar, era imposible... la distancia se le hizo eterna.

En ese momento, en que sentía que todo pasaba de forma ralentizada a su alrededor, vio que Álvaro se aproximaba hacia ella corriendo y la cogía en brazos. Corriendo con ella encima, en otra dirección, el hombre entró por una puerta vigilada por soldados que impedían el paso de la muchedumbre al recinto mientras fuera la cosa empeoraba. Una ráfaga de disparos resultó atronadora... Ya en el interior, en un oscuro pasillo lateral, Álvaro la dejó en el suelo. Lola se deslizó despacio pegada a su cuerpo, con el pulso acelerado y aún conmocionada.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —le dijo y sonó tenso. Lola compungida se limitó a cerrar los ojos y a dejar que el susto explotara. Sollozando, Álvaro la abrazó para consolarla, limpiándole las lágrimas con el dorso de su mano. Su cara estaba tan cerca de la de ella que prácticamente se rozaban. Lola notó cómo su barba incipiente la acariciaba la mandíbula y se estremeció.

—¿Esto es sangre? —preguntó alarmado él al ver su manto manchado. Lo levantó y comprobó que estaba bien, que la sangre no debía ser suya. En el silencio del interior se escuchaban débilmente sus respiraciones entrecortadas y el latido de sus corazones.

—Está bien, tranquilizaos, no ha sido nada. Solo un susto. La gente está muy nerviosa... ¿Qué hace aquí? —le repitió en tono más tranquilizador, dándole ahora el lienzo de bolsillo que llevaba.

—Tenía que volver a por unos salvoconductos que he olvidado esta mañana. ¡Los necesito para unos familiares! —Lola se sentía como una traidora mintiéndole en un momento así. Le hubiera gustado decirle que era para sus hermanas, pero no se atrevió.

—Adonde va no se necesitan salvoconductos, al menos por ahora. Extremadura está protegida. ¡No hacía falta que volviera! ¿No se informó de ello? ¿No se lo preguntó a su tía?

—Es que no voy a Badajoz —se sinceró a medias—. Voy a Madrid.

—¡Qué! No, no, no... Eso es imposible. No puede ir allí, ahora es muy peligroso —dijo sacudiéndola—. Napoleón entrará en horas y después no está asegurada la salida.

—Lo sé, lo sé, —dijo, pero créame, no tengo más remedio que volver a la capital. Mi familia me necesita y no puedo dejarlos en la estacada.

—¡Escúcheme! —dijo Álvaro en un tono que no admitía réplica—. Su familia entenderá que no vaya; solo conseguiría ponerse en peligro. Dígame quiénes son y yo los sacaré de Madrid a mi regreso. O pediremos ayuda a alguien de la red. Tenemos agentes que pueden hacerlo y, además, está allí Ordóñez que podría ayudarla.

—¡No, no es posible! —se negó Lola, sabía que eso la descubriría, y Bellavista y la marquesa se pondrían hechos una furia. Podría desbaratar sus planes.

—¿Por qué no? ¿Acaso no confía en mí o en Ordóñez? ¿Acaso no...?

—No es eso —dijo Lola ya más serena—. ¡Por favor, no discutamos ahora, ahora no!—le suplicó mientras notaba como el pulso se le ralentizaba. En un gesto inesperado, Lola recostó la cabeza en su hombro. Se sentía cansada. La tensión inicial de Álvaro al notarla encima tan cerca se esfumó en un segundo. Sin mediar ninguna palabra más, la abrazó tan fuerte que le cortó la respiración. Besándole la coronilla, le susurró:

—Está bien, no discutamos, ahora no —dijo él y Lola alzó la cabeza y le besó.

Llevaba un rato queriéndolo hacer, muriéndose de ganas de hacerlo y en ese momento lo necesitaba. Desde que se había despedido de él en su carruaje esa mañana sentía el corazón oprimido ante la idea de no volverle a ver.

Álvaro había comenzado suavemente, pero poco a poco la pasión se abrió paso en él. Ajeno a los ruidos exteriores, donde todavía sonaban disparos y golpes, la elevó sobre sus punteras y la devoró con la boca. Lola dejó que él se deleitara saboreándola, que sus manos frotaran con fuerza su espalda haciéndola entrar en calor, dándole seguridad, que sus gemidos de deseo le calentaran el corazón. Aquel beso era tan sensual y desinhibido como el que se habían dado en el palacio de Villahermosa aquella noche de septiembre tantos meses antes, pero más apremiante, más fuerte... Álvaro era realmente inflamable a su contacto y ella no deseaba parar.

Los porrazos de las milicias que bajaban por las escaleras, los chillidos de la gente envalentonada que se negaba a marcharse, los carros, dos arcones ardiendo... nada podía interrumpir su ansiedad por estar juntos. Durante un buen rato Lola dejó que él la amara. Lo necesitaba. Necesitaba sentirle unido a ella, no quería salir de ese mundo en el que inesperadamente se había sumergido... Ninguno de los dos quería hacerlo. Álvaro apoyó la barbilla en

su cabeza un rato después mientras acariciaba su pelo y le dijo al oído palabras tranquilizadoras:

—¡No va a pasar nada! ¡No es nada, mi amor! —repetía incesantemente.

Lola mojó con sus lágrimas el cuello de la chaqueta de Álvaro mientras este la rodeaba con sus brazos. Las caricias y besos que habían comenzado siendo tiernos y cálidos se habían vuelto apremiantes y salvajes. Excitado y casi febril, Álvaro la arrastró hasta una habitación próxima y cerró la puerta de una patada.

—Yo... yo —dijo sin terminar de decir nada.

No tenía palabras para decirle. Solo quería que ella sintiera lo que él sentía. Con la cabeza metida en su cuello, aspiró su olor y sintió la tibieza de su piel. Sus manos la apretaron fuertemente contra su pecho y su boca le recorrió el lóbulo de la oreja. Lola le dedicó una sonrisa espléndida, en un claro reconocimiento de que el tumulto de emociones era igual para ambos, de que ella tampoco sabía qué decir, qué nombre ponerle a aquello, a aquel sentimiento brutal y burbujeante que la hacía sentirse increíblemente viva. Que no sabía cómo hacer para que aquello durara siempre.

Mientras Álvaro se desabrochaba el dolman y se quitaba el arma, Lola aprisionada contra la pared, con el cuerpo de él encima de ella, sonó una fuerte carga de fusiles en el patio que les hizo a los dos abrir los ojos y volver de forma brusca a la realidad. El siguiente beso quedó suspendido en el aire, con sus respiraciones agitadas, mientras él volvía la cabeza hacia el estrecho ventanuco que tenía a su izquierda. Preocupado, Álvaro se volvió a colocar el arma y la guerrera y pidió a la muchacha que le esperara unos instantes en aquel lugar seguro, mientras él salía a la calle.

—Esperadme unos minutos. Tengo que ver qué diantres pasa. ¡Maldito teniente! —dijo refiriéndose al teniente Del Cerro encargado del piquete que había fuera—. ¡Inútil! Estoy al frente del Sitio desde esta mañana y no puedo permitir que muera gente de forma absurda o se formen disturbios —dijo a modo de explicación a la joven y esta afirmó con un gesto de barbilla. Lo comprendía—. ¡Ahora vuelvo!

Lola se quedó tiritando en la sala vacía y desangelada que instantes antes le había resultado tan cálida. Los dientes le castañeaban y el pelo le caía sobre los ojos, desgreñado. Vio salir a Álvaro al exterior y dar una serie de órdenes al bisoño teniente y se preguntó qué diablos estaba haciendo ella allí. ¿Por qué

le había dicho a él dónde iba? ¡No tenía que haber dicho nada y no debería haberse entregado a aquella pasión!

En esos momentos ni podía ni quería enamorarse, y menos de un hombre prometido con otra mujer. De un hombre que antaño la había hecho sufrir, de alguien que sabía que sospechaba de su juego, de alguien que podría ponerla en peligro a ella e incluso a su hermano... Más lúcida, mientras oía su voz fuera, intentó evitar que la congoja se apoderara de ella, que la venciera. Tenía que ser fuerte. Respiró profundamente, una, dos, tres veces, como le había enseñado la marquesa. Tenía que recuperar el pulso y la tranquilidad total. Necesitaba pensar con claridad.

Se despegó de la pared donde estaba recostada, se bajó la saya, se sujetó los mechones de pelo que le caían desordenados fuera de las horquillas, se echó por encima el mantón que en sus minutos de pasión había terminado tirado por el suelo y salió al patio con paso decidido. El alboroto había disminuido, pero en el recinto seguía reinando el caos: gente herida, el cirujano del destacamento atendiendo a los que más sangraban, tres carros volcados con arcones desvencijados y reventados, con las espadas y antiguallas por la tierra, con los pistolones y las escopetas de caza reales esparcidas por todas partes, cartones y maderas aún ardiendo, los animales asustados, encabritándose aún sujetos a sus correajes y numerosos soldados yendo y viniendo de un lado a otro.

Álvaro daba órdenes a sus milicias cuando Lola cruzó el cenador disimuladamente, dirigiéndose al carruaje que la esperaba desde hacía un rato ya claramente intranquilo cerca de la Plaza de Parejas. Se subió y desapareció.

Segunda parte

(Frente de Aragón-Madrid, 1809)

Capítulo 11

Madrid

—¡Si te vas, yo también! —le dijo muy enfadada Isabela mientras Clara le daba la razón, asintiendo con la cabeza desde la esquina de la habitación donde las tres se encontraban.

—¡No puedes! Tienes que volver a La Carolina —contestó autoritaria Lola—. Clara y Josefina no pueden hacerlo solas y lo sabes. ¡Entiéndeme! ahora que sé donde está Luis tenemos que comprobar que está bien, advertirle de que han descubierto su escondrijo y juro —dijo besándose el dedo gordo— que inmediatamente regresaré con vosotras.

—A nosotras no nos pongas como excusa, Lola. Sabes que es una temeridad lo que quieres hacer y tu hermana tiene razón —intervino Clara también muy enfadada, algo poco habitual en ella—. ¡Te comportas como una loca! Lo que pretendes es una insensatez total y si yo fuera tu tía, te lo prohibiría.

Clara e Isabela habían estado muy intranquilas esperándola en las últimas semanas y su decisión actual de marcharse a buscar a Luis les parecía — no sin razón— temeraria, pero Lola era terca; no aceptaba un no por respuesta.

—Yo no puedo prohibírtelo y tampoco pretendo retenerte atándote a la pata de la cama. Si insistes en ir... te irás, pero no esperes que nosotras nos marchemos de Madrid. Nos quedaremos aquí hasta que vuelvas —terminó diciéndole Isabela—. Cuando regreses, nos marcharemos para La Carolina todas juntas. Además, en estos momentos creo que es más seguro quedarnos en Madrid, en casa de los tíos, que viajar solas hacia Jaén. Al calor de la invasión nos han advertido que los caminos están infectados de salteadores.

Lola hizo un mohín de disgusto. Sabía que Isabela estaba en lo cierto, pero no le gustaba la idea de que se quedaran en la capital. Era evidente que la vida iba a ser muy difícil en Madrid una vez entraran los franceses, pero estaba de acuerdo en qué viajar podía ser aún más terrorífico. Todavía tenía el alma en vilo por el viaje hecho desde Aranjuez y eso que solo habían sido solo doce

leguas. En el trayecto se había encontrado un verdadero cuadro: niños llorando, mujeres tirando a brazo partido de los carros, carretas volcadas en el lodo, animales despavoridos, fuego en el horizonte, sonido de disparos, fuego de artillería a lo lejos...

Lola se había preguntado a quién estarían disparando, contra qué objetivos, de qué forma tan absurda gastaban las escasas municiones que tenían y qué se estaba quemando. Bocachas de humo denso y negro se veían aquí y allá, resplandecientes en la negrura de la noche. Si los franceses aún no habían entrado en Madrid no comprendía a que se debía aquel ajeteo.

Durante el camino había visto pocos mozos jóvenes; los que no se habían echado al monte para unirse a las partidas de guerrilleros se habían quedado en sus pueblos organizando la defensa, escondiendo comida en silos ocultos, haciéndose con armas. Se echó la noche y Lola comprendió que el retraso sufrido por volver al Sitio a recoger los salvoconductos tendría como consecuencia tener que regresar en condiciones penosas en la oscuridad. Dos soldados vestidos con el uniforme de las milicias le dieron el alto cerca de Pinto y casi le requisan el vehículo. Necesitaban carruajes de forma urgente y de no haber sido por una familia que la había socorrido, se hubiera visto sola, sin coche ni caballo. La carretera era a causa del agua nieve un cenagal y en dos ocasiones habían tenido que ayudarla a desatascar las ruedas del vehículo para poder continuar.

Había llegado de madrugada totalmente extenuada a casa de sus tíos, alarmándoles con su aparición a horas tan intempestivas y con un aspecto desolador. Estaba sucia, demacrada y pálida. Su tía le había preparado un buen tazón de leche con miel y avena y le había ordenado que se acostase y descansase. Ya habría tiempo de que les contase su odisea. De eso hacía dos días; cuarenta y ocho horas de continua discusión con su familia y eso que aún no le había contado a Isabela su escena con Álvaro. Lola no quería discutir más y aceptó finalmente que la esperasen en Madrid. ¡Sería imposible hacerlas cambiar de opinión!

—¡El problema es que no sé cuanto tardaré! —terminó reconociéndoles—. Tal vez Luis me necesite... o pueda ayudar en algo y si es así, me gustaría quedarme un tiempo allí.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, tómate el tiempo que necesites. Cuando regreses —dijo lentamente y con retintín Isabela— nos iremos todas.

No antes. Ni sueñes que nos iremos sin ti.

—Bien, será como tú digas —replicó lacónicamente Lola.

Terminada la discusión siguieron charlando de otros temas. Sus hermanas le pusieron al día sobre los acontecimientos en Madrid. El vecindario estaba asustado con la proximidad de Napoleón que andaba ya cerca de la capital. Lola confirmó las noticias sobre las derrotas en Burgos mientras su tía lloraba desconsolada en la salita. Allí se habían reunido esa tarde las mujeres de la casa para oír las noticias que traía Lola desde Aranjuez mientras el tío se acercaba al Club de Amigos, del que formaba parte, para recabar noticias frescas.

Aún no habían decidido sus tíos si marcharse o no de Madrid. Podrían alejarse hacia sus tierras en Jaén, pero el viaje parecía mucho más peligroso que las tropas francesas; a los peligros de soldados galos sin control tendrían que sumar el lamentable estado de las carreteras, los salteadores y los guerrilleros... parecía mala idea el transitar. En esa discusión estaban, con su tía obsesionada con almacenar comida y más comida. Llevaba semanas comprando sacos de harina, garbanzos y otros productos no perecederos y guardándolos en una alacena en el sótano de la casa a la que había que bajar por una estrecha escalera que hasta entonces apenas si habían utilizado. En esa tarea andaban cuando tío Pedro subió corriendo las escaleras y las puso al día.

—¡Napoleón ya ha atravesado la Sierra de Guadarrama! ¡Está en Chamartín! Posiblemente mañana o, a muy tardar pasado, entre en la capital. Ha pedido la rendición total de Madrid.

—¡La rendición! ¿Es que no vamos a luchar? —preguntó asombrada la tía —. ¡Me parece vergonzoso que nos rindamos sin más ni más! ¿Si han luchado en Zaragoza y en Bailén cómo no lo vamos a hacer en Madrid? ¿De qué pasta creen que estamos hechos?

Lola miró asombrada a su tía. La mujer no había puesto un pie en la calle el dos de mayo y desde luego si Madrid resistía, no sería precisamente porque ella fuera a hacer frente a los franceses. Su tío siguió hablando. En ese momento llamaban a la puerta, era Eduardo Porras, un vecino y amigo del tío Pedro que pasaba muchas tardes con él en su casa, fumando, hablando y despotricando contra los franceses junto a otro reducido grupo de caballeros, todos ellos viejos conocidos de la familia. Entre los habituales estaba el tal Porras, médico cirujano, Abundio Fernández, de profesión notario o Domingo

Puertas, militar retirado.

—¡Hola, familia! —saludó el hombre nada más entrar, quitándose cortésmente el sombrero.

—Qué pasa, Eduardo. ¿Qué novedades nos traes? —inquirió el tío.

—Venía a preguntarle si se suma a los grupos de resistencia que se están organizando para dar la bienvenida a ese cabrón de Napoleón. Vengo de Fuencarral. Allí se están constituyendo grupos, abriendo zanjas, colocando atalayas y parapetos y marcando algo de estrategia. Domingo estará al frente de uno de esos grupos y me ha pedido que viniera a avisaros por si queréis sumaros. Esta tarde habrá una reunión en la parroquia. Allí se decidirá lo que hacer.

—Desde luego que estaremos. Iremos María y yo. Podéis contar con los dos —le contestó.

—¿Conmigo? —preguntó nerviosa la mujer, mirando con gesto asombrado a su marido —¿Es qué te has vuelto loco?

—Sí —le replicó muy seriamente este —. ¿No acabas de decir que hay que luchar? Pues aquí tienes una buena oportunidad de hacerlo.

La mujer sonrió nerviosa. Que una cosa era predicar y otra dar trigo y lo de lucha, lo dejaba para otros. Ella no estaba para esos trotes.

—¿Podemos ir nosotras también? — preguntó Isabela.

—Si queréis —dijo el tío que en el momento en que se marchaba con su colega.

A las seis toda la familia Villar entraba en la parroquia del barrio. Había cientos de madrileños que como ellos buscaban un banco en la iglesia para escuchar no al cura —que esta vez solo asistía como ayudante— sino al oficial que daba las explicaciones a la concurrencia. El religioso, el padre Aurelio, era un viejo amigo de la familia. De hecho era a sus misas y homilías a las que tía María había estado asistiendo durante las últimas semanas. Llevaban muchos días rezando el rosario, pidiendo a la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, un milagro: que los franceses no llegaran, pero a la vista estaba que el prodigio no llegaría a tiempo. Tía María y algunas de sus vecinas y amigas habían salido en procesión casi a diario desde el otoño y asistido a todos los actos, plegarias y homilías organizadas. Ahora la iglesia seguía oliendo a cera, incienso y flores marchitas, pero los asistentes habían cambiado y en el

púlpito había otro.

—Como saben, desde hace unos días el nuevo Gobernador encargado de la Defensa de Madrid es Tomás de Morla —explicó la potente voz del oficial que les hablaba interrumpida por multitud de susurros.

—¡Ese hijo de perra! ¿Ese maldito afrancesado? —retumbaron los gritos de algunos incontrolados—. ¿Cómo pueden dejar Madrid en manos de ese capullo traidor! ¡Nos entregará a las primeras de cambio! ¡Antes le matamos!

El eco reverberaba en la nave central mientras el cura pedía silencio y rogaba tranquilidad a sus feligreses. El capitán permaneció cayado hasta que el gentío se calmó aunque la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¡Morla no es ningún traidor y será detenido quien le injurie! —gritó el capitán también sofocado—. Solo venimos a avisarles de que ya se ha comenzado a trabajar en las puertas de Fuencarral, Santa Bárbara, Los Pozos, Recoletos y Atocha. Se está aspillando la muralla, desempedrando todas las calles del centro para utilizar esas piedras en las barricadas... vamos a necesitar muchas manos. Todos los que quieran defender a su país podrán hacerlo. Hemos abierto esos libros — dijo señalándolos en una pequeña mesa a la izquierda— para quien quiera inscribirse y organizaremos grupos para poder funcionar. Quedaremos todas las tardes a las seis aquí para recibir instrucciones.

El murmullo se adueño de la iglesia. Ya con los ánimos más tranquilos se empezaron a formar colas. El tío Pedro y Porrás pasaron al grupo de su amigo Domingo mientras las mujeres se inscribieron en otro que funcionaría en Recoletos, una zona próxima a su casa. En la cola había mezcladas mujeres de clase alta, prostitutas, obreras, manolas de los barrios más populares con su redecilla atada a la cabeza y sus chulos andares...

—Es necesaria la colaboración — decían el cura a sus conocidas —Hay que unirse para salir adelante.

Sobre las ocho de la noche regresaron a sus casas; el día siguiente sería duro. La familia cenó frugalmente unos huevos cocidos, queso y pan antes de acostarse, mientras seguían comentado las últimas novedades.

—¿Y en estas condiciones quieres salir tú hacia el norte? —preguntó finalmente Isabela a Lola en voz baja, echando chispas por los ojos.

—¡Lola, no debes salir de momento! —le advirtió muy seriamente su tío—. Espera a que haya algo de normalidad. No voy a insistirte más en que

abandones tú loca idea de ir a buscar a Luis, no puedo hacer nada para impedírtelo, ya eres mayor de edad, pero al menos no hagas la estupidez de atravesar las líneas enemigas ahora, no sobrevivirás.

Lola asintió con la cabeza, reconociendo que no le quedaba otra opción que esperar, aunque no sabía cuántos días tendría que hacerlo.

—¡Eres una loca! —le gritó en ese momento su tía histérica—.

¡Verdaderamente una joven indomable! ¡Te prohíbo —me oyes bien— te prohíbo que salgas sola de Madrid a buscar a Luis! Haz caso a tu familia y no vayas a Zaragoza. ¡Lo único que vas a conseguir es que te maten! —terminó gritándole doña María hecha una furia. Estaba histérica y el viaje de Lola era lo que le faltaba.

Su marido miró a Lola con cara de preocupación mientras cogía por la cintura a su esposa, tranquilizándola, y ambos salían de la sala, dejando un rato a las jóvenes con sus cosas. En dirección a la alcoba, los tíos algo más calmados, siguieron hablando del barrio y de la extraña desaparición de la dueña de la tienda de abajo, a la que hacía días que no veían. Josefina y Ana parecían ajenas al peligro que se cernía sobre su ciudad mientras se reían de Clara y le gastaban bromas por el interés de su nuevo enamorado, Juan Ordóñez, bromas que la joven se tomaba con resignación, riéndose a su vez de ellas. Lola e Isabela cuchicheaban apartadas junto a la ventana. Isabela tenía un nudo en la garganta y estaba realmente muy asustada.

—¡Si te pasara algo en el camino no me lo perdonaría nunca! —le dijo en un susurro.

—¡No digas eso, ni lo pienses! No me va a pasar nada —contestó Lola, intentando tranquilizarla.

Acercándose más a ella, cambió de tema. Necesitaba contarle lo que le había pasado con el De Urquijo.

—Quería contarte algo más.

—Bien, pues hazlo. ¿De qué se trata? ¿No será otra locura tuya? No lo resistiría...

—No, no, o... sí —dijo mirándola con cara de circunstancias—. Se trata de Álvaro.

—Ya veo. ¿Algún nuevo encontronazo?

—Estuve nuevamente con él —reconoció—. Te juro que no era mi intención; ni siquiera sé muy bien cómo pasaron las cosas, solo que me

encontré en medio de un tumulto y él vino a ayudarme...

Lola le contó todo lo ocurrido a su hermana y esta por primera vez en la tarde, la sonrió. Isabela abandonó el gesto de aflicción y con cariño, le cogió del mentón.

—¿Sabes lo que creo que en realidad? ¡Que estáis destinados el uno al otro! Algo extraño y sutil parece uniros desde hace años.

—No digas estupideces románticas sin ninguna base, Isabela. Sabes tan bien como yo que el Urquijo va a casarse, y no tardando mucho, con otra mujer. No sé que habrá visto en mí, o si es su costumbre andar besuqueando mujeres — en ese instante recordó su voz rota y su cara lívida al creerla herida y sintió una intensa emoción—. Lo que sé es que, desgraciadamente, no está destinado para mí —y sonó resignada y triste.

—Creo que te equivocas, que de verdad existe un extraño lazo entre ambos —dijo Isabela intentando animarla—, aunque ninguno parezca querer reconocerlo abiertamente, y que lo que sentís de verdad terminará venciendo todos los prejuicios. Te había advertido contra él, te había animado a que le olvidaras, pero ahora viendo la guerra, sabiendo que cualquiera de nosotros puede morir en un instante, tengo claro que no podemos permitirnos el lujo de engañarnos a nosotros mismos. Si le quieres, no abandones la esperanza de que algún día podáis estar juntos. Va a casarse, pero aún no lo ha hecho y en estos tiempos inciertos, nadie conoce cuál será su futuro. Si está de Dios que sea tuyo, no habrá quien lo detenga. No existirá inconveniente que lo frene...

—¿Llamas inconveniente a una novia oficialmente prometida? Porque yo, menos filosófica —dijo riéndose— lo llamaría obstáculo insalvable. Es posible que la próxima vez que nos veamos esté ya desposado —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Cómo voy a luchar contra eso? No, no, prefiero no hacerme vanas ilusiones.

—Bueno... dejémoslo por ahora. Tal vez tengas razón —Isabela no quiso insistirle, pero era una corazonada que su hermana y el Tello estaban condenados a terminar juntos, aunque los presentimientos eran difíciles de explicar, especialmente cuando carecían de argumento alguno como era ese.

—Lo que realmente va en serio es lo de Clara —dijo Isabela.

—¿Te refieres a lo de Ordóñez?

—Nuestro amigo ha venido numerosas veces a visitarnos y no le quita ojo,

el cortejo es claro y ella se deja querer, espero que pronto se le declare.

—Me alegro por Clara; aunque nos tiene a nosotras ha estado siempre muy sola. Ordóñez parece un buen hombre — y su hermana asintió dándole la razón —.

¿Y tú?

—¿Y yo? Yo nada —contestó Isabela

—Pues la tía dice que hay un tal Riquelme que ha venido a verte varias veces.

—A mí no, a todas. Y no parece mal caballero —dijo pensativa su hermana —, pero la verdad es que no me hace mucho fu.

—Eres dura de pelar —dijo riéndose Lola e Isabela se rio.

—Y que lo digas...

Los siguientes días transcurrieron con extraña normalidad en casa de los vizcondes. Las más jóvenes ayudaban a su tía a preparar las despensas con medicamentos y cientos de botes de conservas para abastecerse y además colaboraban con la parroquia. El tío salía y entraba sin parar. Había noches que las pasaba al raso, a pesar del intenso frío del invierno, con sus colegas. Era un espectáculo ver a esos hombres, muchos de ellos viejos ricachones que no habían pegado un palo al agua en su vida, estar horas con el pico y la pala removiendo las calles de la ciudad para extraer hasta el último trozo de piedra que se pudiera conseguir, hombro con hombro con majos, manolos, ganapanes y hasta mendigos. ¡Estaban entusiasmados!

Lola no decía nada, pero se sentía pesimista. Había oído a la marquesa y a Jovellanos asegurar que Madrid no tenía defensa posible, que era una ciudad abierta y que Napoleón entraría como Pedro por su casa en cuanto atravesara el Guadarrama, como ya había ocurrido. Contaba los días para que los franceses entraran y sabía que nada de lo que estaban haciendo serviría para nada. Aun así no había dicho nada a los demás; no quería contagiarles su desesperanza, prefería verles felices luchando por la remota posibilidad de frenar al emperador. Ella por su parte se limitaba a callar y a colaborar con Isabela y Clara que junto a un grupo de mujeres del barrio de Maravillas andaban transportando todo el día baldes llenos de agua y tierra de un lado a otro de la calle para preparar y solidificar los parapetos de arenisca y grava y levantar los espaldones de la artillería. Los días parecían pasar sin novedades.

—¡Levantaos! ¡Vamos! —oyó gritar entre sueños. Estaba amaneciendo. Lola se preguntó qué diablos pasaría. Medio dormida se echó un chal por encima y bajó al salón donde estaba toda la familia reunida.

—¡Napoleón entrará en unas horas. Tenéis que levantaros! —era su tío que venía oliendo a chasca y con la cara congestionada del frío de la calle. Otra noche pasada al raso, al calor de una hoguera, con su escopeta de caza, su navaja al cinto como si fuera un majo de Lavapiés y su gorro de lana—. Ahora mismo hay miles de personas en la calle, corriendo de un lado a otro; yo vengo de Recoletos y algunos insisten en que el gobierno resistirá el asedio. ¡Lo dudo! Seguro que se rinden en breve.

—¡Pero hombre de Dios! ¿Tú qué has visto con exactitud? ¿Algo definitivo o nos has levantado solo en base a rumores? —preguntó la tía muerta de sueño.

—¡Mujer, cómo no voy a ver nada si llevo toda la noche con el Cuerpo de Voluntarios en Los Pozos! —contestó malhumorado y con un gesto de cansancio en la cara—. Nada más anochecer ayer... ya notamos algo raro. Cuando la Paca fue a llevarle el caldo de cocido a su marido, don Ignacio, ya sabes el de la barbería de ahí abajo...

—Sigue, hombre, sigue, no te pares —le indicó nerviosa su mujer con un gesto abrupto de su mano mientras las jóvenes seguían igualmente intrigadas su conversación.

—Pues cuando llegó ya detectamos movimiento en los cerros del fondo, era una avanzadilla de la columna francesa que se acercaba para parlamentar con gente de la nuestra a la que no vimos bien. Pedían la rendición, pero no se la dieron. Los gabachos llevan las últimas horas tomando posiciones y en Sol se ha armado hace un rato la marimorena.

—¿Otra vez? —preguntó alarmada doña María—. ¡Jesús, María y José!

—La gente ha ido a pedir armas y no se las han dado. Morla ha salido al balcón de la Casa de Correos y ha dicho que no tiene más. Le han apedreado desde la calle.

—¡Por Dios bendito! Este es un país de salvajes —lamentó la tía con voz casi inaudible. Estaba muerta de miedo. Todo el mundo recordaba los meses vividos en Madrid con las tropas de Murat aterrorizando a la población. Con los fusilamientos de Príncipe Pío, las detenciones y registros... Entonces los gabachos habían entrado como amigos así que ahora que venían como

enemigos declarados y Napoleón estaba furioso. ¡Cualquiera sabía lo que podría suceder! La gente estaba sobrecogida. ¡Podía haber una masacre!

—¿Le han herido? ¿Han disparado contra la gente? —preguntó Isabela.

—No, de momento —contestó el tío mientras terminaba de picar el tabaco para enrollarse un cigarro—. Eso no es todo. Domingo y yo nos hemos acercado a Sol a primera hora y cuando nos marchábamos, hemos sabido de un tumulto en Lavapiés, aunque no nos hemos querido acercar. Al oficial que ha entregado cartuchos rellenos de tierra para engañar a la gente que pedía armas, le han matado por traidor. Le han arrastrado con el caballo calle abajo hasta dejarle hecho un guiñapo lleno de sangre en una zanja a escasos metros de por dónde veníamos. ¡Ha sido la mar de desagradable! —dijo encendiéndose el tabaco, aspirando el humo con los ojos cerrados—. Quería venir a contároslo para que no salgáis... Hoy es especialmente peligroso. Sería preferible que os quedarais aquí.

—Desde luego, querido —contestó la tía, blanca como la pared.

—Nos quedaremos si crees que es realmente peligroso —contestaron las jóvenes.

Las horas siguientes en Madrid fueron un caos. Desde el interior de su casa las mujeres sentadas al brasero de picón en la mesa camilla del salón oían el retumbar de las bombas y los disparos del frente mientras la tía, la cocinera y dos viejas sirvientas de toda la vida rezaban el rosario sin parar en un pequeño oratorio con velas que habían improvisado bajo del cuadro de la Virgen de la Paloma que había en el recibidor.

—*Padre nuestro que estás en los cielos...*

El murmullo de sus rezos era una letanía que ponía a Lola más de los nervios que el propio sonido de los disparos de fusilería, lejanos y broncos, que rasgaban el silencio de la noche. Apenas se apreciaban luces en las ventanas de las casas. Todo el mundo estaba en silencio, a oscuras, las contraventanas de madera echadas, tablones protegiendo las cristaleras y los cerrojos bien cerrados. Muchos preferían no saber qué estaba pasando fuera y desde luego pocos tenían ganas de permitir que su casa terminara sirviendo de refugio a la gente que dispersa por el fuego, terminase corriendo delante de los imperiales.

Fuera, el tío con sus colegas y amigos, el médico, el notario y el viejo militar, vivían las horas más intensas de su vida. Nuevamente de madrugada

oyeron el rugir de los cañonazos y aunque desde su trinchera habían respondido con disparos, en media hora los espaldones de tierra habían acabado destrozados y los gabachos habían atacado frontalmente, obligando a los millares de hombres que había allí, a salir huyendo. Tío Pedro y los demás habían corrido despavoridos y en desorden por las calles adyacentes hasta llegar a la plazuela de las Salesas, y de ahí a la de Alcalá.

Los piquetes del convento de Recoletos que habían repelido un ataque también habían terminado sumándose al caos. Habían combatido valientemente, pero sin municiones ya, habían tenido que abandonar sus puestos. Solo los más tercios se habían parapetado en el tejado y desde allí, seguían lanzado piedras, macetas y todo lo que tenían a mano.

—¡Mal vamos! —dijo el tío corriendo en fila india por una callejuela del centro cuando en ese instante reconoció entre la muchedumbre que circulaba despavorida en sentido contrario al joven Ordóñez.

—¡Están entrando por el Retiro! ¡Están entrando por el Retiro! —oyó a un grupo de chisperos que venía por otro lado. Los diferentes piquetes de ciudadanos pararon asfixiados de tanta carrera en medio de la plaza mientras intercambiaban información y salían, nuevamente, en direcciones diversas. El tío Pedro corría hacia las barricadas del Carmen cuando el propio Ordóñez se acercó a él a trompicones entre el gentío.

—¡Hombre, Ordóñez! ¡Qué momento para encontrarnos! —dijo el tío agotado por el esfuerzo.

—Sí, es cierto, mal momento. Debería irse usted a casa ya. No hay nada que hacer. Napoleón ha entrado ya en la ciudad. Morla y Castelar han aceptado la rendición. En unos minutos la caballería francesa entrará a saco en Madrid. Será muy peligroso. ¡Hágame caso! ¡Váyase a casa y no salga hasta que todo se haya tranquilizado!

El hombre aceptó regresar a su residencia. Él también estaba aterrorizado aunque no quisiera reconocerlo. Tras el bajón de adrenalina, se despidió de sus amigos y regresó a casa por calles oscuras, pero muy concurridas, mientras de fondo sonaban cañonazos, disparos y una multitud corriendo y vociferando. Su familia le esperaba en casa muy preocupada después de horas de no saber nada de él; temiéndose lo peor. Abrazados en el mismo recibidor de la entrada, todos lloraron asustados ante la incertidumbre. ¿Qué pasaría a

partir de ahora? Esa era la pregunta que todos se hacían.

Al día siguiente, el general August Belliar emitía una proclama como nuevo gobernador de la ciudad, intentando tranquilizar a la población angustiada ante las posibles represalias que podrían producirse. Sorprendentemente, no las hubo. Tampoco agravios o actitudes humillantes. Las primeras horas parecían extrañamente pacíficas.

José I había pedido a su hermano clemencia con su nuevo reino y lo había logrado del emperador a pesar de que tanto este como sus generales y sus nuevos súbditos, le ninguneaban. Napoleón había optado esta vez por tener un gesto de templanza con los vencidos. Quería demostrar a los españoles lo absurdo de una larga guerra condenada al fracaso de antemano. Conminaba a los ciudadanos a que no se dejaran arrastrar por los exaltados que estaban — en su opinión— al servicio de los ingleses.

«/Españoles: vuestro destino está en mis manos: desechad el veneno que los ingleses han derramado entre vosotros; que vuestro Rey esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza y seréis más poderosos y fuertes de lo que lo habéis sido hasta aquí. He destruido todo cuanto se oponía a vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo español, una constitución liberal os asegurará una monarquía dulce y no una absoluta. Depende solo de vosotros el que esta constitución sea vuestra ley» terminaba diciendo el mensaje del emperador a sus nuevos súbditos. Los ciudadanos, sin salir de su asombro, no se habían atrevido aún a decir nada. Pocos días después, acompañado de sus generales y una escolta de dragones, el corso abandonaba la ciudad.

El rey José I —su hermano— quedaba al frente de las tropas de ocupación en Madrid mientras el emperador partía en dirección a Galicia para expulsar al ejército británico que había entrado hacía unos días en la península al mando del general Moore. Se iba con la seguridad —eso creía— de que los españoles y en especial los madrileños habían entendido su mensaje y convencido de que el país quedaba en paz. Mientras, las partidas de guerrilleros se extendían como manchas de aceite por todo el país, el nuevo gobierno rebelde llegaba Sevilla y miles de españoles se alistaban a los regimientos existentes. Napoleón soñaba con la paz mientras España entera se preparaba para la guerra.

Estaba aterida por el frío, agotada y exhausta. Nunca hubiese creído que aquel viaje fuese a ser tal pesadilla. Llevaba más de diez días recorriendo calzadas secundarias, esquivando franceses y luchando contra unas temperaturas glaciales. Le había costado mucho convencer a su familia de que debía ir a Aragón a buscar a su hermano, pero ahora, que estaba sola y perdida, se sentía desfallecer. Llevaba más de dos horas sentada en una tosca silla de madera en una venta rural que más parecía una cueva que un alojamiento. Olía a humedad y a aceite rancio, a vino avinagrado y a humo. Las paredes estaban renegridas y el suelo lleno de mugre. Lola sentía un asco y un cansancio tan grande que por un momento había pensado que iba a vomitar. Llevaba dos días en ese pueblo perdido de la mano de Dios y solo esperaba que Luis, si de verdad estaba vivo y en esa zona, saliera a su encuentro.

Había viajado disfrazada de lugareña y acompañada de un cochero que sus tíos le habían prestado. Dando tumbos en un viejo carruaje —también de sus tíos ya que el elegante tiro de la marquesa había preferido dejarlo en Madrid — con un viejo caballo que estaba aún más exhausto que ella. Conocía la gran cantidad de partidas combatientes que pululaban por la zona, pero gracias al visado que había recogido en el Sitio había podido acceder a zonas que, de otra forma, le hubieran estado totalmente vedadas. Felizmente, tampoco había tenido demasiados problemas para salir de la ciudad. Al parecer estaban mucho más controladas las entradas que las salidas.

Pero a pesar de comenzar con buen pie su aventura según se había ido acercando a su destino, a Lola le habían entrado mil dudas sobre si sería o no capaz de encontrar a su hermano. Las posadas y ventas eran buenos puntos de encuentro y le habían confirmado que a algunas de ellas acudían a reunirse los fugados y a echarse unos tragos, sobre todo en las más alejadas de la ciudad, en las rurales de difícil acceso. Hasta allí, cerca de Calatayud, había logrado llegar. Una partida le había impedido continuar adelante.

—Señorita, lamentamos tener que decirle que Calatayud está ya en manos francesas. Cayó hace dos semanas, en enero, y Leciñena y Semper igual. Zaragoza sigue sitiada y estos caminos son extremadamente peligrosos. Le recomendamos que no siga en esa dirección —le había dicho un gigante barbudo con un gran pañuelo rojo atado a la cabeza que iba,

incomprensiblemente, en mangas de camisa con una pelliza de piel por encima a pesar de la nieve que caía. Lola no pudo más y se echó a llorar—. Lo siento señorita, pero no podemos ayudarla.

—¡Tal vez sí! —dijo llorosa Lola al rato—. Mi hermano pertenece a una partida de guerrilleros como la suya, en esta zona. Vengo desde Madrid buscándole. Es muy urgente que le encuentre. ¿Podría ayudarme?

—¿Cómo se le ocurre? El monte en Aragón está lleno de guerrilleros. Hay miles de hombres en el campo y las montañas... ¿Cómo íbamos a encontrarle? Lo único que puedo hacer es que me diga su nombre y pasar la voz. Si es alguien medianamente conocido, o tiene suerte, él la encontrará a usted. Quédese en alguna venta de la zona y espere. Es lo único que se me ocurre. Cerca de aquí, en Cervera, mi hermana tiene una; allí podrá alojarse; es un sitio seguro. Yo le daré mi recomendación.

No es que fuera un plan brillante, porque tal y como había dicho aquel gigantón de casi dos metros la zona era muy amplia, de muy difícil acceso y tenía la casi totalidad de los caminos impracticables ya fuera por la guerra o por la lluvia y la nieve, pero era el único que tenía. Sería casi un milagro que Luis diera con ella, pero tendría que intentarlo. Tal vez no le llegara la noticia o si lo hacía, no pudiera acudir a verla. Si daba su nombre, y decía que le buscaba Lola Villar, podría poner en peligro su doble identidad como agente. Decidió decir que era Isabela, así Luis sabría que le buscaba una hermana suya sin descubrirse ella. Ya más sosegada habló:

—Mi hermano se llama Luis Villar.

Lo único que sé es que lleva en esta zona casi un año, desde marzo de 1808 en que desapareció en estas montañas. Estaba con otro compañero venido de Madrid llamado Fulgencio Flores. Es alto, pelo ceniza, ojos verdosos...

—¡Pare, pare! Con eso será suficiente. Yo haré correr la voz y si hay suerte, su hermano podrá reunirse con usted en unos días.

De eso hacía ya más de una semana, pensó Lola. Ahora, acongojada con un tazón mugriento en las manos y un trozo de pan duro en la boca, desayunaba en aquella venta en medio de la nada, cada vez más desalentada. No sabía qué plazo darse. Tampoco podía estar allí indefinidamente: no tenía ni dinero ni medios y no tardando mucho, tendría que volver a Madrid. Hacerlo sin haber

encontrado a Luis, y después de haberse puesto en peligro, sería ridículo. ¡No quería ni oír a sus hermanas!

Al calor tibio de la pequeña lumbre que ardía en la chimenea del fondo, en la penumbra, se secó las lágrimas que le caían de sus ojos. Se sentía frágil y enferma. No paraba de toser y los dientes le castañeaban de frío. La posadera, tan gigantesca como su hermano e igual de amable, le ofreció una manta pulgosa que Lola ni se atrevió a extender. No quería ser desagradecida, pero el contacto con aquella tela áspera y llena de chinches, le repugnaba.

—¡Vaya, veo que la señoritinga no quiere arroparse! ¿Tal vez desearía un edredón de seda? —se burló estruendosamente la mujerona.

De vez en cuando llegaba algún hombre y Lola se sobresaltaba, esperando ver en cada uno a su hermano, pero este no aparecía y tampoco había noticias del gigante. Recostada la cabeza contra la sucia pared, con un gato merodeando por sus faldas, se medio durmió. Debía tener unas décimas de fiebre y necesitaba reposar. En sus ensoñaciones aparecían Luis y Álvaro. Luis estaba vivo y lleno de energía, como siempre. La cogía en brazos y le decía que estaba feliz de verla, de que hubiera ido a buscarle. Álvaro corría con ella en brazos en medio de los disparos y la pólvora, acariciaba su cabeza y repetía una y otra vez una frase: no te preocupes, mi amor. Lola dio un respingo. Recordaba con claridad que había dicho “mi amor” refiriéndose a ella cuando la besó en medio de aquel caos en el Sitio.

Se preguntó si la palabra “amor” significaría lo evidente o en aquella ocasión habría sido más bien un vocablo cariñoso para tranquilizarla; seguramente hubiera sido eso último. ¿Por qué iba llamarla mi amor Álvaro si apenas la conocía?

—¡Un orujo! —oyó gritar a la tabernera.

En su cabeza se mezclaban las voces de la posadera, el ruido de los cacharros, las risas broncas de dos lugareños que estaban comiéndose unas puches y la puerta abriéndose y cerrándose. Cada vez que alguien abría el portón de madera entraba una ráfaga congelada de aire que dejaba a los del interior sin aliento. La posadera hablaba con los hombres y estos se quejaban del intenso frío en las montañas, del saqueo en Calatayud, de lo mal que iban las cosas en Zaragoza...

—Palafox no aguantará con menos de seis mil hombres. Media ciudad está en llamas y no quedan más que escombros y cadáveres —comentaban entre

cucharada y cucharada.

—¡Hijos de perra! —decía la mujer mientras fregaba en un barreño unos picheles de hojalata.

Lola los oía de fondo mientras su mente saltaba de una imagen a otra: Isabela enfadada, Josefina y su nueva cofia, los gritos de su cochero intentando sacar al carro de un barrizal, el viento soplando insistentemente y entrando por el cristal roto del carruaje, la marquesa colocándose sus diamantes, Jovellanos tumbado en la cama, el hombre de la cara desconocida diciendo que Luis estaba vivo, la gente despavorida corriendo por las calles de Madrid, la respiración de Álvaro en su cuello... El sopor se adueñaba de ella cuando una fuerte ventolera la despertó. —Comadre, me han dicho que hay una joven esperándome en este lugar.

—Así es. ¡Allí la tiene! —le indicó la posadera con la mano al recién llegado.

Lola levantó la cabeza y vio a un desconocido. Sintió una terrible congoja y decepción. ¡No era Luis! ¿Quién era ese?

Observó cómo el hombre se acercaba y negaba con la cabeza.

—¡No, no es ella! —dijo—. ¿Quién es usted? —le preguntó directamente con malos modos.

—Soy Isabela, la hermana de Luis Villar —contestó haciendo un gran esfuerzo Lola, con los dientes castañeándole, envuelta finalmente en el jergón mugriento.

—¡Miente! ¿Quién la envía? — preguntó toscamente el hombre.

—¡No me envía nadie! Por favor — dijo Lola llevándose al hombre a un aparte—, soy la hermana de Luis, pero no Isabela sino su otra hermana, Lola. No he dicho mi nombre por motivos de seguridad que ahora no vienen a cuento explicar, pero si llega de parte de mi hermano y no se fía de mí, que él me vea desde algún escondite. Me daré un paseo por la calle principal del pueblo. Si no soy quien digo, él se marchara sin problemas y si lo soy, podremos reunirnos.

—Está bien —contestó el hombre aún desconfiado.

Durante un buen rato Lola se dejó ver por las pocas y desérticas calles de la aldea, haciendo un esfuerzo improbable por mantenerse de pie, por no desmayarse, sin que nadie saliera a su encuentro. Tal vez aquel hombre la hubiese engañado o Luis no la hubiese reconocido. Esto segundo era

imposible. Aterida por el frío y ya anocheciendo decidió regresar a la posada. Al día siguiente partiría de vuelta a Madrid. No podía hacer otra cosa.

—¡Maldita sea! —dijo al tropezar con la puerta.

Aterida, pidió la llave a la posadera de su nauseabundo cuartucho. Subió sin fuerzas las destartaladas escaleras de madera astillada, entró en el reducto maloliente que le habían asignado y se sentó hecha polvo en la cama. No podía más. Se sentía fracasada y estaba terriblemente cansada.

Un ruido próximo la alarmó. Girando la cabeza bruscamente vio entrar por una puerta trasera disimulada en la buhardilla a su hermano.

—¡Dios mío, Lola! ¿Qué diablos haces aquí? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre venir con lo peligroso que es? ¡Yo te mato!

Abrazada a él, Lola rompió a llorar ajena a la cólera del joven que, de buena gana, le habría dado allí mismo una paliza.

Capítulo 12

La posadera le ofreció paños mojados en agua fría. La fiebre subía y Lola tiritaba en la habitación. Luis estaba muy preocupado. Había hablado poco con ella el día anterior. Se la veía agotada y febril y había decidido que lo mejor sería quedarse allí, dormir en esa misma habitación y cuidarla. Había anunciado que era su prometida a los gañanes de abajo que le acompañaban y a la posadera, que se había reído de lo embustera que era la jovencita contando por ahí que iba a reunirse con su hermano. Durante un buen rato — los había oído— habían estado riéndose groseramente y haciendo comentarios picantes a su costa.

Luis Villar esperaba poder salir cuanto antes de allí. No era aconsejable quedarse mucho tiempo en un mismo sitio; los franceses andaban rastreando el monte, buscando cualquier partida partisana para hacerles pagar las continuas escaramuzas que sufrían. El ejército de Napoleón estaba acostumbrado a luchar en mil batallas, soldados contra soldados, generales contra generales, pero no sabían cómo hacer frente a civiles armados que aparecían y desaparecían por arte de magia en cualquier recodo del camino.

En algunas poblaciones habían tomado graves represalias haciendo pagar a

justos por pecadores; fusilando a cualquiera que fuera sospechoso de ayudar a los rebeldes. Los gabachos, y especialmente sus mandos, se sentían desbordados por una situación completamente nueva y desconocida para ellos: antes sabían quiénes eran sus enemigos, ahora luchaban contra niños, ancianos, mujeres, inválidos... No había seguridad para atravesar ningún puente, ni andar por ningún camino. Desaparecían misteriosamente avanzadillas e incluso columnas enteras sin explicación, sin dejar rastro... Todo eran sabotajes, ataques sorpresa, robos de pertrechos, de caballos... en definitiva un caos. En los primeros días de 1809 habían puesto precio a la cabeza de muchos de aquellos cabecillas, pero la fórmula había fracasado de momento. Nadie los había delatado.

Ante esa situación no era raro que si una partida de franceses aparecía por cualquier aldea, y veía a hombres jóvenes sin oficio ni beneficio, lo pagara con ellos. Tenía que marcharse y llevarse a Lola a las montañas. Allí estaría hasta que se recuperará y pudiera regresar a Madrid. En la venta estaban demasiado expuestos, necesitaban marcharse a un lugar más seguro.

—Ya podemos irnos, está todo listo —dijo el colega de Luis—. He apostado a varios hombres ahí abajo para que vigilen los accesos y no hay ninguna patrulla francesa a la vista. De momento el camino está despejado. En media hora anochece. ¡Estense preparados!

Tras casi una semana, Luis y su amigo, el Berzas, el mismo que se había acercado a reconocer a la viajera, cogieron a la chica que ya se encontraba algo mejor y, cargándola en un caballo como si fuera un fardo de forraje, se alejaron de la población. Nadie en el pueblo los delataría, todos estaban en el mismo bando, pero el riesgo estribaba en su poca movilidad; si aparecía un destacamento enemigo no podrían correr mucho con una mujer enferma a cuestas.

Salieron al oscurecer. Ellos conocían bien aquel territorio; de hecho, el Berzas había cuidado ganado en esa zona desde que era un chaval. Cruzaron puentes de madera, saltaron al turbulento y salvaje río Jalón que en ese tramo del sistema Ibérico corría entre riscos y grandes paredes de piedra, se adentraron en zonas boscosas, sintiéndose más seguros. El lugar estaba lleno de vegetación y había mucha nieve aún en esas fechas, a primeros de marzo. Avanzaron rápidamente a pesar de la oscuridad y descansaron unas horas, ya bien alejados de la fonda, en una vieja cabaña que utilizaban en otras

ocasiones como refugio.

Tardaron más de un día en llegar hasta el campamento que habían montado en las montañas, cerca de Chodes, un pueblo abandonado hacía años que tenía un viejo castillo árabe derruido. El lugar era casi un paraíso natural con abundante caza y pesca, agua potable y vegetación que les servía de parapeto. En el tiempo que no andaban hostigando a los franceses, los hombres a las órdenes de Luis, un centenar, se entretenían reconstruyendo las viejas casas de piedra para poder habitarlas.

El pueblucho parecía llevar una vida normal; para ello se habían llevado a mujeres propias o prestadas —había algunas prostitutas— para vivir allí. Fulgencio Flores había estado hasta finales de 1808 con ellos, pero después se había unido a las tropas de uno de los guerrilleros más fuertes de la zona, Espoz y Mina. Luis, mientras tanto, más que pelear y robar material, que también lo hacía de vez en cuando si la ocasión se presentaba, se dedicaba al aprovisionamiento. Había montado unas torretas con las que obtener pólvora casera y fabricar balas. Eran unas municiones bastante rústicas, pero siempre serían más eficaces que los bastones y rastrillos con los que hasta entonces habían estado luchando los aldeanos. Con guadañas, horquillas y hoces no podían hacer frente a la fusilería gala.

En ese paraje recóndito había tenido también que enseñar a disparar a muchos de sus hombres: pastores, comerciantes de vinos, barberos... que no habían usado en su vida una pistola. Luis les había enseñado a cargar las balas, a montar las piezas y ellos a él a tirar de perica. Jamás había pasado por allí un destacamento francés y era difícil que lo hiciera, pero aun así se mantenían estrictas normas de centinela; siempre había seis o siete hombres patrullando y vigilando los accesos al escondite. El lugar quedaba en medio de ninguna parte y sus habitantes salían poco o nada de la zona vigilada donde tenían todo lo que necesitaban: lana para tejer vestidos, madera para hacer leña, caza y pesca para comer, algunas plantaciones y algún frutal, pero cualquier detalle: una humareda, el ruido de los disparos, un chivatazo... podría alertar a sus enemigos.

Por eso Luis había permitido la estancia de mujeres en el grupo, para dar apariencia de normalidad a la aldea, en caso de que aparecieran forasteros inadecuados. Del apareamiento ilegítimo de algunos hombres y mujeres habían nacido niños. Luis no había estado muy de acuerdo en que vivieran allí, pero

finalmente no le había quedado más remedio que aceptarlo. Si los niños se iban, se irían los padres y él necesitaba a esa gente. Se habían apañado como habían podido.

—¡Lola! ¿Me oyes? —decía Luis en ese instante, moviendo suavemente a la mujer.

—Sí —contestó esta al despertar, tras el ajetreado viaje—. ¿Dónde estamos?

Se sentía aún muy débil y, aunque había suplicado a su hermano que la dejara unos días más en la posada para terminar de reponerse, él había insistido en que era imposible, que estaban poniéndose todos en peligro. El frío era terrible y el aspecto del lugar casi desértico. Sin embargo, según se acercaban, vieron como salían algunos lugareños de las casas, de unas cuevas colgadas de las paredes verticales que se desplomaban sobre el río, ofreciéndoles comida, ropa y leña.

—¿Esta es tu gente? —preguntó Lola asustada mirando al mismo tiempo a su hermano.

—Sí. Estate tranquila —le dijo—. ¡Pepa! ¿Puedes venir? —llamó a una mujer fornida y metida en carnes. Con una chaquetilla raída azul y pechera negra, de algún cuerpo de granaderos por las insignias que le colgaban descosidas en las mangas, unas botas militares y las cadenas de un viejo dolman atadas a las greñas, la mujer se mostró muy dispuesta.

—¡Sí, jefe, ahora mismo! —y acudió corriendo a la llamada de Luis.

—Pepa, esta es mi prometida, quiero que la cuides como si te fuera la vida en ello. Está muy débil. Ha enfermado en el viaje que ha hecho desde Madrid y aunque volverá a la capital en cuanto pueda, de momento hemos tenido que traérsola aquí para que no nos descubrieran patrullas francesas.

—Señor, la cuidaré como nadie — dijo con un tonito burlón mientras le pegaba una gran chupada a un palo de paloduz.

Mientras la trasladaban, al fondo, junto a un acantilado, Lola vio a un grupo de hombres que fumaban y reían y le pareció que el ambiente que reinaba era de paz y sosiego. Todavía a lomos del caballo de su hermano descendieron la cuesta empedrada que atravesaba la aldea y se acercaron a la cabaña que había en un llano, cerca de la orilla del río. Allí vivía Luis. La casa era totalmente rústica, no tenía ningún lujo y era bastante pequeña, pero estaba limpia y se veía confortable. Lola entró y, mientras los hombres encendían la

chimenea para calentar la habitación, la mujer fornida ayudó a la joven a dejar su baúl y a acomodarse. Desapareció unos minutos y volvió al rato con un puchero de comida para los tres que acababan de llegar. Un rico olor a caldo de gallina llenó el lugar. Colocó las escudillas y los cucharones, y les dejó una hogaza de pan y vino, luego se volvió a ir.

—Si necesitan algo no duden en pedírmelo. Si quiere que le informe sobre el pueblo y sus costumbres estaré en el río lavando —le dijo a la recién llegada.

Lola comió silenciosa, desganada, junto a Luis y el Berzas, y se acostó un rato en la cama. Estaba dura y la habitación aún fría, pero las mantas eran gruesas y estaban limpias y la cortina evitaba que la luz se filtrase. Le molestaba la claridad.

—¡Quédate aquí sin moverte y descansa! —le ordenó Luis—. Nosotros vendremos ahora. Vamos a revisar las provisiones que quedan de alimentos y saldremos en un rato a la planta de pólvora. Pepa estará todo el día contigo, te preparará comida y te dará algunas hierbas y emplastos para que te recuperes. Por cierto, con la vegetación que hay aquí seguro que hay muchas plantas que se podrían usar para hacer pomadas y mixturas que nosotros no conocemos. ¡Podrías ayudarnos en eso! —le dijo Luis para animarla, guiñándole un ojo y arropándola.

Lola se limitó a asentir con la cabeza y a sonreír. ¡Se sentía tan cansada!

—A ver si esta noche puedo hablar contigo —contestó débilmente la chica—. Tengo muchas cosas que contarte... Te dije que el Círculo sabe más o menos dónde estás... podrían encontrarte... tu amigo Álvaro de Urquijo te está buscando...

—Shhh —la mandó callar—. No te preocupes por eso.

—Pero es que hay muchas cosas que debes...

—Calla —le repitió él poniéndole el dedo en los labios—. Ya hablaremos, primero reponte y luego me cuentas todo, qué sucede en Madrid, qué ha decidido la Junta y Floridablanca... Sí, hasta aquí nos hemos enterado de la formación del gobierno rebelde, pero sabemos que se ha constituido y poco más. No sabemos qué órdenes tienen.

—Se han marchado a Sevilla...

Floridablanca, la marquesa y... —Bueno... no hay prisa, luego cuando vuelva si estás más espabilada me cuentas todo. Lo primero explicarme cómo

demonios me has encontrado y qué haces aquí. Ha sido una imprudencia y lo sabes. Ya ajustaremos cuentas tú y yo

—dijo sonriéndole—. Te podría haber pasado algo. El viaje ha sido muy peligroso y yo me habría puesto en contacto con vosotras cuando lo hubiera considerado seguro...

—¡Pero te creímos muerto! Hemos pasado unos meses horribles... Teníamos que encontrarte.

—¡Os avisé al Cortijo! Supuse que habríais abandonado el convento y os habríais marchado a La Carolina. ¿Cómo me iba a imaginar que habríais cogido el petate y os habríais ido todas a Madrid? ¿A quién se le ocurrió semejante locura?

—Las convencí yo —dijo Lola reconociendo su parte de culpa en toda aquella aventura.

—Sí, ya me imagino. La carta iba cifrada con aquel juego de puntos y rayas que de niños practicábamos, ¿te acuerdas? —le dijo y ella afirmó—. Estaba seguro de que en cuanto recibieras esa misiva y la leyeras, sabrías que se trataba de mí...

Luis calló. Lola acababa de quedarse dormida plácidamente. La comodidad de la cama, el calor de la chimenea encendida y la seguridad de haber llegado a buen puerto la había ayudado a conciliar el sueño. Comprobó que ya no había fiebre y salió a la calle. Mirando a su colega le pidió que no hablara mucho de ella con nadie.

—De momento diremos que es mi prometida. No quiero que se sepa que es mi hermana. Solo siendo mi mujer estará a salvo de tanto gallito de corral como anda por ahí suelto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Luis. Por mí no se sabrá que la *gachí* es tu hermana, aunque reconozco que está de toma pan y moja —soltó una carcajada estruendosa— y que más de uno querría flirtear con la moza. Espero que nadie se sobrepase con ella y si lo hacen, habrá que darles dos hostias...

—Gracias —contestó Luis dándole un golpe sonoro en la espalda.

Sus hombres eran buena gente, pero vivían en condiciones difíciles, no había mujeres para todos y a veces bebían más de la cuenta. Era mejor evitar el peligro y estaba claro que sería más difícil proteger a Lola si se sabía que no estaba con ningún hombre.

Después de tantos meses de viaje hacia el sur se sentía exhausto. No había imaginado al salir en diciembre, con toda aquella recua detrás, el tormento que iba a ser aquella parsimoniosa caminata arrastrándose de pueblo en pueblo, de venta en venta, con la polvareda pegada a sus botas, el ganado famélico, la gente cada vez más agotada, escasez de víveres... A él, que había sido un viajero impenitente y que durante años había recorrido media Europa, aquel trecho se le estaba haciendo eterno. ¿Es qué no iban a llegar nunca a su destino?

—¿Señor, algo más? —le preguntó un lacayo a su servicio después de ayudarlo a quitarse las botas de montar y Álvaro negó con un gesto. Estaban en una destartalada y miserable venta, camino aún de Sevilla, pero no sabía ya ni en qué pueblo o cortijo se encontraba de tantos como había atravesado en las últimas semanas.

El encargo que le había hecho el Gobierno era un disparate, pero las órdenes eran órdenes y había que cumplirlas. Prácticamente la mitad del personal que había salido con él del Sitio se había quedado por La Mancha, creyendo que alejados de la capital estarían más seguros. La mayoría de estos habían retornado a sus pueblos natales o se habían dirigido hacia sitios donde tuvieran familia que los pudiera acoger, pero a pesar de que el grupo se había reducido en tamaño de forma considerable, todavía eran cientos de personas las que viajaban con él y miles las cabezas de ganado las que arrastraba consigo. Viajar de esa forma era pesado y complicado, sobre todo si, como les había sucedido a ellos, les había pillado el invierno y la época de lluvias.

El viaje parecía gafado. La salida ya la había hecho con mal pie, colérico después de descubrir el plantón que le había dado la señorita Monforte que había desaparecido de palacio sin esperarle, sin siquiera decirle adiós, en medio del caos mientras él se encargaba de los heridos en el patio. Después habían tenido que reponer todos los carros destrozados por la turba —algo complicado teniendo en cuenta que la mayoría habían sido ya requisados por otros destacamentos que se los habían llevado— y luego poner paz en las pugnas por el orden en la fila de la comitiva. Daría igual ir primero o segundo,

pero no todos lo entendían así y hasta se había tirado de navaja para asegurarse un buen puesto.

—¡Señores, que nadie se va a quedar aquí, que todos ustedes estarán protegidos por la escolta que llevamos! —les había dicho, pero aun así había habido complicaciones hasta el último minuto.

A Álvaro ya le había parecido temerario querer atravesar medio país con toda esa gente, los heridos que llevaban, el ganado, llegar con ellos a Sevilla y en caso de que allí fuera imposible quedarse, a Cádiz, pero eran las disposiciones recibidas. Además había tenido que proteger con especial vigilancia los carros de armas para impedir que ante cualquier susto, la gente intentara robarlas otra vez. El río de archivos, armas, enseres, jaulas, mulas tordas, vacas suizas, alforjas, carromatos, mocosos llorando y mujeres y hombres silenciosos había empezado a moverse como si de un ente vivo se tratase; había sido surrealista.

Hasta dejar atrás La Mancha, el camino había sido francamente una locura. Habían avanzado tan despacio, les había cundido tan poco, que se había preguntado si no tendría que mandar mensaje a Floridablanca y pedir otro mandato porque así nunca llegarían a Sevilla y era posible que los registros y las armas las necesitasen antes allí. Ahora, por fin, se dijo esa noche, recostado en un camastro maloliente, estaban en las puertas de la ciudad hispalense. En unos días se reuniría con

Jovellanos, Floridablanca y la marquesa... podría, ¡por fin!, liberarse de aquel escandaloso gentío... En eso habían quedado al despedirse, pero el último correo se lo había dicho, en Sevilla ante el avance brutal de los franceses se estaban pensando o retroceder hacia Trujillo, donde habían estado primero, o trasladarse definitivamente a Cádiz. Cabía la posibilidad de que cuando él por fin llegase, los demás se hubiesen ido — pensando en eso, harto, se lio un cigarro y se asomó a la ventana. Una brisa cálida y húmeda le acarició el rostro.

En eso llamó a la puerta entreabierta una muchacha sucia y despeinada con un delantal lleno de manchas.

—¡Señó!, un caballero *mu educao* y de categoría pregunta por usted! —dijo la sirvienta.

—¿De quién se trata, le ha preguntado el nombre? —preguntó Álvaro con voz inaudible, cansado.

—No, *señó*. ¡Qué ocurrencia! La dueña dice que si le deja subir o baja.

Álvaro decidió asomarse al corredor interior a ver de quién se trataba. Si era necesario bajaría, pero si era de confianza, preferiría que subiera a su cuarto y cenar allí. Estaba agotado y no tenía ganas de música, ni de jaleo. Por entre los barrotes de la barandilla de madera carcomida divisó a un hombre bien vestido que le saludaba con el sombrero en la mano. El humo y la oscuridad del fondo le impedían reconocer de quién se trataba; agudizando la mirada reconoció a su amigo Ordóñez. Muy sorprendido le saludó y le indicó que se acercara.

—¡Qué me aspen si te esperaba aquí! ¡Grandísimo tunante!, ¿qué haces por estos lares! —dijo dándole un fuerte apretón de manos. La alegría asomó a sus ojos. La verdad era que agradecía una cara amiga después de tantos días sin tener nadie con quien hablar. A excepción de con sus dos edecanes, con el sargento Peralta que le sacaba de quicio y con dos o tres compadres que a diario iban a darle la monserga, apenas si había cruzado palabra con nadie en muchas semanas. Uno podía estar rodeado de una muchedumbre y sentirse solo.

—Pues ya ves —contestó el otro devolviéndole el fuerte abrazo.

—Me vas a venir bien para ponerme al día, estoy bastante desinformado. A excepción de algún que otro correo no se de nadie. ¿Qué tal tú? ¿Dónde has estado? ¿Has sabido algo... de la familia de Villar, de sus hermanas o de la señorita Monforte? —dijo intentando que el otro no sospechara de su interés.

Ordóñez dio unas monedas a la criada que se inclinaba exageradamente ante sus palabras corteses y le ordenó subir el equipaje. El antepecho estaba medio caído por el suelo y abajo había ya mucha gente. Esa noche habría alguna fiesta. Una guerra contra Napoleón no parecía suficiente excusa para dejar de divertirse, debían pensar los lugareños, que en ese momento corrían sus sillas al centro del patio empedrado y lleno de geranios y llevaban con ellos sus guitarras. En la posada solo se habían alojado Álvaro y algunos de los viajeros que aún seguían la ruta: comerciantes, peones contratados que llevaban las realas de vacas, yeguas y ovejas al sur, jóvenes que bajaban a Sevilla para dejar a buen recaudo a sus familias y fortunas antes de marcharse al frente... los demás lo hacían en sus propios carromatos o en tiendas de lona en el exterior. Juan sonrió a Álvaro y ambos entraron en el cuarto cerrando cuidadosamente la puerta.

—¡Siéntate y cuéntame! ¡Qué gusto verte. Si tardo más en poder hablar con alguien, termino loco.

—Pues no se puede decir que vayas precisamente solo —soltó el otro riéndose.

—Pero ya ves, las apariencias engañan. ¿Cuéntame cómo van por ahí fuera las cosas? Me ha llegado que los gabachos esta vez no han tomado represalias de la ciudad, pero que en otros sitios está la cosa que arde. En Zaragoza. Eso me contaron hace unos días dos viajeros.

—Si en Zaragoza ha sido un crimen, una escabechina... Los franceses han tomado prácticamente la mitad de la península. El norte es suyo y Zaragoza a pesar de su heroica resistencia, ha caído. Ha sido la destrucción total, solo quedan cenizas, ruinas y cadáveres. Palafox tuvo que rendirse, no le quedaban hombres y estaba enfermo. —¿Y Madrid...? —preguntó con ansiedad.

—Madrid sigue a lo suyo. Las calles están solitarias y nadie saluda al nuevo rey, pero en estos primeros meses tampoco parece una ciudad tomada por el enemigo. La gente se reúne en sus casas, insulta a los franceses en ellas y, después, el que puede sale a trabajar. Muchos han tenido que volver a sus puestos, tomados por los franceses, que los han amenazado con despedirlos si no juraban a José I como rey y a la Constitución de Bayona como ley suprema de España. La gente tiene que mantener a sus familias y comer, la mayoría ha firmado. Es comprensible. —Pues si en el norte andan a sablazos y tiros, no creo que tarde mucho en llegar el humo a Madrid —comentó Álvaro.

—Eso seguro... la quietud es falsa, en cualquier momento la situación explotará como en mayo pasado.

—Tómame algo —le dijo el duque— y a pesar de los pesares brindemos... Seguimos vivos y el país aún puede resistir —dijo, pero el otro torció el gesto.

—Ya veremos... Urge hacer algo con el Norte. Tenemos mucha gente, pero muy desorganizada... Si consiguiéramos darle forma a los miles de hombres desperdigados que hay por todas partes, podríamos tener fuerza.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—¿Se puede? —entraron de nuevo dos mozas con el servicio, unos platos desconchados de loza marrón y algo de carne, una sopa de ajo, pan recién hecho y unas aceitunas. Juan se sentó en la tosca silla de madera junto a su amigo y ambos degustaron en silencio los alimentos. Estaban terminando de

cenar cuando Álvaro preguntó a Juan cómo le había encontrado.

—¿Sabías que estaba aquí o ha sido casualidad que me encontraras?
¿También vas a Sevilla o has venido a verme por algún motivo?

—Ambas cosas —le contestó mientras disfrutaba aspirando el olor del cariñena de su copa—. Voy a Sevilla a reunirme con miembros de la Junta para informar de la situación en Madrid y los contactos con algunos afrancesados del norte que podrían sumarse a nuestras fuerzas a pesar de sus ideas. También a recoger órdenes para los próximos meses. Sabía que por el camino te encontraría, aunque no por dónde andabas exactamente. La marquesa me informó por carta que ibas muy lento y que no sabían cuando llegarías... así es que he venido buscándote, parada por parada, hasta que he dado con esta.

—Entiendo —replicó el duque que le rellenó la bebida.

—Tenía ganas de hablar contigo. No lo hago desde el día que juramos la Suprema en el Sitio y tengo muchas cosas que decirte... algunas buenas y otras no tanto.

Álvaro le observó intrigado. Desde luego lucía buen aspecto, llevaba la ropa limpia y no presentaba las mismas ojeras y barba de varios días que él. Su pelo castaño iba perfectamente cortado, la barba rasurada... su viaje no había sido tan duro.

—Respecto a Luis Villar, Bellavista no ha dicho ni mu... si han contactado con él, no lo sé. Lo que me pedías en tu carta sobre el paradero de la señorita Monforte tampoco lo he podido resolver. Nadie sabe nada de ella desde hace tiempo. Supongo que estará con su familia. Al regresar a Madrid visitó a las hermanas Villar, pero luego no he sabido nada más de ella ni la he visto, y sobre tu familia te diré que tanto tu madre como tu hermana Inés siguen en Málaga, yo creo que seguras, y no saldrán de allí hasta que tú no lo autorices. Luego hay otro tema que me gustaría comentarte...

—Bien, dime.

—Voy a casarme —dijo Juan.

—¿Qué?? —Álvaro se sobresaltó.

En quien primero pensó fue en Sol Monforte, pero era raro. No podía ser. Acababa de decir que no sabía nada de ella hacía meses. ¿Y aun así iba a proponerle matrimonio? No se atrevió a preguntárselo. Si su contestación era la que se temía, él se sentiría morir. Lo comprendía con toda claridad en ese

instante. Hacía semanas que no pensaba en ella. Se lo había prohibido así mismo, no le convenía. El instante de cólera que había sufrido al separarse, al comprobar que se había marchado sin una palabra, que le había tomado el pelo como a un pardillo imberbe, le había puesto frenético. Durante los primeros días la había llamado de todo, la había acusado de andar coqueteando con todos sin decidirse por ninguno: Ordóñez, De la Vega y hasta él mismo. No sabía si su insensato comportamiento era fruto de su carácter interesado, de que algo andaba buscando o de su inconsciencia, pero luego recordaba la pasión que surgía entre ellos cada vez que estaban juntos y de nuevo su corazón latía tempestuosamente.

“Maldita mujer”, pensó para luego rogar mentalmente que no fuera con ella con quien su amigo fuera a casarse.

Juan se levantó a curiosear por la habitación al oír el folclore y dos jovencitas se arremolinaban las sayas bailando una seguidilla. Álvaro se decidió a preguntarle.

—Bueno, ¿no me lo vas a decir?

¿Quién es la afortunada?

—Lola Villar —respondió tranquilamente el otro.

Y Álvaro soltó un suspiro de alivio en un gesto que no pasó desapercibido a su amigo. Sonrió y le dio la mano como enhorabuena, retomando el buen humor de hacía un rato. A voces desde la puerta pidió a la criada que subiera otra botella de licor. La noticia había que festejarla.

—¿Cómo ha sido? Hasta donde sé la muchacha te parecía bonita, pero sosa.

—Ya ves como son las cosas. Es cierto que es un poco retraída, pero no es sosa, solo algo tímida. Cuando se la conoce es inteligente, sincera, leal, divertida... Ya te comenté el último día que había ido a visitarla...

—¡Para, no sigas! No tienes que darme explicaciones. Si es la mujer que te gusta, adelante —dijo haciendo un gesto con sus manos—. ¿Cuándo será la boda? ¿Se lo has pedido ya y te ha aceptado?

—Oficialmente aún no se lo he pedido, pero he hablado con ella y sé que me aceptará —dijo el otro sonriendo ufano—. Cuando vuelva de Sevilla pediré oficialmente su mano. Espero que nos casemos lo más pronto posible; este mismo año, si es posible este verano.

—Veo que lo tienes muy claro — comentó sorprendido Álvaro.

—Sí —contestó mirándole de reojo—. Más que tú. Por cierto, ¿cuándo te casas con Leonor? ¿No decías que sería este año? ¿Tienes algún plan?

—Pues no. En estos momentos, con la guerra... sin saber donde estaré un día u otro, es difícil hacer planes.

—Ya. ¡No digas necedades! Lo que pasa es que no sabes cómo ir alargándolo, pero finalmente tendrás que hacerlo... a no ser que rompas el compromiso. Prometerte a ella, fue un error y lo sabes —dijo mirándole y el otro se encogió de hombros—, pero nunca es tarde para remediarlo. Busca una excusa y rompe.

El silencio invadió la estancia. El duque se asomó también a la ventana. El jaleo iba en aumento, los punteados de guitarra sonaban con fuerza y un hombre zapateaba encima de una tarima.

—No sé cómo hacerlo —reconoció finalmente Álvaro—. Y sería indigno por mi parte. Nuestras familias concertaron el matrimonio hace años y lo anunciamos públicamente hace casi dos. Además, Tendré que casarme, lo mismo me da Leonor que otra.

—Mientes y lo sabes —contestó el Ordóñez bebiendo de su copa.

—No, no miento. Heredar un título como el mío conlleva unas obligaciones y necesito descendencia. No amo a Leonor, lo sabes, pero su fortuna y la mía, sus tierras y las mías, harán que mis hijos sean unos usufructuarios muy importantes. Tampoco necesito una mujer en mi casa que me caliente el corazón —dijo bebiendo—. Puedo darme un revolcón con quien quiera sin que ello tenga por qué suponer ningún problema en mi matrimonio.

—Es verdad que muchos matrimonios funcionan así, aunque yo los considero antiguallas, pero con Leonor, con lo celosa y absorbente que es, lo dudo.

—Tendrá que ser. Romper con ella es imposible.

—Pues no creas que sería tan difícil. El comportamiento de Leonor dista mucho de ser el adecuado para la futura mujer de un Grande de España. Últimamente su nombre va de boca en boca. Acepta las invitaciones de los franceses, asiste a sus bailes y saraos, es asidua a sus mesas de juego e incluso se ha dejado ver en su carruaje junto a un general franchute del que no se separa. ¡Es la comidilla de la capital! —dijo volviéndosele.

—¡No puedo creerlo! —estalló enfadado Álvaro—. Me parece vergonzoso que se comporte así. Y sus padres, ¿cómo la dejan hacerlo?

¿Cómo no me lo has dicho antes?

—No sabía cómo te lo tomarías. Y respecto a sus padres, sabes que siempre le han consentido todo. Ella parece desquiciada, no sé a qué está jugando, pero no para de generar habladurías y ser el centro de los chismes de medio Madrid. Tendrías que hacer algo al respecto. Está poniéndote a ti y a tu nombre en un brete. Si quieres romper con ella, no encontrarías mejor excusa.

—Pues mira —dijo furioso—, puede que lo haga. No puedo tolerar ese comportamiento. ¿Por quién me ha tomado? ¡Y con los cabrones esos de los gabachos! ¿Se ha vuelto loca?

—Cálmate, pero piénsatelo.

—Bueno —reconoció Álvaro—. Y además hay algo más... Hay una mujer que me gusta, aunque no tengo claro que ella sienta lo mismo que yo. Si no te he dicho nada hasta ahora es porque temía que te importunase, que te doliese... es Sol Monforte, la sobrina de M^a Teresa.

—Vaya, vaya, interesante, aunque lo sabía o lo sospechaba. Podías habérmelo contado sin problema, somos amigos —y le dio una palmada en la espalda.

—Las cuestiones de faldas y mujeres siempre lo complican todo. No seríamos los primeros amigos que terminan una relación de años por una mujer y tampoco sabía si la Monforte valía eso. Mis sentimientos por ella son... complejos. Me excita tremendamente, pero no sé si eso es suficiente para perder una buena amistad o romper una obligación.

—Sí, *complejísimos* —dijo el otro riéndose—. Solo hay que verte la cara que pones cuando la ves o cómo hablas de ella. Os he visto a ambos en acción y saltan chispas entre los dos. No sé cómo de enamorada estará ella, pero a ti te veo francamente mal... Bienvenido al grupo —dijo riéndose—. Ya era hora. Fíjate que había creído que no habría mujer que te echara el lazo, pero al final va a resultar que eres como todos.

—Tampoco digo que me haya echado el lazo ni que esté pensando en ir a correr a pedirla en matrimonio, solo digo —dijo señalándole con el dedo— que me gusta. Que me gusta mucho... Punto.

—Pues si buscas algo con ella te recomiendo que primero dejes zanjado tu compromiso con Leonor. Si no quieres que la marquesa te saque los ojos, no te acerques a su sobrina sin intenciones claras. Es muy protectora con ella.

—No te precipites. Ya te he dicho que lo de cortar con Leonor tengo que

pensarlo. Pondría todos mis planes futuros patas arriba... no sé... y además tampoco sé que siente por mí Sol. Ya la viste este tiempo atrás tonteando con De la Vega.

—Pues eso, espabila, no dejes que se te adelanten. El De la Vega ese es un espabilado... Ve de frente con ella, parece de armas tomar. No será una mujer fácil. Y si a eso le sumas la influencia de la marquesa. ¡te compadezco!

—No corras tanto. Además, ¿crees que es realmente su sobrina? Yo tengo la sensación de que se traen entre manos algo, que a esa muchacha la conozco...
no sé.

—Pues no sé. No sabía que albergaras esas sospechas. Yo no me lo he plantado. Si M^a Teresa dice que es sobrina suya, lo será. ¿Quién iba a ser si no?

—No sé, serán cosas mías, pero la verdad es que a veces he tenido el presentimiento de que mentían, ella y la marquesa...

—Pues no corren buenos tiempos para andar por ahí con desconocidos, dejándolos vivir en tu casa, y menos alguien como M^a Teresa que vive en el ojo del huracán.

—Serán imaginaciones mías, será que esa joven me hace perder la cabeza...
Y Juan estalló en risas.

—¡Bienvenido al mundo del resto de los mortales!

—La verdad es que a las mujeres no hay quien las entienda, nunca lo he hecho y nunca me lo he propuesto, pero con esta es distinto. No sé qué me deparará el futuro, si me casaré o no con Leonor, pero sí sé algo, deseo a esa mujer, necesito conquistarla, y eso es algo que nunca me había pasado. Tampoco sé por dónde empezar, así es que en eso no me diferencio mucho de los demás.

—Eso está bien, me reiré mucho si te veo morder el polvo, pero te lo advierto: jugar con Sol Monforte es jugar con fuego. El de M^a Teresa, que ya sabes lo buena dragona que es y la puntería magnífica que tiene, y el de ella misma. Ten cuidado de no abrasarte.

—No lo haré...

Capítulo 13

Poco a poco volvió el color a la cara de Lola. El aire puro de la montaña, el ejercicio físico y la felicidad le permitieron superar el mal bache. Luis no había querido presionarla con muchas preguntas hasta que no estuviera realmente sana; en realidad había estado bastante peor de lo que ella misma creía. El enfriamiento sufrido había derivado en una neumonía y en aquel lugar, y con los pocos medios sanitarios de que disponían, recuperarla había sido una tarea ardua en la que habían colaborado todos los vecinos del poblado. Las mujeres la habían aseado, cuidado en su delirio, bañado en paños de agua fría, ayudado a alimentarse y a caminar; la habían animado con sus historias y sus vidas cotidianas... Lola había podido ir conociéndolas poco a poco, encariñándose con ellas.

Los hombres estaban siempre ocupados, pero aun así habían llevado provisiones para que nada le faltara. Siempre había tenido buena comida y buena leña y las pocas medicinas que le habían dado habían tenido que robárselas a un destacamento francés. Su hermano había estado muy preocupado, pero al ir viendo como recuperaba poco a poco su energía, se había ido tranquilizando. Ahora, sentados a la luz de una buena lumbre, con Lola riendo las ocurrencias del Berzas, Luis se animó a hacerle algunas preguntas. El amigo se marchó disculpándose, dejándoles solos. Aunque Lola llevase más de un mes en el campamento, no habían tenido ni un minuto de intimidad.

—Te veo mucho mejor. Si sigues así podrás marcharte pronto a Madrid — comentó él.

—¡Me acabo de poner bien y ya quieres echarme! —le criticó entre risas Lola.

El tono que usó era distendido, pero sabía que estaba jugando con fuego y que su hermano no aprobaba ni el viaje que había hecho ni su continuidad en el campamento. Si quería quedarse un tiempo allí, tendría que andarse con los pies de plomo. Jugar bien sus cartas.

—Sabes que este no es un sitio apropiado para ti, para una jovencita de

buena familia, criada en un convento y que pronto deberá casarse. ¡Deberías estar buscando novio y terminando el ajuar, no aquí! Este un lugar muy peligroso. En realidad no deberías haber venido nunca. Ha sido bastante insensato por tu parte.

—Tenía que encontrarte y advertirte, tú hubieras hecho lo mismo por mí, y no me hables como a una muñequita tonta. Ya sé que esto es peligroso, ¿pero cómo te crees que está ahora Madrid? ¿Cómo están en todas partes? Esta zona es tan peligrosa como otras y como lo es también para ti.

—Yo estoy luchando.

—Yo también puedo hacerlo —dijo y su hermano soltó una risotada. Lola se le quedó mirando. Se le veía más delgado que nunca. Su cara dulce había cambiando de la última vez que le vio, de eso hacía casi tres años. Tenía las mejillas chupadas, la nariz algo ganchuda, el pelo ceniza le caía cortado no a la última moda como antes, sino a machetazos. En vez de sus elegantes camisas y cuellos de blonda de seda llevaba una sayuela de felpa descolorida y un pantalón de algún batallón

desconocido color chocolate, pero se le veía lleno de vida, de energía, convencido de lo que hacía.

—Las mujeres también pueden luchar, y si no ahí tienes a Agustina en Zaragoza y a Manuela en Madrid y a tantas y tantas que desgraciadamente darán su vida o la de los suyos. Este país es tan mío como tuyo, y te recuerdo que sé manejar una escopeta mucho mejor que la mayoría de tus hombres y montar a caballo y tengo conocimientos de botánica. ¡Déjame quedarme!

—Eso es impensable.

—Si me obligas a irme, tendré que hacerlo, pero que me vaya de aquí no significa que me vaya a Madrid... Me alistaré en cualquier otro grupo.

—¿Estás loca? —le preguntó enfadado, sabiendo que esa loca de hermana que tenía era capaz de eso. ¡Si la conocería!—. Ahora me doy cuenta de la razón que tenía tía María... eres una indomable, una incorregible. ¿En qué estaría pensando padre cuando te educó?

—Antes te gustaba que fuera así —le contestó—. Antes decías que era tu alma gemela.

—Pues ahora no y quiero que te marches y mis hombres te escoltarán a Madrid quieras o no. No puedo permitirme tenerte aquí y que te pase algo. No puedo estar cuidándote a cada hora. Puede que tenga que ausentarme varios

días y entonces, ¿quién te cuidaría?

—Yo, ya soy mayorcita —dijo ella colérica— y es más, si no fuera tu hermana aplaudirías poder tener a alguien como yo en este poblacho. Sé hilar, cocinar, reconozco multitud de plantas, he aprendido a hacer unturas y cataplasmas varias, y tengo una puntería de mil demonios.

—En Madrid estarás mucho más segura. En cuanto llegues debes recoger a las demás y regresar al cortijo.

—¿Crees que son seguros los caminos de aquí a Madrid? —le preguntó ya histérica—. ¿Sabes la pesadilla que fue llegar hasta aquí? ¡No me veo con fuerzas para un viaje similar de vuelta! No, al menos por ahora. ¡Déjame unos meses y si veo que es realmente muy peligroso estar aquí, yo misma te pediré volver a casa, te lo juro, pero , mientras, déjame ayudar aquí en lo que pueda! ¡Hasta que esté al cien por cien!

—¡Está bien! —dijo resignado el joven—, pero hasta que estés al cien por cien.

Lola supo que había ganado esa batalla y que podría quedarse. De buena gana habría aplaudido o saltado, pero se contuvo. Si tenía que hacer el teatro de que aún estaba enfermita debía ser creíble, pero su sonrisa feliz la delato.

—Y que sepas que no engañas a nadie —terminó añadiendo su hermano y Lola soltó una risotada.

Sin decir nada más, sin querer tentar a su suerte, se dispuso a limpiar los cacharros de la cena en un barreño y a doblar unas ropas. Luis siguió arreglando a la luz del fuego una escopeta destartada. Tenían tan pocas armas que esto los obligaba a reparar y apurar las pocas existentes una y mil veces, aunque se les cayeran las piezas a cachos y estuvieran en un estado lamentable.

Se había acercado mucho a la lumbre. El pelo rubio le caía por la frente y el sudor resbalaba por sus mejillas. Hacía demasiado calor en la habitación, pero no quería que Lola volviera a enfriarse.

Las largas patillas le llegaban hasta la boca, y la camisa era dos tallas más grande. Lola pensó que no iba precisamente hecho un primor, como cuando llegaba a recogerlas al convento todos los veranos causando furor entre las internas, pero así, pensó, se le veía incluso más guapo. En eso no había cambiado. Era igual que su madre, y que Isabela, con ese cabello de un rubio ceniciento oscuro, ojos verdosos de un tono indefinido, nariz ligeramente

ganchuda... y ahora un rostro mucho más definido y masculino. Tenía la piel bronceada después de tantos meses a la intemperie, la sonrisa franca y la mandíbula dura. No era extraño que hubiese algunas mujeres en la aldea que la hubiesen lapidado con la mirada al creerla su mujer. Una risa se le escapó.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él y ella se encogió de hombros sin soltar prenda—. Si al final decides quedarte podrías enseñar a las mujeres a disparar las armas. Hasta ahora hemos tenido pocas balas, pero estamos produciendo muchas y podríamos dedicar unas pocas a enseñarles a hacer una diana. La mayoría no sabe manejar ni pistolas ni escopetas y en un cuerpo a cuerpo con un francés llevarían todas las de perder. La faca no es suficiente —le comentó a su hermana, sin levantar la cabeza.

—Sabes que no me iré aún —rio Lola — y que ayudaré a afinar la puntería a tu gente. De todas formas quiero esta tarde o mañana echar un vistazo con Pepa y Carmen por la zona para recoger plantas. Veremos de qué especies disponemos por aquí y qué ungüentos podemos preparar. Nos vamos a acercar, ya lo he hablado con ellas, hasta los dos conventos más próximos, el de San Pedro y el de Santa Úrsula, para que las monjas nos den todas las telas que tengan. Ahora no es momento para bordados. Necesitamos telas blancas, buenas y limpias para preparar vendajes. Por cierto, hay muy pocas medicinas, tendríais que robar más.

Luis se rio.

—¡Para! Me agota escucharte. ¡Qué sargento se perdió nuestro ejército contigo! ¡Qué lástima que no nacieras hombre! No llevas aquí ni un mes y ya estás organizándome el campamento. En cuanto me descuide, me hechas. ¡Apañado va el que se enamore de ti!

Y Lola giró bruscamente la cara, sonrojada, hacia otro lado. Temía ser transparente y no quería que su hermano la descubriese. Además, había sido oír la palabra amor y pensar en él... Álvaro de Urquijo. Incluso temía haberse delatado en esos días convalecientes y era un amigo de su hermano... Luis no aprobaría jamás lo ocurrido con el duque. Le conocía, sabía que estaba prometido, que tenía un pasado demasiado turbulento, que lo suyo sería poco menos que una relación adultera, le pondría la cabeza como un bombo. No, mejor que no supiera nada. Que ni lo sospechara.

Luis se dio cuenta de que Lola miraba afligida hacia otro lado y le preguntó directamente:

—¿Estás enamorada de alguien? ¿Hay algo que quieras contarme y que aún no hayas hecho? —dijo cogiéndola de la barbilla y mirándola a los ojos. ¡La conocía tan bien!

—No, claro que no —mintió ella. Envalentonándose y con el fin también de cambiar de objetivo le preguntó a su vez:

—¿Y tú? ¿No estás enamorado?

Porque por aquí algunas mujercitas no paran de suspirar por tus huesos y a alguna, creo, le ha sentado francamente mal mi aparición. No sé si ha sido buena idea hacerme pasar por tu novia... alguna podría darme una paliza.

—¡No seas graciosa! —dijo empujándola—. Bueno, alguna escaramuza he tenido, pero nada importante. No estoy yo para romances con el aliento de esos cabrones de gabachos en el pescuezo. Si en cuanto te descuidas te han volado. No tengo tiempo de enamoramientos; solo me faltaba eso —dijo soplando el fuego de la chimenea que comenzaba a apagarse.

—Por cierto, dado que ya sé donde están las demás, he mandado una misiva con uno de mis hombres a Madrid para que les llegue a Isabela y a los tíos anunciando que estás conmigo y que te quedarás un tiempo hasta que mejores. Así se quedarán tranquilos.

—Has hecho muy bien.

—Sé que eres terca, no me extraña que se te haya encaprichado venir y lo hayas logrado... Lo que no sé es como tía María no te ha estrangulado o como Isabela lo ha permitido. Deben estar perdiendo facultades.

—O yo ganándolas. Si nos hubieras avisado antes, te hubieras evitado todo esto.

—Te lo dije el otro día, pero veo que no me escuchaste. Te envié una carta cifrada al cortijo, con un nombre falso que tú enseguida habrías identificado... Era una manera de tranquilizaros, pero claro, ¿cómo me iba a imaginar que en vez del cortijo estabais en Madrid?

—No me arrepiento de haber ido a Madrid y de haberte buscado. ¿Qué íbamos a hacer en La Carolina? ¿Quedarnos y esperar llorando? Además, sabes que ya no hay nada seguro: ni el convento, ni el pueblo ni nada. El peligro está en todas partes. Has comprobado por ti mismo la inseguridad de las zonas rurales... todas las vías de comunicación están cortadas, se están destruyendo haciendas, iglesias, cortijos...

—Sí, no hay un solo lugar seguro en este país...

—Pero aunque lo hubiera me alegro de estar aquí contigo. No sabes cómo te he añorado, qué ganas tenía de verte, cómo necesitaba creer que seguías vivo...

—Yo también me alegro en realidad de verte, pero no me has contado aún cómo pudiste encontrarme. ¿Quién era ese hombre que dices que nos localizó a Fulgencio y a mí en la Tardienta? No supe de nadie que nos conociese...

—Dijo que vosotros a él no le habíais visto. Era, cómo decirte, canijo, unos cincuenta años, canoso, ojos oscuros, una mancha en la sien derecha —dijo Lola dándole pistas, pero Luis no supo de quien se trataba—. ¿Temes que eso te ponga en peligro?

—No lo sé... hay un topo. Eso es verdad. ¿Quién?, no lo sé, pero si sé que a mí estuvo a punto de costarme la vida y por lo que me has contado también a otros. Supongo que Bellavista estará de los nervios, pero yo no puedo volver. No hasta que descubra quién intentó matarme y menos ahora... Ahora tengo algo importante que hacer aquí. El norte está en una situación delicadísima.

—Pero si ese topo descubre que estás aquí podrías seguir en peligro. Por eso necesitaba advertirte de lo que pasaba.

—Estaré prevenido. De todas formas confío en Jovellanos, en Bellavista, en M^a Teresa, en Álvaro... no sé. Tiene que ser alguien próximo, en el núcleo, pero no puedo sospechar de ellos.

—¿Qué pasó exactamente? ¿Qué os sucedió? —le preguntó su hermana.

—Fulgencio y yo íbamos juntos. Los dos sufrimos el atentado. Nos dispararon a una distancia prudencial dos hombres encapuchados... no los reconocimos, pero aquello no parecía un asalto ni nada parecido. Viajábamos por caminos bastante escondidos y quienes estaban allí estaban esperándonos. Fulgencio llevaba además una misiva para un enlace en el norte que le robaron. Ese enlace es la otra persona que más tarde desapareció. No sabemos si a consecuencia de que el escrito le delatara o de otra manera, pero si me dices que Bellavista también cree que fue a consecuencia del topo, es que debió serlo. No sé...

—No terminas de confiar en nadie... y te entiendo. Haces bien en quedarte aquí, es más seguro que volver a Madrid, pero prométeme —le dijo— que tomarás precauciones.

Luis afirmó con la cabeza.

—¿Y el brazo? ¿Dónde te hirieron?

—Fue aquí cerca. Y fue una pierna que me rompí en la sierra. Un accidente. Si no llega a ser por esta gente —dijo rodeando con la mano el poblado— no lo hubiera contado. Me trajeron en parihuelas y me cortaron la infección. Les debo la vida. Una vez me recuperé le propuse a Fulgencio viajar a Madrid e informar a Bellavista de lo sucedido —tomando medidas—, pero estaba histérico... se negó. Al final no me animé a bajar yo solo y me quedé también aquí.

Luego los acontecimientos se precipitaron, Napoleón volvió a entrar en la península...

—Y decidiste quedarte

—Sí. El estallido de la guerra me pilló aquí y decidí devolver el favor a esta gente luchando por ellos. Necesitan a alguien que los organice y, además, gracias a mis conocimientos de química podía dirigir una planta de armamento, por eso me quedé. No quise asustaros, os envié, como te he dicho, una carta esperando que entendierais mi situación, volvierais a casa y esperarais allí. En ningún momento imaginé que te atreverías a venir hasta aquí, que trabajarías para el *Círculo* y te convertirías en una agente en tiempos como los que corren. Eres una inconsciente —dijo con cariño a su hermana, abrazándola.

—No me he convertido exactamente en una agente —mintió—, solo he dado mi palabra de ayudar a Bellavista a encontrar el topo.

—Pues de eso olvídate. Es muy peligroso. Tienen gente más preparada, que la pongan a trabajar.

Lola calló aunque tenía pensado seguir con el *Círculo*. Además, necesitaba personalmente descartar que Álvaro pudiera estar implicado de una u otra manera.

—¿Estás seguro de qué confías en M^a Teresa o en Álvaro?—insistió.

—Pondría mi mano en el fuego por ellos, por los dos, y, además, Álvaro es un amigo, pero es cierto que tiene que ser alguien de dentro, de muy dentro. No fue casualidad que nos atacaran a varios agentes... tuvo que delatarnos alguien que sabía con mucha anterioridad en qué andábamos. Tampoco tengo claro que fuera de la propia organización... no sé... hay que averiguarlo. ¿M^a Teresa qué opina?

—Lo mismo y Álvaro no sabe que yo estoy en esto, es más, no sabe siquiera que soy tu hermana Lola. Cree que soy la sobrina de la marquesa, una tal Sol

Monforte.

—¿Tienes orden de vigilarle a él también? ¿Hay sospechas de que él pueda estar implicado?

—No, tenía orden de que observara y vigilara a todos, no a él en concreto. Bellavista no quiere que sepa nadie que estoy trabajando como agente suya... Personalmente, tampoco creo que él esté implicado... Puede que sea un esnob insufrible —y Luis se rio—, un hombre arrogante, pero no le imagino como traidor. De todas formas, una explicación tiene que haber. ¿Qué opinas de Gonzalo de Sastre, ese petimetre redomado? Mucha peluca escarchada y carmín de labios, pero sus ojos son fríos y cínicos... y sus conversaciones me han parecido incluso sospechosas.

—No creo que ese remilgado sea un espía, pero tampoco lo descartaría totalmente.

—¿Y Enrique de la Vega? ¿No te parece demasiado radical... jacobino?

—Le conozco, me cae bien. Sé que es muy radical, que está mucho más cerca de Napoleón de lo que nunca podrá estar de Fernando VII, pero eso le ocurre a él y a muchos más. Yo no reniego del ideario francés, el problema es que no podemos permitir que nos ocupe un país extranjero y nos trate como a esclavos. No creo que Enrique sea un traidor, aunque te digo lo mismo que con los demás: tampoco se puede descartar. No podemos descartar a nadie. Vivimos tiempos muy revueltos. Y por necesidades desconocidas, dinero, venganza, por vete tú a saber qué motivo, uno puede venderse al enemigo. De todas formas, por lo que cuentas, no han vuelto a producirse más sabotajes.

—Sí, quienquiera que sea el traidor parece trabajar como el Guadiana, apareciendo y desapareciendo. Tal vez lo haga cuando le apetezca, cuando necesite dinero o cuando, por casualidad, se entere de algo...

—¿Podría haber parado la cosa?

—No, parar del todo no. Antes de abandonar el Sitio supimos de la desaparición de otro agente cerca de Toledo... Se lo oí comentar a Jovellanos. Detuvieron a un sospechoso, pero luego le soltaron. Álvaro parecía furioso, frenético, pero no debieron encontrar pruebas contra él. Curiosamente, el sospechoso, apareció muerto en un callejón de Madrid tres días después.

—¿Ves por qué quiero que dejes todo ahora mismo? Porque es extremadamente peligroso. Prométeme que lo dejarás todo y tendrás mucha

precaución.

—¡Te lo prometo!, pero tu prométeme

lo mismo.

—¡Te lo prometo! —dijo riéndose el joven.

Ambos se fueron a acostar. Por la mañana Lola saldría a recolectar plantas y Luis a fabricar pólvora. Había mucho que hacer y la primavera llegaba ya con sus días más largos y soleados. El intenso frío montañés empezaba a suavizarse; ya no quedaba nieve en las cumbres y el Jalón bajaba salvaje con sus aguas turbulentas del deshielo, atravesando bosques y desfiladeros a una velocidad de vértigo. El lugar era de una belleza sobrecogedora y Lola quería disfrutarlo.

Madrid. Junio de 1809

La discusión había resultado tensa, especialmente desagradable. Tener que decirles a Leonor de Astiazábal y a sus padres que rompía su compromiso, después de tantos años, había hecho saltar chispas y a punto había estado de darle un infarto al conde. Había sido complicado, pero para él un placer. Hacía dos horas de la discusión y Álvaro podía recordar cada frase, cada insulto y cada explicación. En ese momento sentía una total liberación. ¿Cómo se había dejado persuadir para casarse con aquella harpía? ¿En qué habría estado pensando cuando se lo propuso?

Muchas de esas preguntas le habían torturado en los últimos meses, desde que había ido poco a poco reconociendo que aborrecía a Leonor y que otro futuro era posible; desde que había aparecido una mujer en su vida que le había obligado a replantearse todo. Debía agradecerle a Ordóñez que con su lengua viperina y su cinismo le hubiese abierto los ojos, le hubiese ayudado a exteriorizar sus sentimientos, a reconocer lo que le estaba ocurriendo. Sí, no era solo deseo, como se había dicho a sí mismo, lo que sentía por Sol Monforte, era mucho más. Y al pensar en ella no lo hacía como en la aventura que estaba deseando tener, el revolcón que estaba deseando darse... Ella era para él algo más, mucho más y Leonor, con su estúpido e imprudente comportamiento, se lo había puesto en bandeja.

En la batalla entre la cabeza y el corazón había vencido este último. Sabía

que la ruptura de ese compromiso sería escandalosa, que supondría la discordia de dos importantes familias que hasta entonces habían mantenido vínculos matrimoniales, familiares y económicos muy importantes y duraderos, que Leonor podía ser muy vengativa y tratar de hacer algo, que para muchos era una insensatez y que, además, su apuesta por Sol Monforte era bastante insensata. Ella no parecía tener claros sus sentimientos hacia él o sus objetivos... Álvaro no sabía qué pensar de su estrecha amistad con De la Vega. No sabía si sospechar que solo fuese una manera de provocarle celos, cosa que tenía que reconocer que había sido fácil y algo a lo que las mujeres eran muy dadas, o si por el contrario estaba jugando con varios al mismo tiempo.

Lo que sentía por ella no era muy sensato, pero le hacía sentirse vivo. Una emoción como hacía muchos años que no sentía. Deseaba esos labios, ese cuerpo, esa sonrisa, esa osadía... la deseaba a ella... la quería. Sí, eso debía ser el amor... porque nunca había sentido nada igual. Y tenía razón Ordóñez: si todavía estaba a tiempo de conseguirlo, de ser feliz, por qué desaprovechar la ocasión. Vivían tiempos difíciles, podían estar muertos al día siguiente...

A quien más temía con todo aquello era a su madre. Conociéndola pondría el grito en el cielo. Había sido ella quien, junto a la madre de Leonor, lo habían organizado todo, quien le había estado presionando años y años, metiéndole en la sesera que era su obligación, que era lo que se esperaba de él, cómo debía ser su sucesora, y él se había dejado convencer. El tiempo, el roce, el comportamiento encantador de Leonor en aquellos primeros tiempos, su espléndida belleza, el que tampoco él se hubiese enamorado de ninguna mujer, el que todo se adaptara a sus necesidades como un guante... Había sido cómodo y había dicho sí. Y un día se había encontrado comprometido e incapaz de salir del apuro. Con resignación había cargado con él, posponiendo una y otra vez la boda, enfureciendo con su comportamiento a Leonor y a los Astiazábal, obligando a su madre a escribirle una y otra vez pidiéndole fecha y reformas en el palacio, al que también pensaba mudarse ella en cuanto su hija Inés se casara... Sí, respiró Álvaro aliviado, de buena se acababa de librar.

Porque la bella y modosa Leonor, la jovencita encantadora... una vez comprometida se había ido transformando. La había descubierto soberbia, celosa enfermiza, con un genio de mil demonios, dada a montarle numeritos, desagradable con sus amistades... Sabía que Juan la detestaba, pero no solo él, también Ramiro de la Cruz, otro viejo amigo ahora en

América, o el propio Villar. Si para él aquel había sido un compromiso por interés, para Leonor de Astiazábal lo mismo. No le había querido tampoco nunca... solo había querido su título, su dinero, su posición.

Sus últimas palabras al despedirse de él no habían sido de súplica o de amor. No había llorado de tristeza por perderle, sino de rabia y puro odio. Según salía le había lanzado una seria advertencia que más se había parecido a una maldición gitana.

—¡Te arrepentirás de esto! ¿Me oyes, maldito hijo de perra? ¡Te arrepentirás! — chillaba como loca por las escaleras detrás de él.

Álvaro había seguido bajando la escalinata sin mirarla, sin contestarle mientras la madre de Leonor lloraba, el padre amenazaba con denunciarle y su hija seguía vociferando, insultándole.

—¡Traidor, cobarde, sabandija, malnacido! ¡Dentro de unos meses, acuérdate de lo que te digo, serás tú quien venga a suplicarme que me case contigo! —le pronosticó mientras él cerraba la puerta de un golpe, sin esperar a que el mayordomo le diese su bastón y se marchaba de esa casa para siempre.

Sí, se sentía libre. ¡Por fin! Sonreía por la calle. Ahora podría acercarse a Sol y hacerle una propuesta en condiciones. Tenía razón Ordóñez, no era mujer con la que andar jugando. Si no le sacaba los ojos la marquesa, lo haría ella misma, pero claro, para cortejarla adecuadamente y después declarársele... primero tendría que encontrarla. Esperaba haber dado con ella una vez regresado a Madrid, pero no había sido así. Inquietándose, decidió que debía seguir buscándola. No andaría muy lejos.

Al volver a la capital se había encontrado una ciudad casi siniestra, silenciosa, muy distinta al torbellino que había dejado el verano pasado. Entonces había una multitud de destacamentos y regimientos españoles en la calle, aire de fiesta, mesas pidiendo alistamientos, bailes populares y ahora quedaba poco que celebrar. José I, el hermano de Napoleón, había vuelto y los franceses ocupado nuevamente la ciudad y el país. Reinaba el miedo, las delaciones estaban a la orden del día, se hablaba de fusilamientos y desapariciones misteriosas, del comportamiento desvergonzado y tirano de los soldados y piquetes galos que por mirarlos mal podían pegarle a uno un tiro en plena calle; eso producía frustración y rabia; que abusasen de sus mujeres, robasen en todas partes y no respetasen nada, también.

Después de la alegría por la victoria española en Bailén, los españoles se habían sentido envalentonados, pero desde el regreso de Napoleón las tropas nacionales no habían cosechado más que fracasos sonoros, derrotas sangrientas, las ciudades caían como naipes una detrás de otra, el gobierno rebelde también había tenido que huir camino del sur... y muy pocos confiaban en que aquello tuviese vuelta de hoja. Entre estos M^a Teresa o Jovellanos que seguían impertérritos, hablando de cómo cambiar el curso de la guerra, de pactos secretos, alianzas con unos y otros. Álvaro se preguntaba si estarían o no en lo cierto. Cada vez lo tenían más difícil.

—Estas son las cartas que el señor Jovellanos y el Presidente Floridablanca le han dejado —le había dicho un eficiente secretario a Álvaro cuando este por fin logró llegar a Sevilla. Como se había temido los demás se habían tenido que ir. Hacía días que iban camino de Cádiz. Él hubiera deseado encontrarse con ellos en la tacita de plata —nombre popular de la capital gaditana—, pero las instrucciones que le esperaban eran claras al respecto. Debía volver a Madrid ya y reunirse con agentes británicos que le estaban esperando. Más adelante tendría que hacer una incursión en el frente de Aragón donde era vital que estableciera contactos con líderes de la guerrilla y por último esperar sus siguientes instrucciones de regreso a la capital. Álvaro no podía desobedecer.

Esto le había impedido poder hablar personalmente con la marquesa para haberle pedido la dirección de su sobrina, para cerciorarse de si seguía en Madrid o había regresado a su casa en Extremadura. Le había enviado una carta

a M^a Teresa explicándole sus sentimientos... esperaba contar con ella como aliada, pero ella no había contestado. Álvaro no sabía qué pensar. Tal vez no estuviera de acuerdo con esa relación o tal vez no hubiese recibido la epístola.

El carruaje cubierto en el que iba atravesaba Madrid deprisa. Durante su recorrido le habían echado el alto tres veces y él había aprovechado para —vestido de afrancesado— darles la enhorabuena y agradecerles su ayuda a los gabachos en un francés perfecto. Durante varios días incluso había realizado inspecciones visuales de diversas zonas, comprobado que las caballerizas del Buen Retiro seguían ocupadas por varios destacamentos o que en el cuartel del conde duque, como en mayo cuando Murat, estaba la plana mayor. En ese momento, en medio de una fina lluvia, se dirigió a casa de las hermanas Villar.

Quería informarles de que según los últimos informes recibidos tenía buenas noticias de su hermano: su agente le había asegurado que Villar seguía vivo cerca de Zaragoza. Y por otro lado felicitar a Lola por su compromiso con su amigo Ordóñez. Juan le había comentado que ella había aceptado su mano y que el compromiso era firme, aunque aún no hubieran fijado la fecha de la boda. Álvaro deseaba realmente felicitar a la muchacha por haber hecho feliz a su amigo, un hombre bueno, brillante y leal. Juan se merecía esa felicidad y esperaba que ella lo hiciese posible.

Por las calles lluviosas, a cubierto en su birlocho con capota, desplegó el periódico, *La Gaceta de Madrid*, ahora con claro tufo profrancés. Se hablaba de las batallas victoriosas de los ejércitos imperiales de Uclés, de la media hora escasa que habían necesitado para derrotar a las tropas españolas en El Penedés, donde habían muerto varios mandos nacionales y perdidos más de tres mil hombres. Se enteró de la desbandada de algunos regimientos recientemente constituidos, del fracaso español en Medellín y de tantas pequeñas y grandes derrotas que no acabarían nunca, pensó cerrándolo. Se recostó con la cara pegada al cristal mientras fumaba un cigarrillo.

Si sus derrotas eran motivo de pullas, peores habían sido las burlas de los gabachos sobre la entrada en la península de tropas británicas. Habían llegado al puerto de la Coruña y habían tenido que salir huyendo a las primeras de cambio ante la presión gala. Se habían ido por donde habían venido después de sufrir graves bajas y de que su general al mando, John Moore, hubiese demostrado ser un demente. Hacía dos días que Moore había embarcado a la desesperada, dejándose a un montón de los suyos en tierra. Napoleón le había salido al encuentro con el mariscal Soult al frente y más de ochenta mil hombres experimentados.

—¡Hijos de Satanás! —dijo Álvaro, lamentando que las cosas fueran tan rematadamente mal. 1809 estaba siendo un desastre...

Seguía el traqueteo por las calles de Madrid y Álvaro continuaba enfrascado en la lectura de dos carpetas que portaba con recortes de prensa. Había reseñas para el actual gobernador de la ciudad de Madrid, August Belliard, que había acompañado a Murat como Jefe de su Estado Mayor del de Berg aquel fatídico dos de mayo... Le conocía. Era un chulo.

De pronto, el coche paró en seco ante la puerta de un edificio sencillo de tres plantas. Asomándose por la ventanilla Álvaro comprobó que había

llegado a su destino; bajo y llamó a la campanilla. Una vez arriba, en la planta noble, el joven se reunió con los tíos y hermanas de su amigo Luis.

—¡Cuánto nos alegramos de verle! ¡Ahora es tan aburrida la vida en Madrid, recibimos tan pocas visitas! — dijo emocionada la tía.

Apenas salían de casa desde la ocupación. Allí se reunían con algunos vecinos, charlaban, criticaban al emperador y poco más hacían al calor del brasero, mientras las mujeres contaban cuentos a los niños y hacían calceta.

—Soy yo el que se alegra de verles a ustedes. Así compruebo lo bien que se encuentran —contestó educadamente el joven.

Isabela y Clara se habían unido a sus tíos en el saludo mientras las más jóvenes se habían limitado a saludarle brevemente y se habían marchado a otra habitación. Tras ofrecerle un café, los tíos dejaron solos a Álvaro con las dos chicas mayores. El duque se mostraba encantado, desenfadado, tranquilo, muy distinto en ánimo al que la otra vez había abandonado precipitadamente el saloncito dejando solo a su amigo para ir a recoger a su novia. Con algo de malicia Isabela le preguntó por ella:

—¿Qué tal su familia y su *prometida*? —Mi familia muy bien, mi madre y mi hermana siguen en Málaga, y mi... *prometida* ha dejado de serlo. Hemos roto el compromiso —dijo con una amplia sonrisa en la cara y sin dar más explicaciones.

—¡Oh, cuánto lo lamento! —exclamó Isabela en un tono fingido que no engañaba a nadie. Tampoco a Álvaro.

—Venía a traerles buenas noticias. Desde hace unos meses hemos podido saber que su hermano Luis sigue vivo, en una zona del bajo Aragón, aunque todavía no hemos podido contactar con él. Es posible que lo haga yo porque voy a viajar próximamente al norte. Si así fuera, querría darles noticias tuyas. Lo agradecerá.

—¡Qué maravilla! ¿En serio? — exclamó Isabela haciéndose la sorprendida y Clara la imitó fingiendo ser Lola Villar—. Ahora mismo se lo comentaremos a Josefina y a mis tíos... Estábamos muy preocupados. No sabe cómo se lo agradecemos. Gracias, mil gracias.

—No ha sido nada... tenía que venir a decírselo. Era lo menos. Nos ha costado encontrarle, no sabemos qué diantres hace allí ni con quien está exactamente —e Isabela suspiró que si él supiese que estaba con Lola—, pero daremos pronto con él. Me hubiera gustado localizarle antes, pero me ha sido

imposible. He estado meses viajando al sur.

—Sí, algo de eso sabíamos — contestó la modosa Clara—. Nos habló de ello su amigo Juan Ordóñez.

Esta, que llevaba más de un año haciéndose pasar por Lola Villar miraba con cariño al joven. Le gustaba para Lola, y le parecía que su amiga tenía mucho que ver en la ruptura de su compromiso con Leonor de Astiazábal. Igual pensaba Isabela que miraba con cierta complicidad a Clara en cuanto podía.

—También he venido a darle a usted la enhorabuena. Me hace muy feliz el que se haya comprometido con mi amigo Juan Ordóñez. Es un hombre cabal que no le defraudará, señorita —le dijo mientras removía un segundo café con la cuchara y daba el primer trago al fuerte brebaje.

—Gracias, es usted muy amable — contestó sonrojada Clara.

—Por cierto, antes de marcharme me gustaría pedirles un favor —comentó el joven algo cortado.

—¡Usted dirá! —contestaron ambas, deseosas de complacerle después de saber de la ruptura de su compromiso.

—¿Saben dónde vive actualmente la señorita Sol Monforte? Sé que son ustedes amigas y es posible que mantengan con ella algún tipo de contacto. Tal vez se carteen...

—Lamento tener que decirle que no sabemos nada de ella hace tiempo — dijo sobresaltada Isabela.

Pero al ver el gesto de decepción en la cara de él comprendió que tenía que hacer algo. El problema era cómo explicarle que *Sol Monforte* no existía, que a quien estaba buscando era a *Lola Villar*, que esta no era la prometida de su amigo sino la mujer de la que él se había enamorado. ¡Menudo lío!, pensaba Isabela. Además, estaba claro que el enredo tendría que solucionarlo la propia Lola que era quien lo había creado... Adelantarse ellas sería contraproducente y además podrían descubrir la tapadera de Lola y ponerla a ella en peligro. No podían decirle la verdad, pero tampoco podían dejarle irse así... frustrado. Isabela atinó a decir:

—¡Ah, pero sí! ¿No nos prometió Sol Moforte una carta, Clara?

—Es cierto —contestó esta siguiéndole el juego.

—Pues ya lo ve —siguió diciéndole Isabela dándole la mano cuando ya se marchaba—, ha tenido suerte... En cuanto sepamos algo de ella y podamos darle su dirección, le avisaremos.

Y una amplia sonrisa iluminó la cara de Álvaro.

—Gracias, muchas, muchas gracias.

Les estaré eternamente agradecido.

Capítulo 14

Obligadas las tropas francesas a llevar continuos convoyes con toda clase de provisiones desde Pamplona a Zaragoza, el trayecto estaba lleno de bandas, unas guerrilleras y otras simplemente de malhechores, esperando verlas pasar para desvalijarlas. Los tiros eran un peligro pero morir de hambre lo era más y muchos ya ni se detenían en esas minucias.

Luis y su grupo había partido aún anochecido para acercarse a un cruce situado a diez leguas del refugio, donde según el comunicado que la tarde anterior le había hecho llegar Espoz y Mina, debía de debilitarse la columna gala y dividirse en dos. Tenía la orden de esperar y cuando uno de los ramales continuara hacia el sur, interceptarlo. Debía robarles todo: medicamentos, armas, uniformes, comida y dinero si lo hubiera.

Parapetados al resguardo de un pinar, en una zona escarpada y llena de rocas que Luis y sus hombres conocían como la palma de su mano, el grupo divisó a lo lejos la marcha, no precisamente silenciosa, de los gabachos. Los cascos de sus caballos no se oían, amortiguados por el barro y la nieve de los caminos, pero sus tambores llegaban nítidos hasta las alturas. Luis ya había decidido en qué tramo daría el golpe, en uno media milla río abajo en donde – en caso de tener que huir– sería más fácil diseminarse entre la arboleda y la caballería tendrían dificultad para trepar por entre las afiladas y lisas piedras de gran altura.

Descendieron a buen ritmo, con las armas colgadas al hombro, silenciosos y sin perder de vista el suelo no fueran a resbalar y romperse la crisma antes de atacar su objetivo. Con el tiempo previsto esperaron a que el destacamento francés se rompiera: unos tiraban hacia la derecha, por el camino que iba hacia Zaragoza; los otros hacia el sur, hacia donde estaban ellos. Luis maldijo por lo bajo. Este era el grupo más numeroso y ellos eran solo una veintena. Podían tener problemas.

—¡¡¡¡Ahora!!! —Sin pensárselo dos veces, Luis Villar dio la orden y el grupo se lanzó sobre los franceses, pillándoles desprevenidos. Atacando desde atrás, en medio de un desfiladero, era imposible que los carros pudiesen escapar —dos acababan de volcar y caer por el precipicio— y los caballos espantados, que marchaban delante, tenían difícil girar sobre sus patas traseras y dirigirse hacia el final de la columna de a dos donde estaba teniendo lugar la escaramuza.

—¡Cortad las sogas! —gritó Luis, y dos de sus hombres tiraron de perica y desengancharon los carros que transportaban medicinas y comida. En los carretones de delante iban las armas. Las necesitaban —¡Seguid no os paréis! —volvió a gritar, pero para entonces el fuego de rifle era ya un estruendo y muchos de sus guerrilleros habían tenido que saltar por entre las piedras, darse a la fuga en medio de los bosques y otros dos, a los que no había podido identificar- caer dando botes por el barranco. Del golpe no se matarían, pero de los disparos recibidos desde arriba así, se lamentó Luis que sabía no podría hacer nada por ellos. En eso pensaba cuando escuchó un alarido a su derecha.

—¡Affffffffff!!!! —Corriendo comprobó furioso cómo caía otro de los suyos y quedaba atrapado, colgando de milagro, de un gran zarzal que había atenuado el golpe. Ayudado por otros dos, soportando el disparo sin piedad de los franceses que era repelido por otros guerrilleros parapetados tras rocas de la ladera, Luis pudo rescatar al hombre y entre tres, huir con él encima monte a través.

—¡Dios mío, no puedo más! —se oyó decir a Lola. Tenía los pies destrozados y marchaba ya sin aliento.

Junto a otro grupo de comadres del campamento llevaba todo el día subiendo y bajando, cruzando el río por puentes descolgados, recorriendo senderos en los bosques aledaños, con los capachos y cestos cargados a la espalda donde había recogido un poco de todo: ajos y puerros de unos campos de cultivo abandonados, romero, tomillo, rabanizas y jaramagos para limpiar la sangre y preparar emplastes contra la tos, cortezas de sauce blanco un potente analgésico que servía tanto para curar gripes como para frenar el

dolor, semillas de hojas de chopo que hervidas y maceradas con miel eran un potente reconstituyente...

Siguiendo el curso del río, entre álamos y fresnos, zarzales y esteros habían aprovechado para llenar dos baldes de culebras de agua —que según Leandra, bien cocinadas sabían igualitas que los pollos— y capturar dos ánades que engarzadas del pescuezo colgaban de una vara que la más fortachona, Pepa, llevaba colgando a la espalda.

Iban todas ellas reventadas, pero sin quejarse, en un ambiente distendido, entre chistes groseros y aventuras de gabachos. La una que recordaba a su Pedro en el monte hacía tres meses y el revolcón que le iba a dar cuando volviera, la otra que maldecía la hora en que se había *echao* al monte *pa* terminar allí hecha una esclava, la de más allá con las manos llenas de hojas que Lola consideraba inservibles... Entre risas habían ascendido cuevas increíbles, a punto habían estado de caer a un barranco y se habían contado sus secretillos. Todas querían saber cómo había conocido a Luis y cómo era en el lecho...

—Con esa planta que *tie*... pues *tie* que estar bien provisto... ya me entiende, señorita —soltó la Leandra entre las risas de las demás. Se decía que había sido puta reputada allá en Zaragoza y que se había escapado en cuanto la ciudad había caído. Lola rio, pero no soltó prenda. Todas querían los pormenores de su relación con Luis, pero no podía dárselos, no hasta que no se inventara una historia creíble.

—¿Pero ustedes se han *casao* o están *arrejuntaos*? —le preguntó Amancia.

—Y su señor padre... ¿cómo es que la ha *dejao* venir a estos andurriales?

—No tengo padre —contestó Lola y en ese instante sintió que le entraban ganas de llorar.

—¿Los Monforte son muchos? —le preguntaron al rato. Luis había decidido que sería más fácil mantener la mentira de que era su novia si seguía llamándola Sol Monforte y así se había quedado.

—Y el Luis, con ese manejo que *tie* de pistolón, ¿era bandolero? —le preguntó otra y las demás, picaruelas, interpretaron la frase por el lado más obscuro. Lola pasó de melancólica a divertida.

Contestaba con monosílabos y no se explayaba porque cuanto menos supieran mejor y, cuantas menos mentiras tuviese que inventarse, mejor... que ya se sabía se cogía antes a un mentiroso que a un cojo. Su actitud la

desesperaba por momentos, pero trataba de ser siempre agradable. ¡para el tiempo que iba a estar allí no era cuestión de echarse encima enemistades o provocar situaciones de conflicto que irritaran a Luis! No quería que su hermano se disgustase y la mandase para Madrid con cajas destempladas.

—¡Sol, venga a ver esto, tal vez sirva! —le gritaban continuamente.

—¿Y esto... no se podría comer? —le preguntaron otras dos, pero Lola tuvo que negar. Aquello eran rastros. Comprendía que tuviesen hambre, pero si se comían cualquier cosa terminarían envenenándose.

La gente era en general franca y campechana, y ella se sentía agradecida por como la habían curado ese tiempo. La mayoría de las mujeres la habían aceptado sin regañadientes, excepto una pelirroja pechugona, y los hombres no se habían atrevido a molestarla. Era la parienta del jefe y era sagrada, les había dicho Felipe, un chaval de apenas trece años que llevaba semanas en el campamento, sin salir con los hombres mientras se reponía de unas fiebres cuartanas. Había perdido a sus padres y a un hermano mayor en Zaragoza y el otro hermano mediano estaba con Espoz y Mina volando campamentos franceses y asaltando columnas enemigas por todo Aragón.

Él había resultado herido en una de las últimas refriegas de la capital maña, poco antes de que el general Palafox aceptara la rendición, y había logrado que su hermano le trasladase hasta Chodes, cerca de donde un pariente de su madre tenía una vieja granja. Así era como había conocido y entrado en contacto con los hombres de Villar aunque de momento era poca la ayuda que podía prestar dada su edad, su inexperiencia y su estado de salud. Esa tarde había acompañado a las mujeres y ayudado en el transporte de las sacas.

—Se van a caer de culo cuando vengan, ¿eh, Rosita? —le preguntó a la mujerona con la que se llevaba mejor—. ¿Cuándo el Eugenio y el Paco vean esto? —dijo enseñando las plantas.

Allí, como en otros muchos campamentos, escaseaban las plantas medicinales y de haberlas, tampoco había demasiadas mujeres que supieran utilizarlas. La mortandad era altísima en la zona. La gente moría de simples cortes, de heridas minúsculas infectadas. Se producían ungüentos, bálsamos, compresas y cataplasmas caseras, pero muchas eran ineficaces porque no se conocían más que de oídas los compuestos y no se sabían producir. Solo las mujeres más mayores y algunas que procedían de conventos y dispensarios se manejaban con recetas ancestrales. La situación había

empezado a mejorar notablemente desde la llegada de Lola. Luis había habilitado un silo para que se guardaran allí en sacas, protegidas de la lluvia, todos los productos recogidos. Ahora, había que organizarlos.

—¡Creo que por hoy ya llevamos bastantes! No nos van a caber tantos y antes de seguir llenando hay que guardarlos bien, conseguir alcohol y tarros de vidrio para macerarlas y que no se nos estropeen —apuntó Carmen Linares, otra de las mujeres que más estaban ayudando a Lola, de las que más sabían de esos menesteres en el grupo. Debiéramos comenzar a preparar ya las mixturas.

Lola afirmó con la cabeza.

Carmen llevaba dos años viviendo con un hombre barbudo y bestial llamado Venancio allí mismo en la aldea y había parido mellizos hacía un año. El compañero era un borracho que había mirado lujurioso a Lola un par de días antes, pero esta le había devuelto una mirada de desprecio y el hombre había mirado para otro lado. Lola no quería problemas con el resto de mujeres del campamento y además compadecía a Carmen por el energúmeno que le había tocado en suerte.

—Sí, por hoy es suficiente, regresemos. Mañana deberíamos meter la mayor parte de las flores de lavanda en saquitos y repartirlos. Son un potente relajante y además desinfecta. Es muy bueno. Con lo que nos quede y el aceite que trajo el Manolo el otro día haremos esencias y unturas para sanar heridas, cicatrizar y calmar las picaduras de insectos.

Como si viniese a cuento, en ese momento Lola se dio un manotazo para espantar a un mosquito que llevaba rondándola un buen rato y acababa de chuparla la sangre. En una zona pantanosa y en verano, había multitud de parásitos y era importante alejarlos porque generaban muchas enfermedades.

A última hora de la mañana el grupo paró a tomarse algo sentados bajo un árbol —hacía calor— un poco de pan, longaniza y a echarle un trago a la bota de vino. Una de las mujeres, Rosa, parecía al límite de sus fuerzas. Era viuda, una mujer fuerte, pero había sufrido una grave herida en la pierna hacía tiempo y estaba medio coja. Le era imposible seguir al resto del grupo. Lola se sentó a su lado y le dio un tiento a la bota que entusiasmo a las demás comadres. Que una señorita de ciudad supiera beber así no era corriente. Lola se calló. ¡La de veces que le había echado un trago —a escondidas— a la bota de su padre cuando de niña salía con él a cazar por Sierra Morena! Fuera como fuese, aquellos gestos eran los que le servían para sabérselas ganar, para que

la ayudaran. Estaba convencida de que si se hacía con su respaldo, Luis no se atrevería a echarla de allí.

—¿Cómo vas? ¿Quieres que preparemos una angarilla y te transportemos? —le preguntó y la mujer negó agradecida mientras cortaba una loncha de longaniza.

—No, aguantaré, pero gracias —le contestó y Lola asintió. Sentía por esa mujer llena de coraje un aprecio especial.

Había perdido su casa y a su marido hacia un año cuando una columna francesa había prendido fuego a su pueblo. Con su marido muerto aún en el suelo de un tiro, se había tenido que defender a mordiscos para no ser violada por un asqueroso gabacho de bigotes negros. Se resistió, pero había sufrido un profundo corte de bayoneta en el muslo que casi la mata. Rosa odiaba a los franceses y nadie podía reprochárselo porque el que más o el que menos andaba en una situación similar. Dos habían visto morir a sus hijos en sus pueblos; Renato, como ardían su casa y todas sus pertenencias, y como eran colgados en la plaza del pueblo, en un patíbulo improvisado, dos viejos amigos de toda la vida por atreverse a hacerle frente a aquellos malnacidos de los franceses que se atrevían a ir dando lecciones de concordia a todo el mundo cuando no eran más que unos miserables asesinos.

Pero todos ellos eran supervivientes. Como la propia Rosa que desangrándose le había clavado a su enemigo, en la boca del estómago, el puñal que llevaba siempre metido en la bota y le había dejado seco. Con él encima, mientras intentaba penetrarla, y el marido muerto a su lado, se había levantado y como si no pasara nada, sin soltar una lágrima, se había lavado con el agua de la jofaina que tenía en su dormitorio y se había hecho un torniquete, salvándose ella sola la vida. Mientras los gritos de terror continuaban por toda su aldea, se había escondido en un armario hasta que la avanzadilla gala había desaparecido.

Rosa había tenido después fuerzas para, ya sí, con lágrimas en los ojos, enterrar con sus propias manos a su Andrés y meter una manta y las pocas pertenencias que le quedaban en un hatillo y salir huyendo, como tantas otras personas. A Lola aquellas historias le daban ganas de llorar, de gritar de pura indignación, pero también de admiración por esas mujeres analfabetas y pobres, pero valientes y luchadoras, que amaban la vida y que estaban dispuesta a darla por su país y por todos los demás. Su Rosa —como ella la

llamaba— había andorreado por esos caminos de Dios durante días, de noche, a escondidas de las partidas francesas que andaban haciendo batidas por todas partes, y junto a otras dos mujeres vecinas de un pueblo próximo — curiosamente también llamadas Rosa— se habían ido uniendo en su vagar hasta dar finalmente con las tropas del general Blake, poniéndose a su disposición para ayudar en la retaguardia o donde fuera necesario.

Se habían dado en llamar Rosas de fuego por ir cada una bien armada con su trabuco o pistola y ser bastante temerarias; finalmente habían terminado separándose. Una de ellas había muerto enferma, otra se había sumado a la gente de Espoz y Mina y ella misma había terminado en aquel campamento perdido de la mano de Dios en Chodes. Rosa era amable y una de las mujeres que mejor habían cuidado de ella durante su enfermedad. En sus desvelos le había contado sus aventuras vagabundeando sin rumbo y le había enseñado el pequeño y rústico tatuaje que llevaba marcado en su pierna sana, en el tobillo: una rosa roja como una llama.

—Señorita, usted también será una Rosa —le dijo una mañana con una gran sonrisa en la boca.

—¡Yo! ¿Por qué? —le preguntó curiosa Lola mientras devoraba el desayuno.

—Porque es una mujer indomable, con coraje y determinación. Vuestro aspecto de niñita rica no puede esconder vuestro espíritu. La admiro.

—¿Tú a mí? ¿Tú que has sobrevivido a todo?

—Yo lo he hecho por necesidad.

Porque la Pilarica me lo ha mandado...

Instinto de supervivencia, pero usted, hay que ser realmente brava para atravesar media España en guerra para reunirse con su hombre, sufrir calamidades, venir a vivir miserias aquí... cuando podría estar a caliente en vuestra casa, viviendo cómodamente... Y aquí está poniendo su vida en peligro, enseñándonos a nosotras, pobres analfabetas, a montar un arma y a disparar... Gracias, es usted un ejemplo. Y Lola sintió que se le saltaban las lágrimas de emoción. Debían ser las únicas que la tenían por heroína y no por loca.

—No creas —dijo carraspeando— tampoco he sido tan valiente, aunque lo de recorrer media España sí que es verdad; fue horrible —dijo y las dos terminaron riéndose—, pero quien es un ejemplo eres tú... Muchas por menos se hubieran quitado ellas mismas la vida, pero tú has sido capaz no solo de

salir adelante, sino de ser feliz después de todo, de ayudar. ¡Yo sí que quisiera ser tan valiente como tú!

—Lo es, créame. Y para que vea que lo creo firmemente, mañana le tatuaré esta rosita —dijo enseñándole la que llevaba ella. Seréis otra rosa de fuego. Esto, aunque parezca un dibujito feo, es mucho más, es un pacto de sangre. Un pacto entre mujeres. ¡Por la vida! ¡Por las mujeres! —dijo brindando con la bota de vino y Lola respondió—. Cuando se sienta agotada, hundida... piense en cuantas mujeres estarán como nosotras luchando por un país libre, un futuro para sus hijos, una vida mejor. No se rinda nunca —dijo dándole un trago — y recuerde que las hembras somos la base de la resistencia. Sin nosotras, estos no ganarán.

—Lo recordaré —le dijo dándole la mano, pensando en qué verdad decía, en la fuerza de la marquesa y de tantas otras—. Arriba, hay que seguir.

De vuelta al grupo, aprovechando el camino, Lola fue contándoles para que servía cada planta, de qué mil formas se podían preparar, cuál era la temperatura exacta de las cocciones, qué no había que hacer nunca a la hora de mezclar las grasas con las esencias... Quería que cuando ella se hubiera ido, pudieran seguir manteniendo la improvisada botica y preparando remedios curativos.

—Con la alfalfa que nos trajo ayer Felipe una parte se destinara a forraje y otra haremos cataplasmas para rebajar inflamaciones de las que se producen con los golpes. Practicaremos con el cabo Hornillos que tiene la pierna como una bota —dijo y las demás sintieron. Raro era el día que los hombres no llegaban heridos o con fuertes hematomas a consecuencia de los culatazos, caídas o peleas—. Con el tomillo y el romero haremos infusiones y aceites; las cortezas de encinas son especialmente valiosas porque cortan hemorragias y diarreas. Las madreselvas que tanto abundan calman la tos, frenan el asma y la bronquitis. Los pinos piñoneros son muy buenos aunque hasta el otoño no tengamos frutos. Será entonces cuando debemos recolectar.

—¡Me encantan los piñones! —dijo una muy joven de apenas quince años,
Marujita.

—Si están buenísimos y además son nutritivos y un tónico reconstituyente muy potente. Serán muy buenos para los enfermos graves, para que se repongan. En estos malos tiempos de hambruna y guerra los piñones pueden salvar una vida.

—En el molino que hay junto a la Casa del Duende, como llamaban a una hacienda cercana, sabemos que hay tarros y botes tirados y abandonados. Podríamos ir a cogerlos.

—¿Las monjas no les dieron ayer? — y Lola afirmó.

—Sí, nos dieron dos cestas... no tenían más.

Habían bajado el día anterior a visitar los dos conventos de la zona y habían logrado que las monjas les diesen buena cantidad de telas para vendajes que tenían escondidas en las criptas, lejos de los asaltos galos.

—No tienen mucho más. Ellas también han sufrido saqueos. Pasó por allí un destacamento que además de matar a dos hermanas se llevó casi toda la comida que tenían; excepto la que habían logrado poner a buen recaudo y las telas y jergones, todo. Mañana un grupo puede quedarse en la botica y otra hervir las telas y cortarlas para hacer los vendajes. Las limpiaremos y guardaremos bien dobladas entre flores de espliego para que no se manchen y se conserven mejor, sin enmohecerse.

Entre charlas fue transcurriendo el regreso, por caminos de difícil acceso, siguiendo la orilla de un Jalón que ese año bajaba especialmente caudaloso. El paisaje era un espectáculo que a Lola deleitaba con tanta belleza. Amaba el contacto con la naturaleza de aquellos parajes salvajes que tanto le recordaban a su tierra natal. Las aguas del deshielo saltaban bravas salpicándolo todo, arrastrando incluso pilares de puentes deshechos por el abandono de los últimos años mientras los peces se arremolinaban en los remansos distribuidos a lo largo de la ruta. Los ríos nacidos a los pies del Moncayo, que atravesaban sierras como la de la Virgen y desembocaban en el propio Jalón, eran también transparentes y torrenciales y corrían entre la zona esculpiendo inmensas cuevas y paredes en las piedras, abriendo grutas y serpenteando entre mares verdes, encajonados y espumosos.

El propio Jalón en esa zona era más retorcido que una serpiente y precisaba de muchas leguas para alcanzar pequeñas distancias. Abundaban los suelos de pizarra y los bloques de cuarcitas. La caza era abundante lo que permitía que más gente no hubiera fallecido de inanición. Había multitud de gamos, corzos, jabalíes, gatos monteses... y aves. Muchas aves. En las alturas eran frecuentes las rapaces. Era habitual ver sobrevolar los riscos y grandes paredes oscuras a buitres leonados, alimoches, águilas reales y perdiceras, halcones peregrinos, búhos reales y grullas.

Arriba en el viejo castillo en ruinas aún era también posible cobijarse. Mantenía algunas salas intactas, aunque gran parte de su planta ovalada se había venido abajo. Conservaba dos torreones medievales, uno de ellos colgado literalmente de un gran precipicio y una sala capitular con chimenea, calabozos en los sótanos y una capilla familiar con el techo al descubierto, además del escudo blasonado en el frontispicio de la puerta. Una cabeza de lobo sobre una marca fronteriza. Lola había preguntado sobre el significado. Al parecer, en tiempos la fortaleza había sido árabe y había estado en la misma línea fronteriza de la Marca Media, tras la conquista de los cristianos había pasado a pertenecer a un poderoso caballero llamado Artal de Luna para luego, con el transcurso de los siglos, haber quedado abandonada y en el olvido.

Según los viejos del lugar cobijaba fantasmas y en las noches de luna llena hermosas cautivas se paseaban por entre los desolados torreones. Flotando sobre el vaho del río, sobrevolando sobre las peñas. A Lola le encantaba ir allí. Las puestas de sol anaranjadas sobre los riscos, con los bosques y las cascadas del río más abajo, le parecían un espectáculo maravilloso que le devolvían la paz y la serenidad.

En esos momentos se encontraba plenamente repuesta, pletórica de fuerzas físicas y mentales. Regresaba cada noche a su cabaña tan agotada que apenas si tenía tiempo para hablar con su hermano al que pasaba días y días sin ver, cuando los hombres salían de misión. Al principio se le había hecho difícil esperarle con el alma en vilo y los ojos abiertos, con los oídos atentos a su llegada, a cualquier ruido, temerosa de que él y los demás cayeran en las refriegas o volviesen heridos, pero después de tantas idas y venidas y tras el trabajo duro del día a día había terminado por aceptarlo con naturalidad y era capaz de dormirse por la noche con la misma placidez de un niño chico.

La única inquietud en la que últimamente recaía, una y otra vez — sobre todo después de ver y apreciar cómo vivían muchas parejas allí— era no saber nada de Álvaro de Urquijo. Se preguntaba dónde estaría, si se acordaría alguna vez de ella, si le volvería a ver, si los dos sobrevivirían a aquel torrente de acontecimientos. Soñaba con besarle como lo había hecho aquel día en el palacio, con volver a oír su voz, su risa... ¿Se habría casado? ¿Seguiría adelante con sus planes o la guerra podría frenarlos? Esa era, reconoció, su última esperanza.

—¡Vamos, espabilen señoras! —oyó a Felipe al principio del grupo—. Aligeren que oscurece y a los hombres no les gusta que nadie esté por ahí fuera a estas horas.

Todos apretaron el paso aunque fueran ya agotados. De todas formas les daba cierta tranquilidad ir armadas. Había empezado a enseñarlas a las mujeres como manejarse con los trabucos y las escopetas y no salían a ningún sitio sin llevar armas y munición. Así se sentían más tranquilas.

Llegaron al campamento ya de noche cerrada. Solo estaban en él dos viejos vecinos de Cervera que se habían sumado a la partida recientemente y se habían quedado arreglando la nave de piedra donde almacenaban la comida.

Saludaron con una inclinación de cabeza a las mujeres y estas les dieron las buenas noches. Ya en su casa, Lola se despojó de la ropa y se dio un baño con agua caliente en una cuba de madera que hirvió en una gran olla, y después preparó otra a su hermano para cuando llegara. Había un guiso de patatas con algo de tocino en la mesa y pan de hacía varios días, una comida que en cualquier otra ocasión hubiera aborrecido, pero que en aquellos momentos se le antojaba deliciosa del hambre que llevaba.

Luis llegó pronto. Habían obtenido un gran éxito al conseguir robar más de un centenar de armas a un destacamento francés próximo a Calatayud y otras carretas con ropa y medicinas; lamentablemente habían tenido pérdidas y traían un herido. Se trataba del Chivo, un arrogante labrador soriano que estaba con ellos desde el principio. Las heridas habían sido leves y en aquel momento su mujer, una fornida prostituta que llevaba años con él, le estaba curando.

—Mañana no saldremos. Nos quedaremos en la zona y terminaremos la producción de balas que comenzamos el lunes —dijo Luis—. Por cierto, también hemos traído una saca con botas que habrá que limpiar y arreglar. Al menos nuestros hombres no irán descalzos o con alpargatas.

Lola iba a acostarse cuando llamaron a la puerta. Era Mabel, la pareja del Chivo; iba llorando.

—¡La herida parece más grave que lo que imaginamos a simple vista! —dijo alarmada—. Sol, a ver si puede ayudarme.

Sol y su hermano se acercaron a la casa. Allí el herido estaba medio inconsciente; había perdido mucha sangre. A Lola no le gustó nada el corte, no era profundo, pero sí estaba muy sucio. Hirvieron agua y con cuchillos al

fuego vivo abrieron la herida después de haber dado al Chivo de beber un licor fuerte. El hombre cayó desmayado en el colchón mientras Lola que sudaba del esfuerzo, abría la carne, limpiaba bien y volvía a cerrar con puntos de sutura. Taparon bien al herido y estuvieron un rato acompañándole y dando instrucciones a su mujer sobre cómo cuidarle en las horas siguientes. Esta se quedaría en vela toda la noche hasta que volviera en sí. Lola y Luis volvieron a su cabaña y se acostaron; el día había sido largo.

Madrid

La reunión se concertó en el mismo Madrid. Álvaro realizó un viaje rápido por algunas zonas de La Mancha y regresó presto a la capital. Había arreglado una entrevista con uno de los agentes del gobierno británico en España. Desde que el anterior verano el parlamento autorizara la ayuda militar y económica a la península había numerosos agentes ingleses en territorio español observando el desarrollo de la guerra, colaborando con las juntas provinciales y con la Central... además de contar ya con tropas inglesas en el mismo país.

La derrota de Moore en Galicia había sido un golpe tanto para los ingleses como para españoles. En la isla habían debatido el suceso y la euforia de los primeros meses se había venido abajo.

La mayoría de los dirigentes británicos y el pueblo inglés apoyaban a los sublevados españoles contra Napoleón, pero habían surgido voces críticas. Había quien pensaba que los españoles nunca derrotarían al corso y que todos los medios y el dinero que estaban mandando eran perdidos. Temían que ocurriera lo que en otros países europeos a los que Inglaterra había ayudado y después, una vez ocupados por tropas francesas, se habían vuelto en su contra. En la calle y en el parlamento británico este temor estaba bien presente: los miles de fusiles, balas, cañones y libras que se habían enviado podrían acabar en manos enemigas si la península se rendía.

Para unos ese temor era poderoso, pero otros creían que España era su gran oportunidad de derrotar a Francia con quien llevaban décadas en guerra. El pueblo británico llevaba demasiado tiempo desangrándose en aquel enfrentamiento y estaba cansado; se sentía solo en su lucha. La insurrección y la guerra en España eran una oportunidad que seguramente no se volvería a

repetir. Tal vez pudieran ganar la guerra ellos solos, pero sería más fácil con aliados. El Gobierno del duque de Portland había aceptado ayudar a España, pero no quería hacerlo a ciegas y había infiltrado a numerosos agentes en el país para saber cómo iban las cosas día a día. Uno de esos hombres era Charles Andrew Stuart, a quien Álvaro ya conocía por haber asistido en Aranjuez a la constitución de la Junta Central junto a otros diplomáticos de las islas.

En la biblioteca del piso franco que Bellavista tenía habilitado para tales citas el duque de Tello preparó un ambiente cálido y acogedor para que el británico se sintiera a gusto: sabía que vendría con quejas. Los ingleses estaban un poco nerviosos por el descontrol de las guerrillas y por la gran cantidad de batallas perdidas en solo unos meses. Estaba anocheciendo cuando Álvaro oyó la campanilla de la puerta. Instantes después el mayordomo hizo pasar en la sala al agente británico. Llevaba el pelo algo alborotado por el aire que hacía en la calle y su rostro era bastante serio. Tras saludarse cortésmente, ambos comenzaron a hablar.

—Siéntese, amigo, ¿desearía tomar algo?

—Gracias —dijo el señor Stuart—, pero preferiría ir directamente al grano, a los temas que nos interesan, si no le importa.

Álvaro aceptó con una inclinación de cabeza mientras con la mano le invitaba a sentarse en un cómodo sofá de piel marrón. Él se sentó enfrente.

—Esta mañana he leído atentamente el informe que me envió ayer y estoy de acuerdo con usted en casi todo. Veo que insisten en la necesidad de unificar esfuerzos y criterios para afrontar la guerra. Les aseguro que el gobierno tiene la obediencia de todas las juntas regionales —siguió Álvaro—, y eso, como sabrán, es un paso muy importante y se ha conseguido en muy poco tiempo. Todavía estamos en período de prueba... Puede haber habido algún problema, pero sería injusto juzgar todo el sistema por un caso aislado de insubordinación.

—Bueno, un caso aislado tampoco es exactamente —dijo el otro aceptando finalmente una copa.

—No se puede acometer todo de un golpe —contestó Álvaro.

—Eso es verdad, pero no tenemos tiempo y coincidirá en que conseguir la unidad es vital para no desperdiciar esfuerzos en esta guerra —dijo con su fuerte acento extranjero—. En algunas juntas se termina debatiendo otros

temas de política local en los que nosotros no tenemos nada que decir, pero creemos que la guerra es lo prioritario. No deberíamos dispersarnos en conflictos o discusiones que se pueden tratar más tarde, después de vencer a Napoleón. Mezclar todas las discusiones, querer abordar todos los problemas ahora, es suicida si me permite darle nuestra opinión.

Álvaro asintió teniéndole que dar, lamentablemente, la razón.

—Desde mi país se está haciendo un gran esfuerzo por hacer llegar a la península material bélico y algunos de nuestros agentes nos han informado de que parte de ese material está aún en Galicia y Asturias, que no ha llegado al centro del país —puntualizó el británico mientras se rellenaba la copa de whisky, recostado cómodamente en el sillón y mirando con ojos escrutadores a su interlocutor.

—Sabemos de la entrega de ese material y ya se ha ordenado a las juntas de esas dos regiones que lo hagan llegar cuanto antes a Castilla. Créanme que comprendemos sus prisas y desde luego estamos de acuerdo en que las diferencias políticas deben quedar aparcadas para otra ocasión y que ahora lo prioritario es la guerra, pero deben valorar el esfuerzo que ha hecho este país. Ha sacado de la manga regimientos enteros, improvisados gobiernos donde no los había, nombrado generales, replanteado toda la estrategia militar y política existente, firmado nuevas alianzas. Ha habido que dar coherencia a todo eso en un año, en un solo año... ¿Cuánto tiempo lleva funcionando su sistema, ¿dos siglos? ¿tres? ¿Y acaso no les surgen también problemas?

—Lo sabemos, todo eso lo sabemos —dijo el inglés.

—Sí, pero es que un sistema nuevo nace con multitud de problemas y hay que ir poco a poco ajustándole. Han aparecido imprevistos estratégicos, logísticos, administrativos... y ustedes mejor que nadie saben lo revueltas que están las colonias y los recortes en los dineros que de allí tendrían que habernos llegado. Estamos solucionándolo todo con la mayor efectividad y hay espíritu de unidad...

solo les pido que confíen en nosotros.

—No es tan fácil... Mi gobierno cree que muchas juntas van a lo suyo, que no se ayudan las unas a las otras. En la disputa por sus competencias perjudican al país. Como sabe es muy importante que la ayuda material llegue cuanto antes a todo el reino. Estratégicamente, es vital que Napoleón no cruce el Ebro, que no forme un pasillo entre Francia y el centro y sur de España.

—Conocemos de sobra la importancia estratégica de Aragón. En unos días yo mismo partiré hacia allá. Como sabe, tanto la capital Zaragoza como los principales pueblos y ciudades están tomados por las tropas francesas, pero hay tal cantidad de guerrilleros que Suchet no ha conseguido aún controlar la zona.

—Pero ustedes tampoco —dijo el otro abriendo la pitillera.

—*Touché* —reconoció Álvaro—, pero estamos en ello.

—Estamos en ello, estamos en ello...

Eso llevan diciendo ustedes hace mucho.

—No tanto, solo llevamos funcionando un año. En Aragón hemos perdido Zaragoza y ha habido derrotas importantes, pero no está totalmente perdido el control. Es más —dijo muy seguro—, le garantizo que en pocos meses esa región volverá a nuestras manos.

—Muy optimistas les veo. Realmente así lo espero —terminó el inglés.

Antes de despedirse hablaron de la reunión de Stuart y otros agentes con el gobierno en Sevilla y Cádiz, del progreso de la guerra, de un amigo común, Lord Holland, con quien Álvaro había estado en Londres hacía dos años, y de los propósitos de George Canning, responsable de la política exterior de las islas.

—Cuando vuelva de Aragón, nos volveremos a reunir. Espero poder tratar con importantes líderes de la guerra... Sabremos cómo están las cosas sobre el terreno.

—De acuerdo —dijo el otro—.

Llámeme cuando regrese.

La entrevista resultó breve y Álvaro, que en principio no había hecho ningún plan, decidió salir a visitar a su amigo Ordóñez. Sabía que había regresado no hacía mucho de Sevilla y tenía ganas de hablar con él. Además de interesarse por sus preparativos de boda con la señorita Villar aprovecharía la ocasión, si este iba a visitarla, para sumarse a la cita e investigar si las muchachas sabían algo nuevo sobre el paradero de Sol Monforte. Si como le habían comentado hacía meses habían recibido carta de ella.

Esperaba un despacho, una dirección, una pista sobre ella que parecía no llegar nunca y el asunto empezaba a provocarle cierta ansiedad. ¿Es que se la había tragado la tierra? Necesitaba encontrarla. Tenía que encontrarla... Si no tuviera que ir a Aragón a entrevistarse con esos gañanes, se dijo refiriéndose a los bandoleros y guerrilleros que asolaban la zona, habría partido de inmediato a Extremadura para localizarla, pero aquello era de momento impensable.

Juan Ordóñez, tal y como había previsto, se preparaba para salir cuando se anunció. Estaba invitado a cenar con los tíos de Lola y en esos momentos terminaba de prepararse.

—Veo que no te falta detalle, pareces todo un dandi —dijo riéndose Álvaro asomado tras la puerta, colocándole mejor el alfiler de la corbata.

—Acompáñame a cenar a casa de los Villar. Estarán encantados de recibirte.

—De acuerdo —dijo el Álvaro sin necesidad de que se lo repitiera dos veces.

Llegaron pronto a la casa y todo fue amabilidad por parte de los anfitriones y las señoritas Villar. Se respiraba un ambiente cómodo y sencillo y Álvaro se relajó. No sabía cómo preguntar por Sol y viendo el apuro, su amigo lo hizo por él. Las chicas no habían sabido nada de ella todavía, pero esperaban una carta pronto. A Álvaro le pareció ver una mirada cómplice entre las dos hermanas mayores y se preguntó si no le estarían mintiendo, aunque no comprendió por qué.

—¿Qué les parece una partidita? — dijo el tío Pedro señalándoles el cuarto de billar y los caballeros se divirtieron un rato con sus tacos. Despotricando de política, comentando chismes y poniéndose al día. Las mujeres en el salón, alrededor de la chimenea, seguían a sus cosas. La velada resultó agradable. Ana, la prima, interpretó unos temas a piano mientras Josefina cantaba de pie a su lado algunas populares melodías.

Tanta placidez se rompió al final. Ordóñez había estado hablando en un aparte con su prometida, quería fijar la fecha de la boda, pero ella no había hecho otra cosa que dar largas. Juan se había disgustado. Álvaro no había entendido los motivos... La actitud de la joven parecía extraña, pero debía tener algún motivo.

—Está bien, nos vamos —dijo finalmente Juan Ordóñez y Álvaro comprobó

la cara de aflicción de su novia y la tensión que se mascaban en el ambiente. Intentando suavizar la despedida soltó algunas bromas y besó cortésmente la mano de todas las damas. Finalmente, los dos se marcharon.

—¡Maldita sea! —exclamó cabreado Ordóñez al subirse al carruaje—. No entiendo nada. Te juro que no lo entiendo... ¿Es qué no quiere realmente casarse?

—No puede ser eso, habrá algo... Investígalo, pero no te pongas histérico porque nervioso no mejorarás las cosas. Trata de hablar con ella otro día que estés más tranquilo...

—¿Vendrás mañana conmigo?

—No, no sé cuando volveré a verte, me marcho mañana al frente de Aragón. No se lo he dicho a ellas porque no quería darles falsas esperanzas, pero es posible que me reúna con Villar en unos días. Los contactos de la red le han localizado en un poblado cerca de Chodes...

—¿Verás a alguien más supongo? ¿Complicada la misión esta vez?

—Sí... Aragón es un frente vital y allí ya sabes lo mal que nos van las cosas. Los ingleses están que trinan. Les he prometido que recuperaremos todo el pasillo del Ebro en breve.

Ordóñez le miró asombrado envuelto en una nube de tabaco.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo les prometes esas cosas?

—Porque necesitamos su ayuda y porque tienen razón. Si los franceses terminan por controlar esa zona, estará todo perdido. Será nuestro final.

—Ya te dije que las guerrillas son incontrolables. ¡Te lo dije hace tiempo! Confiar en ellas ha sido un error.

—Si conseguimos que dejen de comportarse anárquicamente y establecemos con sus cabecillas un plan de funcionamiento pueden ser de gran ayuda.

—A eso vas tú, ¿no?

—Exactamente. Floridablanca y Jovellanos no pueden dejar esto en manos de cualquiera... necesitan a alguien de total confianza. Recorreré toda la zona; la Junta necesita conocer al dedillo como están allí las cosas y quiénes son los que mandan.

—Eso si llegas. Están imposibles los accesos.

—Tendré que encomendarme al Pilar —dijo el otro, riéndose.

—Pues ve con Dios o en este caso —dijo riéndose— con la Virgen.

—Si Sol Monforte da señales de vida, átamela en corto...

—Tranquilo, así lo haré.

Capítulo 15

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Por favor, no me lo repitas más. Ya sé que necesitamos un plan B, pero no me mires con esa cara de perro apaleado, sécate las lágrimas —dijo tendiéndole a Clara un pañuelo —, y busquemos una solución — exclamó de un humor de perros Isabela.

Desde la visita de Ordóñez hacía unos días todo habían sido malas caras y reproches. Clara necesitaba sincerarse con Juan, decirle cual era su verdadero nombre, que se llamaba Clara Martín y era huérfana de un hidalgo cordobés desde hacía años. No podía fijar la boda porque Juan la quería para ya y ella no podía ir a la iglesia, registrarse y tomar los sacramentos bajo nombre falso. Ese era el enredo... Si hablaba podría poner a Lola en peligro, y si callaba, podría perder a Juan. Ya iban dos veces que le había dado largas y el caballero empezaba a impacientarse. Tendrían que explicarle el lío.

—Sabes que soy la primera en no querer poner en peligro a Lola. ¡Pero se fue a Aragón hace meses y no sabemos nada de cuándo regresará! Podría tardar un año y yo quiero a Juan. Estoy enamorada de él, confío en él... Sabes que es impensable ir al altar con nombre falso y engañándole. Además, podríamos terminar en prisión —le gritó Clara histérica a su amiga.

—¡Vale, cálmate! —dijo la otra tratando de razonar por las dos.

Ambas estaban nerviosas. Ninguna había previsto al inicio de todo aquel engaño que se pudieran ver en una situación semejante. Entonces Clara no tenía pretendiente alguno y Lola no había previsto salir de Madrid, pero la situación había dado un giro de ciento ochenta grados y ahora no sabían qué hacer. Clara no podía perder a Juan y este empezaba a sospechar... Se le veía muy suspicaz. Las últimas excusas de Clara para evitar fijar la fecha de la boda le habían molestado claramente. Hacía días que no había vuelto a visitarla cuando desde su compromiso lo hacía a diario.

—Tenemos pocas opciones... No puedo perder a Juan y tampoco perjudicar a Lola. Solo se me ocurren dos cosas: a le digo a Juan quién soy en realidad, sin decir nada de Lola, o tendré que ir yo misma a Aragón a buscar a esa loca

de hermana que tienes.

—Eso es un disparate y lo sabes — contestó Isabela riéndose—. No tenía bastante con una loca que ahora tengo otra... Debe ser verdad eso de que el amor nubla la mente porque si no, no entiendo que te pongas así. Además, ¿sabe Dios dónde andará Lola!

—¿Se te ocurre otra idea mejor? —le dijo Clara mientras paseaba arriba y abajo una y otra vez por el saloncito.

Los meses de encierro, enclaustrados por la guerra, habían alterado los nervios de toda la familia, especialmente a las muchachas. Una cosa era el convento, donde no salían mucho pero podían disfrutar del huerto o pasear por los alrededores y otra bien distinta era estar atrapadas entre los muros de aquella casa, asustados como el resto de madrileños, en una ciudad ocupada por tropas extranjeras. Eran muchos en la vivienda entre señores, familiares y sirvientes y la convivencia se había deteriorado bastante en los últimos tiempos.

Los nervios estaban a flor de piel y los enfados entre unos y otros eran cada vez más frecuentes. Llevaban un año sin salir apenas, temerosos de encontrarse con franceses, disparos o peleas callejeras. Tío Pedro se lo tenía prohibido, era el servicio el que salía a hacer los quehaceres diarios o, él, cuando se trataba de gestiones del patrimonio familiar. El enclaustramiento contrastaba además con los días previos a la ocupación en que todos ellos habían pasado tanto tiempo en la calle, viviendo intensamente cada minuto, cada hora, cada jornada. Ahora la vida era terriblemente angustiada y aburrida.

La ciudad era tediosa, la casa era tediosa y los días insufriblemente largos. Madrid no había conseguido retomar su pulso vital y la poca información que recibían llegaba a cuenta gotas, través de gacetillas o periódicos controlados por el gobierno que no hacían más que ensalzar y exagerar las victorias galas. Las noticias reales solo se conocían de boca en boca y para muchos eran inconcebibles. En las discusiones populares el que más o el que menos se negaban a creer que Napoleón controlase ya todo el país y se esperaba un milagro semejante al de Bailén, pero este nunca llegaba. En ese ambiente claustrofóbico las jóvenes habían aprendido a controlarse, a no generar más tensión por el bien común, pero los últimos acontecimientos estaban soliviantando esa paz ficticia.

—Es imposible explicar por qué te has estado llamando con un nombre falso más de un año sin hablarle de la existencia de Lola y del trabajo que está realizando. Te recuerdo que Juan también es un agente y sospechará inmediatamente de lo que está ocurriendo. Además, quedará ridículo. “No, querido, no me llamo Lola, me llamo Clara... ¿Por qué? Por nada es que soy así de majadera”.

—Vale —dijo riéndose Clara.

—Si hablas y no le cuentas la verdad puede ser aun peor. Sospechará, empezará a hacerte preguntas y tu tendrás, o que mentirle aún más, o hablarle de Lola y de lo que está pasando. Y no solo lo descubrirá él, se lo contará al Urquijo. Lo último que supimos es que aún estaban buscando al topo. Te recuerdo que no solo pondríamos la vida de Lola en peligro, también la de Luis.

—Estoy convencida de que nadie tan bueno como Juan puede ser el topo que buscan. Si le explico lo que pasa al principio le sorprenderá, pero luego estoy segura de que nos ayudará a mantener la mentira cara al exterior y además podría venirnos bien.

—No veo como.

—Podría ayudarnos a contactar de alguna manera con Lola. Solo tuvimos de ella una carta de Luis al principio para decirnos que había llegado y se quedaría un tiempo... ¡y no hemos vuelto a saber nada más de ellos! No sé tú, pero yo estoy nerviosa. Juan podría a través de otros contactos saber de ellos, mandar o recibir correspondencia. Si no, temo que no podamos comunicarnos con Lola durante toda la guerra y sabe Dios cuánto será eso. ¡Yo no puedo esperar tanto para darle una respuesta a Juan!

—Entiendo. Solo te pido un poco más de paciencia. Haremos una cosa —dijo Isabela mientras cerraba la puerta impidiendo las escuchas fisgonas de las dos pequeñas de la casa y animando a su amiga—. Darás una fecha de boda a Juan, ponla lejana en el tiempo, no la fijes para dentro de un mes sino para el próximo invierno o la Navidad. Así tendremos unos meses de margen para ver si Lola da señales de vida. Si esto no es así, le dirás a Juan la verdad.

—Está bien, aunque me preguntará por qué pongo la fecha de la boda tan lejana. ¡Creerá que no quiero casarme! Más o menos lo que debe estar pensando ahora cada vez que me evado y le doy largas.

—Dile que esperas a ver si tu hermano Luis aparece. Pídele que te de un pequeño margen, dile que te gustaría que él fuera el padrino de tu boda. ¡Yo qué sé! ¡Invéntate algo!, pero retrásalo lo más posible a ver si ganamos tiempo y las cosas se solucionan.

—¡Vale! Aunque sabes que las cosas nunca se solucionan solas. Y a Lola, como no dé pronto señales de vida, seré yo quien la mate cuando vuelva.

Las jóvenes estallaron en risas. En ese instante tía María abría la puerta. Iba a preguntarles si querían sumarse a la partida de naipes que había organizado con otras dos señoras del vecindario en el saloncito de arriba para matar el tiempo, después se acercarían por la iglesia de San Ginés a rezar unas novenas. Las chicas se animaron. El plan era patético, pero más aburrido era no hacer en todo el día nada.

Frente de Aragón

Casi se ahoga de la tos.

La polvareda que el carruaje levantaba por el camino era terrible. Salir en pleno mes de agosto camino de Zaragoza era una locura. El calor era intenso, hacía meses que no llovía y las carreteras eran secarrales donde los caballos se asfixiaban. Tirado por una buena yegua, el carruaje del duque había hecho escala en Alcalá y Guadalajara y ahora se encontraba camino de la capital maña aunque aún en territorio libre. Álvaro viajaba con un salvoconducto que le ayudaría a atravesar la zona controlada por los patriotas, pero que podría convertirse en una sentencia a muerte si era descubierto por los franceses. Por ese motivo había tenido que elegir caminos rurales que aún estaban en peores condiciones.

Durante dos días había seleccionado bien la ruta con el fin de pasar por la zona controlada por el Empecinado, uno de los jefes rebeldes a quien conocía. Esperaba no tener problemas. El objetivo era llegar a su destino en una semana, pero dada la calamitosa situación de las vías de comunicación no sabía si lo lograría. El carruaje avanzaba a duras penas, pocas leguas diarias, y eso que iba viajando una media de diez horas a la jornada. En el camino había hecho noche en ventas mugrientas en las que era habitual oír tiroteos y peleas de borrachos; al peligro de los destacamentos enemigos tenía que

sumar en esas zonas anárquicas el de los malhechores, aunque estos empezaban, según sus últimos datos, a disminuir. No porque hubiese autoridad alguna que los metiera en cintura sino porque muchos habían encontrado en las guerrillas su nueva forma de vivir y hasta de reinsertarse.

Bostezó. Aquella noche había dormido especialmente mal. El ruido en la venta había sido estruendoso y el colchón de cáscaras de nuez le había dejado la espalda molida. La cena —un caldo sucio con coles— tampoco le había permitido reponerse y el calor pegajoso menos.

El sol pegaba de lleno en el cristal y los sillones de cuero se le pegaban a las piernas. El traqueteó le adormeció.

De fondo, entre saludos de paisanos y perros ladrando se escuchaba de fondo a su cochero arrear al animal para que cogiera más brío. Sin querer perder la paciencia se decidió a mirar el paisaje. Le dolía la cabeza de tanto leer informes. Llevaba días sin despejar la vista de los resúmenes que sus ayudantes le habían preparado para el viaje. En ellos llevaba datos sobre la situación actual de la región, el nombre de los principales cabecillas de la guerrilla, su problemática, las exigencias que tanto ellos como las juntas locales habían hecho llegar al gobierno, el posicionamiento de las columnas francesas, también material militar sensible con los datos sobre las últimas derrotas sufridas en ese frente clave para la guerra.

El general Blake había intentado sin éxito recuperar Zaragoza perdiendo en su aventura numerosos efectivos. El mariscal Suchet, al frente del ejército imperial en el Ebro, se había fortificado, levantado trincheras en el camino y salido al encuentro con sus lanceros polacos cortando rápidamente las comunicaciones Madrid-Zaragoza. En un pueblo se habían encontrado de frente aunque el movimiento había sido lento, casi perezoso por ambas partes. En vez de entrar a saco habían parado a descansar y a almorzar hasta las dos de la tarde. Después habían comenzado a sonar los primeros disparos, del bando español, pero los coraceros y húsares franceses, mejor pertrechados, habían logrado dar la vuelta a la tortilla pronto.

Los españoles se habían tenido que lanzar a la desesperada y cuando la batalla se había visto perdida irremediadamente, salvar el pellejo saltando por barrancos, corriendo a esconderse en bosques cercanos, tirándose al río. Muchos se habían salvado de milagro. Peor suerte habían llevado las costosas piezas de artillería que habían quedado atascadas en el lodo y no habían

podido rescatarse. Ahora habían caído en manos francesas. En la batalla habían muerto además dos experimentados generales, O'Donujú y Menchuca. “Desastre” era el único calificativo que después de haber leído el informe remitido por los servicios de inteligencia se le ocurría a Álvaro.

Cerró el cuaderno y se abanicó con él. Se enfurecía cada vez que leía la mala suerte que parecía perseguirles. Ciertamente era que tenían menos medios y la organización era deficiente, pero la fatalidad les estaba persiguiendo. Si la cosa no cambiaba rápido iban a tener que doblegarse a Napoleón.

Las consecuencias de rendirse, de perder la guerra...serían fatales. Todos los que se hubiesen sublevado terminarían en el paredón además de perder todo su patrimonio. Pensar en esa posibilidad le hundía la moral a cualquiera. Era una posibilidad, pero no podía revolcarse en ella. Ya era tarde para cambiar de parecer. Lo hecho, hecho estaba y ya solo cabía seguir adelante e intentar encontrar la forma de dar un giro a los acontecimientos y hacer que aquellos malnacidos mordieran el polvo.

Después de descansar un rato indicó a Demetrio su cochero, un hombre de su entera confianza, que parara en unos pozos de agua que se divisaban cerca. Allí beberían algo y se refrescarían antes de seguir internándose por el camino abrasador que llevaban. Cogieron unos botes metálicos y le añadieron unos anisetes para quitarle el mal sabor. Álvaro aprovechó también para estirar las piernas y charlar un rato con su sirviente. Por la mañana habían salido tan de prisa de la fonda que apenas si habían intercambiado unos buenos días. Demetrio era observador, gustaba charlar con los parroquianos y fisgonearlo todo, para él era siempre una buena fuente de información.

—¿De qué hablabas ayer con esos garrulos de pañuelo en la cabeza? Se les veía bastante alterados.

—¡Quia! ¿Cómo no? ¿Vio usted al más largo, al del tatuaje en el cuello? — Álvaro hizo un gesto afirmativo—. Pues que la tetona de la fonda le había *dao* un *recaíto*... O ponía la *guita* o se largaba. El trabuco le tenía la bruja en las piernas. El hombre estaba bastante bebido, pero es que llevaba allí al parecer semanas y no se quería ir... ¿qué adónde iba a irse? Que su regimiento había *desapareció* y no tenía casa ni parienta y la otra que a ella *plin*, que se fuera con viento fresco.

—Pero el hombre parecía violento.

—Cuando la tetona le puso la bocacha en la cara el otro se le tiró encima y

casi la ahoga. Tuvimos que separarlos. Si no se hubieran matado allí mismito los dos.

—¿De qué regimiento era?

—Pues usted perdonará, pero no se lo pregunté... solo maldijo al general Blake y le llamó gilipollas.

—¿Contó algo más?

—Penurias varias... Que si el Suchet ese siguió acosando a los españoles, que si a los que habían huido con Blake los persiguió sin tregua por toda la zona y cuando los nuestros se escondieron en una zona próxima —dijo señalando con la mano— conocida como Cerro del Calvario, Blake dio orden de parar a los que quedaban *pa* montar a toda prisa un puesto y enfrentarles...

—Pero les explotaron unos carros con pólvora.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque tengo el informe completo del desastre...

—Contaba que la mayoría de los nuestros eran niños imberbes, sin pelos aún en el bigote...

—Es posible, Demetrio, es posible. Niños imberbes, pocos medios... Ya sabes que a perro flaco todo se le vuelven pulgas.

—Y que lo diga... —contestó el hombre mientras tiraba una colilla que hizo una parábola por el cielo—. ¿Continuamos? Y el otro afirmó con la cabeza.

Al ejército español le crecían los enanos. Sin armas, sin dinero y con la mayor parte de sus destacamentos compuestos por críos sin experiencia no era de extrañar que en los momentos críticos se terminasen produciendo escenas de pánico.

En el carruaje Álvaro se sintió abatido. Llevaba semanas luchando contra ese sentimiento de frustración. Se preguntaba qué más podría hacer él, qué más se podría hacer en general... No se podía pedir más a la gente. Muchos ya habían dado su vida y las perspectivas eran francamente oscuras... A él se le ocurrían pocas cosas, pero esperaba sacar algo en claro de aquel viaje. ¡Ojalá lograra encontrarse con Villar! Habían sido buenos colegas, no tanto amigos, y le tenía por un hombre espabilado. Si llevaba allí meses conocería bien lo que se cocía. Tal vez desde dentro se tuviera más claro qué se necesitaba para cortar el avance galo en Aragón.

—Luis Villar —dijo entre dientes mientras ojeaba el informe que le había

dado de él Bellavista.

Álvaro recordó la última vez que se vieron, de eso hacía casi tres años. Había sido en Madrid en el café de la Fontana, cuando hablaban de lo divino y de lo humano y el peligro francés se atisbaba en el horizonte, pero aún se sentía lejano, pero el tiempo había pasado deprisa... Hacía mucho que habían perdido el contacto. Ahora la cuestión era saber si Villar seguiría vivo —el número de guerrilleros muertos en la zona era alarmante— y si querría recibirle. Tal vez recelase de él... Lo del topo aún no se había aclarado... aunque Villar siempre había sido un hombre razonable.

En todos los años en los que había tenido contacto con él jamás su comportamiento le había parecido extraño. Y aquello le hizo recordar. Le había conocido en Jaén, durante los años en que su padre había tenido que residir allí por motivos de salud. Su familia era una de las más destacadas de lugar aunque fueran nobles más bien pobretones. Los padres de ambos habían congeniado, pero las madres jamás habían cruzado dos palabras. La madre de Luis era bastante boba, recordó, y la suya era una mujer estricta y de un mal genio legendario. No habían hecho migas. Además, sabía que el hecho de que la familia Villar tuviese tantas hijas en edad de merecer desagradaba a su propia madre. Temía que alguna de aquellas “lagartas” —como las había llamado en alguna ocasión— intentara cazar a su hijo y heredero, máxime cuando ella ya tenía sus planes cerrados: casarle con Leonor de Astiazábal.

Buena se pondría su madre, pensó en ese momento, cuando supiera que había roto el compromiso que durante tantos años ella había promovido. Y para casarse con una desconocida... Se pondría hecha un basilisco, de eso no le cabía ninguna duda. Álvaro sonrió para sus adentros. *C'est la vie, maman, c'est la vie...*

Dejando de mirar al horizonte, nostálgico, decidió seguir con el trabajo. Revisando otros informes vio que al menos no todo eran fracasos. Wellesley había expulsado al mariscal Soult de Portugal y Cuesta andaba persiguiendo al general Victor por toda Extremadura. Ambos tenían que impedir que la *Grande Armée* entrase en Andalucía.

Hacia allá se dirigía también José I con su lugarteniente Sebastiani que se encontraba actualmente en la Mancha. De momento los franceses estaban sufriendo para llegar al sur aunque el coste en vidas para los españoles había sido muy alto.

—¡Señor! Luz a la vista —oyó a su cochero y asomó la cabeza por la ventanilla. El crepúsculo se había echado y la oscuridad reinaba ya en todo el campo. A lo lejos divisaron una granja o una posada. Seguramente sería tan cutre como las de días anteriores, pero necesitaban descansar.

Dos días después llegaban a su destino. El pueblo de Chodes donde esperaba encontrar a Villar. Era temprano y el día había amanecido espléndido. Como había supuesto varios centinelas vigilaban los accesos que conducían al reducto, gente tosca que enseguida le echó el alto. Álvaro se preguntó si aquellos hombres sabrían leer y con cuidado, con las manos levantadas, le indicó a uno de ellos, al que parecía el jefecillo, que sacara una misiva del bolsillo de su chaqueta. Era un pasaporte de la Junta... debería poder servir.

—Conozco personalmente a Luis

Villar y sé que me reci...

—¡Cállese! —le ordenó otro amenazándole con la culata del arma.

El que estaba leyendo el papel, que resultó ser maestro, afirmó con la cabeza.

—Está bien, puede pasar, pero entrará escoltado.

Álvaro no se quejó.

Durante al menos una hora atravesó estrechos senderos de tierra entre una densa vegetación que hacía casi imposible vislumbrar donde diablos estaría aquel refugio. Según se acercaban, siguiendo el curso del río, disfrutando del frescor de la mañana y el rumor del agua, empezó a divisar cuevas habitadas y pequeñas cabañas de madera o de piedra dispersas, aquí y allá. El maestro le confirmó que Villar seguía vivo.

—No sabes cómo me alegro de ello

—dijo Álvaro, pero Severino ni siquiera le contestó. Con un gesto de cabeza le indicó que callara y siguiera andando.

Curiosos y mujeres que con baldes de agua que subían hacia las cuevas les saludaron. Un hombretón de espaldas cuadradas y nariz partida se les acercó.

—Berzas —dijo el maestro—. ¿Sabes si está Luis?

—Salió hace un rato... regresará en unas horas —dijo chupando una paja y mirando con curiosidad al elegante recién llegado. Dos gallinas se les acercaron cloqueando y dos niños pequeños detrás. Álvaro subió las cejas preguntándose qué diablos significaba aquello. ¿Estaba en un refugio de

guerrilleros o en un poblacho? ¿Cómo podían tener allí niños con el peligro que había? Sin atreverse a preguntárselo, el maestro le indicó un tronco al lado del río, junto a la puerta de su cabaña, donde le podría esperar.

—Espérese aquí. Él vendrá en cuanto pueda... y si no lo hará su prometida.

Álvaro no dijo nada, pero aquello le pareció todavía aún más raro. ¿Con quién diantres andaría Luis para llevársela a esa cochambre de pueblo? Supuso que sería cualquier fulana. Lo de prometida, daba risa. No se imaginaba al atractivo y elegante Luis Villar prometido con alguna de aquellas vagabundas.

Dos de ellas vestidas con casacas francesas desteñidas, el pelo en un moño desgreñado y calzas debajo de las sayas pasaban en ese momento con unos conejos desnucados que en poco estarían en la cazuela... También había gente más bien mayor, poco operativa para un grupo de resistencia como se suponía que era ese. Un chaval ayudaba a transportar un caldero y otro acababa de llegar montado con nuevas de no sabía dónde. El tiempo pasaba lento y Álvaro, impaciente, decidió darse un paseo por la zona que le permitiesen.

—¡Oiga, señor! —le ordenó el maestro— solo no puede ir por ahí. Le acompañará Felipe —dijo señalando al chaval que, con una escopeta en la mano, apuntándole —como si él fuera el enemigo —le dejó que paseara.

—Perdone usted que le trate así, pero son órdenes de Luis —le dijo encogiéndose de hombros y Álvaro le hizo un gesto de comprensión.

—Es lógico que se tomen medidas de seguridad y sé que Luis para eso será muy estricto. Si cada uno hiciera lo que quisiera y no hubiese normas, no se podría funcionar ¿Sois muchos en el campamento?

—Lo siento, señor, pero no estoy autorizado a contestarle a eso. Ni a ningún dato importante... Lo siento.

—Perdón, no quería ponerte en un aprieto; comprendo —contestó Álvaro—. ¿Estás aquí con tu familia o solo? — su tono sonó más paternal.

—Solo, señor... mi hermano está con Espoz y Mina en las montañas y el resto de mi familia murió en Zaragoza.

—Vaya... lo lamento —le dijo y el chico le agradeció con un gesto—. Debí ser muy duro.

—Sí, señor, lo fue —le contestó Felipe con los ojos brillantes de lágrimas reprimidas.

El camino fue adentrándose en una zona de espesor y Urquijo se detuvo a arrancar unas cuantas moras negras y gordas de un zarzal. Estaba hambriento y sediento, solo había tomado un café aguado en la posada de ello hacía ya casi trece horas. Las tripas le rugían, pero estaba de buen humor. Había tenido que despedir a Demetrio a la entrada — el maestro no le había permitido que le acompañara— ordenándole que le esperara en el exterior hasta nuevas órdenes. Álvaro había esperado que en el campamento hubieran sido un poco más corteses, pero ni agua le habían ofrecido. Andaba pensando en ello cuando oyó risas a lo lejos. Eran mujeres.

—Vamos, trae *pa aca* esa saya que la lave, que da pena —decía una mientras otras dos andaban mojándola.

—Son las mujeres, están lavando y bañándose en el río. Aprovechan que los hombres han salido para darse un buen chapuzón —le explicó Felipe—. Si quiere podemos acercarnos.

Seguramente estará allí la mujer del jefe... Es encantadora, le atenderá de buen grado.

—De acuerdo —contestó Álvaro intrigado—. No sabía que Villar se hubiese casado.

—Bueno... no es exactamente su esposa, pero vive con ella. Ella es una señorita fina, no crea —añadió el chico al ver la cara que puso su acompañante—. Dicen que es una heredera.

—Ya —se limitó a contestar Álvaro riéndose, pensando en lo ingenuas que podían ser aquellas gentes si creían que algo así pudiera ser posible.

—Una auténtica dama —añadió Felipe y Álvaro se rio.

—Vaya, parece que Luis Villar es realmente afortunado.

—Sí, señor, sí que lo es.

¿Qué sabría aquel mocoso de mujeres?, pensó Álvaro, aunque por sus palabras deducía que la mujercita de Villar le tenía comido el seso.

Posiblemente a él y otros mozos del lugar. Una dama. Habría que ver que entendían aquellos lugareños por una dama. Pensó en su madre y la comparación le resultó divertida.

Llegaban a los pies del castillo cuando localizaron al grupo. Estaban en un meandro del río recogiendo los cestos de esparto con la ropa recién lavada mientras dos de ellas se andaban secando el pelo suelto. Debían haberse dado un chapuzón aprovechando que nadie las veía. Álvaro las envidió, estaba

pegajoso de sudor.

—Señor espéreme aquí. Tengo que comprobar que están presentables y Álvaro le hizo un gesto de que adelante.

Frente a él divisó a una mujer robusta con unas harapientas botas militares mientras una chiquilla le sujetaba parte de la colada. Dos mujeres más a su lado escurrían cada una desde un extremo lo que parecían ser sábanas o cortinas. De espaldas localizó a una chica de esbelta figura con el pelo en bucles oscuros cayéndole por la espalda. Debía haber salido del agua porque la piel le brillaba. Una compañera le apretaba el jubón en la espalda mientras la fina camisa se le pegaba al cuerpo. Pensó que parecía atractiva... Con un trapo se secó las piernas. Las tenía bonitas... había en ella algo que le resultó familiar. Intentó acercarse al grupo desde su escondrijo para ver si la veía la cara. A punto estaba de lograrlo cuando Felipe se cruzó por el sendero.

—¡Señor, ya puede acercarse! Me dicen que no hay problema. La señorita le recibirá.

—Fantástico —estaba contestándole cuando la mujer se dio la vuelta. Se había puesto la mano a modo de visera intentando localizarle en la oscuridad de la espesura. Entonces la vio: ¡Era Sol Monforte!

Ella también le reconoció. Enrojeció de repente y mientras Felipe acudía a presentarle a la visita, ella sin parpadear, se le quedó mirando.

—Señora, ¿me escucha? le presento al señor Álvaro de Urquijo, amigo del señor Villar.

—Está bien, Felipe, está bien, no hace falta que me lo repitas. Conozco al señor De Urquijo.

Las demás se los quedaron mirando. Durante unos instantes los dos se miraron intensamente tanto como para llamar la atención del grupo. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Eso —dijo riéndose la novia de Venancio— se lo tendrá que explicar al señorito Villar —apodo con el que a veces llamaban a Luis—. Que se va a poner celosón cuando vea los amigos tan reguapos que *tie*.

—Solo soy un conocido de la familia —dijo mortalmente serio Álvaro. En un instante había perdido toda su cordialidad.

—Volvamos al poblado. Luis debe estar a punto de regresar —comentó ella intentando romper la frialdad—. La salida de hoy era breve.

El grupo se puso en marcha.

Lola encabezó el grupo detrás de Felipe preguntándose qué diantres haría allí el De Urquijo... y si aquella visita sería peligrosa para su hermano. Había pensado en él mucho últimamente, deseaba verle. ¡Pero no así! Ahora, que más sorpresa se había llevado él. Se había quedado blanco y, pensó riéndose, se había creído la mentira de que estaba emparejada con Villar. ¿Sería mequetrefe? De todas formas, reconoció que el ramalazo de celos que había visto cruzar fugazmente su mirada le había gustado. Sí, estaba celoso. ¡Eran celos lo que había visto!

—¡Ya vienen! Se les oye —dijo Felipe que señaló un claro próximo por donde el grupo que había salido esa mañana apareció. A la cabeza iba Luis Villar.

—Por todos los santos... ¡Álvaro de Urquijo! ¿Qué diablos hacéis aquí? —le dijo saludándole con un fuerte apretón de manos—. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Veo que estás como siempre. ¿Y el viaje? Habrá sido duro

—No sabes cuánto —contestó el otro—. Me alegro de verte también bien. Temía que con el peligro que hay en esta zona cuando llegase no estuvieses o hubieras...

—Sí, dilo... muerto.

Álvaro soltó una carcajada. La risa fue seca, dura... en ese momento no sabía si alegrarse de ver a un viejo colega o partirle la cara. ¿Qué estaba haciendo allí con Sol? ¿Cómo podía tener allí a una mujer como ella?

—Ven, entremos en mi casa. Es humilde, como apreciarás, pero no te faltara en ella un buen trago de vino o un buen guiso. Supongo —dijo mientras abría el cerrojo y con un gesto cómplice indicaba a Lola que les dejase un rato a solas— que debe ser algo importante lo que te ha traído aquí. El viaje es peligroso. ¡Tienes que ponerme al día!

—Eso está hecho. Y tú también... tenemos muchas cosas de que hablar... ya sabes a qué me refiero, a lo de haberte quedado aquí ya más de un año.

—Sí —dijo Luis— esa es una larga historia que me gustará hablar contigo, pero pasa, acomódate, siéntate. Toma — dijo poniendo sobre la tosca mesa de madera unos picheles de barro cocido y rellenándolos de vino— échate un trago que tiempo habrá de hablar.

Mientras Luis removía las ascuas para revivir la chasca en la pequeña chimenea, Álvaro echó un vistazo a la vivienda. Junto a varias escopetas, una

cesta con munición, varias casacas deshilachadas también había ropa y cosas de mujer. Era cierto que ella vivía allí... realmente cierto ¡Sol Monforte! ¡Su Sol, vivía allí! ¡Con otro hombre! — indignado se bebió de un trago el chato. Era de locos.

Luis le relleno el vaso mirándole curioso.

Era de locos, pero allí estaba. Con un nudo en la garganta, poniendo cara de póquer, pero golpeado donde más dolía, en el corazón, se bebió otro chato más.

—Veo que hay sed —le dijo Luis dejando la frasca en el medio y Álvaro sonrió sin decir nada.

La mujer a la que llevaba meses buscando, por la que había dejado a Leonor de Astiazabal, a la que pretendía pedir en matrimonio estaba viviendo allí amancebada con otro hombre. Parecía una pesadilla.

—Putá vida —dijo por lo bajo y en ese momento deseo que se le tragara la tierra.

—¿Decías...? —le preguntó Luis acercándosele.

—Nada, que te felicito por tu parienta. Eres un hombre afortunado. —¿La conoces...? —preguntó divertido Luis de que Álvaro se hubiera tragado la mentira aunque temeroso de que en cualquier momento descubriera que era su hermana.

—Sí, nos conocimos el verano pasado en Madrid.

—El verano pasado... Vaya —dijo con un gesto de barbilla—, me alegro. Entonces no será necesario presentártela.

—No —dijo Sol Monforte que en ese momento comenzaba a poner la mesa —, no lo será.

Luis comprobó como ahora era su hermana la que estaba lívida. Allí había gato encerrado.

Capítulo 16

Hacía más de una semana que Álvaro había llegado al campamento y el ambiente seguía tan tenso como al principio. Diez días después de su aparición no había dirigido la palabra a Lola en ningún momento y se había

mostrado tan arrogante y distante que ella había pasado de la preocupación, al enojo.

—¿Álvaro de Urquijo, quién demonios te crees que eres para tratarme como si fuera una fregona? ¡Mequetrefe! ¡Patán! —refunfuñaba ella a escondidas de su hermano.

Álvaro había optado por hacerse el indiferente y a excepción de unas cuantas contestaciones o gestos corteses obligados, había adquirido un tono frío que había hecho que no solo ella le criticase, sino que muchos en el campamento le pusieran a caer de un burro. Realmente resultaba insufrible. Lola se lo había comentado a su hermano.

—¡Él es así! Frío, distante, simpático solo con quien conoce y cuando quiere. ¡No le vamos a hacer ahora cambiar su forma de ser! ¡No sé de qué te extrañas!

—Podía al menos esforzarse por disimular esos gestos de superioridad. — Fíjate que a veces me parece que en el fondo esa actitud tan arrogante lo que esconde es timidez. Álvaro es muy suyo, no es una persona abierta y sociable por naturaleza. En un ambiente desconocido, entre gente desconocida no se siente cómodo.

—¿Pues entonces a qué diantres viene? —exclamó Lola furiosa.

—A tratar cosas de gobierno, así es que tú calla y déjale en paz.

—Bien dejado está —dijo Lola dando un golpe con la escudilla metálica en la mesa. Acababa de preparar un guiso con verduras y un trozo de carne de corzo que habían cazado el día antes. Allí sirviendo la mesa se sentía como una vulgar fregona para él, que se comportaba como un cretino, un papel bien diferente al que había interpretado aquella mañana de niebla en el palacio. Entonces le había parecido fuerte y adorable, ahora un necio.

Desde luego prefería el papel de amante, el otro era detestable. ¿Por qué tenía que comportarse así? ¿Por qué no podía ser tan encantador cómo sabía? ¿Qué le había hecho ella? ¿Tanto le había molestado verla allí? ¿Todavía no se había dado cuenta de quién era en realidad? Tentada había estado de explicárselo ella misma, pero luego, herida en su amor propio, se había negado.

Si era incapaz de ver más allá, si se limitaba a juzgar por las apariencias, estaba claro que se había creído totalmente que Luis era su pareja. Lo bueno que tenía aquello era que el papel, por increíble que le hubiera parecido a ella

al llegar, resultaba creíble para todos. En la aldea lo daban por hecho, pero había supuesto que alguien como Álvaro encontraría la situación sospechosa.

La diferencia era que él los conocía.

¿Cómo iba a ser la novia de Luis si este llevaba años en Aragón? ¿De qué iba a conocerle Sol Monforte? ¿No se daba cuenta de que algo no cuadraba? ¿De que si hubiese sido Luis su novio las hermanas Villar lo hubiesen comentado en Madrid? ¿Cómo creía que podía haber estado besándose con él en el Sitio como lo había hecho si estuviese felizmente prometida a otro? ¿Cómo iba a permitir M^a Teresa o sus padres que estuviera viviendo sin casarse con un hombre y en un lugar como aquel? ¿Es que estaba loco? ¿Tan mal concepto tenía de ella? ¿Tan impostora la creía?

—¿Pasa algo más? —le preguntó Luis mientras la observaba de reojo. Desde que había llegado el De Urquijo no parecía la misma. A su valiente hermana se le subía el pavo en cuanto le veía. Se sonrojaba como una colegiala y aquel aparente odio visceral le hacía temer algo bien distinto.

—No, no pasa nada más que me molesta. Me molesta mucho.

—¿Sucedió con él algo en Madrid que te disgustara? ¿Acaso no te trató bien cuando os visteis? —le preguntó—. Porque si te soy sincero me da la sensación de que Álvaro tampoco está muy a gusto contigo... Que ese es el motivo de que se esté comportando de esa manera.

Para Luis aquello tenía pocas explicaciones posibles. O habían chocado en Madrid o se habían enamorado... De su hermana no le extrañaría. Sabía que había estado locamente enamorada de él años atrás. ¿Pero él? No creía que Álvaro fuera capaz de enamorarse de nadie, pero una cosa estaba clara: cuando estaban juntos saltaban chispas. Había tensión sexual en el ambiente. Esas miradas, esos gestos no verbales...

—Que yo sepa no pasó nada... Si él se molestó por algo, ¡vete tú a saber! Parece tan tiquismiquis.

—Tal vez tenga celos —le dijo su hermano encendiéndose un cigarro, mirándola entre el flequillo.

—¿Celos de mí? ¿Por qué? —y la voz de Lola sonó tensa.

—Mientes muy mal —dijo Luis empezándose a enfadar—, así es que vamos, habla. Está claro que nuestro querido Urquijo rabia al creer que eres mi pareja y vives aquí amancebada conmigo. Eso no es un comportamiento lógico... Debería darle igual, pero no es así. ¿Qué relación existe entre la tal

Sol Monforte y él? ¿Os habéis estado viendo a escondidas en Madrid?

—No, claro que no —contestó irritada Lola.

—¿Te preocupa estar mintiéndole? Si es así, si quieres decirle quién eres, por mí no hay problema, pero te lo advierto, estás jugando con fuego.

—No voy a jugar a nada con él y nadie está aquí hablando de amor o celos. Es simplemente que no hay buena química entre nosotros.

—Conozco a Álvaro, sé de la multitud de queridas y amiguitas que ha tenido y sé...

—¿Más o menos cómo tú? —preguntó insolente ella.

—Más o menos. Por eso, porque le conozco, te digo que no te conviene en absoluto. Te haría sufrir. Y además, hasta donde sé, desmiénteme si no es cierto, estaba prometido.

—Sí —reconoció ella—, está prometido con la Astiazábal.

—Ea, pues olvídate de él. Si deseas estos días mudarte a casa de Rosita u otra mujer hasta que se vaya, yo se lo explicaré.

Lola desechó la oferta con la cabeza.

—Pero no me le desconcentres, tenemos cosas vitales que tratar. En unos días nos reuniremos con buena parte de los guerrilleros de toda la zona, estamos ultimando planes vitales y no puedo presentarle a nadie en ese estado. ¡Irritado, desconsiderado, un cretino! Mantén con él las distancias y así todos estaremos tranquilos.

—Me hablas como si yo fuera la culpable de que se comporte así —dijo enfada Lola.

—¿Y no lo eres? ¿No eres la responsable? ¿Puedes jurármelo?

—¡No! No tengo que jurarte nada y no soy la responsable de que él sea un prepotente.

Y durante un rato se calló.

Lola no podía evitar pensar en la noche anterior. Ninguno había dicho ni mu en la mesa. A los intentos de Luis de crear una conversación ambos se habían limitado a responder con monosílabos... Álvaro había terminado por tirar la frasca de vino y Lola se había levantado de un humor de perros a limpiarlo...

—Bueno, está bien, dejémoslo aquí. Comprendo que la atracción surja; sé el efecto que Álvaro causa en las mujeres, cómo les gusta, pero está fuera de tus posibilidades. Si estuviera flirteando con otra le jalearía, pero eres mi hermana, *mi hermana*, y no puedo permitir que te deshonne o que tú te pongas

en evidencia y dé al traste con tus posibilidades de hacer una buena boda.

—Te hacía menos carca...

—Pues ya ves que en lo que a ti respecta, lo soy.

—No eres mi dueño.

—Soy, de momento, tu tutor legal, así es que no tienes a tu suerte o te mandaré para Madrid mañana mismo. Aléjate de él.

—Creía que el De Urquijo era amigo tuyo, que te le tenías en una magnífica consideración.

—Y se la tengo, se la tengo, y tanto como amigo no diría yo. Nos conocemos hace años, nos hemos tratado bastante y nos respetamos mutuamente, pero no voy a permitirle que se divierta a costa tuya. No serías ni la primera ni la última mujer que termina llorando por su culpa.

Es un hombre complejo, seguro en lo que se refiere a cuestiones de política o de negocios, ¿pero de mujeres? Es un inconstante. Le gustan todas y no le gusta ninguna. Su boda será un acuerdo familiar.

—Sí, eso lo sé.

—Pues ya está. Déjalo pasar. Quiero paz en esta casa y si para normalizar la situación debes mudarte a otra o hablar con él y coger el toro por los cuernos, ¡hazlo!

—No me atrevo a contarle la verdad.

—Si no quieres, no lo hagas, pero en ese sentido si confió en él y creo que si se la explicas, se resolverían muchos problemas —dijo el otro, pero viendo lo enfadada que estaba su hermana lo creyó poco probable—. Álvaro vendrá más

tarde a cenar... intenta rebajar la tensión, ser un poco más amable. Apenas le has dirigido la palabra y cuando le echas la sopa al tazón da la sensación de querer abrazarle con ella —dijo finalmente riéndose y Lola le imitó.

—Está bien, lo intentaré... por ti.

—Así me gusta, hermanita, que seas obediente.

—Solo he dicho que lo intentaré... porque como me conteste grosero, entonces no respondo de mis actos ni de mi lengua.

—¿Te portabas así con él en Madrid?

—Solo le vi en algún baile y con M^a

Teresa... ya te he dicho que no tengo anda que ver con él. Es un hombre insufrible. No sé por qué sigues insistiéndome en ello.

—Porque el instinto me dice otra cosa. No puede soportar que me refiera a ti como pareja, se pone frenético. Se lo noto en el aletear de la nariz, en el gesto al cerrar los labios... le conozco hace años. Le he visto discutir de política y ponerse hecho un basilisco... por eso reconozco esos gestos; ya se los he visto antes.

Luis dio por terminada la conversación porque sabía que su hermana se había enrocado en su postura y no la sacaría de ahí. Ya tarde los goznes de la puerta de madera chirriaron. Álvaro llegaba. Venía de inspeccionar una zona con algunos hombres del campamento. Ya había mantenido varias entrevistas con los partisanos más próximos aunque le quedaban los más importantes.

Lola retiraba en ese momento la olla del fuego. El puchero humeante le abrió a Álvaro el apetito y le sonrió. Sonrió a Lola por primera vez en muchos días y ella rebajó la tensión dándole conversación, intentando sonar natural aunque solo fuera por convencer a Luis de que entre ellos no pasaba nada. Se le veía bronceado como a Luis después de tantos días por la montaña y más relajado mientras le daba un trago a una cerveza.

—Por la mañana visitaremos los campos de tiro y te llevaré a que veas donde estamos produciendo la pólvora y las balas. Con tanta escasez como hay en el país la idea podría exportarse a otros sitios. En Sierra Morena mismo se podría montar otra.

—Podrías montarla tú, bajar hacia el sur si lo deseas. La Junta necesita también allí gente y tú conoces esa zona.

—¿Cómo van las cosas por allí? — preguntó Lola—. ¿Hay muchas zonas ocupadas por los gabachos?

—Bastantes... —Álvaro contestó seco—. ¿Conoce esa zona? ¿Le interesa? Si quiere puedo contarle mejor cómo van las cosas por Madrid o Extremadura donde tendrá aún a su familia... ¿Quiere noticias de la marquesa...?

A Lola el tonito con retintín la puso furiosa y su mirada despectiva, más. A punto estuvo de cumplir su palabra y echarle la papilla por la cabeza, pero haciendo un esfuerzo, viendo la mirada de advertencia de su hermano, se calmó.

—No se preocupe por los míos, que saben dónde estoy.

—¿Seguro...? Porque las hermanas Villar no tenían ni idea, la hacían en Extremadura —le contestó y Luis, mientras se llevaba una cucharada de sopa a la boca, bufó; empezaba a

hartarse. No sabía si reírse o mandarlos a los dos a hacer puñetas. ¿No quería que hablasen? ¿No le había pedido a Lola que le diese conversación y fuese obediente? Pues ahí la tenía.

—Las hermanas Villar —se inventó Lola— son hermanas de Luis, pero no les tengo aún la confianza suficiente como para contarles según qué cosas...

—Pues no parecía que le faltase familiaridad con ellas cuando la vi acompañándolas en Madrid —la discusión subía de tono y amenazaba con estallar.

—No quise preocuparlas con este viaje... seguramente no lo hubieran comprendido.

—Como tampoco lo hubiese hecho la marquesa que la creerá aún en Madrid. Parece que es usted muy hábil engañando a todo el mundo.

—¿Cómo se atreve a llamarme mentirosa? ¿Quién se cree que es...? — saltó indignada Lola—. Nadie y menos usted, que no es nada mío, puede decirme qué debo hacer o a quien debo contar mis asuntos. ¿Acaso le digo yo que debe hacer usted con los suyos?

—No creo que sea comparable...

—¡Ya basta! —exclamó Luis dando un puñetazo en la mesa—. No sé qué os ocurre a ambos, pero esto es insufrible. Álvaro, te rogaría que no hablaras así a Sol, y tú... mujer, ¡no seas tan irascible!

—dijo fulminándola a ella con la mirada.

Sol Monforte se dio media vuelta y salió de la casa sin decir palabra dando un portazo. Habían trasladado a varios heridos de un refugio cercano y les estaban atendiendo en una nave habilitada como dispensario. Se dirigió hacia allí con los ungüentos y pomadas que había preparado por la tarde mientras soltaba por la boca todo lo que se le ocurría. Necesitaba esfogarse. Esperaba que si el duque tenía un mínimo de dignidad, se marchase a otra cabaña mientras estuviera allí. En aquella —debía comprender— no era bien recibido. Al menos por su parte.

Luis, podía irse al diablo.

De buena gana la hubiera estrangulado. ¡Todavía se ponía digna!
Que a él no le incumbía lo que fuera de ella. ¿Pero cómo podía ser tan falsa?
Y él... ¿cómo podía ser tan majadero para haberse dejado engañar con tanta

facilidad? Él, alguien experimentado, tenía aún más delito que ella. Sin duda esto le enfadaba tanto como la actitud de la mujer. Su propia ingenuidad, el haber caído como un adolescente en sus redes... Su aspecto de damisela inocente en Madrid, el día que la besó detrás de las cortinas. ¡Y ahora parecía una salvaje! Aunque eso no le disgustaba. Le excitaba sobremanera, le hacía hervir la sangre... La deseaba cómo nunca había deseado a nadie. Le gustaba que fuera decidida, de lengua y pensamiento ágil... Lástima que toda su complicidad se volcase en Luis.

—¡Maldita sea! —explotó.

No había podido evitar observarles y no podía dudar que existiese entre ellos una gran complicidad y un gran cariño, aunque pasión no sería la palabra. El suyo parecía un amor tranquilo, comprensivo, maduro. No se imaginaba a Luis tampoco así. Con él se había corrido unas cuantas francachelas por la capital y podía ser tan pasional como el que más, pero con ella era distinto. Denotaba que lo suyo era de hacía tiempo.

La cuestión, pensó Álvaro recorriendo a caballo junto a su colega la zona, era saber de qué se conocían exactamente y desde cuándo, qué sabía la marquesa de todo eso y si esa muchacha era realmente o no su sobrina. ¿No sería cualquier fulana contratada por M^a Teresa o por el Círculo como agente? De repente esa idea le sobresaltó. Parecía descabellada, pero tenía su lógica. ¿Sabría Luis quien era en realidad Sol Monforte? ¿A qué andaba jugando...? ¿Su pavoneo por Madrid del brazo de Enrique de la Vega o su coqueteo con Juan Ordóñez? Su enojo aumentó.

No podía pensar en ella sin sufrir arrebatos de cólera. ¡Y pensar que había suplicado tener un minuto libre en aquella maldita guerra para ir a buscarla y pedirle la mano...! ¡Valiente ridículo hubiese hecho! No, si en realidad debería estarle agradecido al destino que le había abierto los ojos a tiempo. Si no, podría haber terminado casándose con esa zorra... Bueno, tampoco zorra sería el calificativo que la definiría. Puede que hubiese andado jugando con varios caballeros al mismo tiempo, pero no creía que hubiera llegado a mucho con la mayoría de ellos. Más bien parecía una intrigante.

Sí, le debía al destino que le hubiese abierto los ojos a tiempo. No pensaría más en ella, tenía que olvidarla. Jamás podría ser suya y además el tampoco la querría. No podía tolerar las mentiras y esa mujer era mentirosa por naturaleza.

Estaba seguro de que Luis tampoco conocía la verdad, al menos toda la verdad... Debería aclarársela.

—¡Sí, por allí! —le dijeron dos hombres mientras les indicaban unos cortados donde alguno de los suyos estarían esperándoles—.

Álvaro levantó la cabeza y miró en aquella dirección mientras maldecía por lo bajo.

Llevaba días diciendo que no volvería a pensar en ella, pero la verdad es que no hacía otra cosa. Dándole a todo mil vueltas... Luis se le acercó en su montura.

—Estamos llegando al cortado, allí te enseñaré otro refugio donde hemos estado escondiendo parte del polvorín...

Y perdona por lo de Sol de ayer, es muy temperamental. Se le olvidará, aunque realmente lamento que no te lleves bien con ella. Es una mujer fantástica, de veras, lo que pasa es que las circunstancias han impedido que os conozcáis mejor. Solo te pido que tengas paciencia con ella y no la juzgues de forma muy rigurosa, te equivocarías. Cometerías una injusticia.

A Álvaro el tono conciliador de Luis le llamó la atención. Esperaba más bien su cólera. Si alguien le hubiese hablado a su novia o mujer como él había hecho con Sol Monforte se hubiera disgustado profundamente, pero Villar parecía muy comprensivo con ambos.

—Tal vez tengas razón —dijo sonriéndole—, es solo que lamento la descortesía que he tenido para contigo y tu prometida, es intolerable mi comportamiento. Te pido excusas.

—No hay de qué y alegre esa cara — le dijo el otro dándole un golpe en el brazo. Álvaro le obsequió con una sonrisa claramente falsa.

A Luis le dio cierta pena. Se le veía realmente afectado y eso no podía ser por una vulgar discusión con una mujer; tenía que obedecer a algo más profundo. Lo que necesitaba saber era cómo de profundo era el sentimiento Álvaro para con su hermana. Qué clase de intenciones tenía hacia ella, a qué aspiraba en realidad. Si pensaba casarse con otra era una faena que intentara conquistarla, aunque si pretendía hacerlo con esos modales lo llevaba claro. Luis necesitaba seguir indagando.

—Te veo callado, ¿pasa algo? ¿Te encuentras bien? ¿Estás preocupado por algo?

—¡No! Va todo bien. Por cierto te comenté que estuve con tus hermanas, y

no sé si sabrás, si la señorita Monforte te lo habrá contado, que tu hermana Lola va a casarse —y Luis le miró realmente asombrado— con nuestro querido Juan Ordóñez. Supongo que habrá intentado hacerte llegar la petición dado que tú eres el tutor, y te habrá pedido que seas su padrino.

—Ya, pues no sabía del asunto —dijo el otro—. Si me ha escrito pidiéndome la mano de mi hermana, aún no me ha llegado. Claro que tal vez no sepa dónde estoy. Esperaré... a Lola no le importará esperar —mintió—. Por cierto, tú también andabas comprometido con la señorita Astiazábal, una mujer preciosa... ¿Cuándo te casas? ¿Tienes ya fecha?

—No voy a casarme con ella, he roto el compromiso —dijo escuetamente y él otro empezó a comprender.

—¿Por algún motivo en especial? Imagino que una decisión así debe resultar difícil de tomar. Vuestras familias eran amigas de siempre. —Comprendí a tiempo mi error... y además su comportamiento en los últimos tiempos había dado mucho que hablar. Mientras yo andaba trasladando los archivos a Sevilla ella se había estado pavoneando por todo Madrid del brazo de un general gabacho.

—¡Muy poco considerado!

—Poquísimo, y además, bueno... hacía tiempo que tenía claro que no deseaba aguantarla toda la vida... Es muy guapa, pero es insufrible —dijo sonriéndole a Luis.

—Sí, uno debe tener cuidado de con quien se casa. Además, tal vez haya aparecido alguna bonita muchacha por ahí —le comentó de forma intrascendente, pero Álvaro volvió a ponerse serio y lo negó.

Si hasta entonces Luis había tenido sus sospechas, la conversación le estaba confirmando sus ideas. Álvaro de Urquijo parecía enamorado de su hermana y era comprensible el disgusto que se debía haber llevado al encontrársela allí viviendo amancebada con otro hombre. Debía detestarla, aborrecerla, pero eso cambiaba todo. Si su compromiso con la Astiazábal estaba roto y estaba enamorado de su hermana tenían que aclararlo.

Jamás permitiría que Álvaro se pavoneara conquistando a Lola mientras siguiese con sus planes de boda en Madrid, pero ahora esa boda podría ser con su hermana. Y él era su tutor, estaba obligado a buscar lo mejor para ella y Álvaro de Urquijo, no se podía dudar, era un partido excelente: un hombre poderoso, rico, inteligente, que, además, le gustaba a ella. ¡Tenía que resolver

el problema! No le desagradaría pensar en Álvaro como futuro cuñado... Una risa interior le hizo iluminar los ojos. Ideas como esas eran las que como hombres detestaban en las matronas de las que huían en las fiestas, pero no podía olvidar que era el tutor de tres muchachas casaderas y debía velar por sus intereses. Además estaban en guerra... y si a él le pasase algo, al menos estarían protegidas.

—Y tú, ¿piensas casarte pronto con Sol?

La pregunta le sobresaltó.

—Bueno, de momento no hay fecha, pero supongo que lo haremos pronto, en cuanto yo pueda regresar a Madrid —le dijo riéndose para sus adentros.

—¿Y no crees que deberías hacerlo incluso antes? Vivir aquí amancebados la deshonrará si se sabe... Sería un escándalo. ¿Te has preguntado el daño que puedes hacerle? Si se rompiera este vínculo podría quedar... manchada.

—Tranquilo, nuestro vínculo no se romperá y créeme que jamás dejaré de quererla... Hace muchos años que estamos juntos y nos conocemos.

—Pues nunca me habías hablado de ella.

—Tal vez no me escucharas, pero sí creo haberlo hecho en alguna ocasión.

—Llegamos —y un grupo de sus hombres les salieron al encuentro.

El tema de charla quedó en suspenso mientras Álvaro, como encargado gubernamental, hacia la inspección de los silos donde estaban almacenando las armas. Eran puntos estratégicos que los cabecillas habían estipulado previamente. Luis los dejaba allí según los producía para que cada mes fuera una de las partidas la que se acercara a recogerlo. Siempre estaban caninos de munición y era muy importante mantener la seguridad para impedir que los franceses los descubriesen. Anocheceía cuando la partida de Luis y Álvaro regresó a Chodes. Estaban a finales de septiembre y el tiempo había refrescado. Sol Monforte no se encontraba en la casa, seguiría aún en el dispensario. Ambos se sirvieron un buen potaje de la olla que reposaba en el fogón y se echaron un trago. Asomados a la ventana escucharon el devenir del río, el canto de los grillos y las risas de un grupito de féminas que seguían con palmas al guitarrista; un jovenzuelo que había resultado herido en combate y al que habían cobijado allí hacia un mes.

Había recibido un disparo en un costado en Belchite y le habían encontrado moribundo cerca de allí. Ahora estaba casi repuesto y deseando poder unirse a ellos. Era un joven apuesto por lo que las muchachas más jóvenes del

campamento se habían encandilado con él, obsequiándole con sonrisas bobaliconas y pidiéndole a todas horas que le cantara alguna seguidilla. Una de las risas burbujeantes que le llegó nítida fue la de Sol Monforte... Y la bilis le subió a la garganta. Debía irse de allí cuanto antes por su propio bien. Seguir allí le hacía daño. Cada vez le resultaba más insufrible verla con otro. No lo podía soportar y terminaría poniéndose en evidencia. ¡Y antes muerto que reconocer lo que ella le importaba!

¿Qué diantres habría visto Sol Monforte en Luis Villar que no hubiera podido ver en él mismo? ¿No se daba cuenta de que entre ellos podría haber cariño, pero no pasión? No al menos esa pasión que les embargaba a ellos dos cuando estaban juntos... ¿No se habría percatado de cuanto la amaba él? No, no debía haberlo hecho.

—Acostémonos, es tarde y mañana nos espera un buen día —le dijo Luis a su lado aún en la ventana y Álvaro le indicó que se tomaría otro trago y se acostaría un poco más tarde.

Al día siguiente se reunirían con Pedro Villacampa, uno de los principales líderes de la resistencia, un hombre realmente difícil de localizar. Había aceptado a regañadientes reunirse con el enviado de la Junta Central después de que Luis le hubiese mandado multitud de requerimientos... Tendrían que hacerlo en su guarida, en una remota serranía... Él y otros colegas habían aceptado esa cita para preguntar directamente qué pensaba hacer la Junta para ganar la guerra, qué planes manejaba, qué estrategias militares y para exigir que se atendieran sus peticiones.

El olor de los geranios que las mujeres habían plantado en unas latas en la puerta le subió hasta la nariz. El ambiente era relajado. Álvaro reconoció que a pesar del miedo y de las penosas condiciones en las que allí vivían muchos parecían incluso felices. Seguro que más de uno tendría allí más que en su vida habitual. Allí no había hambre, nadie estaba solo, había compañerismo y siempre tenían un hombro donde llorar cuando las cosas se daban mal. Para muchos aquella vida era como una nueva oportunidad, sobre todo para los que había incluso logrado recomponer su vida encontrando nuevas parejas.

A él también le hubiera parecido maravillosa su vida allí si hubiera podido disfrutarla con Sol Monforte, haber salido a cabalgar con ella por esos preciosos paisajes cubiertos de helechos y hermosas montañas nevadas al fondo; si hubiera podido bañarse con ella en las pozas o haberla besado... Sol

estaba más atractiva que nunca. No necesitaba de chinelas de raso ni de elaborados peinados para excitarle. Al natural era aún más bonita. Incluso cuando lucía ese aire tan masculino, con taleguillas de montar o botas militares...

—¡Vamos, mis niñas, que ya es hora de irse a dormir! —oyó decir a una de las mujeres y a Sol contestarle. Un grupito se acercaba despacio hacia sus chozas. La vio llegar a la luz de la luna y se preguntó qué diablos podría hacer él para conquistarla. Aquel pensamiento repentino le desagradó. Era muy poco honorable intentar quitarle la prometida a un amigo que para más inri estaba siendo su anfitrión. Sí, era una locura continuar allí, debería marcharse cuanto antes.

Ya le quedaban pocos días de estancia allí. Si todo marchaba según lo previsto se vería con Villacampa y Fernando García, un veterano de la guerra del noventa y tres, en unas horas. También lo haría con el arquitecto Juan Antonio Tabuena, que se había hecho cargo de las milicias riojanas, con el coronel Mariano Renovales, legendario por su defensa de Zaragoza y con el Canterano, un guerrillero de allí cerca, de Daroca, un hombre que había sobrevivido al desastre de Belchite y era muy respetado por todos los hombres de la región. Como si de un moderno Robin Hood se tratara, robaba armas y dinero a los franceses y las repartía entre el pueblo. Gracias a él muchos campesinos no habían de muerto de hambre en el duro invierno y otros muchos habían podido defenderse.

También estaba, según el listado que le había pasado Luis, Santiago Pérez, un experto en fugas imposibles. Sus aventuras habían corrido de boca en boca por todo Aragón y era difícil señalar cuánto habría de verdad y cuánto de ficción. Con quien ya había establecido contacto, hacía tres días, había sido con el barón de Elola, un veterano al que conocía de años atrás, de ser amigo de su padre y que se había encargado del llamado Cordón de Calenda, un paso vital para evitar el avance francés hacia el sur del Ebro. Había armado con su propio dinero a un grupo de desharrapados y los había uniformado y disciplinado para que en vez de pastores, parecieran lo que ya eran, hombres de armas. Sabía cómo tratarles, una mezcla de disciplina y suavidad.

A quien no conocía Álvaro era al propio Villacampa, pero había oído muchas alabanzas de aquel individuo de formación militar que en el último año se había convertido en el terror de los franceses en Aragón. Su cabeza, al

igual que la de otros como Espoz y Mina, tenía precio, pero hasta el momento nadie había osado delatarle. El caso de este último, Espoz y Mina, era aún más llamativo. Se trataba de un granjero de posibles que jamás había cogido un arma, pero que viendo como los franceses le requisaban sus tierras, mataban a sus vecinos o asediaban sus pueblos, había decidido unirse a una partida de guerrillas que dirigía un sobrino suyo universitario.

Ahora era él quien se había hecho cargo del grupo —tras el apresamiento de su pariente— y dirigía una partida de miles de hombres diseminados por todo el Ebro. Sus acciones eran realmente asombrosas. Había logrado él solo con su gente cortar las comunicaciones francesas, impedirle al enemigo el suministro de armas, puesto fin a varios sitios y terminado por volver loco a Souchet. La última acción de la que había tenido el conocimiento había ocurrido cerca de Teruel donde había conseguido que los franceses terminaran pidiéndole clemencia después de rodearles en una ermita.

Apurando de un trago el anís de su petaca decidió acostarse. Le esperaba al día siguiente una buena jornada. Necesitaría estar despejado porque había sido complicado conseguir todas esas citas y no le podía fallar a última hora a Jovellanos o a la Junta. Además debía comenzar a recoger sus pertenencias para su regreso a Madrid. La Junta no le había puesto límite de tiempo para su viaje a Aragón, pero aquello debía finiquitarlo ya.

—“Virgencita de Atocha / dame un trabuco / pa matar franceses y mamelucos” —cantaba una de las jóvenes en dirección contraria. Álvaro vio como Sol se despedía de ella y se dirigía a su cabaña. Seguía muy enfadada con él, pero ahora se la veía contenta. Al parecer charlar con las mujeres del pueblo y su trabajo en el dispensario la relajaba. Le vio asomado a la ventana y se limitó a hacerle un gesto silencioso de buenas noches. Lola colgó su mantón de una clavija y cogió una palmatoria para meterse en su cuarto. En la puerta, se volvió hacia él.

—Debería usted irse a dormir. Mañana le espera un día difícil —le dijo.

—Gracias por su interés —contestó él— y aprovechando qué hoy parece de mejor humor, quiero pedirle excusas por mi comportamiento reprochable de estos últimos días. No quería ser grosero; perdone mi estupidez.

—Perdonado, aunque en realidad debería ser yo quien pidiera disculpas —dijo mirándole intensamente, como si quisiese decirle algo más—. Comprendo que para usted debió ser una sorpresa encontrarme aquí. Y sé que la última vez

que nos vimos sucedió algo inesperado... No pude esperarle en el Sitio... tenía que marcharme y usted tenía mucho trabajo con todos aquellos revoltosos en el patio del palacio...

Supongo que creará que mi comportamiento fue desvergonzado o irracional, pero créame si le digo que las cosas no son como parecen y que pronto tendrá una explicación

—No necesito ninguna explicación — intentó decirle él, pero ella se acercó.

—Sí, creo que sí la necesita, que ambos la necesitamos —iba a darle la mano en señal de buena voluntad, de firmar la paz, pero la proximidad los traicionó. Álvaro tiró de ella y durante unos instantes ambos apoyaron sus frentes la una sobre la otra, con la respiración agitada, los nervios a flor de piel.

—No es una explicación lo que necesito —dijo él en un susurro que a ella le puso la piel de gallina—, sino otra cosa bien distinta —y diciéndole eso, la besó. Un beso largo e intenso, lleno de pasión y de fuerza. Durante unos minutos, el resto del mundo dejó de existir para los dos.

Capítulo 17

Tumbada sobre un lecho de helechos y flores, a la orilla del río, Lola no paraba de dar vueltas a sus pensamientos. Se había separado un poco del grupo que durante todo el día llevaba trabajando en el dispensario preparando mixturas y emplastos de romero y lavanda para estar un rato a solas. El problema de un sitio tan pequeño era que resultaba imposible tener un poco de intimidad. Una no podía llorar o reír, soñar o maldecir, sin que los demás se enteraran, y aquello era solo suyo.

Cerrando los ojos, dejando que la tibieza del sol le calentase no solo el cuerpo, sino el alma, dejó volar su imaginación y liberó sus sentimientos. Su corazón anhelaba a Álvaro con la misma fuerza con la que ambos se habían besado hacía unas noches, aunque como había ocurrido en ocasiones anteriores, esta vez se encuentro también hubiese acabado bruscamente. Álvaro había intentado seguir después, pero ella había echado el freno. Se

había sentido, como ya le pasara en el Sitio, asustada ante su propio arrebató, sus contradicciones... Se suponía, al menos así se lo habían enseñado en el convento, que aquella pasión era indigna de una dama. Había sido un momento apasionado, pero tenso, en el que había notado al final la decepción en la mirada de él, aunque eso no lo hubiese hecho menos romántico.

—Dejémoslo, no es posible —le susurró y él se separó de ella con un gesto. Ellos podrían desearse, pero las circunstancias no acompañaban—. No creo que esto esté bien, no es adecuado.

—No... claro que no —terminó diciendo él.

Oyó el zumbido de una mosca y dándole un manotazo, se levantó de la hierba.

Con un viejo cuaderno con las notas que había apuntado en el convento cuando ayudaba a sor Brígida en el herbolario, intentó ponerse a leer. Pasando las hojas sin mirar realmente nada, se sentía incapaz de concentrarse.

¡Sería idiota! ¿Por qué le habría frenado? Ahora se moría de ganas de besarle otra vez. Aquello era insufrible. Tal vez el problema fuera que la había pillado de sorpresa. Cuando se había acercado a él no se había imaginado cómo terminaría la cosa, con ella tumbada encima de una mesa y Álvaro besándola sin parar. Aquello había sido una explosión de deseo, algo que irremediamente pasaba siempre que estaban los dos juntos. Era superior a sus fuerzas, como una borrasca en invierno que se llevara todo por delante. Cuando lo tenía a su lado no era consciente más que de su piel, su fragancia, la presión de sus dedos en su barbilla, su voz profunda en su oído, sus gemidos... Dios santo, qué calor tenía, pensó en ese mismo instante remangándose la camisa y echándose un poco de agua por el cuello.

Tan deprisa había pasado todo que no podía recordar con exactitud en qué momento le había desabrochado la sayuela y había empezado a succionarle los pezones o cuándo le había levantado la falda... Todas aquellas imágenes eran un caos en su cabeza... un caos maravilloso. Adoraba los pliegues en la comisura de sus labios al reírse, la fuerza de su mano al acercarla a él, su respiración agitada en su cuello, la seguridad y calidez que sentía cuando estaban juntos... Solo una cosa había enturbiado su dicha, que la llamara Sol.

“Sol, Sol, Sol” había repetido él una y otra vez hasta que oírlo la enfrió.

Sabía que era su nombre ficticio, que la llamaba a ella, pero casi lo sintió como una traición. Aunque llevase meses interpretando un papel necesitaba

que ese momento fuera real, sincero... no podía permitir que esa intrusa llamada Sol Monforte, que tantos quebraderos de cabeza le había causado, la robara el protagonismo. Ella era Lola, Lola Villar, y quería, *necesitaba* desde hacía ya muchos años, oírle decir su nombre.

Que dijera otro era como si inconscientemente buscara a otra mujer mientras estaba en sus brazos y eso le había provocado un estúpido e irracional sentimiento de celos y disgusto. Sabía que era algo absurdo, pero su corazón no entendía a razones.

—¿Pasa algo? —le había preguntado él notándola tensa, distante de un momento para otro. Y ella había negado con la cabeza, pero irremediablemente la magia del momento se había roto.

—No sigas, por favor. ¡Ya... ya ha sido suficiente! Esto no debería estar pasando y tú lo sabes —le había dicho muy seria. Separándose de él, poniendo la mano a modo de freno, él se había echado para atrás desconcertado.

Era comprensible que le disgustase una despedida tan desangelada como aquella, que incluso lo hubiese considerado un rechazo, pero era lo que ella había necesitado en ese momento. Le hubiera gustado explicarle allí todo, pero ¿por dónde empezar? Titubeando, sin saber qué decirle, intentó acercársele de nuevo mientras se abrochaba los botones de su blusa, pero él también había cambiado. Herido en su orgullo, frío, había apagado de un soplo la palmatoria que había en la cocina y dándose la vuelta, dejándola allí todavía sentada encima de la mesa, le había dicho adiós sin mirar atrás.

—Que duerma bien —y había cerrado de un golpe la puerta de su dormitorio.

—¡Mierda, mierda, mierda! —repitió Lola. No había creído que se fuera a tomar así las cosas... incluso había creído que intentaría seguir besándola de cualquier forma, que la ayudaría a deshacerse de sus temores, pero aquella reacción brusca tan de su estilo, tan arrogante, la había vuelto a sacar de sus casillas.

Recogiéndose los pelos revueltos con las horquillas caídas por el suelo se había metido en la habitación. Luis seguía durmiendo en un arcón y ella se tumbó en el camastro. Aquel era el cuarto de su hermano, pero desde la llegada de Álvaro habían tenido que disimular y compartirlo. Recostada en la almohada se sintió abatida. Al día siguiente se prometió a sí misma que

solucionaría aquello. Encontraría el momento para hablarlo y aclararlo con él. Tenía que hacerlo.

Pero al día siguiente no había podido. Los hombres se habían marchado antes de lo previsto y al levantarse, después de oír ruido en la calle, había comprobado que aquello que retumbaba eran los cascos de sus caballos. De eso hacía ya varias jornadas. Se suponía que ahora tendría que esperar un par de semanas puesto que según le había explicado Luis aprovecharían el viaje para hacer una inspección a todo el valle y entrevistarse con numerosos rebeldes. Tendrían que recorrer muchas leguas, concertar muchas citas y la zona estaba controlada por franceses lo que les obligaría a moverse con gran sigilo para no ser descubiertos. Una operación gala podría con suerte terminar de golpe con la detención o muerte de todos los cabecillas a los que andaban buscando...

Luis le había contado a su hermana aproximadamente qué iban a hacer y qué tiempos manejaban para que no se alarmara si se retrasaban al regreso.

—No te alarmes si pasa eso, la previsión es de tres o cuatro semanas, pero habrá que comprobar cómo están los pasos y tomar muchas medidas de seguridad. Ya sabes lo estrictos que son algunos y, además, Álvaro quiere conocer in situ la zona para dar parte a la Junta.

—Prométeme que te cuidarás... que no os pondréis en peligro... No me gusta que vayáis a estar tanto tiempo fuera.

—Lo sé, por eso te estoy contando esto, para que esperes tranquila. Tendré mucho cuidado y, además, el Berzas cuidara de ti en mi ausencia y se quedará al frente del campamento. No cometas imprudencias y no salgas sola por ahí, siempre acompañada, ¿entendido?

—Claro —le había dicho ella—, claro —y se abrazó a su hermano.

De eso hacía ya una semana y por más que se había dicho a sí misma que era una salida más de las muchas que habían estado haciendo días antes, aquella le ponía especialmente nerviosa. Había intentado calmarse ocupando frenéticamente su tiempo: cuidando a los heridos en el sanatorio, haciendo más pomadas y ungüentos, charlando con las demás mujeres del campamento o dejando volar su imaginación, pero no podía evitar contar los días, uno a uno, minuto a minuto, para que ellos volvieran. Solo entonces se sentiría tranquila.

De todos los del campamento solo el

Berzas conocía la verdadera identidad de Lola y al menos en eso estaba tranquila. Luis no se fiaba mucho de los nuevos soldados y combatientes heridos que habían llegado hacía poco, a los que había ordenado que sigilosamente se espicara. Insistía en que había que extremar las medidas de seguridad porque no sería ni el primer ni el último caso en que los franceses pagaban a algún nacional o utilizaban a algún afrancesado para infiltrarlo en los grupos guerrilleros y reventarlos desde dentro. A ella le parecía que Luis estaba cada día más paranoico y todo aquello era exagerado, pero sabía que debía atenerse a las normas para no generar alarma. A ella en particular le caían bien los recién llegados, especialmente un joven médico en Zaragoza, Miguel de Haro, que parecía también andar tirándole los tejos, aunque con mucho salero y mucha guasa. Luis le había advertido al respecto.

—Déjate de coqueteos no vayas a provocar una pelea que además te descubriría —y Lola se había echado a reír.

—No quieres que me descubran o que te haga quedar mal —y el otro la había mirado con un gesto de advertencia.

Durante las semanas que los dos estuvieran fuera con un grupo reducido de escolta, la producción de balas en el prado debía continuar y las mujeres también debían seguir recogiendo plantas y produciendo medicamentos. Además, había tenido que ocuparse de la mujer del Isidro, un viejo sargento huido de su regimiento cuya parienta iba a tener su primer hijo. El embarazo había sido complicado desde el principio y el parto peor aunque todo había salido bien finalmente. Así habían ido pasando las primeras jornadas. Los días le habían resultado más fáciles de llenar, pero las noches enteras se las había pasado pensando en Álvaro de Urquijo y en todo lo que aquel maldito hombre le hacía sentir; en la necesidad de contarle quien era; en el deseo irresistible de que la volviera a besar y de que esta vez cuando la nombrara la llamara a ella. Su hermano la había animado a hacerlo.

—¡Díselo! Yo pongo mi mano en el fuego por él —le había dicho—. Además, así comprenderá qué haces aquí.

—¿Te importa lo que él piense de mí? —le había preguntado Lola sospechando de un sutil cambio de parecer en su hermano y el otro se había encogido de hombros—. No crees que si lo hago habré roto el compromiso que establecí con la red, con Bellavista. Todavía no se ha encontrado al topo y si ni Jovellanos ni la marquesa han querido que lo supiera, será por algo.

—Haz lo que quieras y cuando quieras, pero creo que deberías aclararle algunas cosas.

—¡Señorita! ¡Señorita! —oyó cómo la llamaban y dejó sus ensoñaciones y el cuaderno de notas al lado, levantándose para que quien la estuviese buscando la viese—. Era Felipe que le llevaba un correo.

—Hay una carta para usted. Me mandan que le diga que vaya al poblado.

Lola se levantó de prisa, pensando que únicamente sus hermanas o Clara sabían que estaba allí. Atravesó de prisa la pradera y subió por el sendero que corría paralelo a los riscos, con el sol crepuscular de cara llegó a su cabaña. Un hombre con aspecto lamentable, como si hubiera hecho un viaje sin fin, cubierto de polvo, le entregó un sobre en mano. Era el mismo hombre al que Luis había entregado en otra ocasión, a su llegada, una carta para sus hermanas. Debía ir personalmente desde la capital. Tendría que preguntarle más tarde cómo andaban las cosas por allí.

Inquieta por lo que el contenido del sobre, lo rasgó mientras fuera dos conocidas cuchicheaban. Lola supuso que estarían criticándola. Tenían prohibido mandar correos personales porque eso les ponía a todos en peligro en caso de ser el correo descubierto. La carta le hizo feliz. No había críticas a su larga ausencia —como se había temido —, sino una buena noticia: Isabela le pedía que tuviera cuidado, Josefina y Ana le contaban un montón de aburridas andanzas por Madrid y le hablaban de las continuas visitas de Juan Ordóñez que finalmente había pedido la mano de Clara...

—¡Bien! —se oyó decir a Lola.

Espero que Luis y tu estéis bien y que volváis pronto a casa. Te recuerdo que no nos marcharemos de aquí hasta que no lo hagáis vosotros. Te informo además que el duque de Tello también vino —durante su estancia en Madrid— a visitarnos en varias ocasiones preguntando insistentemente por el paradero de Sol Monforte... No hemos dicho nada, pero comprenderás que la situación es un poco tensa.

Álvaro había ido a preguntar por ella; antes de encontrársela allí había estado buscándola. Eso la emocionó. Siguió al siguiente pliego; era de Clara.

Queridísima Lola:

Lamento tener que contarte algo y es la necesidad de que me digas qué debo hacer con Ordóñez respecto a tu identidad. Me ha pedido varias veces que fije la fecha de la boda y he tenido que darle largas, provocando con ello su enfado, pero no puedo fijar una fecha hasta que no pueda revelarle con sinceridad mi identidad, decirle que soy Clara Martín. Cree haber pedido la mano de Lola Villar. Por favor, autorízame a decirle la verdad. Es un hombre bueno y maravilloso, jamás te pondría a ti o a Luis, al que conoce y aprecia, en peligro.

Cuántos problemas estaba causando la situación. Cuántos imprevistos, pensó Lola con un suspiro terminando de leer su petición.

Quién hubiera imaginado que un engaño provisional iba a causar tantas complicaciones: impedirle a Clara casarse, generar discusiones entre Clara e Isabela, entre ella misma y Luis, con Álvaro... Y todo se solucionaría si se descubriese ante Ordóñez y Álvaro. Parecía fácil, pero temía estar poniendo en peligro la vida de Luis o incluso la suya misma...

—No, no, no —se repitió nerviosa—, ellos no pueden ser el topo.

Inquieta, sin decidirse aún, se calentó un tazón de leche. La noche se había echado y en la calle hacía frío. Nubes negras en el cielo presagiaban tormenta, una tan grande como la que ella llevaba en su corazón. Salió con la intención de olvidarse de esos miedos, de reírse y hablar un rato con las demás que andaban en una chasca, donde estaban asando un espetón de lomo de ciervo. El olor de la madera calcinada y el de la carne le abrieron el apetito.

“En unos días, les contaré la verdad. No puedo seguir mintiéndole a todo el mundo, se prometió a sí misma y aquella sencilla afirmación, le devolvió la serenidad.

Serranías de Aragón

Llevaban días cabalgando por algunas de las zonas más inhóspitas de Aragón. Era comprensible que las tropas de Suchet ni se atrevieran a acercarse por aquellos sitios porque realmente parecían salvajes. La región era agreste, sin ninguna comodidad, con multitud de serranías dispersas, cordilleras, desfiladeros, pasos cortados por la nieve, bosques impenetrables.

Al igual que en otros puntos de España se podía pasar en unas leguas de estar en una ciudad acogedora a estar en tierra de nadie. Para aguantar en aquella orografía salvaje y llena de trampas había que conocerla y los franceses la temían. Si Suchet pensaba que con quedarse en Zaragoza resistiendo y hacer alguna que otra salida para dar escarmiento a los rebeldes sería suficiente, se estrellaría.

El francés debía saber ya, a tenor de los correos que ya le habían interceptado, lo que les esperaba si no acababan con aquellos grupúsculos de indisciplinados. Antonio Tabuenca, uno de los cabecillas más buscados por ellos, se lo había comentado a Álvaro y a Luis el día anterior.

—Se las hacían muy felices, pero los gabachos empiezan a entender que están lejitos de haber ganado la guerra; que están atrapados en las ciudades que con tanto ahínco ocuparon —les había dicho.

El hombre, robusto, unos treinta años, vestía amplios zahones de paño negro, botas altas de montar, chaquetilla de bandolero, redecilla al pelo y una manta de colores a rayas por los hombros, pañuelo atado al gazonate, sombrero de cuero calado y una faca de dos palmos de largo en la faja. Era un hombre diestro en el manejo de armas, un hombre curtido en mil batallas que llevaba todo el año acosado permanentemente por columnas enemigas que le habían provocado canas y una úlcera. Sus narraciones sobre los crímenes que había visto presenciar a esos extranjeros les helaron la sangre aunque Luis podía dar fe de que eran bien ciertos porque el también, desgraciadamente, había sido testigo de escenas similares.

—Están empezando a actuar a la desesperada; están cometiendo tropelías inhumanas, indignas de soldados y ejércitos regulares —añadió Luis.

—Son unos hijos de perra, unos malnacidos, unos bastardos que no tienen escrúpulos en asesinar a todos los vecinos de un pueblo y dejar los cadáveres tirados en la plaza, amontonados, después de haber prendido fuego a las cabañas, violado a niñas y mujeres, golpeado a ancianos hasta matarlos... Y todo en represalia por haber dado cobijo en el pueblo a un rebelde.

—Espantoso —había comentado
Álvaro.

—La muerte a esos cabrones será hasta el final —había dicho el hombretón con la navaja en la mano y los ojos rabiosos—. Antes muertos que dejar que esos cerdos se queden aquí.

—Es indigno que se castigue a una población civil, pero el problema es que es esa población civil la que les está haciendo frente y lo saben. Esas masacres son advertencias, pero tenemos que hacer algo para frenar esas tropelías y tranquilizar a la gente. De todas formas haré llegar sus quejas a la Junta y desde luego se publicarán estas tropelías para que se conozcan internacionalmente. Informaremos al embajador francés de lo que sus ejércitos están haciendo —añadió Álvaro.

—No hace falta que le diga a los gabachos lo que pasa porque bien lo sabrán ellos y nosotros nos bastamos solos aquí. El Empecinado ya lo anunció y otras partidas se han sumado a la consigna. A partir de ahora cogemos prisioneros a todos los gabachos que podamos y mataremos a diez por cada español que ellos maten... No habrá paz posible. Guerra total —dijo otro mientras se entretenía, agachado, en marcar rayas y más rayas en la tierra húmeda del suelo.

—Respeto que tengan sus métodos, pero les pido serenidad y unidad de criterios a la hora de actuar, que no terminen peleándose entre ustedes por la forma de controlar la región. De todas formas quiero que sepan que el gobierno, la Junta Central, les respaldará.

Estuvieron hablando largo y tendido; las historias se repetían aquí y allá, en ese y en otro grupo. Ahora, a caballo, caminaban por un peligroso sendero, al borde de precipicios que caían a plomo sobre un pequeño riachuelo, el Piedra, afluente del Jalón. Hacía frío en aquella serranía, pero ya estaban cerca del lugar de encuentro establecido con Pedro Villacampa y otros cabecillas, en una ermita abandonada en la laguna de Gallocanta. En su ruta, habían atravesado las estribaciones de la cordillera Ibérica, páramos y extensas praderas, y rodeado Albarracín. A lo lejos divisaron finalmente la planicie y la laguna sobrevolada por gran cantidad de aves. En la distancia parecía un espejismo, un sitio idílico, ficticio.

—Descansemos antes del descenso —dijo Luis desmontado y ordenando a uno de sus hombres que hiciera una hoguera donde calentarse. Debían hacer tiempo ya que habían quedado en reunirse al anochecer, para no ser vistos. Ataron las monturas a unas estacas y se sentaron en unas piedras, a respirar profundamente y relajarse.

—Vosotros dos, Jaramo y Sandoval, haced guardia —ordenó Luis a dos de los suyos que vigilaran y luego se volvió hacia su colega. Habían hablado

poco esos días. Álvaro parecía especialmente taciturno. Luis necesitaba afrontar con él una conversación pendiente aunque no sabía si esperar o no a hablarlo antes con su hermana. Ahora ya sabía de qué estaban hablando... de amor.

Les había visto a ambos besarse apasionadamente en su casa unas noches atrás y realmente había quedado sorprendido. Álvaro parecía haber estado fuera de sí y de no haber parado la escena Lola, hubiera tenido que hacerlo él mismo. Viendo que ella le impedía seguir adelante, él había disimulado y vuelto a su cama a fingir que dormía... Le hubiera disgustado tener que liarse a puñetazos con Álvaro, más cuando lo que tenía previsto era sumarle y no restarle. Si había roto el compromiso con su novia podía comprometerse ahora con Lola. Tenía que convencerle de ello.

Álvaro debía estar muy enamorado para haber actuado como lo había hecho. Era mujeriego, pero no excesivamente apasionado. Siempre habían sido las mujeres las que le habían perseguido como moscas aunque él siempre las hubiese tratado con el despego que le era habitual. Que hubiera perdido la cabeza con su hermana, en su casa, decía mucho... Debía ser inteligente y jugar sus cartas. Si lo lograba no solo conseguiría el hombre para su hermana que ella quería, sino un buen cuñado y una gran fortuna.

Apoyado sobre unas piedras, picando tabaco mientras hablaba con otro de los hombres que acarreaba leña, Álvaro parecía intranquilo. Su corazón era un amasijo de contradicciones y eso le alteraba los nervios. Él siempre había sido un hombre seguro de sí mismo que jamás había sufrido de amores, y ahora estaba hecho un lío. Por un lado se sentía feliz, absurdamente feliz de cómo Sol había reaccionado a sus besos, de lo que esa mujer le hacía sentir en lo más hondo de su corazón, pero por otro lado se sentía confuso y miserable por estar haciéndole eso a Luis. Engañándole con su prometida en su propia casa...

¡Pero es que su impulso había sido irresistible! Solo había pretendido estrecharle la mano, pero no había podido evitar tirar de ella y acercársela, notar el calor que su cuerpo desprendía, el olor a la lavanda que aún llevaba en las manos y la ropa, la risa fresca y maliciosa con que le había premiado, la suavidad de su pelo alborotado cayéndole desmadejado por los hombros y, al final, los ojos brillantes por la emoción. Susurros, gemidos, sus labios abiertos. ¡Quién diablos podía frenarse ante algo así! Había notado su pecho y

la había apretado contra si besándola con ansia, notando el palpitar de su pulso, de su corazón, rozando con sus dedos su fino cutis, su clavícula, sus pechos, con su mano removiéndose debajo de su blusa, acariciándole la espalda, notando la tibieza de su piel, haciéndola estremecer, tumbándola sobre la mesa notando cómo ella se abría de piernas dándole paso.

En la misma mesa en la que a punto habían estado de clavarse ambos un cuchillo hacía unos días, habían firmado la paz, retirando precipitadamente los vasos de vino, el resto del pan y el tarro de las aceitunas, notando su aliento en el de ella, nombrándola sin parar como si llamándola así pudiera poseerla; no solo físicamente, que también, sino de una manera total. Quería que fuera suya... al completo. Y entonces había explotado de deseo, se había quitado como loco el chaleco, tirado las horquillas de ella por el suelo mientras le introducía los dedos en el pelo, y le había dicho cosas hasta ese momento inconcebibles en él, con una voz que, si bien era la suya, le había sonado lejana y desconocida. Después, había llegado el chasco.

Un ruido, una interrupción y ella, de repente, se había enfriado. Llamarla Sol con todo su amor tampoco había servido porque ella, lejos de relajarse, se había envarado aún más. Su rechazo le había dejado helado, había logrado nuevamente hacerle sentir como un pardillo al que dan calabazas por primera vez. Más que orgullo herido, que también, había sido rabia por su propio comportamiento, por el descontrol que dejaba que se apoderara de él cuando estaba con esa mujer y por la sensación de estar, como ella misma le había recordado, haciendo algo indebido.

La imagen de Luis, su colega Luis Villar, le vino a la cabeza y fue como si le atizaran un puñetazo en la boca del estómago. ¿Cómo podía estar haciéndole eso? Por eso había apagado la vela y se había marchado. Sabía que si se quedaba un solo minuto más terminaría tumbándola de nuevo en cualquier sitio y levantándole la falda, terminaría implorándole un beso... y eso no entraba en sus costumbres. Iba contra sus creencias. ¿Traicionar a un colega por una mujer? ¿Dejar que te dominase hasta el punto de perder los estribos? ¿Terminar siendo un pelele en sus manos? No. Siempre se había reído de los hombres que acababan comportándose así. Le había parecido absolutamente indigno de un hombre caer tan bajo, pero hete aquí que él estaba haciendo lo mismo. Estaba claro que tenía que regresar a Madrid ya y evitar volver a quedarse a solas con esa

mujer que le había sorbido el seso. Estaba decidido, aunque solo pensarlo, le contrariaba.

Seguía ensimismado pensando en todo eso, respondiendo maquinalmente a lo que los demás le preguntaban cuando Luis, después de tomarse un café recién hecho en la lumbre, le señaló que montara, que volvían a ponerse en marcha. Dos horas después llegaban a la laguna. La ermita en la que se habían citado era una ruina de paredes derruidas y desconchadas que hacía años nadie ocupaba. Con el techo abierto, el firmamento brillaba y la luna llena les iluminaba esa noche. Dos hombres salieron a echarles el alto.

Luis se presentó. Reconociéndole, les dejaron llegar hasta su jefe. Era un hombre fornido, alto, delgado, con un bigotazo impresionante, de unos treinta y tantos años, al que se le notaba su espíritu castrense. Era el único de los guerrilleros que operaban en la zona que antes había sido soldado profesional y había estado en batallas como la de Portugal del año 1801 donde había destacado y sido condecorado por su valor. De hecho era uno de los héroes del sitio de Zaragoza, de los creadores del cuerpo de Voluntarios de Huesca o de los perseguidores del general

Lefevre. Un hombre *mu echao pa lante* —que decían allí— y que había terminado enfrentado, dado su carácter, con los generales Palafox y Castaños. ¡Demasiados gallos para un mismo gallinero!, pensó Álvaro.

Contaba unos chascarrillos a sus hombres, alrededor de una chasca donde andaban tostando unos conejos cuando los otros llegaron. Tras los correspondientes saludos y un rato de distensión comiendo y bebiendo, Villacampa fue al grano.

—En estos momentos somos prácticamente el único ejército español existente y queremos que se nos reconozca. Los gabachos ahorcan y cuelgan mutilados de los árboles a nuestros hombres a los que acusan de ladrones y contrabandistas violando las leyes internacionales de guerra. La Junta está obligada a reconocernos los cargos y puestos de mando. No pedimos ni dinero ni armas, que sabemos la Junta no tiene y que además ya nos buscamos nosotros como podemos, pero sí que los diplomáticos finolis como usted —dijo señalando a Álvaro— se mojen, expliquen qué somos y qué estamos haciendo y obliguen a que Francia someta a sus imperiales a la legislación militar internacional.

—La Junta conoce bien su problema y le aseguro que ya ha exigido en

determinados foros que los franceses reconozcan su estatus militar. Aun así, comprenderán también ustedes que no pueden ser catalogados exactamente como si fueran un ejército regular... Por ello Floridablanca y el gobierno ha decidido concederles el título de *Corsarios de tierra*, con los derechos que de ahí se deriven. También se les otorgaran cargos militares y se reconocerán como regimientos a algunas de las partidas que estén funcionando, al menos las más numerosas, pero esto es complejo y no se puede improvisar de la noche a la mañana.

—No sé qué tiempos manejan ustedes y no pretendemos precipitarlos ni agobiarnos, pero comprenderán que la guerra no espera a nadie. Sobre los títulos que están concediendo no sé si servirán, pero por algo habrá que empezar —dijo encogiéndose de hombros—. Yo me siento tan general con mis hombres como Palafox con los suyos y quiero que eso —dijo clavando el sable en la tierra— se me reconozca.

—Más exigencias —animó Luis a Villacampa.

—Suponemos que del sur y de Cádiz en concreto estarán ustedes preocupándose. La *Grande Armée* ha llegado a Andalucía y la Junta sabe que se dirige hacia allá. Queremos hacerles llegar que si ustedes, el Gobierno, cae en manos gabachas, nosotros no nos rendiremos. Espero que no hagan como los anteriores, como esos hijos putas del Consejo de Castilla que se entregaron al invasor —y escupió al suelo.

—El gobierno no va a rendirse. Si hubiera querido hacerlo tiempo ha tenido hasta ahora. En estos momentos es imposible ya dar marcha atrás. Todos somos conscientes de que estamos en una ratonera; que la opción es vencer... o morir. Para el gobierno la única elección intermedia pasaría por marcharse al exilio, abandonar aquí sus propiedades, sus familias... todo. Así es que están tan comprometidos como ustedes. No tirarán la toalla... además, creen sinceramente que se puede ganar.

—Se puede, se puede —repitió el otro—, pero la guerra será lenta. Si la ayuda de los ingleses se mantiene y Napoleón con su prepotencia se atreve a abrir más frentes, pero caeremos muchos... No será fácil.

—Somos conscientes de todo ello —dijo Álvaro ya con un jarro lleno de café negro y oloroso, a la luz de las estrellas y envueltos los tres en el denso humo de sus cigarros—. Estamos reclutando más soldados, ampliando la red de información, aumentando los contactos diplomáticos con otros países

neutrales, buscando el apoyo de la curia de Roma... estamos moviéndonos en todos los frentes posibles. No se preocupen por el trabajo que debe hacer el Gobierno, sino por el suyo.

—No quería parecer pretencioso ni ser de los que me meto en camisas de once varas, pero que la Junta no se crea que porque estemos por aquí luchando a salto de mata y escondiéndonos en cuevas somos analfabetos, que no sabemos qué está pasando en el resto del país. Ustedes ocúpense de lo suyo que nosotros —dijo jurándolo con saliva en la palma de la mano— pararemos a los franceses en el Ebro.

—Está bien —dijo Álvaro imitándole — acepto su juramento y acepten ustedes el nuestro de que no sucumbiremos, no nos rendiremos, seguiremos luchando hasta el final.

—Me alegra oír eso. Es lo menos que esperábamos de nuestros representantes.

Los anteriores nos dejaron en la estacada y se hace difícil confiar en los de ahora... entenderá que tengamos nuestras dudas. Los políticos hablan y hablan siempre y luego si te he visto no me acuerdo. La gente que se ha *echao* al monte —dijo con un gesto indicando a todos los hombres que los rodeaban— está dispuesta a dar su vida por su país, pero quiere asegurarse de que su gobierno hace lo mismo, de que al final de la guerra luego no se les tratará como vulgares criminales, como a cuatros, y se les reconocerán las heroicidades que realicen. Se lo merecen... Nos lo merecemos.

—El Gobierno reconocerá su valor.

Sabemos que son vitales para ganar esta guerra, agradecemos todo lo que están haciendo. Por eso estoy aquí.

Más tranquilo Villacampa y dos hombres más representando a otros dos grupos guerrilleros próximos sellaron el acuerdo con un fuerte apretón de manos. Todos se sentían un poco más tranquilos y distendidos mientras se gastaban bromas, contaban chascarrillos o charlaban a última hora de temas intrascendentes. De madrugada, antes de que saliera la aurora, Villacampa y los demás partieron con su gente. Luis y Álvaro terminaron de pernoctar allí, envueltos en sus jergones, disfrutando de un maravilloso cielo estrellado sobre sus cabezas. Más tranquilos.

Capítulo 18

El prado era un mar de lamentos.

Las lágrimas resbalaron por su cara. Los esfuerzos por no dejarse llevar resultaban infructuosos en medio del lamento general del sepelio y Lola, acongojada, había terminado por sumarse al duelo. Esa misma tarde habían enterrado a dos hombres, Gervasio Herrero y Pedro el Molinero, uno de los jóvenes que habían rescatado tras el desastre de Belchite. Habían muerto en su dispensario después de haber sido trasladados a duras penas por sus compañeros tras ser abatidos a cinco leguas de allí. Pero peor había sido lo de Isidro Laguna que acababa de ser padre y había perdido la vida en una refriega contra un destacamento francés el día anterior. Su cuerpo había caído por un barranco y sus colegas no habían podido hacer nada por rescatarle.

La aldea estaba en estado de shock. Lola sabía que eso tarde o temprano tendría que suceder, que eran demasiadas las incursiones en territorio enemigo las que estaban haciendo como para salir siempre indemnes y, además, los franceses habían aumentado sus efectivos en la zona para evitar que las guerrillas siguieran volándoles los puentes o los convoyes con comida. Desde hacía una semana a los hombres de Suchet se habían sumado los del general Joseph Léopold Hugo, que venía con la referencia de haber logrado controlar a las guerrillas de la zona del Tajo y restablecer la comunicación entre los cuerpos franceses situados en el Norte y los del Sur de esa vía fluvial.

Aunque la mayoría de los vecinos del campamento habían visto ya unas cuantas muertes y debían estar curados de espanto, aquellas últimas habían resultado especialmente duras. Tal vez porque sugerían que su zona de seguridad se estrechaba. Lola había dado gracias de que no hubieran sido ni su hermano ni Álvaro las víctimas, pero la angustia ante su ya considerable retraso iba en aumento.

—Tómate esto, te sentará bien —le dijo a una de las viudas después de llevársela a su casa y prepararle una tisana de melisa y tila. En la nave que usaban de pequeña iglesia improvisada aún seguían los demás, pero esta había sufrido un vahído en medio del grupo. Lola se sentó a su lado y respetó su silencio. Ella tampoco tenía muchas ganas de hablar.

—¿Y el otro, el Rufino? —le preguntó la muchacha, Anita de Azuara, limpiándose la mucosidad, con los ojos rojos de tanto llorar y la voz rota.

—Mal, la pierna la tiene fatal. Tendré que ayudar a Miguel mañana a que se la ampute. La tiene machacada y el riesgo de que se le gangrene es muy alto.
Habrá que cortar por lo sano.

—Mal asunto —dijo la otra un poco más respuesta y Lola asintió.

Había otras mujeres que podrían aguantar aquello y ayudar a dar los puntos de sutura al muñón una vez la extremidad se cortase, pero como ayudante del médico durante los últimos meses se había decidido que fuera ella quien le acompañara en la operación. Lola no había visto jamás cortar con un serrucho a un hombre y solo de pensarlo le daban escalofríos, pero no podía decir que no.

—¿Y don Luis cuando regresa? — preguntó la muchacha y Lola se encogió de hombros.

—No sé, tenía que haber vuelto ya.

—Sí, se le echa en falta... es que el Berzas —dijo dejándolo estar.

Sí, el Berzas, sabía Lola, no tenía la autoridad suficiente para imponerse al resto de los hombres y el descontrol se había empezado a adueñar del lugar. Cada uno hacía de su capa un sayo y algunos, después de varias broncas con él, se habían planteado volver a sus pueblos o sumarse a otras partidas. Sí, se echaba mucho en falta a Luis. Lola más que nadie. A él y a Álvaro. Hubiera dado por cualquier cosa por poderse acurrucar en sus brazos, por sentir su protección, la seguridad que los dos le ofrecían. Necesitaba saber que estaban bien... que volvieran ya.

—Tal vez me vaya con mi hermana a Azuara —dijo la chica en un susurro, hablando de regresar a su pueblo, no muy lejos de allí.

—Puedes irte si quieres, pero sabes que aquí siempre tendrás una casa y un puchero. Cuando Luis regrese cuidará de todas vosotras. Todo el mundo es aquí necesario; ya lo habrás visto —y la otra hizo un gesto de duda.

—Es usted muy buena señorita, pero no todos piensan igual. Dicen que los hombres están aquí *pa* matar franchutes n o *pa* alimentarnos a nosotras, que somos una carga.

—Nosotras también podemos matar franchutes —le contestó Lola—, y si es necesario hacerlo, pues lo haremos.

—Yo no sé si podría... Usted es más valiente —y Lola soltó una risa de pura frustración.

¡Valiente! Cuando le aterrorizaba meterse en la cama y, a oscuras, en el

silencio, cualquier ruido lejano le parecían disparos o gente que se acercaba a caballo. Se preguntaba todo el tiempo si estarían seguros allí. El ataque a su grupo había sido cerca, tal vez los gabachos les hubiesen seguido... de ser así podrían haberles localizado. ¡Y Luis y Álvaro sin regresar! Además, faltaba comida, la planta de balas funcionaba fatal —se les había roto uno de los dispositivos y ninguno sabía cómo arreglarlo— y las noticias que llegaban del exterior con batallas perdidas una detrás de otra, con muerte y desolación por todas partes, hundían la moral a cualquiera.

Ella tampoco estaba animada. Necesitaba aclarar con Álvaro lo ocurrido, explicarle quién era en realidad y sincerarse respecto a sus sentimientos... Entre tilas y confidencias las dos mujeres se quedaron hablando hasta altas horas de la noche, cuando ya agotadas, se fueron a acostar.

Al amanecer, Lola oyó que llamaban a su puerta y se levantó de un salto. Rápidamente se colocó la pollera, el mantón, cogió los utensilios y se dirigió hasta la pequeña enfermería. El herido estaba macilento y tenía unas ojeras negras y profundas. El láudano que le habían dado para el dolor se había acabado y el sufrimiento se reflejaba en su semblante.

—Tome, le vendrá bien —le dio el médico una petaca con orujo—, y muerda esto.

El cirujano le ofreció un trozo de arpillera para que la mordiera mientras procedían a serrarle la pierna. El hombre dio un trago largo y después reposó la nuca en la madera, cerrando los ojos, con la boca prieta, esperando el golpe terrible que iba a recibir. Con la ayuda de otro hombre el médico se dispuso a cortar.

El grito terrorífico del herido se desvaneció de repente al caer sin conocimiento mientras el serrucho seguía produciendo grima al oírlo. La parte más dura, la del hueso, era complicada de quebrar y los dos hombres sudaban del esfuerzo para terminar la tarea. Las náuseas casi la hicieron vomitar a Lola allí mismo. Todos los paños de empape se habían anegado de sangre... había sangre por todas partes: en las manos del cirujano, la pierna de la víctima y ella misma... Le había salpicado al mandil y la cara. La sentía pegajosa sobre sus mejillas, hasta en las pestañas... Corriendo, ante el segundo envite de las náuseas, tuvo que dejar el trapo absorbente y salir a la calle a vomitar y coger aire antes de que ella también se cayese allí desmayada. Respirando larga y profundamente, después de unos minutos, regresó al interior.

—¿Se encuentra ya usted bien? —le preguntó amable Miguel y ella afirmó sin hablar.

—El desinfectante —le pidió y Lola le entregó el tarro con el unguento a base de malvavisco que tenían y las cataplasmas de caléndula y cebolla. Después, ella misma, con las manos aún temblorosas, procedió a coserle con puntadas y tramilla la carne. La herida se la habían cicatrizado con un cuchillo al rojo vivo; luego le envolverían el muñón en vendas empapadas en vino — a falta de alcohol— para impedir la infección.

—Si este olor le parece desagradable —le comentó el médico mientras seguía eficientemente con su tarea— no sabe lo asqueroso que es el tufo a carne calcinada en medio de la batalla, a carne viva y el olor acre y asfixiante de los explosivos.

—Nunca había visto tanta sangre — reconoció ella pálida como una muerta y el médico hizo un gesto de comprensión. Entre el otro individuo y el médico trasladaron al herido a un jergón de paja limpia y le cubrieron con unas mantas. Lola por su parte le remojó los labios en el vino para intentar que recuperara la consciencia, pero el médico se lo impidió.

—No, déjelo, si despertara volvería a desmayarse. En estos momentos el dolor le resultaría insoportable.

—De acuerdo —le dijo y le acompañó un rato a la puerta. El médico se sentó en el escalón de la entrada y después de haberse limpiado bien las manos y toda la sangre con una jofaina y una tolla, se dispuso a liarse un cigarrillo. El también se veía pálido aunque en su caso no era a consecuencia de la impresión de la operación, sino de estar recuperándose también de las heridas que había sufrido hacía unos meses en otra escaramuza en el monte.

—Esto es lo habitual en batalla — comentó Miguel— y este ha tenido suerte, la herida ha sido limpia y no ha habido que hurgar mucho para extraerle las esquirlas de la bala.

—¿Ha pensado cuándo se reincorporará a su Regimiento? —le pregunto Lola ya que Miguel era uno de los pocos por esos lares que habían lucido uniforme y pertenecido a una unidad como era debido.

—No, pero espero que pueda ser pronto.

—Aquí también se os necesita —le dijo con sinceridad Lola y el hombre se rio.

—En los tiempos que corren a los médicos se nos necesita en todas partes,

no damos abasto.

—Lástima que no pudieran salvar a los otros dos.

—Vinieron fatal... y es de agradecer el riesgo que corrieron los demás solo por intentar salvarles cuando se veía a simple vista lo mal que iban. Lo normal es que la mayoría de hombres que sufren heridas, aunque sean leves, mueran en los campos de batalla porque nadie puede hacerse cargo de ellos. Si resultan del bando perdedor menos. Y si son del ganador, tienen que esperar a que finalice el combate y alguien les encuentre. Después está ver cómo trasladarles y a dónde —dijo el hombre.

—He oído que los franceses usan carros adaptados que son como angarillas móviles, volantes, para transportarlos fuera del frente según caen y así salvan vidas —le comentó Lola que se lo había oído decir a su hermano.

—Nuestro ejército usa algo similar aunque supongo que lo que no se le ocurra a ese bastardo corso...

—Bueno, voy a terminar de recoger —comentó Lola viendo ya la hora que era y el médico la animó, pero se quedó fuera terminándose el pitillo. Las patillas le llegaban hasta la boca y tenía un pelo espeso y cobrizo. Era joven e interesante; a Lola le caía bien.

Al entrar un bofetón de penetrante olor a sangre casi la tumba. Ayudada por otras dos muchachas terminaron de recoger todo y de ponerlo a hervir para limpiarlo. También de comprobar cómo iba el operado. Desde la puerta el médico asomó la cabeza.

—Voy a seguir con lo mío... avísenme si este hombre empeora. Estaré en la nave con los demás heridos —y el médico guiñó un ojo cómplice a Lola.

Esta asintió con la cabeza mientras el estómago revuelto la hacía tener que sentarse en una silla cada dos por tres. Al lado la mujer del herido, Ángela Portillo, lloraba sin parar. Lola tenía la cabeza a punto de estallarle.

—Señora —la oyó preguntar al rato —, ¿qué se le puede dar de comer? Yo no tengo de *na*. Se me han *acabao* todas las reservas —y la otra la comprendió. A ella y a casi todos. La comida empezaba a escasear y se estaba convirtiendo en un problema muy serio en las últimas semanas.

Las mujeres con Lola a la cabeza tendrían que salir a cazar. Con la mayor parte de los hombres estuviesen heridos, vigilando los accesos, acompañando como escoltas a Luis o en Calatayud, adonde otros cuantos habían ido para recabar información, el asunto de la intendencia habían terminado por recaer

en las féminas.

Cada vez se atrevían a alejarse menos, tenían que quedarse en los alrededores a causa de los controles franceses, lo que disminuía las posibilidades de encontrar caza mayor. Además, la política de mano dura de Suchet en la zona había provocado que en vez de disminuir el número de partisanos o guerrilleros, aumentara. Muchos campesinos habían comprobado cómo había gente que en vez de dejarse matar por los gabachos se echaba al monte y les estaban imitando. Estos eran cada vez más audaces y sus operaciones más atrevidas. Los antaño pastores o tranquilos comerciantes se estaban convirtiendo en aguerridos soldados que atacaban toda clase de convoyes, dispersaban columnas enteras o robaban armamento.

Además la guerrilla había tomado la política de vaciar pueblos, llevarse todo lo que pudiera como avituallamiento: ganado, grano, el poco dinero que quedara, y dejar todo vacío. Cuando los franceses llegaban se encontraban sin alimento ni gente a la que castigar. En muchos casos el berrinche les llevaba a incendiar los vecindarios o a pagarlo con el primero que se encontrasen, incluidas iglesias, archivos judiciales, puentes o esmirriadas cosechas...

La política de la guerrilla no solo estaba haciendo desfallecer de hambre a los franceses, todo el mundo andaba igual. Solo en las zonas controladas por los partisanos las mujeres se dedicaban a la producción, trabajando en los huertos y conservando el poco comercio existente, manteniendo talleres donde seguir fabricando lo imprescindible. Aquello era una economía de guerra y se vivía con lo puesto.

En esas condiciones, en el campamento habían tenido que dar cabida a un montón de vecinos huidos de esos pueblos vaciados que no tenían otro sitio a dónde ir. Si ya en los últimos tiempos se había notado la escasez de conejos o rapaces y las huertas producían menos, ahora con más gente, el fantasma del hambre real era angustiante. Por las mañanas varias cuadrillas salían a pescar en el Jalón, otras a recoger frutas silvestres y las que más a cazar lo que pudieran. Con sus escasos conocimientos y lo exiguo que andaba el monte, a lo más que llegaban era a capturar unas cuantas liebres, urogallos, milanos a pedradas o ardillas. Lola pertenecía a este último grupo, pero esa mañana, dos días después de la operación a Rufino, salió con una idea bien distinta en la cabeza.

Unos gazapos no eran suficientes para el enorme grupo que se estaba

formando en el campamento y había visto días antes dos jabalíes camino de la azuda. Decidió ir a buscarles aunque supiera del peligro. La marcha fue agotadora, pero finalmente en una zona próxima al meandro y el molino localizaron a uno de aquellos ejemplares, el más grande. Imponía. Juana, otra de las mujeres que la acompañaban, preguntó casi sin saliva.

—¿Va a cazar eso usted sola, sin un hombre?

—Tenemos que hacerlo; si lo conseguimos, tendremos carne para una semana. Los niños se nos mueren de hambre.

—¡Ay, señorita que es bien peligroso...! Que Luis no lo aprobará — Lola sonrió para sus adentros. Sí, su hermano no lo aprobaría, pero mientras estuviese ausente también tenían que comer.

A distancia, el animal parecía removerse inquieto... tal vez estuviese herido o las hubiese detectado. Ella era buena cazadora, tenía una puntería magnífica, tenía que intentarlo aunque tomando precauciones.

—Juana, aléjate, y las demás también. Solo yo me acercaré un poco. Voy a disparar.

Y sin esperar a que nadie la contradijese se acercó sigilosamente y disparó.

El sonido retumbó contra las paredes calcáreas del desfiladero cercano, haciendo eco.

—¡Le has *dao*, le has *dao*....! — gritaron dos compañeras detrás.

El tiro había sido certero, pero había que tener cuidado al aproximarse. Lo hicieron poco a poco. Alrededor del animal que parecía sin vida había un gran charco de sangre. Estaba debajo de una enorme encina. Con el arma cargada al hombro, presta a disparar de nuevo si se movía, se fueron acercando. El problema, pensó Lola, sería cómo trasladar aquel enorme bicho entre ellas. No podrían. Habría que avisar a los hombres que quedaban en el campamento.

Resonó un tercer disparo. Este más bien de seguridad. Cuando comprobaron que efectivamente el animal estaba muerto y bien muerto Lola, que era la más rápida montando a caballo —solo ella y otra mujer más habían ido en montura — se ofreció a ir a buscar a los hombres.

—Esperadme aquí. Juana, quédate con la escopeta. Está cargada. Dispara a la menor señal de peligro sin pensártelo, como te he enseñado —y la otra afirmó mientras se colgaba del hombro, en bandolera, el arma.

Lola partió entonces como un rayo camino del refugio. Cabalgó lo más deprisa que pudo y entró en el pueblo con la cara arrebolada, el pelo suelto,

vestida con toscos pantalones de algodón, botas y una gigantesca chaqueta de piel de borrego. Desmontó de un saltó y agarró las riendas a un abrevadero que había a la entrada. De repente sintió que alguien la observaba fijamente. Miró hacia su izquierda y los vio.

¡Álvaro y Luis habían vuelto!

Inmensamente feliz, con lágrimas en los ojos se lanzó a sus brazos.

—¡Por fin, por fin! —repitió sin cesar—. Gracias, Dios mío.

Parecía irreal, como Diana

Cazadora... una mujer esplendida. A Álvaro, el corazón le había dado un vuelco al verla aparecer cabalgando como una amazona, majestuosa, fuerte, sentada a horcajadas sobre su montura, con aquellas pantuflas en las piernas, las botas altas y el pelo flotándole desmadejado alrededor de la cara, oscuros bucles rebeldes, con el sol detrás dibujando tras ella un aura dorada y resplandeciente.

En esas semanas de ausencia había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre muchas cosas y había decidido que, independientemente de la enorme pasión que esa mujer le hiciese sentir, Luis era un amigo, un gran hombre... y no podía traicionarle. Y debía tener la mosca tras la oreja porque en algunas preguntas había notado sarcasmo, curiosidad malsana y hasta sospecha. No le había hecho ningún reproche directamente, pero él podía percibir, sutilmente, su desconfianza: en su forma de mirarle, en su sonrisa suspicaz o en el tono que empleaba cuando hablaba de ella.

Tal vez debiera sincerarse con Luis y explicarle que sencillamente se había enamorado de su mujer, que no había sido algo premeditado, que simplemente había pasado, pero que jamás la había deshonrado ni había llegado a nada con ella. De hacerlo no sabía cómo Villar se lo tomaría. Estaba *demodé* batirse en un duelo por el amor de una mujer, pero una cosa eran las modas de la Corte y otra los sentimientos y los celos allá en el monte. La opción de sincerarse —y perder definitivamente a Luis como amigo y a ella— parecía idiota; otra sería simplemente marcharse. Pensaba haberlo hecho en cuanto llegara, una vez terminada la ronda de entrevistas que había ido a hacer, pero la situación que se habían encontrado en el campamento al regresar lo había imposibilitado.

—Te agradecería que me echaras una mano unos días, hasta que reorganice esto —le había pedido Luis la misma noche de su llegada, después de haber hablado con el Berzas, con Lola y con otros cuantos que protestaban por el descontrol existente desde su partida. El ataque sufrido por un grupo, las muertes habidas, las quejas contra las mujeres aparentemente improductivas, la llegada de más refugiados, el hambre habían imposibilitado que se marchara.

Entre tantos problemas, Luis había tenido que discutir también con Lola. ¿Cómo se había atrevido a hacer frente ella sola a un jabalí de semejantes proporciones? Un error en el disparo y habría podido matarla. Aquella fiera era gigante. Le había desobedecido.

—¡Créeme Luis que fue necesidad! — le había repetido ella y el Berzas había apoyado su versión.

—Jefe, nadie lo tenía previsto. ¡Hip! Ocurrió como *ocurrigen* tantas cosas.

—Estabas al frente del campamento y en apenas un mes que he estado fuera — le reprochó esa noche en su cabaña, en la segunda reunión que mantenía con su lugarteniente, delante de Álvaro, pero con Lola fuera en el dispensario — me encuentro este desastre. Deja de beber —le dijo retirándole la bota.

El Berzas ante las críticas se había sentido como un inútil y en los últimos días bebía a todas horas; en realidad desde la muerte de sus colegas.

—¿Qué ocurrió exactamente? ¿No pudisteis esperar a que yo regresase?

—Villacampa es *ahorra* el mariscal de campo, ¡hip!, y sus *hombresgg* vinieron a pedirnos ayuda. No pudimos negársela, pero estábamos en cuadro. El Eulogio también había dejado el campamento para *acercarsegg* a Cala... Cala... ayud a recoger información. ¡Hip! Los que pudimos, marchamos.

Durante tres días realizamos cuatro ataques a puestos de comunicación francesa, a un dispensario que tienen a diez leguas de aquí y *dañamosg* la retaguardia de Suchet. Villacampa se animó. Mandó a una veintena de hombres escoltar hasta Soria unos carros cargados con grano y salazones vitales para el aprovisionamiento de su gente. ¡Hip!

El Berzas tenía la lengua estropajosa y se le enredaba intentando explicarse.

— E l *enemigggo* nos *intergceptó* entonces y nos atacó cerca de un barranco. No pudimos hacer nada. ¡Hip! Los que íbamos en cabeza logramos *escaparg* y escondernos en un bosque próximo y dispersarnos, pero los que iban detrás, cayeron. A varios los pudimos sacar de entre las rocas y zarzas y

trasladarlos hasta aquí en angarillas que hicimos con las *bayognetas* y las chaquetillas... A los demás, el Isidro y tres hombres más de Villacampa, ¡hip! los tuvimos que dejar en el barranco. No pudimos darles cristiana sepultura.

—¿Y todo este grupo de mujeres y niños recién llegados de dónde ha salido?

—Son de uno de los pueblos que nos encontramos en el camino, ¡hip! — contestó mientras se sonaba los mocos con un pañuelo sucio y deshilachado—. No podíamos dejarlas allí abandonadas con los críos llorando —y se encogió de hombros—. Los franceses lo quemaron todo y saquearon las casas, violando y matando a algunas mujeres que se resistieron a abrir las puertas de sus viviendas...

—Está bien —le reconoció Luis intentando ser paciente con él— hiciste bien en traerlos... y lo demás son cosas de la guerra. No te sientas culpable — y le dio un golpe amistoso en el brazo.

—Es que con tantos enfermos y tantas bocas que alimentar, ¡hip! se han gastado todas la reservas de grano que habíamos guardado para el invierno... y doña Sol —dijo refiriéndose a Lola— y las mujeres nos han tenido que echar una mano... Permítame, señor, que le diga — le dijo quitándose la gorra polvorienta que llevaba, un gorro húsar robado a un imperial lleno de manchas y con las cadenillas doradas colgándole deslavazadas— que ella es una magnífica cazadora y ha ayudado a traer muchas piezas.

—¡Ya lo veo! —exclamó irritado

Luis, pero sin poder contradecirle.

Lola, que hacía unos minutos había vuelto a la casa a recoger más emplastes de líquenes que había preparado entró sin llamar mucho la atención. No solo sabía que había provocado la ira de Luis al ponerse en peligro y cazar al jabalí, sino que también se había puesto en vergüenza delante de todos a su regreso, abrazándose a los dos como una loca, como una posesa. Lo de Luis podría tener una explicación, lo de su colega, ninguna.

Ambos se habían quedado de piedra al verla llegar con esa pinta, y más cuando les contó lo que sucedía y que necesitaba ayuda para arrastrar una bestia hasta el poblado. En vez de agradecimiento —había pensado furiosa en ese instante— había leído reprobación en sus miradas. Tanto uno como otro estaban desde entonces

sumamente distantes con ella. Y Lola furiosa. Porque su hermano no hubiese comprendido por qué lo había hecho y porque Álvaro siguiera mostrándose tan distante que no le hubiese dado pie a comentar lo sucedido el día que se fue, la noche que se besaron encima de aquel tablero. Iba a intentar captar algo de la conversación que los dos mantenían esa tarde con el Berzas cuando a un gesto de su hermano —que no quería a nadie por allí merodeando— se marchó otra vez.

Instantes después lo hacía el propio Berzas dando tumbos. El aliento le apestaba a vino agriado y tenía los ojos vidriosos. Lola dejó pasar un tiempo prudencial —había ido a llevarle un caldo a una vecina— para regresar. Esperaba que los otros hubiesen salido o se hubiesen acostado cuando oyó a su espalda al médico.

—Déjeme que la ayude —le dijo este sujetando uno de los capachos que llevaba—, y déjeme también darle las gracias por la enorme ayuda que ha sido para mí en estos días —iba diciendo cuando Álvaro, asomado a la ventana fumando, como hacía muchas veces, los vio bajar callejuela abajo con un candilillo en la mano.

¿Estaba coqueteando también con ese hombre? ¡Sería desvergonzada, sería furcia! Enojado, cerró la contraventana y se escondió tras la rendija para que no le vieran y poder oír detrás de la puerta. ¿De qué tenían esos dos que hablar? Si aquel galeno se atrevía a cortejarla, le daría de estacazos...

—Créame que ha sido muy, muy valiente y una valiosa ayuda. Ojalá hubiera más mujeres como usted. El ejército español estaría mejor pertrechado —le dijo y a Álvaro el tonito le sonó empalagoso.

—No es para tanto, no he hecho nada que no hubiera hecho otra cualquiera en mi lugar. He ayudado, como todos nosotros —contestó ella, riéndose.

—Buen a veces no solo consiste en querer, sino en poder y no mucha gente sabe preparar ungüentos, ni conoce tan bien como usted las plantas y las mezclas ni tiene el temple que usted ha demostrado. El día de la operación me sorprendió que no se cayera redonda. Gracias, de todo corazón —le dijo Miguel acercándosele cortésmente mientras ella, con la mano agarrada al pomo de la puerta, intentaba marcharse.

Álvaro había estado a punto de abrir de golpe y liarse a puñetazos con aquel galeno de pacotilla, pero se contuvo. Necesitaba saber en qué desembocaba la escena. El solía ser frío, pero aquella mujer le alteraba los nervios. El que el

médico se atreviese a galantearla le provocó una irracional sensación de disgusto... Primero se dijo que por su amigo. ¿Cómo podía Luis soportarlo? Para luego reconocer que por él mismo...

—Gracias a usted por haberme dejado ayudar —le dijo ella— y ahora, permítame, pero tengo que marcharme.

Álvaro corrió de puntillas a esconderse en su propia habitación mientras oía el ruido de la puerta al abrirse. La joven entró a oscuras para no molestar y, rápidamente, se metió en su dormitorio.

En la cama, Álvaro, nervioso, dando vueltas en el colchón, se veía incapaz de conciliar el sueño. El corazón le palpitaba, la imagen de ella tumbada sobre el velador de la cocina con la falda levantada, la blusa abierta y los labios sedosos, entregándosele... le aceleraba el pulso y cada día le fustigaba sin piedad. Su deseo en vez de disminuir con el tiempo iba en aumento. La noche le resultó un tormento hasta que ya casi de madrugada, logró conciliar el sueño.

Se levantó tarde y de un humor de perros. Tampoco Luis parecía mucho más risueño. Tenía ojeras y parecía cansado. Uno junto al otro revisaron el reducto, hicieron un listado de las recetas, armas y alimentos que quedaban y planificaron el trabajo a realizar en las próximas semanas. Junto al Berzas, bebieron ambos también de lo lindo esa mañana. Cada uno tenía sus propios motivos para intentar desahogarse en alcohol.

Comieron poco y mal y salieron a primera hora de la tarde a caballo por los alrededores y al regreso ninguno hizo caso a la mujer. Lola no sabía a qué atenerse con ellos. Temía que cualquier comentario suyo, dado lo tenso que estaba el ambiente, hiciera saltar chispas. Mientras preparaba un guiso y continuaba con su tarea en silencio comprobó cómo iban cayendo los vasos de tintorro, de la peor calidad, uno detrás de otro. Al caer la tarde ya iban chispados, decían incoherencias y se reían estúpidamente. Los dos tenían la cara abotagada y los ojos rojos. Cuando al rato el Berzas se les unió, Lola se temió lo peor. Delante de la escudilla de sopa, tirándose huesos de aceituna y gastando bromas soeces estaban cuando en una de esas, el Berzas cometió la imprudencia que Lola temía.

—¡Que *peazo* mujer es su *hermanita*, jefe...! —le dijo tropezándosele la lengua, con guasa, y la mirada de Luis, de repente, le fulminó, pero ya era tarde.

Lola a su espalda sintió la tensión como si fuera un golpe físico. Se preguntó si Álvaro se habría percatado de lo dicho por el grandullón. Este guardó unos instantes silencio y después lanzó otra carcajada... Lola se tranquilizó mientras Luis empujaba al Berzas llamándolo bastardo.

—Vete, lerdo, largo —le dijo empujándole, sacándole de la casa sin contemplaciones mientras Álvaro se seguía rellenando el pichel.

Lola salió y siguió al hombre.

—¿Eres estúpido? ¿Cómo se te ocurre descubrirme? ¿No te lo había prohibido Luis? —le gritó con ira y el otro, encogiéndose de hombros, se disculpó.

—¡Hip, hip! Lo siento. ¡hip, hip!

Iba borracho también como una cuba y Lola le dejó marcharse después de haberle dado una patada en las espinillas en un arrebató de furia. Sería absurdo discutir con él; no se acordaría de nada al día siguiente. Regresaba cuando oyó voces dentro. Luis y Álvaro también parecían estar discutiendo.

—¿Quién es esa mujer? ¿De qué la conoces? —le estaba diciendo Álvaro a su hermano—. Mira que no la conoces bien, que si yo te contara. Busca algo, esconde algo...

—¡Cállate! —le gritó harto Luis—.

No sabes lo que dices.

Lola entró hecha una furia.

—¿Qué tiene usted qué decir de mí, qué intenta dar a entender? ¿Quién se cree que es para juzgarme? No me conoce de nada.

—Bueno, no diría tanto —contestó Álvaro desafiante—, y es posible que yo no la conozca bien, pero los demás tampoco —contestó con la lengua estropajosa—. De algo sí que estoy seguro, de que es una far-san-te —dijo acercándosele con la bota en la mano—, y que nos está engañando a todos, incluido al ingenuo de mi amigo...

—Es usted un impresentable, un botarate —le dijo ella, crecida—. ¡Váyase al infierno!

—Luis, te digo que esta mujer no es trigo limpio. Primero flirteó no sé con qué intención con Ordóñez en Madrid, y luego a mí me...

—¡Miente! —le interrumpió ella cogiéndole de la solapa de la guerrera.

—¡Tal vez sea una ramera o una aprovechada! —le contestó el soltándola

bruscamente, celoso, con los ojos inyectados en sangre y aquello fue el colmo. Luis le cogió del cuello y directamente le atizó tal puñetazo que le hizo caer estrepitosamente al suelo, haciendo que Álvaro se golpeará con la cabeza contra la banqueta de madera. —¡Maldita sea, Urquijo, tú sí que no sabes nada! Conozco a esta mujer desde el día en que nació y la quiero más que a nadie. Realmente puede ser una farsante cuando quiere, pero de momento solo yo, me oyes, *solo yo*, puede reprochárselo. Si vuelves a repetir que es una furcia, te mato. Y sí, algo esconde —dijo a gritos— es que no se llama Sol Monforte ni es sobrina de la marquesa... Es Lola, *Lola Villar*, mi hermana y tú, lo que sufres, es un ataque total de celos. Te perdono porque estás tan loco por ella que no sabes lo que dices... Si se hubiera tratado de otro, hace días que le habría hecho tragar esto —dijo enseñándole la navaja.

Álvaro le miró con los ojos desorbitados, intentando procesar toda aquella información en su cabeza embotada por el alcohol mientras un hilillo de sangre le escurría por la mandíbula.

—¿Es tu hermana...? ¿No es tu prometida? ¿No estás con ella?

—¡No! ¡Levántate y ve a buscarla!; pídele perdón, si no, la perderás —dijo dándole la mano a su colega para que se pusiera en pie.

Álvaro se levantó a trompicones y dando tumbos, salió a la calle. El aire gélido le despejó ligeramente. El sonido de los pasos de ella en la distancia le permitió localizarla. Iba corriendo. El corazón le dio un brinco de pura alegría. Sus piernas volaban

Capítulo 19

Álvaro vio a Lola perderse en las sombras al girar una esquina. Corría desbocado calle arriba cuando, al torcer, la encontró junto a un establo. ¿Adónde diablos iba de noche y a por un caballo? Corrió más y antes de que se subiera a su montura, la alcanzó.

—¡Déjame, malnacido! — le grito encolerizada.

—Baja, tenemos que hablar. ¿Adónde vas a estas horas? ¿Estás loca?

—¡Suéltame! —le volvió a gritar ella dándole un punterazo—. ¿A ti qué diablos te importa? —le cortó ella secamente, intentando desligarse de la fuerza de su mano que la sujetaba férreamente—. Iré a encontrarme con alguno...

Álvaro estalló inesperadamente en risas. Lola se le quedó mirando.

—Está bien, tienes razón —dijo él— me lo merezco, soy un idiota redomado. Perdóname.

—No quiero perdonarte, no quiero saber nada de ti. ¡Suéltame!

—Debería haberme dado cuenta

desde el principio... Ya decía yo que me sonabas, que te había visto antes, que te conocía. Soy mal fisonomista. ¡Y además me tienes que explicar por qué te estás haciendo pasar por otra! Ven — dijo tirando de ella, haciéndola escurrir por el lomo del caballo, para abrazarla. Lola estaba en completa tensión a medio camino entre devorarle a besos o darle un rodillazo en sus partes. Aún no había decidido qué hacer. Separándose bruscamente el pelo de la cara, le miró a los ojos.

—Veo que Luis me ha descubierto finalmente. No debería haberlo hecho. No me ayuda así.

—No lo ha hecho por ti, sino por mí, porque sabe que te quiero, que me he enamorado como un estúpido, porque llevo días poniéndome en evidencia, perdiendo los papeles —dijo sujetándola de la mandíbula—, y porque seguramente habrá pensado que eso ya no tendrá importancia. No sé de qué va todo esto —dijo hablándole en un susurro, tan cerca que Lola sentía su boca sobre sus labios—; desconozco por qué finges ser otra persona... Seguro que

tienes una buena explicación, pero yo me estaba volviendo loco.

—Creí que me detestabas —dijo Lola aún recelosa, separándole.

—¡Detestarte, no, aborrecerte! ¿Sabes qué impresión me causó verte aquí amancebada con otro? ¿Sabes que llevaba meses buscándote? ¿Que había tenido que suplicarles a las Villar que te localizaran? Que le pregunté por ti a todo el mundo, a la marquesa, a Ordóñez... Pensaba en cuándo podría viajar a Extremadura a conocer a tus padres, a pedirles que me entregaran tu mano, que...

—No juegues conmigo. Sabes que te conozco. ¿Recuerdas que estás comprometido?—dijo ella soltándose aún enfadada.

—Ya no.

—¿Has roto con la Astiazábal? —se volvió a mirarle.

—¿Tú qué crees? ¡No entiendes, maldita sea, me estoy declarando!

—Pues lo estás haciendo fatal. Haber empezado por ahí.

—Estoy libre, iba a ir a buscarte... Te quiero, eso es lo que quería decirte. Que te quiero, que aunque no nos conociésemos mucho podríamos intentarlo, que existe entre nosotros pasión, que nunca he deseado a una mujer como te he deseado a ti todo este tiempo... Con esa idea vine aquí, con la de terminar cuanto antes este trabajito para viajar a buscarte y llego y me encuentro contigo así. Esta noche he perdido la cabeza —se excusó mientras seguía abrazándola—, el alcohol me ha obligado a escupir todo el veneno que llevaba dentro y que me tenía amargado. Sé que mi comportamiento ha sido inexcusable, pero entiéndeme. Ponte en mi lugar.

Lola levantó la cabeza y le besó dulcemente. Álvaro gruñó apretándola aún más fuerte, fundiéndose con ella, saboreándola. Luego ella paró.

—¡No puedo creer que esté pasando esto! —dijo emocionada—. Y de verdad que lamento lo ocurrido. Es lógico que no entendieras nada, lo raro es que hubieras entendido algo —dijo y se rio—, pero si no he descubierto mi identidad, si he estado fingiendo es porque no he podido hacer otra cosa. De hecho todavía no puedo contártelo, créeme que cuando pueda hacerlo, te lo explicaré todo. ¡Dame tiempo! Confía en mí —le dijo ella y él afirmó.

Álvaro recorrió con la yema de los dedos las lágrimas que le caían por las mejillas y con un beso las secó. Lola le cogió las manos y se las apretó fuertemente, besándole los nudillos, mirándole extasiada. Durante unos instantes ninguno se atrevió a romper la magia del momento hasta que un beso

tórrido hizo que la pasión se desbocara.

—Ven —dijo Álvaro arrastrándola al viejo edificio de piedra que albergaba el grano de la aldea, una casona que habían reconstruido y servía de silo.

Una racha de gélido viento del norte sopló con fuerza revolviéndoles a ambos el pelo y la ropa, haciendo a Lola tiritar. Agarrado de su mano, Álvaro empujó la puerta, forzó el candado con un hierro y la metió dentro. La aprisionó contra la pared y sin haber siquiera cerrado el portón, se volcó encima de ella. Sabían que no debían estar allí dentro, que había ordenes de Luis de que nadie se acercara al granero —se habían dado robos en él— y que la comida estaba muy vigilada, sobre todo como estaban esos días en tiempos de escasez, pero saberlo no los detuvo.

Álvaro cerró finalmente la portilla de una patada mientras de prisa le arrancaba el manto y lo echaban en un rincón donde acurrucarse. Apenas entraba luz, solo un pequeño rayo de luz de luna se filtraba entre los postigos rotos de la ventana. A Álvaro le bastó con aquella luz para ver el brillo en los ojos de Lola, su mirada atenta, expectante y ardorosa. Le miraba fijamente, como si no le hubiese visto bien nunca, de forma totalmente indecorosa; él se acercó a besarla nuevamente, pero Lola se separó.

—No, déjame verte, verte bien. ¡Eres tan guapo! ¡Siempre me has gustado tanto! —Álvaro se echó a reír satisfecho, ronroneando, acercándose a ella, jugando.

—No digas majaderías que aquí la única que es guapa eres tú. Salvaje, con estos pelos endiablados —dijo levantándole los rizos— con estos labios —añadió recorriéndoselos con los suyos— y con esta piel. Ven, necesito estrecharte entre mis brazos, sentirte cerca. Te necesito y hueles tan bien...

—Primero yo —contestó ella— llevo más tiempo que tú esperando, desde que me enamoré de ti siendo una niña. No, ya sé que tú ni te habrías dado cuenta. ¡Nunca me miraste! Y yo lo hacía siempre que podía a escondidas, para que nadie descubriera mi secreto. Ahora puedo paladear ese momento, detenerme en cada gesto, en las arrugas de las comisuras de tus labios, en tus ojos grisáceos, a veces nostálgicos y a veces fríos como témpanos.

—No cuando te miran a ti —le dijo él sonriendo y ella soltó una carcajada de pura felicidad, de puros nervios.

—Déjame verte y demostrarte lo que provocas cuando te veo —dijo él.

Álvaro se sintió intimidado al ver el reflejo de la admiración en sus ojos. Como si temiera no poder estar a la altura de lo que ella había imaginado, de la fantasía que hubiese creado. Incluso se sentía cohibido. Eran los hombres los que miraban con esa arrogancia y ese impudor a las mujeres y no viceversa. Ninguna mujer, y menos una señorita de buena cuna, le había mirado así jamás. No con las risas bobaliconas y el sonrojo de petimetras escondido detrás de un abanico, sino franca y abiertamente, sin falsedades, sin rubores ficticios, como si él fuera único y asombroso. No por su dinero o su posición, sino por sí mismo.

En ese instante la comprendió porque a él también le sucedía algo similar. Desde que la descubriera aquella mañana en la galería de cristal de la duquesa de Osuna espiando entre los visillos la reunión del Círculo había deseado mirarla así. Descaradamente, concentrado en cada una de sus líneas de expresión, en cada gesto de sus manos, de sus ojos, sin temer que alguien le pillara in fraganti y le pusiera en una situación embarazosa. A él y a ella. Que había mucho chismoso y mucha lengua viperina. Ahora, aunque fuera en medio de aquella oscuridad, podía mirarla de verdad. Sin ofenderla, como ella misma estaba haciendo.

Podía perderse en las curvas de su cuerpo, en cada lunar de su cara, en cada onda de su pelo, o simplemente relajarse contemplando la soltura con la que se movía, los mohines que ponía al hablar o con esa forma tan suya, tan especial, de colocarse la ropa. Así estuvieron un buen rato. Saboreándose en silencio, cargando el aire de electricidad, haciendo que el deseo les recorriera de arriba abajo y fuera *in crescendo*...

Álvaro prendió sus manos notando su pulso vital; enseguida se sincronizó con el suyo, como si los dos fueran uno solo. Atrapándola, la apretó contra la pared, aún con el rostro marcado por las largas rayas oblicuas de la débil luz exterior, en el silencio de la noche roto por el ulular de una lechuza, y acercó su boca a su cuello, le lamió los lóbulos de las orejas, dejó que su respiración agitada fuera a más percibiendo el ligero temblor de ella, su voz susurrante y cálida pidiéndole que siguiera, que no parara nunca. Susurrando su nombre: Álvaro.

—Dios mío, Lola, cómo te deseo —y ella se alegró de que esta vez la nombrase a ella y no a esa suplantadora de Sol Monforte.

El mero contacto de su barba en la cerviz, su respiración acariciadora, sus

labios susurrando de forma insinuante su nombre provocaron en Lola intensas oleadas de placer. Sonriéndole, se movió y enganizó la cuerda que servía para abrir el depósito del grano y este cayó, como una lluvia caliente y suave por encima de sus cabezas. Los dos se rieron como niños haciendo travesuras, lanzando puñados al aire, mientras los millones de semillas y granos les rodeaban. Corrieron a colocar un gran barreño debajo para que cayera lo menos posible al suelo no fuera a estropearse y luego ellos se tumbaron encima. Allí, en ese mullido colchón de color ámbar, Álvaro le desabrochó con prisas la camisa y el jubón y comenzó a lamerla: el cuello y la clavícula, bajando cada vez un poco más; la piel de porcelana de los hombros hacia el mullido pecho y el botón de sus pezones. Lola echó la cabeza hacia atrás y le dejó hacer, para que disfrutara de ella al mismo tiempo que la hacía a ella disfrutar, dando rienda suelta a los gemidos que se le ahogaban en la garganta; sin sentir ni un ápice de frío, al contrario: un calor y una energía que irradiaban desde el interior y necesitaban explotar.

Las manos de Álvaro volaron sobre el cuerpo medio desnudo de Lola mientras su boca iba dejando surcos de calor por donde pasaba. Lola podía percibir su recorrido, la línea en zigzag que iba haciendo de derecha a izquierda, de un hombro al pecho, del pezón al lunar que tenía a la derecha, podía percibir cómo apretaba sus labios, como succionaba, los espasmos de puro placer que le provocaba. Iban muy deprisa, pensó con el poco sentido común que le quedaba; debería parar, pero, sencillamente, no podía. No quería. ¡Llevaba tanto tiempo deseándole!

Durante unos instantes Álvaro comprobó que lo único que se oía en el silencio de la noche eran sus gemidos entrecortados. Oírlos lo excitó aún más. Él necesitaba más, mucho más. Ya no era un colegial que pudiera conformarse con un revolcón; la necesitaba al completo, llegar hasta lo más hondo de ella, hacerla suya, marcarla a fuego porque en ese momento no era más que animal territorial. Si ella le dejaba, podría devorarla. Y la idea le hizo reír.

—No pares aún —la oyó y, acercándosele al oído, le dijo claramente que no pensaba hacerlo. Que ni un terremoto le separaría de ella en ese instante. Lola le abrazó.

Álvaro le levantó despacio la falda y comenzó a acariciarle las largas y bien torneadas pantorrillas. Las medias le llegaban a medio muslo y las llevaba sujetas por una cinta atada con una lazada que le marcaba y apretaba

la piel. Mirándola a los ojos, con una sonrisa de picardía tiró de uno de los extremos e hizo que el atado se deshiciera inmediatamente. Las medias comenzaron a escurrírsele. Álvaro siguió con sus dedos el recorrido avanzando cada vez un poco más, bajándose las, notando su piel y haciendo que ella se estremeciera con su contacto. Después hizo el recorrido a la inversa, subiendo, rozando sus muslos suaves y firmes, obligándola a engancharse a él. Álvaro creyó enloquecer. Poco a poco fue deshaciéndose de su ropa interior, ajeno a la posibilidad de que alguien les viese, de que Luis apareciera o de que alguien les diera dos tiros por estar donde no debían.

Álvaro avanzó rozándole el pubis, observando cómo ella aumentaba el ritmo frenético de sus gemidos, cómo se dejaba arrastrar con entusiasmo y se deshacía de todas sus timideces. Lola tenía los ojos brillantes de puro placer. Álvaro metió sus largos y fuertes dedos en su pelo, enganchándose, obligándola a echarse hacia atrás mientras la tumbaba desnuda ya en el montón de pepitas y se echaba encima de ella. Podía notar sus dedos arañándole la espalda, sus piernas abrazándole, su boca gimiendo a su lado. Su erección era ya tan grande que sospechaba no la podría controlar. Tampoco lo deseaba. Aquella era su mujer, aunque, y eso le frenó, ella no sabría mucho de sexo.

—No pasa nada, es normal, no te haré daño, mi amor, todo irá bien—le dijo al ver la aprensión en su cara cuando intentó penetrarla—. Déjate guiar por mí. Tú solo disfruta.

Lola afirmó con la cabeza, pero estaba tensa. Álvaro le pasó la mano por los ojos riéndose y le pidió que se dejara llevar.

—No mires, solo siéntelo—le susurró al oído y Lola intentó complacerle. Ella también deseaba seguir, pero su inexperiencia la ponía nerviosa. El paso que estaba a punto de dar también.

—¿Te hago daño?—le preguntó él y ella negó.

—¿Estás ya dentro de mí? ¿Esto es todo?—Álvaro se rio.

—Bueno, dame tiempo, aún no hemos hecho nada más que empezar.

—Ah, ¿tiene que entrar aún más?—preguntó curiosa ella y él la calló besándola.

—Sé que te puede parecer raro, que nunca lo has hecho, que eres virgen, pero si tienes miedo, dímelo y pararé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—susurró Lola algo nerviosa.

Lola intentó obedecer, relajarse, dejar que él fuera poco a poco entrando y

saliendo, primero dulcemente. Álvaro comprendía que tendría que ir despacio para no asustarla aunque su capacidad de control estuviese ya al límite. En su cabeza también tenía sus dudas. Tal vez debiese parar ahí, desvirgarla podría ser una canallada aunque sus intenciones con ella fueran del todo legítimas. ¡Además en aquel sitio frío y desvencijado! A ninguna de las ricas damitas que conocía y con las que había tenido aventuras les hubiera gustado perder la virginidad en semejante circunstancias. Paró.

—Si prefieres que paremos, si quieres esperar a más adelante, a estar más segura, a casarnos, a estar en un mullido colchón...

Y Lola lo calló tirando de él, haciendo que prosiguiera lo que había empezado.

—Si paras ahora, maldita sea, seré yo quien te mate. ¿Me oyes? —le dijo en un susurro y él otro soltó una risotada de pura complacencia.

—Sabes que esto no es para mí una aventura, que para mí es tan importante como para ti —le dijo él y ella afirmó con la cabeza.

—¿Tienes dudas? —le preguntó ella acariciándole.

—No, solo pensaba —dijo él realmente emocionado— en lo que me haces sentir. Quería que supieras que esto es para mí tan nuevo como para ti, que jamás imaginé que pudiera sentirme como un flan con una mujer y que si prefieres esperar a que nos casemos, lo entenderé.

—¿Has dicho casarnos? ¿De verdad ibas a ir a buscarme a Extremadura para pedírmelo?

—Sí, iba a hacerlo —dijo él meciéndose dentro de ella en un suave vaivén.

—¿Y qué diablos te hace creer que yo te aceptaría? —le dijo ella riéndose en su oreja—. ¿Qué te hace creer que no sigo jugando contigo, que no estoy dándole celos al médico o al portero?

—Que me quieres, que me lo has dicho tú misma y que yo soy tan estúpido que te creo —dijo retirándole las pajas enredadas en la melena, aumentando el ritmo de penetración, dejando que se le escaparan suspiros de puro placer.

—¿No volverás nunca con esa maldita harpía rubia? —le preguntó ella entre gemido y gemido, haciéndole reír.

—No, Dios no, sabes que te quiero a ti... No puedo sacarte de mi mente... Llevo meses soñando con esto... Te quiero para mí para siempre...

—Yo también te quiero para mí y para siempre —repitió ella entre suspiros— y no te compartiré con nadie. He visto como te miran las mujeres y, te lo

advierto, les sacaré los ojos si se te acercan —Álvaro intensificó el ritmo de su penetración haciéndola callar de una maldita vez.

La instó a cerrar los ojos y a sentir las poderosas y frenéticas embestidas, la fuerza de todo su cuerpo poseyéndola, haciéndola suya. Necesitaba también sentir esa primera vez en todo su esplendor, con toda su magia, saber cómo era su cuerpo, cómo reaccionaba a sus caricias, cómo se arqueaba su espalda al percibir su roce, cómo se abrían sus piernas dándole paso o cómo su boca absorbía voraz cada beso.

Lola, desnuda, abrazada a su cuello, notando como sus pezones se enrojecían del contacto con su áspera camisa, cómo todo su cuerpo se abría para que él entrara, cómo dentro de ella surgía una ola de fuego que iba abrasándola sin parar, se notó cada vez más excitada. El vaivén cálido y dulce del inicio se iba volviendo trepidante, como si fuera una galopada sin regla alguna y el más poderoso de los jinetes la estuviera montando. Podía predecir con milésimas de segundo la fuerza de sus embestidas, notar cómo sus manos fuertes le apretaban las nalgas, la elevaban por el aire mientras su boca succionaba su pecho. Estaba en todas partes y ella se sentía poseída de una y mil maneras, de forma total.

Lola le agarró las manos para que no la soltara, para que su penetración aumentara y el ritmo creciera. En un momento dado este era ya frenético, igual que los gemidos de ambos; una vertiginosa sensación de placer absoluto y desconocido iba creciendo en su interior, agarrándosele a las vísceras, subiéndole por el estómago, hasta la boca, dejándosela seca. Necesitaba ese “algo más” que de repente notó. Con ojos de asombro se quedó quieta mirándole, notando que en su interior algo se rompía, estallaba en mil pedazos y saltaba por los aires como si lo hubiesen volado con pólvora. Un segundo después, era él el que soltaba un gemido estrepitoso y se derrumbaba sobre ella. Lola no sentía ni miedo ni preocupación solo un gran alivio, una gran liberación, un enorme placer que no creyó que existiese. Entre gotas de sudor, lágrimas y polvo se sintió una mujer completa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó y oyó su voz como si fuera un gemido soterrado y la risa gutural de él.

—Nada, que hemos hecho el amor... por primera vez...

—Ha sido increíble —dijo estirándose, notando una gran sensación de plenitud, casi de ingravidez, que la había dejado pesada y sin fuerzas. Álvaro

la abrazó y rodó a un lado de ella. Así, en silencio, estuvieron un rato. Inmóviles, escuchando nada más que el sonido de sus respiraciones que poco a poco iban recobrando la calma, sin atreverse a romper la magia del instante, pensando cada uno en lo increíble de aquel encuentro, en las extrañas circunstancias que los habían conducido hasta allí. Álvaro, en el último instante, notó un cierto sentimiento de preocupación.

—No deberíamos haber llegado tan lejos en nuestra primera cita, ¿no crees?
—y ella le propinó un codazo. Levantándose sobre su codo le miró enfada.

—¿Acaso te estás arrepintiéndote ya?

—Claro que no, pero deberíamos habernos controlado, al menos yo. Sabía que esto tarde o temprano iba a suceder.

—¡Vaya! ¿Tan seguro estabas de tenerme en el bote? ¿De que yo accedería?

—Por alguna extraña razón, sí.

Lola le dio otro golpe.

—Sabes que sigues siendo un arrogante insufrible —y él otro soltó una risotada—. Deberíamos vestirnos. Si Luis nos encuentra, a mí me da una paliza y a ti te corta lo que ya te imaginas.

—Bueno, tendría que dejarme.
Además, le explicaría qué ha pasado.

—¿Acaso necesita esto mucha explicación? —dijo ella señalándose, desnuda y con la cabeza llena de paja y granos.

—No, la verdad es que no mucha —reconoció él reteniéndola aún un poquito más.

Lola se rio.

—Tienes razón, a Luis podría darle un infarto. No solo le estoy robando la honra a su hermana, sino que le voy a poner en evidencia delante de todos. Creerán que le he robado la novia —dijo divertido—. Así es que ya puedes inventarte una explicación para resolver el problema. Si has conseguido engañarnos a todos antes, podrás volver a lograrlo, pero de momento —dijo reteniéndola—, no pienso dejarte ir. Es todavía pronto.

—Pronto —dijo ella—. ¿Para qué? ¿Aún falta algo más? —y él afirmó en silencio.

—Para abrazarte aún un poco más. Luis lo entenderá.

—Pues mira que por muy amigo suyo que seas, no sabría qué decirte.

—Le pediré tu mano antes de que me ponga el trabuco en la frente, ¿te parece acertado?

Lola se soltó de él divertida. Debía vestirse. Hacía un buen rato que se habían ido de la cabaña y Luis podría empezar a preocuparse.

—Sí, la verdad es que Luis es bastante comprensivo y siempre, en eso tienes suerte, te ha defendido. Incluso te ha llegado a poner por las nubes cuando no eras más que un...

—Dilo —dijo él con una paja en la boca, sin levantarse aún del trigo.

—Un diletante, un petimetre...

—No me estarás comparando con ese Sastre, admirador tuyo, que lleva los labios pintados con carmín color Pompidour y rímel en las pestañas, ¿no?

—No tanto, pero a tu manera también tú eres un petimetre. Siempre tan estiradito, tan elegante, con ese *savoir faire*, como dice la marquesa, con ese estilo bailando la contradanza del desmayo —y el otro se siguió riendo.

—¿Celosilla?

—Bueno, un poco. Que sepas que te he tenido vigilado...

—Yo a ti también —dijo él— y no comprendo por qué le das tanto aire a Enrique de la Vega. ¿Qué hace siempre acompañándote? Sacándote a bailar, visitándote en tu casa...

—Es un amigo.

—¿Nada más? —preguntó y los celos reales quedaron al descubierto.

—Bueno —dijo ella riéndose con picardía—, admito que es un amigo que me ha venido muy bien para darte celos.

—Así es que ese era tu objetivo.

¡Valiente bribona estás hecha!

Lola se echó a reír.

—Está bien, olvidémonos de Enrique de la Vega, del medicucho ese empalagoso y de todos los demás, y vistámonos. Te propongo salir sin hacer ruido, intentar atrancar la puerta y esperar que nadie nos vea... No me gustaría que alguno de los fieles a Luis me pegara un tiro por haberle robado la novia al jefe. Volvamos a casa.

Tenemos que hablar con tu hermano.

Lola asintió mientras comenzaba a subirse sensualmente las medias.

—¡Venga, vamos! ¿A qué esperas? — le dijo ella cuando tras terminarse de atar las lazadas en los muslos comprobó que Álvaro seguía tumbado

mirándola boquiabierto—. No me creo que no hayas visto a una mujer subirse las medias, que has tenido más de una amiga...

—A ninguna que lo haga tan seductoramente como tú —dijo él volviendo a tirarle de la cinta para desatársela.

—¡Serás atrevido! —Lola le dio un manotazo y luego volvió a hacerse la lazada y colocarse la falda.

—Me encanta que seas así, una mujer sin pudor ni vergüenzas. Me encanta ver cómo te vistes, cómo te colocas las horquillas y te abrochas la blusa con la cara aún arrebolada después de hacer el amor —y al decirle eso, como para contradecirle, Lola se ruborizó.

Una cosa era estar desnuda delante de él mientras se besaban y otra que él la mirara con tanto descaro, con tanta intimidación como en ese momento. Viendo que ella se ponía nerviosa y no atinaba a cerrarse el jubón él se ofreció. Levantándose aún medio desnudo, y rozándola con el pecho y los brazos, comenzó a cerrarle los lazos. Le colocó el pelo y se lo limpió de pajillas, y se vistió deprisa mientras ella se colocaba los zapatos y el mantón. Despacio abrieron la portezuela y, antes de salir, Lola se volvió hacia dentro.

—Nunca olvidaré este sitio —dijo emocionada, apretándole la mano.

Álvaro sonrió dándole a entender que él tampoco.

—Ahora corramos antes de que nos descubran —dijo él feliz, dándole la mano y corriendo calle abajo como si fueran dos alocados adolescentes. A punto de trastabillarse por el barro, Lola sacó su llavín e iba a abrir cuando la puerta se abrió sola. Era Luis.

—¡Ya era hora! empezabais a preocuparme. Espero —dijo quitándole una paja del pelo a Lola— que no hayáis hecho nada de lo que nos debemos preocupar. Alvarito, amigo —dijo dándole un golpe en el brazo—, no me gustaría tener que meterte un balazo.

—No, claro que no —mintió el aludido con la cara resplandeciente de felicidad.

—Ya veo. Al menos no sigues amargado...

—Gracias —contestó el otro—, te estaré eternamente agradecido.

—No veo por qué y si quieres agradecerme algo de verdad, creo que este puede ser buen momento para solicitarme algo —y el otro entendió la indirecta.

—¿Me entregas la mano de tu hermana?

—Bien hecho —dijo Luis dándole la mano— Así me gusta. Y ahora contadme.

—No creo que nuestras cosas íntimas te importen, hermano —añadió Lola.

—Soy tu tutor.

—Sí, pero no mi dueño —dijo riéndose Lola—. Y deja de presionar a Álvaro. Él sabrá lo que tiene que hacer.

—Vaya, ahora defendiéndolo cuando no hace ni un momento le estabas poniendo verde.

—Te parecerá bonito —dijo Álvaro.

—¿Qué quieres? Has estado insufrible.

—Reconoced que me lo habéis puesto un poco cuesta arriba.

—Y hablando del asunto, aquí no quiero arrumacos. ¿En qué papel de novio consentidor me ibais a dejar delante de todo el mundo? —y los otros se rieron—. Y delante de mi nada de manitas. Si mi madre me viera, me mataba.

—Bueno, yo —dijo Álvaro ya más serio— no me quedaré mucho. En realidad me marcharé en unos días. Ya llevo aquí mucho más tiempo del previsto. Podemos casarnos aquí mismo —dijo mirando a Lola— y después irnos, o esperar a Madrid.

—Yo prefiero en Madrid —dijo Lola—. Me gustaría que pudieran estar Isabela y las chicas.

Luis se encogió de hombros.

—Si es en Madrid, tendrías que esperarme aquí unos meses —explicó Álvaro— porque no voy directamente ahora para allá. Primero tendré que parar en Guadalajara, Valladolid y no sé cuantos más sitios. De hecho —añadió—, antes de irme tengo que visitar al prior del Monasterio de Piedra.

—Eso está aquí cerca.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó

Lola y Luis negó con la cabeza.

—No, Lola, sería indecoroso y peligroso.

—Por favor —intervino Álvaro— la cuidaré con mi vida, y ya sabes que vamos a casarnos....

—Luis, estamos en guerra, la vida es muy corta. ¡Por favor! —suplicó Lola.

—No me parece adecuado —siguió él y Álvaro ya iba a ceder cuando Lola volvió a intervenir.

—Iré, no puedes robarme eso.

—Está bien —dijo Luis, harto—. Espero, Álvaro, que cumplas tu palabra.

—Me ofende siquiera que dudes, es más, espero que seas mi padrino —y Luis afirmó.

—¿Tardarás luego mucho en regresar a por Lola?

—No creo. De todas formas, Ordóñez tenía previsto venir a esta zona en dos meses, podría quedarse y regresar con él si yo me retraso.

—Bien, pues hagamos eso —dijo

Luis—. Respecto a si os vais a acercar a Piedra, dado como están los caminos, tendréis que hacer parada a dormir en algún sitio. Tenemos un punto de encuentro a medio camino. ¿Recuerdas la cabaña en donde nos reunimos con Gerardo Ballester, Álvaro? —el otro asintió—. Hay siempre una reserva de comida, agua, y la zona está alejada de las patrullas galas.

—Gracias —le dijo Álvaro

estrechándole la mano—. Te juro que puedes confiar en mí. Bueno, en los dos.

—Gracias hermano, gracias —le dijo Lola y Luis, poco convencido de lo que estaba haciendo, salió, no fuera a arrepentirse.

Capítulo 20

El eco de los cascos de los caballos resonaba en el aire. Llevaban dos días de camino por senderos y estrechos desfiladeros, alejados de las rutas principales intentando llegar a Navaluengo. Se habían dirigido hacia el sur, rodeado Calatayud, y ahora se dirigían hacia una zona controlada por la guerrilla.

Navaluengo era un poblacho sin mayor interés que el de ser el lugar donde estaba ubicada la cabaña que Luis les había indicado y en la que en ocasiones se reunían miembros de la resistencia aragonesa. Hasta allí habían decidido ir para pasar unas horas juntos, en la intimidad, antes de que la guerra volviera a separarlos. Seguían en esos momentos el cauce del río Piedra cuando Álvaro creyó divisar desde la loma un acceso al refugio. El terreno le resultaba conocido porque había pasado por allí no hacía mucho con Luis, camino de la laguna de Gallocanta, cuando iba a reunirse con Villacampa. Aunque este fuera el líder indiscutible de todas las partidas que proliferaban por los alrededores, en ese punto en concreto eran los hombres del Canterano quienes dominaban. Luis le había dado aviso con un correo para que supiese que haría uso de la casa unos días.

—¡Es aquella! —le dijo Álvaro a Lola que marchaba pegada a su espalda, ya bastante cansada—. ¡Ánimo, mi amor, que ya llegamos!

Puede que Lola fuera una buena amazona, pero estaba bastante agotada del ritmo de la marcha y sobre todo aterida de frío. La serranía en invierno era un lugar majestuoso, pero glacial. Llevaban cuarenta leguas marchando por la nieve, habían comido poco y mal, y ella necesitaba calentarse en un refugio ya. Álvaro la miró con preocupación. Tal vez hubiese sido una locura llevársela, pero ¡deseaba tanto poder estar a solas con ella!

—¡Vamos, que no se diga que una muchacha tan valiente se arruga por un poquito de cellisca! —le dijo riéndose, intentando animarla, y la otra soltó un bufido.

La noche anterior habían dormido en un chamizo que ni en sus peores pesadillas habría creído que conocería alguna vez y menos acompañado por su

mujer. ¡Su mujer! —miró de reojo a Lola, y la palabra le gustó, le hacía sentir una cálida felicidad cuando se refería a ella, por mucho que fuera despotricando, lamentándose y llamándole de todo.

—¡Maldito bastardo! ¿Esto es lo que entiendes por un viaje romántico? —le había dicho ella hacía un rato y Álvaro había tenido que reírse.

Esperaba además convencerla de que posiblemente fuera mejor casarse antes de su partida. La guerra podría complicarles los planes y no le gustaba la idea de tener que esperar. Apretando con la bota a su caballo, aceleró la marcha. El sol comenzaba a ponerse y se echaría pronto la noche. Lola le siguió el ritmo y enseguida llegaron al pequeño y destartalado refugio. Cuando se acercaron, se llevaron una gran decepción. Había sido saqueado.

—¿Qué diantres ha pasado aquí? —gritó histérica Lola al verlo todo patas arriba. Con la nariz roja de frío y los ojos lagrimosos por la temperatura, los mitones mojados del aguanieve que caía y la manta ya calada, Lola desmontó y siguió a Álvaro que, a grandes pasos, pero en silencio, iba rumiando lo mismo que ella.

—¡Maldita sea! —soltó al entrar y ver como estaba todo—. Algún francés cabrón la ha incendiado —dijo—. No podremos quedarnos.

—¡Oh, no, por Dios! ¿Y qué vamos a hacer? —preguntó ella mientras ambos echaban un vistazo a la casa valorando los destrozos. Los cristales estaban rotos, la puerta desvencijada y dentro había de señales de humo, con densas manchas negras en las paredes y restos de yeso y suciedad por el suelo. —Monta, tenemos que irnos ya. No podemos quedarnos aquí. Seguiremos el curso del río e intentaremos llegar al monasterio —le ordenó él—. Solo quedan unas leguas más y sé que estás agotada, pero no podemos hacer otra cosa. Hay que aligerar. Resiste. Enseguida llegaremos —le dijo intentando convencerla, temeroso en realidad de que de noche se perdieran por la ruta establecida que tampoco él conocía más que sobre el plano que había estudiado con Luis días antes de partir.

Lola obedeció frustrada aunque consciente de que tenía razón. No podían quedarse allí y menos cuando el cielo amenazaba con una nueva borrasca. Quedarse allí sería como hacerlo a la intemperie.

—¿Pero no estaba este camino en manos gabachas? —le preguntó Lola. No sabían con claridad si el monasterio se había librado de los gabachos.

—El camino estará infectado de enemigos, habrá que moverse con siglo,

pero cálmate. La abadía no está ya en manos francesas, la recuperó Villacampa y aunque oficialmente siga vacía, sabemos que dentro aún residen varios hermanos y el prior. Han regresado después de la estampida y viven ocultos, sin llamar la atención, entre sus muros.

—Espero que tengas razón —dijo ella.

—Sé lo que te digo, nos acogerán sin problemas.

—No si no les decimos que estamos casados —dijo ella preocupada.

—¿Y por qué tendrían que saber ellos eso? Les diremos que somos un matrimonio. El prior me conoce porque me reuní con él hace siete meses en Guadalajara, pertenece a la resistencia y es conocido del Círculo. Sabe que soy diplomático del gobierno y no pondrá reparo alguno a dejarnos alguna zona adyacente al monasterio para pernoctar y menos en una noche de perros como esta.

—Preferiría buscar un sitio más cerca, no tener que andar tantas leguas de noche. Tal vez encontremos refugio en alguna aldea de por aquí —insistió Lola, pero Álvaro negó con la cabeza mientras iniciaban la marcha a paso lento.

—No, no estaríamos seguros. El monasterio lo es mucho más. Ahora mismo seguramente estará vigilado por hombres de Villacampa.

—¿Y para qué quieres ir allí? —le preguntó Lola y Álvaro la miró con suspicacia.

—Cosas del gobierno, órdenes —se limitó a señalar sin darle mayores explicaciones. Que la quisiera no significaba que terminara de confiar en ella. De hecho, todavía no le había dicho por qué motivo se había hecho pasar por otra persona ni para quién trabajaba. Que pertenecía a la red de inteligencia de Bellavista saltaba a la vista —solo el hecho de que hubiera sido la marquesa quien la hubiese entrenado y presentado en sociedad lo dejaba claro—, pero el motivo era algo que aún desconocía y esperaba que fuera ella quien se lo contase.

Reiniciaron la marcha con aire taciturno. Ninguno tenía muchas energías que malgastar. La noche se les echó de prisa encima y resultó especialmente cerrada y oscura al estar el cielo cubierto de nubes. Álvaro siguió con cautela el sendero que iba paralelo al río, un lugar de una belleza inolvidable por la parte más occidental, que había podido ver cuando había acompañado a Luis. Lamentó que Lola no pudiese disfrutarlo. Si podían, lo harían al día

siguiente...

El viento comenzaba a soplar con fuerza y los copos de nieve les herían la cara. Aunque iban bien tapados y con buenas mantas por encima Lola llevaba ya las pestañas que no las podía despegar.

Cerca oyeron la corriente del río y al girar en un meandro, después de tres leguas más de cabalgata, cuando iban ya al límite de sus fuerzas, divisaron un borrón que felizmente resultó ser la abadía. Rápidamente llamaron con la aldaba del portón exterior, pero no obtuvieron respuesta. Lola se temió lo peor.

Álvaro volvió a golpear con fuerza la puerta, inquieto también. Si los monjes hubiesen vuelto a abandonar las instalaciones no les quedaría más remedio que romper algún cristal, trepar por el muro y acceder al interior como fuese. Con esas condiciones climatológicas y agotados como iban no podían continuar. Álvaro insistió una y otra vez, cada vez más fuerte, más desesperado. Hasta que, inesperadamente, cuando ya empezaban los dos a mirarse realmente frustrados, oyeron una voz.

—¿Quién es? ¿Qué quiere a estas horas? —les preguntó alguien desde dentro.

—Soy Álvaro de Urquijo, duque de Tello, enviado de la Junta Central, del gobierno rebelde. Viajo acompañado de mi esposa y hemos sufrido un percance. El padre prior me conoce, estuve por aquí no hace mucho. Necesitamos que nos den cobijo esta noche —y su voz sonó al final como una súplica.

No había terminado de hablar cuando oyó el sonido chirriante del portón al abrirse. La humedad había hecho que se atascara y la falta de cuidados en esos tiempos de guerra daban al lugar un aspecto envejecido y deteriorado.

Durante más de un año el monasterio había estado en manos de la *Grande Armée* que lo había maltratado, saqueado, incendiado. Un hombre con la cara tapada y un hábito claro, con la capucha echada, los saludó y les hizo entrar.

—Gracias —se limitaron a decir ellos al poner un pie dentro.

—Pasen, pasen —les dijo el fraile—. Sé que usted conoce al prior. Le he reconocido de la visita que nos hizo hace meses en Guadalajara.

Álvaro asintió con la cabeza agradecido de que no le hubiesen puesto en un aprieto negándoles cobijo.

—Los demás hermanos están acostados. Solo estoy yo de vigilancia.

Espérenme aquí e iré a buscar al prior, él les atenderá. Pasen por aquí —les señaló un pasillo y oscuro que parecía interminable.

Lola y Álvaro llegaron a una gran sala vacía que tenía una mesa en el centro, varios bancos corridos y un púlpito renegrido —de haber resultado quemado — en el centro que servía para las lecturas de la Biblia durante las comidas. Lola enseguida recordó que la estructura del Monasterio de Piedra era similar al del convento de las Clarisas en el que ella había pasado años en Úbeda. El monje encendió con la tea que llevaba en la mano un hachón que había pegado a la pared para dar un poco de luz a la estancia y para que los recién llegados se calentaran las manos. Lola se orientó así mejor. Cerca debían estar las cocinas ya que aquel, sin lugar a dudas, era el refectorio.

Durante un tiempo que se les hizo a ambos interminable estuvieron pegados al hachón, calentándose las manos y hablando en susurros. Reconocían que habían llegado a horas intempestivas, imprudentes, molestando a los monjes que estarían ya prontos a levantarse — en muchos monasterios lo hacían a las cuatro o cinco de la madrugada—. Tendrían que pedirles excusas.

A Álvaro le sonaron las tripas y a Lola le dio la risa floja, aunque ella estaba igualmente hambrienta. Habían salido con pocos víveres —no podían cargar ellos solos con mucho más— pensado que tardarían menos en llegar, pero la nieve había retrasado la marcha y algunos pasos habían quedado cerrados, lo que les había obligado a dar rodeos y tardar bastante más de lo previsto. Tampoco habían podido pararse en ningún sitio.

Habían pasado por pueblos y aldeas fantasmagóricas, algunos incendiados recientemente por el enemigo y otros sencillamente abandonados por todos sus vecinos que, atemorizados, por los imperiales, habrían huido a esconderse en cuevas, a sumarse a las guerrillas o buscado refugios más seguros como el que ellos mismos tenían en Chodes. Había zonas muertas que habían dejado a Lola anonadada.

Algunas conocidas del refugio le habían contado del abandono en que estaban muchos pueblos y comarcas enteras, de cómo el fuego había calcinado bosques y villas, de cómo se habían destruido cultivos enteros y se tardarían años en recuperar las zonas de producción, pero una cosa era saberlo y otra verlo. En la seguridad de su aldea, casi un “paraíso”, ella no había tenido conciencia de la situación real en que estaba el país, mucho peor de la que se había imaginado, de la que había visto al llegar a Aragón hacía ya tantos

meses. ¡Ahora entendía por qué a veces Luis y los hombres regresaban indignados, ciegos de ira, contando barbaridades de lo que habían visto, de las muertes, los saqueos y los incendios!

Lola se retiró finalmente la capucha de su capa y dejó que la nieve, que se le iba derritiendo por el calor del hachón, escurriese a sus pies, mientras observaba a Álvaro que en silencio miraba con curiosidad el recinto.

Aquel importante monasterio cisterciense había sido un regalo del rey Alfonso II de Aragón a su esposa la reina Sancha setecientos años atrás. Era una impresionante abadía medieval situada en el corazón de un paisaje majestuoso. El inicio había sido más modesto. El monasterio había acogido a una pequeña comunidad religiosa en el siglo XII con el fin de ocupar y cristianizar las tierras que acababan de ser reconquistadas a los árabes en esa comarca del Ebro. Sobre los cimientos de lo que había sido un imponente castillo sarraceno, utilizando su cantería y conductos ya fabricados, los monjes cistercienses llegados del norte habían fundado ese lugar para frenar a los infieles. Habían repoblado de vecinos la comarca trayéndose a gentes del Pirineo y habían aprovechado la zona amurallada para protegerse de posibles ataques enemigos. De eso hacía siglos y desde entonces el monasterio, situado en el corazón de uno de los reinos más importantes de la península, el de Aragón, había ido creciendo y ganando en fama y majestuosidad.

Los monjes practicaban el famoso *ora et labora* y se dedicaban a la contemplación, al rezo y a las labores artesanales. Trabajaban en su bodega, en el herbolario o roturando y cultivando tierras. Al igual que otros recintos similares de esa orden siempre se instalaban cerca de fuentes de agua lo que les permitía instalaciones complementarias vitales para su supervivencia como los varios molinos de que disponían. También habían contado años atrás, antes del saqueo galo, con enfermerías, hospederías, fraguas, granjas, palomares o talleres.

La comunidad religiosa era prácticamente autosuficiente.

—No está muy mal, aunque los destrozos son evidentes —comentó Lola.

—Habrá que verlo a plena luz del día —contestó Álvaro que se había sentado cómodamente en una gran silla con respaldo labrado y brazos a modo de garras.

—Se ve que los monjes van recuperando cosas —dijo señalándole marcas de trabajos de ebanistería que

debían haber estado haciendo el día anterior.

—La capilla fue destruida con la ocupación de las tropas de Suchet acantonadas aquí. Me contó el prior que quería restaurarla cuanto antes, aunque lógicamente tendrán que esperar a que la guerra finalice. Ese será un trabajo costoso.

—¿Se llevaron cosas valiosas? — preguntó Lola curiosa y Álvaro negó con la cabeza.

—La cisterciense es más bien austera en lo que a tallas y esculturas e refiere. No es muy dada, como otras órdenes, a acumular cálices de oro ni ornamentos caros. En realidad, si echas un vistazo, veras que lo que más valen son los terrenos; la propiedad de la que disponen, que es fantástica. Una joya. Ya lo comprobarás cuando amanezca.

Oyeron pasos a su espalda y ambos se giraron para ver al prior, un hombre alto y delgado, acompañado del mismo monje que les había abierto la puerta.

—Querido duque, bienvenido a mi casa —dijo en un tono algo seco. No debía haberle sentado muy bien aquella aparición inesperada.

—Fray Atanasio —dijo Álvaro—, le suplico nos perdone por molestarle, pero hemos sufrido un contratiempo. Gracias por darnos cobijo en sus tierras. También sé que no admiten mujeres aquí, pero comprenderá que estamos exhaustos. Mi esposa y yo viajábamos camino de Madrid —mintió— por caminos intransitables huyendo de la vigilancia francesa, y, lamentablemente, descubrimos que los refugios habilitados por los insurgentes han sido incendiados en varios puntos estratégicos, de ahí que estemos ahora aquí suplicándole su ayuda —y el prior afirmó con un gesto.

—No pasa nada, sabía que la Junta me mandaría a un hombre, aunque le esperaba hace semanas —y Álvaro se encogió de hombros—. Sean ustedes bienvenidos. Aquí comprenderán —dijo mirando a Lola— que no pueden quedarse, pero el hermano Domingo les acompañará al viejo molino. Está en buenas condiciones y encontraran ropa de abrigo. Pueden estar ahí hasta que se recuperen de las fatigas del desplazamiento —les dijo con una sonrisa.

Fray Atanasio no era mal hombre, era de hecho incluso bondadoso, pero siempre cascarrabias. Los dos jóvenes se lo agradecieron. Lola no pudo evitar soltar una pequeña exclamación de alegría.

—Gracias, prior, no sabe lo que supone para nosotros. No teníamos adónde ir, los pueblos de toda la zona están vacíos y no nos podemos salir de la ruta

de seguridad establecida.

El prior afirmó comprensivo.

—No hay de qué, tenemos que ayudarnos entre nosotros. Agradezco al Señor la oportunidad que me da de devolverle a la Junta la ayuda que recibí este tiempo atrás de ellos. Haría cualquier cosa para ayudarles, para combatir a nuestra manera a los franceses, pero ya hablaremos de ello más tarde, cuando descanse usted —le dijo a Álvaro y este asintió.

Lola se relajó al oír al fraile. Hasta ese mismo momento no había tenido muy claro que les terminasen dejando quedarse allí, incluso había temido que su llegada pudiera poner en peligro a los propios religiosos. Si vivían allí ocultos no desearían recibir visitas inesperadas. Las zonas de control de un bando a otro cambiaban con mucha frecuencia y no sería de extrañar que tras un tiempo, la zona volviese a caer en manos gabachas y los frailes fueran expulsados, detenidos o asesinados. Debían andarse con mucha precaución.

—Domingo —habló el prior—, que antes de llevarles al molino se tomen algo caliente. Lamento tener que dejarles ahora, pero enseguida se levantará el resto de la congregación y empezaremos nuestras oraciones. Vayan con Dios —les dijo echándose de nuevo la capucha por la cabeza y metiéndose las manos en las mangas del hábito. Lola y Álvaro le vieron perderse en la oscuridad.

—Acompáñenme —les dijo fray Domingo delante de ellos. Y así hicieron.

Había parado de nevar, pero el suelo estaba cubierto de un manto blanco que brillaba, ahora sí, con los tibios rayos de luz de luna que habían logrado emerger entre los densos nubarrones. Las previsiones eran que la borrasca amainara en unos días, de que el tiempo mejorara.

Lola llevaba los pies deshechos y las piernas le flojeaban de cansancio. Descendieron con precaución para no escurrirse por un estrecho sendero por donde les llegaba el débil sonido del río. Dejando atrás una zona densamente cubierta de eucaliptos y abetos alcanzaron un claro y unos metros más allá, divisaron el molino en el que se alojarían. El monje sacó un llavín, abrió la puerta y les dejó unos candiles prendidos para que tuvieran luz.

—Buenas noches —les dijo al marcharse inmediatamente y los otros le contestaron.

Dentro del amplio espacio inferior se veían unos bancos corridos, las

muelas del grano y la rueda. A la derecha había una escalera de caracol de madera que ascendía a la planta superior. Subieron y se encontraron un acogedor espacio. Del arcón que había debajo de la ventana sacaron unos jergones de lana, calientes y mullidos, y se tumbaron a dormir. Estaban agotados. Durmieron esa noche completamente vestidos, aún tiritando de frío, abrazados pero felices.

Hacía muchas horas que había amanecido. El día era espléndido y el sol brillaba radiante dando un aspecto irreal al lugar. Cuando Lola y Álvaro se levantaron se asearon rápidamente y salieron al exterior. Habían quedado en subir al monasterio a desayunar, a tomar algo de comida en las cocinas ya que en el molino no había nada que llevarse a la boca. Los ojos de Lola se abrieron de par en par deslumbrada ante tanta belleza. El paraje en torno al río Piedra presentaba multitud de senderos, cascadas, chorreras y grutas por las que caía el agua formando un arcoíris con la luz. Un vergel en mitad de la serranía.

Marcharon de la mano, caminando despacio, saboreando el colorido cuando vieron a lo lejos a fray Domingo que se les aproximaba.

—El abad les espera en el refectorio. Los hermanos le han preparado a la señora un buen chocolate caliente —dijo con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Chocolate! Qué maravilla. No me lo puedo creer. Hace más de un año que no lo pruebo, desde que salí de Madrid. ¿Cómo es posible que tengan ustedes todavía cacao en un país con tanta escasez como este?

—Eso es un secreto —rio el monje—, pero sepa usted que en esta abadía nunca falta. Este monasterio fue el primer lugar de España y de Europa donde se preparó una buena taza de chocolate, y siempre tenemos reservas de cacao. Fray Jerónimo de Aguilar, que acompañó a Cortés en tierras aztecas, envió un saco de este producto y así como la receta que obtuvo del mismo Moctezuma, la misma que hemos seguido preparando.

—¿Y no se lo robaron los gabachos cuando estuvieron? —preguntó Lola.

—Lo dejamos bien escondido. Este es un recinto muy grande y habría que haber sido adivino para encontrarlo. Tampoco los franceses andaban buscando cacao, más bien oro o sabe Dios qué.

—Me abre usted el apetito, padre.

Estoy deseando probarlo. Una mañana radiante de sol y la promesa de un rico chocolate caliente es el levantar perfecto —comentó Álvaro frotándose las manos.

Acercándose al edificio principal, dejando atrás la nieve, el río petrificado en algunos tramos y la impresionante cascada conocida como Cola de Caballo —una caída de más de trescientos pies de alto que sonaba de forma estentórea — divisaron la gran torre del homenaje que había servido durante años como entrada al recinto musulmán y que ahora estaba ocupada por los servicios comunes del priorato. Entraron por una pequeña puerta lateral que daba acceso a un hermoso claustro cuadrado y con grandes arcos de punto, un jardín arrasado y una fuente que había sido rota a golpes por los francos y giraron a la izquierda por una ancha escalinata que resaltaba la belleza del edificio a pesar del estado de abandono en que se encontraba.

—¿Acaso vamos a las celdas? — preguntó consternada Lola al verle tomar esa dirección, la que en su convento llevaba a los dormitorios de las monjas —, pero el fraile negó categóricamente.

—No, desde luego, a las celdas no puede acceder ningún forastero y menos —dijo mirándola— una señora. Vamos a otra estancia, por aquí —dijo indicándoles un pequeño acceso por una estrecha y mal ventilada escalera—. Vamos a la chocolatería.

El recinto estaba justo encima del claustro y era muy cálido. Una gran olla de metal estaba en el fuego y un monje viejo y bastante calvo, sin apenas un diente, removía sin parar el recipiente con una gran cuchara de madera. El prior les recibió amablemente y les indicó unas sillas próximas al fuego mientras otro monje les servía unas grandes jícaras con chocolate hirviendo y unos picatostes con anisetes. A Lola le pareció el más maravilloso de los desayunos de su vida.

—¿Qué tal han dormido? ¿Lograron descansar y entrar en calor? —les preguntó.

—Sí, padre, gracias, en un sitio estupendo. En realidad todo el priorato. Es precioso.

—Y eso que lo conocen ustedes en sus peores horas, está todo abandonado. Hay zonas de la techumbre que se han venido abajo, la capilla se incendió, en fin, lo iremos recuperando poco a poco.

Los dos hablaron un rato de la guerra, del gobierno, del rey, de Napoleón,

de las partidas guerrilleras y del futuro más inmediato. También del hambre, de la escasez y del caos que se había adueñado de todo el país. Álvaro le puso a día al prior sobre la marcha de las principales batallas ocurridas, le contó cómo andaba Madrid cuando lo dejó —el prior era de allí, pero no había vuelto a su ciudad natal desde que la abandonara hacía ya de eso quince años — o de cómo marchaba la alianza con los británicos.

—Esos hijos de perra herejes, perdone que se lo diga —le dijo el prior mojando también sus picatostes en el tazón de chocolate—, no son de fiar, nunca lo han sido.

Álvaro se rio dándole la razón.

—Lo sabemos padre, pero así andamos ahora mismo.

Después conversaron sobre el motivo real de la visita de Álvaro al priorato. Sabía que los monjes al inicio de la guerra, en previsión de lo que pudiera pasar, habían desmontado el tejado de plomo del edificio, y habían puesto las numerosas placas a buen recaudo en un pasadizo que comunicaba la cripta con la gruta que llevaba directamente a las cascadas y permitía que, en los viejos tiempos, los señores del recinto huyeran y se pusieran a salvo en caso de ataque, perdiéndose por los bosques y la serranía próxima. Era importante que ese material de muchos quintales de peso llegase hasta la planta bien de Luis u otra más cercana existente en la zona, para usarse en la fabricación de munición. Además los pasadizos secretos podían usarse como magnífico lugar de encuentro de la resistencia, mucho más seguro que las cabañas en los bosques que, cómo habían podido comprobar, aparecían cada dos por tres incendiadas. A cambio, la Junta les ofrecería a los frailes protección.

—Estaremos encantados de ayudar, ya se lo dije ayer, y no necesitamos protección —añadió el fraile— estamos bien así y sabemos que esos soldados se necesitan más en otras partes. Por lo de reunirse aquí y lo de utilizar el plomo no habrá problemas. Aunque esperamos que la Junta nos ayude al final de la guerra a recuperarlo.

—Hablaré con ellos —le dijo

Álvaro.

Tras la charla, una vez terminaron todos de desayunar, el prior les enseñó el resto de la abadía: las lóbregas bodegas donde durante siglos habían fabricado sus propios caldos, la capilla derruida con su hermosa cúpula y algunas de sus

imágenes que los franceses habían descabezado y dejado tiradas por el suelo, las salas donde guardaban los alambiques, la vieja prensa, la sala capitular de reuniones... A su regreso a la chocolatería el hermano más viejo aún seguía removiendo el caldero mientras Lola se le acercaba. El fraile le había prometido contarle algunos secretos de su recetario.

—Padre, tiene que contármelo. ¡Jamás había probado un cacao más sabroso! Estaba exquisito — y el padre le dio algunas de las claves en la preparación.

—Pruebe este y compruebe las diferencias —le dijo, pero Lola no pudo aceptar más.

—Padre, estoy llena, si me tomo otro reventaré —le dijo.

Al rato la pareja se despedía de sus anfitriones. Enganchándola de la cintura los dos pasearon por los alrededores para al medio día regresar al molino y encender la vieja estufa de leña que tenían y que el hermano Domingo había dejado bien provista de troncos. Comieron frugalmente la carne seca y las aceitunas que les habían ofrecido en la abadía y charlaron durante tiempo. Luego, tumbados mientras el sol declinaba, Álvaro se dedicó a desvestir a Lola.

Le desprendió las horquillas que sujetaban su melena dejando que sus rizos se esparcieran en cascada sobre su cuerpo, luego le retiró la chaquetilla de paño, la blusa, la falda y el jubón. Lola, tiritando, se aferró vestida a él solo con las enaguas y las medias. Álvaro la acercó al fuego y la tumbó sobre un jergón de paja con las mantas por encima. La besó en la boca suavemente, luego los ojos, el cuello... Le rodeó el rostro con la mano y sonrió feliz de tenerla con él, de tenerla dentro de él, de sentirla tan suya mientras la hacía el amor.

Lola volvió a sentir, como aquella primera vez, el fuego que le corroía las entrañas; la tibieza de su aliento en su cuello; la fuerza de sus manos en su pecho y el poder de su verga dentro de ella. Empezó a percibir aquella misma sensación sísmica y maravillosa de la primera vez, aquel vaivén profundo y arrollador, como la marea del mar mansa pero ingobernable, poderosa pero efímera... advirtió como aquello se iba convirtiendo en su interior en pura pasión.

Álvaro la miró y vio que su rostro y su mirada se iban transformando; sus ojos pasaban de una sonrisa velada a una lujuriosa. Ella le sentía bien dentro,

agarrada a sus calzas con tal fuerza que él se emocionó. Sintiendo la suavidad de su piel desnuda la poseyó; en un espasmo de puro deleite se recreó dentro mientras Lola alcanzaba un vertiginoso orgasmo. Con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, ella gimió de dicha.

Al momento, él también alcanzó el orgasmo con un gemido y quedó desmadejado a su lado, feliz.

Durante un buen rato ambos permanecieron de la mano en silencio, sin decidirse a dormir. Aquel había sido sin duda el primer día de su particular luna de miel.

Luna de miel ficticia porque aún no se habían casado. En eso pensó Álvaro preguntándose si sería buen momento para pedirle que no esperara a Madrid para la boda. Al verla adormilada, decidió que mejor esperaría un par de días más, hasta que se sintiera seguro de convencerla; Lola podía ser muy terca cuando se lo proponía y él realmente deseaba dar ese paso.

Por lo menos ahora. Viéndola allí dormida a su lado le parecía imposible la idea de perderla: de tener que pasar el resto de su vida sin ella, sin su risa, sin su sarcasmo, sin su mal humor o sin su pasión. La quería para siempre. Había tardado mucho en encontrar lo que buscaba y no estaba dispuesto a perderlo. Separarse por la guerra ya sería difícil, pero hacerlo sin haberse casado, aún más. La vida daba muchas vueltas, pensó apurando un trago de la bota de vino que tenía colgada de un clavo. Demasiadas.

Asomado al ventanuco de la buhardilla comprobó que volvía a nevar. Los copos de bonitas filigranas se estampaban contra los cristales. Le reconfortó oír el crepitar del fuego a su espalda y el suspirar de ella ya dormida. Saboreó un nuevo trago del caldo y se arrebujó en el jergón con ella entre los brazos. Reconoció que nunca, a pesar de lo estafalaria que fuera aquella situación, había sido más feliz.

Capítulo 21

Autorizados por el prior, Lola y Álvaro decidieron quedarse unos días en la abadía.

El tiempo pasaba deprisa en el viejo molino entre comidas con los frailes

en el refectorio, charlas con el prelado y paseos por los bosques circundantes. Ninguno quería hablar del final de ese viaje del que estaban disfrutando porque salir de allí los obligaría a volver a la terrible realidad. El tiempo jugaba en su contra y Lola, a pesar de lo feliz que se sentía, seguía en sus trece. No se casaría hasta llegar a Madrid y poder compartir algo tan importante con sus hermanas. La insistencia de Álvaro para hacerla cambiar de opinión no había servido de mucho.

—No creo que sea buena idea quedarte en el campamento. Lo ideal sería que regresaras cuanto antes a Madrid. Podemos pedirle a Luis que varios de sus hombres te escolten y esperarme allí para cuando regrese.

—No, prefiero no pedirle eso a mi hermano. Necesita aquí a todos sus efectivos y a nosotros no nos pasará nada por esperar dos o tres meses.

—Podría intentar regresar a por ti después de visitar Salamanca...

—No, no quiero que cambies tus planes por mí. Ya lo has hecho, has retrasado mucho tu viaje. La Junta estará preguntándose qué haces y por qué tardas tanto. Esperaré a Juan y cuando él vaya de regreso, le acompañaré si tú no has podido venir a por mí antes.

—Está bien —le dijo él—, no te insistiré más, pero si te fueras ahora para Madrid me quedaría más tranquilo. Los planes de reencuentro en tiempos de guerra son aventurados. Siempre surgen complicaciones. Puede que Juan tenga que retrasar su viaje o que le cambien el recorrido y no pase por aquí. En todo caso no se te ocurra volver sola como hiciste al venir. Las cosas han empeorado muchísimo. Sería suicida, ¿me oyes? —dijo zarandeándola por los hombros.

Lola se soltó. No le gustaba el tono exigente de ordeno y mando que se gastaba Álvaro. Agradecía su preocupación, pero no era una niña estúpida. Ella sabría, llegado el momento, qué debía hacer y no tenía su intención de ponerse ni poner a nadie en peligro.

—Me haces daño —dijo separándose y Álvaro la dejó marcar distancias. Quería convencerla, no asustarla.

—Incluso podría plantearme llevarte yo mismo ahora a Madrid, dejarte allí, y partir para el norte inmediatamente. Unos días más de retraso no supondrán nada.

—Créeme que me gustaría aceptar tu invitación, pero me es imposible. Tú debes hacer lo que te han ordenado y Luis, independientemente de lo que diga,

me necesita. Ya sé que una cosa es hacer planes y otra poder cumplirlos, pero habrá que hacerlo así.

Álvaro puso cara de resignación.

—No sé, no me convence que te quedes aquí. Esto es muy peligroso. No sé cómo tu hermano no te mandó para tu casa nada más aparecer.

—¡Te juro que regresaré a Madrid en cuanto pueda, muy pronto! Que nos reuniremos allí y nos casaremos como siempre he querido hacerlo: con mis hermanas.

—Si lo haces así, Luis no podrá ser nuestro padrino —comentó Álvaro observando la cara de ella.

—Habría una opción: convencerle de que sea él quien me escolte a Madrid; podríamos aprovechar los pocos días que pueda quedarse para celebrar la ceremonia. ¡Sería magnífico estar todos juntos! ¿No crees?

—Oyéndote hablar parece todo muy fácil, pero estoy seguro de que se nos complicará.

Lola se rio y se le acercó a darle un beso.

—Me encanta que estés tan decidido a casarte conmigo. Siempre se dice que los hombres son reacios al matrimonio y tu largo noviazgo con Leonor, sin dar un paso al frente, me hacían temer que fueras de esa clase. Que una vez descubrieras que me tenías ganada, fueras de los que lo dilatan en el tiempo, ya me entiendes.

—¡Claro que no! Con Leonor la cosa, sencillamente, no cuajó —dijo encogiéndose de hombros.

—De todas formas no me has hablado de tu familia. ¿Acaso no vas a invitarlos?

—Mi madre y mi hermana, que son las principales, no podrán asistir. Están seguras en Málaga y no iba a hacerlas viajar tantas leguas para la ceremonia poniéndolas en peligro. No, mejor ya haremos otra fiesta por todo lo alto cuando podamos, cuando la guerra termine.

Lola suspiró.

Sin decirle nada se preguntó si aquella sería toda la verdad o también estaría el temor a lo que su madre pudiese decir o hacer. Conocía de hacía años a la vieja duquesa y era una auténtica harpía metomentodo. Por lo que sabía había sido una de las que habían presionado a su hijo para que se casase con la Astiazábal, que era hija de una amiga suya, y estaba segura de que los

cambios de planes de su hijo, si es que Álvaro se los había comunicado, no le habrían gustado en absoluto. ¡Debía estar que trinaba!

Álvaro, temiéndose que la tensión fuera en aumento como siempre que sacaban el tema, decidió callar y limitarse a pasear, a respirar aquel aire puro y descubrir los bosques de un verde esplendoroso. La nieve de los primeros días se había deshecho y los primeros rayos de sol anunciaban la primavera que estaba a punto de llegar.

—Vayamos a la gruta, me encanta — dijo Lola tirando de él.

Caminando a buen ritmo llegaron pronto, pasando tras la intensa cortina de agua que se precipitaba desde lo alto de la cascada. Allí, sentados en unas grandes moles de piedra, contemplaron embobados el espectáculo que la naturaleza les ofrecía. Ajenos al mundo vieron salpicar miles de gotas de todos los colores que formaban arcoíris efímeros y sutiles sobre sus cabezas, mientras se besaban apasionadamente, charlaban o simplemente se dejaban llevar.

Durante esos días habían hablado de muchas cosas, pero tanto el uno como el otro seguían aún ansiosos por saber más cosas de su vida anterior. A Álvaro le seguía pareciendo imposible que aquella mujer fuera la muchacha que había conocido en Jaén tantos años atrás. Le encantaba que ella le contase cuándo le conoció, cuándo le vio por primera vez o cuándo se enamoró de él como una tonta al verle llegar un día a caballo junto a su padre.

—Sí, mi padre —le dijo mientras se liaba un cigarro y se sentaba con sus altas botas con las piernas cruzadas— sí que te adoraba, igual que tu hermano Luis cuando viajaba en carruaje conmigo a Madrid. Lola esto, Lola lo otro y yo pensaba: “¡Dios, haz que se calle ya, qué pesado!”. Un poco más y casi llego a detestarte; de hecho hasta hacías que me pusiera un poco celosillo con tantas atenciones.

—Pues para detestar a “Lola Villar” —le dijo la otra guiñándole un ojo con picardía— bien que la saludaste en el sarao de la duquesa de Osuna. Esa noche estuviste la mar de dicharachero con mis hermanas, más que nunca.

—Es cierto, pero por ser amable. Quería preguntar por Luis.

—¿Y tenía que ser justo cuando Lola Villar no era yo?

Álvaro se rio divertido mientras le colocaba las cintas del pelo y la acariciaba.

—Si fuimos un poco más insistentes de lo habitual fue porque Juan y yo queríamos comprobar si aquella muchacha tan modosita podía ser la famosa Lola de la que todos hablaban. Yo le había contado cosas de las que mi padre me contaba a mí, de las que había oído sobre ti en mi casa, sobre lo valiente que eras, sobre lo bonita que le parecías a mi padre, sobre lo rebelde e inapropiada que te consideraba mi madre y sobre lo poco que yo recordaba. Y la verdad, francamente, a ninguno nos cuadró nada. Aquella joven no me recordaba en nada a la Lola que yo de niña había conocido. Era más rubia, más sosa, más tímida, más dulce, y eso nos intrigó.

—Por eso anduvisteis tan atentos con ellas —comentó Lola y Álvaro asintió—. Qué idiotas —y se rio suavemente.

—Pues ya ves, debería haber sospechado e hilado que quien hacía de Lola no eras tú y a lo mejor hubiera caído en la cuenta de que la tal Sol era quien se parecía a la Lola que yo recordaba, pero no lo pensé.

—Ahí estuviste torpe. Y respecto a lo de tu madre... No, no me digas nada —dijo callándole cuando el otro fue a intervenir— sé que no le caía bien, así es que cuando se entere de que te has casado conmigo, le va a dar un infarto.

—Mi madre tendrá que aceptar mis decisiones —dijo él hombre.

—¡Ojalá viviese aún tu padre! Él sí que era bueno y comprensivo, él sí que me apreciaba. ¡Me hubiese ayudado tanto!

—Pues dicen que yo me parezco a él.

Lola negó con la cabeza.

—No te pareces a él en nada, ni en lo físico ni en el carácter. Y lo que no entiendo es por qué siendo tan estirado y tan arrogante como eres, defectos que jamás le vi a tu progenitor, me pude enamorar de ti. Debería haberte abominado; de hecho, mis hermanas, sobre todo Isabela, me animaron a hacerlo.

—¡Vaya! No sabía que tuviera en tu preciosa hermana mayor un enemigo.

—Y no lo tienes... ahora, pero antes me insistía, porque siempre ha sido muy sensata, que alguien como tú nunca se fijaría en una muchachita de campo como yo. Decía que además eras un seductor que andaba con las chicas más guapas de la Corte y todo se vino abajo cuando luego mi hermano nos anunció por carta tu compromiso con Leonor. Luis contaba que era una joven preciosa; rubia, fina, elegante, la *crème de la crème* de la sociedad y yo creí que me moriría de envidia.

Álvaro le cogió de la mano, pudiendo sentir sus inquietudes vívidas en ese momento; la calmó besándole los nudillos.

—Bueno, eso ya fue...

—Sí, pero no puedes imaginar cómo me partiste el corazón siendo una adolescente. Ignorándome en las fiestas y después disfrutando de la vida con otras... Y yo en un convento, encerrada, maldiciendo mi suerte e intentando que ni Clara ni mis hermanas sospecharan de mi sufrimiento. No quería oír sus monsergas sesudas y razonables ni que sintieran pena por mí. Me daba vergüenza. Yo también tengo mi amor propio —le dijo y él se rio.

—¿Qué amor propio? Si entre nosotros no había nada.

—Bueno, eso es lo que tu creerías. Yo siempre había pensado que sí, y por estúpida que aquella idea fuese, al final ha resultado ser cierta. A las pruebas — dijo señalándoles a ambos— me remito.

—En eso —dijo el otro— tengo que darte la razón. Serás bruja o pitonisa.

—El día que te vi en el baile de la Osuna después de tantos años me temblaron las piernas. ¡No me lo podía creer! Aunque ni me reconocieras, ni me miraras para mí fue, de todas formas, algo increíble.

—¡Si te miré! —la corrigió él—, aunque tardíamente. Cuando la marquesa me presentó a Sol Monforte no hice ni caso, no me impresionaste demasiado — dijo riéndose y Lola le dio un codazo—, pero las alabanzas de Juan me obligaron a mirarte otra vez... y entonces comenzaste a parecerme singular.

—Recuerdo que chocaste conmigo cuando salías del salón, después de que te enfadaras con tu prometida —le dijo Lola.

—Sí, y recuerdo —dijo mirándola embelesado— que entonces sentí algo muy especial, que el corazón me dio incomprensiblemente un vuelco, que se me aceleró el pulso, y desde entonces no he dejado de pensar en ti ni un solo día.

—No sé cómo no te diste cuenta en ningún momento de quién era. Creí que terminarías descubriéndome.

—A veces uno está tan ciego que no ve lo que tiene a un palmo. Eso me pasó a mí contigo. Y eso que en este tiempo he pensado mucho en ti, tanto que me había obsesionado un poco.

Lola se rio.

—¡Te lo mereces por haberme hecho sufrir tú a mi antes!

—Me gustó cuando te vi mirándome en el patio por la mañana —le dijo a

Álvaro que la sentó en ese momento en su regazo.

—Llevabas un tazón en la mano y parecías perdida en tu imaginación —dijo él y Lola asintió—. No me hiciste mucho caso.

—Estaba pendiente de la marquesa. Por cierto, ahora que la nombro, ¿sabes algo más de ella? Me comentaste que no pudiste verla en Sevilla, que le escribiste, pero no he sabido si has tenido noticias después, o de la Junta... ¿Crees que estará bien?

—Seguro; como dice el refrán: mala hierba nunca muere, y ella es la más resistente. Estará al frente de todo el cotarro.

—¿Seguirá en Cádiz? ¿Crees que podrías hacerle llegar una carta mía?

Álvaro se encogió de hombros.

—No sé, supongo que sí. Escríbela y se la daré. Aprovecharé también para *darle las gracias* —dijo con retintín— por no haberme contestado a mi apasionada misiva —y su compañera se rio divertida—. De todas formas no sé dónde andará. Tanto ella como Jovellanos están ya mayores para llevar un ritmo de vida tan frenético. La tensión los está castigando mucho... Tengo entendido que Jovellanos quería renunciar a su cargo y convocar un parlamento nuevo; nombrar una regencia y marcharse a su tierra, a Asturias. Los imperiales avanzan y supongo que él estará ya muy cansado. Están muy cerca de Cádiz. La guerra —dijo mirándola con preocupación— entrará pronto en su fase decisiva. Se recrudecerá, empeorará —su tono dejó traslucir nerviosismo.

—Volveremos a encontrarnos, ¿verdad?—le dijo ella y él asintió.

—Claro; estés donde estés iré a buscarte.

—¿Me lo juras?

—Claro —dijo besándole los dedos—. ¿No serás tú quien me olvide mientras te cortejan guapos muchachos? —añadió él en broma—. ¡Júrame que me querrás siempre!

—Te lo juro —dijo sellándole los labios con amor—. Estoy convencida de que por difícil que se pongan las cosas, nos volveremos a encontrar. Y que en unos meses, como está previsto, nos casaremos en Madrid. Ya verás como tengo razón.

—Espero que estés en lo cierto —dijo él menos seguro de que las cosas fueran a ser tan fáciles—. Ten muchísimo cuidado, no hagas locuras y

cuídate... para mí.

—Lo haré. ¡Lo prometo! —dijo levantando una mano como si estuviese jurando ante un tribunal.

Abandonaron la gruta a paso tranquilo y salieron de nuevo al exterior. Vientos racheados mojaron sus ropas y rápidamente enfilaron hacia el monasterio. El prior no les acompañaría ese día porque tenía prevista una reunión con labriegos de la zona para trazar planes e iniciar roturaciones. Era vital rescatar las tierras del priorato del abandono en que estaban para paliar el hambre que empezaba a cebarse en muchos pueblos de los alrededores. Fray Domingo, sin embargo, sí estaría y les había invitado a que almorzaran con él.

Después de comer un guiso de coles bastante aguado y mantener una buena charla al calor de los fogones, la pareja regresó al molino, a su primer e inesperado hogar. Álvaro nunca había sospechado que un granero pudiera contar con tantos rincones excitantes... porque era atrancar la puerta y desatarse un torbellino: zapatos horquillas, jubones, chaquetillas y blusas lanzados al aire, sonaban las risas, retumbaban las tablazones desconchadas por sus envites y los cristales, corrían por el molino medio en cueros y terminaban sobre los cálidos y confortables jergones de la buhardilla, consumando su pasión.

Lola se dejó acariciar esa tarde detenida y pausadamente. Álvaro le había pedido que no tuvieran prisas, que se dejara acariciar.

—Estate quieta, déjame besarte —le dijo él retirándole el pelo de la cara para besarle lentamente el cuello y arrancarle quejidos de ansia al rozarla suavemente con la pluma que tenía en la mano.

—No puedo, no sigas —dijo ella poniéndose frenética, pero él la hizo callar.

—Claro que puedes. Cierra los ojos, deja que te acaricie, para que cuando yo no esté, puedas recordar este momento, recordarme a mí...

—No necesito nada especial para recordarte. Lo hago siempre —le contestó ella en un susurro. ¡Para! — dijo ya con la piel de gallina, pero él siguió. Subiendo y bajando, bordeando el contorno de sus pechos, redondeando el círculo de su ombligo, descendiendo por las caderas hasta las ingles,

deteniéndose en su monte de Venus, rozando la cara interior de sus muslos y provocándole auténticos espasmos de placer. Después de un buen rato... el orgasmo estalló en sus labios dejándola ahíta de placer.

—Me encanta verte así —le dijo él y ella se abrazó.

Tras un rato callados, Álvaro le preguntó curioso.

—¿Cómo pudiste terminar encerrada en un convento? No te hago mucho allí

Lola se encogió de hombros con una sonrisa nostálgica colgada de los labios, la mirada perdida por la ventana... volvía a lloviznar.

—Se decidió así al morir mis padres. Mi hermano era aún muy joven y no había terminado la formación para que se quedara en el cortijo con nosotras. Nuestros tutores lo decidieron así... Y la verdad es que fue duro. Me costó mucho hacerme, sobre todo al principio. Me resultaba insoportable estar tantas horas encerrada, por eso me animé a ayudar a la madre encargada del huerto medicinal y a bajar con las monjas a vender dulces y bordados a los pueblos vecinos. Al menos salía. Aquello, aunque remotamente, me recordaba a cuando iba con mi padre...

—Recuerdo —dijo él pensativo— aquella vez que te vi metida con un saco en el río hasta media cintura. Llevabas una caña, estabas con él y pensé que no eras normal. ¿Cómo conseguías que te permitiese esas extravagancias? —
¡Porque no eran extravagancias! Me gusta pescar, estar en la naturaleza y fue mi padre quien me enseñó cuando era pequeña... El siempre fue un hombre excepcional, que me supo entender y, además, como mi hermano se ausentaba tanto de casa, se terminó volcando en mí.

—¿Tus hermanas hacían igual? ¿Tu madre os lo permitía? No me imagino a mi madre permitiendo algo así a mi hermana Inés.

—No, mis hermanas tenían otras aficiones, otros pasatiempos. Josefina siempre se ha entretenido cantando y tocando el piano. Ha sido siempre más parecida en carácter a mi madre, y mi hermana Isabela prefería pasar el tiempo leyendo y escribiendo. Me llevaba fatal con mi madre —dijo riéndose.

—Era una mujer muy hermosa, parecida a Isabela.

—Físicamente era igual que ella y que Luis, pero no en carácter. Siempre me pareció muy pagada de sí misma, muy melindrosa y poco comprensiva con nosotras. No sé cómo pudo congeniar con mi padre, aunque la verdad es que eran uña y carne. La inesperada muerte de mi madre hundió a mi padre en un pozo de melancolía del que no pudo salir. La sobrevivió poco tiempo...

Al contar aquello la voz se le quebró.

Álvaro pudo sentir su pena.

—No hablemos de cosas tan tristes. —No, está bien, necesito hacerlo — contestó ella—. Hace mucho que no lo hago y hay sufrimientos que por mucho que se escondan, siguen ahí.

—Tanto dolor sería porque fuiste allí muy feliz. Considérate afortunada por ello.

—Sí, fui muy feliz en mi casa. El único lunar negro eran las continuas discusiones con mi madre que me consideraba poco femenina. No aprobaba que disparara armas ni que montara a horcajadas a caballo y discutía continuamente con mi padre por ello. Yo a veces la odiaba porque lograba salirse con la suya y hacer que mi padre me impidiese ciertas salidas. ¡Menos mal que mis hermanos siempre fueron mis aliados! No sé qué habría hecho sin ellos.

—Puedo dar fe de ello. Todavía me pica la mirada asesina de Isabela en casa de tus tíos. ¡Si las miradas matasen!

—Bueno —contestó Lola—, intentaba protegerme. Creía que me harías daño.

El fuego de la pequeña estufa se iba consumiendo y el frío se apoderó de la estancia. Oscurecía y el vaho se condensaba en los cristales. Lola limpió con la mano los regueros de agua que escurrían por el vidrio mientras Álvaro se levantaba envuelto en un jergón a echar más troncos y avivar el fuego. Lola se quedó mirando su estampa a contraluz en la cálida luz púrpura, sus anchas espaldas, las piernas que movía ágilmente mientras abría y cerraba la trampilla metálica de la chimenea, el pelo siempre tan bien peinado alborotado, la barba de varios días sin afeitar. Él se giró al sentirse observado.

—¿No vas a parar? Te advierto —le dijo con el atizador en la mano— que si sigues, la conversación terminará pronto y pasaremos a otras cosas.

Lola soltó una sonrisa pícaro.

—¿Crees que aceptaría?

—Hagamos una prueba —dijo él acercándosele y besándola apasionadamente. La tomó en brazos y la llevó al mullido y cálido colchón. Sin notar el frío a pesar de estar desnudos, Lola dejó que le hiciese el amor. Después de un buen rato en silencio, con las manos entrelazadas, Álvaro se

quedó dormido. Lola estaba acongojada.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó Álvaro volviéndose hacia ella al oírla suspirar. Tenía los ojos húmedos.

—No es eso. ¡Es que esto se acaba! Acaba de empezar y se termina. Volveremos a separarnos y la guerra, tú lo has dicho, empeorará; me da miedo el futuro.

—No lo pienses, sé igual de valiente que has sido hasta ahora, aunque menos temeraria —dijo él limpiándole las lágrimas—, y ten confianza. La guerra no puede durar mucho más. Tendrá que decantarse de un lado u otro. Cuídate y espérame. Tenemos que afrontar lo que está por venir con serenidad.

—Lo haré, pero no me pidas que me quede en casa de brazos cruzados esperándote con serenidad porque esta guerra también es la mía y yo también tengo... cosas que hacer, tengo compromisos.

—Veo que has aprendido demasiado de la marquesa. Espero que me expliques pronto qué hacías con ella — le dijo con recelo.

—Algo sencillo, espiar —contestó ella.

—¡Me lo temía! —exclamó él incorporándose del lecho—. ¿Y a quién si puede saberse?

Lola lamentó en ese instante haberlo dicho porque sabía que Álvaro no se conformaría con otra mentira.

—¿No confías en mí? —le preguntó él mirándola fijamente—. ¿Recuerdas que yo estoy en tu bando, que trabajo también para la Junta?

—Lo sé —dijo ella incorporándose también—, pero Bellavista necesitaba ayuda después de los sabotajes ocurridos y me encargó espiar; observar al entorno más próximo del Círculo, que era el principal sospechoso; hacerlo desde dentro y sin ideas preconcebidas. Quería a alguien que tuviera una mirada fresca, que no conociera previamente a los miembros.

—En una palabra, que nos espiabas a todos. ¿También a mí?

—Más o menos —reconoció ella.

—Y supongo que fue la marquesa quien te preparó para ello.

—Tenían que infiltrar a alguien en las altas esferas y supusieron que sería más fácil hacerlo si aparentaba ser familia suya. Debía fingir ser una petimetra a la búsqueda y captura de un prometido.

—¿Y has descubierto algo? — preguntó él ligeramente curioso.

—Si te soy sincera, poca cosa. El topo existe y sigue operativo. De hecho

días antes de despedirme de la marquesa hubo otro atentado, pero no hemos dado con quién es, aunque el círculo se ha estrechado —dijo sin querer ofrecerle más información reservada—. Si te sirve de consuelo no creo que nadie sospechase realmente de ti.

—¡Qué considerados! Muchas gracias

—soltó el sarcástico—. Yo desviviéndome por la organización y resulta que estaba siendo espiado por ella. ¡Por ti! Aunque quien sabe si también por alguien más.

—No lo creo —dijo ella muy seria—. No creo que Bellavista disponga ahora mismo de demasiados efectivos aunque está claro que encontrar a ese malnacido es una tarea prioritaria del servicio de inteligencia. Por esto no pudo contestarte la marquesa, me hubiese descubierto.

—Que hayan sospechado siquiera de mí me indigna —dijo Álvaro golpeando un cigarro en su pitillera, realmente enfadado.

—No te lo tomes así... Era imprescindible que todo el núcleo que tomaba decisiones fuese observado con detenimiento. La información procedía de ese foco, según los sabotajes que tuvieron lugar, y era y sigue siendo vital saber quién es y qué conexiones tiene ese desgraciado; si trabaja solo o acompañado; si lo hace por dinero o por principios... Podría atacar contra los responsables de la Junta y eso sería ya un magnicidio. La cuestión que ahora mismo inquieta a Bellavista es si ese bastardo se conformará con operaciones de baja intensidad o intentará llegar al núcleo mismo de la Resistencia. Dar un golpe de mano.

—¿Y tus tíos y tu hermana te dejaron meterte en este sarao con lo peligroso que es? —exclamó preocupado Álvaro.

—Puedes imaginar lo difícil que me resultó convencerlos, pero mi decisión era irrevocable. Trabajar con Bellavista era lo que me permitiría acceder a información para encontrar a Luis... Por eso lo hice. Y no me arrepiento.

—Yo te hubiera atado a la pata de una cama antes que dejar que te metieras en semejante lío —le dijo él.

—¿Por qué? ¿Acaso me consideras una inútil?

—No es eso, pero me preocupa mucho que te pongas en peligro.

—En una guerra como esta todos estamos en peligro. Por cierto —dijo cambiando de tema—, hay otro problema. Clara, que durante este tiempo se ha estado haciendo pasar por mí, desea casarse con Juan, pero no ha podido fijar

la fecha hasta que yo no la autorizase a descubrirme. He escrito una carta y espero que tú se la hagas llegar si te encuentras con ella antes que yo. No me gusta pensar que soy la culpable de que los dos terminen enfadándose. Se quieren.

—¡Tendrías que haberlos visto juntos! Y es cierto. Lo de esa maldita boda ha estado a punto de hacer perder los nervios a todos. Juan estaba receloso. Y si te soy sincero, a mí tampoco me parecía muy lógico su comportamiento. ¡Veremos qué dice Juan cuando sepa que Lola Villar es ahora mi novia y no la suya! —soltó riéndose, sin poder creer el enredo en el que estaban.

Lola le tomó de las manos, mirándole agradecida por su aplomo.

—Gracias por comprenderlo y perdona.

Álvaro la abrazó.

—Está bien, aunque ya ajustaremos tú y yo cuentas.

Los dos se rieron.

Tercera parte (Cádiz-Madrid, 1810-1812)

Capítulo 22

Cádiz, enero de 1810

El tiempo era soleado aunque había marejadilla. Cádiz arrancaba aquel año de 1810 acogotada por el invasor francés que estaba ya en puertas. Vencida la resistencia en el centro de la península, las tropas de Napoleón — aunque con dificultades— habían logrado ocupar Sevilla y llegar a las puertas de la última ciudad libre del reino de España. El mariscal Soult, a cargo de los ejércitos galos en Andalucía, se sentía muy satisfecho y José I marchaba en esa dirección para asistir a la derrota final de los insurgentes acompañado de varios cuerpos de la *Grande Armée*, al frente del general Sebastiani.

Los máximos responsables de la Junta habían tenido que abandonar Sevilla meses antes, tras enterrar a Floridablanca, fallecido hacía poco, y viajar a la ciudad gaditana junto a miles de refugiados de todo el país: aventureros, guerrilleros, revolucionarios, contrabandistas, fulanas y truhanes, en busca de seguridad. Entre los que se encontraban en el puerto marítimo estaban la marquesa y Melchor Gaspar de Jovellanos.

Desde que salieran aquella madrugada del Sitio a la espera de que el emperador entrara en la capital habían deambulado durante meses por el sur, llevando su sede itinerante de Trujillo a Sevilla y de ahí, ahora a Cádiz, después de que esta quedará protegida gracias a al acuerdo con los británicos que permitía abastecerla por mar. Todo el arco de la bahía había caído ya en manos galas —a excepto la propia ciudad— y de día y de noche se oía inmisericorde a lo lejos el estruendo de sus cañones. Un mar de vecinos de los pueblos de alrededor había llegado huyendo de la brutalidad francesa, multiplicando por diez la población existente.

La ciudad más al sur de Europa —y también la más antigua de Occidente, con tres mil años de historia—, estaba dispuesta a resistir. Era un baluarte natural bien provisionado con la proximidad de los fuertes de San Sebastián y Santa Catalina y el arsenal de la Carraca que les suministraba

barcos y repelía los ataques enemigos.

Junto a la desembocadura del Guadalquivir, Jovellanos reposaba agotado y enfermo en una silla que la marquesa de la Roca le había acercado a un balcón.

Con los gemelos en la mano —al igual que muchos otros vecinos desde ventanas y azoteas— oteaba el horizonte, intentando predecir dónde sonarían los siguientes disparos, las siguientes bombas, qué daños causarían a la ciudad y cómo serían repelidas. La ciudad se veía blanca y reluciente, hermosa, en contraste con un azul cielo intenso que deslumbraba. Numerosos barcos: faluchos, jabeques, correos comerciales, barcos contrabandistas, veleros y grandes moles de guerra, permanecían anclados, balanceándose en las aguas del puerto. Unos eran ingleses —fácilmente identificables por la bandera que ondeaba en sus mástiles — otros españoles y algunos llegados hacía poco de las colonias americanas. Más hacía el oeste, en dirección a Chiclana, se oteaba la zona deshabitada llena de estuarios, salinas y marismas que el capitán Cayetano Valdés, responsable de las Fuerzas Sutilas de la Bahía, había ordenado anegar para impedir que el enemigo se aproximara por ese flanco.

En aquella zona había estado la legendaria Tartessos, una ciudad de la Edad de Bronce de la que Herodoto había hablado maravillas por sus inmensas riquezas y la sabiduría de su pueblo influido por egipcios y fenicios.

También contaba la leyenda que perdida, en el mar que la rodeaba, sumergida, estaba la Atlántida, que según Platón había estado localizada justo allí, tras las columnas de Hércules. Y un poco más allá, a solo unas millas náuticas, el cabo Trafalgar, donde no hacía ni cinco años españoles y franceses —aliados entonces— habían sufrido una derrota catastrófica contra la armada inglesa capitaneada por Horacio Nelson... Ahora el juego de alianzas había cambiado y españoles y británicos defendían juntos ese puerto.

Se oyó un disparo a lo lejos y después se vio la mecha incendiaria dejando escapar su estela de humo. Jovellanos miró en la dirección y se secó el sudor de debilidad de la frente con un pañuelo. Desde la Cabezuela y otros puntos estratégicos los iban cercando... estaban en una situación límite. En caso de que Soult lograra romper la línea defensiva por tierra la única opción del nuevo gobierno sería el exilio, pero esa opción ya era demasiado incluso para un luchador tan experimentado como él. Claro, que tampoco era ya el de antes.

Dejando mecer su pelo canoso por el viento mientras seguía el movimiento en el puerto y en los baluartes evocó otros tiempos y se animó pensando que había hecho todo lo que había estado en su mano, mantenido vivo al gobierno rebelde y que ahora tocaba dar la alternativa. Convocaría en unos días al Consejo de la Regencia y regresaría a su tierra natal, a Asturias. A sus verdes montañas y sus valles, al sonido de sus gaitas, a sus años jóvenes... Pensando en ello la nostalgia le invadió. ¡Hacía tanto que había salido de allí! ¡Había vivido tanto y tan intensamente!

Recordó sus años de magistrado como fiscal del Consejo Real de Castilla, como miembro de tantas sociedades, clubes y academias culturales, de tantas logias en Madrid y lamentó que la guerra lo hubiese truncado todo. La revolución en Francia había sido un golpe que había desestabilizado todo el continente. El ser humano no estaba hecho para asumir tantos cambios de un golpe o tal vez no lo estuviera él como hombre mayor que ya era. Porque había habido un tiempo en que había sido joven y las dificultades de la vida le habían parecido llevaderas. Había sido capaz de hacer frente a responsabilidades de gobierno desde muy temprano como Embajador o como Ministro de Gracia y Justicia, cargo que había terminado ocasionándole una desgracia al enfrentarle al sector palaciego más intransigente que había pedido su cabeza, logrado su destierro a Mallorca y su encarcelamiento en el Castillo de Bellver.

Desde entonces su salud se había resentido y su moral también. Había dejado de creer en la bondad del ser humano, había perdido su fe en la justicia y había enfermado seriamente. Ni su puesta en libertad unos años más tarde, ni su lucha en la Junta le habían devuelto aquello que el tiempo le había arrebatado. A sus poco más de cincuenta años su cara denotaba el sufrimiento aunque también la pasión con la que siempre habían defendido sus ideas. Él era bien consciente de ello. Mirándose en el cristal de la ventana se observó con detenimiento. Lo que no había desaparecido era su elegancia natural. Con un atuendo gris perla cuidado y sobrio, el cabello de un blanco impoluto atado en la nuca con un lazo negro de raso y los zapatos relucientes de hebilla plateada, le encontró la marquesa ese día al regresar.

Vivían ambos en el lujoso edificio alquilado por la Junta. Allí hacían su vida cotidiana y el dignatario recibía a diputados nacionales, enviados de las colonias o diplomáticos extranjeros. En ese momento, además de la misma

guerra contra Napoleón, el gobierno tenía que hacer frente a otros problemas muy serios: las colonias estaban todas sublevándose, el comercio marítimo estaba cortado, el desabastecimiento de buena parte de la península era imposible de acometer. La guerra iba mal. Sus analistas ya se lo habían vaticinado: “nuestras posibilidades de triunfar pasan por resistir”. Será duro, caerán ciudades, habrá sitios, saqueos, pero si resistimos y nos organizamos los franceses no podrán gobernar con un país entero en su contra, rodeados, con su retaguardia tomada por la guerrilla, los ejércitos anglo-españoles haciéndoles frente a campo abierto y las comunicaciones con Francia cortadas... Y en ello estaban.

Según los últimos informes que habían recibido, los franceses se estaban volviendo locos. Castilla, Cataluña, Andalucía, Aragón eran una quebradero de cabeza para ellos y así tenían que seguir siéndolo mientras no las recuperaran. En las tierras del Ebro el descontrol era absoluto, pero más al sur los franceses habían arrasado el territorio y no quedaban apenas suministros. Tenían que lograr mantener el Ebro y resistir en Cádiz. Si no, estarían definitivamente perdidos.

Oyó otro nuevo disparo y luego muchos más. El castillo de Santa Catalina se veía envuelto en una nube de denso humo negro.

Se levantó y se sirvió una copa de jerez mientras esperaba que María Teresa llegara. Vio su carruaje en la puerta y oyó el timbre.

—¡Qué revuelo! —exclamó esta nada más llegar, como un torbellino—. Los franceses han avanzado, están más cerca. El mariscal Víctor ha enviado notificación a Venegas —dijo refiriéndose al general que estaba al frente de Cádiz como gobernador—, y quiere la rendición ya. Lord Holland —añadió refiriéndose a un conocido de ambos, un diplomático inglés afincado hacía años allí que les había servido de interprete en las reuniones con el alto mando militar británico— dice que el Regimiento de Gibraltar está a punto de llegar como refuerzo. Tenemos que marcharnos... Tú ya no puedes aguantar más. Creo que has hecho muy bien en pasar el testigo a los jóvenes, ahora les toca el turno a ellos —dijo sin pararse ni para respirar.

Se la veía nerviosa y sofocada. Al igual que muchas otras mujeres gaditanas llevaba una mantilla y una redecilla de madroños, muy diferente a los sofisticados trajes de corte imperio que había lucido en Madrid. Lucía pronunciadas bolsas en los ojos y se le veían las mejillas descarnadas, pero el

brillo de sus inteligentes ojos era el mismo.

—Ven, tómate una copa conmigo —le dijo su compañero y ella aceptó. Recostándose en la barandilla a su lado disfrutó del sabor mientras se sosegaba.

Jovellanos la observó sabiendo que los años también habían pasado para ella y que aunque siguiese siendo pura energía estaba al borde de la extenuación. Habían sido dos años de mucho sufrimiento y tensión, de un continuo ir y venir, de tomar decisiones vitales, de recibir malas noticias... Añoraba Madrid.

—¿Qué más se anda diciendo por ahí? —le preguntó él.

—Que los gabachos han preparado una ruta de aprovisionamiento aunque todo el mundo confía en que podamos desbaratársela con una emboscada. Si no, Cádiz podría caer pronto. Un contingente de defensores, como te he dicho antes, ha salido de Gibraltar, y también viene el Regimiento portugués de Campomayor...

—Bueno, el general Ballesteros está ya cerca de Tarifa y se ha puesto al frente de varias partidas guerrilleras. También están funcionando bien las patentes de corso que se están dando a...

—Sí, dilo, a chusma y contrabandistas —dijo ella riéndose, dando un trago y el otro se encogió de hombros.

El gobierno había pedido la ayuda de todos los lugareños que tuviesen barcos y estuviesen dispuestos a ayudar en la guerra. Les habían perdonado los asuntos legales que tuvieran; muchos de ellos eran conocidos y perseguidos contrabandistas del Estrecho y les habían otorgado la patente de corso para que sus robos se pusieran al servicio de su país y contaran como acciones de guerra.

—No sé si será suficiente con eso para cortar el avance de Víctor. Tampoco sé, por el último informe que me ha llegado, si será él quien lleve a cabo el sitio a la ciudad o lo hará Soult que anda en Sevilla.

—Sí, de putas, fornicando y emborrachándose —dijo ella y el otro se rio. Parecía que al bueno del general francés la vida placentera de la ciudad hispalense le restaba tiempo y energía. Mejor.

La semana pasó deprisa en medio de una tranquilidad ficticia. Jovellanos presidió su última reunión de la Comisión de Cortes en base al documento que había elaborado el diputado Lorenzo Calvo de Rozas que tenía como objetivo

convocar un parlamento y elaborar una constitución.

La Junta Central quedaba disuelta y hasta que el gobierno elegido en esas Cortes, se hiciera cargo del país, se constituía el Consejo de Regencia de España e Indias. Estaban a veintinueve de enero y como Presidente de dicha Regencia quedaba nombrado el general Castaños, el héroe de Bailén, un hombre de gran experiencia militar y política, que desde hacía tres años era el comandante en jefe del ejército español en Andalucía.

Querido por sus hombres, bonachón, de talante desenfadado y dado a los chascarrillos, había chocado mucho con otros colegas militares de tinte más autoritario como Palafox, pero había sabido capear el temporal y era una de las personas que menos recelos producían en ese momento. Junto al general Castaños estarían dos consejeros de Estado, Antonio Escaño y Francisco Saavedra, el obispo de Orense —en representación del clero—, Pedro de Quevedo y Esteban Fernández de León en representación de las colonias americanas. En un acto solemne, tan lejos de Madrid, en una ciudad rodeada por el enemigo los cinco hombres juraron defender la independencia del país, convocar un parlamento y gobernar en nombre de su Majestad mientras fuera necesario.

—¡Queda nombrada la Regencia! — sonaron las mazas en la sala de la iglesia parroquial mayor.

Esa noche Jovellanos descansó mejor. A pesar del peligro inminente que acechaba Cádiz e Isla de León, él y la marquesa cenaron con una tranquilidad como no tenían hacía mucho tiempo.

—¿Entonces te quedarás en Madrid?

¿No te vienes conmigo a Asturias?

M^a Teresa negó con la cabeza mientras disfrutaba de un rico plato de anémonas rebozadas y fritas, típico de allí.

—Más adelante iré a visitarte, pero ahora me quedaré en Madrid y buscaré a Lola. Hace mucho que no tengo noticias tuyas.

—¿Cuándo debíamos vernos con Álvaro? —preguntó luego Jovellanos y la marquesa se encogió de hombros. A esas alturas el duque debería haber llegado ya a Cádiz, pero le habrían surgido retrasos en sus viajes por la península... Se preguntó si habría descubierto ya el secreto que se escondía tras Sol Monforte... Ella, a pesar de la arrebatada carta que le había escrito a Sevilla, no había podido decirle la verdad. Bellavista no lo había autorizado

aunque ella confiara plenamente en Álvaro y los sabotajes hubiesen remitido, al menos de momento.

Jovellanos alargó la mano por encima de la mesa y apretó la de la marquesa. Ambos se miraron emocionados. Iban a separarse después de tanto tiempo juntos, de tantos años en que lo habían sido todo el uno para el otro: amigos, enemigos, compañeros, amantes...

—¿Vas directamente a Gijón?

—Me reuniré con los diputados asturianos, así estaré atento a las novedades. Allí seguro que recupero la salud —dijo sonriéndole.

—Sabes que es una locura salir de aquí y viajar por esos caminos polvorientos y carreteras cortadas — dijo ella nerviosa—. Llegar a Madrid ya será un milagro, pero querer llegar a Asturias es temerario. ¡Y tú solo! Quédate mejor en Madrid. Luego si estas mejor, puedes continuar al norte — pero el otro negó con la cabeza.

—No puedo... necesito reencontrarme en mi tierra. Y no creas que no me duele separarme de ti. ¡Me has ayudado tanto! Sin ti no habría podido sacar esto adelante.

Ella afirmó con la cabeza, con los ojos húmedos también de la emoción.

—Dios sabe que hemos hecho lo que hemos podido, aunque a veces creo que hubiera sido mejor habernos rendido al comienzo. Así se habría evitado la guerra y el país no estaría ahora devastado. Tardaremos mucho en recuperarnos de esto; es un precio muy alto el que vamos a pagar por nuestra libertad, eso si luego no la perdemos también al final.

—No digas eso. Ahora estás cansado y lo ves todo muy negro, pero ya verás como Cádiz resiste.

Un toque a la puerta interrumpió su conversación. M^a Teresa soltó un bufido. El primer día que podían estar tranquilos y alguien se atrevía a romper su intimidad ¡y a unas horas indecentes! Era el general Castaños.

—Pase, general, está usted en su casa. Terminábamos de tomarnos un café. ¿Le apetece uno o prefiere una copa?

—Gracias —dijo el general mientras se quitaba los guantes blancos y dejaba el bastón y el sombrero al lado de la mesa. Se sentó en la silla que había al lado de Jovellanos y se calentó los pies en el brasero de picón que tenían encendido. Aunque Cádiz fuera una ciudad templada estaban en enero y rezumaba humedad.

Desde su asiento se divisaba a lo lejos la luz intermitente del faro de San Sebastián, las antorchas en las torres centinelas y los faroles de popa de los barcos anclados.

—Quería agradecerle a su Excelencia —dijo el general— el trabajo que estos años ha hecho al frente de la Junta. Todos sabemos de su eficiencia y ejemplaridad, es para todos nosotros un hombre muy apreciado que ha conseguido el respeto de liberales, afrancesados y aliados. Espero ser su digno sucesor.

—¡Lo será! —le contestó el otro dándole una palmada—. Ya lo es. Nadie olvida que usted es un héroe, y también un hombre muy respetado por sus colegas. Yo solo puedo darle un consejo: siga su instinto y convoque pronto a Cortes. La situación es demasiado peligrosa como para pretender llevarla sobre sus hombros usted solo. Comparta la carga y déjese asesorar bien. Contamos con gente muy valiosa.

—Gracias, Excelencia, por su consejo, pero también venía a comentarle que se ha dispuesto un destacamento de húsares y se ha habilitado una salida de emergencia para que usted y la marquesa puedan abandonar Cádiz con un mínimo de seguridad. A ser posible —dijo mirándole intensamente—, hoy mejor que mañana, ya me entiende. Cuanto más tiempo tarde en irse más difícil será garantizar su seguridad.

—Le agradezco las molestias que se ha tomado. Mañana mismo nos iremos.

Tras tomarse un añejo licor y comentar la llegada del nuevo embajador británico, Henry Wellesley, hermano del duque de Wellington que estaba con sus tropas en Portugal, y los chismes de sociedad de *El conciso*, se despidieron.

Jovellanos y la marquesa abandonaban Cádiz el uno de febrero. Les esperaba un largo y peligroso viaje. El cuatro de febrero, con los franceses pisándoles los talones, los restos del ejército de Extremadura al mando del duque de Alburquerque, se refugiaban en Isla de León impidiendo que el enemigo se hiciera con ella y reforzando sus defensas. Tres días después las tropas imperiales francesas, al mando de los generales Soult y Victor completaban el sitio a la ciudad con un cinturón de más de cien mil hombres, quedando como único pasillo libre el mar. El Gobierno de España quedaba totalmente incomunicado por tierra con el resto de la península. Las escuadras españolas e inglesas, al mando del teniente general don Ignacio de Álava y el

almirante Purvis establecían el modo de abastecimiento de la población. Cádiz se preparaba para resistir un largo asedio.

Frente de Aragón

Caía la noche cuando oyó ruido de cascos y se asomó a la puerta de su cabaña. ¡Eran ellos, por fin! Luis los llevaba esperando días. Se habían retrasado en exceso y habían logrado ponerle nervioso.

Instantes después desmontaban delante de su puerta. Había sabido que la choza de Navaluenga a la que los había enviado había sido incendiada por un destacamento galo y que los hombres de Villacampa los habían visto dirigirse hacia el Monasterio de Piedra antes de lo convenido, pero Luis no había tenido muy claro que hubieran seguido la ruta más segura ni que los franceses, tras los ataques efectuados de improviso los últimos días, no hubieran llegado también allí. No sabía si la zona de Piedra sería lo suficientemente segura.

La nieve cubría el suelo y la calle principal de la aldea era un lodazal. Con una buena manta zamorana por la cabeza salió a ayudarlos, abrazando a su hermana y dando un fuerte apretón a su colega.

—¡Pasad, hace un frío del carajo! — les dijo.

La pareja parecía entumecida. Lola llevaba las pestañas blancas y la capa encerada cubierta de cellisca. Deprisa se acercó a calentarse al fuego de la chimenea. El olor al guiso que hervía en un puchero despertó todos sus sentidos. Hacía casi un día que apenas había probado bocado: algo de pan duro, un puñado de aceitunas, nueces y frutos secos. No habían podido parar a hacer fuegos que les delataran y además las inclemencias del tiempo habían dificultado todo. Lola jamás había pasado más hambre ni se había sentido más feliz. Los dos irradiaban plenitud por todos los poros de su piel... Luis no pudo por menos que envidiarlos.

—Se os ve bien... congelados, mojados y hambrientos, pero bien — dijo.

—Lo estamos —contestaron ambos. Cogidos de las manos se calentaron mientras Luis servía la perdiz escabechada en unas escudillas y sacaba de la alacena unas manzanas. Los dos comieron con ansia.

—¡Está buenísimo! —dijo Lola—. Veo que vas aprendiendo a cocinar.

—Me lo ha traído Juana esta mañana... yo he regresado hace unas horas.

—Ya decía yo —dijo Lola sonriéndole.

—¿Cómo está la ruta? ¿Está muy peligrosa? —le preguntó a Álvaro y este afirmó con la cabeza mientras terminaba de echarse un trago de vino.

—Plagada de gabachos en algunos tramos. Por eso he venido sin parar; no quería arriesgarme a que nos encontraran.

—Has hecho bien.

—¿Qué tal te ha ido con el prior? ¿Ha accedido a darnos el plomo? —Álvaro afirmó con la cabeza. Luego le comentó otros acuerdos a los que había llegado con los frailes cistercienses.

Mientras Álvaro seguía devorando almendras, higos y nueces que había encima del tablero, Lola le contó a su hermano su aventura y le agradeció que les hubiera dejado estar juntos.

—De eso quería hablaros —dijo él sacando de un zurrón de cuero un documento atado con una cinta. Era un certificado notarial de compromiso matrimonial entre ambas familias. Lola miró sorprendida a su hermano, pero este la ignoró—. Confío en ti, Álvaro, pero las cosas hay que hacerlas bien... y lo habitual en estos casos, sobre todo cuando la boda no se hace de forma inmediata, es firmar este acuerdo entre partes —extendió el legajo sobre la mesa y sacó la pluma y el tintero. El sonido de la pluma sobre el papel rasgó el silencio.

—No hacía falta esto, yo confié en él

—dijo Lola molesta, pero Álvaro no puso pegas.

—Es lo corriente, Lola, y lo firmo de mil amores —dijo.

Lola sabía que esos compromisos, bodas sin alianzas, como se llamaban, se hacían; que muchos matrimonios concertados los firmaban cuando los contrayentes eran niños como forma legal de asegurarse de que la otra parte no se echaría atrás en el último minuto, pero a ella le parecía innecesario en su caso. Habían quedado que se casarían en un par de meses en Madrid, pero Luis se mostró inflexible.

El compromiso, de romperse, podía denunciarse incluso judicialmente y obtener una buena indemnización si una de las partes lo incumplía, aparte del desprestigio social que suponía. Su ruptura solo estaba bien vista si alguno de los futuros esposos quebrantaba manifiestamente los acuerdos. El propio Álvaro había roto un contrato similar firmado hacía ya años entre su familia y

la de los Astiazábal. El comportamiento de Leonor con los gabachos había sido el detonante.

—Bien, y ahora, puedo daros mi bendición —dijo Luis recogiendo el documento por triplicado— y un beso. Supongo que la boda finalmente será en Madrid —preguntó y los otros afirmaron.

—Yo como tutor te daré mi consentimiento por escrito porque no podré asistir.

—Hemos pensado —intervino Lola— que tal vez podrías escaparte unos días y asistir en persona al enlace.

—No, en la situación crítica en que ahora estamos no puedo abandonar mi puesto aquí —dijo encogiéndose de hombros—, pero espero que cuando todo esto termine celebréis una fiesta por todo lo alto. Esa sí que no me la perderé.

—Una buena idea —dijo Lola mientras besaba a su prometido.

—No soy de piedra —les dijo Luis al rato, viendo que los tortolitos no paraban de besuquearse, y Álvaro se rio.

—Por cierto, os recuerdo que mientras estéis aquí no deben veros como pareja. No he dicho a nadie aún que Lola es mi hermana. No os expongáis mucho.

—No te preocupes, me iré mañana mismo. Quedamos en eso —insistió Álvaro—. Juan pasará por aquí en dos meses y Lola regresará a Madrid con él.

—No deberías quedare aquí, la cosa está empeorando —le dijo su hermano.

—Por eso precisamente debo hacerlo; porque me necesitarás.

—No lo haré. Ya enseñaste a las mujeres lo que necesitaban saber...

Podremos sobrevivir sin ti.

—Pero puedo ayudar y sabes que en Madrid las cosas también están mal. Espera a que pase por aquí Juan y me marcharé en dos meses. Te lo prometo.

—Está bien, pero ni un día más.

Y Álvaro le dio la razón. Ni un solo día más.

Capítulo 23

Acababa de regresar a Madrid. Después de varios meses más de viaje, de reuniones en Salamanca y Valladolid, y de contactar con diputados gallegos y asturianos que se dirigían a Cádiz, había llegado a la capital agotado. Habían sido muchas horas de viajar por caminos intransitables, de día y de noche, y de tener que atravesar aéreas controladas por los galos. Esperaba reunirse pronto con Bellavista para recibir nuevas órdenes y con Juan para saber cuándo podría recoger a Lola en Aragón. Durante todo ese tiempo le había inquietado el haberla dejado allí. Cada noticia que le llegaba del frente del Ebro, con los avances gabachos, le provocaba sobresaltos en el corazón.

También disgusto. Porque hasta entonces había sido un hombre con autoridad. Lo era por carácter, por naturaleza y por educación. También se consideraba un hombre persuasivo como lo había ratificado la Junta nombrándole uno de sus diplomáticos más importantes, al que ni su madre se atrevía a contradecir en público... Por eso la tozudez de Lola le irritaba. Desde luego, estaba lejos del ideal de mujer dócil que se había hecho como esposa...

Mucho se temía que la idea de una vida tranquila al lado de una pareja complaciente que le diera libertad para sus asuntos iba a ser imposible con ella. Lola, para bien o para mal, era la pasión personificada y si bien ese aspecto de su carácter le agradaba cuando de hacer el amor se trataba, tendría que soportarlo estoicamente cuando se refiriese a otros aspectos de su carácter.

Álvaro suspiro, sabía que con ella no ganaría para sustos.

¡Su madre sufriría una apoplejía cuando se enterase! Ella tan anticuada, tan conservadora y Lola que no se mordía la lengua, lo mismo daba consejos de cómo montar un anzuelo que despotricaba de política. En sus posiciones cada vez más radicales se notaba la influencia de M^a Teresa, una mujer que su madre detestaba. No podía haber dos mujeres más diferentes, aunque él las quisiera a las dos. Por su madre tiraba la sangre y por M^a Teresa su admiración. ¡Vaya dos! ¡O mejor, vaya tres!, pensó mientras terminaba de

ojear los periódicos.

Se había imaginado cómodamente instalado de nuevo en su palacio, con su bañera de mármol de Carrara llena de agua caliente, su biblioteca y su magnífica colección de brandis y ginebras, pero Bellavista, por seguridad, le había recogido a su llegada y le había instalado en un piso franco en la zona de Atocha que se le hacía realmente incómodo. Era estrecho y mal ventilado, aunque seguro. La red tenía pisos en barrios secundarios para sus agentes; su propio palacio estaba ahora en manos de un oficial galo perteneciente al cuerpo de Dragones que escoltaba a José I. Los franceses se habían adueñado de cada palacio o casa señorial existente en Madrid, estuvieran en la ciudad o no sus moradores. En algunos casos las habían compartido por las buenas, en otros, sencillamente, habían echado a sus legítimos dueños a la calle. Ese había sido el caso de Juan, que había tenido que abandonar su domicilio en la calle del Barco. Había encontrado su casa ocupada al volver de una misión y desde entonces no había podido regresar a ella. Sabía que no podría reclamarla ya que su nombre estaba en la lista de “sospechosos”. De hecho, ni se había acercado por allí.

Álvaro no solo no se había acercado a su casa, sino que debía mantener, mientras estuviese en Madrid, oculta su verdadera identidad por seguridad. Los servicios secretos de Bonaparte manejaban información sobre él — estaba claro que habrían infiltrado a agentes en sus filas— y conocían al dedillo el nombre y a lo qué se dedicaban algunos hombres “desaparecidos” tras la entrada de Napoleón. No solo eran rebeldes insurgentes, sino traidores, colaboradores de los británicos. De ser detenidos, podrían ser ejecutados en juicio sumarísimo sin miramientos.

En el piso franco de Álvaro podría vivir holgadamente una familia de tipo medio, pero a él le parecía un lugar inapropiado. Desde luego eran unas instalaciones infinitamente mejores que las que había ocupado en los últimos meses, sobre todo las que había compartido con Lola en Aragón, pero en su felicidad no había reparado en esas minucias. Ahora estaba de un humor de perros, agobiado y esperando impaciente a que Bellavista diera señales de vida. Este seguía siendo el cerebro de toda la red de espionaje y el hombre del gobierno en Madrid, pero desde la ocupación había intensificado las medidas de seguridad y cambiaba continuamente de residencia o identidad. Desconfiaba de todo el mundo y no permitía cerca de él más que a la

marioneta de su secretario que día y noche estaba a su servicio, como si en vez de un ser humano se tratase de su sombra. A todos los demás —después de lo del topo había intensificado esa costumbre— les pasaba el filtro. Ya no confiaba ni en hombres tan cercanos a él en otro tiempo como el propio duque.

Álvaro hacía dos días que había dado la correspondiente contraseña al portero, dejado el mensaje en el banco de la iglesia de la Florida acordado de antemano y solo esperaba a que alguien le dijera qué tenía que hacer. Tenía un criado a su servicio que lo mismo le servía de mayordomo, que de ayuda de cámara o de cocinero. Iba a la compra, le lavaba la ropa y le llevaba la prensa. También se encargaba de hacerle llegar los comentarios de la calle, los chascarrillos que andaban circulando por el colmado de la esquina o la botillería de enfrente. Álvaro había salido a la calle una sola vez. Antes necesitaba saber cómo estaba la situación para no arriesgarse a ser detenido innecesariamente. Un error y podría poner en peligro todo el operativo.

Estaba sentado en una vieja mecedora, leyendo la gaceta local a la luz de un pobre quinqué de vidrio azul, cuando llamaron aquella tarde a la puerta. Un hombre de mediana estatura, pelo rasurado y traje raído, le saludó. Le conocía, era Gerardo Iglesias, el viejo cochero que había estado al servicio de la marquesa y luego pasado a trabajar para el Círculo.

—Me envía quien ya sabe usted, Excelencia —dijo simplemente.

—Supongo que Bellavista no iba a venir a buscarme en persona. ¡Llévame con él!

—Por supuesto, señor. Tengo orden de hacerlo inmediatamente.

Álvaro montó en el desvencijado carruaje y miró un rato a través de sus sucios cristales mientras empezaba a ponerse el sol. La ciudad resultaba deprimente. Un buen rato después paraban en un portalón en las afueras. Casi oscurecido entró al pequeño y confortable salón donde le esperaba Bellavista. La sorpresa fue encontrarse allí también a su amigo Juan que le dio un fuerte abrazo. Tras los cordiales saludos entre ellos se sentaron cómodamente y charlaron. Juan le miró con una amplia sonrisa. Se le veía feliz y distendido.

—Para no haber parado todo este tiempo se te ve muy bien —le comentó—. Creo que has estado meses con Villar en el Ebro. ¿Cómo anda? ¿Qué te contó? ¿Seguirá allí?

—Sí, se quedará de momento. Está bien y contó poco más que no supiéramos del ataque. No sospecha de nadie en especial, pero está

convencido que es alguien cercano. Por cierto — dijo Álvaro mientras cogía el cigarro que le tendía su amigo—Villar no estaba solo. Estaba acompañado por una de sus hermanas —y miró de reojo a Bellavista—. Por su hermana mediana, Lola.

—¿Qué barbaridades estás diciendo? Lola está en Madrid, yo puedo dar fe de ello. Estuve ayer mismo con ella.

—Seguro que nuestro querido Bellavista puede explicártelo. Puede contarnos a los dos cómo nos ha estado vigilando a través de la hermana de Villar a la que previamente había reclutado para la red haciéndola pasar por Sol Monforte, sobrina de la marquesa de la Roca.

Juan puso cara de no entender nada.

—No sé si estás diciendo que Sol Monforte es Lola Villar o qué se está haciendo pasar por ella. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo lo permite su hermano?

—Sol es Lola Villar.

—¿Y entonces mi Lola quién es?

—Se llama Clara Martín y es una amiga íntima de las Villar. Forma parte de este cambalache. Sí, sorpréndete — dijo al ver otro la cara que ponía, yo también quedé pasmado cuando comprendí qué pasaba.

Los dos miraron a Bellavista que sin inmutarse seguía paladeando su habano envuelto en una densa y tóxica nube de humo. Se encogió de hombros, como si no tuviese mucho más que decir, como si lamentase que finalmente se hubiese descubierto el engaño mientras Juan abría las ventanas para ventilar. De la calle llegaba el ruido de los vendedores ambulantes, los carruajes, los piquetes de control de vigilancia franceses y los viandantes. Había ese día un fuerte control porque era carnaval y a pesar de las prohibiciones francesas había vecinos que se habían echado ya a la calle escondidos detrás de sus máscaras.

El gobierno lo había vetado porque generaba inseguridad, pero eran vox pópuli las fiestas que se habían organizado en algunas salas y teatros de la capital para el sábado. El del Teatro del Príncipe era el único que disponía de licencia, aunque estaría vigilado por la policía del régimen.

—Está bien, veo que ha sido hábil enterándose del papel de la señorita Villar, le felicito. Ha estado haciendo bien su trabajo —y entre los dos le comentaron a Juan lo que había ocurrido. Después los tres se dedicaron a

hablar sobre la situación política del momento, la salida precaria de Jovellanos y la marquesa de Cádiz, a quienes esperaban en Madrid en unos días, y el sitio ya declarado a la ciudad gaditana. Convocar allí un parlamento le parecía a Juan una locura, sobre todo teniendo en cuenta que habían sido incluso convocados representantes de todas las colonias que esos días andaban revueltas y sublevándose.

—Rodeado de franceses será difícil que muchos diputados lleguen. Además, si Cádiz cayera con todos los representantes nacionales allí metidos, estaríamos perdidos.

—Ya estamos perdidos —dijo con paciencia Bellavista—. Y si cae Cádiz, estén o no los diputados, estaremos sin país y sin gobierno, así es que por qué no arriesgarnos —añadió encogiéndose de hombros.

A Álvaro siempre le había intrigado la tranquilidad pasmosa de Bellavista para tratar asuntos de estado. No se irritaba con nada y era difícil verle perder los papeles. Podía parecer que todo le daba igual, pero no era así. Si había alguien capaz de asumir riesgos en situaciones de extrema dificultad era él. Nunca dejaría que sus manías, odios o afinidades influyeran en sus decisiones. Era un lujo poder contar con su experiencia.

—Espero, duque —siguió hablando Bellavista—, que esté de acuerdo en viajar al sur. Hemos pensado que sería la persona idónea puesto que domina el inglés y conoce a varios de sus principales enlaces; estuvo con ellos en Londres. Comprende su mentalidad y eso es ahora mismo muy importante. Aunque seamos aliados —dijo gesticulando con los brazos—, no nos entendemos. No llevan ni un mes en Cádiz y ya han surgido graves problemas. Tiene que ir y pactar un armisticio mientras dure la guerra con los gabachos.

—¿Tan tensas están las cosas? —preguntó Álvaro.

—Mucho. Hay algunos políticos y mandos militares nuestros que recelan de los ingleses y creen que aprovecharán que les permitimos estar en Cádiz con su armada para ocupar el país y hacer como Napoleón, aparentar ser amigos para invadirnos...

—Pero no existirá ese riesgo, ¿verdad? —preguntó alarmado Juan y el otro negó con la cabeza.

—No que sepamos. A los ingleses ahora mismo lo que les interesa prioritariamente es terminar con Napoleón y esta es su oportunidad. No la desperdiciará jugando a otras cosas, pero son como son y hay muchas

suspicias, y más en Cádiz. Todavía residen allí muchos de los supervivientes de Trafalgar.

—Si me voy no será por poco tiempo, ¿verdad? —preguntó inquieto Álvaro y el otro afirmó con la cabeza. Estaba claro que no podría regresar en unos meses para su boda con Lola, que tendría que posponerla. Maldijo por lo bajo haciendo que los otros dos le miraran.

—¿Decía algo? —le preguntó Bellavista.

—Digo que acabo de regresar de Salamanca, en el último año no he parado ni un día. ¿No podría ir otro y que yo me uniera más tarde? Hay cosas urgentes que tengo que hacer aquí.

—¿Cómo cuales? —preguntó interesado Bellavista—. ¿Algo más importante que la guerra?

—Asuntos personales —se limitó a decir Álvaro que en ese momento se debatía entre el entusiasmo del destino que le situaba en primera fila de los acontecimientos históricos que su país estaba viviendo, y su obligación de cumplir la palabra dada a su prometida. Cádiz se iba a convertir en el próximo año en el centro neurálgico de Europa y él quería estar allí. Sin responder a Bellavista, los tres pasaron a una mesa en la que el servicio acababa de servir una cena ligera. Al terminar los dos amigos se fueron en el mismo carruaje. Habían decidido a los postres compartir el mismo piso franco mientras estuvieran en Madrid y habían optado por el de Juan que era más amplio y luminoso.

La ciudad estaba desierta a esas horas de la noche. El frío y el terror a los franceses hacían que pocos se atrevieran a salir aunque aún quedasen minutos para el toque de queda. Solo algún borracho o inconsciente, alguna puta o algún sereno, se atrevían. Ya en casa, Álvaro se quitó el gabán y se puso cómodo. Juan le sirvió un licor mientras los dos se sentaban delante de la chimenea. Tenían mucho de qué hablar, sobre todo por parte de Juan que necesitaba aclarar cuanto antes lo de Clara Martín.

—Mañana iremos a visitar a las hermanas Villar —dijo cínicamente—. A ver qué cara pone mi prometida cuando le diga que he descubierto quién es. Tendrá que explicarme por qué miente.

—No seas muy duro... Solo estaba protegiendo a su amiga, es lógico. La pobre ha sorteado todos los inconvenientes del mundo para hacerle llegar a

Lola una carta pidiéndole autorización para descubrirla delante de ti. ¿Qué más puedes pedir?

—¿Qué sea sincera? —contestó el otro sarcástico—. Aunque en realidad la entiendo —dijo dando un trago a su copa—. Posiblemente yo hubiera hecho algo igual por un amigo, pero la verdad es que me ha sorprendido la noticia. ¡Ahora comprendo lo de no querer fijar la fecha de la boda! —dijo y Álvaro se rio—. Bueno, espero que una vez solucionado esto, podamos hacerlo sin mayor problema. Yo la quiero a ella se llame como se llame y quiero casarme ya.

—Nunca creí que te vería tan ansioso por hacerlo; no me lo hubiera imaginado en ti —le contestó Álvaro.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? Porque me ha parecido notar algo raro en tu mirada. Estás radiante. ¿Qué ha pasado con Sol Monforte? ¿O debería decir Lola Villar?

—Pues que como tú —dijo encogiéndose de hombros—, me he enamorado. Sí, no me mires así. ¡Dios sabe lo loco que estoy por esa mujer! Y estos días han sido los más felices de mi vida; solo espero que nos reencontremos pronto. Lo de partir para Cádiz me preocupa. Si Bellavista pudiera esperar unos meses podría casarme con ella e incluso tal vez pudiera llevármela. Quiero ir a Cádiz. ¡Para un diplomático como yo es una oportunidad única, una experiencia inolvidable!, pero no creo que pueda estar yendo y viniendo a verla. Estaríamos mucho tiempo sin vernos.

—¿Y eso te preocupa? ¿Acaso no te fías de ella? —le dijo riéndose Juan.

—Sí, claro que sí. Al menos en lo que al plano sentimental se refiere. Aunque podría hacer cualquier locura. Por lo demás, es más bien de mí de quien no me fio. Nunca he sido de una mujer fija, siempre he hecho lo que he querido y ahora tener que sujetarme a ella... y en Cádiz las tentaciones pueden ser muchas —dijo riéndose.

—Eso era antes de que te enamoras.

De todas formas, lo de estar comprometido no es algo nuevo para ti. Ya pasaste por ello con Leonor.

—Entonces era distinto. Aunque Leonor fuera celosa, a mí siempre me dio igual, pero no deseo que Lola se enfade. ¡Y no podría soportar perderla!

—Pues no lo hagas... De todas formas yo ya te he dicho que me iré pronto. Pasaré a recogerla y te la devolveré en cuanto pueda. Tendría que haberme ido

hace ya quince días, pero Bellavista quería esperar a que Jovellanos o la marquesa regresasen, aunque el tiempo se me ha echado encima.

—Entonces partirás pronto.

—Muy pronto. Por eso necesito hablar con Clara ya.

Al día siguiente, los dos caballeros visitaron a las hermanas Villar. Mientras Juan se reunía en una salita aparte con su prometida, Álvaro se quedaba con las demás. Necesitaba hablar a solas con Isabela, pero no sabía muy bien cómo. Después de un rato de conversación insustancial, los tíos los dejaron solos y Álvaro vio la ocasión perfecta para tratar el tema que tenía entre manos. Necesitaba convertir a Isabela en su aliada. Era una muchacha sensata; la única capaz de controlar a Lola en su ausencia.

—No sabe la alegría que me ha dado saber de mis hermanos por usted. Espero que el comentario de antes, de que ya me contaría algo más, no sea ningún problema.

—No o sí, según se mire —dijo él riéndose, distendido como Isabela no le había visto nunca—. Supongo que ya lo sabrá todo, que sus hermanos la habrán puesto al corriente en la carta que hace un rato le he entregado— y la otra afirmó con los ojos brillándole de emoción—. Entonces ya sabrá que Lola y yo estamos comprometidos.

—En efecto, y le felicito. Me hace feliz que mi hermana haya logrado hacer realidad sus sueños —y Álvaro sonrió complacido.

—Me alegro de que apruebe nuestro amor. Creí que le caía mal.

—¡Bah! —dijo ella quitándole importancia—. Solo intentaba que no hiciera daño a la boba de mi hermana. A veces es muy testaruda —y el otro se rio abiertamente—, pero reconozco que de vez en cuando esas testarudeces le salen bien. Usted es buena prueba de ello. ¿Han fijado la fecha de la boda?

—Pues Luis hubiera querido que fuera allí, pero Lola ha querido que estuvieran ustedes... Será cuando regrese... O al menos iba a ser así —dijo con cara de circunstancias—. Lo previsto es que Juan la recogiera en Aragón, donde cada vez las cosas se están poniendo más feas, y la trajese a Madrid mientras yo regresaba de un viaje relámpago a Portugal, pero los planes han cambiado. El Gobierno me ha ordenado viajar a Cádiz —y la otra le miró sin comprender— y no sé cuánto tiempo estaré allí. Podría ser todo el año. Eso retrasaría inevitablemente el enlace.

—Lola se enfadará.

—Seguro, pero no me preocupa tanto que se enfade como que haga cualquier locura. Le pido que intente controlarla.

—¡Acabáramos! —contestó la otra riéndose—. Si conoce a mi hermana ya sabrá de qué es capaz. ¿Controlarla? No me escuchó cuando le pedí que no viniéramos a Madrid, ni cuando le pedí que no se metiera a espía, ni cuando le ordené que no fuese a Aragón... ¿Cree que en lo que a usted respecta me hará más caso?

—Eso espero. Necesito que la cuide por mí. Yo intentaré mantener con ella un carteo fluido para saber en todo momento cómo está y ver si puedo escaparme de allí para la boda. Si no tal vez pudiera ella viajar a Cádiz... No sabemos cuánto va a durar el asedio: lo mismo puede ser un mes, que cinco, que cuarenta...

—Comprendo.

—Amo a su hermana. Dígaselo cuando la vea, cuando se reúna con ella si yo no lo he hecho antes. Pídale que conserve la calma a pesar de los problemas que puedan surgir. Los dos éramos conscientes de que la guerra podría alterar nuestros planes. Dígale que tarde o temprano volveremos a reunirnos y que la amo con todo mi corazón.

—Lo haré... me alegra comprobar que está usted tan enamorado. Ella siempre le quiso, es bonito saber que al final es correspondida. Lola es maravillosa, lo único que le pido es que no la haga sufrir. ¡Sí, no me mire así! Que ambos sabemos cómo son ustedes los hombres.

Álvaro soltó una carcajada.

—No se preocupe... No me olvidaré de ella y por si acaso, ya está su hermano Luis para recordármelo. Con la magnífica puntería que tiene no se me ocurriría.

Isabela afirmó con la cabeza.

Terminaban de hablar cuando se abrió la puerta de la sala donde Juan y Clara habían estado conversando. Parecían muy animados. Cogidos de las manos, llamaron a todos y les dieron la buena nueva.

—Nos casamos en dos días —dijeron.

Todos se quedaron con la boca abierta. No es que fuera una sorpresa que se casaran, pero sí el que lo hicieran tan deprisa.

Se acicalaron en la medida de sus posibilidades. Dado que habían perdido sus maravillosos roperos —ahora en manos gabachas— la ropa de ese día no fue la mejor, pero al menos iban lo suficientemente decentes como para asistir a una boda. Pantalones ajustados de jineta con borlas en los bordes, chalecos claros, la tabaquera con el rape en el bolsillo derecho, bastón con mango de plata, sombrero y frac. En la puerta, a punto de subirse al carruaje estaban, cuando vieron llegar a alguien: era Bellavista y no llevaba precisamente buena cara. Con un gesto de barbilla indicó a Juan que siguiera con sus quehaceres y esperara fuera mientras él departía un asunto con Álvaro. Entraron en el recibidor y, sin sentarse, el hombre mayor se retiró la chistera y la dejó sobre la mesa de patas retorcidas y doradas del recibidor. Mirando con preocupación a su acompañante le dijo que tenían un grave problema.

—Con vuestra prometida, Álvaro.

Lo primero que sintió fue un golpe de angustia. ¿Le habría pasado algo a Lola? ¿Estaría herida, habría habido algún ataque al refugio? Con la boca seca y el corazón latiéndole desahoradamente en el pecho, iba a preguntarle algo más cuando el otro continuó explicándose.

—Perdone, me refería a vuestra antigua prometida. A la señorita Leonor de Astiazábal. Ayer noche, no sé cómo, dio conmigo... Descubrió mi paradero y me dijo sin rodeos que posee información sobre la identidad de nuestros agentes. Que tiene datos precisos sobre nuestros pisos francos en la ciudad, identidades falsas, rutas y movimiento de capitales... y me soltó que seguramente toda esa información valdría mucho dinero. A cambio de guardar el secreto, me pidió una suma desmesurada de reales, pasaportes falsos para ella y un hombre, y lo más curioso, que la pusiera en contacto con usted.

—¿Y lo hizo? ¿Le dio mi dirección? —preguntó alarmado Álvaro y el otro negó con la cabeza.

—Le dije que no estaba en la ciudad.

Se echó a reír. Aseguró que sabía de buena tinta que había llegado del norte hacía poco. Le dije que fuera como fuese era imposible un acuerdo en lo del dinero; que estamos en guerra y no tenemos ni para armas, mucho menos para sus juegucitos. Me amenazó con poner todo en manos francesas en unas horas.

—Haría peligrar toda la red porque aunque quisiéramos, no nos daría tiempo a sacar a toda la gente de los pisos francos y recuperar capitales — Bellavista estuvo de acuerdo—. ¿Cree que podría ser Leonor el topo que

llevamos tanto tiempo buscando?

—No lo creo, pero debemos tener cuidado. Lo primero es saber qué sabe en realidad y cómo ha accedido a esa información. Seguir su rastro. No creo que sea el topo, pero podría llevarnos hasta él.

—Me deja estupefacto la noticia, aunque no me sorprende su cobardía ni su avaricia —dijo Álvaro mientras el otro le miraba—. Sí el hecho de que se haya descubierto. Tal vez se encuentre en una situación desesperada. ¿Para qué me quiere a mí?

—¡Vaya usted a saber! —contestó el otro—, pero no creo que sea para obtener más información. Aunque antes hubiera podido espiar sus conversaciones o sus papeles, hace tiempo que no están juntos. Su fuente debe ser otra.

—¿Me habrá estado espionando siempre? —se preguntó furioso Álvaro, andando inquieto por la habitación—. ¿Con qué fin? ¿Por dinero? ¿Acaso le faltaba? ¿Por qué? ¿Qué pretende?

—Solo hay una manera de saberlo, hablando con ella.

—¿Dónde estará?

—Esta noche asistirá al baile de máscaras que se ofrecerá en el teatro del Príncipe. Ha pedido que asista usted y se identifique con un traje de arlequín. Ella le buscará. Ha dicho que solo a usted le dará parte de la información y nos ha advertido que si intentamos *eliminarla*, pondrá otros mecanismos en marcha. El informe con todos los datos llegaría al ministro de Interior de José I, a Martínez Hervás, en menos de unas horas y, además, afirma que tiene varias copias de seguridad repartidas entre gente de su confianza; gente que tiene órdenes de cómo actuar en caso de que ella no regresase a la hora prevista. Y yo la creo. Se ha movido mucho con los gabachos últimamente y sé que se ve con varios peces gordos...

—Parece que lo tiene todo bien previsto. ¿Qué pretende jugarse la vida y arriesgar la de sus compatriotas por dinero? ¿O lo hará por su amante? Me avergüenza que hubo un tiempo que su nombre estuvo vinculado al mío.

—No es hora de lamentarse. Asista a la boda de Juan, diviértase lo que pueda y esta noche asista al baile. Tenemos que saber qué quiere y si tiene o no la información que asegura poseer. Podría ser un farol para sacarnos dinero. Hasta donde sé es una magnífica jugadora de cartas —Álvaro afirmó con la cabeza—. Ha demostrado ser una aventurera

con pocos escrúpulos y se ve que sabe lanzar un órdago.

Decidido que asistiría al baile de disfraces de esa noche, Álvaro se reunió con Juan en el carruaje sin poder disimular su cara de preocupación. Bellavista le había amargado el día. Juan le preguntó al notar el cambio que se había operado en él, pero el otro se limitó a darle referencias y excusas sobre su próximo viaje a Cádiz. No quería amargarle también a él la boda.

Otro carruaje recogió a la novia y a su familia y se dirigieron a la ermita de San Isidro, al otro lado de la ciudad, en la pradera donde era tradición que los madrileños disfrutasen en mayo de sus fiestas. La iglesia era un lugar pequeño y coqueto, ideal para una boda con tan escasos invitados. En realidad, aparte de ellos dos solo estaban la novia y la familia Villar, incluidos los tíos. Un sacerdote de cara lamida y flequillo lacio, muy joven, realizó la ceremonia con sencillez.

—Puede besar a la novia —dijo una vez se pusieron los anillos. Juan y Clara sellaron su amor con un dulce y cálido beso que hizo saltar las lágrimas a la tía María y a las dos chicas más jóvenes, que lanzaron sobre ellos una pequeña lluvia de pétalos de flores.

No queriendo llamar la atención no festejaron nada en la calle: no hubo puñados de arroz ni música ni paseos. Todos juntos se dirigieron discretamente a uno de los mejores mesones de la capital y almorzaron. A Álvaro no le entraba la comida. Tenía un nudo en el estómago. Las exigencias de Leonor le daban mala espina. Presentía que la cosa no iría bien... Observado por Isabela, que le miraba sin pestañear, intentó disimular sonriendo fingidamente. —¿Algún problema? —le preguntó ella intranquila y el otro negó con la cabeza.

—Asuntos políticos, complicaciones de la guerra —y la otra hizo un gesto de comprensión.

Terminado el almuerzo cada uno regresó a su casa. Los novios a la de Juan y Álvaro al primer piso franco que había tenido al llegar a Madrid. Su criado le había preparado en un butacón el traje que Bellavista le había enviado para el baile. Tras descansar un rato y repasar los datos que le había dado su jefe, se disfrazó sin muchas ganas. Debía acudir con precaución al teatro que sabía estaría vigilado. Con un nombre falso accedió al interior ya bastante cargado de gente y humo a esas horas de la noche. En la calle había multitud de palanquines y carruajes apelotonados a la entrada, con mujeres

despampanantes —algunas con claro acento francés, esposas seguramente de oficiales galos— embutidas en trajes de Cleopatra, de romanas o medievales...

Pesados cortinajes de terciopelo granate con cuadros de famosos actores y actrices que habían pasado por su escenario daban acceso a una serie de galerías antes de entrar al patio de butacas. Álvaro echó un vistazo y comprobó salidas de emergencia y unas escaleras que daban al sótano. Conocía ese teatro porque no hacía ni tres años había tenido un escarceo con la famosa Lidia Bruno, una famosa actriz de origen italiano que había hecho las delicias con sus actuaciones pícaras allí. Sabía de memoria el paso a los camerinos que a su vez daban, a través de un pequeño laberinto de pasillos estrechos y oscuros, a la calle. Eran salidas para que a los señores no se les viera abandonar el local en compañía de sus amiguitas cuando echaban una indiscreta cana al aire. Sería una escapatoria si se veía en apuros.

Esquivando a invitados franceses y afrancesados que departían felices, ajenos al desastre de la guerra que había fuera, se mezcló con el bullicio. El patio de butacas se había transformado y en el escenario actuaba una orquesta. La gente bailaba y reía, bebía y conversaba... Un grupo numeroso —en el que estaba De la Vega— realizaba una rueda y se preparaba para bailar la contradanza del desmayo, un baile escandaloso en el que las mujeres terminaban en brazos de los hombres —muchos completamente manoseadas por sus acompañantes— que en algunos saraos del Madrid se había llegado a prohibir ante las protestas de las damas más puritanas.

Se sacó la tabaquera y aspiró rapé mientras se apoyaba en una columna y pedía una copa mientras intentaba distinguir a Leonor entre el gentío, pero no lo logró. Sí le pareció distinguir a un joven danzarín vestido de Júpiter —el joven Sastre—, y a otra señora entrada en carnes vestida estafalariamente de mariposa que parecía la baronesa de Rosiart. Había de todo. Algunos trajes le parecieron esperpénticos, casi divertidos, y otros espectaculares. Al fondo miraba cuando advirtió a una mujer con una silueta de ensueño y un largo cabello rubio ondulado cayéndole en cascada por la espalda... No tuvo duda de que era Leonor. Vista con desapego había que reconocer que era preciosa. Ella también le había identificado. Abanicándose coqueta, se le acercó mientras se quitaba moscones a uno y otro lado.

—¡Vaya, querido, cuánto tiempo sin vernos! —le dijo al llegar a su altura

— Tu disfraz es patético; no le hace honor a mi traje de Reina de Saba, pero no le haré ascos a tomarme algo contigo —le dijo enganchándole del brazo y pidiendo al lacayo que le dejara a su lado una fina copa de vino espumoso.

— Veo que conservas el sentido del humor, pero no la vergüenza —le dijo él —, así es que déjate de gaitas y ve al grano. ¿Para qué quieres verme y qué diablos crees que estás haciendo? Te has metido en un juego muy peligroso.

— No, no, no —dijo ella riéndose, moviendo el abanico de forma negativa, robándole un poco de su rape y aspirándolo—, qué poca paciencia tienes conmigo... Con lo atento que sabes ser con otras mujeres, como con las pueblerinas esas de las Villar. Tu, su Excelentísima el duque de Tello, el hombre mejor vestido de la Corte, de paseo con esas zarrapastrosas que repiten zapatos en las fiestas o se untan coloretos de hace dos temporadas... Has perdido mucho, reconócelo —dijo riéndose de él, haciendo que Álvaro le quitara el abanico con el que le estaba molestando de un tirón.

— Si hay alguien que ha perdido mucho y que ha caído bajo eres tú.

— Bien —dijo ella sonriendo al patio, dándole la espalda mientras daba un sorbo a su copa—, piensa lo que quieras... Solo voy a decirte que espero que convenzas al gordo de tu jefe de que me dé lo que le he pedido, si no, vuestros agentes caerán. Necesito ese dinero y esos pasaportes. Créeme, no deseo perjudicaros solo resolver una delicada... situación personal. Estoy embarazada —dijo mirándole fijamente — y necesito salir de Madrid. No me preguntes ni por el padre ni por los pormenores porque no te lo voy a decir.

— Vaya, no me extraña. Con la vida que llevas, era de esperar.

— Peor la has llevado tú a mis espaldas. ¡Ah, pero claro, tú eres hombre! —dijo ella bebiendo otro sorbo de alcohol y Álvaro se lo quitó.

— Si estás embarazada no deberías beber esto.

— Y a ti qué demonios te importa...

Déjate de hacerte el bueno y escúchame. En *La Gaceta de Madrid* aparecerá mañana, en el apartado de ecos de sociedad, la publicación de nuestros esponsales.

— ¿Cómo? —le preguntó él furioso, arrastrándola detrás de las cortinas.

— Todo el mundo creerá que este hijo es tuyo y que nos hemos reconciliado. Nadie debe saber, de momento, que es del francés con el que estoy.

— ¿Te has vuelto loca? ¿Crees que admitiré algo así?

— Para eso quería verte, para que no

lo niegues públicamente. Esa es, de momento, mi coartada; luego, cuando él deje a su mujer, ya veré que hago. Si me descubres, vuestros agentes lo lamentarán —dijo ella soltándose de su brazo que la apretaba como una garra y dejándole a su espalda.

Álvaro se quedó estupefacto allí, mudo, viéndola rodeada de gabachos, sabiendo que no podría acercársele, que un gesto suyo podría delatarle y sería detenido... Echando una ojeada a los camerinos para desaparecer aprovechó que ella se daba la vuelta con una sonrisa cínica en los labios para mirarle delectreándole claramente: “¡Ni lo sueñes!” sin pronunciar palabra. Y se rio.

Capítulo 24

La reunión con Bellavista resultó tensa. Las exigencias de Leonor no le habían gustado ni al anciano y ni a Álvaro. Este no aceptaba de ninguna de las maneras que ella pudiese publicar su matrimonio en la prensa; sería una mentira que podría arruinarle la vida, mancharía su honor y le pondría en aprietos con Lola, pero Bellavista había insistido en que de momento, la dejase hacer.

—Habrá que seguirle el juego, a ver dónde nos conduce. Es una mujer desagradable y no dudo de que su honor quedara algo tocado —dijo sarcástico—, pero reconcílese, duque, con la idea de que es por el bien común. De lo contrario, podríamos hacer morir a nuestros agentes y dejar al descubierto la red. Dejémosla hacer, ya se lo explicará usted a sus amigos y a su nueva prometida cuando pueda —dijo con tono resultó autoritario.

—¡Claro! —bufó el otro enfadado—. Eso es porque no le afecta a su Excelencia de forma personal... Conociendo a Leonor seguro que no cumple su promesa y termina manteniendo el chantaje o delatándonos... Yo no me fiaría de ella. —La tendremos vigilada, jugaremos con ella al palo y la zanahoria. Le prometeremos primero una parte, luego otra —explicó Bellavista—. De momento ya he cambiado los pisos que he podido, avisado a los agentes que están en Madrid y yo mismo he buscado nuevo alojamiento. Ella estará vigilada día y noche, de momento. Controlaremos con quién se ve, adónde va. No puede amenazarla ni desautorizarla hasta que no sepamos cuántas de sus amenazas puede cumplir. Y no se preocupe tanto por la joven Villar, es una muchacha razonable. Sabrá comprender lo que ha ocurrido —Álvaro se encogió de hombros porque no lo tenía tan claro. —¿Podría pensármelo al menos un día? —Bellavista negó con la cabeza.

—Créame que le comprendo, pero negarse sería egoísta y absurdo. La señorita Astiazábal tendrá lo que se merece, pero no ahora. Ella puede conducirnos al topo. Es ambiciosa e inteligente, pero estoy convencido de que si es ella, no habrá actuado sola. Tal vez trabaje para alguien o podamos tirar de su hilo... Si la descubrimos, huirá dejando al descubierto nuestras

tapaderas. Además —dijo mortalmente serio—, es posible que conozca al agente que nosotros hemos infiltrado en el corazón de la nueva corte de José I y eso sería otro desastre. Ese topo es vital para nosotros.

—Está bien —terminó resignado

Álvaro que desconocía esto último.

—Bien —dijo el otro levantándose—. No volverá a su piso en Atocha, le hemos buscado otro. Le llevará el cochero. Intente no entrar en contacto con nadie en unos días, seguramente estará vigilado. No salga mucho, cuando lo considere seguro le avisaré. Espero en unos días a la marquesa de la Roca y a Jovellanos, que llegarán de Cádiz con noticias de primera mano. Le pondrán al día para cuando se marche usted y le darán instrucciones.

—Está bien, pero que conste que hago esto en contra de mi voluntad —y Bellavista se encogió de hombros sin prestarle más atención. Admitía que Álvaro de Urquijo era uno de sus hombres más valiosos, pero seguía siendo el mismo señorito esnob de hace años, un hombre poco acostumbrado a que le dieran órdenes. ¿Qué se había creído que era aquello? ¿A qué se creía que estaban jugando? ¿A las prendas? Eso era la guerra y, le gustase o no, haría que se le ordenara.

Los días pasaron aburridos para Álvaro encerrado en el pequeño inmueble en la bohemia calle de Huertas donde había sido trasladado. El barrio era cuna de escritores, poetas, actores... Lo conocía porque allí se localizaban teatros como el de la Cruz o el del Príncipe a los que había acudido en tantas ocasiones. La barriada —que había sido en su época el hogar de Cervantes, Lope de Vega o Tirso de Molina— había sido muy frecuentada en la vida nocturna de antaño y seguía siéndolo a pesar de la ocupación francesa. José I había querido ganarse el cariño de su súbditos promocionando el arte y los espectáculos y en el último año había promovido y organizado óperas, funciones teatrales, y hasta corridas de toros. Sus esfuerzos le habían servido de poco porque los madrileños habían seguido ignorándole y despreciando su esfuerzo negándose a asistir a ellos. Lejos de desanimarse, José I seguía con sus múltiples proyectos de todo tipo —cultural, urbanístico, político— que habían hecho que los madrileños le hubieran puesto el nuevo mote del Rey Plazuelas.

Había metido a sus ingenieros y arquitectos en el centro y tirado un montón de edificios, muchos en ruinas por la guerra. Ahora en el lugar donde habían

estado estrechas callejuelas medievales estaba abriendo grandes avenidas, plazas y zonas de recreo públicas. Su obra estrella, en la que estaba invirtiendo una gran cantidad de recursos económicos y humanos, era la remodelación de la Plaza de Oriente. Pretendía limpiar de viviendas todo el espacio que rodeaba al palacio real y para ello había echado abajo ya innumerables casas, iglesias y hasta la mismísima Casa Real del Tesoro. A los madrileños aquello les parecía desproporcionado; un lujo incomprensible en los tiempos de escasez y hambre que corrían, pero el Bonaparte estaba decidido a continuar con aquella clase de iniciativas por toda la ciudad.

Álvaro había visto parte de esas obras la tarde anterior, en la única salida que había hecho en esos días. Acompañado de un sirviente había dado un paseo y quedado asombrado del avance de un elegante birlocho granate charolado seguido de otros doce y de la guardia imperial y la caballería polaca.

Era José I revisando sus obras. Los vecinos ni se habían inmutado a su paso y muchos habían torcido la cara y escupido al suelo al verle pasar.

Andorreó sin rumbo, deleitándose con el olor a chocolate y a buñuelos que salía de algunos puestos y de los negocios que aún mantenían sus puertas abiertas a pesar de la situación. Siguió calle abajo hasta la fonda de San Sebastián donde tantas veces había cenado con Goya y otra gente que había terminado integrándose en el Círculo. Hacía ya más de seis años de aquello y el lugar se veía muy deteriorado.

—No está el dueño —dijo el aprendiz que secaba unos vasos en el mostrador de madera.

Álvaro se sentó en su rincón favorito, un confortable sillón de cuero desgastado. Una tenue luz se filtraba por sus cristales y reposando la cabeza se deleitó con su café y una nueva pasta de harina y agua, frita, llamada churro. Esperaría allí a que su criado regresase de hacer unas compras. De fondo escuchaba a la gente hablar, quejándose de cómo habían subido los precios o de lo desabastecidos que estaban los mercados. Había cada vez más hambre. Si los campos estaban desolados en todo el país, la capital tenía que sufrir necesariamente. Su criado llegó con la misma cantinela.

—Señor, apenas he podido comprar esto: un poco de cecina, harina de almortas y unos frutos secos. No hay nada. La gente se pega por un poco de leche o un saco de cereales.

Álvaro pagó al aprendiz y regresó con su criado dejando atrás el ambientillo que a esas horas comenzaba a adueñarse del barrio: meretrices buscando negocio, cafés con sus pálidas luces encendidas, algunos puestos de castañas humeantes y mujeres con la toquilla negra cubriéndoles la cabeza regresando de misa de ocho. Por un instante tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo, de que aquello ya lo había vivido, de que la guerra era irreal y de que en unos minutos subiría a su carruaje y marcharía a casa de algún colega a jugar a la ruleta o asistir a algún sarao; se vería con bellas mujer, coquetearía con ellas... y entonces la imagen de Lola le asaltó.

Al menos algo bueno le había deparado toda aquella pesadilla: Lola. A ella, pensó, le hubiera gustado aquel ambiente desenfadado de tertulias y discusiones del café, hubiera sido la primera en intervenir si la hubiesen dejado entrar — era solo para caballeros— y habría sabido encontrarle el punto a las bromas sarcásticas de Angelino de la Hoz o a los panfletos picantes que cada noche redactaba Publio Torres. Y a él le hubiese horrorizado una joven desinhibida y metomentodo como ella. ¡Entonces era tan arrogante y tan corto de vista! Ahora amaba su espíritu independiente. Sí, adoraba a Lola Villar por cómo le hacía sentirse: más vivo que nunca. Porque era capaz de hacer de cada momento, algo único y porque le había obligado a replantearse muchas cosas; a abrir los ojos, a dejar atrás muchos prejuicios.

Le hubiera gustado tenerla allí en ese momento, haber dado con ella un paseo y haberse tomado unos borrachos en la terraza con sillas de paja trenzada cafetería de la Leonera, o unos dulces exquisitos de leche en la tienda de la calle Mayo. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo le iría? ¿Se estaría preocupando por el retraso en el viaje de Juan? Habían intentado avisarla, pero el correo para la zona tardaría aún semanas en salir. Quería avisarla del cambio de planes, de su necesario viaje a Cádiz y también explicarle lo sucedido con Leonor. Ella lo entendería si se lo explicaba bien... Era importante que también lo hiciera con Isabela.

Se quedó más tranquilo con esas reflexiones. Cuando regresó a su domicilio tenía una nota debajo de la puerta. Jovellanos y M^a Teresa estaban ya en Madrid. Los dos se encontraban en un inmueble de Fuencarral, cerca de la Puerta del Pozo, una de las pocas que permanecían abiertas hasta las diez de la noche aunque custodiada por la guardia imperial. Aquella era una calle bien elegida porque siempre tenía mucho tránsito y era fácil pasar inadvertido. En

su origen había sido un camino de paso y su gran fuente servía de abrevadero para las numerosas recuas de arrieros que iban y venían. Se alojaban en un edificio desvencijado que hacía esquina. Álvaro los vería al día siguiente.

Llegó con alegría, reconociendo que los había extrañado a ambos. Cuando los vio, después de casi tres años, reconoció que estaban bastante envejecidos. Jovellanos se veía macilento y la marquesa, demacrada. Ella se le aproximó y le abrazó emocionada. Álvaro sintió el calor de sus lágrimas y sus susurros al oído:

—¿Cómo estás, querido?

A Álvaro ese cariño genuino, esa calidez, le hizo recordar más a una madre que a una amiga. Desde luego aquel era un gesto mucho más cariñoso que los que jamás había tenido de su propia madre, siempre tan fría y distante, y con la que apenas mantenía comunicación. Y ahora, durante la guerra, menos. La sabía bien, todavía en Málaga, junto a su hermana Inés. Él les había escrito una docena de cartas, pero ellas apenas le habían devuelto dos o tres.

Además de los dos recién llegados, de Bellavista y el mismo, estaban dos agentes más, Ramón del Cerro y Lisandro Pomares. Estos se marcharon pronto y los demás se quedaron a compartir un almuerzo y ponerse al día. Así la marquesa supo que su adorada muchacha había conseguido llegar al Ebro y reunirse con su hermano que felizmente seguía vivo. La noticia que le dio Álvaro de que se habían comprometido la hizo genuinamente feliz.

—No sabes cómo me alegro. No vayas a creer que no sabía que andabas *enamoraído* de ella, y ella de ti, pero cuando me escribiste a Sevilla —la marquesa tenía la confianza suficiente para tutearle y hablarle como una madre —, no estaba autorizada por la Junta a descubrirla. Espero que vuelva pronto a Madrid y poder asistir a vuestra boda.

—Le felicito, sí, señor, ha hecho una buena elección —le dijo Jovellanos estrechándole la mano—. Y sobre lo de la Astiazábal, tranquilícese, todo se solucionará.

Los recién llegados como estaban las cosas en Cádiz, lo difícil que había sido su salida, la imposibilidad de encontrar rutas seguras y la elección del itinerario por mar hasta Cartagena que habían tomado, y de allí a Madrid en carruaje, fuertemente escoltados por la guardia de Castaños.

—¿Aguantará Cádiz la embestida francesa? —preguntó Álvaro. — Francamente, no lo sé... Si las rutas de abastecimiento por mar se mantienen

podría aguantar muchos meses, incluso años. La ciudad es un baluarte defensivo y está muy preparada. Es una plaza militar casi inexpugnable, protegida por mar y tierra. Por mar tenemos además la ayuda británica y la de numerosos vecinos de Cádiz que han puesto al servicio del país sus lanchas y sus conocimientos de la costa para impedir que las patrullas francesas se nos acerquen. Por tierra, la guerrilla tiene a los franceses contra las cuerdas. Ojalá Castaños sepa cómo resistir. Si no, tendremos que rendirnos.

—Rendirnos nunca —sentenció la marquesa—. Saldremos fuera, al exilio... No podemos rendirnos después de tanto como hemos sufrido ya —y Bellavista se rio. Aquellas discusiones eran como volver a estar en casa. Encendió un puro que hizo toser a la marquesa.

—¿Y este cuartucho? —preguntó la mujer—. ¿No podré entonces volver a mi casa? —Bellavista negó con la cabeza—. ¡Malditos hijos de perra franceses! Yo que venía todo el camino pensando en darme un baño y volver a disfrutar de mi colección de relojes y sombreros.

—No quedará ni uno —sentenció Bellavista y la marquesa maldijo con sequedad.

Entre risas y cafés terminaba la charla. Jovellanos se secaba el sudor de la frente. La chimenea escupía fuego y hacía demasiado calor. Se le veía cansado. Álvaro creyó, cuando le vio levantarse, que se iría a descansar, pero no fue así. En su lugar se sentó junto a él y le preguntó por el desastre de Ocaña mientras le comentaba el último despacho que Castaños le había hecho llegar donde le informaba sobre el combate del Portazgo a primeros de febrero. Álvaro le preguntó luego por el duque de Alburquerque al que tenía en gran estima y que había sido providencial.

—Si no llega a ser por sus dragones, Cádiz no hubiera resistido. Solo quedaban un par de destacamentos en la ciudad y las compañías británicas aún no habían llegado. Logró resistir varios días y guarnecer los accesos. Al final, los gabachos tuvieron que replegarse hacia Chiclana.

—¿Pero la ayuda inglesa ha llegado o no?

—En los últimos días me han confirmado que han desembarcado miles de británicos para reforzar la posición... y poco más sé. Lo que sí puedo decirle es que tendrá muy difícil la entrada a Cádiz por la ruta normal. Los accesos por tierra están cortados, pero sea como fuere tenéis que ir. Se os necesita.

—Por Lola no te preocupes, yo me encargaré de ella cuando regrese a Madrid.
Te esperaremos las dos a que vuelvas —dijo la marquesa sonriéndole y
Álvaro se lo agradeció.

Mientras Bellavista y Jovellanos departían luego a solas, la marquesa se sentó cómodamente al lado del duque y se volvió a llenar la taza de un café oscuro y bien cargado. Quería saber más cosas de Lola, de cómo había sido el reencuentro con su hermano y de cómo se encontraba. En realidad deseaba tratar con él de asuntos íntimos. Álvaro no le escatimó detalles, necesitaba conocer el punto de vista femenino de todo aquello y la marquesa podría dárselo. Mientras le contaba cómo se había reencontrado con ella, como había surgido su amor y se le había declarado, la marquesa observó cómo se le iluminaba el rostro al hablar. No cabía duda de que el pendenciero duque había encontrado la horma de su zapato. Y que fuera Lola la elegida la hacía feliz, pero sabía que a veces el amor no era suficiente para mantener a dos personas unidas.

—Nunca creí que fueras tan romántico —le comentó divertida y Álvaro se calló algo turbado.

Seguramente se habría excedido en sus comentarios.

—¡No, no te calles! No lo digo a modo de crítica... Me gusta y sabes cuánto os aprecio a los dos, pero también os conozco. En tu caso, Álvaro, me sorprende el cambio que has dado. Nunca te había creído capaz de una pasión semejante, tan desbordante, tan ilusionante...

—No me lo creo ni yo —se rio él.

—Es bonito que seas feliz y que hagas feliz a Lola, pero no termino de veros —dijo en plan enigmático y Álvaro se tensó.

—¿Por qué? ¿Crees que mis sentimientos son efímeros? Ya sabes que no soy la clase de persona que da su amistad o su amor a lo loco. Esto es algo nuevo para mí, pero no creo que un sentimiento como el que albergo por ella pueda ser volátil o desaparecer de la noche a la mañana. Creo que Lola es la mujer de mi vida. ¡Bueno, no lo creo, lo sé!

La marquesa casi se atragantó con tanta vehemencia.

—No te alteres, no quiero decir que no sepas lo que quieres o que seas un hombre inconstante... Quiero decir, y tú mismo lo has reconocido, que esto es algo nuevo para ti. Es la primera vez que te enamoras de verdad y no sé si sabes lo que eso significa. No sé si entiendes que el amor no es un juego y que

puede causar estragos. Que a veces nos desestabiliza, nos hace tragar con ruedas de molino, nos obliga a tomar decisiones indeseables, enfrentarnos a nuestros principios, a nuestros prejuicios, puede poner patas arriba nuestra vida...

—Eso ya lo he podido comprobar — dijo el otro sin saber adónde quería ir a parar.

—Amas a Lola, pero desconoces con exactitud qué significa eso. Desconoces a qué te obligará, qué estarías dispuesto a hacer por ella, qué sacrificarías llegado el momento... Lola no se ajusta a lo que tú creías antes que necesitabas y los amores de verano, o los de guerra, pueden ser muy intensos, pero también muy cortos. Luego termina imponiéndose la razón, la necesidad. Recuerdo cuando te prometiste a Leonor que me comentaste: “Ella es la mujer que necesito, la anfitriona perfecta que organice mis veladas, la aristócrata que pertenece a mi grupo social, una mujer que sabe cuál es su posición y qué se espera de ella...”. —le imitó con su voz de barítono.

—¡Para ya! ¿Por qué me vienes ahora con Leonor? ¿Qué tienen que ver todas esas tonterías que dije entonces para justificar una boda sin amor con lo que siento ahora? Sabes muy bien que nunca estuve enamorado de ella. Mis motivos para pedir su mano fueron de otro tipo, aunque resultaran equivocados.

—Pues viene a que, te equivocaras o no con la clase de mujer que era Leonor, los motivos que te llevaron a pedirla en matrimonio son los que se te han inculcado toda la vida. Cuando regreses a la normalidad, cuando la guerra acabe y vuelvas a tu casa y desees seguir con tus partidas y salidas nocturnas, cuando veas que Lola se niega a ser un florero en tu bonita mansión, que toma decisiones por su cuenta y riesgo, que te hace quedar mal con sus opiniones delante de tus camaradas ¿crees que estarás tan seguro como ahora?

—¿Pretendes confundirme o asustarme? —dijo riéndose, pero con suspicacia.

—¡Claro que no! Solo te pongo en antecedentes para que comprendas que el matrimonio es un pacto legal por el que dos personas se comprometen a vivir juntas el resto de su vida y créeme que no hay nada más difícil que eso. Es preferible hacerlo con un socio económico al que no te une el amor, porque con ese siempre sabrás a qué atenerte, a hacerlo con alguien con quien tienes una relación marcada por la pasión. Esta es ingobernable; con el amor nunca

sabes a qué atenerte. Lola no es esa anfitriona ideal y dulce que tú antes anhelas y aunque ahora no te importe, tarde o temprano lo hará. Querrás cambiarla y no lo lograrás. Ella es un espíritu libre. No solo por su carácter, también por la educación que ha recibido. La desgracia de la muerte de sus padres y la desaparición de su hermano y tutor la obligaron a aprender a tomar decisiones por sí misma desde muy joven. No sé someterá a ti. Chocaréis y tú —dijo mirándole con sarcasmo— eres un hombre demasiado acostumbrado a tenerlo todo, a decidirlo todo. Te será difícil de soportar.

—Creo que lo que me sería insoportable sería no tenerla a ella. La amo tal cual es y no quiero que cambie. Ya no deseo una buena anfitriona para mis veladas, la quiero a ella.

—¡Ojalá no cambies nunca de opinión! Me encanta la idea de veros juntos, pero te pido que si no la quieres tal como es, no sigas adelante.

—No cambiaré de opinión. Lo único que espero —dijo tomándola de las manos— es que sea mi aliada. Que la cuide para cuando vuelva y que no le meta extrañas ideas en la cabeza, que eso ya se le da muy bien a ella solita —dijo riéndose y la otra lo acompañó.

La despedida de ambos fue cálida, pero con un cierto resquemor. De vuelta a su casa Álvaro maldijo la conversación porque a pesar de su sonrisa y de que sentía de verdad lo que le había dicho a M^a Teresa sobre que amaba a Lola sin reservas, la marquesa había sembrado cierta duda en su corazón. Salía en cuarenta y ocho horas para Cádiz y lamentaba irse con aquella desasosegante sensación.

Málaga. Tropas de ocupación.

¡Crasssss!, oyeron la duquesa y su hija crujir abajo. Doña Rosalía permanecía sentada en su butacón, contemplando el fuego de la chimenea, con una copa de marrasquino en la mano, concentrada, pensando qué hacer si las cosas empeoraban, si era detenida. No quería decirle nada a su hija Inés y ponerla más nerviosa, pero a ella no se le escapaba que su posición radical contra los franceses, que nunca se había negado en ocultar, la ponía en el disparadero. Si como en otros sitios, los radicales anti franceses eran detenidos y ejecutados, ella tenía todas las papeletas. En ese momento, pensó

dando otro trago, lo más importante era cómo hacer que su hija Inés escapara con vida.

—Madre —dijo en ese momento la muchacha asomada entre los visillos del balcón del hotel donde se alojaban en Málaga desde hacía años— la calle está llena de sangre. Llevan a dos hombres muertos chorreando por el centro.

—¡Retírate de ahí inmediatamente! — le ordenó la madre y la joven obedeció. Se veía pálida como una muerta—. Recuerda que no debes ponerte en los cristales. En Madrid, en mayo cuando el levantamiento, hubo gente que murió por balas perdidas que rebotaron en ventanas y balconadas. Es muy peligroso.

Inés afirmó y calló. Sentada al lado de su madre, sabiendo que está intentaba disimular sus miedos pero que ambas podían estar en peligro, se limitó a coger una novela que tenía a medias y a entretenerse leyendo un rato. Minutos después, carreras por los pasillos del hotel pusieron a ambas de nuevo en tensión.

—Saldré a ver qué sucede —dijo Inés a su madre y esta asintió, dejándola ir con un gesto de mano.

Inés bajó a un rellano que daba a una de las principales plazas de Málaga y comprobó que un grupo de al menos diez personas, las que había oído bajar estrepitosamente, estaban allí.

Haciéndose un hueco después de que preguntara qué hacían y la indicaran que mirase por el cristal, Inés se asomó. En el centro de la rotonda los franceses habían improvisado una horca y habían colgado a dos hombres. Había gritos histéricos, llantos y golpes. Los galos parecían no apiadarse de nadie. Con lágrimas en los ojos, sin querer ver más, corrió escaleras arriba.

—¿Qué sucede? —le preguntó doña Rosalía al verla llegar e Inés trató de disimular.

—Nada... que hay jarana —y, acercándose a la tallita de la virgen que tenían en un rincón, se arrodilló a rezar.

Doña Rosalía no la acompañó.

Rellenándose la copa, murmuró para sus adentros.

—Lo que tenga que ser... será.

Frente de Aragón

El río bajaba desbordado. Era primavera, época de lluvias, y ese año la nieve había sido muy abundante. Desde las cumbres montañosas caían riachuelos salvajes que se unían al cauce principal, al Jalón, cerca de donde ellos estaban. Todo era verdor, color y belleza a su alrededor. La naturaleza no parecía estar en guerra en aquella lejana región, pensó Lola mientras recogía con las mujeres los primeros brotes de plantas para su dispensario.

No había tenido contacto alguno por carta con Álvaro desde la partida de este hacía ya cuatro meses y estaba un poco inquieta. Sabía que las comunicaciones eran complicadísimas, pero aquello no era lo estipulado. Tampoco había sabido de Juan, que hacía semanas que tendría que haber ido a recogerla. Luis también estaba nervioso aunque no lo dijese y ella quería volver a Madrid ya. La vida en el campamento había cambiado bastante en los últimos dos meses, se había endurecido cruelmente, habían visto morir a muchos de sus vecinos y el hambre hacía estragos. ¡Añoraba a Álvaro! Necesitaba reencontrarse con sus hermanas, pero Luis no la permitía viajar sola. Debía esperar un poco más.

Las escaramuzas con los gabachos eran cada vez más frecuentes y salvajes, y se producían más cerca. El pánico se había adueñado de los vecinos del campamento y había terror a salir de allí. Ella misma había sufrido un terrible percance que le había producido gran ansiedad. No quería demostrarlo, pero lo tenía vívido y grabado en el corazón. Tenía razón Luis: matar a un hombre no era fácil.

Había sucedido hacía apenas un mes. Ella y Rosa habían bajado a la Fonda del Cruce, en el camino a Calatayud, a recoger unas sacas de tela para poder hacer ropa como tantas otras veces. Las medidas de seguridad que habían tomado eran las habituales. Habían bajado al amanecer, con las primeras luces de la aurora, desde las montañas. En esa venta se reunían una vez al mes para hacer trueque, cambiar algunas plantas medicinales, pólvora y cartuchos por telas, lozas, y herramientas. Estaban allí, terminando de ajustar precios con la dueña, cuando inesperadamente entró una pareja de gabachos fuertemente armados que, al parecer, iban en vanguardia de una columna que había marchado de noche por los alrededores y ahora se dirigía a Zaragoza.

Ella estaba en el pajar en ese momento, rebuscando en el zulo donde escondían el material, cuando el primero de los soldados imperiales entró por

la puerta lateral. Llevaba un alto gorro húsar de piel, las polainas blancas renegridas y el dolman abrochado hasta el cuello. La guerrera la llevaba manchada de sangre, verdín y tizne.

—¡Qué haceg mujeg aquí! —le gritó de repente a su espalda y Lola se quedó petrificada. Girándose le vio acercársele; sin mediar palabra le rasgó la camisa de franela dejándola medio desnuda. Lola intentó taparse cruzando los brazos, aterrorizada.

Viendo la lujuria en sus ojos comprendió que tenía que hacer algo inmediatamente si no quería ser violada allí mismo por aquel rufián de largos y asquerosos bigotes rubios, pero estaba paralizada por el miedo.

—¿Qué buscag, magdita zoga? —le dijo besándola soezmente. Lola sintió que se ahogaba mientras el hombre la levantaba por el aire.

De repente oyó los gritos aterrados de la posadera arriba. Luego los de Rosa y sintió que se le saltaban las lágrimas. Recordó en una milésima de segundo que había dejado su fusil al entrar, apoyado en la parte interna del mostrador de madera, antes de ir al pajar. ¡Si pudiera llegar a él! Pero no, estaba demasiado lejos... Hacía sus cábalas cuando el hombre la lanzó contra la paja y empezó a restregarle la boca por los pechos, echándole el aliento putrefacto, al tiempo que le levantaba la falda con sus manos regordetas y comenzaba a bajarle las calzas. Lola pateó de forma automática mientras el francés se reía soezmente. Tenía las manos ásperas y pesaba demasiado. Lola sentía que le faltaba el aire.

—¡Suéltame, cabrón, hijo de Satanás! —le dijo sin lograr que él otro se moviera un ápice. Le lamía los pechos alternativamente mientras ella le tiraba del pelo hacia atrás, intentando doblarse para protegerse, sin mucho éxito. Estaba a punto de penetrarla cuando ella reaccionó. Tanteando por el suelo cogió un gancho metálico que encontró y sin pensárselo dos veces se lo clavó en la espalda. Una y otra vez. Una y otra vez.

—¡Aggg, puta! —gritó el otro—, pero Lola pudo ver que se le nublaban los ojos y empezaba a brotarle sangre de la boca, que resbaló sobre ella. Quedó muerto encima de ella. Asqueada, se le quitó de encima torpemente y se escondió. Las manos le temblaban y le caían lágrimas de horror. Había oído los pasos del compañero del francés que entraba en el pajar con los pantalones aún bajados, seguramente después de haber violado a alguna de las mujeres arriba, y el arma cargada al hombro, corriendo para atender a su

compañero a quien había debido oír gritar.

El hombre localizó a su compañero muerto nada más entrar en el pajar; tenso, comenzó a mirar en derredor tratando de encontrar a la mujer que allí dentro debía encontrarse.

—¡Sal si no quiegues que te mate ahoga mismo! —le dijo en un pésimo español y Lola cerró los ojos intentando no respirar siquiera para que no la encontrara. Las piernas le flojeaban y tenía el pulso alterado. Una paja en la nariz casi le provoca un estornudo... Fue en ese instante de supremo pánico cuando oyó un sonido atronador en la habitación.

—¡Bang!

Era Rosa. Acababa de meterle un tiro por la espalda al gabacho.

—¡Bang, bang! —repitió el disparo—. ¡Maldito hijo de perra, cabrón! —y disparó un cuarto disparo—: ¡Bang!

Al oír a Rosa, Lola salió y la encontró metiéndole al francés el cañón del arma por el culo, después de que le hubiera volado la entrepierna y el gabacho fuera a esas horas un amasijo de carne sanguinolenta...

Corriendo, salió del escondite y se abrazó a ella, tranquilizándola.

—Déjalo ya, Rosa, déjalo, está ya muerto —le repitió y la otra finalmente bajó el fusil. Al igual que ella, Rosa llevaba la ropa desgarrada y un golpe en la cara que el gabacho le habría hecho de un culatazo. La posadera, arriba, estaba muerta. Lola se horrorizó al verla tirada en el suelo en medio de un enorme charco de sangre negruzca. El hijo de puta galo la había rajado con su navaja después de haberla violado. Era una chica joven y bonita. Lola lloró.

—Vayámonos ya —apremió a Rosa, pero esta negó con la cabeza.

—No, ayúdame, tenemos que sacar estos muertos al patio y cubrirlos con sacos de arena. Antes de que los descubran aquí los suyos. Si son la vanguardia de una columna no tardarán en aparecer los demás. Si descubren los muertos, podrían incendiar todo este valle, tomar represalias. Y Lola comprendió que su amiga tenía razón.

Agotadas, los ocultaron como pudieron y huyeron unos minutos después. Cuando llegaron al campamento y contaron lo ocurrido, Luis se alarmó. No solo por el miedo a que le hubiese pasado algo a Lola sino por la proximidad de los franceses. Nunca habían merodeado tan cerca de allí, los estaban cercando. Desde ese día Luis había prohibido a las mujeres que salieran del campamento. Solo los hombres podían bajar a las fondas o a los pueblos. Se

había instalado un pavor colectivo y los nervios y las peleas estaban a flor de piel.

Ella, por su parte, revivía el suceso en sus pesadillas, la sangre caliente cayéndole a ella en la cara, el olor a grasa y a vino agrio de su boca, por no decir que el continuo sobresalto en que vivía cada vez que su hermano se ausentaba. Tampoco se fiaba ya nadie de nadie dentro de la aldea. Habían llegado muchos desconocidos y Luis y otros se preguntaban si aquella gente, que aparentaba haber llegado sin nada, con lo puesto, después de que les quemaran sus casas o tierras, eran quienes decían ser o infiltrados gabachos. Había gente que se vendía por dinero o por comida. La situación era desesperada.

—¡Lola, ya hemos terminado! — dijeron las mujeres cuando terminaron de llenar sus capachos de plantas y raíces. Era hora de ir a ver a los hombres. Esa mañana estarían al completo en la planta de munición. En los últimos tiempos paraban poco allí. Llevaban semanas haciendo incursiones para buscar un nuevo refugio, pero los que habían encontrado no se adaptaban a sus necesidades. Carecían de materia prima para fabricar las balas y además estaban demasiado alejados para que los hombres que vivían en los alrededores pudieran ir cada día andando o a caballo.

El grupo femenino se dirigió hacia las praderas que tenían a mano derecha, a unos quince minutos de camino. Desde cierta distancia —a pesar de las precauciones— los divisaron trabajando. La técnica usada era la misma que en otras zonas; mejor ir sobre seguro que andarse con experimentos. La fabricación de pólvora casera era un asunto peligroso en el que, si no se acertaba con las mezclas exactas, estas podían explotar; algo que ya había ocurrido en más de una ocasión allí dejando en su caso a dos hombres gravemente heridos hacía un año.

—¿Podéis acercarnos las botas? — pidió el Berzas al verlas acercarse y ellas asintieron. El hombre andaba medio desnudo a pesar del frío matinal, sudando a mares. Removía el plomo fundido junto a una gran hoguera con otros dos hombres más.

Las mujeres rellenaron con el agua del riachuelo los botijos y también se los llevaron. Otro grupo andaba agitando y mezclando azufre molido muy fino con carbón y salitre.

—Fuera, no os acerquéis más —les gritaron.

La mezcla era inestable y podía explotar con la más mínima chispa. En los alrededores a este grupo —separado a la derecha— estaba terminantemente prohibido fumar o encender hogueras. Los ingredientes los obtenían por separado, algunos a muchas leguas de allí, y luego los tenían que mezclar siguiendo un determinado procedimiento para lograr potentes explosivos. Allí, sin maquinaria, de forma totalmente rudimentaria, moliendo a mano el carbón y el salitre en grandes morteros, con mazas y palos. La mezcla se iba echando luego sobre un tamiz en el suelo para darle la consistencia fina del polvo mientras las mujeres preparaban las cajas donde ir guardando la pólvora ya preparada y las mechas y cartuchos.

Los explosivos había que apilarlos bien. Luego otro grupo de hombres los transportaba a la cueva donde los escondían, dejándolos a buen recaudo en varios silos para su uso y distribución posterior. Contaban en el campamento con un maestro pirotécnico encargado de dirigir las operaciones y evitar los accidentes, Bonifacio Puertas se llamaba. Era un grandullón natural de Huesca que había aprendido el oficio con Luis en la sierra de Tardienta hacía unos años.

—¡Ayudad a cargar esas cajas que ya están llenas! —les pidió precisamente Puertas en ese momento a las mujeres.

Cerca había otro grupo de hombres trabajando en la fabricación de balas. Habían levantado varias torres de madera y desde lo alto echaban el plomo una vez fundido. Mientras este caía se iba solidificando y formando pequeñas bolas o perdigones que después —si no se obtenía la forma adecuada para el arma— había que limar. Los proyectiles de más calibre había también que pulirlos individualmente.

A la sombra de unos altos robles un grupo trabajaba afanosamente en ello. Unos fundiendo el plomo primero en un gran caldero puesto al fuego, otros dedicados a recortar con cizalla las balas en los bebedores y a apilarlas en pirámides; un tercer grupo trabajaba con unos molinillos rudimentarios friccionando las balas las unas con las otras, rozándolas, para desgastarlas y redondearlas, dándoles así el calibre y la forma deseada... Muchos de aquellos trabajadores no vivían con ellos en el campamento sino que iban de otros pueblos o vivían en unas cuevas no muy lejos de allí. Eran trabajadores cualificados, que habían aprendido el trabajo con el tiempo, y tan necesarios para la guerra como los propios soldados.

Precisamente por ellos y por las materias primas Luis no se decidía a abandonar aquella planta aunque el peligro acechara. Por otro lado la razón le insistía en que tenía que irse de allí ya. Llevaba demasiado tiempo en la misma zona sin moverse y eso le convertía en una diana fácil.

A esas preocupaciones Luis tenía que unir el que Juan Ordóñez no hubiese llegado. Desconocía el motivo del retraso, comprendía que sería a consecuencia de la guerra, de cualquier cosa que le hubiera surgido, pero entenderlo no solucionaba su problema. Lola no podía seguir allí. Necesitaba enviarla para Madrid cuanto antes y sacarla de aquel avispero. También ella era consciente. Luis sabía que desde la agresión estaba mal. Si Juan no aparecía pronto —se había dado un plazo de dos semanas más— tendría que enviarla escoltada por sus hombres a la capital.

Ya lo había hablado con ella, temiéndose su resistencia, pero felizmente esta vez Lola había dicho que sí.

Capítulo 25

Estaba preocupado. No le había gustado tener que salir de Madrid finalmente sin haberse podido entrevistar con Isabela y la noticia de que Málaga hubiese caído en manos francesas le había alarmado verdaderamente. Había creído que ese sería un lugar seguro, pero al final no había sido así. Su madre, Rosalía Alba M^a de la Cruz, duquesa viuda de Tello y su hermana Inés, estaban allí. Además, las noticias de cómo se habían sucedido los acontecimientos eran poco tranquilizadoras. Las fuerzas invasoras del general Horace Sebastiani habían entrado por Antequera sin encontrar resistencia, llegando a Málaga solo dos jornadas más tarde. El correo que había recibido esa mañana traía algunas informaciones aún sin contrastar que hablaban de ejecuciones sumarias, incendios y saqueos, multitud de cadáveres y numerosos detenidos de renombre entre los ciudadanos que habían encabezado la resistencia.

Álvaro temía que la ola represora hubiese alcanzado a su propia familia y en ese momento se sintió fatal consigo mismo. Debería haber estado más pendientes de ellas en vez de andar por todo el país de la ceca a la meca. Si

les pasaba algo a su madre y a su hermana, no se lo perdonaría jamás.

Leyó de nuevo los dos legajos recibidos a su partida. En Málaga, al igual que en muchas otras ciudades, se había producido un duro enfrentamiento entre tropas regulares galas y vecinos.

También dentro de estos, y con anterioridad, había habido encontronazos verbales y hasta físicos —se hablaba de palizas, delaciones, asesinatos— entre los mismos españoles partidarios unos de Napoleón y sus ideas y otros de los Borbones y las suyas, más conservadoras. A este grupo se habían sumado en los últimos tiempos, tras la invasión, multitud de ciudadanos que denostaban la brutalidad de los franceses. Entre los personajes más conservadores de Málaga —no se le escapaba a Álvaro— estaría su propia madre. Doña Rosalía no desaprovechaba reunión, tertulia, cotillón o sarao para despotricar abiertamente contra los franceses y sus partidarios. Ahora temía las represalias que pudiera sufrir.

La toma francesa de Málaga influía además en la ruta a tomar. Había pretendido pasar por allí a visitarlas antes de encerrarse en el Cádiz sitiado. Su viaje hacia allí, ahora se complicaba. Los accesos estarían cortados por guerrilleros a los que allí llamaban serranos —que eran ya muy numerosos en toda Sierra Morena y la serranía de Ronda— y la ciudad estaría bajo toque de queda de Sebastiani. Otro maldito corso. Bellavista ya le había hablado de este militar del que decían las malas lenguas que estaba enfrentado por rivalidad con Soult; Sebastiani se había encargado de la parte más oriental de Andalucía y ya había tomado Jaén y Granada. En Málaga, a diferencia de las otras dos provincias, la resistencia había hecho que los franceses entraran a sangre y fuego.

El día anterior con Bellavista y Jovellanos había estudiado los posibles accesos para llegar a Cádiz. Llegar vía Lisboa era una aventura impensable con toda Extremadura en guerra; con los ejércitos español, británico y francés luchando por cada palmo de terreno.

Otra alternativa sería llegar a Valencia y de ahí por mar.

—Valencia —señaló Bellavista ante un mapa con un puntero— no ha caído y ahora mismo es de las pocas ciudades importantes que se conservan en manos españolas. La defensa que han hecho los propios civiles derrotando nada menos que al general Moncey raya en lo inexplicable, pero así es la guerra — continuó encogiéndose de hombros—. Tendría que atravesar Cuenca

y de allí, al puerto de Valencia. Sería lo más razonable y seguro.

Bellavista miró a Álvaro mientras Jovellanos mostraba estar de acuerdo.

—La otra —siguió Bellavista— sería hacer como en el viaje a Zaragoza. Atravesar las líneas enemigas, pero si le apresan, será hombre muerto. Aunque llevará salvoconductos para los nuestros y el camino estará lleno de partidas de insurgentes que podrían escoltaros. Entrar en Málaga será como hacerlo en un avispero.

—Lo lógico sería recomendar que se olvidara de su familia y siguiera la ruta hasta Cádiz con la mayor seguridad posible desde Valencia, pero —añadió Jovellanos sabiendo que Álvaro estaba decidido a visitar a su madre— si insiste en ir a Málaga sería importante que lograsedis entrar y obtener información de primera mano de la situación. Luego desde allí podríais partir en barco rumbo a Cádiz. Aquella zona marítima está controlada por españoles e ingleses, no habría peligro. Los insurgentes le buscarían barco, porque los que estén anclados en Málaga habrán sido requisados por Sebastiani.

Álvaro no lo dudó, las opciones eran limitadas y él tenía que visitar a su familia. No las había visto desde el comienzo de la guerra y podrían estar en dificultades.

—Iré por Málaga, hablaré con los serranos y veré a los míos. Viajaré con lo imprescindible, con un solo hombre de escolta y el cochero. Así iremos más ligeros y pasaremos más desapercibidos.

Al día siguiente Álvaro partía de madrugada en dirección al sur en un modesto carruaje. Atravesó las solitarias calles de la ciudad dejando lejos la margen derecha del río Manzanares. Con el gemelo en la mano, y a la grisácea y mortecina luz del alba, vio como se preparaba para salir también un convoy de al menos un centenar de carros y unos doscientos o trescientos hombres de un regimiento de infantería ligera francesa que debían ir en la misma dirección que él.

Seguramente, pensó, en ayuda de los suyos para doblegar Málaga o forzar aún más el sitio a Cádiz.

El carruaje de Álvaro repicaba sobre las calles empedradas. Giró hacia la derecha y dejó el convoy a lo lejos. Tendría que salir por unos pasos improvisados que evitaban tener que cruzar los controles en las grandes puertas de acceso a la ciudad. Durante el viaje seguiría por caminos secundarios, pueblos alejados de la ruta principal dirección a La Carolina. En

ello iban pensando, sobre el mapa que Bellavista le había dado, cuando el nombre del pueblo natal de Lola le hizo recordarla nítidamente. Apoyando la cabeza en el cristal, encendió un cigarrillo y se permitió el lujo de soñar un rato con ella. Le había enviado varias cartas a Aragón, pero tardaría mucho en obtener su contestación, si es que no se enfadaba tanto como para dar la callada como respuesta.

Leonor de Astiazábal había cumplido su promesa y había publicado escuetamente, pero bien a la vista, en *La gaceta de Madrid* el anuncio de sus esponsales. Álvaro había intentado esa misma mañana hablar con Isabela Villar, pero esta no le había recibido.

—La familia no está en casa —había sido la escueta respuesta de la sirvienta, pero Álvaro sabía que mentía. Hubiera podido empujarla y entrar en la casa, pero le había parecido que ese comportamiento solo hubiese empeorado las cosas. Isabela debía tenerle ya por un malnacido, por un bastardo que había incumplido su promesa. Álvaro solo esperaba que M^a Teresa, Bellavista o las cartas que él mismo le había dejado escritas lo aclararan todo. Ahora le odiarían, pero estaba seguro de que lo entenderían después.

El carruaje fue perdiendo de vista la ciudad, saliendo a campo abierto por un pasaje lleno de baches. El campo español estaba completamente abandonado. Desde el cristal solo se apreciaban campos incendiados, cultivos dejados de la mano de Dios, tierras improductivas. Los hombres estaban en la guerra: bien en las milicias o movilizados por el ejército; otros arrestados contra su voluntad para integrar batallones franceses trasladados a otros lugares... era eso o la ejecución inmediata. La gente no había tenido elección.

Al día siguiente atravesó la zona de Ocaña. Decidió hacer una parada en una destartalada venta del camino para pulsar de primera mano el ambiente que reinaba en la zona después del desastre acaecido hacía unos meses cuando el ejército español había perdido allí a más de veinte mil hombres. El cochero obedeció sus órdenes mientras su escolta preparaba todo.

—Buenos días —le dijo al posadero después de echar un vistazo a las paredes desconchadas y agujereadas. Se diría que la mitad de las balas del combate se habían estrellado contra aquellos muros. Dos gallinas escuálidas le salieron al paso mientras un galgo se acercaba a olfatearle. El interior olía a hollín y a vinagre... Una vieja baldada y chepuda, completamente vestida de

negro, salió a atenderle.

—Querría un vino y algo de tocino si tiene —le dijo—. ¿Algún hombre por aquí?

La escudilla de madera sonó con un golpe seco contra la barra mientras la mujer, sin decir ni mu, se debatía entre birlarle la cartera o llamar al nieto. Este salió al rato.

—¿Quería algo...? —preguntó el chaval, un adolescente con la cara llena de espinillas que había tenido que hacerse cargo de la venta antes de tiempo—. Mi padre murió hace seis meses... Yo soy el cabeza de familia.

—No buscaba nada en especial, solo informarme. Veo que tienen muy dañada la posada, debió sufrir mucho la casa en la batalla.

—Ya lo ve —dijo el chico—, en dos días no pudimos salir de aquí... no paraban de cruzar balas. Mi hermano murió... le dieron.

—Lo lamento —dijo Álvaro dándole un trago al vino de peor calidad que se había tomado en su vida—. ¿Y cómo siguen las cosas por aquí?

—Mal. No quedan más que restos de la batalla, muertos aún por ahí pudriéndose, huesos humanos sin dar sepultura...

—El camino está bastante más tranquilo y despejado de lo que me esperaba.

—Si lo dice por los gabachos, ahora no aparecen mucho. Si lo dice por la gente, han dejado sus casas y se han *echa*o al monte —explicó.

—Voy a echar un vistazo a la zona. Toma —dijo dándole un par de monedas que le hicieron abrir los ojos como platos—, acompáñame y enséñame donde transcurrió todo.

—En carruaje no podrá avanzar. Mejor a pie —dijo y Álvaro aceptó.

A paso ligero hicieron un rápido reconocimiento a la zona. Con él podría enviar un informe a Bellavista en cuanto pudiera. El lugar era una desolación. La noche se le echó ese día encima y decidió quedarse allí a pernoctar con la vigilancia de su escolta por si al mocosito del flequillo se le ocurría rebanarle el pescuezo. No había ni Dios en la fonda... Álvaro se preguntó de qué vivirían si el negocio estaba muerto. Al rato, como para contradecirle, una mujer de mediana edad salió a preguntarle si quería cenar. Álvaro se echó a temblar; habría que ver qué clase de comida tendrían allí.

—Un *cardo* gallina y sopas de ajo — le dijo a la pregunta de Álvaro.

—Está bien —Álvaro cenó con asco, pero necesitaba matar el hambre que

ya le hacía rugir el estómago. Al menos la tripa llena le permitió dormir en un saco relleno de paja maloliente que tenían en el piso superior. La noche transcurrió tranquila y a la mañana siguiente continuó viaje. Se acercaba el verano y hacía bastante calor en el carruaje. Los caminos estaban polvorientos y lo ponían todo perdido metiéndose por las ventanillas. Las pésimas condiciones le recordaron el viaje que hizo a Aragón. Entonces la vida le había tenido reservada una gran sorpresa: el encuentro con Lola. Se preguntó qué otras le depararía el futuro en Cádiz.

El runrún del vehículo le adormeció.

El paisaje tampoco invitaba a disfrutarlo. Después de atravesar una zona de fuertes olores a aguas pantanosas llegaron a Consuegra, luego a Madridejos, y a Almagro. Aumentaron los viñedos y los olivares en el paisaje. Pronto divisaron la orografía de picos y montañas de Sierra Morena. De repente el calor cesó y la noche se hizo fría y peligrosa. Álvaro y su escolta se mantenían en alerta. Todavía quedaban restos de nieve en algunas cumbres. El espectáculo era grandioso e inhóspito.

Aquella tierra salvaje era la de Lola, tan maravillosa, espléndida, desafiante e imprevisible como ella.

—¡Señor, mire! —le indicó el escolta y Álvaro comprobó que había algunas hogueras del ejército español humeando en las cimas, brillando en la oscuridad. El candil que iluminaba el carruaje y les permitía avanzar en la oscuridad dejaba ver a las orillas del camino restos de un enfrentamiento reciente: ropa desgarrada y manchada de sangre, un fusil partido por la mitad, cañones destrozados, munición desperdigada—. Parece que han huido —le dijo el escolta y el duque dudó.

—Una huida o una trampa —contestó.

¿Qué diantres significaba aquello? No creía que un nutrido grupo de salvajes guerrilleros fuera a huir por la presencia de un destacamento francés cuando lo que hacían precisamente era salir en su búsqueda y captura. No, aquello era otra cosa. Aquella noche no durmieron de la inquietud. Solo pararon un par de horas en una zona protegida y luego siguieron su camino despacio por aquellos desfiladeros infernales. Por la mañana pararon en una pequeña aldea de la serranía y se tomaron un caldo caliente que al menos los reconfortó.

—Los serranos se han ido *pa* Ronda —les dijeron y Álvaro comprendió.

El viaje avanzó. Según avanzaban hacia el sur el clima se iba dulcificando.

Era posible apreciar desde el vehículo los extensos alcornoques, salpicados aquí y allá por láminas de pizarra y granito; matorrales, zonas de robles o castaños; estratos escalonados y veredas serpenteantes; jaras, pinos, lirios... y en Bailén también una pancarta dando con guasa la bienvenida a los galos. Justo en el mismo sitio donde le general Dupont se había rendido. Adentrándose por profundas gargantas, Álvaro terminó por toparse con los hombres del Cura de Churriana, uno de los cabecillas armados de la zona. El que fuera clérigo no parecía para impedimento para que fuese armado hasta los dientes. Por encima de la sotana descolorida llevaba botas altas militares y toda clase de correajes y escarpelos, además de una bayoneta bien calada.

—¡Quién va! —oyó Álvaro a sus hombres echarles el alto. El cochero frenó el vehículo. Álvaro sacó la cabeza y reconociendo por las descripciones que le habían hecho al hombre —un hombre alto, de complexión robusta y pelo corto y canoso— saludó. Llevaba el hábito blanco del polvo y encima de él, echado hacia un lado, un poncho que le caía hasta las rodillas. En las manos no empuñaba precisamente un rosario sino un arma de fuego.

—¡Baje! —le ordenó sin contemplaciones a pesar de reconocer el salvoconducto que le entregaba — Álvaro obedeció. Le explicó quién era y adónde iba.

—Los caminos a Málaga están impracticables. Si quiere llegar vivo tendrá que dejarse escoltar por mis hombres —dijo mientras le daba una gran calada a un cigarrillo y le miraba con interés.

—No querría molestar —dijo Álvaro observando la pinta patibularia de su gente. Eran a todas luces forajidos que a simple que a simple vista daban más miedo que los gabachos. El cura le caló y sonriéndose con sorna dijo:

—No tema, no le degollarán si no los provoca. Son hombres rudos, pero al servicio de su país y usted es un representante de su gobierno. Y no nos molesta, solo estamos cumpliendo con nuestra obligación.

Así fue como Álvaro viajó el resto del camino, escoltado y sin paradas hasta entrar en Málaga. Desde lo alto de las montañas divisaron la ciudad abajo, a sus pies, con su hermoso puerto lleno de balandras y jabeques. También dos moles con bandera francesa. La ciudad brillaba bajo el espléndido sol del atardecer aunque todavía olía a humo de los incendios de días atrás y varias zonas se apreciaban oscuras y vacías.

Málaga

Su madre e Inés vivían en el Hotel Oriental, un alojamiento de lujo donde el servicio hablaba varios idiomas y se atendía a público internacional, al menos hasta el inicio del conflicto. A doña Rosalía le gustaba pasar el invierno en Málaga desde hacía años y allí se había quedado el diciembre en que Napoleón invadió la península. Hasta el mismo vestíbulo de entrada le acompañaron los hombres del Cura y allí, con el sombrero calañés en la mano, se despidieron. Mientras esperaba que el conserje avisara a su madre se sentó en unos mullidos sillones de la entrada y se tomó una cerveza que le supo a gloria. No había ni rastro de franceses en la ciudad y se preguntó dónde diantres estarían. Se suponía que deberían habérselos encontrado patrullando las calles, controlando el puerto y, sin embargo, la ciudad estaba, aparentemente, en manos españolas otra vez.

Miró por la cristalera y vio a un grupo de golfillos corriendo por la playa, mojándose los pies con las olas. Hacía calor y había gitanillas vendiendo flores en una esquina. Si no fuera porque la calle parecía desierta y se veían edificios dañados, negros de hollín por los incendios, se diría que allí no había pasado nada.

Oyó el característico sonido de los tacones de mujer y se giró para mirar a la escalinata central. Era su madre. No había cambiado en absoluto. Parecía una reina. Estirada, de aspecto severo, vestida a la antigua usanza y con una mantilla negra de blonda bordada cayéndole por la cara. Tenía el pelo recogido en lo alto, de un blanco impoluto, y sus ojos azul grisáceo, como los de su hijo, destellaron brevemente felices al localizarle al fondo. A excepción de alguna arruga más, y de su figura un poco más delgada, era la misma de siempre. A su lado, quien sí había cambiado y mucho era su hermana Inés. La dulce niña era ya toda una mujercita. Al reconocerle, Inés corrió a abrazarle.

—¡No puedo creer que estés aquí!

¡Has venido! Hace tanto que no te veíamos —le dijo y Álvaro se sintió culpable—. ¿Vienes a quedarte o vas de paso a algún sitio? —le preguntó mientras su madre se le acercaba instantes después y le besaba fríamente en la mejilla.

—Me alegro de verla tan bien, madre. Me asusté cuando me enteré de que los franceses habían entrado en Málaga la semana pasada. ¡Pero ya no están! — exclamó y su madre afirmó con la barbilla.

—Duraron poco esos farsantes malnacidos... Los han vuelto a sacar a culletazos, aunque no andan muy lejos, a menos de una milla de aquí. No tardarán en entrar, tienen mejor armamento — comentó como si fuera ella la general en jefe. ¡León! —dijo al camarero—, tráenos un té.

Sentados al lado de la cristalera con vistas al mar los tres se contaron cómo les había ido en ese tiempo sin verse. La vida en Málaga había sido de tan tranquila, aburrida, hasta la llegada de Sebastiani: alguna tertulia, algún paseo por la playa, visita a los conocidos habituales... Álvaro le contó a su madre lo imprescindible sobre sus aventuras por todo el país para no preocuparla.

—¿Temisteis por vuestra vida en Málaga cuando entraron los gabachos?

—No, estuvimos aquí sin salir y nadie se metió con nosotras —le mintió la madre meneando la segunda taza de té con limón.

—¡Conocimos al rey José! —exclamó orgullosa Inés—. Se alojó aquí la primera noche... fue muy agradable.

—Valiente hijo de Satanás —dijo doña Rosalía—. Llamarse rey ese tipejo vulgar. Sabes que hasta arquitos de colores y flores con guirnaldas le colocaron a la entrada.

—Entoldaron toda la calle Larios para que a la mañana siguiente paseara y fuera vitoreado por algunos.

—¡Bah! Su comitiva —dijo su madre—. Muchos le pitaron a escondidas detrás de los visillos de sus ventanas.

—Me habían hablado de incendios y saqueos. ¿Visteis algo, supisteis de alguien que sufriera las represalias?

Su madre afirmó con el semblante muy pálido.

—Sobre todo por la zona por donde vinieron, por Teatinos hasta el Perchel y el barrio de Santo Domingo —explicó—. Sonaron los disparos, vimos desde nuestra habitación multitud de fuegos, oímos gritos en la calle... La infantería se concentró en la Plaza Mayor, en la plazuela de la Merced y los lanceros polacos cerca de la Puerta del Mar. Colgaron a un montón de hombres del balcón del Ayuntamiento, de la Casa prisión...

—Dos se escaparon, no los pudieron colgar —añadió su hermana mientras su madre seguía relatándole el horror vivido solo hacía días.

Inés seguía siendo aún demasiado inocente, pensó Álvaro mientras la escuchaba, pero se preguntó si tendría ya algún pretendiente. Era muy bonita, pero pobre del que lo intentara con su madre de por medio. Lo que sí pudo comprobar según avanzaba el día era que su hermana, de natural tal amable, había terminado por copiar los gestos de soberbia de su progenitora.

—¿Tardará mucho en terminar esto? —preguntó su madre.

—Bastante. Ahora me dirijo a Cádiz.

Me han destinado allí como intermediario de los aliados ingleses.

—¿Cómo que a Cádiz? ¿Acaso no sabes que es imposible salir de allí? — le preguntó tensa y Álvaro le dio otro sorbo a su cerveza.

—Lo sé, pero es mi trabajo.

—¿Desde cuándo necesita el duque de Tello trabajar? Si quisieras podrías dejarlo ahora mismo. No te juntas nada más que con chismosos como la marquesa y ese gordinflón de Bellavista que te van a traer la ruina —dijo—, cuando lo que tenías que estar haciendo es velar por que no saqueen tus propiedades o por casarte y tener descendencia... Por cierto, ¿cuándo piensas casarte con Leonor?

—Nunca, hemos roto. Y ahora —añadió antes de que su madre estallara de un soponcio—. Estoy comprometido con otra mujer. Una mujer de la que estoy muy enamorado... y que tú conoces, Lola Villar.

La duquesa casi se ahoga. Tenía la cara lívida y si no le dio dos gritos fue porque estaban en público.

—¿Cómo te atreves a romper con Leonor y a comprometerte con esa ordinaria? Eres un estúpido impulsivo como tu padre... Los Villar no son más que unos trepas. Su hermano logró introducirse en tu círculo cuando por fortuna y linaje no te llegaba a la suela del zapato y ahora esa mocosa zarrapastrosa te ha enganchedo... ¡No la habrás preñado! —exclamó al instante.

Álvaro negó con la cabeza, furioso también porque su madre se comportara de esa manera, hablándole como si fuera un niño aún que no supiese lo que tenía que hacer.

—¿Imaginas lo que dirán nuestras amistades? —siguió—. Esa mujer no está a tu altura... Te mereces a alguien mejor —y lo último sonó más aplacado.

—No hay nadie mejor y yo la quiero a ella —contestó el hijo echando chispas por los ojos—. Y no estoy pidiéndote permiso ni opinión, solo

informándote. Nos casaremos en breve y estará invitada al enlace porque es mi madre, aunque, por supuesto, es libre de asistir.

La situación se tensaba por momentos. La duquesa volvió a insistir.

—Aunque no ames a Leonor es de las nuestras y romper ese compromiso nos costará además una fortuna.

—No, es ella quien ha roto las cláusulas establecidas poniéndose en vergüenza, acostándose con la mitad de los gabachos que hay en Madrid.

—No lo creo —dijo la marquesa mirándole incrédula, pero el otro asintió.

Inés intentó introducir preguntas insustanciales en la conversación para rebajar el tono que, como cada vez se elevaba más, había hecho que los miraran los pocos clientes que había. Doña Rosalía se levantó al rato y, sin mediar palabra, se subió a su dormitorio.

—Déjala —dijo Inés apretándole la mano—, ya sabes como es. Se le pasará el berrinche, dale tiempo. Y desde luego que yo me comprometo a llevarla a tu boda, aunque tenga que hacerlo a rastras —dijo riéndose.

Álvaro hubiese querido saber más de lo acontecido allí, pedir las direcciones de algunos responsables en la ciudad, pero los hombres del Cura le habían encontrado un mercante dirección a Cádiz que partiría a la mañana siguiente. Tres una breve reunión de madrugada con varios responsables militares que le entregaron sendos despachos para el general Castaños, Álvaro embarcó ese día gris, con las palmeras doblándose por el viento, en el *Gaviota del Sur*. Terminaba así su reunión familiar. Más triste, no había podido ser.

Madrid

Isabela releyó la carta de Álvaro y aunque sus líneas le parecían sinceras, seguía echando bilis por la boca. Desde que su tío apareciera con *La Gaceta* en la que claramente habían podido leer que los esponsales de Álvaro de Urquijo con la señorita Leonor de Astiazábal se habían llevado a cabo en la intimidad, Isabela estaba en un sinvivir.

No entendía nada... aquello era de locos. ¡Si el mismo duque había ido a verla para decirle cuánto amaba a su hermana, lo deseoso que estaba de casarse con ella cuanto antes y a pedirle que la cuidara en su ausencia! ¿A qué

venía entonces aquello? Le hubiese gustado hablarlo con Ordóñez, pero este había partido de viaje también ya.

La carta de Álvaro había sido la única explicación que había recibido y no le terminaba de parecer consistente. No porque no entendiera que él, al igual que su hermana, se hubiera podido ver inmersos en una situación inesperada, ¡pero precisamente con la Astiazábal! Y encima varias amigas le habían contado chismorreos de que le habían visto en el baile del teatro del Príncipe. ¡La misma noche de la boda de Clara! El duque los había dejado esa tarde después de la ceremonia y el almuerzo para descansar porque tenía “temas personales pendientes”. ¡Ahora ya sabía qué temas eran! Álvaro pedía que Lola esperase su explicación, pero a Isabela le parecía que Lola, cuando supiese aquello, se iba a llevar un berrinche descomunal.

¿Qué pretendía el duque? ¿Estaba jugando con Lola o era sincero al decir que era una estratagema urdida por Bellavista por motivos políticos? Daba a entender que la boda era una farsa, casi un secreto de estado, pero no la desmentía.

Isabela llevaba varios días intentando localizar a la marquesa que sabía por rumores que había regresado a Madrid, pero no estaba en su palacio. En él vivía ahora un oficial francés y los sirvientes le resultaban desconocidos. Para colmo en una de las últimas salidas se había encontrado con la furcia de la Astiazábal. Había estado a punto de atropellarla. Asomando la cabeza por la ventanilla del coche, parada en el cruce, le dijo en voz excesivamente alta:

—¡No saben cómo lamento no haberlos podido invitar a usted y a su familia a mi boda con Álvaro de

Urquijo! Tengo entendido que son viejos amigos, pero fue todo tan rápido, tan íntimo que ya me entienden —y el carruaje volvió a ponerse en marcha sin dar tiempo a Isabela a contestar. Sí le dio tiempo a ver el anillo de oro blanco con un trébol de nácar, el emblema familiar de los Tello, en su dedo. Estaba claro que la boda había tenido lugar, otra cosa es que fuera legítima.

Capítulo 26

Bahía de Cádiz, primavera de 1810

Navegó a lo largo de la costa española. El *Gaviota del Sur* era un paquebote comercial que apenas llevaba pasajeros. Marchaba en dirección a Cádiz para el aprovisionamiento de la ciudad. Asomado a la baranda, Álvaro comprobó que el cielo lucía tormentoso y la embarcación parecía una cáscara de nuez al acercarse al Estrecho de Gibraltar. Allí las corrientes siempre eran fuertes y el oleaje grande. Dos viejas embarcaciones que a pesar de la guerra se atrevían a seguir manteniendo el comercio de la zona a pequeña escala con la costa africana circulaban a esas horas conducidas por dos jóvenes árabes. Los pocos pasajeros se entretenían en observar su serpentear entre los grandes navíos de guerra con los que gracias a su habilidad, lograban no colisionar.

El camarote de Álvaro era estrecho y mal ventilado por lo que llevaba casi todo el día en cubierta, respirando el aire húmedo y cargado de electricidad, divisando la costa andaluza, las casas blancas de Algeciras y la gran roca perforada del Peñón. Según había ido anocheciendo, el viento se había ido haciendo más fuerte y desagradable. A lo lejos parpadeaban las luces de los faros y de vez en cuando les llegaba nítido el sonido de disparos. El arco de la bahía estaba desde tierra en manos francesas, pero por mar en manos aliadas. Los disparos no tenían la potencia suficiente para darles, pero eran de advertencia. Al menor intento de acercarse a la orilla, serían hundidos.

Álvaro y los demás oyeron la campanilla y bajaron al camarote del capitán donde todas las noches cenaban.

Alonso Delgado era un hombre parlanchín y simpático que trataba de hacer ameno el viaje a sus compañeros aunque a Álvaro terminase por levantarle dolor de cabeza.

—Esta zona es poco profunda y muchos barcos han encallado. Además el de allí —dijo indicándoles por el ventanuco— es el faro de Trafalgar. Hasta hace poco se podían ver aún los restos de la batalla, y si paseas por algunas

recónditas playas de difícil acceso desde tierra, aún quedan restos óseos.

El servicio colocó delante de Álvaro un plato con ostras y lubina asada a la sal, especies muy comunes en aquellas aguas. Todos devoraron el menú. En algunas zonas de la península apenas había qué llevarse a la boca y a más de uno aquello le supo a gloria.

—Eso de allí —siguió el capitán contándoles— es parte ya de Chiclana. Estamos llegando.

—¿Cuándo desembarcaremos? —le preguntaron varios y el capitán les contestó que en torno a las cinco o las seis de la madrugada.

Álvaro miró su reloj que colgaba del bolsillo de su chaleco y comprobó que aún les quedaban siete horas. Si se apuraba con la cena y no se entretenía demasiado con la copa y el puro del postre, podría echar una cabezadita antes de bajar. Esa noche se despidió educadamente de sus compañeros de travesía y se fue a dormir. Ya en su camarote el sueño le resultó poco reparador. El vaivén de la nave, las sirenas de otros buques que se cruzaban por la noche y hacían señales en la oscuridad para evitar accidentes, el olor pegajoso del piélago, la densa humedad en el ambiente y la estrechez se le indigestaron. Deseaba pisar tierra cuanto antes.

Llamaron a la puerta. Cansado, se levantó preguntándose quién sería.

Abriendo un ojo comprobó que aún no amanecía...

—Señor, vamos a bajar a tierra en breve. Debe estar en cubierta en media hora para entregar su documentación y pasar la revisión médica obligatoria — le dijo un grumete de pelo rizado y Álvaro asintió con un gesto.

Se vistió de prisa y salió. Ya estaban allí Delgado y un grupo de marineros además de los cuatro pasajeros. Desde popa divisaron cómo se les aproximaba una lancha y como desde uno de los laterales, desde el Trocadero, el fuego de mortero escupía sin cesar en su dirección sin éxito. Una bandada de gaviotas pasó chillando sonoramente del miedo y una de ellas chocó contra el mástil. El animal se les desplomó casi en la cabeza. Iba herida de muerte. La chalupa que se les acercaba llegó al costado de su paquebote y dos hombres subieron. Con unas largas tenacillas de hierro recogieron su documentación y en un aparte la revisaron. Tenían que comprobar que no viajaban enfermos en el barco, sino este no podría entrar en puerto. Una vez comprobado que la tripulación estaba sana, unos jóvenes remeros ayudaron a bajar los bultos y equipajes y a los pasajeros que fueran a desembarcar para

acercarles a tierra.

Desde una de esas barcazas, salpicado por el agua y bien remozado en su largo gabán negro, Álvaro vio amanecer. La luz de potente sol de Andalucía se reflejaba en las fachadas encaladas de las casas que refulgían. El puerto estaba repleto de navíos de guerra españoles e ingleses y había un continuo ir y venir de gabarras y chalupas. Eran las siete de la mañana y la ciudad bullía de actividad. Echando un vistazo vio en sus puestos a los centinelas en los castillos de entrada, en

los embarcaderos y como en los murallones que apuntaban desde lo alto de San Sebastián —donde sabía estaban los presos detenidos desde que Cádiz en una maniobra se hubiera hecho con buena parte de la marina francesa que había estado anclada allí antes de la declaración de guerra— los cañones patrios devolvían las explosiones. Había gentes trabajando en el istmo, levantando murallones, cavando trincheras y chascas crepitantes donde grupos de jornaleros andaban preparándose unas gachas con tocino para desayunar.

“Inexpugnable desde tierra y por mar”, recordó que le había dicho Jovellanos y la visión le llenó de optimismo. Podrían resistir.

—¿Qué me preguntaba? —le dijo el chico del remo al oírle murmurar y Álvaro negó.

—No, solo que me digas cómo llegar a la sede del gobierno en Cádiz.

—Es pronto, los del Gobierno se reúnen en el Teatro y muchos políticos están alojados en lo que fuera el convento de María. Tuvieron que desalojar a las hermanas *pa* albergar a la Regencia... Aún no habrán salido, pero muchos desayunan *ca* mañana en el Casino, cerca de aquí. El general Castaños es muy madrugador, puedo llevarle, pero primero debería buscar su alojamiento *pa* dejar *to* esto y arreglarse —dijo mirándole, haciéndole un gesto de que no iba presentable. A Álvaro le hizo gracia su insolencia.

—Veo que no se te escapa nada.

¿Cómo te llamas?

—Antonio Rico Fajardo, *pa* servirle a *usté* y al rey —contestó con formalidad—, pero *tos* me llaman Toño.

—Bien, Toño, no sé cuánto te darán por hacer de remero en esta lancha, ¿pero qué tal dos reales al día por ser mi ayudante? —le preguntó y el chico puso unos ojos como platos de emoción. Aquello era más del doble de su paga actual.

—Señor, sería un honor trabajar *pa usted* —contestó mientras le hacía una reverencia. Álvaro se fijó que el chico callaba un rato, como si estuviese haciendo sus cuentas. Seguro que ganaría mucho más que remando día y noche en esas pútridas y peligrosas embarcaciones. El rapaz le había gustado de forma inmediata y la decisión de llevárselo como sirviente había sido instintiva. Sabía lo mal pagados y alimentados que estaban aquellos golfillos y un chico espabilado como aquel le sería de gran ayuda en una ciudad para él desconocida.

—Quiero que me cuentes cómo van todas las cosas en la ciudad, qué se habla en los mentideros, dónde se reúne la gente, qué se dice de la marcha de los acontecimientos —dijo dándole su primera moneda que el chico cogió con avidez de rapiña— y me pongas al día de todas las obras, calles, infraestructuras y movimientos que se produzcan.

—¡Señor, *pos* empiece por ahí —dijo señalándole a su izquierda—. Son los polvorines de Punta Cantera, y aquel el fuerte de San Lorenzo, el faro de San Sebastián, el caño de Sacti Petri, más o menos la frontera con los gabachos, y más allá la Isla de León, en San

Fernando, donde se reúnen los políticos —dijo señalando un islote unido por una estrechísima lengua de tierra a Cádiz.

La ciudad estaba unida a tierra por una estrecha faja de dos leguas de longitud bañada por el mar y repleta de baterías fuertemente armadas. La Puerta de Tierra contaba ella sola con más de doscientas bocas de fuego según sabía Álvaro por los informes, aunque posiblemente en aquellos últimos días la hubieran tenido que reforzar. Cádiz estaba bien pertrechado, siempre lo había estado, como era lo natural en un puerto que albergaba a la flota de América que año tras año volvía cargada de oro con sus galeones bien escoltados. Era el punto de amarre de la llamada Armada del Mar Océano, el lugar donde hibernaban los barcos en invierno, protegidos de tormentas, huracanes, asaltos piratas o guerras, y también desde donde ascendían hasta Sevilla por el Guadalquivir a cargar o descargar.

A pesar de su protección humana con multitud de fuertes, la naturaleza se había encargado de rodear la zona de estuarios que eran difíciles de atravesar tanto por tierra, siempre anegados, como por mar debido a la poca profundidad que hacía encallar las embarcaciones. Era una zona de siempre llena de contrabandistas que ahora, con la guerra, se habían multiplicado por

cien. A pesar de ello Cádiz había sufrido importantes ataques a lo largo de su historia, desde los perpetrados por los piratas berberiscos al mando de Barbarroja, a los de los turcos o los ingleses con Francis Drake a la cabeza.

Cerca de la orilla, hacia el caño de la Carraca, Álvaro oteó con los gemelos en la mano los improvisados almacenes para que descargaran los buques de guerra que continuamente entraban en el puerto. La única zona que había caído en manos enemigas era Matagorda, frente a los Puntales. Sus informes le indicaban que la 2ª División del Ejército francés llevaba semanas atrincherada allí. Desde principios de febrero. Los gabachos habían colocado multitud de baterías de mortero en dirección a la población que, aunque tenían considerable alcance, aún no habían logrado dar de lleno en la ciudad.

—A mí ya no me dan ni pizquita miedo —le dijo Toño con un cerrado acento andaluz y su carita de pícaro. Tenía dos dientes rotos, seguramente de algún puñetazo, y se le veía delgado en extremo, pero tenía unos vivarachos ojos oscuros, el pelo rebelde y lleno de remolinos y una sonrisa que cautivó a Álvaro—. No valen *pa na...* se caen al agua y se apagan —dijo riéndose

—Sí, ya veo —contestó Álvaro cuando los pasajeros de la lancha oyeron unos minutos después el estruendo de una de esas bombas, que surcando el aire con fuego, terminó cayendo a bastante distancia, dejando tras de sí un reguero de humo negro.

El viento soplaba fuerte ese amanecer y le agitaba con fuerza el pelo, cruzándole la cara como si fuera un látigo y tapándole la vista. Revoloteaban pañuelos, se volaban sombreros y a todos les lloraban los ojos, impidiendo que se oyeran los unos a los otros. Era el llamado viento de Levante que en esa zona del Estrecho podía llegar a ser terrible alcanzando en ocasiones los ochenta nudos de velocidad, generando tormentas de arena y lluvia y formando impresionantes remolinos en torno a la roca del Peñón.

—¿Han dado muchas bombas en el blanco, han causado muchos daños? —le preguntó Álvaro al niño.

—Alguno, señor —dijo este mientras le castañeaban los dientes. Apenas llevaba una chaquetilla raída por encima y un gorro de marinero mugriento—. Cuando caen la gente corre *asustá*. Muchos vecinos de la Viña, que es donde más han *caío*, han *sacao* los colchones a la calle y no duermen en sus casas. Dos murieron ayer al caérseles las vigas encima y quemarse *t o* el edificio. *Arguna* sí da en el blanco, pero pocas.

El viento soplaba con tal fuerza que ambos decidieron callarse porque no se entendían bien. Álvaro se subió el cuello del gabán y se apretó con los brazos. Hacía un frío del carajo esa mañana.

Era de suponer que a pesar de la guasa con que los gaditanos se habían tomado los intentos infructuosos de los franceses por darles con sus bombas, habría miedo porque la ciudad estaba demasiado concentrada y si el fuego de mortero galo aumentaba su extensión terminaría por acorralarlos. Además con una ciudad abarrotada de gente, las condiciones para su traslado de un lado a otro y con ciertas medidas de seguridad eran imposibles. Según sus informes en torno a cuarenta mil personas entre militares españoles, portugueses y británicos, además de diputados y diplomáticos, habrían entrado ya. A eso habría que sumar los paisanos de pueblos vecinos que llegaban huyendo de la ocupación

francesa, los desplazados del norte, toda clase de vividores... La población podría alcanzar los ciento cincuenta mil habitantes.

Las autoridades locales habían tenido que buscar improvisados albergues. A las monjas del convento las habían desalojado de sus celdas para albergar allí a una buena parte de los diputados llegados del resto de España y de las colonias americanas. El Teatro de los Cómicos había dejado de dar funciones para convertirse en sede del nuevo Gobierno y muchos palacetes de la ciudad habían tenido que ser compartidos con los nuevos oficiales y dirigentes llegados tanto de Madrid como de Londres. Las casas privadas alquilaban azoteas, sótanos y dormitorios a precios desorbitados y aun así se había comenzado a talar un bosque próximo para levantar viviendas en varios solares. Álvaro no tenía ni idea de dónde iba a alojarse él.

—¡Sardinas *asás*, sardinas *asás*! — oyeron nada más poner un pie en tierra. Dos muchachos con largos espetones en la mano les ofrecieron pescado y otros dos, piezas de fruta.

Álvaro echó un pie a tierra mientras Toño descargaba con habilidad los bultos de su equipaje y corría a buscarle un carruaje que los llevase al alojamiento. Mientras Álvaro se encendía un pitillo y echaba un vistazo, el rapaz consiguió primero pasar todo por el edificio de la Aduana y que un colega le atendiese. El vehículo estaba bastante destartado, pero al menos los acercaría al edificio situado en la plaza San Juan de Dios donde se alojaría durante su estancia allí. Era un inmueble de hermosas y barrocas

balconadas, de piedra rosácea, situado a unas manzanas del Teatro de los Cómicos, un sitio amplio con estrechos ventanales a la calle y tejado plano.

La trama urbana de Cádiz manifestaba la riqueza de la que había disfrutado la ciudad durante siglos. Como uno de los puertos francos del comercio con las colonias había desarrollado un potente comercio nacional e internacional y albergado a multitud de cónsules y enviados extranjeros, y había sido la sede de la Casa de la Contratación y de la Flota de Indias durante siglos.

El oro que había fluido por sus manos se apreciaba en sus lujosas iglesias y conventos, sus remodeladas y coquetas plazuelitas, le imponente Catedral del Mar frente al malecón, la variedad de sus calles comerciales, el adoquinado de gran parte de su centro urbano y la multitud de magníficos palacios o edificios públicos. Sus calles estaban llenas de flores, sus coquetos cafés rezumaban clientes y desde la calle al menos una decena de periódicos eran vendidos a gritos por los repartidores.

La plaza de San Juan de Dios era el epicentro de la ciudad, la sede de la casa consistorial, junto a la vieja catedral. Rodeada de palmeras y edificios vetustos se había cimentado, siglos atrás, ganando terreno al mar en los entonces barrios marginales de Santiago y Santa María. Álvaro entró en uno de los inmuebles con más solera, el situado junto a la Casa de los Pazos, que contaba a la entrada con un conserje trajeado que le requirió su documentación. Una vez revisada le ofreció el llavín que daba acceso a una serie de habitaciones en la segunda planta. El edificio era compartido por muchos diplomáticos y supuso que tal vez se alojarían allí algunos con los que tendría tratos.

—Espérame, Toño, me aseó rápidamente y vamos al Casino —y el chico afirmó con la gorrilla en la mano, de pie a la entrada.

Álvaro se cambió de ropa y una hora después, tras su particular lazarillo, se lanzaba a la búsqueda del casino en el que a diario el general Castaños y algunos de sus hombres se tomaban el primer café del día. Atravesaron calles atestadas. Había marinos y grumetes por todas partes, labriegos que se dirigían a los huertos próximos, oficinistas y administrativos, peones con carros que transportaban grandes trancos de madera destinados a la construcción de nuevas viviendas en la periferia, soldados con los más llamativos uniformes, holgazanes, petimetres y mujeres con sus cestas en el brazo camino del mercado. A diferencia de los de Madrid, los de Cádiz no

estaban desabastecidos por la guerra.

Se sorprendió al entrar en el Casino. Se trataba de un edificio majestuoso lleno de luz, con suelos de mármol y grandes columnas que daban acceso a un patio andaluz lleno de plantas con grandes maceteros y una fuente central con peces de colores. Bajo unos toldos de lona granate, en unas mesas de cristal y mimbre, el general Castaños charlaba con otros individuos mientras saboreaba un buen café. Parecía de buen humor. Francisco Javier Castaños de Aragonri, duque de Bailén, se ajustaba, pensó Álvaro observándolo a una distancia, a la descripción que le había hecho Jovellanos de hombre dicharachero y amable. Tenía el pelo rizado blanco y las pobladas cejas más oscuras. Un criado le recogió a Álvaro el sombrero y el gabán y le anunció a su Excelencia el Presidente de la Regencia. Castaños le miró y haciéndole una seña, le indicó que se acercara.

—Excelencia —dijo Álvaro— es un honor que me reciba.

—Siéntese, duque, sea bienvenido. Jovellanos y M^a Teresa ya me avisaron de que vendría. Llevo varios días esperándole.

Tenía unos cincuenta años, aspecto robusto y lucía las grandes patillas que estaban de moda. Iba uniformado y llevaba prendidas a la pechera gran cantidad de medallas. No solo era el jefe del Gobierno, era todo un héroe nacional, pero viéndole allí comer y contar chistes, reírse de pequeñas anécdotas o comentar trivialidades, causaba menos impresión. Era un hombre entretenido que sabía arrancarle una carcajada a su interlocutor. Poco a poco, según se fueron terminando los panecillos con la mantequilla, la leche y el café, el grupo se fue marchando. Álvaro se quedó a solas con él.

—Estoy a su entera disposición. He llegado esta madrugada y estoy deseoso de comenzar con mi cometido —le dijo.

—Me alegro, necesitamos su ayuda con los ingleses... Llevar matándose tantos siglos no facilita el trato, ya me entiende. Nuestra alianza es bastante frágil. Ellos han puesto a nuestra disposición a varios diplomáticos y nosotros haremos igual. Esta noche la Regencia ofrecerá aquí mismo, en el Casino, una cena de gala a la que espero que asista.

—Desde luego, señor —contestó Álvaro.

—Habrá gente importante. Estarán Lord Welland y el capitán Bard, los oficiales británicos que estarán en tratos con usted. También asistirá Luis Portillo. Se trata de un comerciante gaditano que hace años que vive en

Chiclana. En ese pueblo los franceses han instalado su cuartel general. Portillo sigue viviendo allí, y ha conseguido montar una pequeña pero eficiente red de agentes que nos están suministrando una información muy valiosa para conocer el día a día del enemigo. Los problemas de abastecimiento que han comenzado a sufrir, los destrozos causados en cortijos y fincas de todo el arco de la bahía, los contactos con locales que han establecido, las rutas que utilizan para moverse... Espero que pueda conocerle hoy mismo.

Tras esas primeras órdenes y ya de pie antes de marcharse, Castaños le preguntó por su viaje, por la situación en Málaga, por las decisiones de Jovellanos y Bellavista en Madrid y por el estado de las rutas de acceso a Cádiz.

Muchas estaban impracticables.

—Temo que muchos diputados no podrán llegar —le reconoció Álvaro y el otro afirmó conociendo la noticia. Ya en la puerta Castaños le apretó firmemente la mano.

—Se que ha servido políticamente muy bien a Jovellanos y a la Junta... espero que también ayude a la Regencia para que pueda convocar elecciones a Cortes cuanto antes, en el tiempo y forma previsto.

—Estaré a su completa disposición.

El duque pasó toda esa tarde descansando en su habitación. Tenía la espalda molida del camarote del barco y aún le pitaban los oídos del silbido del temporal en alta mar. No tenía prisa por conocer la ciudad, ya lo haría más adelante. Sobre las siete Toño repasó con un cepillo su frac color gris marengo, la corbata de seda blanca de dos puntas, de las que llevaban el nudo a la americana, pantalón moderno, largo, de los de cinta de raso en los laterales y una capa. Menos de media hora después llegaban a su destino.

Al menos un centenar de invitados departían ya de pie un buffet en el patio cubierto con toldos y una hermosa cúpula de cristal a su derecha desde la que disfrutar de un cielo despejado y estrellado como el que tenían esa noche. Habían llegado ya importantes mandos británicos. Estaba el embajador, lord Wellesley, de terciopelo granate, a su lado el general Stewart en persona, otro de los héroes del momento el joven y el elegante duque de Alburquerque, el general Venegas, el señor Duff, el cónsul británico, el brigadier Diego de

Álvear, algunos importantes representantes americanos como Ramón Powell o Andrés del Llano y dos oficiales portugueses del Regimiento de Campo Mayor con su característica guerrera marrón y naranja y su bicornio con la escarapela bergamota.

Entre *roast beef* con salsa de pepino para sus invitados, jamón, vino de Jérez y pescaditos fritos, Álvaro pudo esa noche ir conociendo a algunos de sus futuros interlocutores. Con el primero que tuvo una charla fue con Luis Portillo. El comerciante era un hombre de unos treinta años, barrigón, osado, que le explicó como trabajaban él y su grupo en la zona.

—Espero que sea el enlace definitivo que nos facilite el trabajo... No es por hablar mal, pero hasta ahora hemos contactado con varios filtros y así es difícil —dijo estirándose de la corbata

—. Nadie nos ha dicho aún con exactitud qué información buscan o qué requieren de nosotros.

—Yo trabajaré codo con codo con ustedes. Mañana le espero por la tarde, decidiremos la organización y por dónde empezar.

—Allí estaré —dijo el otro.

La reunión fue breve, una mera toma de contacto, ya habría tiempo en días sucesivos para tratar en profundidad el asunto que a Álvaro le parecía vital. De poco servía tener a agentes en el terreno si no sabían qué tenían que buscar, qué se esperaba de ellos. Era arriesgar sus vidas a lo tonto. Un desperdicio. En relación a los ingleses con el único de sus futuros contactos con el que pudo hablar esa noche fue con el capitán Bard. Lord Welland no había podido asistir al ágape.

Bard había llegado a Cádiz con los primeros británicos que habían desembarcado con el general William Stewart. Era un hombre joven, de su misma edad, y habían conectado bien. Vestía de uniforme porque era militar aunque Wellesley le hubiera asignado tareas diplomáticas. De temple suave y modales educados, se había mostrado atento toda la velada. Durante la noche habían hablado de forma distendida, delante de un par de whiskies. Esas tomas de contacto era importantes porque permitían conocer personalmente a las personas, establecer con ellas una relación no solo formal y aunque los ingleses fueran por lo general gente más bien distante y fría, Gerard Bard le había parecido un hombre sociable y abierto. Incluso le había enseñado en su primera charla el medallón con el retrato de su prometida y le había hablado

de sus primeros meses allí, de lo dura que había sido la defensa de Isla de León tras el ataque del mariscal Claude Víctor o de cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. Su hermano James había muerto en Trafalgar hacía solo cinco años luchando contra la escuadra francoespañola.

—No pensemos en otros tiempos. Brindemos por estos—le dijo Álvaro chocando su copa de whisky—. Por los tiempos que están por venir. Por la derrota de los franceses.

Así terminó Álvaro su primera noche en Cádiz, feliz de estar allí.

Camino de Salamanca

Llevaba solo un mes de viaje y Juan ya extrañaba a Clara. Había pasado con ella unos días muy felices en El Escorial antes de marcharse. Lástima que lo bueno durara tan poco, pero la guerra continuaba. Había mantenido ya dos reuniones y antes de ir a Aragón tendría que pasar por Salamanca donde tenía varias entrevistas importantes que llevar a cabo. La primera sería con Díez Porlier, uno de los héroes del momento. Con veinte años había sido teniente coronel de Granaderos en el ejército de Extremadura. Había sobrevivido a Trafalgar y a Gamonal al inicio mismo de la invasión, y eso, para algunos, era más que mera suerte.

A pesar de su juventud había tenido tiempo de comprender que la guerra convencional no servía para su causa y había propuesto a la Junta de Jovellanos dos años atrás liderar la guerrilla en Castilla. Había obtenido la autorización y reagrupado a miles de soldados que andaban por los campos sin regimiento ni cuerpo al que servir y a los paisanos que huían de sus pueblos. Había formado con ellos una partida consistente con la que ya se había atrevido a acciones muy notables en Rivas, Aguilar de Campóo y otros puntos de la zona, capturando hacía unos meses a cuatrocientos soldados galos y liberando a numerosos prisioneros españoles o ingleses. Su zona de operaciones se extendía ya por Galicia, el Cantábrico y el Duero, pero el Gobierno necesitaba ahora que se concentrara en Asturias y toda la línea costera del norte y no entrara en confrontación ni con otras partidas de la zona, ni con los hombres del general Llano Ponte.

Juan se había estudiado detenidamente todos los informes a pesar de que no

paraba de darle vueltas a otro asunto. Había sabido por carta de Clara — recogida asombrosamente en la primera posta que él le había indicado — que habían surgido algunos problemas ya que Álvaro se había casado con Leonor de Astiazábal sin dar mayores explicaciones. Juan no había podido creerse semejante patraña. ¡Pero si Álvaro quería a Lola! A no ser que algo raro hubiese sucedido.

Desde luego, su entrevista con Bellavista poco antes de su boda había sido sospechosa. Álvaro luego le había contado poco, tal vez aquello estuviese relacionado. La cuestión era qué hacer con Lola. Él tenía el encargo de recogerla en Chodes y eso haría. Lo demás, que lo aclararan entre ellos.

En aquellos asuntos iba cavilando cuando abrió la ventanilla del coche que deambulaba dando tumbos por el irregular firme. El polvo se colaba por todas partes y los asientos rebotaban. Pensó que en una de esas se abriría la cabeza.

Oyó que el cochero hacía parar a los caballos y, de repente, sonaron disparos.

Sin que tuviera tiempo ni para identificarse o esconderse, un hombre con un arma le disparó, dejándole en el coche desangrándose.

Capítulo 27

Isabela entró en el cuarto y describió las cortinas dejando que un haz de luz se colara donde dormía Lola hacía unas horas. La joven había llegado exhausta y de improviso a Madrid después de que llevaran meses sin tener noticias suyas.

Toda la familia había estado realmente preocupada, nadie había sabido como volver a contactar con ella y con Luis para darles la triste noticia. La tragedia del fallecimiento de Juan

Ordóñez había sumido la casa en el luto, el dolor y el miedo. Había sido Bellavista en persona quien había informado a Clara —viuda solo dos meses después de su boda— comunicándole el ataque de bandidos sufrido por Juan. Su coche había quedado destrozado, agujereado por disparos de trabuco, el escolta y el conductor que iban en el pescante muertos y el asiento interior donde viajaba él lleno de sangre, pero vacío. No habían encontrado su cuerpo, pero se temían lo peor. Era difícil que hubiera podido salir con vida de esa escaramuza.

—De todas formas, la esperanza es lo último que se pierde. Si Juan hubiera logrado sobrevivir, se pondría en contacto con usted de alguna forma. No cambien de dirección ni salgan de aquí por si necesitara encontrarles. Si tenemos noticias de él, vivo o muerto, se las comunicaremos inmediatamente —le había dicho Bellavista.

Clara había quedado desolada y por más que habían pasado semanas desde el suceso sin noticia alguna por parte de

Juan y la muerte parecía quedar confirmada, ella se negaba a creerlo. Es más, temía que aquello hubiera podido ser algún tipo de sabotaje —como el que sufriera Luis en Aragón— o una trampa. Bellavista no le había confirmado nada, pero el miedo estaba ahí. Los tíos estaban desolados y las muchachas impactadas por los acontecimientos. El consuelo de Isabela era vital para mantener la cordura de Clara, pero el nerviosismo entre el grupo iba en aumento. El no tener noticias de Lola y de Luis durante tanto tiempo, no había hecho más que agravar la angustia.

En ese momento en lo que menos pensaba Isabela era en la carta de Álvaro o en su traición con Leonor. Lo único que deseaba era que Lola encontrase a alguien mejor... y cuando llegara se lo diría sin contemplaciones. Solo en una ocasión, de forma extraordinaria, habían recibido la visita de la marquesa de la Roca para interesarse por todos ellos y dar el pésame a Clara. A Isabela le había parecido que la preocupación de la marquesa por Lola era genuina y su cariño por ella también. M^a Teresa también esperaba ansiosa a que Lola regresase ya de Aragón.

Como a perro flaco todo se le volvían pulgas. A la situación familiar habían tenido que sumarle esos días la hambruna en Madrid. Desde hacía más de un año la comida escaseaba, también la leña y el carbón, pero la situación en las últimas semanas había devenido drástica.

—Señora, lamento decirle que ya no nos queda nada en la despensa... Benito no ha conseguido ni un gramo de harina. Está todo racionado y a precios escandalosos. Esta mañana ha habido tumultos en el mercado y los gabachos han disparado. Han muerto dos hombres. El mercado está cerrado. Señora, no sé dónde ir a comprar —dijo Tomasa la cocinera a la vizcondesa.

Tía María le entregó un pañuelo para que se secara los ojos y se puso a llorar ella también. La situación la superaba... Jamás hubiera imaginado que tendrían que vivir con semejante escasez.

—Dejad de llorar, hay que ser fuertes. Esto solo irá a peor —les dijo a las dos tío Pedro—. El campo está abandonado, no se cultiva nada desde hace al menos un año y los pocos suministros que llegan o están en manos del ejército francés o de la guerrilla. Si esto sigue así —dijo en tono amenazador— habrá que echarse al monte para poder dar de comer a la familia.

Su esposa lloró aún más al oírlo.

Tío Pedro había estado la tarde anterior recorriendo con varios conocidos algunos mercados, pero o estaban cerrados o desabastecidos. Los pocos comercios que se atrevían a mantener sus puertas abiertas tenían los estantes medio vacíos y solo disponían de harinas de malísima calidad, arroz podrido y algún que otro producto como algarrobas o lentejas. Ningún producto fresco.

—¡La calle está llena de gente muerta por el hambre! —le había reconocido tío Pedro a su esposa hacía unos días. Él mismo había presenciado cómo varios carros públicos iban recogiendo cadáveres de niños, mujeres y

hombres, muertos de inanición en plena vía pública.

—Los albergues están repletos y los hospitales y hospicios igual. No hay para atender a tanta gente. El gobernador ha pedido ayuda a Napoleón, pero de momento no ha llegado.

La situación era dura en general, pero más en las ciudades. En las áreas rurales la gente mal que bien se buscaba la vida aunque fuera comiendo raíces, pero en la capital, además ocupada y sitiada hacía tantos meses, la situación era desesperada. Las salidas de Madrid estaban en manos de las guerrillas que estrangulaban los accesos para asfixiar al gobierno de José I. Era difícil que entrasen municiones o alimentos básicos y la gente estaba ya desesperada.

—Mañana saldremos un grupo al campo y rebuscaremos —le dijo Bonifacio, uno de los mozos y tío Pedro asintió.

De ello andaban hablando cuando oyeron abajo sonar la campanilla. Fue Josefina quien primero se asomó tras los visillos para ver de quién se trataba. Asombrada, descubrió que era su hermana Lola acompañada de dos hombres corpulentos. Gritando como una loca dio la noticia a la familia y todos corrieron escaleras abajo para recibirla.

—¡Pasen, por favor! —les dijeron a los tres y luego tía María se abrazó la primera a Lola. Detrás de ella lo hicieron las demás. Lola se veía emocionada y con un rostro que mostraba agotamiento. Abrazada a Isabela entró al salón. El tío invitó también a los dos escoltas. Hacía frío en la estancia. Apenas les quedaba leña y la que conservaban la guardaban para días peores. Les ofrecieron un café hecho a base de achicoria aguachada y algo de pan con queso. Los dos hombres le pusieron al día sobre el viaje y le informaron que eran hombres al servicio de Luis y habían cabalgado desde Aragón.

—¿Mi sobrino está bien? —les preguntó y ellos afirmaron—. ¿Cómo van las cosas?

—Mal, la resistencia es feroz, pero Aragón va cayendo, un pueblo tras otro. Los avances son escasos.

—Ney ha puesto sitio a Ciudad Rodrigo y el cabrón ese de Suchet ha bloqueado Valencia —los informó él y ellos maldijeron.

Mientras los hombres hablaban de la guerra, Lola, abrazada a su tía, se quitó el redingote polvoriento y las botas y se sentó en un cómodo sillón junto a un pequeño brasero de picón. El servicio —el poco que aún seguía en la casa— le preparó un baño y una cena mientras ella atinaba a contar su

aventurado regreso.

—Quería haber vuelto a Madrid hace muchos meses, pero no he podido. Estaba esperando que a Juan Ordóñez fuera, como me había dicho Álvaro de Urquijo que haría, pero no he sabido nada de él... Ni de nadie —dijo sin percatarse en las caras de su familia al nombrar a Juan—. Luis no quería que siguiera allí. La situación se ha vuelto muy peligrosa.

—Siempre fue peligrosa —le dijo Isabela y ella se encogió de hombros.

—Ahora más. Suchet está loco. Ha puesto precio a la cabeza de todos los jefes de la resistencia y está aplicando una violencia indigna, contraria a cualquier conducta civilizada. No es un militar, es una mala bestia. Está haciendo barridas con destacamentos, peinando la zona, batiendo a tiros a todo el mundo, quemando aldeas, fusilando sin preguntar —narró Lola con los ojos anegados en lágrimas. Iba despeinada, tenía profundas ojeras, el rostro demacrado y parecía inquieta—. Fuera todo es hambre y desolación.

—Dentro —dijo Isabela— también.

Lola la miró angustiada y Clara se abrazó a ella sollozando.

—Juan no fue a buscarte... porque ha muerto. Le han matado... a traición. Seguro —dijo entre sollozos. Lola miró a Clara realmente consternada.

—¡No puedo creerlo! —dijo abrazándola, sintiendo su pena. ¿Estáis seguras de que ha muerto? ¿Quién os lo ha dicho? ¿Dónde ha sido? ¿Cómo ocurrió?

—No sigas —le pidió Isabela—. Fue camino de Salamanca hace más de un mes... No encontraron el cuerpo. Murieron el escolta y el cochero. Bellavista cree que seguramente a él le sacaron herido del coche para rematarle o dejarle por ahí tirado en alguna cuneta... Tal vez quisieran robarle o sonsacarle información.

—Solo estuve casada con él un mes —dijo Clara desinflada, sentándose al lado de Lola y está la apretó de la mano.

—Si no han encontrado su cuerpo tal vez haya sobrevivido —dijo Lola y Clara lloró aún más fuerte.

—Eso creo yo —se limitó a decir su amiga mientras Isabela negaba con la cabeza.

—No empieces como la otra vez —le dijo recordándole el caso de Luis—. Esta vez es distinto. Además, si hubiera sobrevivido ha tenido ya tiempo de haberla avisado... y no hemos tenido noticias de él.

—Recuerda que la otra vez —dijo Lola mirando a Isabela— tuve razón.

Luis seguía vivo. Tal vez Juan también lo esté. Lo de ponerse en contacto... lo hará si puede. Tal vez esté herido, o no haya encontrado la forma de hacerlo seguro.

—Tal vez, tal vez, no es bueno generar falsas expectativas a Clara —le dijo la tía, pero Lola siguió erre que erre.

—¡No desesperes Clara! ¡No lo des aún por perdido! Verás como pronto tenemos noticias tuyas y Clara la abrazó rogando a Dios que así fuera—. No imagináis como está el país... Arrasado. Si ha mandado alguna carta tal vez no haya llegado. Yo tampoco he recibido ninguna de Álvaro —dijo mirándolas—. Ya sabréis que nos comprometimos.

Espero que nos podamos casar pronto. ¿Le habéis visto? ¿Qué opina de lo de Juan?

—Bueno —a Isabela aquel momento tan dramático no le pareció el mejor para contarle a Lola que su queridísimo Álvaro la había traicionado y se habían casado, aún no sabían por qué, con Leonor de Astiazábal. Habría tiempo en días posteriores para decírselo. De momento se limitó a decirle que el duque había ido a visitarlas un par de veces y que había tenido que partir para Cádiz destinado por el gobierno—. Nos dijo que te escribiría... Ya debería haberlo hecho. De lo de Juan no sabe nada.

—Si ha mandado las cartas a Aragón, no habrán llegado, seguro —le contestó a Isabela mientras se metía en la bañera. Allí, a solas con su hermana, relajada en el agua enjabonada, Lola creyó estar de vuelta en el paraíso. Sacando la mano del agua se la apretó a su hermana que seguía enjabonándole el pelo—. No sabes cuánto me alegro de veros, de volver a estar en casa.

—Lo sé, cariño. Ahora cuéntame cómo anda Luis. ¿Está bien?

—Cuando le dejé sí, pero allí se está en continuo peligro. Iban a trasladarse, el sitio donde estábamos había dejado de ser seguro y Luis ha tenido que desplazar la planta de producción de pólvora unas leguas más arriba. Los gabachos terminaron por localizarnos.

En una de las últimas salidas un destacamento francés siguió a un grupo de los nuestros y descubrió nuestro escondite. No llegaron a saquearlo porque los vigías dieron la voz de alerta y les dispararon, pero hubo que salir de allí de prisa. La situación era delicadísima por eso Luis decidió no seguir esperando a Juan y mandarme escoltada. He tardado diez días en llegar... Hemos tenido que dar muchos rodeos para vitar a los franceses; creí que no

llegábamos nunca. Cuando esta mañana he entrado en Madrid, he llorado de la emoción.

—¿Esos dos hombres son de confianza?

—Sí, Gerardo y Pablo Sarmiento son dos colegas de Luis.

Isabela le secó el pelo ya limpio y después la ayudó a ponerse el camisón y a acostarse. Mientras Lola se tomaba un vaso de leche caliente las demás pasaron a darle un beso de buenas noches. De eso habían pasado ya catorce horas.

Isabela corrió las cortinas con un chirrido y entró más luz en el cuarto. Lola se vio obligada a abrir los ojos. Se sentía mucho mejor que la noche anterior. Ayudada por su hermana se lavó con la jofaina de agua y se vistió con uno de sus antiguos trajes, se enfundó en unas medias de seda y bajó a desayunar muy elegante.

—¡Vaya cambio! —dijo su tío riéndose mientras rompía la cáscara de un huevo pasado por agua—. Si ayer parecías una vagabunda.

Lola dio un trago al café y los miró con cara comprensiva.

—Sí, es achicoria, malísima, pero no tenemos nada más —le dijo su tía.

—El rey ha pedido a su hermano Napoleón que ayude a los vecinos de Madrid a que no se mueran de hambre. ¡Tiene gracia la cosa! Si quieren los gabachos que no nos muramos de hambre lo que tienen que hacer esos malnacidos es irse por donde han venido... Así el país podrá retomar la normalidad.

—Hay gente muriéndose de hambre por las calles. La leche de ayer —le dijo Isabela— era la última que quedaba.

—No sabía que estuvieran aquí las cosas tan mal. Creí que Madrid estaría mejor.

—¡Quia! —dijo el tío—. Están peor que nunca. Da miedo salir a la calle. Cualquier día le matan a uno por unas migajas. Los mercados han cerrado, es casi imposible encontrar combustible o comida. No sé cómo sobreviviremos a este invierno.

Mientras el tío hablaba, Lola notó que Clara e Isabela se hacían señales con la mirada. Al terminar, ambas se le acercaron, querían hablar con ella tranquilamente.

—Tenemos algo preocupante que contarte del duque —le dijo Isabela—. ¿Por qué no te casaste con él allí? —le soltó de sopetón.

—¿Cómo iba a casarme sin vosotras? —respondió ella—. Le pedí que esperáramos unos meses y nos casáramos aquí, con vosotras presentes. Luis firmó el acuerdo y el contrato, y como tutor dio su autorización. A él no le pareció mal.

—¿Crees que habría podido cambiar de opinión?

—No... ¿En tan poco tiempo? No le hago de esa clase de hombres. El me quiere, nos amamos los dos y somos muy felices juntos.

—Pero no has vuelto a tener noticias suyas.

—No... Supongo que la guerra lo habrá imposibilitado eso. Y si además está en Cádiz, más. ¿Os dijo cuándo volvería?

—Bueno, en una de sus visitas nos dijo que no sabía cuánto tardaría, pero que le esperases. Incluso me pidió que te cuidara. Me comentó que le parecía que yo era mucho más sensata.

Lola se rio encogiéndose de hombros.

—En lo que respecta a él, me siento segura.

—Me alegro, pero entonces tampoco comprenderás lo que ha sucedido... Veras, es algo desagradable de decir y no sé cómo te lo tomaras, pero es preferible que lo sepas por nosotras que por alguna hija de perra de ahí fuera... Álvaro se ha casado ya.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Lola incorporándose en el sillón—. ¿Estás loca?

—Se ha casado con Leonor de Astiazábal —y le entregó *La Gaceta* donde la noticia aparecía publicada—. Ha salido en los ecos de sociedad... y él, no lo ha negado —Lola parecía perdida mientras leía la noticia y las miraba sin comprender—. Nosotras también nos quedamos de piedra cuando vimos esto, porque había venido a visitarnos y a mí personalmente me reconoció cuánto te amaba y lo ansioso que estaba por casarse contigo. Después esto y una explicación suya difusa.

—Sigue —le ordenó Lola.

—Bueno, confirmamos ese mismo día que le habían visto junto a Leonor en el baile de carnaval que ofreció José I en el Teatro del Príncipe. Él estuvo en Madrid varios días más y no obligó al periódico a desmentir la noticia dada. Intentó hablarme, pero yo estaba tan furiosa que no le recibí. Finalmente me dejó una carta antes de partir. La carta —dijo dándosela a Lola—. Tampoco explica gran cosa. Solo da a entender que esa boda es falsa, pero te aseguro

que no hace mucho vi a Leonor de Astiazábal y luce en su dedo el anillo familiar de los Tellol.

—No es posible... Tiene que haber una explicación...

—La marquesa opina igual —dijo Clara.

—¿La marquesa está en Madrid? — preguntó Lola—. ¿La habéis visto? ¿Qué os ha dicho?

—Bueno, poco más. Vino a vernos un día, para dar el pésame a Clara. Estaba desolada por la muerte de Juan... Y ya de paso yo le pregunté. Me dijo que ella también había visto ese anuncio, pero que era una falsedad. Que Álvaro se había visto obligado por las circunstancias... que ya te lo explicaría.

—Lo único que se me ocurre es que se haya visto obligado por algún motivo secreto...

—O porque la Astiazábal estuviese embarazada —añadió Isabela.

—¿Embarazada? No lo creo, el me había asegurado que llevaba mucho tiempo sin verse con ella... No, esto no puedo creerlo así como así —dijo furiosa—. Necesito una explicación ya —se dirigió al perchero, cogió su capa y se acercó a la puerta mientras se ponía el sombrero—. Voy a ir a ver a la marquesa o a Bellavista ahora mismo. Ellos tienen que saber qué ha pasado.

—No puedes encontrarlos... No están donde antes. Por motivos de seguridad viven en pisos francos. Álvaro y Juan también tuvieron que hacerlo cuando estuvieron en Madrid. A Bellavista no sé dónde encontrarlo, pero la marquesa vive ahora en un edificio en Fuencarral. Tengo la dirección porque ella misma nos la dio cuando vino a visitarnos. Quería saber de ti. También estaba preocupada.

—Bien, pues dame esa dirección —le exigió Lola a su hermana, pero esta negó con la cabeza.

—Voy contigo. No voy a dejarte sola en esto.

Cádiz

Habían estado en la Aduana y recorrido la muralla comprobando el estado de las garitas que habían quedado destrozadas por los cañones Villentroy de Victor. Álvaro y el capitán Bard, guiados por un Guardia de Corps, llevaban toda la mañana inspeccionando las zonas que habían resultado más castigadas

por el fuego atronador y constante de los franceses en las últimas horas. Desde Puntales a los barrios de pescadores. La noche había sido complicada. En la

Viña habían ardido varias casas y un paquebote se había hundido de madrugada al ser alcanzado de lleno en la Caleta; la gente se había asustado.

Muchos, esa noche, no habían pegado ojo.

Sin embargo Castaños estaba tranquilo porque los daños habían sido en apariencia minúsculos y la ciudad se estaba reforzando constantemente. Las últimas órdenes habían dictaminado la movilización de civiles en Isla de León y desde el Ayuntamiento se había comenzado a organizar a los numerosos grupos de voluntarios que habían aparecido como las setas. El arsenal de la Carraca seguía funcionando a pleno rendimiento y los fuertes igual.

El Atlántico se oía brutal, batiendo con sus olas las piedras del malecón y del puerto. En su larga visita matutina habían estado en el fuerte de Puerta de Tierra, en el camino del Arrecife, en la plataforma de Santiago —donde habían contabilizado una treintena de bocas de cañón— y en la Puerta del Mar desde donde se embarcaban las balas rojas para las lanchas cañoneras. Estos explosivos se guardaban en cajas de madera, envueltos en ceniza, y aguantaban así al rojo vivo más de dieciocho horas, el tiempo suficiente para su utilización posterior contra navíos enemigos.

En el baluarte de San Carlos se situaban otro centenar de piezas de artillería y en Santa Catalina, una fortaleza colgada sobre el mar, se guardaba la pólvora. La bahía estaba bien preparada para el fuego cruzado y la muralla no había sufrido daños de consideración. Desde la Carraca hasta la costa de Puntales no había baterías enemigas y sí barcos anclados. Se habían construido embarcaderos improvisados para tanto tráfico ya que los hombres tenían que transportar por allí los barriles de pólvora, cargados a hombros, con medio cuerpo metido en el agua y sacarlos a tierra. Esto además de peligroso, en muchas ocasiones suponía la pérdida del material si se mojaba.

—Hacia Punta Cantera están con los espigones —dijo el guardia de Corps que les guiaba y les señaló una fortificación artillada que esa semana había sido ocupada por tropas inglesas y portuguesas que actuarían como fuerza de choque en caso de que Cádiz recibiera un ataque sorpresa por ese flanco.

Oyeron en ese momento otro bombazo desde el Trocadero y los tres se pegaron a una pared en la calle. Aunque cayera lejos, la onda expansiva retumbaba y parecía echárseles encima. Varios niños corrieron a ponerse a

cubierto mientras otros subían a las azoteas de sus casas para ver lo que parecía un espectáculo pirotécnico.

A la derecha tenían el fuerte Luis y a mano contraria la zona de Matagorda, esa sí, bastante dañada. Arriba, a lo lejos, el fuerte de la Cabezuela. Agotados los hombres decidieron hacer un alto en el camino y entraron a una taberna del puerto *Ca Julián*, y pidieron unas pintas de cerveza.

—Los destrozos son mínimos — comentó Bard—. Es increíble después de la noche —dijo con su marcado acento británico.

—Lo peor ha sido lo del barco prisión... no sé cómo se ha soltado amarras —comentó Álvaro refiriéndose a uno de los buques carcelarios que tenían anclados y que con casi un millar de soldados franceses detenidos, se había logrado soltar, aparentemente por la fuerza de la tormenta habida la tarde anterior, y llegar arrastrado por la corriente a manos de Víctor. El estruendo de los galos al recibir un barco con prisioneros suyos se había oído en la distancia; hasta salvas de cañón habían lanzado. Ni en sueños habrían creído que los podrían rescatar y he aquí que llegaban solos.

Sentados en unos taburetes de esparto y madera, frente al mar, los hombres vieron llegar corriendo a Toño.

—¡Señor! —dijo entregándole un despacho— el brigadier Alvear le espera en la Comandancia militar... quiere hablar con usted —le dijo mientras hacia un saludo cortés a Bard.

Este sonrió al chiquillo. Álvaro supuso que se trataría de algún asunto burocrático ya que estaban organizando la reunión de finales de septiembre para constituir el parlamento. Los debates seguían celebrándose en el teatro, cada vez con más gente, ya que en un goteo continuo los representantes provinciales iban llegando después de lograr atravesar el país en guerra. La diplomacia trabajaba esos días en dar forma protocolaria al acto que se inauguraría con una sesión de las Cortes. Álvaro estaba agotado.

Y también entusiasmado con lo rápido que iban los acontecimientos aunque no tuviese ni un minuto para él. Soñar con Lola lo dejaba para las noches, cuando en la intimidad podía dedicarle algún minuto. Le había escrito varias cartas a Madrid, con la esperanza de que hubiese regresado ya de Aragón y le contestara. Esperaba que hubiese atendido a las explicaciones que tanto la marquesa como Bellavista se habían comprometido a darle sobre su supuesta boda con Leonor y también que

hubiera asimilado la necesidad de posponer la boda mientras él estuviera en Cádiz. Toda la correspondencia iba en valija diplomática porque era la única manera de asegurarse de que llegaría a su destino. Se la enviaba a Bellavista con la idea de que este se la hiciese llegar de forma inmediata a ella. Se había dado un plazo de dos meses más. Si Lola no le contestaba, tendría que enviarle carta al propio Bellavista para preguntarle qué sucedía y si era menester, iría él a verla. De momento no quería molestarle con asuntos personales cuando tantos problemas tenía con la guerra.

—¡Alto! —oyó al centinela en la puerta al que estuvo que mostrar la documentación. De ahí pasó a una sala y un médico se le acercó. Sin mediar explicación le pidió que le mostrara la lengua.

—¿Qué diantres significa esto? — pero el médico le insistió. Álvaro finalmente la sacó. El galeno la ojeó con curiosidad y después le tomó el pulso y le miró el blanco de los ojos. Una vez concluyó que estaba bien, le dejó acceder al despacho donde estaba el brigadier Diego de Alvear y dos funcionarios del hospital de la Misericordia.

—¡Siéntese! —le dijo en tono preocupado—. Tenemos un problema.

—¡Menuda novedad! —contestó Álvaro en voz baja. El militar le miró fijamente y con cara de circunstancias.

—No me refería ahora a la guerra sino a otro problema igualmente grave. Se ha detectado una epidemia de fiebre amarilla en la ciudad. Han muerto ya cinco personas.

—¿Cómo? —preguntó Álvaro levantándose de un golpe, pero el otro le aplacó con la mano, pidiéndole que se tranquilizara y se volviera a sentar.

—A pesar de las medidas de control parece ser que ha llegado a en uno de los barcos que hay en el puerto. Ya ha sido puesto en cuarentena, pero a lo que se ve tarde. En los próximos días habrá que tomar estrictas medidas sanitarias sin desatar el pánico. Hacer que la noticia se conozca lo más tarde posible y...

—¿Con tantos periódicos en la ciudad? —preguntó Álvaro y el otro se encogió de hombros.

—Tendremos que intentarlo. Que la epidemia se controle lo más deprisa y se sepa lo más tarde posible. Con la cantidad de gente hacinada que hay actualmente en la ciudad sería terrible. El personal sanitario se está ocupando del control en hospitales, albergues... El ejército está con nuestros soldados,

pero nos gustaría que colaborara usted para explicarle las medidas de control que se van a tomar a los ingleses. Para que en colaboración con Bard o Holland, les traduzca los informes y su dirección médica se haga cargo de sus tropas.

—Desde luego —contestó Álvaro mientras se preguntaba qué más les podía pasar.

Capítulo 28

Durante el siguiente mes, Álvaro y un equipo puesto a su disposición habían trabajado denodadamente en facilitar toda la información sanitaria a los ingleses y de paso vigilar que sus buques, los que atracaban en el puerto, fueran seguros. Junto a dos médicos del hospital de campaña de Cádiz y varios asistentes habían comprobado en las cubiertas de las naves el estado de la tripulación y colaborado con los galenos ingleses. Las epidemias de fiebre amarilla eran algo cíclico que cada equis años aparecía en Cádiz a bordo de las naves que venían sobre todo del Caribe. Aunque las medidas de vigilancia aduanera y portuaria fueran severas, parecía imposible erradicar esa lacra y ahora, aparecía en el peor momento.

La última había tenido lugar hacía diez años en Cádiz y miles de vecinos habían enfermado y fallecido por lo que el estallido del nuevo brote —aunque aparentemente más leve que el de hacía una década— había hecho saltar todas las alarmas dadas las condiciones de hacinamiento de la gente y las personalidades tan importantes que esos días estaban allí. Para evitar la propagación a ciertos círculos, a los políticos se les había trasladado a la iglesia del Carmen, pero la fiebre seguía causando estragos, la noticia se había filtrado finalmente a la prensa —habían aparecido reseñas en *El Diario Mercantil*, *El Conciso* y otros periódicos— y lamentablemente el número de fallecidos seguía creciendo día a día. Controlar ese puerto en esos momentos, con tanto tránsito de buques y personas, se antojaba una labor titánica.

—¿Cree que ese muchacho también es un caso de fiebre amarilla? —preguntó Álvaro al doctor Cifuentes que a su lado trabajaba sin parar.

—Es muy probable —contestó escuetamente este mientras seguía tomándole el pulso al paciente y observándole con detenimiento. Era un grumete extranjero al que habían encontrado en el puerto, pero no era inglés.

Cifuentes había tenido que dejar esa semana su trabajo en el Hospital General —donde tampoco paraban de llegar heridos de guerra, enfermos de tétanos, soldados con miembros que amputar...— y trasladarse a las dependencias que en el puerto habían habilitado para él. Como médico de

guerra era un hombre entrenado en esas lides, pero ahora se enfrentaba también

al pánico que producían las enfermedades contagiosas.

Enfermedades de las que no se sabía demasiado. En este caso, la fiebre amarilla había llegado a Europa procedente de América, seguramente de la zona central, y era capaz de matar a un hombre en un par de días.

El cuadro era claro: empezaba por desazón general, fuertes dolores de cabeza y sienes, ojos enrojecidos, tez amarillenta, vómitos continuos y sangre ennegrecida. A pesar de la rápida detección y de las estrictas medidas tomadas por la Comandancia militar, de momento no habían logrado frenarla. Se estaban realizando trabajos extra de limpieza en toda la ciudad porque la higiene era uno de los métodos más eficaces para luchar contra esa y otras infecciones que también estaban apareciendo —sarna, piojos, sífilis— y habilitado dispensarios en conventos y albergues para tratar a los enfermos. De momento habían muerto ya doscientas personas, la mayoría grumetes y soldadesca, jornaleros del puerto y alguna mujer en los burdeles próximos, pero entre las víctimas —eso era lo que había terminado destapando el asunto— habían estado dos diputados americanos.

—¿Fallecieron finalmente los representantes de Nueva Granada y Puerto Rico? —le preguntó Cifuentes a Álvaro que hacía unas horas había asistido al sepelio.

—Lamentablemente, sí. Era lo que faltaba. Con las colonias rebelándose y ahora esto. Ya hay quien se está atreviendo a esparcir chismes de que han sido... *oportunamente eliminados* —comentó Álvaro.

—Serán las logias —contestó el médico y Álvaro se encogió de hombros.

Desde hacía unos años habían florecido en el país multitud de logias masónicas, unas de influencia francesa con claro tinte jacobino —estas eran las que actualmente seguían funcionando en Madrid y la zona ocupada— y otras más de corte inglés, como las que había en Cádiz. Entre sus miembros los servicios de inteligencia sabían que había multitud de criollos. Las había de corte diferente, desde las que abogaban por la independencia total de la metrópoli a las que pretendían una separación amistosa o las que sencillamente querían mantener el vínculo existente... Un aire de conspiración permanente las rodeaba y era frecuente que en Cádiz cualquiera les echase la culpa de todo lo

que sucedía. La epidemia no iba a ser menos.

Cifuentes paró un rato y se secó el sudor de la frente. Un bombazo hizo balancearse peligrosamente la lámpara de aceite que colgaba de una cadena y la onda expansiva rompió los cristales de la ventana que tenían a su espalda.

Oyeron otra explosión, pero esta vez, sonó más lejos. Un fogonazo les deslumbró desde el cuartel de la Candelaria. Cifuentes se olvidó de la artillería y volvió a concentrarse con el enfermo que tenía en una camilla.

Álvaro también presentaba un aspecto desmejorado. Ver a tanta gente enferma le daba náuseas. Llevaba muchos días en tensión.

—¿Los demás diputados siguen en el Carmen? —le preguntó el médico.

—Sí, pero estas semanas prácticamente solo se han reunido dos veces y por la noche. La iglesia está ocupada por el día con oficios religiosos. El párroco no ha dado abasto a celebrar entierros y a rezar novenas — dijo el otro mientras se volvía a colocar un pañuelo en la boca a modo de protección.

—Pues de noche poco harán. ¿Y lo de Wellington cómo va?

—Va —contestó Álvaro—, pero las disputas no paran. Muchos no están de acuerdo en dar el mando de las tropas peninsulares a un extranjero.

—Yo no sé lo daría, es una irresponsabilidad. Castaños debe dársela a un militar nuestro.

—Sus motivos tendrá —contestó Álvaro—. En estos momentos como no se ponen de acuerdo las distintas facciones políticas en nombrar al mando supremo de la guerra, se ha optado por Wellington que es la apuesta inglesa. También hay que darles a ellos su cuota de mandos ya que están poniendo mucho dinero y muchas armas. Además, Wellington es un buen militar y un gran estratega.

—¿Y tan estúpido como su hermano? —preguntó el galeno en referencia al embajador británico en Cádiz, y Álvaro hizo un gesto con la mano de así, así. La puerta se abrió en ese momento y una monja de la caridad informó al médico que habían llegado dos enfermos más que estaban en una antesala esperando a su revisión.

—¿Durará mucho más esto? — preguntó desesperado Álvaro—. Castaños y Alvear quieren una contestación firme.

—Pues esto no es dos más dos.

Personalmente creo que la epidemia está bajo control, pero ahora solo cabe esperar...

Con estas palabras y tras recibir los informes del día que tendría que llegar a las autoridades inglesas, Álvaro abandonó el hospital camino de su casa. Esta molido. La noche anterior había estado de parranda. Junto a un grupo de diputados habían salido a beber... y le había servido para despejarse. No tenía noticias de Lola hacía muchos meses. Sus cartas no obtenían respuesta y la que le había enviado a Bellavista pidiéndole una explicación para saber si había hablado con ella, tampoco. Se estaba empezando a plantear pedir un permiso y viajar a Madrid para saber qué diablos pasaba, pero en la situación en que estaban, con toda la ciudad prácticamente en cuarentena, se lo denegarían...

¿Por qué no le contestaba Lola? ¿No había regresado aún a Madrid? Eso era impensable. Hacía mucho que se habían separado y no era lógico que Luis le hubiese permitido seguir allí con lo mal que se estaban poniendo las cosas. Tampoco le parecía razonable que si estaba en la capital no supiese nada, no le contestase. ¿Tanto se había enfadado? ¿Acaso no le habían dicho todos lo que había pasado...? Tampoco le había remitido ninguna carta Ordóñez como le había prometido. Habían quedado que cuando la recogiera le mandaría aviso de alguna manera. Él se lo había pedido para quedarse más tranquilo, pero tampoco daba señales de vida.

A estos problemas tenía que sumarle el cansancio por tantos años ya de guerra, el hacinamiento en Cádiz, el gobierno del país atrincherado en una isla, ahora castigados también por una epidemia, la ciudad sitiada con las bombas cada vez cayendo más cerca de sus objetivos... y el ambiente relajado de costumbres que había; no era de piedra. Después de tomarse algo con un grupo de colegas en el café del Correo, en la posada del Barco y en otros bares de la zona centro, algunos se dispersaron hacia los garitos de mala muerte del puerto, extramuros, a pie de playa, donde mujeres de toda calaña bebían y hasta las había que se rifaban entre los asistentes. En uno de ellos se había encontrado con Bard al que había visto bien pasado de copas y del brazo de una gitanilla que bailaba descalza sobre unas mesas.

Bastante bebido, pero aún consciente, Toño se lo había llevado a su casa, una humilde edificación en el barrio de las Viñas, donde vivía con su hermana. En la azotea le habían sacado algo de comer: pan, unos frutos secos... poca cosa mientras había estado viendo como otros tantos el intenso fuego de artillería que mantenían desde hacía tres días los franceses. La presencia de José I en los alrededores parecía haberles dado valor a los gabachos que

llevaban el último mes bastante apagados, aburridos de tantos días encerrados en las trincheras y barracones del Trocadero. Álvaro sabía además que esos días había otros importantes mandos junto al rey: el mariscal Victor, François Ruffin, comandante de la 1ª división, o el general Dedòn.

En la azotea comunal los vecinos de Toño se divertían tocando la guitarra y bailando. Álvaro, tumbado sobre una estera, con la petaca en la mano, despeinado y con la orla de blonda enredada a la cabeza, se divirtió uniéndose a la guasa de los gaditanos que no paraban de sacarles coplillas a los invasores.

*Con las bombas que tiran los fanfarrones,
se hacen las gaditanas tirabuzones
que las hembras cabales en esta tierra, cuando nacen... ya vienen pidiendo
guerra...*

*y se ríen alegres de los mostachos de los morriones de los gabachos
y hasta saben hacerse tirabuzones con las bombas que tiran los
fanfarrones*

Álvaro permaneció recostado escuchando la música, mirando el cielo estrellado, sintiendo la brisa sobre su piel y notando el calor humano de aquella gente, la familia de Toño. Relajado, disfrutó, sin más. Mañana sería otro día, pensó ya completamente borracho, tanto que Toño y un colega tuvieron que bajarle a rastras hasta su casa y dejarle dormir allí la mona.

Por la mañana, con la jaqueca del día anterior, el duque de Tellol tuvo que reunirse con M^a Tomasa de Palafox, marquesa de Villafranca, la mujer al frente de la Junta de Damas de la Ciudad. La Palafox le daba más miedo que los franceses. Era insufrible. Amiga de Castaños, era una persona muy influyente en Cádiz. Sabía todo lo que se cocía allí: desde por dónde andaban los gabachos a quién compraba qué cosas en qué establecimientos, cualquier romance surgido al calor de la guerra, las subidas y bajadas de la bolsa comercial gaditana o la entrada en las naves comerciales cargadas de armas o cualquier materia prima.

Desde el principio de la guerra, las mujeres también se habían organizado para ayudar en la contienda en la medida de sus posibilidades y habían

obtenido grandes resultados. Muchas habían ido de puerta en puerta, de comercio en comercio, solicitando ayuda económica a todos los vecinos para poder costear así las botas o los fusiles de los soldados. También se habían encargado en sus cocinas de preparar alimentos y conservas para enviarlos al frente o de mandar a sus maridos a formar parte de las numerosas patrullas de vigilancia y grupos de voluntarios que se habían formado.

Hasta el momento habían recogido mucho dinero. Cádiz era una ciudad comercial y su rica burguesía estaba contribuyendo con un gran esfuerzo económico a la guerra. Muchos de los hombres que tenían allí sus negocios y las sedes de sus compañías comerciales internacionales, se habían sumado al levantamiento contra Francia desde el primer día, y lo habían hecho no solo de palabra sino con dinero en mano y eso que la mayoría eran afrancesados; gente muy liberal en su pensamiento y costumbres, pero ninguno estaba dispuesto a dejarse dominar por extranjeros o a perder su provechoso medio de vida. Habían sido ellos quienes habían financiado la puesta en marcha de milicias civiles y voluntarias que se habían sumado a Castaños en Bailén y habían participado en la defensa de toda Andalucía. Ahora, la mayoría de esas tropas estaban acantonadas allí, defendiendo a la misma ciudad de Cádiz.

—Señora Palafox, adelante, siéntese —le dijo Álvaro. La mujer estaba en la treintena y lucía una buena figura a pesar de haber tenido nada menos que diez hijos. De cara alargada y ojos claros y saltones, no era una belleza, pero sí una mujer elegante y refinada.

—Le agradezco, duque, que me haya recibido —le dijo pasando directamente al grano—. La Junta de Damas sabe que están muy necesitados de material médico, vendas y sábanas limpias, así como el dinero que hemos recolectado y hecho llegar al Secretario de la Regencia. Tenemos que darle la buena noticia de que hemos logrado reunir más de cien kilos de sábanas blancas nuevas, vendas limpias para los hospitales y algunos medicamentos. Hemos obtenido botellas de brandy y whisky para sedar a los heridos. La mayor parte de ese material está almacenado en el patio de mi casa y espero que lo recojan ustedes cuanto antes. Envíen al ejército o a mozos. Allí no puede seguir, me estorba —le dijo y a Álvaro le molestó el tono exigente.

—¡No sabe cómo se lo agradecemos! Hemos agotado buena parte de ese material con la epidemia y estábamos esperando a recibir más material quirúrgico por mar, pero el navío inglés que lo traía fue capturado por el

enemigo hace tres días. Gracias. Espero estar a la altura de su trabajo —le dijo.

—Seguro, joven, tengo muy buenas referencias de usted, y sabrá que conozco a su señora madre. Doña Rosalía es una vieja conocida, una señora de los pies a la cabeza.

Álvaro le agradeció el comentario reconociendo que tenía el mismo aire estricto y duro que su propia progenitora. No tenía duda de que ambas se entenderían bien...

—No sé si sabrá, joven, que varias de las damas de nuestra Junta están también ayudando en los hospitales de campaña y que últimamente hemos tenido algún problema... Espero que no se vuelva a repetir.

Ante la mirada asombrada de Álvaro, la mujer siguió explicándose:

—La soldadesca es bastante burra y las están molestando. Espero que informe a sus superiores para que frene a esos degenerados. Es vergonzoso.

—Desde luego —dijo él— hablaré con sus responsables... Supongo que serán desahogos propios de la situación. No creo que hayan querido ofenderlas...

—Pues lo han hecho —dijo ella levantándose—. Por cierto, esta noche daremos una recepción antes del acto de mañana. Estará lo más granado de la sociedad gaditana y sería un honor para mi familia contar con su presencia.

—Cuenta con mi asistencia.

—Será a las nueve de la noche en mi residencia, en el palacio de Villafranca, cerca de donde se aloja usted actualmente.

Álvaro la despidió y pasó el resto de la mañana entre jarabes de limón y cataplasmas en la cabeza para la jaqueca, trabajando en la comandancia militar. Al medio día, habló con Luis Portillo que le puso al día de la alegría en Chiclana al ver llegar al barco prisión cuyas amarras se habían soltado de Cádiz.

—Dicen que no fue la tormenta, sino los propios prisioneros los que asesinaron a sus guardianes y los lanzaron al mar. Luego se hicieron con el control del barco...

—Pues demostraron ser hábiles para llegar a esa zona con las corrientes que había ese día. De todas formas habrá que reforzar la guardia en los barcos prisión. Todavía quedan tres y están hasta arriba. Un tumulto, un pequeño incendio... y será el desastre. Claro — dijo Álvaro riéndose por lo bajo— que

no solo se iban a soltar barcos prisión... Esta mañana, con el oleaje, se soltó otro —dijo y Portillo le miró atento—, el barco hospital. ¿Cree que lo recibirán igual de bien?

—¡Por Todos los demonios, qué buena idea! Aunque la enfermedad ya ha llegado a la zona. Ellos también están muy afectados por la epidemia. Se ha extendido por todo el arco de la bahía y se ha cebado en Chiclana, Jerez y Puerto de Santa María... Los cirujanos franceses tampoco dan abasto, aunque solo se están preocupando de su soldadesca... Entre la gente nuestra ha estallado el pánico.

—Es lógico. Manténgame informado de cómo van en estos días y si el agobio con la guerrilla crece. Mire a ver a quién más podríamos infiltrar.

—No será necesario, ya hay muchos dentro trabajando para nosotros, aparentando ser buenos afrancesados — le dijo el comerciante encendiéndose un habano delante de él mientras se despedía.

Álvaro se vistió esa noche con sus mejores galas. Hacía mucho que no asistía a una recepción de esa clase. Era asombroso que aun estando en guerra y sitiada, Cádiz podía, sin embargo, mantener su vida social por todo lo alto. Funcionaban los teatros donde se seguían representando comedias, sainetes o dramas, se había pasado de la edición de dos periódicos a la de más de cuarenta cabeceras, los más importantes artistas, intelectuales o políticos estaban allí y habían revivido sus tertulias en los cafés de Apolo, las Cadenas o el Correo, como antes lo habían hecho en Madrid. Había conciertos, recepciones y mucho ambiente...

Con su traje a la última moda —levita color tostado y chaleco caramelo, zapatos bisque de grandes hebillas doradas, camisa de seda blanco marfil, el pelo largo y rebelde, patillas afiladas —, Álvaro fue recibido con admiración por las damas presentes, entre ellas la joven Elena de Palafox, hermana de la anfitriona. Una chica veinteañera, de cabello castaño y dulces ojos marrones, que coqueteó abiertamente con él.

Álvaro la encontró a ella y a otras tantas un tanto pegajosas y prefirió cenar esa noche junto al general Joaquín Blake que acababa de llegar a Cádiz para hacerse cargo de la defensa al haber sido trasladado el duque de Alburquerque a Londres como embajador. Este se había llevado consigo a lord Welland, uno de sus contactos ingleses en Cádiz desde su llegada, que sería sustituido en breve por otro enlace. También estaban dueños de varias compañías

comerciales y navieras, lord Graham en esa ocasión acompañado por el propio Wellesley impresionante con su elegante casaca negra con bordados en plata, o el mismo Bard que apareció ya tarde. Álvaro llevaba días sin verle.

La música del salón sonaba suave en los jardines cuyas puertas de cristal la marquesa mantenía abiertas. A lo lejos, entre minués y violines, sonaban las bombas sin que nadie se alarmara. Su estridente silbido formaba parte ya del sonido ambiente de la ciudad. El faro de San Sebastián pasaba haciendo barridos cada diez minutos y a lo lejos en la bahía se apreciaba a un buque inglés escoltado por varias lanchas cañoneras contestando a los gabachos. Disparando sin parar. La luna llena permitía esa noche distinguir los bocachos de humo subiendo en espiral, perdiéndose en la negrura de la noche.

Damas con elegantes chinelas de terciopelo, viejos con casacones de raso pasados ya de moda, militares de toda índole y caballeros con sus mejores fracs y cigarros, reían y departían en torno a las mesas repletas de viandas y alcohol. Castaños estaba de un humor de perros desde que esa tarde el obispo de

Orense, don Pedro de Quevedo, miembro de la Regencia, se hubiese negado a entregar el oro y la plata de sus conventos para seguir financiando la resistencia. La curia se negaba a dar esos cálices y joyas que estaban terminando por caer en manos enemigas que directamente las fundía, pero a excepción de ese, y algún otro pequeño encontronazo, la gala resultó distendida. La gente estaba contenta... les esperaba pronto una jornada inolvidable: la constitución de las Cortes.

24 de septiembre de 1810

La iglesia Mayor parroquial de la Isla de León estaba repleta de invitados cuando llegó Álvaro. Lo hizo como uno de los tres asistentes del general Castaños. Sería de los pocos que aquella mañana podría asistir en primera fila al acto de Juramento de las Cortes constituyentes, el parlamento que terminaría con el viejo régimen absolutista y dotaría a España y a sus colonias en América de sus primeras leyes democráticas; de normas mucho más liberales y abiertas.

Si ya de por sí la ciudad estaba abarrotada, ese día en Cádiz no cabía un

alfiler. Miles de personas en la calle disfrutaban a pesar del tiempo lluvioso de los festejos. Ya en el interior de la iglesia se oficiaron los actos religiosos oportunos para dar gracias a Dios por las victorias aliadas: triduos, novenas, letanías, Te deum... Oficiaba la misa el solemne cardenal arzobispo de Toledo, don Luis de Borbón, tío del nuevo rey y viejo conocido de Álvaro de sus años en el Círculo. Uno a uno los diputados fueron jurando defender la fe católica, la unidad de la patria, la ley, la justicia y a su rey Fernando VII mientras se lanzaban salvas y el público vitoreaba a los juramentados. Tras los oficios religiosos, los nuevos diputados y las autoridades marcharon en comitiva solemne por el centro de la ciudad hasta el Teatro de los Cómicos, nueva sede del parlamento. Más de un centenar de estirados hombres de negro, con los regentes a la cabeza, eran rociados con pétalos de flores.

La ciudad llevaba días engalanándose para la celebración y no había balcón, comercio o edificio público que no luciera guirnalda de flores, banderas o cintas. La gente, vestida de gala, acompañaba a la marcha durante todo el recorrido mientras los navíos fondeados en la bahía comenzaron a disparar salvas. Todas las campanas de la ciudad repicaban ese día a gloria.

Al día siguiente comenzarían las sesiones y había expectación por saber qué dirían aquellos ilustres y polémicos hombres de gobierno a los españoles, en esos momentos trágicos en que el país estaba en guerra y acogotado por los ejércitos imperiales de Napoleón. Los palcos se llenaron de asistentes que durante toda la jornada aplaudieron las intervenciones.

El interior del teatro se había pintado con los colores de la enseña nacional, en rojo y amarillo, y se había colocado un sillón vacío —el del trono— en el centro. En el palco inferior, el más cercano al escenario, estaba ubicado el cuerpo diplomático, la nobleza y los oficiales del ejército. Arriba, en los asientos de gallinero, los vecinos de Cádiz que habían querido asistir. Los diputados se sentaban en hileras en la zona más baja, en el patio de butacas; el recinto de forma elíptica estaba presidido por un gran cuadro de Su Majestad. Ese primer día se aprobaba el primer decreto para declarar oficialmente constituido el nuevo parlamento de la nación y lo hacía con gran presencia de plumillas porque estaba previsto votar a favor de decretar libertad de pensamiento y prensa. Tomó la palabra uno de los oradores más esperados. Quintana hizo un mohín de desagrado. El hombre que subía al estrado vestía sotana, era cura, pero lamentablemente —se quejaba el obispo regente— era

poco afin al espíritu de la iglesia.

—Toma la palabra monseñor Diego

Martínez Torero, Diputado por
Extremadura.

Ruido de vítores, vivas y pitidos sonaban por doquier en un estruendo insufrible. Álvaro apenas si entendía lo que decía. Entre aplausos y gritos era casi imposible seguir su breve discurso.

—La nación incluye a los españoles de ambos hemisferios, la soberanía reside en la nación y en sus ciudadanos y por tanto pertenece a estos exclusivamente el derecho a establecer sus leyes fundamentales. ¡La nación es libre e independiente y no puede ser patrimonio de ninguna persona!

—¡Bravo! ¡Viva España! —gritaba la gente.

Álvaro notó que se le humedecían los ojos. Solo era palabras, pero contenían la tan deseada justicia social, la modernización política y legal que el país necesitaba, por la que durante años tanta gente había luchado y muerto. Ideas por las que toda Europa llevaba años bañada en sangre. Separación de poderes, muerte del absolutismo, abolición de los tribunales de la inquisición. Las primeras personas en quienes pensó que deberían haber estado allí sentadas y sin embargo estaban ausentes fueron M^a Teresa, Jovellanos, Juan Ordóñez, Luis... y también Lola, su Lola. Ella también merecería estar allí... Todos ellos deberían haber podido disfrutar de esa mañana mágica y esperaba que estuviesen donde estuviesen, les llegase el estruendo de los vítores, saborearan la pólvora de los cañones lanzando las descargas y la felicidad que irradiaba Cádiz por sus cuatro costados.

—¡Bravo! —seguía gritando la gente en el estrado y Álvaro comprendió que aquello eran mucho más que palabras, era una verdadera revolución.

Cuánto le hubiera gustado brindar con ello con la marquesa y haber besado a Lola en ese instante, haberle dicho: “nuestro sacrificio, mi amor, ha valido la pena...”. Necesitaba tenerla allí, compartir con ella esos momentos asombrosos... En ese instante pensó que estaba harto ya de cartas sin contestar y que le enviaría una para celebrar una boda por poderes y hacer que ella pudiese reunirse con él en breve. Sí, haría eso. No deseaba seguir esperando más. Pensaba en ello cuando vio como con sus antiparras, Elena Palafox no le quitaba ojo desde su asiento.

Se oyeron las bombas francesas que más que asustar parecían querer unirse

a la fiesta y Álvaro, feliz, saludó cortésmente desde lo lejos a la joven.

De nuevo volvió a encontrársela esa noche en la cela de gala dada por la Regencia —para despedirse dado que su poder había sido transferido ya a las Cortes—, en el Casino. La joven era bonita, y atenta, pero sus atenciones podían resultar agobiantes. Dejándola con la palabra en la boca, después de no haberse podido deshacer de ella en toda la noche, Álvaro regresó a su casa. Agotado, pero feliz, pensando en escribir a Lola y decirle lo que pensaba. Toño le esperaba aún despierto.

—Señor, no he querido acostarme sin entregarle esta carta llegada de Madrid...

Álvaro se la quitó de la mano. Parecía el día perfecto. ¡Por fin le llegaba carta de Lola!

Abrió el sobre lacrado mientras su criado le ayudaba a quitarse las botas. De un vistazo comprobó desanimado que era de la marquesa de la Roca y sus palabras le dejaron mundo.

Espero que te encuentres bien, aunque las noticias que tengo que darte son pésimas. Nuestro querido Juan Ordóñez ha desaparecido en tierras de Salamanca y Bellavista le da por muerto. Espero que sus presagios no se cumplan y haya sobrevivido al ataque que sufrió su carruaje y que mató a sus dos acompañantes.

Álvaro tragó saliva sin poder creer lo que estaba leyendo.

Por lo demás, comentarte que Lola ha regresado finalmente a Madrid. Dado que Juan no pudo ir a buscarla, su hermano la hizo escoltar por sus hombres. Está sana y salva, aunque no se ha tomado demasiado bien tu anuncio de boda con Leonor. Nuestras explicaciones son insuficientes si tú no acompañas... ¿Se puede saber por qué no le escribes? Está muy, muy enfadada. Está que trina.

Álvaro maldijo. ¿Cómo era posible que no le hubiesen llegado sus cartas si había escrito al menos una docena? Decididamente aquellas malas noticias le habían arruinado el día. Una ola de furia le subió hasta la garganta y astilló la puerta de un puñetazo. Toño corrió con una jofaina de agua fresca a ayudarle, pero Álvaro, sin escucharle, cerró su alcoba de un portazo. No quería ver a

nadie.

Madrid, diciembre 1810

M^a Teresa esperaba esa tarde de otoño la visita de Lola e Isabela. Las dos muchachas habían ido con frecuencia a verla y a ayudarla con sus tareas. La última era recoger niños huérfanos de la calle. Sabía que era algo absurdo, que no podría cobijar a todos los abandonados que vagaban por la ciudad, solos, desamparados, después de que sus padres hubiesen fallecido de inanición o frío. Madrid daba miedo y la marquesa no podía dejar a esas criaturas llorando, algunas encima de los mismos cadáveres, hasta que estos eran recogidos por los carros de los funcionarios. Lola e Isabela la habían ayudado, pero todo lo que hacían parecía insuficiente.

M^a Teresa había quedado favorablemente impresionada por la diligencia de Isabela, a la que hasta entonces apenas había tratado. Siempre le había parecido una preciosa y frágil muñeca, tan rubia, tan delgada, pero podía ser tan brava como Lola. Había sido ella quien con determinación había atendido a la marquesa durante su enfermedad, a Clara en la terrible pérdida de Juan y a Lola por el disgusto con Álvaro. También se había encargado de atender a las más pequeñas de su casa mientras su tía mataba el aburrimiento jugando a los naipes con las vecinas.

La marquesa oyó la campanilla y vio a su criado Serafín bajar a abrir. Subían corriendo las dos cuando la marquesa se atrevió a salir hasta el descansillo, apoyada en su bastón. Llevaba casi dos meses en una silla sin movilidad debido a una grave caída y a que estaba convaleciente de una pulmonía.

—Oh, mis pequeñas, no sabéis cómo me alegro de veros.

—¡Marquesa! —dijo Lola abrazada a la anciana, llorando—. ¡Tenemos maravillosas noticias! Juan está vivo. Hemos sabido de él. Clara no para de llorar y de reír.

—¡Virgen santa, sí que es buena noticia! ¿Dónde está? ¿Qué le pasó? — Según parece una partida de guerrilleros le encontró moribundo y le trasladó

cerca de Salamanca, a un pueblo, donde ha estado recuperándose. Estuvo mucho tiempo inconsciente... y ahora se ha unido a Julián Sánchez, un guerrillero de la zona. Ha sido a través de un hombre de este como nos ha llegado la carta. No se fía de nadie. Nos ha dicho que espera venir a Madrid en cuanto pueda, pero que hay algo que tiene que hacer allí que no admite demora. Mandaba un gran beso para Clara y le pedía perdón por lo mucho que la habría hecho sufrir. Le habríamos traído la carta si Clara la hubiese soltado —dijo riéndose Lola.

—Me alegro... dios, sí que me alegro. Francamente, según iban pasando los días me iban quedando menos esperanzas de que hubiera sobrevivido. Me alegro y además —dijo mirándolas muy seriamente— ahora sí que podréis cumplir mis órdenes. Cogeréis a vuestra familia y os marcharéis todos a mi casa en Aranjuez. Allí hay menos problemas con la escasez de alimentos. Hay huerta y hay caza... espero que sea un lugar más seguro que la capital.

—Yo no me voy sin usted —dijo

Lola.

—¡Sabes que no puedo abandonar a estos niños! Además, no estoy recuperada para viajar aún. Cuando me encuentre mejor y pueda moverme, iré.

—Sola no podrá atenderlos aquí. Yo me quedaré con usted en Madrid cuidándolos. Además, sé de un lugar clandestino donde la guerrilla se aprovisiona de víveres en el mercado negro y podríamos adquirir comida más barata o al menos que no esté podrida. Luis me habló de ese sitio a mi partida por si lo necesitábamos... Tengo el sello de mi hermano para las compras. Lo mejor será que Isabela se traslade a Aranjuez con los demás y nosotras nos quedemos aquí con estos niñitos hasta que pueda viajar.

—Si Isabela acepta, yo de acuerdo — dijo la marquesa—. Además, supongo que antes de irte tendrías que hablar con Bellavista. Todavía estás a sus órdenes.

—Ya hace tiempo que no hago gran cosa. La última vez que fui a verle para preguntarle si me había llegado carta de Álvaro me dijo que no, pero que si me aburría —contó Lola con guasa— él podría darme algo que hacer. Quiere que aproveche mi amistad con ciertas personas para introducirme en el círculo de José I. Ya le he dicho que no.

—Le has dicho que no, pero no has renunciado a esas amistades, por lo menos a una que yo sepa. ¿No tendrá que ver el joven Enrique de la Vega con

que quieras quedarte aquí?

—No, claro que no. Lo hago por ayudarla y porque además necesito estar pendiente por si llega carta de Álvaro. Ya le he escrito al menos diez y sigo sin respuesta. No es normal.

—Estás segura de que Bellavista no tiene nada que ver... Mira que conozco bien a ese viejo truhán.

—No creo. Me dijo muy serio que no tenía carta de él, solo un escrito con datos políticos que yo misma vi y que iban firmados por él... Realmente soy una mujer sensata, hasta puedo comprender que se viera en un lío y apareciera lo de la boda con Leonor, pero su comportamiento es extraño. ¡Está empezando a terminar con mi paciencia!

—Tal vez sea una forma de darte a entender que ya no le interesas —dijo Isabela.

—No lo creo. El día que hablé con él antes de que se marchara para Cádiz me contó lo muy enamorado que estaba de ella —contestó la marquesa—. No creo que fuese a cambiar de opinión tan deprisa.

—Pues ya me dirá... ¿Contestó a su carta?

—No, tampoco. Verdaderamente es incomprensible su actitud. Comprendo que esté ocupado, ¿pero hasta el extremo de olvidarse de sus obligaciones aquí?

—Sea como sea —intervino Isabela — yo me iré si en un mes se reúnen conmigo.

—Lo haremos. En un mes estaremos allí —le dijeron ambas.

Cádiz

La línea estática de lanchas cañoneras situadas en las zonas de Gallineras, la Carraca y Sancti Petri, protegía uno de los flancos de la ciudad pero esa mañana había cundido la alarma entre los aliados al saberse de planes franceses, interceptados por un correo del coronel Lejeune, edecán del mariscal Berthier, para acometer una ofensiva incendiaria por la cortadura del Arrecife. El capitán Cayetano Valdés había mantenido una reunión de urgencia con el almirante Purvis y oficiales de ambos países habían decidido, sobre mapas extendidos en una gran mesa, no esperar más. Esa misma noche saldrían

de caza.

No con grandes barcos de guerra, que seguirían su tarea de bombardeo al Trocadero y defensa de la bahía, sino con una incursión rápida. El objetivo era incendiar sus puestos, destruir la línea de ataque que habían levantado y que cada vez estaba más cerca de la ciudad y adentrarse por el laberinto de canales y los caños que rodeaban Cádiz, hasta sus posiciones más sensibles.

El grupo comandado por el propio Valdés, responsable de las Fuerzas Sutilas de la Bahía, partió a las doce de la noche, en medio de la oscuridad, acompañado por al menos una veintena de lanchas. Con ellos llevaban diez incendiarias, cargadas con balas rojas y pólvora, que encenderían y dejarían a la deriva cerca de sus costas, estudiando las mareas para que estas les arrastrarán prendiendo fuego a sus reservas. Álvaro había sabido de la operación por Bard y junto a este y otros oficiales, tanto españoles como ingleses, esperaban noticias desde la azotea de la Aduana, gemelos en mano, sin perder de vista el movimiento de los suyos mientras los destellos de los faros, de las luces azules de los mosqueteros de las naos y el sonido chisporroteando de disparos a lo lejos, les hicieron centrarse en el punto donde estaban teniendo lugar las operaciones.

Hasta allí llegaba el ruido amortiguado de la lucha y enseguida pudieron ver cómo grandes bolas de fuego explotaban en la lejanía. Los franceses habían hecho sonar las alarmas, el ataque de los sitiados les había pillado de improviso y una tras otra, a lo largo de la costa, empezaron a encenderse las bases militares, a sonar sirenas, voces, el disparo ininterrumpido de las bocas de los cañones; también vieron cómo varias lanchas aliadas ardían y se hundían en el mar.

Dos pequeños navíos corsarios españoles, de traficantes y contrabandistas ahora trabajando para el gobierno, protegían a estas lanchas y además tenían la obligación de perseguir a aquellas francesas que intentaran escapar de la quema. La lucha corsaria en aguas de Cádiz era vital para sobrevivir a la guerra. Durante al menos tres horas la lucha fue encarnizada. A las cuatro de la madrugada, Valdés regresaba con tres lanchas menos, pero con la misión cumplida. Álvaro y los demás, se fueron a dormir.

Capítulo 29

La batalla había costado muchas vidas y había servido de poco. Aunque desde la comandancia militar y el gobierno la quisieran vender como una victoria, lo cierto era que Cádiz seguía sitiada por Claude Víctor. El astuto mariscal había resistido el ataque sorpresa perpetrado hacía días por el ejército anglo español. Los aliados habían recibido un chivatazo de que las tropas del mariscal habían quedado diezmadas al tener que enviar parte de ellas como refuerzo a su colega Soult en Extremadura y habían decidido actuar con rapidez.

El operativo había sido ágil. Se habían movilizado veinte mil soldados españoles e ingleses de la guarnición de Isla de León y se les había embarcado rumbo a Tarifa. Habían sorteado un temporal y desembarcado con la idea de marchar a pie hasta Medina Sidonia, rodear al grueso del ejército enemigo por dos flancos y derrotarle. Parte de la guarnición española se había quedado en el istmo de Sancti Petri para impedir que el ejército imperial, en un descuido, pudiese marchar sobre Cádiz e invadir la ciudad. El plan estaba estudiado, pero algo, había salido mal. El temporal de viento y lluvia que les había azotado, la astucia del francés al que era difícil engañar y, lo peor, la falta de entendimiento entre mandos británicos y españoles. Los primeros acusaban al comandante español Miguel de la Peña de haber sido un negligente y no haber acudido a sus llamadas de auxilio; de no haber perseguido a los franceses cuando estos habían huido por los bosques cercanos a Chiclana permitiéndoles reagruparse. Esta maniobra había obligado a los aliados a volver a encerrarse en Cádiz sin haber logrado su objetivo: romper el sitio y obligar a los franceses a retrasar su línea. Las relaciones entre británicos y españoles estaban peor que nunca y no cabía duda de que los franceses lo sabrían pronto, si no lo sabían ya. Víctor parecía satisfecho. A pesar de haber perdido bastantes hombres y su estandarte con el águila real, andaría relamiéndose en su tienda de Puerto Real.

—La tormenta sorprendió al ejército aliado en pleno mar. La mitad de las tropas no pudieron desembarcar en Tarifa como estaba previsto y los hombres de Graham se vieron obligados a navegar más allá, hasta Algeciras. Se unieron al batallón del coronel Browne tarde y ya se empezó con mal pie — intentaba explicar el brigadier Diego de Alvear al general Castaños en el juicio que se estaba celebrando en la Comandancia.

Había sido una instrucción rápida. Los ingleses habían pedido la cabeza de De la Peña y se había generado un escándalo. Se decía que Graham había presentado su dimisión con tal de marcharse de allí y que varios mandos de uno y otro país habían terminado a puñetazo limpio en un café hacía dos noches. La falta de entendimiento podría dar al traste con la alianza que tanto trabajo había costado firmar. Castaños esperaba una explicación que pudiera rebajar la vergüenza que había sentido ante semejante actuación de uno de sus oficiales. Ahora comprendía qué motivos había tenido este para actuar como lo había hecho. Aun así, no se le escapaba que las consecuencias de todo aquello serían graves.

—¡Malditos salmonetes! —dijo en voz baja aludiendo al mote que los gaditanos habían dado a los británicos por el color rojo de sus casacas.

—Lardizábal al frente del ejército de vanguardia y el mariscal Santiago Whittingham al mando de la caballería han actuado correctamente —seguida exponiendo de pie en el estrado durante su intervención ante el Tribunal Militar, Diego de Alvear—. Se intentó llegar a Medina Sidonia, pero Victor sospechó de la operación y cortó la avanzadilla. Se situó en el camino de Conil y concentró allí a miles de sus soldados, dos de sus mejores divisiones al mando de Ruffin y Leval en los pinares de Chiclana. La vanguardia española atacó a la división Villate obligándola a retirarse, pero De la Peña no quiso seguirles. Los demás lucharon durante horas y al final los franceses, con Ruffin prisionero y el General Rousseau herido mortalmente, dieron marcha atrás para replegarse. Graham pidió ayuda a De la Peña para perseguir a Victor hasta el final y diezmar sus filas, pero el español se negó, no podía arriesgarse a perder Cádiz en manos de algunas de las divisiones francesas que aún estaban más próximas.

—Sí, eso es cierto. Victor seguía teniendo hombres en Puerto Real, Sanlúcar de Barrameda, Jerez... — comentó Castaños.

—Graham está muy enfadado y culpa a los españoles de no haber dado la puntilla a Victor y haber terminado con el sitio. Quiere dejar esta plaza y pide que se degrade a De la Peña. La situación es extremadamente tensa y mucho me temo que puede ir a peor — terminó Alvear su exposición.

—¡Gracias! Puede sentarse —dijo Castaños.

Este, junto al resto de mandos, llevaba toda la mañana estudiando el asunto. Habían obligado a De la Peña a rendir cuentas y elaborar un informe preciso

con lo sucedido. Al final, tras un agrio debate entre ellos, habían decidido relevarle del mando y trasladarle a otra zona, pero no degradarle o enviarle al paredón por traición, como algunos ingleses pretendían.

Por su parte, el embajador lord Wellesley les había notificado que relevaría y trasladaría a Graham fuera de Cádiz. De hecho se uniría a Wellington en el norte. Una vez hechos públicos ambos veredictos, los miembros del jurado, testigos y oficiales que habían asistido a él abandonaron la sala. Álvaro había concurrido desde los banquillos del personal diplomático con el fin de dar rendida cuenta de lo que allí estaba pasando a Bellavista a Madrid. Ya en la puerta, con su bicornio en la mano, se despedía de unos conocidos cuando oyó que le llamaban. Era el propio Alvear que le hacía una señal para que se acercara.

—Espero que su amigo el capitán Bard esté bien —le dijo Alvear—. Vaya a visitarle y mantenga la relación. Es importante que los pocos contactos amistosos que mantenemos ahora con los británicos no se rompan definitivamente. Este no es el primer caso de falta de entendimiento... y tampoco será el último. Lo que se rompe en el campo de batalla habrá que solucionarlo en las recepciones diplomáticas y en los despachos, ya me entiende —dijo y el otro afirmó.

Álvaro le miró detenidamente y admiró su entereza. Alvear era un gran marino y un gran profesional. Había perdido a la mayor parte de su familia, a su mujer y a todos sus hijos excepto al mayor, en un barco atacado por ingleses hacía cinco años y aun así era capaz de hablar como lo hacía, de mantener la serenidad ante el desastre. El no hubiera sido capaz. Solo de pensar en ver morir a Lola o a Inés, en un navío que saltase por los aires lo hacía estremecer.

—No se preocupe, señor. Gerard Bard está bien aunque la herida que recibió en el muslo es muy profunda. Temieron que se quedase cojo o incluso que hubiese que amputar la pierna si la infección no se cortaba. Estos días atrás estuvo con mucha fiebre, pero parece que está mejor. Ahora mismo voy al hospital —le dijo.

—Ofrézcale nuestros respetos. Esperamos verle pronto. Por otro lado —siguió el brigadier—, sé que este no es buen momento para tratar asuntos personales, pero me ha dicho Castaños que desea salir de Cádiz y viajar a Madrid; lamento no estar de acuerdo. No he dado mi autorización. Le

necesitamos aquí.

—¡Pero solo serían unos días! Regresaría de inmediato —le dijo y el otro negó con la cabeza ya de espaldas, camino del exterior.

Álvaro protestó sin que nadie le hiciese el mayor caso. Se temía que le dijeran algo así, pero es que nunca era buen momento. Bellavista le había reenviado una carta de Lola de hacía meses en donde ella apenas decía nada. No le contestaba a su petición de casarse por poderes, ni le daba su parecer sobre lo ocurrido con Leonor, solo hablaba de algunos pormenores de su viaje de regreso a Madrid. La carta no tenía mucha chispa, no parecía de ella. Álvaro temía que estuviese desalentada por todo lo sucedido, pero algo tenía claro: si la montaña no iba a Mahoma, Mahoma iría a la montaña. Tenía que encontrar la forma de salir de allí unos días para verla. Volvería con ella como esposa aunque se tuviera que casar en polainas y traérsela a rastras.

Por otro lado, no le iban mal unos días más en Cádiz. No le gustaba la idea de dejar a Bard gravemente herido y solo en medio del conflicto diplomático. Si Lola se había tomado su tiempo para contestarle, bien podía esperar un mes más para verle.

Además estaba mucho más tranquilo desde que había sabido, por Bellavista, que Juan había reaparecido vivo aunque siguiese en el norte. No terminaba de alegrarse por un amigo que reaparecía, cuando temía ahora por la vida del otro.

Gerard Bard llevaba diez días convaleciente en una cama. Aunque realizara tareas principalmente diplomáticas era un militar y había participado con su regimiento en la batalla de la Barrosa, en Chiclana, a las órdenes de su superior, el coronel Browne. Había resultado herido cerca de Conil y desde allí había sido trasladado en penosas condiciones a Cádiz, llegando al hospital de campaña al borde de la muerte. Las ágiles manos del doctor que le había atendido le habían salvado la vida, pero en el caos de la batalla, y en las refriegas de Algeciras a Puerto Real, se calculaba que habían muerto esa semana más de mil ingleses y todavía se seguía buscando e identificando sus cuerpos por toda la costa.

Oyó caer una bomba y, como los demás, corrió a ponerse a salvo. En aquella zona pegada a la muralla los franceses habían conseguido alcanzar las zonas residenciales. Llevaban muchos meses perfeccionando los tiros y poco a poco habían logrado aumentar las varas de distancia y acertar cada vez con

más frecuencia intramuros.

Oyó y vio como, hacia las torres de Vigía y Tavira, la gente chillaba y se levantaba una humareda intensa. El ruido de los obuses sobre cúpulas y azoteas retumbaba en toda la ciudad. Un edificio debía haber quedado sepultado bajo el fuego de mortero porque salían de él unas llamas altísimas. Habría muertos, seguro.

Después de un par de carreras y de tener que protegerse media hora en un portal a la espera de que las bombas parasen, Álvaro se dirigió al hospital. Más tarde pasaría por casa de Toño a visitar a la madre del chaval que había resultado gravemente herida. Toño estaba decidido a dejarle para alistarse en alguno de los grupos de voluntarios y servir así a su ciudad, pero él le había convencido de que no era necesario; de que solo era un mocoso y de que había otras formas de echar una mano. En ello iba pensando cuando a lo lejos divisó varias barcas de pesca que entraban en la bocana del puerto minimizadas por el impacto visual de las grandes moles de guerra, rodeadas de gaviotas que histéricas sobrevolaban su velamen. Unos minutos después llegaba a su destino.

—*Please, documentation!* —le pidió el centinela que estaba de guardia en el hospital militar donde Bard había sido ingresado.

Álvaro le mostró todos sus papeles y entró. Recorrió los largos pasillos acristalados donde solo se escuchaban lamentos y quejidos, voces susurrantes de médicos y el crujir de los hábitos de las monjas que ayudaban. Con sus puntiagudas cofias blancas iban y venían llevando vendas, formol, láudano, brandy o calmando la ansiedad de los que estaban en la antesala de la pieza quirúrgica donde los doctores seguían amputando y operando. En la segunda habitación a la derecha, casi a oscuras ya por la puesta de sol, medio dormido en su cama, estaba Bard.

—Hola, Gerard. *How are you?* —le preguntó en voz baja.

El inglés le sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro, mejorando. Agradecía el que Álvaro fuera casi a diario, le animaba en esos difíciles momentos. A pesar de todo, su ánimo estaba melancólico. Se aferraba al camafeo con el retrato minúsculo de su prometida mientras soñaba con las verdes praderas de Oxford, su hogar.

—*Don't you get bored of coming to see me everyday?* —le preguntó con la garganta reseca.

—Dónde mejor que estar aquí —le contestó Álvaro—. Es bastante más tranquilo que la comandancia militar... No te imaginas cómo sigue de tensa la cosa.

Mientras Bard se tomaba la dosis de bálsamo que le daba en ese instante una hermana, Álvaro se sentó a leerle la prensa y a contarle chismorreos que al otro le hicieron reír. La guerra unía a la gente, creaba extraños vínculos, y ellos dos habían congeniado.

—No me han dado el permiso —se sinceró Álvaro con él finalmente y el otro se encogió de hombros cómo dando a entender que le parecía lo normal.

—Espera unos días... Seguro que al final te dejan salir —le animó, pero Álvaro negó con la cabeza.

—Lo veo imposible. Aquí cuando no es una cosa es otra... Sería mejor que ella viajase hasta aquí, pero no responde. Estoy empezando seriamente a alarmarme —le comentó.

—En cuanto pase esto, que pasará, pídeselo otra vez —le dijo Bard. No te rindas... Aprovecha cualquier permiso y ve a verla. Tal vez no encuentres otra oportunidad. No escribas más, sorpréndela. A lo mejor así te perdona.

—No sé... Tal vez lo que sintiera por mí se haya evaporado. Tal vez no me quiera ya...

—¿Y tú... estás seguro de que la quieres?

—Jamás he estado más seguro de nada en mi vida. La quiero como nunca he querido a nadie.

—¿Estás seguro de a quién envías tus cartas? —le preguntó el inglés mientras aceptaba el rapé que su colega le daba y

Álvaro afirmó sin hablar. Aunque Bellavista, pensó para sí mismo, estaba últimamente más ausente que nunca. Apenas le había enviado órdenes en los últimos dos meses y sus cartas habían sido muy escuetas.

—Bueno, pues no te preocupes, que al final, esa mujercita será tuya.

—Eso espero. No puedo imaginarme la vida ya sin ella.

—¿Tan perfecta es? —le preguntó el otro riéndose.

—¡Tiene mil defectos, pero ya la amo así! No la cambiaría por nada en el mundo... y mira que he tenido mujeres.

—¿Y la señorita Palafox?

—Nada —le contestó sorprendido Álvaro—, solo es una conocida.

—*She wantss something* —le dijo.

—No, hombre, solo que es un poco pegajosa.

—Pues ándate con cuidado porque cualquier día te dará el susto —dijo riéndose, doblándose del dolor por la risa.

—Vamos, deja de decir tonterías y levántate. Te ha dicho el doctor que andes.

—No puedo —se quejó el otro, pero Álvaro le alzó y le sacó al pasillo.

Tras varios paseos y charla en otras habitaciones con otros heridos, Álvaro dejó a su amigo ya anochecido. Se le hacía tarde y tenía que ir al barrio de Puntales y luego a la Viña a visitar a la madre de Toño. En un simón alquilado atravesó la ciudad y una vez allí le ofreció a Toño unas monedas para que comprase alguna medicina para su madre y el comiera algo. Una hermana mayor, a la que había conocido la noche que se había quedado en la azotea, le saludó.

—Señor, mire que *to* es poco lo que tenemos *pa* usted, que esta es *morá* de pobres, pero si quiere comer *argo*, está en su casa.

Álvaro no se lo pensó. Estaba canino y no le apetecía cenar esa noche solo. Aunque hacía frío la noche estaba apacible. Cerca de la azotea colocaron unas jarras con vino y un caldero con coles. Toño le puso al día de las disputas que a otros niveles había. Las distintas milicias de cada barrio estaban también en pie de guerra.

—Los lechuguinos dicen que han *recogió* más de doscientas bombas sin explotar la otra noche y que las van a entrega a las autoridades. ¡Exageraos! Ni que fueran a caerles *toítas* a ellos.

—*Risiones* —dijo la hermana y soltó una risotada al ver a Toño imitar con la escoba en alto el desfile de los *gaucamayos*, la milicia de voluntarios distinguidos del barrio de al lado. Se les llamaba así por el vistoso uniforme: pololos blancos, dolman rojo y verde, bicornio verde con escarapela y pluma escarlata.

—¡Los mejores somos nosotros, señor, los perejiles, las milicias de Puntales!

—¡Ya veo, ya! —se reía Álvaro.

—Por cierto, señor, que me he *enterao* esta mañana en el puerto que van a vaciar el castillo de San Sebastián y fusilar a *tos* los *mesius* esos que *tien* allí *encerraos*. ¿Es verdad?

—No que yo sepa... ¿Cómo van a fusilarlos a todos? Y además, los que están allí son españoles, afrancesados, pero españoles. Esta mañana se han firmado algunas penas de muerte por alta traición, pero a tres o cuatro personas. Los demás seguirán allí — dijo mientras veía relucir el resplandor de un obús que sobrevolaba el cielo en su dirección.

—¡Rápido, señor, salgamos! —gritó Toño—, cuando empiezan a caer así... son *mu* peligrosos —y señaló el edificio de la esquina que había ardido por los cuatro costados no hacía mucho.

Oyeron otra vez y todo el grupo se lanzó calle abajo, incluida la madre a la que entre la hermana y un vecino habían levantando de la cama. Escaleras abajo corrieron a la plaza donde iban confluyendo con más vecinos.

—¡Maldita sea! —gritó el duque—. Otra vez empiezan. Desde el Trocadero, el fuego que escupían las bocas de los cañones de veinticuatro libras, resulta atronador.

La gente corría y mientras unos se internaban hacia el corazón de la ciudad, otras marcharon en dirección a la playa de la Caleta. Mujeres con niños en brazos, chales enredados en el pelo, hombres con las armas en la mano, carruajes desbocados, adolescentes uniformados marchando en formación...

Álvaro avanzó con Toño y sus vecinos y cerca de la muralla pararon a ver el espectáculo: terrible y fantástico a la vez. El mar estaba embravecido esa noche. El viento de levante se había vuelto a levantar removiendo el fango de las orillas y provocando grandes olas de espuma que se estrellaban estrepitosas contra los espigones del puerto. La artillería enemiga retumbaba y el eco de sus disparos se mezclaba con los disparos que desde los baluartes defensivos españoles enfilaban todos en su dirección. Multitud de mechas volaban por el aire dejando tras de sí, un rastro rojo fácil de seguir. Muchos a su lado se santiguan. Álvaro le pidió a Toño que se agachase y se protegiese detrás de una garita para que no fuera tan visible al contraluz. Ráfagas de viento los llenaron de polvo, arena y los salpicaron de agua.

—¡Les han *dao*, les han *dao*! — oyeron mientras un chaval les indicaba con la mano el fuego que comenzaba a envolver a varios buques en llamas que en unos minutos comenzaron a iluminar el cielo con su resplandor fosforescente. Otros dos parecían encallados fuera de la bahía. El enemigo disparaba a hundirles y la gente contemplaba atónita el suceso desde tierra. Las baterías inglesas disparaban sin parar desde sus buques y lanchas cañoneras españolas

corrían al auxilio de los marinos que dentro de los barcos afectados andaban tirándose al mar, gritando, muchos de ellos heridos.

El faro de San Sebastián hizo en ese momento una barrida e iluminó la dantesca escena.

El fuego procedente de las naves comenzó a ascender en un gigantesco espiral. Las olas arrastraban a la orilla desperdicios, tablas, cadáveres; se oía el crujir de los mástiles devorados por la hoguera mientras seguían pitando los proyectiles, uno de los cuales cayó en un polvorín.

Se oyó estallar a este en mil pedazos.

El ruido resultó ensordecedor y el resplandor les cegó a todos. La gente se había quedado paralizada, sin atreverse a respirar del miedo. El edificio había saltado por los aires y las primeras cenizas y el hollín, arrastrados por el viento, comienza a llegar hasta ellos haciendo toser a la gente. Restos incandescentes se balanceaban en las aguas y en unos minutos alcanzarían su playa. Los niños lloraban aterrados mientras la gente buscaba en el caos a sus seres queridos. Poco a poco los disparos comenzaron a espaciarse en el tiempo. Los franceses parecían estar dándose un descanso y la gente comenzó a regresar a sus viviendas. Las sirenas seguían sonando en los baluartes y grupos de voluntarios corrían desde todas direcciones hacia el lugar del desastre.

Álvaro se quedó mirando el espectáculo, atrapado en su belleza aterradora, preguntándose si hacía bien en querer llevar allí con él a Lola, en exponerla a esos peligros. ¿Sabría ella cuánto la necesitaba? ¿Cuánto hubiera deseado poderse abrazar a ella en ese instante de pánico como habían hecho otras parejas a su lado? De haber estado allí la habría envuelto en sus brazos, la habría serenado, la habría hecho sentirse mejor... Tal vez aquella solo fuera una estratagema de los hombres para forzarse a ser más valientes: tener que disimular ante sus mujeres y sus hijos, una costumbre para no ponerse a llorar ellos también.

—Señor, ¿nos vamos? —oyó preguntarle en ese instante a Toño y Álvaro afirmó sin decir nada.

Ojalá aquello terminase pronto, pensó, mientras recordaba que al menos tenían un rayo de esperanza. Entre el alto mando en la Comandancia había oído decir hacía unos días que Napoleón tenía planes de invadir Polonia y Rusia y estaba comenzando a movilizar parte de su ejército en dirección al

norte de Europa. Eso le obligaría a reducir sus efectivos en España. Debía estar harto de tener a tantos regimientos allí y que la guerra no avanzase. Esa sería para ellos su oportunidad. Con un pañuelo en la boca, tosiendo entre tanto humo y polvo, Álvaro abrazó a Toño que le tiraba de la casaca. Era lo más paternal que había hecho en su vida.

Madrid

Vestida de hombre con un blusón raído, chaquetilla y una capa parda, amplios calzones y sombrero de ala ancha cubriéndole casi toda la cara, Lola regresaba en el pequeño y

destartalado carruaje que la marquesa le había prestado. Los buenos habían sido requisados por los franceses y solo quedaban vehículos de carga para el trabajo. Desde hacía semanas y ante la imposibilidad de adquirir comida en ninguna botillería o colmado, había recurrido a la solución de emergencia: una nave clandestina situada en unos sótanos en la misma calle Fuencarral. Era un atraco, a unos precios desorbitados, pero era comida sin gusanos.

Para adquirirlos además había necesitado unos avales como los que Luis le había dado al abandonar el campamento; una especie de papeles con sellos que se intercambiaban en las partidas guerrilleras que operaban en Guadalajara, Soria y Zaragoza. Lola sabía que en Madrid también había lugares clandestinos similares en los que hacerse con una hogaza de pan que no estuviese con moho, o con algo de carne y bacalao seco. Había tardado tiempo en localizarlos, pero finalmente había dado con ellos. El estraperlo estaba a la orden del día. El que podía pagarlo, podía sobrevivir.

La situación en aquel otoño de 1811 era insostenible en Madrid. José I acababa de regresar de un viaje relámpago a París adonde había acudido a felicitar a su hermano que acaba de ser padre con su nueva esposa austriaca y a pedirle algo. El sobrino recién nacido solo había sido una excusa para solicitar más dinero y comida. Madrid se moría de hambre, la situación era una hecatombe.

Lola se bajó del pescante en el que había ido con Fulgencio, uno de los criados jóvenes de la marquesa, y dejó el vehículo en el patio de la casa. Hasta la mula estaba famélica y no tenían tampoco forraje que darle. Dos

criados más bajaron ayudarles para trasladar los sacos de comida hasta las despensas junto a los fogones.

—¡Ay, señorita! ¿Qué iba a ser de nosotros sin usted? —le dijo la cocinera.

—Gracias, Gertrudis, sabes que haría cualquier cosa por todos vosotros —dijo ella.

—¡Pero si sigue aumentando el número de huerfanitos será imposible alimentarlos!

—Lo sé, Gertrudis, lo sé... ¿pero qué otra cosa podemos hacer? Es inhumano dejar que mueran en la calle —dijo cuando uno de los más pequeños, Pedrito, un pelirrojo pecoso de cinco años, se agarró a su capa llorando de hambre.

—Toma, cómete esto —le dijo dándole unas galletas y el niño se calmó. Un instante después todos los demás rodeaban a la cocinera pidiéndole su ración.

Lola abandonó las cocinas y subió a su cuarto. Entonces oyó hablar en el salón principal. La marquesa charlaba animadamente con Enrique de la Vega. Se escondió y se introdujo por un pasillo secundario en su habitación para cambiarse de ropa y asearse. Ante De la Vega había seguido manteniendo su personaje de Sol Monforte y no quería que la descubriera de esa guisa. De la Vega podía ser verdaderamente tenaz y parecía decidido a conquistarla. Lola no sabía cómo decirle que estaba comprometida con otro sin descubrirse. Bellavista no le había autorizado a hacerlo y la marquesa le había pedido que mantuviera su auténtica personalidad en secreto de momento, mientras siguieran sin identificar al topo.

—Podrían utilizar a tu familia para presionarte si te descubrieran. Mantener el nombre de Sol Monforte es una buena tapadera. Sigue usándolo aunque no sigas trabajando para Bellavista.

Lola había aceptado a regañadientes porque le disgustaba tener que engañar a De la Vega. Le caía bien, era un hombre estupendo, una persona franca, educada, divertida, galante... colega de Luis. Solo tenía un defecto y es que no estaba defendiendo a su país. Era claramente un afrancesado. Un defensor de la República francesa, de sus ideales, y declarado enemigo de todo lo que olierá a viejo régimen o a los Borbones. Tampoco lo disimulaba. Bellavista había jugado a ganárselo en varias ocasiones —la marquesa sospechaba que en alguna ocasión podría haber sido un agente doble—, pero, finalmente, dada la situación en que se encontraban los franceses en Madrid, parecía haber optado finalmente por ellos. Lola se había mostrado reacia a recibirle después

de saber todo esto, pero tanto Bellavista como M^a Teresa le habían insistido en que no había que despreciar amistades valiosas en tiempos de guerra.

—Hay que tener amigos hasta en el infierno— le decía la marquesa—, sobre todo ahora.

Así es que allí estaban. Deberían haberle odiado, pero las dos disfrutaban de su compañía y muchos días Enrique de la Vega pasaba a visitarlas, a llevarles —en ese Madrid de estrecheces— emparedados o saquitos de azúcar, cajas de pastas o ricas fiambres. Porque los franceses no sufrían racionamientos, menos en los círculos en los que él se movía. Lola sabía que a De la Vega, con aquellas visitas, le movía algo más que la amistad. Que la estaba cortejando abiertamente y aunque ella le había dado calabazas en varias ocasiones, no se había desalentado ni perdido el buen humor. Una vez arreglada, después de quitarse el disfraz de peón con el que se movía clandestinamente por Madrid, se colocó una chaquetilla Spencer de hacía tres años, se recogió el pelo en un moño alto y bajó al salón.

—¡Querida, te esperábamos para cenar! —dijo la marquesa guiñándole un ojo—. Ya he dicho a nuestro joven amigo que has ido a ayudar a un orfanato. Ahora necesitan allí más manos que nunca.

—Sí, todas las manos son pocas — contestó Lola sentándose a la mesa. Una sopa aguada y parte del jamón que había llevado su invitado fue lo poco que M^a Teresa les pudo ofrecer.

—¿Es cierto que han detenido a Alfonso de la Viuda? —preguntó curiosa la marquesa mientras soplaba la sopa. Se refería a un conocido del círculo que harto de esconderse, se había dejado ver últimamente mucho por la capital.

—Sí, no es bueno pavonearse demasiado estos días —contestó el joven mientras aconsejaba a M^a Teresa que ella tampoco saliera demasiado.

—No he hecho nada para tener que esconderme —contestó la otra indignada.

—Ya, pero ha sido la mano derecha de Jovellanos y todo el mundo la relaciona con el gobierno rebelde. El comisario Bonín es bastante cabrón y ha detenido ya a varias personas relacionadas con la Junta. Es un pelota que cree estar haciendo méritos ante sus superiores. He hablado con el ministro para decirle que estos desmanes desmerecen a José I que es un rey muy digno —y al decir esto las mujeres carraspearon. Hablar de política abiertamente con Enrique de la Vega era terminar discutiendo seguro.

—Es lamentable que además sea un español —añadió Lola al rato.

—Bueno, algunos compatriotas están llevando a cabo políticas muy represivas contra los suyos solo por situarse. Eso la pone a usted, marquesa, en el disparadero. Podrían detenerla si se deja ver demasiado...

—Salgo poco, estoy medio coja — dijo la otra—, pero insisto en que es una vergüenza.

—Quería pedirles también la dirección de la familia Villar. Sé porque me lo comentó un día Sol que se han trasladado a Aranjuez estos días. Querría visitarles, ver cómo les va y ofrecerles mi ayuda en estos momentos de tanta necesidad. Como saben fui bastante amigo de su hermano Luis y ahora que él no está me siento en cierta medida responsable de ellas.

—Tome —le dijo la marquesa escribiéndole en un papel la dirección mientras a Lola le emocionaba aquel sencillo comentario.

La velada transcurrió tranquila y el joven se marchó pronto, prometiendo volver al día siguiente. La marquesa bufó al verle salir y recriminó a Lola su tardanza esa tarde.

—¡Cualquier día nos descubrirán! ¿Cómo has tardado tanto? Estaba de los nervios.

—Había mucha gente hoy en la nave —se explicó Lola.

—Por cierto, que habría que desalentar a este joven para que no venga tanto. Una cosa es tener amigos hasta en el infierno y otra no quitárselo de encima... Y ya sabes a qué viene. A verte a ti. Y tú estás comprometida con otro hombre. Sé que estás enfadadísima con Álvaro y que...

—Ni me le nombre —contestó mortalmente seria ella—. No quiero volver a oír a hablar de él. Si viene a darme explicaciones de lo sucedido le escucharé, pero aún no he decidido qué voy a hacer al respecto.

—No seas loca y no se te ocurra romper el compromiso.

—Podría hacerlo. Moralmente debería hacerlo. Cualquier tribunal me daría la razón, sobre todo después de que su nombre apareciera como casado con otra en los periódicos de toda la ciudad. Eso es motivo más que suficiente para mandarle a hacer gárgaras, pero lo otro —y se calló.

M^a Teresa suspiró mientras sentada en una butaca, ante la chimenea, se rellenaba la copita de marrasquino. Las palabras de Bellavista hacía unos días

habían sido demoledoras. Había dado a entender que entre los papeles que Leonor de Astiazábal le había hecho llegar con nombres de agentes, registros, pisos francos y hasta topos aparecía el de Álvaro de Urquijo como hombre afín a los bayonistas, los que habían jurado fidelidad en Bayona a Napoleón.

El vínculo vendría a través de M^a Teresa de Montalvo y O’Farrill, condesa de Jaruco, actual amante del rey José I y antaño suya. Esta había sido dama de corte de la reina M^a Luisa de

Parma y mantenido numerosas relaciones amorosas con un amplio número de caballeros entre los que había destacado durante dos años Álvaro de Urquijo. Cubana de nacimiento, la criolla era una mujer exquisita, de sangre caliente, una belleza desbordante con un gusto por el despilfarro sin paragón; tanto que se decía que tenía medio arruinado al Bonaparte. Se había casado con el hombre más rico de Cuba que por edad podría ser su abuelo y era sobrina del actual ministro de la Guerra de José I, Gonzalo O’Farrill. Era, a tenor de quienes la conocían, una manipuladora despiadada que conseguía de los hombres todo lo que se proponía.

En los mentideros de la época se había dado a entender que la bella cubana había dejado desolado al entonces pipiolo duque de Tellol para liarse con un militar de alta graduación. Ahora la Astiazábal en sus papeles indicaba que la cubana aún seguía manejándole a su antojo.

—¿Está diciéndome que Álvaro podría ser el traidor que andamos buscando y que además lo sería por una mujer? —preguntó histérica Lola a Bellavista y este se limitó a encogerse de hombros y a mirarla con semblante muy serio—.

No lo creo. Eso es mentira. Esa mujer le odia porque la dejó.

—Le odie o no, digamos que ha presentado pruebas e indicios. Y todo el mundo sabe de la relación que entre la cubana y Álvaro hubo en su día.

—¡Solo fue una aventura! —contestó M^a Teresa igualmente indignada— y los que los conocemos a ambos sabemos que fue él quien la dejó a ella. La cubana, para no montarle un lío, solo le pidió dinero y aparentar que la ruptura había sido de su cuenta... y Álvaro aceptó gustoso con tal de deshacerse de ella. ¡La O’Farrill y la Astiazábal son dos malas pécoras! ¡No las puedes creer! Es más —dijo mirándole— creo que no las crees.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Bellavista cortando el extremo de un puro que se disponía a encender.

—Porque si lo hubieras hecho, si hubieras sospechado lo más mínimo que Álvaro no era trigo limpio, no le habrías permitido continuar al lado de los actuales diputados del país, cuando supondría un gran peligro para ellos. Además, Álvaro ha tenido montones de ocasiones para haber actuado contra Jovellanos, contra ti mismo, contra Castaños y jamás lo ha hecho... a qué iba a estar esperando —dijo furiosa la marquesa tirándole un abanico a la cabeza.

Bellavista ni se inmutó.

—Bueno —dijo él—, es posible que no crea gran cosa de lo que puedan decir esas dos embusteras, pero de momento tendré al duque en observación. No voy a precipitarme y desmontar todo el operativo que tengo con él en Cádiz por esta denuncia, pero entenderán que ahora mismo le ponga en cuarentena.

—¿Y eso qué significa realmente? — preguntó Lola.

—Que no quiero que mantengan con él relación alguna, se carteen o se vean. Es mejor así hasta que este lio se aclare.

—No será necesario, de momento no la tenemos —contestó ella.

Lola había salido de la reunión hundida. ¿Había sospechas de que Álvaro podía ser finalmente el topo o estar vinculado al enemigo? Le resultaba increíble, pero toda la historia con la cubana, el silencio que había mantenido de forma incomprensible durante ya casi un año, su curioso comportamiento el día de la boda de Ordóñez, su aparición en la fiesta de disfraces... Había demasiadas piezas en aquel rompecabezas sin explicación; al menos para ella. Puede que su corazón siguiera amándole, pero su cabeza, en esos momentos, le detestaba. Lo de romper su compromiso no era ningún órdago. Lola se lo estaba planteando de verdad.

Y Enrique de la Vega solo se lo estaba poniendo más fácil.

Capítulo 30

Castilla

Llevaba un buen rato caminando. Le encantaba subir a aquella loma desde la cual ver la inmensidad de Castilla, el color amarillento de la mies, las arboledas junto al río Tormes que bajaba rápido y turbio esa tarde. Juan Ordóñez vestía como un auténtico charro, como los pobladores de esas tierras salmantinas.

Muy cerca de allí, hombres de la partida de Julián Sánchez, el guerrillero que controlaba ese territorio, le habían encontrado moribundo. De no haber sido por su curiosidad y avaricia —le habían creído muerto y le estaban registrando los bolsillos— no se hubieran topado con el documento que bien escondido le identificaba como un hombre al servicio del gobierno insurgente.

Eso le había salvado la vida... Eso y que aún le latía el pulso cuando le levantaron totalmente ensangrentado para registrarle.

Desde allí en unas parihuelas hechas con sus ponchos y dos bayonetas le habían trasladado a la aldea más próxima, Alba de Tormes, donde le habían dejado al cuidado de un matrimonio mayor a cambio de unas monedas. Eusebio y su mujer, Felisa, le habían cuidado como si fuera su propio hijo. El disparo recibido en un costado y la mucha sangre que había perdido le habrían matado si no hubiese sido porque Sánchez, al comprobar de quién se trataba, había enviado a un reputado practicante para que le extrajera la bala. Había tenido suerte. Su naturaleza sana, sus ganas de vivir y seguir luchando habían hecho lo demás.

—¡Juan, vamos, anochece! —le hizo Eusebio una señal con la mano desde debajo de la loma y Juan descendió deprisa.

El cielo tenía brochazos rosas y morados y los árboles en la lejanía se veían perfilados en negro. Por el camino polvoriento el hombre andaba arrastrando los pies, ayudado por su garrota. Eusebio sufría de las articulaciones y en aquellas tierras, extremadamente duras y frías en invierno, la artrosis le tenía baldado. El labriego era un hombre apacible,

bonachón, que no nunca había conseguido hacer realidad su sueño de tener un hijo que heredara su ganadería de reses bravas y Juan había sido como un milagro caído de cielo. Ahora que estaba restablecido y llevaba semanas conociendo la zona, al anciano se le hacía peligrosa cualquier cosa. Temía por su vida. Los franceses andaban muy cerca. Juan aligeró el paso y llegó hasta él.

—¿Lloverá mañana? —preguntó indicándole el cielo y el viejo miró hacia arriba.

—Posiblemente... aunque con el viento del norte podría incluso nevar. Sí, riete —le dijo el más mayor—, pero no conoces bien el frío que hace en estos lares. Si mañana sales temprano, aprovecha y llévate buen abrigo y comida. Al Charro le vendrán bien ambas cosas. Es un buen hombre.

—Descuide. Me llevaré también una montura de refresco y algo de la matanza que conserva su esposa del invierno pasado. Todavía me maravilla que hayan sido capaces no ya de esconderme a mí de los franceses, ¡sino a veinte gorrinos más! —dijo riéndose y el otro, le imitó.

—Sin las hermanas del convento de la Anunciación hubiera sido imposible. Metieron a todos los puercos del pueblo en un pasadizo secreto que tiene la cripta del monasterio y allí los han mantenido encerrados y tapiados meses. Los echaban de comer por una rendijilla y gracias a la audacia de las hermanas, hemos conseguido sobrevivir al paso de esos cabrones gabachos — y dicho eso escupió en el suelo como si estuviese soltando una maldición gitana al nombrar al enemigo.

—Han sido astutos, en otros pueblos las cosas no les han ido tan bien — dijo Juan y el viejo afirmó dándole la razón.

—A dos leguas de aquí —dijo Eusebio— los franceses quemaron en el pueblo todas las casas para conseguir leña. Arrancaron las puertas, los cercos, las ventanas, las empalizadas y dejaron a la gente muriéndose de frío. Y el invierno se aproxima...

La marcha de ambos continuó hasta un puente medieval que hacía mil años había sido construido sobre la base de otro puente de origen romano. El cielo flamígero se reflejaba sobre las aguas que atravesaban a borbotones los ojos del viaducto. Aquel camino pedregoso y olvidado de la mano de Dios había vivido desde luego mejores tiempos.

Formaba parte de la conocida Vía de la plata romana, el camino que Julio

César y sus legiones habían utilizado para extraer y transportar la plata y el oro del sur de la península hasta Roma. Mil años después, los cristianos, ayudados por los poderosos templarios, se habían hecho allí fuertes contra los árabes derrotando al poderoso Almanzor, señor de Al-Ándalus.

—¿Y aquella torre dices que es la casa natal de los Alba? —le preguntó curioso Juan en referencia a la familia aristócrata más importante de España y el otro afirmó.

—Sí, allí nació García Álvarez de Toledo, el primer duque de Alba. Es un palacio riquísimo que sigue siendo suyo, pero al que apenas vienen.

—Lo habrán saqueado, vete tú a saber lo qué quedara, aunque de lejos parece la casa del terror.

—Puede parecer algo lúgubre, pero yo lo visité hace años y está lleno de joyas, muebles antiguos, armaduras y legajos familiares. Lo de fuera es la fortificación de guerra original, pero dentro está reformado. De todas formas ya te digo que los Alba no visitan mucho esta propiedad. Preferirán las que tienen en Madrid o en Sevilla.

—Conozco su palacio de Madrid, es una maravilla. La mejor casa de la ciudad. Sin duda —reconoció Juan.

Hablando de cosas intrascendentes entraron en el pueblo y saludaron a algún vecino. Felisa les llamó desde la puerta de su casa. Había preparado una cena con gachas de leche tibia y se enfriarían. También tenían pan recién hecho que horneaban en un horno que los vecinos habían escondido cerca de una cantera.

—¿Te irás mañana? ¿No puedes quedarte un poco más? —le preguntó la mujer en tono de súplica y Juan tuvo que negar con la cabeza.

—Sabe usted doña Felisa que si pudiera, pasaría aquí unos días más. Sé que nadie me cuidaría mejor que usted, pero no puedo —le dijo Juan sonriéndola, mientras devoraba la comida. Tenía un hambre atroz—.

Recuerden que si llegase alguna carta para mí aquí, me hacen ustedes el favor de guardármela que será de mi esposa. Yo la recogeré a la vuelta —y los viejos afirmaron.

Entre cucharadas y trozos de pan Juan recordó la felicidad que le había embargado al recibir aquella misiva de Clara. Eran solo unas pocas líneas, trazadas de forma diestra y firme, con la tinta emborronada por las lágrimas. Clara le decía lo mucho que había llorado al creerle muerto y le daba gracias a Dios de que ahora hubiese reaparecido. Le preguntaba cuándo volvería, qué

le había pasado exactamente y si estaba seguro en su escondite. Juan reconoció que la distancia había enfebrecido su pasión hasta ese momento dulce y madura haciéndole soñar con su mujer de una forma que nunca hubiese creído posible.

—¿Su esposa no vendrá? —le preguntó la mujer y Juan negó.

Estaba bien donde estaba. Junto a las hermanas Villar y la marquesa de la Roca. Eso le daba seguridad, le permitía estar más concentrado en su labor. Además, era imposible llevarla allí con la de peligros que había corrido por el camino. Y sin saber aún quien le habría tendido la embocada. Se preguntó si habría sido esa víbora de Leonor o tal vez alguien más cercano, alguien que conociese su viaje y su ruta, pero por más vueltas que le había dado a la madeja, seguía sin desenredarla.

—¡Toma, échate un poco más de caldo! —le dijo la mujer rellenándole la escudilla—. Que con el Charro pasará hambre.

Álvaro se lo agradeció. Necesitaba estar en plena forma y recuperado para continuar con el trabajo que llevaba haciendo el último mes. Había decidido por precaución no regresar aún a Madrid, aunque había seguido realizando los trabajos que se le habían encomendado, aunque de otra forma. Se había reunido hacía veinte días con el Marquesito, como popularmente se llamaba a Díez Porlier. Se habían entendido bien, pero con quien realmente se había encontrado a gusto había sido con Julián Sánchez, su salvador.

Este era un hombre sencillo, de padres labriegos adinerados que había tenido una ligera formación militar en su juventud. Luego había abandonado su carrera en el ejército para hacerse cargo de su heredad. La guerra le había devuelto a las armas y al mando de cientos de hombres. Controlaba junto a la partida de Díez Porlier los caminos de la vieja Castilla, hostigando sin parar a los gabachos y ayudando a su manera al ejército aliado, primero a las órdenes del general Wilson y ahora de las del propio lord Wellington. Era tal su fuerza y la cantidad de hombres a su mando, que la Regencia le había concedido hacía meses a su partida el título de Regimiento de Lanceros de Castilla. Lo gracioso es que en vez de lanzas usaban garrochas. Los palos que en los campos castellanos los vaqueros usaban para trasladar a las reses bravas.

Los charros, la gente del lugar, eran fantásticos jinetes y con su monta estaban causando el terror a la elitista caballería gala. En los campos y dehesas abiertos los charros se lanzaban a galope frenéticamente detrás de sus

piezas. A esa gente era a la que Juan se había unido con el fin de conocer el funcionamiento de las partidas guerrilleras de primera mano. Eso le había pedido Bellavista en Madrid y Juan creía que de ninguna otra forma podría lograrlo mejor que así. Resultaba peligroso, pero en esos momentos Juan sentía que necesitaba acción. Que estaba cansado de ir de un lado para otro hablando con unos y otros, llevando mensajes, discutiendo con oficiales... Sánchez no le había puesto impedimento alguno aunque le había mirado sorprendido. Finalmente le había autorizado a que, por un tiempo, se sumase a su partida.

—Recuerda que no eres hombre de campo y no dominas como ellos la garrocha, la espuela o la faca —le dijo Eusebio—. tampoco conoces como ellos las cañadas ni los atajos campo a través. Podrías verte en un apuro.

—Lo sé, conozco los peligros, pero debo hacerlo.

—¡Ay, hijo, Dios te proteja! — exclamó Felisa asustada—. Esta misma mañana he ido con mi vecina, la Paca, que también tiene un hijo con el Charro, a llevarle flores al sepulcro de Santa Teresa. Ella os protegerá.

Doña Felisa se santiguó mientras seguía con el rosario en una mano y la cuchara en la otra. Estaba convencida, como el resto del pueblo, de que la popular santa les salvaguardaría. Juan sabía de Santa Teresa de Jesús: la más importante escritora en lengua española, la mística por excelencia y la primera mujer nombrada por el Papa, Doctora de la Iglesia... Designada santa, la buena mujer no había sido nunca un alma cándida, sino una señora brillante, culta, de armas tomar, capaz de enfrentarse al rey y al *sunsun corda*. Fundadora de multitud de conventos, estaba enterrada precisamente en el de la Santa Anunciación de Alba de Tormes. La iglesia afirmaba que su cuerpo permanecía incorrupto y guardaba en un arca su brazo izquierdo y su corazón como reliquias. El convento era un lugar de veneración y muchos iban allí a rezar. Más en esos días aciagos.

Ordóñez abandonó a la mañana siguiente el pueblo para unirse a los hombres de Sánchez. Había mucho movimiento por la zona desde hacía semanas. En la reunión que habían mantenido hacía unos días con el Charro y dos de sus principales lugartenientes, se había barajado información muy valiosa. Junto a la chasca, en medio de una noche fría y estrellada, el jefe les había contado que se esperaba una gran batalla pronto en la zona. Los

movimientos estratégicos de los distintos ejércitos, aliados y franceses, llevaban a que tarde o temprano confluyeran cerca de allí. Estaban a finales de 1811 y la guerra iba avanzando inexorablemente.

Uno de los expertos del campamento entrenaba a los hombres nuevos que se iban reincorporando. En campo abierto se les enseñaba a subirse y bajarse del caballo en carrera, a montar en sillas vaqueras, luchar con garrochas y palos, lanzar cuchillos y galopar sin estribos; también a cambiar de mano en la diagonal girando a la media vuelta, a moverse en definitiva con soltura total a caballo. Juan sabía montar con etiqueta, pero no como batirse el cobre con un palo en una mano. Los entrenamientos habían sido muy duros al principio, duraban desde la salida del sol hasta el anochecer, pero finalmente le habían vigorizado. Se sentía mejor que nunca, más fuerte que nunca. El Charro quería hombres duchos porque su estrategia se basaba en la rapidez y la sorpresa de sus actuaciones y eso significaba dominar el arte de la montura y conocer al dedillo los caminos, serranías, granjas próximas donde esconderse o pozos...

—Habría que recoger parte de las tiendas de lona y desplazarnos unas leguas más al sur. En el bosque cerca de Muñoz estaríamos más protegidos —comentó el Berrugas, uno de los hombres de confianza del Charro.

—Nos moveremos siempre y cuando eso no influya en la defensa de Ciudad Rodrigo. Tenemos que asistir a los que permanecen allí sitiados —contestó el jefe.

El Charro parecía esa noche de buen humor y no era para menos. Acaba de recibir la comunicación de que el gobierno de Cádiz le había otorgado finalmente el cargo de Teniente coronel. Eso era mucho para un hombre que hasta hacia poco había pasado su vida plácidamente arreando reses. El nombramiento se lo debía a la heroicidad de su acoso al mariscal Ney, al que llevaba hostigando sin descanso desde hacía un año. Aunque este... seguía en la zona. El Charro le había causado grandes bajas, hiriendo su honor en varias ocasiones, pero Ney no había terminado de retirarse.

—¡Ordóñez! —preguntó esa noche el Charro a Juan—. ¿Quiere venir con nosotros! Nos acercaremos a Ciudad Rodrigo para reconocer in situ el campamento francés. El comandante militar de la plaza, Andrés Pérez de Herrasti, es un hombre valiente, pero no creo que pueda resistir mucho más. Tendríamos que actuar ya. Nos han pedido ayuda y primero tendremos que

reconocer el terreno.

—Será un honor poder ir con ustedes —contestó Juan sorprendido de que finalmente le invitaran a una de sus operaciones relámpago.

A pesar del cansancio por la marcha de la mañana, Juan se puso de nuevo sus botas de caña alta, los pantalones charros, la chaquetilla, el sombrero de ala ancha de cuero, un poncho de lana por encima y subió a su montura. Con un fusil al hombro y una pistola al cinto, se sintió poderoso. Bien entrada la noche, y en silencio, un grupo de una treintena de hombres inició la marcha a caballo por estrechos caminos. En escasas dos horas divisaron las tímidas luces del campamento francés establecido a las puertas de Ciudad Rodrigo. Esa noche no pretendían embestir al destacamento de Ney, que era mucho mayor, sino verificar las posiciones para un posterior ataque en días sucesivos. Mientras varios jinetes se quedaban a la espalda de la ciudad, en un bosquecillo junto al río, otros se adentraron escalando la parte más septentrional de la muralla. Lo hicieron con tal agilidad, en unos minutos, que Juan no pudo por menos que mirarlos asombrado. A él le hubiera sido imposible tal proeza física.

—*Donnez moi du vin* —oyeron de fondo a los gabachos.

En el silencio sepulcral oían las risas y los cantos algo chispados de los franceses. El ruido de entrechocar las cacerolas que estaban siendo limpiadas tras la cena con rastrojos en las orillas del riachuelo por el grupo de turno, el crepitar de llamas en la pradera frente a la puerta principal de la ciudad... Resultaba evidente que los galos habían bajado la guardia. Llevaban vigilando meses esa puerta y no debían esperar sorpresas.

Una hora más tarde, los hombres que se habían infiltrado salían sigilosamente. Se montaron todos en sus caballos y regresaron al campamento. A Juan aún le latía el corazón con fuerza. ¿Cómo era posible que los gabachos no se hubiesen percatado de su presencia? Parecía una imprudencia toda la operación, pero así de osados y valientes eran esos guerrilleros. Era entendible que Ney y los franceses renegaran de ellos. Cinco horas después de su partida, el grupo regresaba a su base. Juan iba a acostarse cuando comprobó que dos ingleses identificados con sus casacas rojas esperaban en la tienda del Charro para hablar con este a esas horas intempestivas. ¿Estaría la batalla crucial de la que se hablaba en marcha o simplemente llevarían órdenes de Wellington?

Sin esperar a enterarse Juan se fue a acostar. En su colchón de paja, cogió el diminuto retrato de Clara que tenía desde el día de su boda y le dio un casto beso. Luego, se durmió profundamente.

Madrid

Clara tenía las manos rojas y despellejadas de trabajar en el campo. No era la primera vez que cuidaba de un huerto, pero una cosa era pasar el rato en el convento ayudando a recolectar las plantas medicinales y otra trabajar a destajo en aquellos huertos abandonados desde hacía tiempo para poder comer. La idea había sido de Isabela que era un verdadero sargento de hierro. Cerca de donde ella estaba, metida hasta los tobillos en el barro, Josefina, Ana y la tía María protestaban sin parar. Las lágrimas de cocodrilo de su tía no conmovieron lo más mínimo a Isabela que parecía un capataz con látigo.

—Tenemos a una docena de mujeres que llevan meses trabajando unas fanegas. Ahora hemos recogido una cosecha y tenemos incluso setas de los bosques cercanos. También estamos plantando para primavera. Solo puedo ofrecerle lo que tengo, poco más y estos sacos de patata. No es que sean precisamente un manjar porque las papas no las comen más que los gorrinos, pero no hay más —le estaba diciendo Isabela a un individuo que había ido esa mañana a verla con el propósito de comprarle parte de la producción.

Vestida con un modesto traje de franela marrón, de una de las sirvientas, una cofia y un delantal blanco, gruesas botas y con el pelo recogido daba órdenes a diestro y siniestro incluidos varios niños hijos del servicio de la marquesa. Esos días habían ayudado a llenar sacos, almacenar pienso y forraje y preparar el abono para la nueva plantación.

—¡Agustina, la comida sobre las dos de la tarde, no antes! —le dijo a la cocinera—. Clara y yo nos acercaremos con el carro al mercado a ver si encontramos algo de salmuera o carne. Matilde que vaya a recoger los huevos —le ordenó a una chica.

En ello seguía Isabela esa mañana cuando vio acercarse un carruaje desconocido por el polvoriento camino. Al sacar la cabeza por la ventanilla comprobó sorprendida que se trataba del joven Enrique de la Vega y se preguntó qué diantres querría, qué haría allí. Sin saber si Lola le habría ya

descubierto su verdadera identidad, decidió no decir nada hasta escucharle. Bajándose del vehículo, el joven le besó galantemente la mano. Isabela le sonrió amablemente.

—¡Qué sorpresa verle por aquí! ¿Cómo nos ha encontrado? Sabrá que no hemos podido ocupar el palacete de la marquesa aquí. El Sitio también está ocupado por gabachos y los oficiales que no están acampados en sus cuarteles se han cogido para ellos las mejores residencias.

—Sí, eso me han dicho.

—Aunque en las últimas semanas parecen estar moviéndose... algunos destacamentos se han ido. Nosotras nos vinimos aquí. Es una casa modesta, pequeña..., del mayoral de la marquesa, pero más segura. Venga, acompáñenos —le dijo ella—, estará cansado del viaje, querrá tomar algo. No tenemos mucho que ofrecerle, pero al menos un vaso de agua fresca no le negaremos.

A paso ligero ambos se encaminaron hacia la modesta casa de la que salía un intenso humo de su chimenea. La huerta y las calles adyacentes estaban llenas de las hojas amarillas caídas de los plátanos y los castaños. En esos días, tras la marcha de la Corte, parte de las huertas reales habían terminado siendo explotadas por mujeres de la zona que se habían quedado con sus críos abandonados allí a su suerte, que no se habían podido sumar, como sus hombres, a la multitud de partidas guerrilleras que había en los alrededores. Era eso o morir de hambre porque la caza en los bosques había sido diezmada por los gabachos, igual que todas las despensas existentes antes de la guerra y los molinos solo funcionaban para ellos.

Todo lo comestible había sido esquilado por los franceses que llevaban ocupando esa plaza más de dos años. Miles de ellos se habían acuartelado allí en varios edificios: los cuarteles de Guardias Wallonas y Españolas, la Comandancia Militar y la misma plaza real de toros. Todavía quedaban destacamentos aunque varios de ellos habían partido hacia unas semanas hacia Extremadura a apoyar a Soult, otras al norte a sumarse a las de Suchet, y la mayoría hacia Francia, camino de Rusia. Aranjuez estaba un poco más tranquilo. En el último mes había habido menos incidentes, los franceses parecían menos prepotentes que hacía un año. Resultaba evidente que la guerra no les estaba yendo tan bien como habían esperado.

—Realmente da pena como está todo —comentó De la Vega—. Recuerdo la última vez que estuve en el Sitio y la ciudad estaba mucho mejor. Ahora se

nota que está dejada de la mano de Dios, como el resto del país supongo... —y suspiró. Isabela le miró con recelo. No sabía adónde quería ir a parar. Sabía que el joven era un afrancesado y había esperado que rebufara al criticar ella la presencia gabacha allí, pero no había sido así. Al contrario, parecía estar dándole la razón.

—Las invasiones es lo que tienen — siguió ella—, claro que sus amigos franceses no le habrán contado las barbaridades que andan cometiendo, no solo en Madrid sino en todas partes.

—Algo sé, pero también se exagera mucho —contestó él sonriéndole—. Algunos bosques de la entrada están talados. Supongo que el palacio y los jardines también habrán sufrido bastante.

—Dicen que en palacio quemaron el artesonado por dentro y los muebles que quedaron, las puertas, y el piano de la reina para calentarse en invierno. No he entrado a si es que, no sé si serán bulos o verdad. Y las fuentes las han fundido todas para hacer balas.

—El frío y el hambre no entienden lamentablemente de arte —comentó él—. Por cierto, he comprobado que están trabajando ustedes mismas la huerta... supongo que para poder comer algo.

—Supone usted bien —y el tono de Isabela sonó duro.

—Habría sido difícil convencer a su tía... La conozco de cuando iba con Luis a visitarla y no es la clase de mujer dispuesta a mancharse las manos de tierra —dijo suavizando el ambiente, haciendo reír a Isabela. Esta se relajó.

—¡Maldito canalla!, pensó entre dientes. Cómo sabía ser encantador.

—Acierta usted nuevamente. Se ve que conoce bien a nuestra familia.

—Bueno, ese es el motivo que me ha traído hasta aquí. Me dio la dirección la propia marquesa a la que veo de vez en cuando. Quería haberme acercado antes a preguntar cómo estaban ustedes y a saber si necesitaban algo. Comprendo lo difícil que debe estar siendo para ustedes solas sacar esto adelante.

—Fácil no está resultando, pero vamos tirando —añadió ella.

—Quería felicitarlas por Luis, que finalmente sigue vivo. E insistirles: pídanme lo que necesiten.

—Le agradezco el interés por Luis y por nosotras. Es muy amable de su parte. Me siento muy honrada de su atención, pero de momento al menos comida no nos falta para sobrevivir... aunque sean unas matas de espinacas y

tengamos que plantarlas nosotras mismas. De verdad, no necesitamos nada.

—No sabe cómo me alegra oír eso. Estaba muy preocupado por ustedes y ver esto me tranquiliza. De todas formas esto puede dar aún muchas vueltas y si las cosas cambiasen, aquí les dejé mi dirección en el Ministerio y de mi casa para que se acerquen ustedes cuando regresen a la capital o en caso de necesitar cualquier cosa. Estaría encantado de poder ayudarlas. Es lo menos que puedo hacer por Luis. Si quedaran desatendidas, no me lo podría perdonar nunca.

—Gracias. Veo que su amistad con mi hermano era realmente importante.

—Lo era, señorita. Luis era, y supongo que lo sigue siendo a pesar de la distancia y el tiempo, uno de mis mejores amigos. Hay cosas que ni la guerra puede cambiar.

—¿Usted cree? ¿Tampoco el luchar en bandos distintos?

—Lo de los bandos es relativo —dijo él quitándole importancia, sonriendo.

—No estaría yo tan segura, dígaselo a los miles de españoles que han visto morir a su gente por no aceptar a los gabachos o a los afrancesados como usted represaliados en muchas zonas por traidores y colaboracionistas. No, lo de los bandos tiene mucha importancia aunque tal vez usted haya sido un privilegiado que aún no lo haya comprobado en persona. Usted nos ofrece su ayuda, yo le doy un consejo: sea prudente, podría estar en peligro si, como se comenta, los franceses empiezan a recular.

—Gracias —contestó él galante—, lo tendré en cuenta.

Isabela no le miró a los ojos. Aquel muchacho tenía algo indefinido, como si pudiera confiar en él. Comprendía a Lola cuando le contaba maravillas de él.

Entonces ella le había recriminado a su hermana que siguiese manteniendo su amistad con aquel colaboracionista, pero la verdad era que Lola tenía razón: era imposible odiarle; era encantador. ¡Qué pena que estuviese en el lado equivocado! Aunque quién sabía, aunque tarde podría terminar cambiando de opinión...

—Pase —le dijo ella al llegar a la casa y él, quitándose la elegante chistera parisina, entró mientras le sujetaba galantemente el pomo de la rústica puerta.

En la habitación olía maravillosamente bien a comida y leña. Las dos chicas más jóvenes andaban poniendo la mesa como si de un juego se tratara. El tío había salido a pescar. Además de una afición de toda la vida, en esos tiempos

comer algún pescado también era un lujo. Y la tía encerrada en su cuarto, con jaqueca. Comieron y después pasearon por los alrededores. Finalmente, ya tarde, se despidió del tío tomándose un licor y entregándole varias cartas de la marquesa y de Sol Monforte.

—No sabe cómo le agradecemos el detalle de habernos traído estas cartas. Llevábamos ya tiempo sin saber de ellas —dijo el tío.

Isabela pasó a pedirle a su tía que al menos saliera para despedirse del joven, pero doña María se negó.

—No me gusta que haya colaboracionistas en esta casa. No saldré a despedirme —le dijo e Isabela tuvo que dejarla por imposible—. A saber a qué ha venido... No me creo que haya hecho tantas leguas de viaje para ver qué tal estáis... No os fieis de él.

—Dios mío, tía, es usted imposible —le dijo Isabela cerrando de golpe la puerta.

Isabela despedía un instante después a De la Vega. Era la primera visita que tenían en seis meses.

Capítulo 31

—¡No puedo creer las acusaciones que hay contra usted! —dijo en un tono agrio el brigadier Alvear a Álvaro.

—¡El que no puede creer lo que me está contando soy yo! —contestó este—. Debe de haber un malentendido porque le aseguro que jamás he mantenido ninguna relación íntima con esa señorita. ¿Por quién me toma? ¿Acaso me cree estúpido? ¿Liarme con la Palafox, ponerme a tiro de su hermana? Además, recordará que estoy casado —dijo sin decir con quien— y que desde hace meses estoy solicitando permiso para reunirme con mi mujer...

—¿Acaso tener pareja es impedimento para que muchos tengan relaciones extramatrimoniales? ¿Para qué algunos intenten seducir a inocentes damiselas?

—¿Intentar seducirla yo? ¿Inocente damisela? Mire —contestó el duque airado—, no me he acercado a ella nada más que lo imprescindible. Ha sido ella la que no ha parado de coquetear conmigo a pesar del escaso interés que le he mostrado... Y no estoy dispuesto a cargar con un sambenito que no me

corresponde.

—Todo el mundo conoce sus andanzas antiguas en Madrid, parece que tenía usted fama de seductor.

—Eso fue hace tiempo. Digamos que ahora no busco mujeres porque ya tengo la que quiero —dijo el otro encendiéndose un cigarro y asomándose a la ventana a respirar. Necesitaba tranquilizarse, no perder los papeles y resolver aquel conflicto inesperado.

—Bien, dice que no ha tenido nada que ver con ella, pero este papel es la denuncia que la muchacha ha firmado de su puño y letra y que su hermana ha traído esta mañana. Está profundamente disgustada y espera pedirle a usted una reparación moral. Yo como su inmediato superior también se lo exijo, si lo que dice la carta es cierto.

Álvaro agarró el legajo y lo leyó rápidamente. Desde esa mañana no salía de su asombro. A las nueve había recibido el requerimiento urgente de acercarse a la Comandancia y allí estaba. Había ido corriendo pensando que se trataría del permiso tantas veces solicitado para poder viajar a Madrid; creía que por fin podría reunirse con Lola... y se encontraba con eso.

Yo, María Elena Gloria de la Luz de Palafox, acuso al excelentísimo duque de Tellol de haberme seducido con oscuras intenciones, de haberme hecho creer que me ofrecía su mano y de haber abusado de mí, manteniendo conmigo una relación íntima en secreto... El duque ha faltado a la verdad, a su palabra y ha roto conmigo... dejándome en la más absoluta desolación. Exijo una reparación moral.

—¡Esta mujer es una loca! —explotó según iba avanzando en la lectura del documento.

—Comprobará —dijo Alvear enseñándole otro papel, este firmado por la hermana mayor, doña Tomasa de Palafox—, que toda la familia la respalda y da por buena su denuncia. No estamos hablando de una muchacha cualquiera. ¡Estamos hablando de la sobrina del general Palafox, del héroe de Zaragoza y de la hermana de la Presidenta de la Junta de Damas de esta ciudad! La misma mujer —dijo recalcándole como si Álvaro no lo supiera ya— que está recaudando millones de reales de fondo para la guerra. Eso nos pone en un compromiso muy serio.

—¡Pero es que todo es mentira! — exclamó el otro—. Esto que dice aquí de que empezó conmigo después de que nos presentaran en la cena de gala que dio su hermana es un embuste más y lo de que nos hemos estado viendo escondidas en distintas fondas... ¡pero si están todas llenas! Y que incluso aquí, en la propia Comandancia militar, hemos tenido relaciones íntimas. ¡Esa mujer es una chiflada con una mente calenturienta... o una harpía! Que de estas he conocido unas cuantas en mi vida.

Según iba hablando iba recordando la advertencia de Gerard Bard no hacía mucho de que algo andaba buscando aquella joven, y vaya que si la había calado.

—Ella ofrece fechas concretas —dijo Alvear ya más calmado, empezando a creer a Álvaro.

—Esto de que el veinte de septiembre me pidió explicaciones por mi falta de compromiso público y de que yo la habría bofeteado se lo ha inventado, como todo lo demás. Lo digo otra vez. Jamás he tenido nada ver con ella. Es verdad que estuve en esa cena de gala invitado por su hermana y que allí doña Tomasa me presentó a su hermana y charlamos amigablemente un rato, pero nada más. Excepto que ella me anduvo persiguiendo con tontunas... Desde entonces solo le he visto un par de veces y siempre en actos públicos, jamás a solas, y desde luego no he tenido con ella ningún tipo de relación amorosa... Mis colegas pueden dar fe de ello, de que no miento. Pregúntele a mi sirviente, a Toño, o a los capitanes Bard y Colin Macwell —dijo refiriéndose al británico que desde hacía unas semanas había sustituido al desaparecido lord Welland.

—Y qué piensa hacer al respecto — preguntó el otro.

—Exigirle yo una reparación moral a esa lagarta. Con esta denuncia está manchando mi honor y mi respetabilidad y no se lo voy a permitir... ¿En qué lugar me dejaría una acusación tan grave si se hiciera pública? ¿Qué repercusiones podría tener sobre mi pareja real? — preguntó el otro furioso.

Durante unos minutos los dos hombres permanecieron en silencio, Álvaro claramente alterado mientras se desabrochaba el corbatín inglés. Estaba colérico. Aquella muchacha timorata había resultado una loca de atar y de estas ya había pasado por unas cuantas. Desde la ambiciosa O'Farril en su juventud a la propia Leonor. ¡Ni que tuviera un imán para las desequilibradas!, pensó en ese instante. ¡Qué cruz eran las mujeres!

Álvaro se preguntó cómo explicaría ese otro escándalo a Lola. Si aún no sabía cómo había reaccionado a lo de Leonor... esperar a que comprendiera ahora eso iba a ser pedirle mucho. Hasta ahora se había ido tranquilizando a sí mismo diciendo que todo quedaría claro una vez se vieran y él regresara a Madrid, pero la guerra se iba alargando, los permisos no llegaban nunca y las últimas cartas de ella le habían resultado extrañamente insulsas. Al principio pensó que el correo iba con mucho retraso, pero últimamente estaba empezando a sospechar que algo raro ocurría.

Terminaba de discutir el asunto con Alvear cuando doña Tomasa de Palafox, marquesa de Villafranca, entró en el despacho hecha una furia. Ni siquiera había dado tiempo a que el joven que montaba guardia le abriese, ella lo había hecho de un golpe.

—¡Me alegro de encontrarle aquí, joven! No saldrá de este despacho sin aclarar lo que ha sucedido con mi hermana y sin comprometerse a tomar una solución respetable que desde luego pasa por que se case con ella de forma inmediata...

—¿Cómo? ¡Está usted loca! — exclamó ya sin miramientos Álvaro—. Su hermana es una chiflada y les ha mentado. Jamás he mantenido con ella ningún tipo de relación íntima ni la he seducido ni la he buscado para nada... ¿Me entiende? —gritó y la otra le miró con los ojos brillantes de desprecio—. Y, además, no puedo casarme porque ya lo estoy —mintió él a su vez.

—No veo que lleve ninguna alianza... Miente —respondió la mujer.

—No miento... Le aseguro que estoy casado y que nunca he estado con su hermana. No llevo la alianza por motivos personales, pero guardo el anillo de compromiso —dijo Álvaro, recordando sobre la marcha que aún llevaba en el bolsillo interior de la casaca la alianza con aguamarinas que había comprado en la joyería más reputada de Cádiz para Lola—.

Respecto a lo de la boda, pregunte por ahí —se limitó a decirle.

Sabía que habría oficiales y prohombres que habrían estado en Madrid cuando *La Gaceta* publicó su matrimonio con Leonor de Astiazábal. Al final aquella falsa boda, que tantos quebraderos de cabeza le había dado, le iba a reportar algo positivo. Impediría que entre el clan Palafox y los demás le obligasen a casarse con una trastornada. Lo que tenía claro era que ni iba a casarse con aquella majadera ni podía permitirse el lujo de que aquello llegase a oídos de su familia.

—Si no se casa con mi hermana —le amenazó la Palafox como si le estuviera leyendo la mente—, esto se sabrá.

—¿Está dispuesta a manchar la reputación de su hermana con tal de perjudicarme? —preguntó extrañado Álvaro—. Tal vez quiera que tengamos un careo... Así, se convencería de quién dice la verdad.

—Estaría bien porque mi hermana podría humillarle como se merece, pero lamentablemente, por su culpa, ha enfermado.

—¡Ya, qué oportuno! —contestó Álvaro riéndose cínicamente.

Diego de Alvear intentó mediar en los ánimos que se iban encrespando entre ambos, pero, finalmente, la marquesa cedió llamándole patán, malnacido, bastardo y cien cosas más.

—Espero, brigadier —le dijo volviéndose ya en la puerta—, que el general Castaños castigue a este indeseable como se merece —y salió dando un portazo.

—¡Bruja! —no pudo abstenerse de gritarle Álvaro.

Diego de Alvear permanecía en silencio, dando vueltas al gran globo terráqueo que tenía junto a la ventana. Parecía pálido y se secaba el sudor con un pañuelo.

—Comprenderá en el compromiso que nos ha puesto —le dijo al rato a Álvaro—. Lo que la soldadesca haga con su vida privada no nos incumbe. Tampoco lo que hagan los oficiales o el personal diplomático. Si quería una amiguita y divertirse un rato los burdeles de Cádiz, están llenos de mujeres, pero verse con alguien tan comprometido... Es verdad que no tenemos nada más que la palabra de ella para acusarle, pero tampoco usted tiene mucho más con qué defenderse. Es su palabra contra la suya, y la palabra de doña Tomasa pesa mucho aquí —dijo advirtiéndole—. Espero que sus colegas ingleses estén dispuestos a declarar a su favor si el tema realmente llega a los tribunales.

—¿Pero es que pretende ir a los tribunales y armar un escándalo público?
Esto es inaudito.

—Pues ya lo ve. Tal vez en su mente calenturienta —le reconoció por primera vez Alvear—, esa muchacha se haya hecho planes de cazaros como sea y esté dispuesta a lo que haga falta. Como estrategia hubiera sido buena si no hubiera estado usted tan oportunamente casado.

—Sí, oportunamente. No sabe cuánto —le contestó taciturno el duque.

Álvaro abandonó ese día tarde la comandancia. Llegaba tarde a la cita que había concertado con Gerard Bard y Colin Macwell en una vieja taberna del puerto. Quería verlos cuanto antes para pedirles ayuda en la declaración a efectuar y que constara en el expediente que iban a abrirle. Dentro del tugurio había un denso humo y una nueva carga de barriles, esta vez de whisky, una bebida que los ingleses allí acantonados bebían sin parar y que muchos gaditanos hasta entonces ni conocían. Olía a *pescaíto* frito, a vino, a humanidad... Sentados en una robusta mesa de madera al fondo, sus colegas le vieron llegar irritado y de un humor de perros. Cuando les contó la historia, los otros dos no daban crédito.

—No se preocupe —le dijo Macwell

—, nosotros declararemos...

Hablaremos con sus superiores... Los dos —dijo incluyendo a Bard que afirmaba también con la cabeza— hemos sido testigos de las presiones de esa jovencita.

—Gracias —les dijo Álvaro sintiéndose un poco más tranquilo. Estaba claro que la falsa boda con Leonor le serviría para salir del apuro de tener que casarse con esa loca si las cosas se torcían demasiado, pero eso no le devolvería su buena reputación y además le pondría en una tesitura muy complicada ante Lola y ante su propia madre.

Macwell pidió otro vaso de licor y una muchacha flaca se lo sirvió. Al igual que Bard era capitán y llevaba cerca de un año destinado en Cádiz. Como todos, estaba loco por que el conflicto terminase y volver a su casa. Mientras se esforzaba por quitarle hierro al asunto y tranquilizar a su colega, Bard, estalló en risa.

—¡Es que no me lo puedo creer! Y no será porque no lo advertí... Me dio mala espina. Es un bicho... y no está loca.

—Tienes razón, no está loca. Lo ha hecho a propósito, lo debía tener bien planeado. Al ver que no llevaba alianza debió suponer que no estaba casado. Cometió el error de no informarse mejor porque si lo hubiera hecho, alguno le habría hablado de mi boda con Leonor hace poco tiempo.

—Sí.

—Sí, lo debía tener bien planeado y aunque nunca haya pasado conmigo ni un minuto a solas, muchos nos habrán visto hablar, la habrán visto a ella

coquetear de forma descarada, qué se yo. Muchos creerán su historia.

—*Be prepared for criticism* —le dijo Bard.

Sí, tendría que prepararse para la lluvia de críticas y recriminaciones que podrían llegarle, aunque ella quedaría tan atrapada en esa espiral como él. La señorita Palafox había lanzado un órdago y ahora tendría que seguir con él adelante hasta el final.

No necesitó mucho tiempo Álvaro para verificar que el análisis hecho por Bard era correcto. A los pocos días algunas distinguidas damas le retiraban el saludo por la calle y en la última cena del casino varias madres impidieron a sus hijas que le saludaran. Álvaro estaba verdaderamente asqueado de la situación. El chisme parecía que comenzaba a circular por toda la ciudad.

—Desde que pasó hace dos semanas, el rumor corre por toda la ciudad —le reconoció el propio Bard días después. A la mañana siguiente, Álvaro se desayunaba con una noticia al respecto en el apartado de chismorreos que diariamente publicaba *El Conciso* y que era seguida por todo el mundo con más interés que los avances de la propia guerra. El periódico se atrevía a decir incluso que corrían coplillas y pasquines acusando al duque —no le nombraba, pero daba todas las pistas sobre quién era—, de haber dejado a una importante señorita de la alta sociedad gaditana embarazada.

Álvaro sabía que podría enviar un desmentido a esas acusaciones o denunciar al periódico en los tribunales, pero eso solo serviría para darle más fuerza, hacer que el chisme corriera de boca en boca más tiempo y descubrir finalmente que hablaban de él.

Álvaro abandonó ese día la barra del café de la embajada británica y acompañado por dos ayudantes realizó una visita a las barriadas con más personal extranjero para verificar la alarmante escasez de madera de las últimas semanas y elaborar las listas de lo que se necesitaba. Desde el primer día del asedio la falta de leña y combustible había sido un tema de controversia, pero últimamente se había convertido casi en un asunto de estado. Se había pedido la colaboración de todos para que allí donde encontrara leña, se avisara al Servicio de Intendencia Militar, pero no se le escapaba a nadie de que con la necesidad que había, lo que muchos hicieran fuese esconderla para ellos solos.

De que hubiera combustible dependía que se pudieran encender los hornos para hacer el pan con la harina que les llegaba de Inglaterra, que se pudiera

cocinar en los fogones, calentarse o fabricar las estacas con las que se estaba terminando de estabilizar el fango en el fondo del puerto y en las orillas de Sancti Petri donde estaban instaladas varias baterías defensivas. El año anterior, la Regencia había aprobado que se talaran todos los pinos de los bosques más cercanos y las milicias cívicas habían llevado a cabo el encargo, pero los bosques habían sido diezmados y la guerra seguía. Los grandes pinares y alcornoques que rodeaban Cádiz estaban del lado francés, a tiro de su artillería, y era imposible talarlos sin que te mataran.

A principios de aquel mismo año habían cortado el arbolado de los huertos, de las calles peatonales y los jardines de la ciudad para usarlos como estacas mientras que para combustible habían estado usando el estiércol seco de las caballerizas. Habían creado un servicio voluntario que permitía que varias patrullas recorrieran cada día la ciudad recogiendo ramas secas, vigas caídas de edificios en ruinas y los repartieran entre las familias en invierno. Así habían ido sobreviviendo, pero una espectacular tormenta había destruido hacía dos semanas la mayor parte de las clavos que sujetaban las baterías que rodeaban Isla de León, concretamente la de Gallineras. Durante días numerosos destacamentos estaban trabajando sin descanso y, a oscuras en los pinares de Chiclana, afrontando el fuego francés, obteniendo más madera. La necesidad de encontrar más provisiones se había vuelto una obsesión, incluso para los propios parlamentarios aunque estos estuviesen otros asuntos más enjundiosos sobre los que debatir.

—¡Pero si ayer recogieron varios cargamentos! —repitió Toño a su señor, cansando ya de tantas vueltas revisando la barriada.

—Ya lo sé, pero siguen siendo insuficientes y no está de más que echemos un vistazo y supervisemos lo que han recogido las patrullas —le dijo Álvaro—. Hay que mirar bien cada edificio de Cádiz para comprobar si se puede arrancar cualquier puerta, ventana o viga que haya disponible. Tú que te conoces al dedillo los edificios tocados en tu barrio, miremos a ver qué se puede sacar.

—Dos calles más abajo cayó una bomba ayer y afectó a varias manzanas, pero los patrulleros y los perejiles ya estuvieron mirando —dijo Toño corriendo tras Álvaro... La gente durmió ayer en la calle, no tenían dónde... estaba *to chamuscaíto*.

—No te preocupes, en unos días podrán dormir en los barracones que está

levantando el ejército al otro lado del puerto o en las tiendas de campaña que se han levantado cerca de la playa, al otro lado... hasta allí no llega el fuego de artillería.

Toño saludó a unos golfillos y preguntó a su señor si se seguía necesitando mucha más madera para Gallineras.

—Queda poco, pero queda. En realidad casi están terminadas, pero hay que ser previsores. Guardar algo por si se repite una tormenta como la del sábado pasado y se vuelve a llevar todas las estacas. La guerra puede ser muy larga...

Le vino bien a Álvaro el paseo a paso ligero por la ciudad. Caminar, hacer ejercicio, ocuparse en algo, hablar con la gente... así podía despejarse la cabeza. Toño sabía todo lo ocurrido con la señorita Palafox y estaba tan afligido

como su señor. No decía nada e intentaba entretener a su amo llevándosele a cenar con su familia o acercándole hasta el puerto de Conil donde había abundante pesca y se podía comprar —si se tenía dinero— algún atún rojo.

Las dunas de la playa de Conil llegaban suaves y resultaban relajantes. A Álvaro le gustaba pasear por la zona y ver llegar las barcas de los pescadores pintadas con sus vivos colores y las redes llenas. En Cádiz ciudad ya pocos salían a faenar con la zona ocupada por busques de guerra y los terribles controles de acceso. De regreso a Cádiz se acercaron por la Caleta y se tomaron unos pescaditos fritos que unas gitanillas estaban haciendo en unos espetones en la playa, ganándose así la vida. Álvaro les pagó unos cobres a cambio de unos cucuruchos de papel con sardinitas que hicieron ese día relamerse a Toño.

Ya anochecido regresaron a su alojamiento mientras se veían a lo lejos desafiantes las moles de los castillos de Santa Catalina y San Sebastián y los obuses de diez pulgada retumbando de forma caótica, en un aparente sin sentido, sin hacer que la vida cotidiana de los sitiados pareciera resistirse más de lo necesario. El campanario de la plaza de San Antonio dio las nueve de la noche, pero Cádiz estaba aún bullicioso. Álvaro y Toño esquivaron el gentío y el humazo que salía de muchos puestos pegados a las fachadas de los edificios y se dirigieron hacia la calle Ancha.

Unas gallinas encerradas en jaulas cloquearon a su paso mientras al lado una mujerona vendía cecinas y mantecas de cerdo a voz en grito, seguramente llegadas de contrabando. Dos individuos con pinta de contrabandistas —

pañuelo a la cabeza, fajas y navajas de dos palmas a la cintura— se chocaron con ellos y a punto estuvieron de sacarle la perica a Álvaro, pero Toño se puso en el medio y pidió perdón por el empujón.

Álvaro no le quiso dar mayor importancia, bastantes problemas tenía ya como para liarse también a golpes con aquellos rufianes. Finalmente dejaron atrás la calle y subieron a su domicilio. Álvaro, agotado de la jornada, se asomó un rato a fumarse un cigarro mientras se preguntaba cómo iba a resolver el asunto que tenía con la Palafox y hacer que Lola no se indignase aún más. Se preguntó qué le pasaba, a qué se debería aquel comportamiento tan frío con él. Hubiese preferido que le insultase que explotara colérica y le dijese de todo, él hubiera sabido cómo calmarla, pero su frialdad le rompía los esquemas. No sabía qué pensar. El ultimátum a Bellavista para que le pusiese al día de lo que estaba ocurriendo y para que le firmase él, el permiso para poder abandonar Cádiz... no llegaba. Tenía qué hacer algo.

En ese instante una estrella fugaz se atrevió a colarse en el firmamento salpicado de chispazos bermellones de las mechas incendiarias enemigas. Fugaz, el cometa atravesó vertiginoso su espacio visual y Álvaro pidió un deseo. ¡Que la guerra terminase ya! ¡Que pudiese reencontrarse pronto con Lola!

Madrid

La Navidad resultó patética. Una recaída en la salud de la marquesa le había impedido a Lola reunirse con su familia en el Sitio. En Madrid, y a pesar de sus esfuerzos por conseguir más comida, la situación empeoraba. Ni siquiera en los mercados clandestinos se encontraba nada para alimentar a una docena de pequeños y a una enferma; nada al menos saludable. No le había querido hablar de ello a M^a Teresa por no preocuparla más, pero debían abandonar la capital cuanto antes.

Lola se sentía muy sola. La marquesa no era la de antes, no tenía ni su empuje ni su resolución y ni Juan ni Álvaro estaban en Madrid para sacarle las castañas del fuego; tampoco su familia. ¡Echaba tanto de menos la sensatez de Isabela! La responsabilidad entera de sobrevivir había caído sobre sus hombros y eso a veces la agobiaba. La única mano amiga con la que podía

contar era Enrique de la Vega, una mano que cada vez iba a más. El joven se desvivía por ayudarlas, por tener contenta a Lola, la informaba de todo lo que se cocía en la ciudad y a pesar de sus diferentes ideas, le había presentado a importantes altos cargos del gobierno Bonapartista de José I.

Lola había llegado a asistir a un evento presidido por el propio rey José I. De cerca no le había parecido ni tuerto ni contrahecho ni borracho, como las cancioncillas populares le pintaban; al contrario, José I en persona le había parecido un hombre interesante, relativamente joven e inteligente. Hablando con él había comprendido mejor a De la Vega. Ese hombre podría ser un buen rey a poco que se lo permitieran, pero Lola tenía claro que no se lo permitirían. Sentarse en un trono mantenido a bayonetazos, era complicado.

—¡Señorita, el joven De la Vega la espera en el vestíbulo! —le dijo una criada y Lola bajó deprisa a recibirle.

No era muy ortodoxo salir por Madrid sin dueña y al lado de un joven soltero y sin compromiso. Su tía lo habría prohibido terminantemente, pero la marquesa era más permisiva y Bellavista no solo no había puesto el grito en el cielo al verla confraternizar con el enemigo, sino que, al menos eso le parecía a ella, la había empujado a seguir haciéndolo. Lola captaba el porqué. Bellavista seguía queriendo que ella se introdujese en la corte de José I y les siguiese aportando valiosa información.

—Mantenga esa relación, joven, y seguirá ayudando a su país —le había dicho Bellavista mientras que la marquesa le insistía siempre por lo bajo que una cosa era informar y utilizar esa amistad por lo que fuera necesario en el futuro y otra olvidar quién era realmente y su compromiso con Álvaro.

—El joven De la Vega es un encantador de serpientes, pero no creo que Álvaro comprendiese muy bien su insistencia... Sé inteligente. En los tiempos que corren hay que nadar y salvar la ropa —le dijo guiñándole un ojo.

Pero a Lola no le movía el interés con Enrique de la Vega, sino la amistad. Percibía que podía confiar en él a pesar de todo, de que en aquellos momentos tan complicados era la única mano amiga que le quedaba en Madrid y que mientras Álvaro persistía en su actitud y seguía bajo la sombra de la sospecha, lo que ella sentía por él parecía haber entrado en un momento de crisis. ¿Era cómo parecía o la había tenido engañada todo ese tiempo? ¿A qué estaba jugando? ¿Cómo no había logrado ni un solo permiso para ir a verla cuando ella conocía a otros oficiales destinados en Cádiz que en el último año si

habían podido visitar a sus familias? ¿Qué había pasado exactamente con Leonor de Astiazábal o con esa cubana? A la O’Farrill la había conocido precisamente el día de la gala con José I. Era ahora la flamante amante real y se pavoneaba por todas partes sin vergüenza. Era preciosa, de eso no podía dudarse y Lola había sentido que se le atragantaban los canapés cuando la había visto aparecer al lado del monarca.

—No creo que Álvaro esté en condiciones de exigirme nada. De hecho...

—No sigas —la interrumpió la marquesa— porque terminarás acalorándote sin necesidad. Estoy contigo en que su actitud no es muy lógica, pero estoy convencida de que debe de haber un motivo para su comportamiento. No le juzgues antes de escucharle. Muchas veces las cosas no son como parecen y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—En estos momentos no quiero saber nada de él.

—No vayas a hacer algo y le pierdas. Si no tengo mal entendido te costó mucho conseguirle... — le advirtió la marquesa, pero Lola solo consiguió enfurecerse aún más.

Sí, posiblemente ahí radicase parte de su problema. Qué Álvaro conocía bien sus sentimientos, que ella había sido tan ingenua como para contarle que le amaba desde niña. Las cosas que costaba poco conseguir no se valoraban y ella tenía claro que el duque no lo hacía, no al menos como ella esperaba. Pasada la efusión pasional del momento que ambos habían vivido en Aragón, la había olvidado. Estaría sumergido en sus fiestas y en sus quehaceres en Cádiz y ella se habría convertido solo en la promesa que un día tendría que cumplir, la obligación de la que escaquearse.

Como Leonor de Astiazábal antes que ella y, por lo que veía, otras tantas mujeres antes.

La cuestión era saber si ella estaba dispuesta a ser eso para él: una obligación... Siempre había sido un seductor y tal vez fuera imposible — como le había dicho Isabela— cambiarle.

—Dejemos que el futuro decida —le había contestado Lola a la marquesa a las advertencias de esta y eso había sumido a M^a Teresa en la inquietud.

No había duda de que el duque había hecho un buen trabajo y de que la marquesa parecía su fiel guardiana, pero Lola no iba a permitir que eso le impidiese decidir libremente qué hacer con su futuro. No iba a casarse con Álvaro solo porque hubiese un compromiso firmado... Comprendía que los

sentimientos podían cambiar, que el tiempo cambiaba a la gente y no estaba dispuesta a atarse para siempre a un marido que no la quisiera, que la hiciera pasar por las continuas humillaciones de andar por ahí con sus amantes — como conocía a tantas parejas— y que la ninguneara sin ella rechistar. No cuando además podía elegir. Había otras personas que la podían hacer feliz, como Enrique de la Vega. Puede que no le amase con la misma pasión con la que siempre había amado a Álvaro, pero

Enrique era un amigo y mantenía con él una extraña afinidad... Sabía cómo darle seguridad, como mimarla sin invadir su espacio, como considerarla una igual. Tal vez lo que más necesitaba en esos momentos.

En verdad hacían una extraña pareja. Él con ese aire tan parisino y ella vestida de maja. Esa tarde pasaron como tantas otras por los alrededores del palacio de Oriente donde el rey continuaba demoliendo edificios sin parar. Raro era el día que no se topaban con alguna sorpresa. Los alrededores estaban llenos de paisanos sin nada mejor que hacer que seguían las obras dando consejos a los operarios, sentados en los escalones o de brazos cruzados sobre las vallas. Lola había sido de las que habían puesto el grito en el cielo al saber de las extravagantes obras que el francés se había dispuesto a hacer y de las que, como tantos madrileños, prefería que ese dinero de las obras se hubiese destinado a paliar el hambre de los vecinos, pero tras un tiempo en marcha, y al comenzarse a ver los resultados, tenía que reconocer que Madrid bien necesitaba una manita y que la amplitud de espacios abiertos y la belleza de algunas construcciones, dignificaban la ciudad.

Entre medias siempre los gestos galantes de Enrique que intentaba progresar en su relación con ella aunque Lola se resistiese. No tenía claras sus ideas y no quería hacerle daño ni a él, ni a Álvaro. Suspiraba por este por las noches, pero por el día esperaba ansiosa las visitas de Enrique, desayunar con él y ponerse al día de lo que acontecía, de sus salidas por la ciudad... Y se tranquilizaba pensando que De la Vega nunca le haría daño, que era un amigo de su hermano, que la tenía desde siempre en consideración, aunque el vago temor a que, como la marquesa le recordaba, pudiese seguir siendo un agente doble, también pesaba en su ánimo. Estaba hecha un lío.

De la Vega desconocía quién era realmente, qué relación tenía con el De Urquijo y a ella eso le indignaba...

Estaba mintiéndole de una forma que dudaba pudiera perdonarle cuando

supiera la verdad. Tenía claro que de haberle conocido antes, o en otras circunstancias, le hubiese amado. Porque sobre la teoría, era su hombre ideal... ¿Por qué entonces su corazón no daba el paso? ¿Por qué no se deshacía de Álvaro...? ¡A De la Vega no se le podía pedir más! Era atractivo, inteligente, divertido, vital, tenía dinero, buena posición social y aunque no fuese noble, lo parecía. Además, a ella eso tampoco le había importado nunca. Sí, hubiese podido amarle de todo corazón, darle lo que él parecía reclamarle, aunque no se lo dijera explícitamente.

Así, en esa extraña tesitura, llevaban meses; ella no se decidía a dar el paso y él no la agobiaba. La vida podía ser condenadamente compleja, se decía Lola esos días mientras su confusión iba en aumento. Álvaro parecía exigirle un comportamiento anticuado, como el de tantos hombres con sus mujeres, más propio de su tía o de las monjas que de la escandalosa M^a Teresa. ¿Qué quería, que le guardara la ausencia? ¿Qué le perdonara las humillaciones? Que ella estaba decidida a no cumplir. Para Lola aquello estaba siendo mortificante. Le hería su amor propio, le resultaba indignante. Su orgullo estaba hecho trizas.

Tras el paseo de la tarde en calesa Lola tenía planes para esa noche. Estaba invitada a una cena en el palacio del duque de Riansera. Había eliminado el complejo de culpabilidad y había aceptado. La guerra estaba siendo muy dura, pero no por ello tenía que condenarse a no salir en años. Además Bellavista sabía incitarla a que si no espiaba abiertamente, al menos asistiese a esos saraos y mantuviese los ojos bien abiertos. No lo hacía solo por ella, porque necesitase salir de las estrecheces y el aburrimiento del día a día, sino por su hermano, que aún seguía luchando en Aragón, por Juan, que se había sumado a la guerrilla de Salamanca y por todos los que esos días seguían combatiendo a pesar de las penurias y penalidades.

Lola terminó de arreglarse y bajó a despedirse de su mentora. M^a Teresa cenaba ese día con Bellavista un esmirriado suflé y un café aguado. Parecían discutir... Lola percibió su tensión aunque ambos callaran al verla entrar. Lola pensó que ambos formaban una figura patética. Lástima que M^a Teresa estuviera también tan sola desde que Jovellanos se marchase al norte.

La cena y el baile resultaron divertidos. No había faltado ni glamur, ni excelentes condumios, ni mujeres

elegantemente ataviadas. Aunque Madrid estuviese muriéndose de hambre, en casa de los afrancesados no faltaba de nada. Entre los asistentes Lola se topó con la Astiazábal que le amargó la velada. Acababa de tener un hijo, pero lucía una figura esplendida. Tan glamurosa como siempre se manejaba bien con los gabachos invitados con los que no paraba de coquetear abiertamente, sobre todo con un oficial de grandes mostachos rubios y casi dos metros de altura. En un momento de la noche, Lola se decidió a abordarla. Necesitaba preguntarle algo.

—¡Qué pálida se la ve querida! —le contestó Leonor al verla llegar.

—Venía a preguntaros por vuestro hijo recién nacido... y por vuestro esposo —dijo refiriéndose a Álvaro, que Leonor seguía diciendo públicamente que lo era—. Creo que sigue lejos. ¿Qué tal ambos? —le dijo desafiante y la otra pareció divertida.

—Muy bien. El niño es un cielo. Se ha quedado con su nodriza y mi queridísimo esposo sigue como siempre —dijo mirándola retadora—, a su aire. No me importa —dijo haciéndose la amistosa—, el nuestro no es un matrimonio por amor, sino por interés. Ahora ha tenido un nuevo *affaire* y casi le echan de la ciudad —dijo en tono odioso—, pero con sus contactos y su dinero no tendrá de qué preocuparse —y al decir aquello Lola empalideció—. La sobrina de Palafox le ha acusado de seducción y abandono. ¿Ah, no lo sabía? —le preguntó—. Verdaderamente lamentable, pero tanto escándalo no le servirá para romper nuestro matrimonio —dijo enseñándole el anillo—. Si quiere casarse con ella, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

A la rubia, ver sufrir a Lola la hizo disfrutar. Sus ojos no podían mentir. Irradiaban satisfacción.

—¡Jódete, cabrón malnacido! —dijo Leonor por lo bajo cuando Lola se despidió de ella. Le había advertido que lamentaría el día que la dejó plantada y no se le olvidaba.

Lola, furiosa, se alejó de allí. Necesitaba volver a casa. Comprobar si aquella nueva acusación era cierta... De serlo, Álvaro de Urquijo habría firmado su sentencia.

—Está bien, si no te encuentras bien nos marcharemos —le dijo Enrique de la Vega cuando ella le reclamó marcharse. El trayecto en el birlocho fue silencioso. Al llegar a su destino, Lola decidió aventurarse. Esa noche no le negó un beso. Aunque fuera regado de lágrimas.

—No, no sigamos, tómate tu tiempo —le dijo él—, sabré ser paciente. Sé que ha pasado algo en el baile...

—Gracias —le contestó ella—.
Gracias por ser tan comprensivo.

En dirección contraria había pasado no hacía mucho Bellavista después de dejar a la marquesa y sus insinuantes ataques verbales. Había ido esa noche con la intención de comunicarle que Jovellanos había enfermado recientemente, pero viendo el ánimo agriado y tenso que tenía ese día M^a Teresa, había preferido callar y soportar sus chanzas. La marquesa le conocía bien, intuía que algo se estaba cocinando, que no era normal que a Álvaro no le hubiesen concedido ni un solo permiso para salir de Cádiz en ese tiempo, que él no hubiese hecho algo para ayudarle a conseguirlo o que no le llegasen cartas a Lola, pero él tenía sus obligaciones.

Había costado mucho encontrar y preparar a alguien como Lola Villar como agente para ahora desperdiciarla. Si antes de la guerra se habían visto escasos de mujeres ahora sencillamente estaban en blanco y un manjar como esa muchacha no podía desperdiciarse dejándola marchar a Cádiz a pasearse del brazo de su maridito. Encima entretendría a Álvaro en sus cometidos, que no eran pocos. No, a él no le interesaba que los dos estuvieran juntos de momento. Por eso lo había impedido.

Por eso había utilizado los servicios de Eugenio Limón, un copista magnífico que trabajaba para él y había enviado cartas falsas tanto a Álvaro como a Lola, falsificando su escritura y sus firmas. Al principio había optado por el silencio, con la idea de que el duque se olvidase pronto de su nueva aventura y la chica, lastimada, se centrase en De la Vega y aceptase quedarse de buena voluntad en la capital trabajando para ellos. Dado que esta vez el De Urquijo parecía haberse enamorado de verdad y no paraba de escribirle pesadas misivas románticas, amenazando con dejar Cádiz para ir a buscarla o solicitarle que se casase con poderes y abandonase la capital, había tenido que intervenir.

Al final del conflicto, si sobrevivían, se sabría su engaño... ¿Pero entonces qué más daría? Si habían obtenido la victoria, sería lo de menos. Si habían

fracasado, estarían muertos o exiliados. Él desde luego no sentía el menor cargo de conciencia por estar engañándoles a los dos. Si de verdad se amaban, lo superarían, y si no, les estaría haciendo un gran favor.

Capítulo 32

Salamanca

—*Sortez!* —gritó un oficial francés en una lengua estropajosa mientras golpeaba con la culata de su bayoneta al padre Patricio.

El anciano, con su cabello blanco como la nieve, tenía un aspecto poco nativo, pero el gabacho no se detuvo a observar ni su tez extremadamente pálida ni sus ojos acuosos y azules. Tampoco percibió su deje al hablar. Su español era lo suficientemente bueno como para dar clases de astronomía en la universidad de Salamanca, llevaba años viviendo allí, pero mantenía un acento anglosajón que el oficial galo no notó al no dominar el idioma.

El padre Patricio, acompañado de otros religiosos, salió corriendo y en grupo atravesó el hermoso claustro románico del colegio Irlandés. Así se le conocía. O también colegio de San Patricio. Era un hermoso y antiguo edificio que Felipe II había regalado a los católicos irlandeses para albergar en él a los estudiantes procedentes de aquel país que huyeran a España de la Inglaterra protestante. Salamanca había tenido desde la Edad Media una incesante presencia de universitarios de todo el continente y la de los irlandeses había sido muy importante por cantidad e influencia. A lo largo de los siglos allí se habían ido formando importantes primados, sacerdotes e intelectuales irlandeses.

Fundado en 1521 por el arzobispo Fonseca, el edificio reunía tanto a estudiantes irlandeses como a españoles, también a artistas e intelectuales de ambos países. Entre sus muros se fabricaba una excelente cerveza y su claustro estilizado con sus altas columnas de estilo italiano, era de los más famosos del país. Allí había ido a parar Ordóñez ese día... Vestido con un alzacuellos y sotana negra, el pelo rapado y gruesas y altas botas militares, corrió detrás del padre Patricio, el hombre que durante muchos años había sido su maestro.

El padre Patricio era en realidad Patrick Curtis, a quien todos los estudiantes salmantinos conocían como Patricio Cortes. No solo era un importante primado de la iglesia católica, también el rector de ese colegio,

catedrático de Historia Natural, Intelectual, pensador... y espía. Había sido él, otro conspirador nato al estilo de Bellavista, quien lo introdujo a él y a otros colegas como Álvaro de Urquijo o el propio Villar en esos vericuetos turbulentos y apasionantes. El siglo había empezado con el mundo patas arriba y la revolución en Francia guillotinando cabezas e imponiendo nuevas ideas. Gracias a las reuniones clandestinas que Patrick había organizado en las bodegas del recinto, entre barriles de cerveza negra, muchos jóvenes habían discutido de política, debatido sobre la idoneidad de república o monarquía, de libertades y fe... y algunos habían terminado formando parte de la amplia red de agentes de información que Curtis tenía... no se sabía muy bien si al servicio de España, de la Corona o del Vaticano. Álvaro y él mismo habían discutido a veces sobre a quién diantres estaban sirviendo en realidad.

El padre Patricio no había sido nunca un hombre corriente. Mezclaba sus brillantes ocurrencias con algunas actitudes cuando menos... sospechosas. Tanto que en más de una ocasión habían aparecido por allí agentes de seguridad y hasta inspectores del Tribunal de la Santa Inquisición. Que llevara báculo sacerdotal no le resguardaba de estar en el ojo del huracán sobre todo si como él, se era un provocador nato.

—*Hors d'ici! ¡Sortezzzzz!* — repitieron los gabachos golpeando a la gente con las armas, gritando y amenazando.

Había sido Curtis quien los había puesto finalmente en contacto con algunos personajes importantes de logias masónicas y con conocidos intelectuales extranjeros y nacionales, entre ellos con el propio Melchor Gaspar de Jovellanos, nada más salir este de la cárcel. Con Jovellanos habían congeniado enseguida, entrando deprisa a formar parte de su círculo más estrecho de seguidores, el mismo que con la guerra, había tomado las riendas del país. Habían formado parte de una logia, tan de moda entonces, e incluso contactado con independentistas americanos. La invasión napoleónica había acabado con todo aquello. Ahora Juan, después de años, volvía a estar entre esos muros. Corriendo por el claustro mientras no paraban de retumbar las bombas fuera, Salamanca estaba siendo asediada, sin un ápice de misericordia, por los propios aliados.

—¡Maldito inglés! —exclamó el irlandés—. ¡Maldito Wellington!

—Sí —le contestó Juan a su lado mientras atravesaban la zona de los silos, vacíos desde hacía tiempo, e intentaban salir fuera—. La lucha será

encarnizada, ya nos lo advirtieron, pero, ánimo, que la pesadilla podría terminar pronto. El que consiga esta plaza fuerte posiblemente gane la guerra.

Oyeron y vieron que un obús destrozaba un lateral del propio colegio. Las piedras se vinieron abajo de prisa, estando a punto de matar a un muchacho que corría en su grupo.

El padre Patricio paró un instante para ver qué había pasado y luego siguió corriendo. El flato le impedía continuar al mismo ritmo; ya estaba demasiado mayor para semejantes atropellos. Para ser un hombre duro los ojos le lloraron de puro coraje.

—¡Qué pena de colegio y de ciudad! —dijo.

La artillería gala se defendía como gato panza arriba y los aliados estaban abajo, tras sus muros, bombardeándola sin piedad. La batalla se veía venir hacía meses y Julián Sánchez le había ordenado a Juan que se infiltrase en la ciudad, ya que la conocía bien de sus años de estudio, y los informase. Necesitaban allí a alguien que se moviera con naturalidad, que les pudiese proporcionar datos fehacientes desde el interior. Desde fuera, Sánchez y el conde de España, con su Regimiento de Lanceros de Castilla, estaban a las órdenes directas de Lord Wellington.

En el colegio Juan llevaba más de un mes. Había entrado una noche por un acceso secreto excavado en piedra viva que había en el lateral de poniente desde hacía siglos. A través de un estrecho conducto entraba y salía cada dos o tres días para informar y recibir órdenes. Sabía que la ciudad estaba al caer, que los franceses llevaban esta vez las de perder, pero lo que no sabían era cuánto tardarían los aliados en lograrlo. A trompicones... el grupo salió al exterior.

Oyeron un estruendo.

Enfrente mismo, un edificio cuya techumbre ardía, se derrumbó como una endeble hoja de papel. La soldadesca francesa corría de un lado para otro como pollo descabezado mientras que ellos intentaban escapar de la intensa polvareda que les había cubierto.

—¡Por aquí, por aquí! —oyeron a Juan y se empezaron a orientar.

Sonaban sirenas y además múltiples toses y carrasperas, también gritos de gente, ladridos de perros y los alaridos de los gabachos dando órdenes. Cuatro mismo delante de ellos estaban sacudiéndose la sangre y el polvo de sus dolmanes, otro se veía con la cabeza abierta sangrando por debajo de su alto

gorro de húsar y varios más trataban de mover un cañón, para apuntar más a su derecha y disparar de nuevo.

Volvieron a oír de forma atronadora. Con los oídos tapados, sin saber qué dirección tomar, siguieron corriendo calle abajo.

Juan se trastabilló en la carrera y a punto estuvo de caer al suelo y chocar contra un perro pastor que huía despavorido. Había también muchos paisanos aunque la mayoría se había ido retirando en días anteriores a otras barriadas menos peligrosas. En esa zona la metralla destrozaba ventanas y se colaba por las rendijas. Los regimientos galos se defendían parapetados en conventos, iglesias y palacios, reconvertidos en fortalezas inexpugnables.

—¿Adónde nos dirigimos padre? —le preguntó Juan desorientado.

El ruido les impedía entenderse y el cura le señaló una dirección. Cerca, hombres y mujeres arrastraban entre gritos y llantos baldes de agua para apagar otro inmueble que ardía como la yesca y unos jovencitos, con las caras tiznadas, salían de unos sótanos medio destruidos tosiendo y totalmente cubiertos de serrín.

—¡Sígueme! —oyó luego Juan al padre Patricio—. Tenemos una casa al otro lado de la ciudad... Es muy pequeña, pero tendremos que caber todos.

Esperemos que solo sea para unos días. Allí siempre guardamos provisiones de comida y agua... Cuando lleguemos y comprobemos que el edificio sigue en pie, cada uno se pondrá al servicio de las milicias cívicas y ayudará en la calle.

No podían portar armas porque los gabachos, que tenían tomada la ciudad, les descerrarían dos tiros, pero al menos podían colaborar con los cinturones apagafuegos. Que aquel fuego fue *se amigo*, no le hacía menos peligroso. Podrían salir todos por los aires porque los gabachos tenían multitud de lugares reconvertidos en polvorines... Había que andarse con cuidado.

—¡Pero si apagamos los fuegos los gabachos resistirán más! —protestó uno desalentado y Curtis le contestó:

—¡No vamos a ayudar a los franceses, solo intentar no morir todos como si fuéramos cerdos asados! —y los demás asintieron sin rechistar—. Si las llamas se extienden, arderá toda la ciudad. Moriremos todos. Hay que hacerlo hasta que los gabachos rindan los fuertes.

—Yo no sé si se rendirán, los fuertes de Marmont son realmente resistentes.

Los ha construido a conciencia para aguantar un sitio —dijo Ordóñez otra vez a la carrera.

Entre gritos y estallidos atravesaron la ciudad en llamas. No eran los únicos; a su lado corrían aterrorizados cientos de salmantinos. Salamanca estaba recibiendo un castigo muy duro en esa guerra. La hermosa ciudad medieval se había convertido en un punto estratégico para ambos ejércitos y lo iba a pagar caro. Ocupada por tropas franceses desde finales de 1809, Napoleón había ordenado al general Marmont, montar allí su cuartel general y fortificarla para protegerse... Tal vez el corso hubiera previsto en su momento, hacía de eso ya dos años, la importancia que aquel enclave iba a tener en la batalla definitiva.

Oyeron un quejido a su espalda y se volvieron a mirar. Gervasio, uno de los hermanos que corría tras ellos, había recibido un disparo. De bruces, le vieron caer al suelo, quedar tirado en medio de las partículas de cenizas que tapaban todo. Juan vio como la sangre manaba de su boca, y comprendió que estaba muerto.

Los proyectiles sonaban más cerca que nunca, sobrevolándoles por encima de sus cabezas. Mientras la tarde caía, los intensos fuegos rojos se veían nítidos en la lejanía. Brillantes y espectaculares.

—¡Padre, déjelo! —gritó Juan al padre Patricio cuando le vio a este retroceder e intentar sacar de allí al hombre que había tendido en el suelo—.

Gervasio está muerto, no podemos hacer ya nada por él.

El irlandés maldijo y después, consternado, se dio la vuelta, teniendo que dejar allí a un viejo amigo. A un colega. Gervasio era desde hacía mucho tiempo uno de sus hombres de confianza. Juan tuvo que ayudar a otro hermano que al igual que el padre Patricio intentaba imprudentemente despedirle, cerrarle los ojos y apartarle del centro de la calle... No había tiempo.

—¡Vamos, no podemos separarnos, no podemos parar ahora! —les gritó mientras intentaba quitarse de los ojos el pelo apegostrado de sudor y escombros que llevaba. Tenía la nariz seca a causa del humo tóxico que llevaban ya un buen rato respirando. El sudor le dibujaba largos churretes por la cara y los ojos le brillaban de furia reprimida.

—¡Hijos de puta gabachos! ¡Malditos seáis! —gritó al aire, él solo, mientras seguía corriendo, sin que nadie le prestase la más mínima atención.

Detrás de él llevaba en ese momento a un padre con un niño pequeño inerte

en sus brazos, seguramente herido de gravedad, mientras la madre lloraba y gritaba histérica unos pasos detrás. Curtis sujetó del brazo a Juan mientras los otros hermanos que les seguían trataban de calmar a la mujer. El niño estaba muerto. El padre Patricio le levantó la cabeza. El difunto parecía mirarlos asombrado aún de lo vivido, con los ojos de par en par, y una sonrisa pícaro en los labios. El sacerdote le cerró los ojos y la madre se tiró al suelo rota por el dolor.

Ellos siguieron corriendo, sabiendo que poco podían hacer ya por aquellos que iban cayendo, como el propio Gervasio a quien Eustaquio, otro de los hermanos, aseguraba que iría a por él en cuanto el bombardeo parase. Al menos para recogerle y darle cristiana sepultura. Los demás habían asentido. En ese momento era impensable arrastrar por las calles, entre el tumulto de gente, a un cadáver.

La noche se les había echado encima. En una hora se cumplirían los dos días de ofensiva aliada y todavía no se había determinado nada. Los tres conventos reconvertidos en fuertes galos: San Cayetano, la Merced y San Vicente, formaban un triángulo y se apoyaban, cubriendo un amplio espacio, impidiendo que los aliados pudiesen acercarse. Resistían, pero la zona estaba ya devastada. El asedio estaba resultando infernal.

Wellington había llegado a las afueras en junio, con un calor terrible, y había entrado en una barriada de la ciudad, pero no había logrado terminar de echar a los franceses a pesar de contar con más efectivos.

—¿Cuántos hombres calcula que puede haber ahora en los tres fuertes? — preguntó Curtis.

—Unos mil —dijo Juan—. Nuestros agentes creen que no hay más, pero Marmont está esperando refuerzos de Asturias... espera con poder contar con cincuenta mil hombres del norte... si logran llegar, estaremos perdidos. Wellington tiene que lograr la victoria antes de que los franceses obtengan refuerzos.

—Dios te oiga —dijo el irlandés.

—¿Conseguiste darle la información sobre el refuerzo interior de los fuertes?

—Sí, debió llegarles por las disposiciones que ya han tomado — contestó Juan. Por dentro los conventos se habían reforzado con piedras y muros para que resultaran más resistentes a la artillería enemiga. Además, Marmont había

ordenado derribar los edificios que les obstaculizaban la visión para despejar la zona y tener un campo de tiro más amplio. Abajo se veía el Tormes y el campamento aliado con claridad—. San Vicente solo caerá si es atacado a campo abierto aunque sería temerario. Tiene más de treinta bocas de cañón.

»Parece suicida que los aliados logren cruzar el puente romano, está justo en el campo de tiro francés. Desde la Merced les tienen cubiertos —siguió Juan mientras el padre tosía con un pañuelo en la boca y los demás les seguían a paso bien ligero.

—Tendrán que buscar otras entradas, cruzar el río, vadearlo más al sur... A ver si les llega más armamento porque con los cañones que tienen, no rendirán esta plaza fuerte.

—Están esperando cañones pesados, de los de veinticuatro libras y más munición desde Almeida, pero los caminos están destrozados —comentó Juan.

—¡Padre, Patrick, padre Patrick! — oyeron gritar a su espalda a un jovenzuelo que les hacía señas. Un mocoso de pelo revuelto y cara tiznada les llamaba. El sacerdote le reconoció, era monaguillo en la capilla del colegio y un agente de su red.

—¿Qué pasa, Miguelito, qué haces aquí, qué quieres?

—Padre, lord Wellington se ha ido — explicó asustado—. Le han visto irse con sus hombres. Dicen que abajo en la muralla solo queda la Sexta División de Clinton. Los demás se dirigen hacia el norte, el inglés va detrás de Marmont, a darle caza.

—Gracias, muchacho —le dijo acariciándole el pelo—, por la información y corre con tu familia. No te quedes por aquí solo.

—Mal asunto —dijo Juan a su lado al ver la cara de sorpresa del padre
Patrick

—, esa división tiene poca experiencia...

—Ni experiencia ni nada... Esta mañana me han informado de que donde están está todo lleno de escombros, de que no los han recogido y no pueden ni avanzar.

Oyeron un nuevo estruendo y todos se arrojaron de bruces al suelo. Un obús aliado había hecho saltar uno de los muchos polvorines franceses que había escondidos, como arma de protección, en la ciudad. Con él habían volado también los edificios colindantes no muy lejos de allí. La onda expansiva había resultando tan fuerte que Juan durante unos minutos se había quedado

sordo.

No lograba oír nada y sentía un intenso y agudo dolor en los oídos. Le sangraba la nariz, tenía una brecha en la frente y uno de los hombres a su lado, estaba muerto. Juan se levantó a trompicones y corrió al lado del padre Patrick, que aunque tirado en plancha en el suelo, seguía vivo.

—¡Padree! —le gritó histérico, intentando reanimarle.

—¡Sácame de aquí, por favor! —le suplicó el anciano.

Juan le arrastró hacia un lugar más protegido y esperó a los demás. La noche era luminosa y se apreciaba con claridad a la gente.

—*Formation... allez!* —los gritos de los soldados franceses y el retumbar de las armas resonaba sin parar. Las patrullas no paraban de correr de un lado para otro intentando también ellos apagar fuegos. Apoyado en una tapia, con el padre Curtis aún en sus brazos reponiéndose del golpe que le había atontado, se dejó seducir por el espectáculo dantesco del fuego, por la mezcla de alucinación y pavor que provocaba.

El grupo no pudo unirse a las milicias cívicas hasta altas horas de la madrugada, una vez Juan dejó al padre Patricio y a los que iban heridos en la pequeña casa a la que se habían trasladado. Transportando baldes de agua de un pozo próximo para salvar desesperadamente manzanas enteras de casas, estuvieron horas. Las milicias, muchas descabezadas, funcionaban de forma anárquica y poco eficiente y Juan intentó sin mucho éxito organizarlas.

Los centinelas en las torres y las fortificaciones no paraban de disparar contra los zapadores abajo que con más dinamita intentaban abrir brechas en los puntos más débiles de la muralla para entrar en la ciudad. Las ruinas proporcionaban cobertura y escondite a los ingenieros que andaban estudiando el terreno. Volvieron a la casa cuando Patrick Curtis le llamó.

—¿Han avanzado los aliados?

—No, prácticamente nada —le dijo Juan sin haberse lavado aún la cara de tizne.

—Descansa ahora lo que puedas, unas horas al menos hasta que amanezca y mañana, a primera hora lleva esta carta mía a Clinton. Es información delicada, es importante.

Juan no pegó ojo esa noche. Era imposible hacerlo sin saber si la propia casa no saldría ardiendo con cualquiera de los obuses que les tiraban, pero al menos descanso un rato. De madrugada, antes del alba, ya estaba de nuevo de

pie. Utilizando la salida excavada en roca a la que se accedía desde el colegio mayor, a esas horas otra vez desértico y abandonado por los franceses que se habían replegado más adentro, salió a campo abierto y a punto estuvo de morir a manos de los propios aliados teniendo que enseñar de prisa su acreditación.

—*Friends, ally! Friends, ally!* — repitió varias veces.

Llevado por dos soldados hasta la tienda de campaña de Clinton, entregó allí la documentación y el escrito que le había hecho llevar Curtis.

—*Stay here and wait for new orders!*

—le dijo el inglés.

Durante los días sucesivos se siguió en la misma línea. Ataques y aperturas de brecha en los muros de la ciudad, pero sin mayores consecuencias. Salamanca no se rendía y en campo abierto, el general Marmont, había reaparecido respaldado por miles de hombres más que habían logrado llegar desde el norte. Los dos ejércitos marchaban ese día, paralelos el uno al otro, separados por media legua de distancia, a ambas orillas del río Tormes, pero sin atacarse. Habría que esperar la ocasión idónea.

Juan, inactivo, se ponía nervioso. No podía sumarse al regimiento de Clinton, este tampoco le había permitido regresar a la ciudad y desde allí era impensable sumarse al Regimiento de lanceros de Sánchez que ya se había ido con

Wellington. Al día siguiente, desde la tienda de mando inglesa, Juan asistió al intercambio de disparos de artillería entre las partes. Uno de los conventos se vino abajo y la empalizada empezó a desmoronarse. Trescientos hombres de las brigadas de Hulse y Bowes se precipitaron a escalar los muros de San Cayetano. El asalto fue un desastre.

Clinton gritaba al lado de Juan la orden de que los dos brigadas regresaran, pero para entonces el número de muertos era ya muy elevado. Al menos la mitad de sus efectivos. Ordóñez observaba fascinado con sus gemelos, desde el puesto de mando, el desarrollo de las operaciones, incluido el ataque dirigido en personas por Bowes.

Finalmente, la petición de tregua de Clinton se obedeció y se paró. Había que retirar los cuerpos sin vida de los escombros para poder continuar.

Durante dos días más los aliados excavaron zanjas de aproximación y trincheras para minar desde abajo las fortificaciones y en la mañana del veintisiete de junio las baterías retomaron el ataque, abriendo, esta vez sí,

grandes boquetes en las murallas. Los conventos ardían ya por los cuatro costados cuando los ingleses reiniciaron el asalto. Una bandera blanca apareció en lo alto de San Cayetano. Los franceses se rendían. Hubo revuelo y confusión y ante el temor de que se tratara de una estratagema, se continuó el ataque. Cuando la segunda bandera blanca fue izada desde lo alto, los franceses se rindieron de verdad.

Los gritos de alegría en la ciudad resultaron atronadores. La rendición de Salamanca acercaba la victoria definitiva. Diez horas después, con la ciudad aún ardiendo, los aliados entraban en ella y Ordóñez volvía a reunirse con el padre Patricio.

Días después llegaba la noticia de la victoria de Wellington sobre Marmont en los Arapiles. Los aliados habían sufrido cinco mil bajas y los franceses doce mil. Los campos castellanos estaban cubiertos de cadáveres. La noticia corrió como la pólvora: el paso hacia el Duero, hacia Madrid, había quedado abierto. La derrota francesa había sido total. Juan, como tantos otros, se emborrachó ese día para celebrarlo. Un día después regresaba a caballo a Madrid.

Madrid

Llegar hasta el Sitio resultó complicado. Viajar en esos momentos por aquellos caminos y con varios carruajes, era sospechoso. Habían recibido el alto a la salida, pero los oficiales al mando, al no encontrar nada raro en los dos viejos cocheros desvencijados en los que viajaban una anciana, una joven y unos niños hambrientos, les dejaron continuar. De madrugada llegaron a Aranjuez donde los esperaban desde hacía meses la familia Villar. Tras los abrazos de rigor, Isabela les preparó una buena cena. Nada lujoso, pero al menos verduras frescas y sabrosas. A la vista estaba que lo necesitaban. Se los veía a todos bien flacos.

—¿Cómo habéis tardado tanto?

Dijisteis que vendrías en unas semanas.

—Lo sé —contestó Lola a su hermana Isabela mientras señalaba a M^a Teresa —.

La marquesa no quería salir de Madrid. Le asustaban los caminos, incluso

ahora con las reservas de comida agotadas me ha costado trabajo convencerla. Después de saber que los franceses han perdido Salamanca y los aliados avanzan hacia Madrid quería esperar allí. Ya le he dicho, si es necesario volvemos en unos días, pero ahora necesitamos reponernos, dar de comer bien a estos niños... Por cierto, Clara, ¿has tenido noticias de Juan? ¿Estaba en Salamanca aún?

—No sé, no he vuelto a tener noticias tuyas —dijo algo nerviosa—, pero espero que regrese pronto.

Lola se le acercó para abrazarla. Hacía mucho que no se veían.

Lola quería además ver a su familia porque tenía algo importante que contarles... aunque aún no supiera muy bien cómo hacerlo. Ante la confirmación de la noticia de que Álvaro se había visto envuelto en un nuevo escándalo con mujeres de por medio había dado por rota su relación con él. Le había enviado a través de Bellavista y con el compromiso de este de hacérselo llegar cuanto antes su ruptura mediante una carta y el día después había aceptado la propuesta de matrimonio de Enrique de la Vega. A veces le parecía una locura, le daba vértigo pensar qué estaba haciendo, pero otras lo consideraba lo más razonable. Seguir esperando a Álvaro era absurdo. Sentía que su paciencia con él había llegado al límite.

Aquella nueva aventura la había sentido como una bofetada y ver el anillo de Álvaro, el del trébol blanco que llevaba muchas veces en el dedo meñique, en la mano de la Astiazábal era algo demoledor que no pensaba tolerar.

Había mandado la carta de ruptura sin soltar una lágrima. ¡Estaba furiosa! No sentía pena, sentía rabia. De haberle tenido enfrente, le hubiera pateado. No... Álvaro no se merecía sus lágrimas. Y ella debía ser inteligente, fuerte... y reorganizar su vida. Álvaro era el pasado y Enrique su futuro. Lo suyo con Álvaro había sido precioso mientras había durado, aquellas escasas semanas en Aragón... luego se había diluido como un azucarillo en el agua. No debía seguir lastimándose, aferrándose al pasado... Debía, y ahora que la guerra parecía ir terminando más, mirar al futuro y hacerlo con optimismo. Se negaba a dejarse arrastrar por la pena. No podía hacerlo por un hombre que no la merecía, no cuando había vivido tantas cosas y tan duras, cuando había visto morir a la gente destripada delante de sus narices, cuando había ella misma tenido que matar para impedir que la violaran, cuando había tenido que recoger a niñitos huérfanos de los cuerpos inertes y famélicos de sus padres

fallecidos en medio de la calle. ¿Quién era ella para llorar porque un hombre no le hacía caso? Era inmoral.

No lo veía así la marquesa que llevaba días sin hablarla. Le había advertido que fracasaría, que su matrimonio terminaría siendo un desastre y que se estaba comportando como una cobarde.

—¿Qué clase de prometida eres tú que en cuanto aparecen problemas te rindes? Tú —le había dicho señalándola con un abanico desvencijado— no sabes lo que es el amor... Si supieras lo que yo he hecho por estar con mi querido Melchor...

—No sigamos hablando, ya he tomado una decisión.

—Bien, si me juras aquí mismo que le amas, te daré mi bendición.

—Le amo.

—Mientes —le había espetado la marquesa— y lo sabes. Actúas así por venganza, por orgullo herido, sin darle la posibilidad de explicarse. Estás jugando un juego muy peligroso en el que no solo tú te harás daño. También se lo harás a ellos dos. Ese muchacho no se merece que te cases con él amando a otro hombre y Álvaro tampoco merece que le dejes sin escuchar su versión siquiera. Estoy segura de que algo ha debido de pasar.

—Sí, que ni se acuerda que se comprometió conmigo —soltó Lola, pero la marquesa no dio su brazo a torcer.

Cuanto más insistía M^a Teresa en defender al Urquijo, más enrocada parecía Lola. Seguiría adelante con sus planes. Tal vez su corazón tuviera dudas, pero su cabeza lo tenía claro: se casaría con Enrique de la Vega y se daría a sí misma una oportunidad de ser feliz, pero si la marquesa no lo había comprendido, su familia menos. Sobre todo porque no habían estado al día de todo lo sucedido últimamente. No conocían las historias que vinculaban a Álvaro a una cubana afrancesada, ni la de la vaga sospecha, después negada por el propio Bellavista, de que hubiese podido trabajar para el enemigo y ser el topo infiltrado en la red, o la última con el escándalo que le relacionaba sentimentalmente con la sobrina del general Palafox...

—No te entiendo. Para haber sido alguien que se ha abrazado tanto a un amor, ahora lo sueltas muy deprisa. Estoy de acuerdo con la marquesa y que conste que no tengo nada contra Enrique de la Vega, que me parece encantador y que por cierto hace poco vino a vernos y no nos dijo nada de lo vuestro, pero me parece una locura y una insensatez por tu parte tomar una decisión

como esta sin esperar siquiera a saber qué ha sucedido.

—Si has esperado tanto tiempo, espera un poco más. La guerra parece estar finalizando, Álvaro seguro que no tarda en regresar —le dijo Clara—. ¡No te precipites! Y no creas toda la bazofia que publican esas gacetillas de cotilleos. Dale un voto de confianza.

—Y lo de Elena Palafox —intervino M^a Teresa fríamente—. Solo la conozco de pasada, pero me pareció entonces una harpía, dudo que una mujer así le gustase a Álvaro. Habrá armado un escándalo para pescarle, pero como vuestra hermana es una terca, no escucha ningún consejo.

—No puedo esperar, las cosas han surgido así y no voy a dar marcha atrás. No podría hacerle eso a Enrique.

—Entonces no sé para qué nos preguntas nuestra opinión si luego haces lo que quieres sin escuchar a nadie.

La relación se tensó entre ellas esos días. Lola se sentía incomprendida y prefería pasear sola por el campo a aguantar sus miradas cómplices o sus comentarios sarcásticos. En la primera quincena apareció por allí dos veces Adolfo Guillén, secretario personal de Bellavista, con información para la marquesa. Una tarde, diez días después de su llegada al Sitio, el hombre volvió, pero una inoportuna tormenta impidió que regresara a Madrid. La noche era lluviosa y el hombre parecía enfermo. La marquesa le ofreció amablemente alojamiento y él aceptó agradecido.

La borrasca tenía un fuerte aparato eléctrico y la noche fue una romería por la casa, con los niños asustados llorando, levantándose, y Lola e Isabela turnándose arriba y abajo para atenderles. Sobre las cinco de la madrugada, una vez calmado el temporal, los pequeños lograron quedarse dormidos profundamente. El resto de la casa también después de horas en vela. Solo Lola, con su mente hecha un torbellino por las complicadas decisiones que había tomado, se desveló. Cada vez dormía peor. La marquesa, que no perdía oportunidad de atacarla, se burlaba diciéndole que era por su mala conciencia. Agotada, temiéndose pillar ella también un catarro, se terminó de levantar y bajó a por leche caliente a la cocina.

Descalza por la escalera y en camión se sintió estremecer al oír un extraño aunque sutil ruido procedente de la sala que su tío a veces utilizaba como biblioteca. Rápidamente fue a por el arma que su tío escondía en un cajón del cuarto de al lado. Cargó los cartuchos y al oír pasos corrió a esconderse

detrás de una tosca cortina marrón. Aunque estaba muy oscuro reconoció la silueta del secretario de Bellavista que salía a escondidas. ¿Qué diantres estaba haciendo ese hombre? ¿A qué había ido a su casa? ¿Estaba robándoles?

Oyó arriba el sonido de unas pisadas sobre las tablas de madera mal claveteadas e identificó a la marquesa.

—¡Alto, rufián! ¿Qué hace ahí? ¡Levante las manos, estoy armada! — dijo esta mientras la redecilla le sujetaba por el hombro el cabello antaño rubio y ahora plateado.

El tipo, en la oscuridad, parecía indeciso. De repente Lola vio relucir el mango de una navaja que parecía llevar escondida en la manga de la chaquetilla y que la movía con discreción, pero con la firme decisión de lanzársela a la marquesa. Lola, sin pensárselo dos veces disparó.

Lola hizo diana y el hombre cayó al suelo con un ruido sordo mientras la marquesa se desvanecía al borde de los escalones y bajaba rodando parte de ellos hasta el descansillo central, inconsciente.

—¡Marquesa! —corrió Lola hacia ella, sin saber si estaría o no herida y moviéndola, comprobó que solo estaba inconsciente, del susto y con la cara magullada y el labio partido del golpe.

—¡Ayuda! —gritó, pero no hizo falta porque en ese momento toda la casa estaba de nuevo levantada con Isabela la primera, palmatoria en mano.

—¡Jesús, María y José! —se limitó a decir su tía santiguándose, aterrorizada, al ver aquel esperpento, mientras que Clara corría a llevarse de allí a los niños para que no vieran al difunto. Los criados con los candiles en la mano daban vueltas alrededor mientras Isabela y Lola comprobaban que el agresor estaba muerto y bien muerto.

Capítulo 33

Regresaban de noche a Madrid. El carruaje era insufrible y los huesos de M^a Teresa se resentían. No hacía ni dos semana de su viaje de ida con los niños y ahora tenían que abandonar el Sitio. Lola miró por la ventanilla, recostada en el duro asiento, deseando que corriera algo de aire. De repente, mientras se abanicaba, recordó otro viaje polvoriento y caluroso hacía cuatro

años, cuando habían dejado el convento para ir a Madrid. ¡Habían pasado tantas cosas desde entonces!

Ahora el viaje a la capital no lo hacía entre risas y bullicio —como aquel primero— sino en silencio y preocupadas. La muerte del secretario de Bellavista les hacía temer que hubiera sido este quien le hubiese mandado. ¿Podría ser su propio jefe el topo que durante años habían estado buscando...? ¿Tal vez por eso nunca le habían encontrado? ¿Pero por qué... por dinero, por venganza...? M^a Teresa se negaba a creerlo porque de haber sido él —insistía— no hubiese fallado en sus sabotajes. Era un hombre conciencuzo y si hubiese querido matar a Ordóñez o a Villar —por ejemplo— estos no habrían salido indemnes. Tampoco ella misma o Jovellanos y tantos interlocutores vitales para en su día el arranque de la Junta Suprema, de la Regencia o ahora de las Cortes. No, debía haber sido el secretario quien de forma personal, hubiese traicionado a Bellavista... Lola e Isabela no las tenían todas consigo.

La marquesa reconocía que la explicación de que hubiese podido ser su amigo no tenía sentido aunque los acontecimientos apuntasen en su dirección. Aquello era un verdadero rompecabezas. Lola miró a M^a Teresa y la vio con la cabeza recostada y medio dormida mientras Clara se relajaba mirando por el otro lado.

—No hay mucho movimiento... Creía que ahora que los aliados se dirigen a Madrid encontraríamos a gente regresando a la capital y a los afrancesados huyendo —comentó Clara y Lola le dio la razón.

—Tal vez... ¿Crees de verdad que esto es el final? ¿Que la guerra ha terminado?

—Claro que sí —dijo Clara. Debía ser porque estaba muy cerca su reencuentro con Juan por lo que se le veía esos días tan vivaracha.

El sonido renqueante del vehículo las adormecía, pero Lola seguía en tensión. Al rato era la única que quedaba sin aletargarse. Repasaba obsesivamente la desagradable escena y se preguntaba cómo aquel criado, que parecía el más fiel de los asesores, podía haber estado espíandolos en su biblioteca... Evidentemente buscaba algo y debía ser importante porque se había arriesgado demasiado. Ellas no tenían ni idea de que sería eso que le había llevado a la muerte.

Tras el accidente sus tíos se habían hecho cargo de los niños y de las

muchachas más jóvenes y Clara de atender a la marquesa hasta que despertara de su desmayo. M^a Teresa no había perdido demasiado sangre y solo llevaba el rasguño y el golpe en la mejilla. Mientras la atendían en la cocina, Lola e Isabela habían tenido que arrastrar el cadáver lleno de sangre hasta el cobertizo y esperar a ver cómo deshacerse de él. Lola recordó lo pesado que era... igual que aquellos dos cuerpos sin vida de los soldados franceses que habían matado hacía ya un año en Chodes. Todavía podía notar la sangre caliente y pegajosa en sus manos, el olor acre y lo peor era que no sentía ni una pizca de arrepentimiento.

—Vamos, espabila. Hay que enterrarlo cuanto antes no vayan a denunciarnos o a detenernos —le había dicho esa madrugada Isabela. Lo habían envuelto en una estera y sacado, lejos de su casa, para enterrar al menos el cuerpo y que con el calor no empezara a descomponérseles allí mismo.

—No hay peligro... no creo que nos vayan a detener —le había dicho Lola, que, había salido tiritando al exterior con un redingote de su tío por encima.

Lola no creía realmente que nadie fuera a detenerlas por la sencilla razón de que no había nadie para hacerlo. No quedaban autoridades ni españolas —huidas hacía años al ser la ciudad ocupada por franceses— ni gabachas porque estaban abandonando el país tras el desastre de los Arapiles. Los cuerpos de élite de José I se habían concentrado en Madrid para escoltarle bien hacia el norte o hacia Levante antes de que las tropas aliadas victoriosas entrasen en la capital. Nadie por tanto se preocuparía de que un oscuro hombre apareciese muerto, pero por si acaso, enterrarle lejos y no dar parte de ello les había parecido la decisión más sensata.

La marquesa así se lo había reconocido cuando una vez repuesta, había sabido de su decisión. Ahora aquella era una ciudad sin ley, como casi todas en España, y sería absurdo denunciar lo ocurrido. Lo único que habían visto en los dos últimos días en la ciudad había sido los hombres de las partidas guerrilleras que habían estado campando a sus anchas por la zona y que comenzaban a regresar.

—Creo que deberíamos volver a Madrid de inmediato —dijo Lola cuando al día siguiente vio recuperada a la marquesa y esta estuvo de acuerdo. —Sí, pero de lo ocurrido aquí ni palabra. Lo primero que haré será ir a ver a Bellavista y os juro —dijo besándose los dedos índice y pulgar— que como

haya sido él quien ha traicionado al grupo, lo mato yo con mis propias manos.

—Tal vez no debiera hablar con él, señora, si es el traidor podría ser él quien os matara al sentirse descubierto. De hecho si fue él quien le envió a nuestra casa a por algún documento o a por lo que fuera, ya sabrá que no ha regresado; temerá que le hayamos cogido con las manos en la masa. Tal vez esté esperándonos —añadió Isabela.

—Es posible que Juan haya regresado a Madrid ya —intervino Clara—. Sería más prudente que él se hiciera cargo del asunto e investigase antes de que nosotras nos descubramos.

—Bueno. ¡No sé! Ya veremos — terminó diciendo la marquesa.

En eso habían quedado y ahora se acercaban a la capital. Amanecía cuando entraron en ella. A pesar de lo temprano que era, ya había movimiento. Lola observó cómo algunos soldados franceses llevaban carros llenos de bultos. Iban haciéndose con cualquier vehículo y animal de tiro que encontrasen para salir de la villa y de paso robar todo lo que pudieran. Según llegaron al centro, la señora ordenó a su cochero que pasase para ver si su antigua residencia había sido ya abandonada por los galos y si, como otros, también había sido vaciada por aquellas malditas ratas.

Cuando llegaron comprobaron que el edificio estaba ya vacío de inquilinos... y de todo lo demás. Los ocupantes debían haber tenido prisa porque ni las puertas habían cerrado y en su interior apenas habían dejado nada. Solo lo que les había resultado imposible llevarse o no les había interesado. En un arcón desvencijado la marquesa se encontró con su colección de abanicos abiertos y rotos por el suelo, dos espejos hechos añicos, sillas y mesas destrozadas, puertas arrancadas. En la planta baja estaban cuando oyeron pasos a su espalda y apareció una vieja sirvienta que llorando, se abrazó a la señora.

—Calma, Luisa, no llore usted más, ya ha pasado todo. Cuénteme qué ha sido de la casa.

—Ya lo ve ama, lo han robado todo. Durante la última semana han cargado todo: muebles, vajillas, espejos, arcones, ropa... y lo que poco que quedaba en la despensa —dijo furiosa.

Lola, Clara e Isabela las acompañaron a ambas mientras terminaban de revisar los daños sufridos en el edificio. Los desperfectos eran cuantiosos y Lola reconoció que aquella casa en nada se parecía al espléndido y suntuoso

palacio que había conocido a su llegada a Madrid. Las salas estaban vacías y los pocos muebles que quedaban estaban en las buhardillas, eran los de los criados y carecían de valor. Los dos mozos que aún permanecían en el edificio ayudaron a bajarlos esa misma tarde mientras Luisa les preparaba algo de comer con las viandas que ellas mismas habían llevado desde el Sitio. No llevaban ni dos días en Madrid cuando Juan Ordóñez apareció.

—¡Mi amor! —gritó corriendo cuando vio a Clara. Esta se abrazó a su marido y durante unos segundos lloró sobre su hombro de pura emoción. Juan la besó y le retiró con cariño el pelo mirándola embelesado. Clara, tan tímida, enrojeció.

—No seas tonto, no me mires así —le dijo riéndose y Juan, soltándola, saludó entonces a las demás.

—Vemos que está bien, joven —le dijo la marquesa mirándole con detenimiento con sus antiparras—, aunque un poco flaco. ¿Cuándo llega Wellington y el grueso del ejército a Madrid?

—Pronto. Yo he venido solo y más deprisa, pero no tardaran mucho en entrar. Ahora ya no hay nada que los detenga en el avance y marchan a buen ritmo. Por cierto, marquesa, veo que le han robado.

—Ya ve, esos malnacidos no han dejado nada. No tenemos mucho que ofrecerle, pero se puede sentar; imagino que traerá hambre.

Juan afirmó y la marquesa dio orden a la criada de que preparara un caldo y algo de fiambres para el recién llegado.

—Supongo que su casa andará por el estilo. Esta semana me han contado que miles de carros han salido de Madrid cargados hasta los topes llevándose todo lo que han encontrado... incluida la colección de arte del palacio real. Me han comentado que la mayoría va dirección Valencia.

—También se dirigen hacia Francia, aunque han tenido cuidado de evitar toparse con la columna aliada que avanza hacia Madrid. Y no solo están huyendo gabachos, también miles de españoles que saben que una vez vencido Napoleón, serán juzgados como traidores —dijo Juan.

Lola pensó inmediatamente en la Astiazábal y en la O'Farrill, preguntándose si esas dos lagartas también estarían huyendo en esos momentos o se atreverían a quedarse allí.

—¿Has viajado muchos días?
Cuéntanos, dinos qué tal en Salamanca, qué hiciste allí, qué te pasó, cómo te

atacaron... No puedes imaginar cuánto sufrimos con la noticia de tu desaparición —le preguntó su esposa.

Juan les narró su viaje a caballo durante cinco jornadas picando espuelas. Había sido agotador y su aspecto le delataba. Entre el polvo y lo delgado que estaba no parecía ni el mismo. Luego de hablar se dio un baño y se cambió de ropas, las del mayordomo de la marquesa que llevaban al menos seis o siete años apolilladas en un guardarropa. A la cena fue cuando las mujeres le contaron lo sucedido en el Sitio y la sospecha que sobre Bellavista había recaído. Juan no salía de su asombro cuando M^a Teresa le anunció que iba a ir al día siguiente a pedirle una explicación.

—No debe ir usted, señora... Será mejor que me acerque yo por sorpresa y le pregunte a bocajarro por lo sucedido. Veamos qué nos cuenta. Iré armado. La verdad es que me cuesta creer que nos haya podido traicionar a todos. Oportunidades ha tenido miles, ¿pero motivos? No alcanzo a comprender ninguno. Tal vez no sea él el cerebro de esta red de contraespionaje, sino otra víctima más... Podría estar también en peligro. No sabemos si su secretario era el único que andaba en este juego o trabajaba con alguien o para alguien... Seguramente para un gabacho y no se me ocurre otro motivo que no sea el dinero. Bellavista nunca lo ha necesitado. Siempre dispuso de una buena renta, pero su secretario... no sabemos nada de él.

Esa noche Juan durmió abrazado a su esposa en el cuarto que Clara compartía con Lola y esta se mudó a la habitación de la marquesa teniendo que escuchar de nuevo sus sátiras.

—¿Por qué no le cuentas a Ordóñez tu decisión de casarte con Enrique de la Vega? ¡De abandonar a Álvaro! Tal vez él tenga información.

—No necesitaré contárselo... seguro que mañana ya lo sabe. Se lo contará Clara —dijo Lola que terminaba de cepillarse personalmente el cabello delante de un trozo roto de cristal que tenían puesto encima de unas repisas y hacia las veces de espejo. Con los pies descalzos, Lola se asomó a la ventana mientras la marquesa terminaba de asearse. Se oían voces y comprobó que eran vecinos que borrachos y jaleando a las tropas victoriosas, no paraban de ir y venir por las calles armando bulla.

—Parece que hay ambiente —dijo Lola para cambiar de tema, pero M^a Teresa no estaba por la labor. Había pocas ocasiones en que pudiese pillar a

Lola sola esos días e iba a aprovecharla.

—¿Y al joven De la Vega cuando piensas decirle quién eres realmente? ¡Estás jugando con fuego Lola! —le advirtió con el cepillo en la mano—. Y más en estos momentos. No es por asustarte, pero comprenderás que tu futuro con ese muchacho no está nada claro. Siendo tan afrancesado como es dudo que pueda quedarse en España —y Lola dio un respingo de inquietud. Sí, ese también era un tema que la preocupaba—. Por cierto, hace mucho que no le vemos...

—No insinúe maliciosamente nada... No le vemos porque no sabe que hemos regresado.

—O porque tal vez esté ya fuera... Tal vez se haya ido ya.

—No es verdad. ¡No me hable así de él! —dijo Lola enfadada—. Jamás se iría sin decírmelo. No es esa clase de persona.

—¿Tanto le conoces en el poco tiempo que llevas viéndolo?

Lola bufó.

M^a Teresa decidió callar un rato, darle algo de tregua, pero la veía inquieta y se temía que algo así pudiera estar sucediendo. Lola calló, pero a su vez se preguntó si la marquesa podría estar en lo cierto. La verdad era que le había enviado notificación de su llegada hacía días y no había obtenido respuesta. Y necesitaba hablar con él... de ese tema y de otros tantos. De repente, la situación le había comenzado a resultar agobiante. Tenía que aclarar qué planes tenía él, si pensaba irse al extranjero o no —algo que no estaba segura de querer compartir— y luego sincerarse, descubrirle su verdadera identidad. De forma absurda había ido retrasando ese momento y ahora temía que él montase en cólera cuando se supiera burlado de esa forma. Era según había podido comprobar, bastante puntilloso.

Además, últimamente no estaba tampoco segura de él... No de lo que sentía por él, sino de quien era. Había detectado en él comportamientos y palabras misteriosas, y a veces incluso había llegado a temer que fuera él, el topo que habían estado buscando. Manejaba siempre información de primera mano, pero tenía intereses muy contrapuestos a su grupo.

Lola se removió y la marquesa protestó pidiéndole que se metiera ya en la cama.

La gente cantaba por las calles, pero Lola no la hizo caso. No lograría relajarse, solo removerse... tenía que pensar y prefirió quedarse de pie en la

lucerna.

¿De verdad iba a casarse con Enrique de la Vega? Llevaba meses jugando a eso, pero el momento de dar ese paso se acercaba y lo que antes le había parecido buena idea, ahora le daba vértigo. ¿Podía casarse con alguien a quien no amaba? ¿Tendría razón la marquesa al decir que con esa actitud lo único que estaba haciendo era condenarse ella a ser una desgraciada toda su vida y condenarles a ellos dos? ¿Era Enrique de la Vega lo que aparentaba o escondía a su vez también algo? Ella sabía que guardaba un as en la manga... ¿pero cuál? ¿Para qué? En las últimas semanas —tal vez porque él hubiera bajado la guardia— le había parecido detectar, entre las sombras, a otro hombre que le resultaba desconocido... ¿Estaba dispuesta a dejar Madrid y separarse de su familia por él?

Durante tiempo le había tratado como un afrancesado inofensivo, pero atando cabos había llegado a la conclusión de que “inofensivo” no era exactamente la palabra que le definía... Era listo, sutil, de aquellos a los que no se veía venir, escurridizo. Tal vez fuese agente de José I como le insistía la marquesa o incluso doble agente... ¿Tendría que huir de Madrid? ¿La obligaría a ella a tener que hacer lo mismo? Ella no quería marcharse, pero junto a él, quedarse sería una locura. Ni todos sus contactos le librarían de ser ajusticiado por traidor. No... todo era demasiado complejo y había llegado la hora de coger el toro por los cuernos. Lo primero que tenía que hacer era hablar con él, sincerarse, saber qué planes tenía realmente... Se lo debía a ella misma, a él, y también a Álvaro. No al hombre que la había traicionado, sino al que seguía amando en su corazón...

A la mañana siguiente se levantó cansada y con bolsas en los ojos. No terminaba de tomarse la leche cuando oyó ruido en el piso inferior. Era Juan hablando con M^a Teresa antes de ir a visitar a Bellavista. Lola vio nerviosa a la marquesa. Estaba claro que algo podía salir mal... Juan podía caer en alguna trampa. M^a Teresa se decidió a hacer algo y durante horas todas estuvieron limpiando hasta que antes del almuerzo, le vieron regresar. Solo entonces respiraron tranquilas.

—¿Qué ha pasado? ¿Le habéis visto?

¿Qué os ha dicho? —le preguntaron.

—Vayamos por partes —dijo él intentado tranquilizarlas—. Sí, me ha recibido y, sinceramente, se ha quedado de piedra al saber lo ocurrido. No

daba crédito a la historia. Le he tenido que jurar que era cierta. Va a venir esta tarde a hablar con vosotras.

Eran las cinco cuando Bellavista apareció. Le esperaban todos muy serios y le hicieron entrar a lo que antaño había sido un elegante salón rococó y ahora una gélida habitación desnuda, con los papeles de seda arrancados de las paredes de cuajo y la chimenea destrozada con los mármoles despojados. Él hombre miró la desolación y se encogió de hombros; como ese estaban todos los palacetes y casas ricas de Madrid. Luego se sentó en un sillón con la pata medio rota y se tomó lo que pretendía ser un café.

—Cuénteme lo que sepa ahora mismo —le dijo a M^a Teresa y esta le refirió toda la historia. La cara de asombro de Bellavista parecía genuina—. ¿Dice que fue a verla varias veces? Pues yo nunca le envié. Es más, desde hace quince días supuestamente estaba en su pueblo para atender a su única hermana, gravemente enferma. No estaba casado y apenas hablaba de su vida personal.

Precisamente ese fue uno de los motivos por los que en su día le elegí como ayudante... que no tenía vida privada y podía estar a mi disposición siempre.

—Pues entonces no se entiende su actitud.

—Esta mañana cuando Ordóñez se fue —dijo señalándole— hablé con los oficinistas a ver si habían notado algo extraño en él últimamente. Yo siempre le veía trabajando. Era el primero en llegar y el último en irse. Jamás oí de sus labios una queja por las duras jornadas laborales ni por las difíciles situaciones que ambos hemos tenido que vivir siempre escondiéndonos... Después de escuchar a todos, uno por uno, he sacado un par de conclusiones: la primera es que si era el espía, no trabajaba solo. Él no tenía contactos; era un hombre huraño y cerrado; alguien se le ha debido acercar, ofrecerle dinero... Alguien que previamente supiera que era mi mano derecha, y eso —carraspeó— lo sabían pocos. Le han debido ofrecer una buena suma o chantajearle. La segunda...

—¡Sí! —dijeron los otros animándole a que continuara.

—Es que la única persona que ha ido dos veces a deshoras al despacho, en teoría a hablar conmigo y a ofrecerme información ha sido Leonor de Astiazábal.

—¡No me lo puedo creer! —soltó Lola. Aquella mujer parecía una maldición bíblica, estaba en todas partes.

—¿Cree que pudo ser ella?

¿Astiazábal podría haberle utilizado para sonsacarle información, haber hecho de enlace con los franceses? — preguntó Juan.

—Es más que probable. Después de extorsionar a Álvaro con lo de su boda

—y Lola dio un respingo al hablar de aquel tema tan embarazoso— debió seguir. Aunque opino que posiblemente hubiera empezado antes, mucho antes. Siempre fue una mujer muy ambiciosa y era de las pocas que sabía que Adolfo trabajaba para mí y quién era yo en realidad, gracias a su relación con Álvaro.

Tal vez hubiera estado trapicheando con ello un tiempo por dinero, sin siquiera medir las consecuencias.

—¿Sigue aquí Leonor? —preguntó M^a Teresa.

—Pues yo creía que se marcharía hace tiempo de Madrid con el rubio de los bigotes, Michel de la Rochet, pero no ha sido así. El oficial estaba ya casado y no hizo otra cosa más que utilizarla. Al final le pagaron con la misma moneda que ella pagó antes a tantos otros. Debió montar en cólera porque no solo la había humillado, sino que la había dejado sin posibles. Ha llevado un tren de vida muy lujoso en un Madrid en el que muchos de sus antiguos conocidos han pasado hambre... y eso no creo que muchos se lo puedan perdonar.

—¿Dónde gastaba tanto dinero?

—En vestir como ella viste, a la última, asistir a todos los eventos, el cochero y los criados que ha seguido manteniendo en este tiempo de ruina y luego ha perdido bastante a la ruleta y tenido que pedir a los prestamistas. La cosa empeoró... se ve que el francés iba pagándole sus pérdidas, pero una vez abandonada, la bola aumentó. Crecieron los intereses y ella no tenía con qué liquidar las deudas contraídas. Los peristas eran viejos conocidos. Al parecer tanto Leonor como su padre habían acudido otras veces a ellos. El vicio de las cartas también hizo tambalear la economía paterna en un par de ocasiones antes de la guerra y si no salieron peor parados fue porque la fortuna personal de la esposa pudo tapanlo convenientemente, pero en esta ocasión, sin sus padres en Madrid, Leonor se vio obligada a vender joyas, cuadros... de todo. Aun así no fue suficiente y tuvo que recurrir a más empréstitos, que a la vez le generaron más intereses... Posiblemente lleve así desde antes de la guerra, sin liquidez, entrampada. Eso explicaría su necesidad de dinero y sus extorsiones. También que los ataques no hayan sido seguidos sino esporádicos,

intermitentes. Actuaba cuando se veía acosada por sus cambistas. Seguramente amenazada...

—Sí, esa podría ser una explicación lógica —comentó Juan.

—Estoy convencido de que fue así. Lo que no sé es de qué forma ha extorsionado al pobre Adolfo. Puede que con lo medroso que era —dijo encendiéndose un puro— le aseguraran un retiro digno y salvar el pellejo si nosotros perdíamos la guerra. Puede que quisiera asegurarse así la vejez...

—¿Se vieron recientemente?

—Sí, Leonor estuvo dos veces con él en los últimos días, a altas horas de la noche y después de que yo me hubiera ido. En estas dos últimas ocasiones discutieron y ella salió hecha un basilisco, amenazándole.

—Seguramente Adolfo comprendería que no necesitaba asegurarse su vejez porque el bando ganador era el suyo —dijo Juan—. Ya no la necesitaba, pero ella podría denunciarle, acusarle de haber sido el topo que durante años había estado filtrando información al enemigo...

—Es posible... Me hubiera gustado hablarlo con ella, tomarle declaración, pero no está. Ahora mismo no sé si ha salido de Madrid, ha vuelto a su hacienda familiar en Cuenca o se ha marchado con los gabachos.

—¡Pues tanta paz lleve como deja! —dijo bufando M^a Teresa, mirando de reojo a Lola, viendo cómo reaccionaba ante lo que se estaba contando—, pero esto demuestra que uno no puede fiarse ni de su sombra. Ya veis que dudasteis de forma absurda de Álvaro de Urquijo.

—¿...De Álvaro? —preguntó extrañado Juan y Bellavista le explicó lo sucedido.

—¿Y qué era lo que Adolfo buscaba en nuestra casa para llegar a arriesgar su propia vida? —preguntó Lola interesada.

—No lo sé, pero debía ser algo valioso.

—Le rebuscamos en los bolsillos antes de enterrarle y no le encontramos nada.

—Tal vez lo que buscase siga allí o esté en otra parte —dijo Bellavista.

—Lástima que no la eliminarais cuando extorsionó a Álvaro —dijo contrariada M^a Teresa—, nos hubiéramos ahorrado muchos disgustos.

Bellavista la tuvo que dar la razón.

Madrid

Las tropas aliadas estaban comenzando a entrar en Madrid. La calle era una locura. En casa de la marquesa, Juan, que llevaba ya una semana en la capital, subió corriendo las escaleras. Tenía noticias.

—¡Están llegando carros y más carros de abastecimiento! Vengo de varias tahonas en Antón Martín y el precio ha bajado muchísimo. La gente está como loca... Hay ya suministro de carne, de verduras y están llegando sacos de harina. Se han restablecido las comunicaciones.

—¡Qué maravilla! —gritaron las mujeres mientras celebraban el fin del racionamiento. ¡Por fin podrían saborear un buen bollito de pan caliente y no esa pasta negruzca que habían estado comiendo los dos últimos años. Eso y las asquerosas bellotas que les echaban a los cerdos. Pensar en aquellas comidas nauseabundas daba horror. Ojalá no tuvieran nunca más que volver a pasar hambre... Según los cálculos de la municipalidad, había habido miles de muertes por inanición solo en el último invierno.

Desde hacía dos días había autoridades nuevas en la ciudad y ya había llegado una parte del ejército aliado. Wellington con sus tropas inglesas, portuguesas y españolas aún no había entrado en Madrid, pero lo haría en unos días.

—¡Señora, hay pan! —oyeron decir un rato después a la cocinera que lloraba emocionada con el gorro ladeado—. No vea la de gente que hay por la calle —y Juan le dio la razón.

—Está todo lleno, sobre todo el centro. Hay paisanos ondeando banderas y muchos van ya bien bebidos. No se han debido acostar hace días —y las mujeres se rieron.

Lola dejó al rato al grupo y subió a su habitación para retocarse un poco. Estaba muy nerviosa. Había recibido un comunicado de Enrique de que iría a verla esa tarde. Lola estaba dispuesta ese día a sincerarse y contarle quién era realmente. También a preguntarle por sus planes, por el peligro que corría quedándose allí y por sus sentimientos. En el fondo, pensó mientras se pintaba los ojos, lo que buscaba era que él se lo pensase... porque ella no estaba muy segura de querer seguir adelante.

Juan había tenido con ella unas palabras muy duras. Le había asegurado que Álvaro la quería, que había apostado muy fuerte por ella y que dudar de él sin haberle dado el beneplácito de la duda, sin siquiera escucharle era de cobardes. Al igual que los demás le había rogado paciencia. El sitio en Cádiz también había finalizado y Álvaro debía estar a punto de volver. Y la sola idea de reencontrarse con él, de verle de nuevo, la había emocionado como a una tonta. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué solo la idea de volver a besarle, de oírle hacía que le temblaran las piernas? ¿Se podía ser más majadera? ¿Hasta cuándo iba a darle a Álvaro ese poder sobre ella?

En medio de ese torbellino de emociones y contradicciones Lola recibió a media tarde a De la Vega. El joven escuchó perplejo sus explicaciones sin dar crédito a que le hubiese tenido engañado tanto tiempo... incluso estando prometidos. Se sintió — como Lola preveía— ofendido. Sin responder a ninguna de las preguntas de ella, Enrique de la Vega salió dando un portazo. Los demás no habían tenido oportunidad de decir nada. Le vieron salir hecho una exhalación. En realidad se habían alegrado de que así fuera.

Todos habían apostado por Álvaro, incluso las que al principio habían mostrado más reticencias como Clara e Isabela. A todos les parecía que la relación de Lola con Enrique de la Vega no era más que una maniobra que se había complicado, una farsa. No le culpaban a él, sino a ella. Había llevado su venganza o su necesidad de darle a Álvaro en las narices con otra aventura, demasiado lejos.

Lola bajó finalmente al salón y los demás se limitaron a observarla. No le dio a nadie ninguna explicación porque sobraban las palabras. Para todos resultaba evidente qué había pasado dentro en ese despacho. Nerviosa, se sentó un rato al piano, más a aporrear teclas que a entretener al resto. Le dolía haber quedado tan mal con Enrique, le hubiera gustado explicarle el porqué para que la entendiera.

De repente la campanilla volvió a sonar. Lola se levantó de golpe sabiendo que sería Enrique. Se había ido furioso pero volvía porque la conversación que habían iniciado no se había terminado y ambos, lo sabían. Acudió ella misma a abrir, sin esperar al lacayo y se encontró con Álvaro.

La cara de él se iluminó en una sonrisa indisimulada y sin mediar palabra la besó apasionadamente en medio de la calle, delante de todos. Lola sintió que el corazón se le desbocaba, que el pulso le aceleraba, que todo su cuerpo

reaccionaba... Se abrazó a él por inercia, para no caerse. En esos momentos de incertidumbre necesitaba aferrarse a algo tan seguro a lo largo de su vida como había sido su amor por él... Sí, eso sí era amor, pensó mientras él le susurraba palabras hermosas al oído.

Cuando por fin Álvaro la soltó y ella pudo levantar la cabeza, lo que vio al otro lado de la calle la dejó clavada. Era Enrique de la Vega que la observaba atónito. Intentó levantar la mano, llamarle, decir algo, pero no pudo. ¿Qué explicación iba a darle de aquello?

—Vamos —Álvaro tiró de ella hacia el interior de la casa y De la Vega espoleó a su montura.

Capítulo 34

Madrid, agosto de 1812

Dieron las ocho de la noche cuando bajaron despacio por Recoletos hasta la iglesia del Carmen, una de las más populares de Madrid y la más próxima a la residencia de la marquesa. El calor había sido intenso durante todo el día alcanzando los cuarenta grados y las calles eran un horno aún. A diferencia de otros tiempos, no había habido jardineros regando y llenando cubas de agua para aliviar el calor de los vecinos o asentando el polvo. Si mosquitos y el canto intermitente de las grillos.

Ataviadas de forma decorosa, con la cabeza cubierta con una fina blonda negra, las mujeres acompañadas por Ordóñez se dirigieron hacia el templo. Esa noche serían muchos los que se acercarían a ese y a otros oratorios de la ciudad a dar gracias por el final de la guerra. Esta no es que hubiese acabado, pero vivía sus últimos coletazos. Los franceses se habían replegado al norte y Madrid había sido liberada. Desde hacía horas estaban entrando en la capital multitud de soldados, la vanguardia del ejército aliado que al día siguiente, a primera hora, tenía previsto hacer su entrada triunfal en la ciudad.

Madrid se sentía exultante. Había riadas de paisanos por las calles, en tabernas o paseos, la cárcel real había sido vaciada y el contacto con el exterior se había restablecido. Los balcones estaban abiertos de par en par, iluminados, y de ellos colgaban banderolas y guirnaldas de flores. La gente reía, hablaba despreocupada y lucía sin vergüenza los trajes de gala escondidos en el armario de hacía temporadas. Era como si la vida hubiese vuelto de golpe

Ellos también asistirían al día siguiente a ver la entrada de las tropas aliadas y esa noche oirían la misa nocturna y encenderían —como era de rigor— velas a la Virgen, pasearían y disfrutarían del jolgorio. Todos se veían radiantes menos Lola. Caminaba sería. Su reencuentro con Álvaro había resultado una pesadilla. Todo había salido mal. ¿Cómo podía haber sido tan idiota? Había bastado un solo instante a su lado, un solo beso, para

comprender qué quería, a qué se aferraba su corazón.

—¡Baja a tierra, vuelve a la realidad!

—dijo pellizcándola Clara—. No conseguirás nada dándole más vueltas a lo sucedido, solo enfermar. Ahora solo cabe esperar, dales tiempo. Enrique de la vega ya sabe lo que sientes, te has disculpado y lo ha entendido. Incluso te ha perdonado, algo que, francamente, yo no hubiera hecho —le dijo riéndose, tratando de animarla—. Y por Álvaro no te preocupes... Se lo ha tomado fatal, pero volverá. Si está tan loco por ti como asegura Juan, lo hará, pero dale tiempo, que comprenda y reconozca su parte de culpa en todo lo sucedido. Verás como perdona tu error.

—¿Perdonar? —preguntó Lola airada—. ¡Soy yo la que tendría que perdonarle a él! ¿Cómo puede aparecer así, tan fresco, como si no lleváramos separados dos años sin saber prácticamente nada el uno del otro? ¿Cómo puede hacerlo sin una clara explicación de por qué no vino a verme en este tiempo, de por qué apenas me escribió? ¿De por qué se ha visto envuelto en tantos turbios asuntos de faldas?

—No digas que no te lo ha explicado... Lo ha hecho. Asegura que te escribió un montón de veces y que fuiste tú quien no le contestó...

—¡Miente!

—O no —dijo Clara—, no te precipites. Tal vez haya pasado algo. Yo que tú no descartaría hablar con Bellavista de este asunto, él sin duda debe saber qué ha pasado con esas cartas... yo diría que tal vez haya sido quien las ha retenido.

—¿Por qué, qué motivo tendría? —preguntó exasperada Lola.

—Vete tú a saber —dijo su amiga—, pero tal vez prefiriera que te quedases aquí. Aunque le negaras tu colaboración para infiltrarte en la corte bonapartista... al final lo terminaste haciendo. Tal vez haya estado jugando a eso, a retenerte aquí, a impedirte reunirte con él en Cádiz porque esperase que al final pasara, lo que terminó pasando.

—Me parece muy retorcido —dijo Lola.

Clara se rio.

—¿Y acaso no lo es él?

Lola tuvo que darle la razón. Sí, esa podría ser una explicación. Lola le había acusado a él mismo de mentir cuando le había asegurado que le había

escrito numerosas cartas y que a su vez no había recibido las suyas, pero tal vez Clara estuviera en lo cierto y ambos hubieran sido un juguete en manos de Bellavista. La idea, la enfureció... De todas formas, ¿también iba a tener la culpa Bellavista de los líos amorosos en que se había visto envuelto esos años?

No, de eso solo él tenía la culpa.

—Tal vez no —le había recordado Clara— al menos en el caso de Leonor. Ya lo sabes, porque finalmente el viejo te lo reconoció; lo de la boda fue una farsa, Álvaro no volvió con ella, sino que todo fue un chantaje de la Astiazábal. Y de la O’Farril y sus tejemanejes todo quedó en agua de borrajas... Tal vez lo que se ha contado de él y la Palafox también sea mentira... —Pues no sé qué decir... casi preferiría que hubiese tenido ese *affaire* —dijo y la otra la miró con sorna—. ¡Así al menos yo hubiera tenido una excusa! Si él se ha portado tan noblemente... ¿Cómo quedo yo excusarme? He hecho el ridículo...

—El ridículo no... Simplemente, tu coraje te ha llevado a cometer un error.

—Un error... demasiado grave —reconoció Lola pesarosa, mordiéndose los labios—. Me he precipitado... Tal vez debiera pedirle perdón.

—¡Por Dios, Lola, no seas terca y hazlo ya! Antes de que sea demasiado tarde.

—Es que él debería pedírmelo antes a mí —insistió ella y la otra resopló desesperada ante tanta terquedad—. Todavía puedo verle con ese gesto de desdén cuando le intenté hablar de Enrique de la Vega. ¡Se mostró tan altanero, tan arrogante... qué me dieron ganas de estrangularle! ¡Está acostumbrado a salirse siempre con la suya, pero te juro, que esta vez no sería así!

—¡No te entiendo! ¿Prefieres perderle a ceder? —le preguntó Clara—. ¿Acaso no recuerdas lo feliz que fuiste con él?

—Claro que lo recuerdo —dijo Lola —, pero es que todo fue tan rápido, terminó tan deprisa que hubo momentos luego en que creí que todo había sido un sueño... como si mi imaginación me hubiese estado jugando una mala pasada.

—Pues no fue un sueño, Lola, y lo que sientes por él es verdad. Por eso no debes llevar esto tan lejos... Eso es indigno de ti.

Lola calló, tenía un nudo en la garganta, hubiera deseado llorar, pero se

contuvo. No quería darle a nadie ese gusto. Clara, viéndola con los ojos brillantes, le ofreció su lienzo, pero Lola lo rechazó. La marquesa, que caminaba unos pasos atrás con Juan, percibió el gesto.

—Parece que nuestra Lola sigue en sus trece —dijo— y ese estúpido muchacho igual.

—Supongo que necesitarán unos días para aguantar el golpe. Álvaro se ha tomado muy mal lo sucedido. Ha sido una gran decepción para él.

—¿De Leonor se sabe algo?

—Nada... ha desaparecido. ¡Sabe Dios dónde andará!

—Maquinando su próxima fechoría —dijo la marquesa abanicándose.

Detrás de ellos oyeron una risa. Los tíos de Lola habían regresado el día anterior con los huérfanos, Ana y Josefina. Isabela había regresado al Sitio hacía dos días. ¡No podía permitir que se perdiera la cosecha! La marquesa le había pedido que se olvidara de ello, que ahora que la guerra había terminado podría pagar de nuevo a los peones que antaño había tenido para trabajar en los campos, pero ella se había negado. Pretendía terminar lo que había comenzado. No la insistieron más.

Esa misma semana, Clara se había mudado al hogar de Juan y la marquesa y Lola se habían quedado en el palacete. Lola había temido que M^a Teresa siguiera dándole la murga, que se recreara en el “ya te lo dije”, pero había estado comedida. Aunque le gustaba picarla, comprendía lo mal que lo estaba pasando y no había querido hacer leña del árbol caído. ¡Bastante se había divertido ya con el espectáculo que Lola había dado el día de la llegada de Álvaro! Había sido digno de un sainete.

Álvaro había percibido enseguida la tensión de Lola, que se había metido a la casa después de ver como Enrique de la Vega se marchaba a caballo tras haberla visto besarse apasionadamente con él. La familia había temido un drama, pero todo había pasado deprisa sin problema. El grupo respiró... Hasta que el problema reapareció. Enrique de la Vega regresó furioso cinco minutos después. Todavía seguía Álvaro estrechando manos y dando abrazos a diestro y siniestro cuando el otro apareció hecho un basilisco.

Un lacayo le abrió la puerta y, sin que mediara palabra, le atizó un puñetazo a Álvaro en la mandíbula que le derribó estrepitosamente hacia atrás. Había sido algo inesperado, sorprendente. En un minuto ambos eran un revoltijo de golpes, patadas, puños... Las mujeres intentaron separarles y Juan a punto

estuvo de tener que disparar al aire para frenarlos. La marquesa finalmente intercedió. Mientras Ordóñez acudía en ayuda de su amigo, Lola se llevó a un aparte al joven. Nadie podía imaginar al pacífico y encantador De la Vega hecho tal furia.

—¿Qué diablos haces con el De Urquijo? ¿Esta es otra sorpresa? ¿No has tenido bastante con la primera? —le soltó él con el labio partido, sangrando y Lola se llevó la mano a la frente — ¿Qué clase de mujer eres?

—Para ya y déjame que te explique. Si no te hubieras marchado hubiera terminado de contarte lo que pasaba. No es lo que parece... o tal vez sí —dijo.

—¡Vale ya! ¿Qué significa para ti Álvaro? Y quiero una respuesta ya. La exijo.

—¿Exiges? ¿Quién diantres te crees que eres para exigirme nada? —soltó ella ya harta—. Si no entendí mal, hace una hora saliste de aquí dando por roto nuestro compromiso... Así es que no creo deberte ahora ninguna explicación. ¡Y sí, es posible que tengas razón en lo que me dijiste antes, que soy una farsante, pero no menos que tú!

—¡Calmaos los dos! —oyeron a su espalda a M^a Teresa—. Estáis dando un espectáculo en la puerta de mi casa. Si no os importa pasad al salón y allí podremos hablar todos. A gritos no resolveréis nada... todo tiene su explicación —dijo mirándole a él—, pero ellos ni se movieron.

—Leandra —dijo M^a Teresa a una doncella—, prepara la salita roja y sírvenos a todos una tila. La vamos a necesitar.

—No será necesario... El señor De la Vega ya se iba —dijo Lola furiosa.

—No me iré sin una explicación —le contestó el otro desafiante.

—Sí, Lola, queremos una explicación —oyó a su espalda a Álvaro que, tras incorporarse del golpe y cortar la sangre del labio partido, se acercó a ellos —. ¿Qué hace aquí De la Vega y por qué te anda pidiendo explicaciones?

Ella intentó hablar ella sin que ninguno de los dos la escuchara.

—Y usted —dijo mirando a su adversario— ¿cómo osa poner la mano encima a *mi mujer* —dijo en tono posesivo y agarrándole de la solapa, le empotró contra la pared. Era más corpulento y si la primera vez había sido derribado por un golpe de De la Vega, se había debido a que le había pillado de sopetón. Ahora... se le arrimó a la cara—. Como vuelva a acercarse a ella le mato.

Enrique de la Vega le empujó a su vez

y se deshizo de su brazo mientras miraba a Lola exigiendo que ella se explicara. Lola los miraba a ambos, inmersa en la situación, sin saber muy bien por dónde empezar. Todos esperaban que ella calmara a los caballeros, que en tono amable explicase lo ocurrido, o incluso que se pusiese allí a llorar... Las lágrimas siempre eran una buena escapatoria con los hombres — eso decía tía María— cuando las cosas se ponían fea.

—Lola, tal vez puedas expli... —iba diciendo M^a Teresa cuando Lola habló desafiante.

—No os debo ninguna explicación — soltó— y si queréis comprender qué ha pasado, pensad en ello, seguro que alcanzareis a ver lo sucedido —y recogiendo las faldas, subió el escalón con la cabeza muy alta, dejándolos a ambos allí plantados.

Oyó a su espalda más golpes y comprendió que los dos habían vuelto a enzarzarse a puñetazo limpio y la familia tenía que volver a intervenir para separarles.

—¡Lola! —oyó gritar a De la Vega—. ¡Vete al infierno! —y Lola se preparó para oír algo aún más fuerte, de Álvaro, pero este se marchó sin decir nada. Asomada a la ventana, sin que ellos la vieran, le observó tomar su montura e irse sin decir ni mu. No gritó ni la insultó... solo desapareció. Desde entonces no la había vuelto a visitar ni habían hablado. Solo le había mandado una carta dando por terminada su relación lo que provocó la risotada de Lola.

—¡Será mentecato! ¿Acaso no sabe que hace meses que yo me adelanté? — dijo refiriéndose a la carta que le había mandado, explicándole que rompía con él tras el escándalo con la Palafox. Ahora intuía que posiblemente ni esa, ni las demás cartas, le hubiesen llegado... Si era así, resultaba comprensible su sorpresa.

Lola había roto esa carta nada más leerla, pero luego, arrepentida, había decidido recoger los pedazos y reconstruirla. Durante días la había guardado bajo la almohada, como pidiéndole inspiración... hasta que hacía dos días le había remitido una misiva solicitándole una cita para aclarar lo sucedido; él no le había contestado.

—¿Le pediste finalmente veros para hablar, al menos para no terminar tan mal? —le preguntó Clara y Lola afirmó.

De eso iban hablando también la marquesa y Juan.

—He intentado explicarle lo ocurrido, pero no se lo ha tomado muy bien.

—Pues a fe mía —dijo M^a Teresa— que él también ha tenido buena parte de culpa.

—Mantener una relación a distancia es muy complicado, más en estos tiempos convulsos —intentó excusar Juan a su amigo.

—¿Cómo no le has pedido que nos acompañara esta noche? —le preguntó ella.

—Porque tal y como están las cosas, no hubiera aceptado y además hoy tenía que pasar por el Ayuntamiento. Tenía cita tarde y no podía dejarlo, ya sabéis que hay obligación de que todos los cabeza de familia pasen por allí a jurar la Constitución de Cádiz... si no, podríamos ser acusados de traición.

—Lo sé —dijo la marquesa—, yo también he recibido el recado. Tengo cita dentro de dos días.

—Estaba realmente enfadado. Nos culpa a todos, incluso a mí, de no haberle avisado de lo que estaba pasando, de no haber controlado a Lola...

—Cómo si fuera eso posible —dijo riéndose la marquesa

—Le he pedido que recapacite, que se lo piense, que hable con ella y la escuche... Sería absurdo renunciar a la mujer que ama solo por un malentendido.

—Bueno, malentendido, malentendido, tampoco —rio la marquesa mientras saludaba a una vieja conocida—, pero lo tiene bien empleado. No dudo de que le hayan surgido complicaciones en Cádiz, pero siempre ha hecho lo que ha querido y ahora Lola, le ha pagado con la misma receta.

Oyeron unas gaitas. Eran los primeros escoceses que ya habían llegado y ponían su particular nota de color en el ambiente.

Familias enteras con niños y abuelos cruzaron el umbral de parroquia para adentrarse en la paz del recinto religioso. Había cola para acercarse a las imágenes, especialmente a la de N^a S^a del Carmen, rodeada de gente que encendía candelas de colores frente a la talla. El ambiente era festivo, la gente se saludaba y charlaba en medio de la nave central y algunos niños correteaban entre los bancos. Cuando el clérigo entró con sus sacerdotes, la gente guardó respetuosamente silencio. La misa comenzaba. Tras esta, el gentío volvió a desperdigarse por la noche madrileña, extendiéndose como una mancha de aceite por los paseos aledaños, sentándose a tomar el fresco en

los bancos o charlando de las últimas novedades con sus conocidos.

Lola y la marquesa regresaron esa noche pronto a su residencia. Ninguna tenía muchas ganas de diversión. La marquesa porque andaba fatigada y ella porque estaba de un humor de perros. Tenía previsto dejar Madrid y volver al campo, con Isabela, una vez pasara el día siguiente y viera el desfile triunfal de las fuerzas aliadas. Pasaría allí unos días y luego recogería a Isabela y a dos niños que se habían quedado enfermos. Deseaba poder partir en breve hacia Andalucía, hacia La Carolina. En cuanto confirmaran que su hermano Luis estaba bien y volvía también. Las últimas noticias que habían tenido de él eran de hacía tres meses y entonces aún no había habido planes, de que la guerra terminase.

Con los ojos pegados de sueño ambas se levantaron a las seis de la madrugada. Habían quedado con los demás no muy lejos, en un café. Querían ver el desfile todos juntos. A pesar de ser agosto hacía fresco al alba y Lola se echó una chaquetilla Spencer por los hombros. Las dos divisaron enseguida a Juan que bajaba de un carruaje en el que dentro iban ya Clara y el resto de la familia.

—Es pronto, aún no se divisan, tardarán un par de horas en llegar hasta aquí. Deberíamos aprovechar y tomarnos un buen chocolate.

—¡Mira que si al final no cogemos buen sitio te matamos! —le dijo Clara, pero al final todos estuvieron de acuerdo.

—¡Ese sitio es estupendo! —dijo Josefina señalando uno cercano y tía María y tío Pedro fueron a echar un vistazo. La marquesa se cogió del brazo de Juan y Lola, callada, se puso a la altura de Clara. Tenía la misma mirada medio airada, medio ausente del día anterior. Juan la había visto también y haciéndole un gesto a su esposa, se había encogido de hombros. No sabían cómo ayudarles. Eran sus mejores amigos, pero la cosa estaba complicada. Aun así, Clara se había mostrado esa mañana al levantarse muy optimista, quitando hierro a lo sucedido.

—Estoy convencida de que se terminarán reconciliando antes de lo que nos pensamos. Pueden ser dos tercos, pero no son tontos y ambos saben muy bien que están hechos el uno para el otro. Alguno terminará por dar su brazo a torcer.

—No sé —dijo Juan—, Álvaro es un buen hombre, pero cuando saca a relucir ese mal genio heredado de su madre, puede volverse bastante despiadado. No sé si la perdonará.

—Lo hará, verás cómo sí... ¿quieres que nos apostemos algo?

El carruaje quedó aparcado en un patio interior de la casa de chocolates y ellos entraron al recinto. Juan le conocía de hacía años y se veía muy deteriorado. Los antaño lustrosos mostradores de madera oscura, las vidrieras labradas, las mesas de mármol con patas de hierro forjado... se veían ahora arañadas, la pintura desconchada, los mármoles muchos de ellos partidos y parte del hierro, también robado para su fundición. Lo que no había cambiado era el maravilloso aroma que impregnaba el recinto.

—¡Qué bien huele! No olía así desde hacía años —dijo Clara y Lola suspiró. Ella sí lo había hecho... en el monasterio de Piedra, en esos maravillosos días que había pasado junto a Álvaro. Si pudiera retroceder a ese momento...

El grupo se sentó cerca de la puerta, entre el tumulto de vecinos que poco a poco iban llenándolo, mientras Juan pedía las bebidas y unos pastelillos. Todos los que entraban traían alguna novedad.

—Ya han aparecido los escoceses y los miembros de las cuadrillas de el Médico y el Empecinado. Se han adelantado varios oficiales a caballo y los Lanceros de Castilla.

—A esos hay que verlos... no me lo perdería por nada en el mundo —dijo Juan recordando a sus compañeros de hacía apenas un par de meses. A Julián Sánchez y a tantos otros. Durante un buen rato les contó anécdotas de las vividas con ellos. Lola también conocía a algunos de los hombres que ese día entrarían desfilando triunfales, lo había hecho en el frente de Aragón.

—¡Qué lástima que tu hermano Luis no haya podido desfilarse! —dijo tía María sorbiendo el chocolate—. No comprendo por qué todavía anda por ahí si todos están ya aquí.

—Todos no han regresado a sus lugares... la guerra aún no ha terminado —les recordó Juan, pero tía María no hizo ni caso. Le parecía indignante no poder presumir de sobrino héroe. Luis se merecía estar allí como el que más.

—Sí, ojalá Luis hubiera vuelto. Me encantaría verle desfilarse... y a sus hombres.

—¡Compadres, qué emoción, ya hemos visto a los hombres de Porlier y de

Espoz y Mina...! —dijo otro mientras la campanilla del establecimiento no paraba de tocar una y otra vez. Unos que entraban y otros que salían.

—Vayámonos ya, no perdamos el buen sitio que hemos localizado —dijeron las más jóvenes que, autorizadas por tía María, dejaron el grupo y fueron a guardarles el sitio.

—El último en aparecer será Wellington que irá luego al palacio real. Se va a instalar allí de momento —comentó cerca de ellos un hombretón—. ¡Perico! —le gritó al chico de la barra — ponte algo que estamos secos —y luego invitó a una ronda a parte del grupo que tenían a su derecha.

Terminado el desayuno todos bajaron hacia Sol. Las calles por donde iba a entrar el ejército triunfador estaban ya hasta los topes, la zona era una auténtica riada humana, pero aún quedaba algún que otro hueco en el que acoplarse. Juan dio unas monedas a unos golfillos y estos les dejaron su sitio en primera fila. Las mujeres aplaudieron. Lola se olvidó por un rato de Álvaro y se relajó simplemente mirando a su alrededor: había gente de toda calaña, niños, mayores, mujeres, furcias, damas de alta alcurnia y el murmullo y escándalo eran considerable. Hasta el momento solo habían pasado por el centro de la calle y del arco colocado a la entrada algún que otro oficial a caballo, de la organización, que había sido recibido con vivas estruendosas... la gente empezaba a impacientarse. Serían las nueve cuando se oyó un griterío ensordecedor al fondo, el repique de campanas y el ruido seco y nítido de tambores y cornetas... Ya llegaban. Lola divisó a los primeros participantes del desfile: varias partidas guerrilleras con Espoz y Mina y Juan Valera a la cabeza.

Uno a uno, los héroes del momento fueron desfilando, pasando por Alcalá, Sol, la Plaza Mayor, en medio de una cerrada ovación que les acompañó durante el trayecto completo por

Madrid. Llegarían estos por la puerta de San Vicente cuando hizo a su vez entrada el ejército anglo-portugués español, encabezado por lord

Wellington, seguido por los generales Álava de España y de Amarante. En ese instante las bandas militares tocaban sin parar y miles de papelillos y pétalos de flores cayeron a sus pies. Desde algunos balcones incluso se llegaron a lanzar palomas. La gente les aclamaba como sus libertadores. Todo el país parecía haber olvidado que aún seguía habiendo tropas napoleónicas en la

península, que había acantonamientos que resistían en Burgos y en el País Vasco y que la guerra contra el corso, en toda Europa, aún estaba lejos de terminar.

Entre vítores, Wellington llegó al Ayuntamiento donde recibió el saludo de todos los políticos que había y un fuerte aplauso popular al salir al balcón. Más fuerte fue el que los madrileños le rindieron a héroes como Espoz y Mina y el Empecinado... habían terminado por convertirse en leyendas vivas a las que el pueblo adoraba. Ellos habían sido el clavo ardiendo al que se habían agarrado durante muchos años de miseria y de dolor. Terminado el desfile ese día, las tropas se acuartelaron en distintos puntos de la ciudad. Las salvas de los cañones dispararon esa tarde sin parar.

Lola y su grupo regresaron a almorzar a casa de la marquesa y allí disfrutaron de una modesta, pero feliz comida y de una larga sobremesa. Ella no quiso salir a pasear esa tarde, prefirió quedarse a preparar su viaje a Aranjuez para el día siguiente. Se sentía decepcionada. Había esperado, en secreto, encontrarse con Álvaro esa jornada. Tenía la esperanza de que se pudieran ver de alguna manera, de que sus trayectos se cruzaran. De hecho, había visto a muchos conocidos, pero no a él... Parecía que se le hubiera tragado la tierra. Dónde diablos estaría y por qué no le daba la oportunidad de hablar. Debían hacerlo por el bien de los dos y para comprobar, además, si buena parte de sus desencuentros habían sido motivados por la estrategia de Bellavista de retenerla allí en Madrid, a toda costa...

Sabiendo que, de momento poco más podía hacer, Lola se fue esa noche a dormir.

Capítulo 35

Junto a unos viejos conocidos, Álvaro cenó en el palacio de Villahermosa la noche en que los ejércitos aliados entraron en la capital. Había asistido al espectáculo como tanta otra gente y disfrutado de un día histórico. Un día por el que muchos habían luchado... y muerto. ¡Pero por fin eran libres! Aquella era una noticia maravillosa, pero ni siquiera algo así, le hizo sentirse feliz.

Había llegado exultante a Madrid, con la idea de ver a Lola, de poder reunirse finalmente con ella, de explicarle todo lo que había pasado y se había encontrado con ella prometida a otro hombre. ¡Aún no le cabía en la cabeza! Después de tantas leguas sin parar, cabalgando desde Cádiz... la paliza que llevaba encima no la había sentido, pero el dolor agudo que había notado al saberse traicionado, sí. Lo primero había sido furia, amor propio herido, desprecio, pero sus sentimientos habían ido declinándose hacia algo más profundo y angustioso. La quería, pero ella le había dejado. Eso era difícil de admitir.

Cierto era que tampoco le había dado mucho tiempo para que se explicara. Se había ido sin más no deseando saber nada al respecto, pero la verdad es que necesitaba comprender lo ocurrido, entenderla a ella. ¡Era imposible que lo que ambos habían vivido en Aragón hubiese desaparecido sin más! Lola no podía haberlo olvidado... Esa era su íntima esperanza.

Aunque esperanza para qué —se decía— Si ya había decidido la ruptura, que ella tuviese o no una buena explicación parecía ahora lo de menos. En realidad si lo pensaba fríamente, hasta podría entenderla. Si se había sentido maltratada por su larga ausencia y Enrique de la Vega le había parecido un buen partido. ¡pero Lola no era así!

Ni siquiera entre amigos, en medio del bullicio, su cabeza era capaz de relajarse y olvidar el mal trago que había pasado en casa de la marquesa, la pelea con De la Vega y el gesto altanero de Lola negándose a explicarles a ninguno lo sucedido. Lola había balbuceado más que dicho, y los demás igual, pero lo que había captado había sido suficiente como para hacerse con una composición de lugar. No podía culpar a De la Vega ¡pero ella... era harina de otro costal!

Era a Lola a quien culpaba y a los demás. No entendía como Juan o la propia marquesa, le habían permitido a Lola llegar tan lejos. Todos sabían lo mucho que ellos se amaban... Sentía como si también le hubieran traicionado. Sentado más tarde en la terraza de un café, en la calle, rodeado de colegas que reían, contaban chistes y hablaban ya chispados... se sintió terriblemente solo. Hubiera querido prestarles más atención, incluso había participado en la conversación en varias ocasiones, pero su mente estaba muy lejos de allí.

—¿Cuánto creéis que les retrasaran los carros robados? —preguntó uno mientras le daba otro trago a la petaca.

—Más de lo que se creen... a buen seguro que a más de uno, la avaricia el romperá el saco —y varios se rieron.

Oyeron de repente un estallido en el cielo y Álvaro se levantó como un resorte, con la cara lívida, presto para correr y ponerse a cubierto, como había hecho últimamente en Cádiz donde las bombas francesas cada vez alcanzaban más varas de distancia.

—¡Siéntate hombre, que no es un proyectil, son fuegos artificiales! —le dijo a su lado Fernando Salgado, un viejo conocido que le señaló con la mano a su espalda.

Álvaro lo comprobó. Efectivamente desde el Retiro parecían estar disparando y Madrid se había iluminado de colores. La municipalidad había preparado un recibimiento por todo lo alto a sus héroes y la fiesta continuaba también por la noche.

Oyeron nuevamente y esta vez el fuego de color azul y plateado se expandió por el aire dejando tras de sí, una bonita cascada de lágrimas brillantes.

Y no solo con pólvora iban a celebrar la victoria. La municipalidad había anunciado para los próximos días fiestas populares, conciertos de bandas musicales y bailes. No se dejaría nada a la improvisación. Álvaro de hecho lo sabía, había leído el programa de fiestas esa misma mañana, pero el estruendo ahora lo había sorprendido. Todavía podía recordar con nitidez la última bomba que a punto había estado de matarles a él y a Toño... De ello hacía más o menos un mes. Los dos habían corrido a ponerse a salvo en un portal derruido, cayéndoseles encima el dintel metálico que sujetaba una puerta. Toño había resultado herido. Se habían llevado un buen susto. Pensando en el muchacho, le echó de menos. De haber podido se lo hubiera llevado consigo a Madrid, pero él tenía allí su vida, a su familia, a sus amigos...

Era media noche cuando Álvaro se despidió de sus acompañantes y se fue a casa. No estaba para celebraciones y necesitaba pensar con claridad qué iba a hacer respecto a Lola. Oficialmente habían roto, se había dado por terminada su relación, pero su corazón no ambicionaba otra cosa que volver con ella, abrazarla, besarla... ¿Podía perdonarla? ¿Hacer como que todo había sido un malentendido? No, pensó, no podía. ¿No? ¿Por qué no? ¿Podía vivir el resto de su vida sin ella? Sí o no. Álvaro pasaba del amor al odio cada cinco minutos. Tan pronto tenía una cosa clara como la contraria y el tiempo apremiaba. Lo sabía. Necesitaba tomar una decisión definitiva o se volvería

loco.

En la cama desvencijada que había sido de uno de sus criados y que ahora él ocupaba hasta que pudiese abastecerse de nuevos muebles dio vueltas toda la noche. Tumbado mirando al techo, donde seguían reflejándose las luces de la calle, con el ruido de la gente aún de parranda de fondo, recordó el instante de pavor sentido en el café... Aunque no lo pareciese estaban todos con los nervios a flor de piel. Entonces había pensando en Cádiz y en las veces que, estando allí, había pensado en Madrid... en volver a casa y reencontrarse con Lola. Ahora ella estaba cerca, a solo unas calles de distancia, y, sin embargo, más lejos de él que nunca. Aquella idea le resultó insoportable. ¡Había pasado por tanto!

Había mentido, perdido la dignidad con Leonor, quedado estigmatizado y señalado entre los gaditanos por la Palafox... Se había enfrentado a su madre por ella. Y todo, pensó, para nada.

Inquieto, volvió a levantarse; sentado en la ventana se encendió un cigarrillo y le dio otro trago más a su petaca de brandy. Llevaba todo el día bebiendo... tenía la cabeza embotada, pero era lo único que parecía calmarle la ansiedad. Encima de un aparador estaban las hojas abiertas y leídas de varias cartas: la de la marquesa, la de Juan pidiéndole comprensión y la de ella. Esa ni la había mirado. En realidad no pensaba contestarla. Quería pagarle a ella con la misma indiferencia. Sin embargo, esa noche, su carta le quemaba. Le tentaba... deseaba abrirla. Dando otro trago, le dio la espalda y durante otro buen rato se limitó a mirar por la ventana el paso de carruajes y las últimas salvas que aún se oían a lo lejos. La fiesta en el palacio real con Wellington y el alto mando debía seguir.

Encendió la palmatoria y se sentó otra vez en la cama. Cogió las cartas de Juan y la marquesa y las releyó, como si fuese a aparecer algo novedoso cuando en realidad venían a explicarle lo ocurrido y a recordarle que él había tenido también su parte de responsabilidad. ¿Él? No, Álvaro se negaba a aceptarlo. Habían sucedido cosas realmente desagradables, pero él se las había explicado. Le había escrito multitud de veces y apenas había recibido contestación de ella. Si no había salido de Cádiz era porque no había podido. Las circunstancias lo habían impedido... Sabía que eso, más los líos y confusiones creados en torno a Leonor y a la Palafox, habían tenido la culpa del desastre. ¡Pero eso no significaba que él hubiera sido responsable! Él

había sido otra víctima de las circunstancias. De repente entendió que tenía que decirle exactamente eso. No iría a pedirle perdón, pero tampoco se lo pediría a ella... Álvaro abrió la carta. No decía mucho. Solo le pedía verse, hablar. Decidió hacerlo. Tenían que aclarar lo sucedido.

Se levantó y dio orden a su criado de que tuviera preparada su montura para el día siguiente. Cuando volvió a la cama se preguntó otra vez si estaría haciendo bien, si no lo entendería ella como una rendición por su parte. ¿No sería como darle la razón?

Deshojando una margarita se pasó buena parte de la noche. El sonido persistente de una mosca y el calor pegajoso le habían puesto de los nervios. En la cama no podía pensar en otra cosa que en ella... en la suavidad de sus labios, en el tacto de su piel, en su

risa burbujeante, en su mirada chispeante y decidida, en su pasión al entregarse. Podía oír en lo más profundo de su cabeza el sonido de sus gemidos y sus orgasmos, el paso ligero de sus pies al caminar tras él, sus palabras malsonantes cuando se enfadaba... y reconoció que la amaba. Que seguía amándola como antes, que nada de lo ocurrido —ni siquiera la terrible decepción sufrida hacía unos días— podía cambiar sus sentimientos, que no podía perderla. Al ver eso con tanta claridad su mente se tranquilizó. Aceptar la realidad era más fácil que luchar contra ella. Debían seguir adelante con sus planes y casarse. Si ella no entraba en razón, él la convencería. Habían hecho los dos tantas locuras que, ahora, no se podían rendir. Feliz con esa idea en la mente, se durmió.

No madrugó demasiado. Llevaba noches durmiendo mal y una vez tranquilizado descansó plácidamente. Eran los once cuando llegó a casa de la marquesa para hablar por fin con Lola encontrándose que esta había partido a primera hora de la mañana para Aranjuez. Sin desesperarse, más tranquilo de lo que M^a Teresa le había visto la última vez, aceptó tomarse con ella un café y charlar.

—Veo que pareces más sosegado y de mejor de ánimo. ¿Algo que deba conocer...? —le preguntó meneando la cucharilla.

—No te mentiré si te digo que he luchado bastante contra mis inclinaciones estos días, pero quiero a Lola. No sé cómo ha podido suceder lo que ha pasado. No la he perdonado — dijo advirtiéndola —, pero no la perderé. Tiene que darme una explicación y se la voy a pedir a la cara —M^a Teresa

sonrió. Sabía que él la había perdonado de sobra aunque le resultase humillante reconocérselo a los demás. De todas formas, no pudo evitar pincharle.

—Dices que no la has perdonado... ¿y crees que ella sí? Hasta esta mañana seguía furiosa.

—¡Furiosa! Eso sí que tiene guasa. Vengo a pedirle que nos casemos y me la encuentro en el altar con otro. Y todavía es ella la que está furiosa conmigo.

—Sí, tiene guasa, pero para que veas cómo son las cosas. Ya te lo advertí.

—Tenías razón, marquesa, entonces sabía muy poco del amor. Ella me ha obligado a replantearme muchas cosas, mis principios, mis prioridades... y por el dolor que estos días he sentido, reconozco que el amor puede ser devastador. Nunca había perdido a una mujer —reconoció— y nunca había sabido lo mucho que eso duele.

—Cuando la veas, no la juzgues. Déjale que te cuente qué ha pasado en estos años. Ella también ha sufrido mucho...

—Empiezo a temer que Bellavista haya tenido algo que ver en todo esto... temo que nos haya manipulado a los dos.

—Sí, es más que posible. Juan también lo cree.

—¡Cuando vea a ese truhán...! —soltó Álvaro en un bufido y la marquesa se rio.

—Déjalo, no tiene arreglo. Ya ajustaré yo cuentas con él. Sí, ha manipulado a Lola y lo peor es que lo ha hecho delante de mis narices... Habría pensado que ni loco la dejaría marchar. No ha parado de presionarla en este tiempo para que se infiltrase en la corte de José I. Ella no quería, pero al final, a través de su amistad con De la Vega, terminó haciéndolo.

—¿Estaba muy enamorada Lola de ese muchacho? —se atrevió a preguntar finalmente.

—¡No, claro que no! —exclamó la marquesa—, era solo una salida. Yo diría que su forma de contestarte a lo de la Palafox y lo de la O’Farrill.

—¿Lo de la O’Farrill? ¡Si hace años que no sé nada de ella!

—Ya, pero la Astiazábal te denunció como si siguiesses liado con ella, trabajando para los franceses, dando a entender que eras el topo que andábamos buscando —Álvaro se quedó blanco. Iba a soltar una maldición cuando la otra le calmó—. No, ya se aclaró todo, pero puedes imaginar la sorpresa de Lola cuando se enteró.

Durante un buen rato, con mucha más tranquilidad que la del primer día, Álvaro fue sopesando lo ocurrido, comprendiendo por lo que había tenido que pasar Lola. Así supo también lo del secretario de Bellavista y lo del ataque sufrido en su propia casa.

—No puedo entender como Leonor ha podido caer tan bajo —terminó diciendo.

—Juan teme que pueda volver a aparecer... Si Adolfo buscaba algo para ella, es posible que al no dárselo lo intente ella nuevamente. A no ser que haya huido a Francia o esté muerta. No se ha vuelto a saber de ella en semanas.

Al oír aquello Álvaro sintió un estremecimiento de miedo. Un mal presentimiento. Recordó la advertencia de Leonor el día que la dejó, sus amenazas, el odio que sentía por Lola... Despidiéndose de la marquesa sin hacerla partícipe de sus temores voló en su montura. Atardecía, después de muchas horas cabalgando, cuando llegó a Aranjuez. Isabela salió a recibirle.

—¡Hombre, usted por aquí! —le dijo—. Lola ha salido hace un rato. Estará dando un paseo, suele ir por la orilla del río. Si va por ahí —le indicó— la encontrará.

—Gracias.

—¡Espero no arrepentirme de haberle dicho dónde está! —le advirtió.

—No lo hará... vengo en son de paz —le contestó él e Isabela sonrió feliz al imaginar que aquello podría ser la reconciliación de ambos.

Dejando el caballo en los establos Álvaro caminó a paso rápido y enseguida la vio en un banco de madera frente al agua. Varias barquichuelas paseaban por la corriente, con las cañas de pesca echadas a esas horas en que ya el sol no abrasaba, mientras a lo lejos la cúpula rosa del palacio se reflejaba brillante sobre la pulida superficie. Parecía entretenida, leía una novela. Al acercarse sin que ella le percibiera, carraspeo. Lola se giró bruscamente.

—¡Hombre, el bien hallado! —dijo sarcástica y Álvaro se rio.

—Veo que no has perdido tu mala uva. ¿Podemos hablar?

—Desde luego, no hay nada que desee más —le contestó indicándole con el abanico, que se sentara a su lado.

Real Sitio de Aranjuez

—¿Cómo estás? —le preguntó él intentando romper el hielo.

—Bien, muy bien —mintió ella—. ¿Y tú?

—También bien —contestó él, mintiendo a su vez. Durante un buen rato los dos permanecieron en silencio, observando las maniobras de una pequeña falúa que remontando la corriente parecía haberse enredado en una zona de obas.

—¿Llevas mucho rato aquí?

—Depende de para qué —contestó ella—. ¿A qué has venido? ¿Quieres cerciorarte de que he recibido tu escrito donde me comunicas nuestra ruptura? —añadió sarcástica.

—¡No seas así...! Sabes que no he venido a eso. He venido porque tú misma me pedías en una carta que nos viéramos, que habláramos...bien pues aquí estoy. Creo que debemos hacerlo, que lo que pasó entre nosotros fue demasiado importante en nuestras vidas como para olvidarlo de un plumazo y se...

—Pues creí que lo habías olvidado hace tiempo.

—No seas injusta. No lo he olvidado y lo sabes.

—No lo sé. ¿Cómo iba a saberlo si jamás me lo has dicho?

—Te lo he dicho montones de veces en mis cartas. ¿Tengo yo la culpa de que no las hayas recibido? A mí también me pareciste fría y distante en las pocas misivas tuyas que me llegaron a Cádiz —dijo él quejándose.

—¿Guardas esas cartas? —le preguntó ella y él afirmó—. Deberíamos cotejarlas y ver realmente si son las que nosotros escribimos. Juan y la marquesa opinan que Bellavista podría haberlas manipulado con el fin de retenerme aquí, para que siguiera trabajando para él...

—Sí —dijo él—, no me extrañaría. Cuando lo vea —dijo furioso— tendré con él algo más que palabras. ¡No tuvo bastante con obligarme a aceptar el chantaje de Leonor que encima nos engaña a nosotros de esta forma!

—Dirá que lo hizo por su país... y se quedará tan ancho —contestó Lola y Álvaro le dio la razón. Sabía muy bien qué contestación iba a darles, que a él poco le importaban las relaciones amorosas de sus agentes, él estaba para otras cosas, y no le faltaría razón aunque en ese caso hubiese terminado perjudicando a dos de las personas que durante más tiempo, y mejor, habían

trabajado para él.

—¿Tuviste algo que ver con esa mujer, con la Palafox? —le preguntó Lola sin rodeos y él negó categóricamente. Ella sabía que lo de Leonor y su boda había sido una farsa y temía que lo de la O’Farril solo hubiera sido una estrategia de Bellavista para enfadarla y que cortara su comunicación con él... La única duda que albergaba al final era la de la tal Palafox. No sabía si creerle.—. ¿Entonces por qué se publicó eso?

—Porque esa mujer es una harpía... Debió ver que no lucía ninguna alianza y decidió cazarme... Me la presentó su propia hermana en una cena de gala en su casa —y Álvaro le explicó a Lola todo lo sucedido. Lola deseaba creerle, pero tenía la sensación de que todos esos rumores, infundados o no, habían roto su confianza en él...Y sin confianza, era difícil mantener una relación—. Si dudas puedes informarte con las personas de mi entorno allí, hablar con Alvear o con otros colegas. Ellos te confirmarán mi versión.

—No lo necesito —dijo ella sospechando que, fuera o no verdad, sus colegas no le traicionarían y refrendarían la versión que el propusiera—. Imagino que estará totalmente descartado que el hijo que ha tenido Leonor de Astiazábal sea tuyo...

—¡Desde luego! —saltó él enfadándose—. Claro que no es mío... —¿Has seguido manteniendo alguna comunicación con esa traidora de O’Farrill?

—No y lo sabes. ¿Vas a preguntarme por todas las mujeres de mi vida...? Porque yo también necesito una explicación. ¿Cómo pudiste comprometerte con De la Vega? Ni siquiera me diste tiempo a volver...

—No lo sé —dijo ella levantándose; deseaba esa conversación, pero la ponía nerviosa. Su explicación era estúpida, pero sincera. No sabía por qué lo había hecho... o tal vez sí. Mirándole de frente se encogió de hombros—. Me sentía sola, fueron años muy difíciles y Enrique es un gran amigo... le tengo un gran aprecio, fue el hombro en el que lloré muchos días, la mano amiga que me ayudó a encontrar comida cuando nos moríamos de hambre, la persona que nos permitió sobrevivir en una ciudad que se había vuelto hostil y peligrosa para nosotras —dijo refiriéndose a ella y a la marquesa—. Y tú no dabas señales de vida... Creía que me habías olvidado.

—¿Acaso no recordaste que firme un contrato con tu hermano?

—¡Claro que lo recordaba! Pero no soy de las que pretenden afianzar el resto de su vida en un contrato como ese. En realidad, con la carta de ruptura

que te envié...

—Y que no recibí jamás —añadió él. —Te devolvía la libertad. No estaba dispuesta, y creo que tú tampoco deberías estarlo, a pasar el resto de la vida atada a una persona que no me amaba, que podría haber convertido mi existencia en un infierno... Mi amor por ti era enorme, pero no llegaba a tanto.

—Yo nunca te hubiese hecho eso... Te amaba y aún te amo... No deseo librarme de ti, sino vivir contigo, disfrutar de la vida contigo. Ya hemos pasado bastante, nos merecemos un poco de felicidad — dijo acercándosele, cogiéndole de las manos, temiendo que ella le rechazara, pero ella no lo hizo. Álvaro se las besó.

—No sé si creerte. Yo no soy Leonor, ni la O’Farrill, ni tantas otras como has tenido. No estoy dispuesta a que me trates de esa manera, a que me ignores... Soy plenamente dueña de mi vida.

—Lo sé —dijo él también tenso—. No continúes así, no fuerces otra discusión... Si lo que quieres es que te diga que te amo, lo sabes, pero reconóceme que para mí ha sido humillante encontrarte con otro.

—No menos humillante que para mi soportar todos los rumores que ha habido sobre ti. Ya no sé en qué creer, no sé si podré volver a confiar en ti.

—Veo que eres una intransigente. Venía a pedirte disculpas, a qué empezáramos de nuevo, pero si no confías en mí, ¡no tiene sentido!

—¡Eres tú el que te comportas como un intransigente! ¿Qué esperabas! ¿Qué me mantuviera calladita años sin saber de ti? ¿Qué aguantara todo...? Me sabías demasiado enamorada y te aprovechaste, pero sabes lo que te digo, que ni todo mi amor puede borrar el daño que me has hecho. ¡Te odio!

Lola se dispuso a dejarle y él la sujetó violentamente del brazo.

—Me odias, pero como acabas de decir hace un instante, también me amas. Sigues amándome.

—¡Claro! ¿Por quién me tomas? — protestó ella soltándose.

—Si es así tenemos una oportunidad. Aprovechémosla... Empecemos de nuevo, desde el principio —y ella, con lágrimas en los ojos afirmó con la cabeza.

Álvaro sonrió pletórico de alegría y cogiéndola de la mandíbula con las dos manos, la besó largamente. Sintió que una felicidad total lo inundaba... Recogiéndole un mechón del pelo alborotado y oscuro que le caía por los

hombros, se lo sujetó al sombrero que llevaba y después la abrazó en medio del paseo. Varios viandantes los miraron. Estaban dando un espectáculo.

De repente, un sonido sordo, estalló cerca. Álvaro notó como Lola se quedaba primero rígida y luego se le escurría. Los ojos se le cerraron y él notó su mano en la espalda empapada en sangre.

—¡Lola! ¡Lola! —gritó realmente asustado, pero ella, ya inconsciente, no respondió. Tomándola en sus brazos corrió como alma que lleva el diablo hacia su casa situada a unos cien metros —. ¡Ayuda, socorro!

Oyó otro disparo y sin comprender qué estaba pasando, si eran ellos o no el objetivo del agresor, hizo una señal a Isabela que en ese momento, seguramente también debido al estrépito del disparo, había salido a la puerta y visto la escena. Isabela acudió corriendo a ayudar a Álvaro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ocurre a Lola? —preguntó aterrorizada.

—¡Le han disparado, le han dado! —gritó Álvaro mientras abría de una patada la puerta y dejaba a Lola en un sofá—. Corre a avisar a algún médico —dijo mientras él le rasgaba el vestido por la espalda y comprobaba como este estaba lleno de sangre. No sabía como de profunda era la herida ni si había tocado algún órgano vital. Le puso los dedos en el cuello y comprobó ante Isabela que Lola seguía viva. Tenía pulso—. ¡Vamos, ve a buscar a un médico!

Un instante después, con Isabela aún en la puerta, era Enrique de la Vega quien aparecía detrás de una arboleda con un arma aún humeante en la mano. Isabela gritó al verle y Álvaro salió a ver qué pasaba. Cuando comprobó lo ocurrido, se lanzó a la carrera tras de él. Enrique de la Vega se acercaba hacia ellos y parecía en la distancia estar diciéndoles algo, pero, sin entenderle, Isabela corrió dentro con su hermana dejando que Álvaro le apresase, esperando que no resultara también herido en la lucha. ¿Cómo habían podido confiar en ese malnacido? ¿Enrique de la Vega había atentado contra Lola? Isabela no salía de su estupor.

—Vamos, Lola, respira, no te vayas —le dijo llorando al oído a su hermana, comprimiendo un paño contra la herida, tratando de impedir que se desangrara. No podía ir a buscar a un médico hasta que Álvaro no regresara... No podía dejarla sola en ese estado.

Fuera, Álvaro consiguió dar caza a De la Vega y tirándose encima de él, le

derribó y le golpeó sin piedad. El otro parecía querer hablar, pero Álvaro no le dejaba. Solo cuando comprendió que lo tenía bien sujeto al suelo, le destapó la boca.

—¿Qué has hecho, hijo de perra? ¿Estás loco? Si le pasa algo a Lola eres hombre muerto —le gritó—. ¡Eres escoria! ¿No podías soportar que ella te hubiese dejado, que se...?

—¡Calla ya, maldito hijo de puta, imbécil! —dijo el De la Vega... No he sido yo quien ha herido a Lola... Nunca le haría daño. Es a Leonor a quien acabo de disparar —dijo respirando, intentando él también tranquilizarse—. Era ella quien acababa de disparar contra Lola y contra ti... Lo sé porque iba detrás de ella, siguiéndola y la he visto. Si no me crees —dijo limpiándose la sangre que le escurría por el labio—, asómate detrás de aquellos matorrales— la he tenido que matar.

Álvaro se levantó con dudas, temiendo que fuera un embuste del otro para conseguir librarse de él, pero al ver a un grupo de gente que se dirigía hacia donde De la Vega le había indicado, supuso que era verdad, que Leonor estaba muerta. Le soltó y se acercó a ver qué pasaba. Leonor estaba tirada en el suelo rodeada de gente, pero nadie parecía haber visto a Enrique disparándola. Este, en vez de ir a comprobar que la Astiazábal había fallecido, porque estaba seguro, se dirigió corriendo a casa de los Villar. Isabela se giró al verle aparecer y cogiendo unas tijeras de podar que había dejando hacía unos minutos en el suelo, intentó defenderse de él.

—¡Márchese! ¡Si se acerca, le mato!

—Vale —dijo él intentando que Isabela se calmara—, no voy a hacerle daño... ni a usted ni a Lola. No he sido yo quien la ha disparado.

—No mienta, le he visto con el arma.

—Sí —reconoció él enseñándole las manos vacías—, había disparado a alguien, pero no a Lola sino a Leonor de Astiazábal... Si no me cree, puede salir y verlo. Álvaro de Urquijo está ahora allí.

—¿Le ha hecho algo también a Álvaro? —preguntó Isabela al comprender que Álvaro no había regresado, temiendo que también hubiese resultado herido...

—No le he hecho nada, si es lo que teme —dijo Enrique de la Vega al ver el nerviosismo de la mujer—. Míreme... me ha dado una buena paliza, pero finalmente me ha dejado explicarme. Leonor de Astiazábal ha disparado a

Lola y luego a él. Yo la he disparado a ella...

—Ya —dijo Isabela aún sin soltar las tijeras, protegiendo con su cuerpo a Lola que seguía desmayada—. ¿Y qué hacía usted aquí? ¿Cómo sabía que la Astiazábal estaba aquí? ¿Iba con ella?

—Eso es ahora muy largo de explicar —dijo él acercándose, alargándole la mano para que ella le entregase el arma y se calmase, pero Isabela no estaba por la labor— solo quiero saber cómo está Lola... No me perdonaría que muriese...

—¡No morirá! —exclamó histérica Isabela—. No lo permitiré, pero como se le ocurra dar un solo paso más le aseguro que aquí habrá un cadáver, pero no será el de mi hermana.

—Estaba vigilando a Leonor —reconoció finalmente él viendo que si no, no convencería a la joven—, pero nunca creí que se atreviera a tanto. Sabía que estaba buscando el momento idóneo para entrar en la casa sin ser vista.

Buscaba algo aquí...

—¿Y cómo sabía usted eso? —preguntó alarmada Isabela—. ¿Acaso eran cómplices?

—Ya le he dicho que no —contestó él con una voz serena, que indujera confianza.

—¿Era usted el topo que todos andaban buscando?

—Soy un topo, pero no el que usted piensa —dijo al ver como Isabela hacía un intento de ponerse a gritar para pedir auxilio— y si se calma, podré explicárselo.

—No necesito que me explique nada... Quiero que se vaya ahora mismo... Márchese. ¡Socorro!

Enrique de la Vega la sujetó por la espalda de un salto y la maniató. La mujer volvió a gritar, a patear... En ese momento reapareció Álvaro que se quedó pasmado al verle peleándose con la mujer. Iba a ayudar a esta cuando De la vega se pegó a la pared y se volvió hacia ellos en tono amenazador.

—¡Suéltala! —le exigió Álvaro.

—¡Lo haré en cuanto me dejéis explicarme! —dijo De la Vega sin paciencia.

—Está bien, habla —le dijo el otro. —¡Es el topo, Álvaro, es el topo que buscabais! —gritó en ese momento Isabela aprovechando un despiste de su captor. Álvaro le miró con una interrogación.

—Soy un topo, pero no el que buscabais... Soy uno de los vuestros.

—Mientes —le dijo Álvaro acercándosele con oscuras intenciones

—. Siempre fuiste un maldito afrancesado, un traidor, un colaboracionista.

—No —dijo él—. Llevo trabajando para el Círculo desde el principio. Para Bellavista siempre... desde hace años. Mi papel era otro —dijo encogiéndose de hombros—. Yo nunca oculté mis ideas revolucionarias y eso me permitió introducirme en el círculo de José I. He estado infiltrado en él desde el principio de la guerra.

—Así es que tú eras ese hombre al que Bellavista tanto necesitaba proteger, al que temía que Leonor descubriera — dijo Álvaro recordando la expresión del jefe de la red de inteligencia el día que discutieron sobre el chantaje de la Astiazábal.

—Sí.

—El mismo al que seguramente recurrió para convencer a Lola de que no viajase a Cádiz a reunirse conmigo.

¿Te propuso algo en ese sentido?

¡Habla!

—No, en ese sentido no —dijo el otro sincerándose—. Aunque sabe Dios qué motivos tendría él para hacer algo así. Tal vez creyese que Lola estaría mejor aquí, conmigo, que contigo en Cádiz o necesitara un agente más aquí. Con el inicio de la guerra y la dispersión, la mayoría de nuestros espías murieron, o desaparecieron, o se infiltraron en Cádiz y en las guerrillas. Aquí no quedó casi nadie... Bellavista confiaba en mí y me puso en antecedentes. Yo siempre he sabido el juego que se traía entre manos Leonor, necesitaba estar preparado por si intentaba descubrirme...

—¿A que vino aquí?

—A buscar unos papeles que yo oculté en esta casa creyendo que era un lugar seguro hace unas semanas. Buscaba un listado de nombres, de gentes afines a ellos que han permanecido ocultos a la opinión pública. Leonor sabía que si se hacía con ese papel, podría obtener mucho dinero. Por eso lo utilizamos como trampa...

—¿Cómo trampa? ¿Sin pensar en el peligro para las Villar? —exclamó furioso Álvaro.

—Bellavista creyó que sería el sitio idóneo. Leonor no es tonta... De otro, más fácil, hubiera sospechado. Y necesitábamos saber para qué lo quería, con

quién estaba negociando últimamente si sus contactos habituales hacía días que habían marchado al norte, quién se había quedado de ellos —dijo refiriéndose a los afrancesados—, quienes podrían estar a su vez espiándonos a nosotros. Leonor nunca se hubiera ocupado de este asunto si no supiese con antelación que alguien lo quería y estaba dispuesto a pagar un buen dinero por ello. ¡No pensamos que las hermanas Villar continuasen aquí, creíamos que estaban en Madrid!

—Lo estábamos —reconoció algo más tranquila Isabela—, pero volvimos...

—Me encargué de seguir a Leonor... nunca creí que tuviera intención de disparar ni contra Lola ni contra nadie.

A mí su actitud también me pilló desprevenido, por eso no se me ocurrió otra forma de pararla que dispararle a su vez.

—No te creo —soltó Álvaro—, podrías estar mintiendo y habrías matado a Leonor, vuestra cómplice, para cubrirte.

Y tras decir esto Enrique de la Vega le enseñó una simple escarapela negra, que nada decía para la gente en general, pero que Álvaro reconoció. Era una señal de ellos. Sí, aquello se lo había dado Bellavista, era la forma de que sin palabras, cualquiera de ellos pudiera identificarse ante los suyos. Más tranquilo, Álvaro dejó el arma que a su vez llevaba en la mano y Enrique soltó a Isabela que corrió al lado de Lola. —Está bien, te creo —le dijo a Enrique y después partió a buscar a un médico. Lola seguía sin reaccionar.

—No parece grave —dijo el galeno cuando por fin pudo verla—, pero ha perdido mucha sangre... De todas formas, creo que se recuperará —y los demás, respiraron.

Epílogo

Llevaban una hora cabalgando y se echaba la tarde. Las siluetas negras y recortadas contra el crepúsculo de Sierra Morena aparecían imperiosas. Habían dado un paseo relajante después de llevar todo el día recibiendo gente y preparando alojamiento para el centenar de invitados a su boda. Apenas si habían tenido tiempo de estar juntos. Lola se quedó algo rezagada mientras dejaba vagar la vista por los collados lejanos. La distancia con Álvaro le permitía también observarle detenidamente sin que él se percatara. Viéndole marchar delante con su sombrero calañés y sus altas botas de caña, con nostalgia recordó el día en que le conoció. Iba montado igual, cabalgando junto a su padre, pero entonces le había parecido tenso y arrogante. Ahora se veía relajado y feliz. En ese momento, él, como si hubiera sentido su mirada clavada en su espalda, se giró y le sonrió. Luego le hizo una señal para que se acercara.

—¿Echamos una carrera? —le dijo señalando la planicie que se veía a sus pies.

—¡Te has vuelto loco! Aquello está mucho más lejos de lo que parece... se nos haría de noche —se rio Lola mientras cogía las riendas del caballo y giraba media vuelta en dirección a su hacienda. Se dirigían a La Jara, la finca en la Carolina propiedad de Álvaro. Desde hacía un mes se estaba preparando el enlace que tendría lugar ese mismo sábado, pero todas las tardes, al caer el sol, se reunían allí para organizar los preparativos del día siguiente.

Dentro de la hacienda, en una coqueta capilla, harían los votos matrimoniales y fuera, en un pinar que daba a un jardín colindante, colocarían las mesas y las sillas para el ágape nupcial. Casi todos los invitados habían llegado ya y se habían repartido entre ambas propiedades y en la ciudad donde habían alquilado alojamiento. No eran muchos teniendo en cuenta los enormes compromisos sociales que entre ambos tenían, pero la guerra había dispersado a mucha gente y a algunos todavía no los habían localizado.

Por parte de Lola asistirían su familia más íntima, Clara, la marquesa y algún amigo personal además de varias familias de la comarca. El pueblo de

La Carolina había sido engalanado para los festejos y nadie se lo quería perder. Las mujeres habían recogido flores y las habían colocado por algunas de las calles por las que pasaría el cortejo llevando a la novia a la iglesia. Había guirnaldas y colgaduras de los balcones y todo el mundo llevaba semanas agasajando a la novia con los regalos más dispares: semillas, flores, un par de candelabros... y hasta un cochinillo por parte de la familia Ramírez, emparentada con su padre. Uno de los pocos que todavía no había llegado era su hermano Luis. Aunque sabían que había abandonado ya la montaña y estaba en Zaragoza aún no habían obtenido respuesta y desconocían si asistiría o no a la celebración.

—¿Crees que llegara a tiempo? —le preguntó Lola a Álvaro cabalgando ya a su lado.

—Espero que sí; prometió ser nuestro testigo y tu padrino. Me gustaría que estuviera, sin él, no estaríamos juntos. Me gustaría poder compartir ahora esta
felicidad.

Álvaro descabalgó junto a un arroyo y tras refrescarse con un pañuelo estiró las piernas. Estaban a finales de septiembre, pero aún hacía bastante calor. Lola iba a bajarse cuando él acudió a ayudarla. Deslizándose pegada a su cuerpo.

—¡No seas descarado! —le dijo entre risas, empujándole hacia atrás y luego salió corriendo.

Álvaro corrió tras ella. Los dos rieron un rato y luego se sentaron en una tronca. A Álvaro le gustaban esas nimiedades que le hacían feliz. Los dos se comportaban cuando estaban a solas como si fueran dos adolescentes, pero a ninguno le daba vergüenza... Besarse, reír, hablar... Álvaro la besó dulcemente, dando gracias a la vida por qué no se la hubiese arrebatado. Lola se había recuperado enseguida del disparo. A pesar de lo aparatoso de la sangre el galeno había dictaminado, una vez analizada la herida con tranquilidad, que era poco más que un rasguño... y así había sido.

A Álvaro por las noches todavía se le aparecía en sueños la imagen de Leonor muerta, tirada en medio de un charco de sangre... Era una pesadilla recurrente. A pesar de saber todo lo que había ocurrido aún le seguía pareciendo inconcebible que hubiera terminado así. ¡Hubiera podido tener una vida tan diferente...! Él había sido afortunado. De no haber aparecido Lola, y de no haber estallado la guerra, habría terminado casándose con ella y ella

habría convertido su vida en un horror. De haber llegado a matar a Lola — como parecía evidente que había pretendido— no sabía que hubiera hecho él. Al final había tenido que agradecer a Enrique de la Vega su oportunismo.

Y todo por dinero... con lo mucho que había tenido. ¿Quién hubiera podido sospechar que sus partidas de naipes terminarían convirtiéndola en una auténtica ludópata? Claro que de casta le venía al galgo... según la marquesa su padre, el conde, también lo había sido. Leonor había desaparecido al fin de su vida... y no lo lamentaba. Tampoco que lo hubiera hecho De la Vega. Lola podía lamentar haber perdido un buen amigo, pero él no tendría el gusto de recibirle en su casa. ¡Hasta ahí podía llegar la broma! Pensaba en todo ello cuando Lola se levantó de sus rodillas.

—¡Vamos! ¿En qué piensas? Aligera si no se nos hará de noche. ¡Holgazán!

Álvaro se levantó a su vez y cogiendo las riendas de su montura, con Lola a su lado, se puso en marcha.

—¿Crees que M^a Teresa se recuperará? —preguntó Lola y este se encogió de hombros. La noticia del fallecimiento inesperado de Jovellanos, cuando en su última carta a la marquesa le comunicaba su deseo de regresar a Madrid junto a ella una vez concluida la guerra, había sido un duro varapalo para la mujer. Desde ese día se había refugiado en su otro gran amigo, Bellavista, y Álvaro, a pesar de su enfado con él por su comportamiento en Cádiz, había terminado cediendo a la petición de Lola de que le invitaran a la boda.

Lola, cansada de andar, montó en su yegua blanca y Álvaro la siguió. Si no espabilaban se les haría de noche y los caminos podían ser en esa zona bastante peligrosos. Lola los conocía bien, él menos. No había pasado allí demasiado tiempo, pero ahora tendría que hacerlo. Ella le había hecho prometer que pasarían todos los años allí una larga temporada. También estarían en Madrid y en los destinos donde Álvaro fuera enviado como miembro que era del cuerpo diplomático. Ahora estaba de dispensa... Bellavista no se lo había podido negar aunque la guerra aún colease. Los franceses aún no habían abandonado totalmente la península y con Napoleón aún en guerra, algunos temían que el corso no hubiera tenido bastante y pudiera replantarse volver a ocupar el país. Bellavista lo había dado por descartado. En los correos interceptados a algunos de sus generales, estos ni se lo planteaban. Estaban deseosos de salir de ese avispero cuanto antes.

Lola comentó algunos detalles de la organización mientras avanzaban.

Ambos habían delegado gran parte de estos en sus familias y no estaban siempre de acuerdo sobre cómo controlarlos. Lola lo había hecho en Isabela, Clara y la marquesa. Álvaro en su madre y en su hermana. Hasta el momento Isabela se había limitado a hacer, eficazmente, lo que su hermana le había pedido, pero doña Rosalía... no paraba de poner pegos y hacer lo que le venía en gana. A Lola no se le escapaba el disgusto indisimulado que la duquesa viuda tenía con esa boda. Desde su llegada había adoptado un aire de arrogancia que la tenía de los nervios. No quería andar quejándosele todo el día a su prometido, ni emponzoñar las relaciones, pero no la soportaba más. Estaba claro que no se iban a llevar muy bien... Álvaro también se había dado cuenta. De hecho... ya se lo esperaba.

—He hablado hoy con ella —iba diciéndole a Lola— y al final ha aceptado que decore la iglesia como quieras... aunque te puedes imaginar la de pegos que ha puesto. De todas formas —dijo mirándola— no la hagas caso. Está celosa. Ten paciencia. En cuanto la boda termine, regresará a su palacio de la calle Alcalá y no nos incordiará más de lo imprescindible.

—¿No volverá a Málaga? —preguntó Lola que preferiría tenerla mucho más lejos, y Álvaro se rio al captar su indirecta.

—No, no lo creo. Con los cinco años que ha pasado allí, ha tenido bastante. Ahora que Inés está en edad casadera, no la considera una ciudad adecuada para encontrarle a mí hermana un novio a su altura.

—¡Siempre tan clasista! —soltó ella—. ¡Qué diferente de tu padre! Él sí que me hubiera gustado que nos viese ahora. Él y mis padres.

—Sí, a ellos les hubiera encantado esta boda. En el fondo creo que mi padre siempre lo intuyó. Si no de qué me hubiese dado tanto la murga contigo. Claro que tú te fijaste antes en mí —le dijo presumido, guiñándole un ojo y ella le empujó.

—¡No seas tan presuntuoso!

—¿Quieres guerra? —y ella negó con la cabeza, espoleando su montura, adelantándosele. Durante un buen rato cabalgaron dejando que el viento les diese en la cara, que las últimas luces se perdieran por el horizonte, respiraron el humo de las primeras fogatas que los pastores encendían para orientarse... Estaban llegando. En cuanto vieron las antorchas ya encendidas de La Jara ambos adoptaron su postura más puritana. Aquella sociedad provinciana no veía con demasiados buenos ojos que anduvieran por ahí cabalgando sin

carabina.

El carro que llevaría a sus hermanas hasta su propia hacienda estaba ya preparado esperando solo que la futura novia volviera de su paseo vespertino. Aquella costumbre de esfumarse a última hora ponía de los nervios a Isabela que para esas horas estaba ya agotada de discutir cada decisión con doña Rosalía, los proveedores, la marquesa y el servicio.

—¡Vamos, por Dios! —le dijo haciéndola una señal a Lola.

Esta desmontó y entregó las riendas de su yegua a Álvaro, despidiéndose de él con un casto beso en la mejilla, delante de su madre y de su hermana. Inés de Urquijo era una niña encantadora en sus recuerdos, pero la muchacha en que se había convertido era tan insoportable e insolente como su madre. Lola no la resistía. El resto de las Villar, tampoco.

—¡Odio que mañana no podamos vernos! —le dijo a su novio al oído—. Se me hará interminable esperar hasta el sábado y solo conseguiré ponerme más nerviosa. No quiero ni pensar en las últimas pruebas del vestido, del peinado... y todas metiendo baza. Isabela que no quiere adornos repipis, Josefina y mi tía que me han endilgado tres rosetones en el escote que la marquesa ya ha ordenado arrancar tres veces —y Álvaro se rio—. Mañana tendré que echarlas a todas fuera y discutirlo personalmente con la modista. Así no se sentirán ultrajadas si elijo una opción que no es la suya.

—Me parece una medida muy diplomática, veo que vas aprendiendo.

—Sí, necesitaré mucha mano izquierda. Inés no deja de mirarnos y tu madre tampoco. Pena me da, pobre del que intente conquistarla.

—Deja a mi pobre hermana —le dijo regañándola divertido—. No seas mala. Es verdad que es un poco estirada, pero es que es tímida y no os conoce, y vosotras sois una piña... y tenéis la lengua muy afilada...

—¿Nosotras? ¡Dios nos libre! —dijo Lola riéndose.

El cochero hizo restallar el látigo. El vehículo se puso en marcha y Lola se subió ágilmente a él. Era ya de noche cerrada, se habían retrasado y la visibilidad era nula. El camino se le hizo largo a Lola ese día, estaba deseosa de llegar para poder darse un baño y charlar con la marquesa. También esperaba carta de Luis. No la había, tampoco novedades. El grupo se acostó pronto.

El sonido de las cortinas al abrirse obligó a Lola a abrir los ojos y a quitarse el pequeño antifaz que usaba.

En la puerta estaba ya Isabela, vestida y peinada.

—¡Levanta, holgazana! —le dijo tirando del cobertor de la cama y empujando a su hermana que se hacía la remolona—. La modista lleva un rato en la cocina esperando que despiertes. Tiene que probarte el vestido con todos los complementos y si hay que hacer arreglos, necesitará su tiempo. ¡Vamos!

Con la cara congestionada, despeluchada y descalza, Lola atinó a levantarse, lavarse con la jofaina de agua que tenía en un rincón y vaciar la bacinilla. Una criada muy jovencita — Anita— que le había cedido la madre de Álvaro, se apresuró a llevarle unas toallas calientes. Poco a poco Lola iba confiando en ella. Cuando doña Rosalía se la había prestado... había temido que fuera una infiltrada, una informante suya y Lola le había impedido que entrara en su dormitorio y se le acercase. Luego había ido comprobando que era una muchacha dulce y encantadora, y le había permitido hacer su trabajo.

Durante toda la mañana la novia aguantó al pie del cañón, delante del espejo y con la presencia de todas la modita cosió, descosió, arregló sisas, cinturillas y botonaduras. El vestido era hermoso. Una sencilla *robé* de muselina blanca bordada en plata... tan fina que parecía un suspiro. Llevaba una cinturilla alta e iba rematado por una larga cola salpicada de pequeños tréboles plateados. De manga farol, Lola podría lucir sus elegantes guantes. En el cuello, después de descartar las abigarradas joyas que doña Rosalía había querido prestarle —joyas familiares, le había dicho— había optado por una sencilla cinta de terciopelo con una perla, de su propia madre, en el centro.

También luciría pequeños alfileres de perlas diseminadas por el pelo y una diadema delicada a juego, regalo de la marquesa, junto con el largo velo. La mañana la pasó sin salir de casa mientras Isabela y Clara dirigían todo y la marquesa disfrutaba de un paseo por el campo con los niños. Se los habían llevado a todos. En la casa se respiraba felicidad como hacía muchos años que no había. En un día así, en un momento así, Lola sintió tristeza por no poder tener a su padre a quien tan unida había estado siempre. Esa tarde, decidió visitarlos ella sola, en el cementerio y llevarles un gran ramo de margaritas y malvas que los niños habían cogido.

Necesitaba esos minutos de paz interior. Aunque no estuvieran presentes, Lola los sentía muy cerca de ella. Sentada en la lápida que los criados habían limpiado de malas hierbas todos esos años estando ellas ausentes, pensó en los dos. ¿Qué opinarían si supieran

que había sido ella, precisamente ella, a quien su madre tachaba siempre de marimacho, la primera en casarse? ¿Y con el amor de su vida? ¡Se sentía tan afortunada! Su padre lo hubiera encontrado de lo más natural. Siempre había creído que su hija Lola era capaz de conseguir cualquier cosa... Su madre no lo hubiera creído jamás.

Caía el sol en picado cuando se levantó, con los pies entumecidos, y regresó con los demás. El resto de la noche lo pasó en el jardín exterior, que olía maravillosamente a rosas y adelfas, riéndose con sus invitados, disfrutando de las gachas dulces que Ramona, la vieja cocinera de los Villar, les había preparado. Entre bromas, anécdotas de los viajes y ocurrencias, se relajó. Quedaban pocas horas para su boda y solo tenía una inquietud... que Luis no pudiese finalmente acompañarla al altar. Así las cosas, tendría que aceptar el ofrecimiento que le había hecho tío Pedro.

Aquello había sido volar. Iba lleno de polvo, sofocado y tenía las piernas que ni le sujetaban al caballo. Luis llevaba un aspecto lamentable cuando llegó a La Jara. Atravesó los portones que estaban abiertos de par en par y se encontró que ya había invitados elegantemente ataviados para la boda de su hermana. Había pensado que ir directamente a casa de Álvaro sería mejor... No tendría tiempo de ir a la suya y después regresar a la otra. Tampoco tendría en su casa nada que ponerse y Álvaro podría prestarle algún traje suyo. Sin dar explicación alguna a los lacayos que en el exterior atendían a los invitados se aproximó con su caballo a los establos situados en la parte trasera del edificio y mandó a uno de los mozos que fuera a buscar urgentemente al novio.

El rapaz acató la orden sin rechistar y subió donde el novio estaba terminando de vestirse con su ayuda de cámara. Su madre también terminaba de peinarse con la doncella así es que cuando el mayordomo avisó a su señor, este preguntó quién solicitaba su presencia abajo. Nadie le supo contestar. Álvaro, viendo que su madre aún llevaba las tenacillas en la cabeza, rogó a su hermana Inés que atendiera al recién llegado.

Luis se quitó la guerrera y el chaleco y se refrescó la cara en una cuba de agua; llevaba la camisa abierta, el pelo alborotado, regueros de suciedad cayéndole por la cara y su aspecto era poco recomendable por lo que decidió quedarse allí, con los caballos, hasta que fueran a atenderle. Desde allí,

observó el gentío y comprobó que todo estaba bien organizado: sirvientes con relucientes libreas, mesas llenas de viandas, numerosos ramos de flores hasta la capilla... sorprendente para los tiempos de miseria que aún corrían. Se preguntó cómo de nerviosa estaría Lola y si se habría enfado mucho por su ausencia. Quería que su aparición esa mañana fuera una sorpresa. Quería darle esa alegría. Por ello no le había importado viajar durante más de seis jornadas sin descanso desde Zaragoza. Sus superiores habían tardado en autorizarle la salida y él no podía abandonar su puesto sin más. No era cuestión de que ya al final de la guerra, y con todas las privaciones y peligros que había pasado, terminaran

considerándolo un desertor... casos se habían dado.

Oyó relinchar a su montura y le acercó también agua. Luego volvió el a refrescarse y se recostó encima del forraje mientras chupaba una paja y descansaba. Se le cerraban los ojos de puro agotamiento.

Así estaba, con las pestañas

entornadas, en un sopor, cuando la vio cruzar por delante de la ventana. Le pareció la mujer más atractiva del mundo, como un sueño. Llevaba el pelo largo y oscuro sujeto con un complicado peinado y los ojos le habían parecido violetas, a juego con la tela vaporosa de su delicado vestido. No la conocía, pensó inmediatamente, de eso estaba seguro... una cara como esa no se olvidaba fácilmente. Asomado a la apertura, entre dos caballos, la perdió de vista al girar en una esquina... Iba a salir a echar un vistazo, para comprobar quién era y adónde iba... Sería una invitada y quería poder localizarla sin problemas cuando estuviera presentable. En eso estaba cuando oyó una voz.

—¿Quién anda ahí... y qué quiere? — oyó y al mirar hacia la entrada la descubrió.

¡Era ella! Luis automáticamente se limpió las pajas que llevaba por encima, se echó para atrás el pelo mojado y cortésmente salió y la saludó. Como un relámpago captó el gesto de desdén de ella y se molestó. ¿Quién diablos sería esa engreída?

— ¿Qué hace aquí? —repitió ella altanera sin preguntarle siquiera el nombre—. ¿Cómo se atreve a molestar a mi hermano? ¿Acaso no sabe que hoy es su boda...? ¿Cómo cree que va a tener tiempo para atenderle? —le preguntó resuelta—. Si no se viste ahora mismo llamaré al capataz para que le eche a latigazos de la finca. ¿Cómo ha entrado? ¡Esto es una propiedad privada y

usted no es ningún invitado! —dijo al ver la pinta que llevaba. Más bien parecía uno de los muchos vagabundos, cuatreros y desharrapados que terminada la guerra, iban de finca en finca, de pueblo en pueblo, pidiendo trabajo.

—Si me deja hablar —dijo él con un tono seco—, podré explicárselo. Necesito ver a su hermano.

—No creo que lo que tenga que pedirle sea tan urgente, espere a mañana, o a dentro de unos días. Si es trabajo, mi madre también podrá recibirle... Mi hermano estará ausente una semana —le dijo ella y Luis casi se rio.

—No se confunda —siguió hablando al rato, después de observarla de forma descarada lo que a ella le provocó un gesto de disgusto—, pero no soy ningún cuatrero ni un lacayo...

—Pues lo parece —contestó ella.

—Pues le pido mil perdones, he viajado mucho... llevo muchos días de cabalgada y se...

—Pues tendrá que esperar unos cuantos más —le cortó ella sin dejarle terminar. Luis estaba empezando a perder la paciencia. Burlándose de ella, le hizo una reverencia—. Ahora márchese y no moleste. ¡Y ni se le ocurra salir así por delante de los invitados!

Sin darle tiempo a decir nada más, Inés de Urquijo abandonó los establos camino de las cocinas adonde su madre la había enviado para que supervisara que todo marchaba según lo decidido. Luis esperó a perderla de vista y colocándose de nuevo el chaleco sucio y la chaquetilla polvorienta abandonó las cuadras y se metió por una puerta trasera en la casa, subiendo a la habitación de Álvaro. Este terminaba de colocarse la corbata de blonda con lazada francesa cuando le vio a su espalda, reflejado en el espejo. Girándose le abrió los brazos y le dio un fuerte abrazo.

—Por fin apareces. ¡Creí que no llegarías a tiempo! ¿Sabe Lola qué estás aquí?

—No, no me ha dado tiempo a pasar por mi casa... he pensado que sería mejor venir aquí directamente y que me prestases a tu barbero, tu ayuda de cámara y ropa... No puedo hacer así de padrino —dijo señalándose el aspecto que llevaba—. No he podido correr más.

—Está bien, no te preocupes. ¡Ricardo! —llamó Álvaro a su ayuda de cámara y este acudió deprisa—. Prepara un baño a este amigo y búscale ropas

que le valgan —y Luis le siguió mientras arrancaba un racimo de uvas que había en una mesa. Llevaba sin comer desde el día anterior. Estaba desfallecido—. ¡Tienes algo más de una hora! No te retrases, no estaría bien hacer esperar a la novia —y Luis afirmó con la cabeza.

Luis se bañó y se afeitó, incluso el barbero tuvo tiempo de arreglarle los largos cabellos rubios que llevaba atados a la nuca. Cuando terminaron con él no parecía el mismo. Satisfecho, se miró en el espejo mientras se estiraba las mangas del frac y una doncella terminaba de lustrarle las botas. Lola podría estar orgullosa. Una vez se vaporizó perfume bajó al vestíbulo. Álvaro estaba con su madre y su hermana al fondo... Aquella era Inés. Luis la había visto solo en un par de ocasiones, siendo una mocosa, cuando la familia había pasado por La Carolina. Esa mañana, no la había reconocido hasta que ella se había presentado... aunque pensándolo bien, se dijo a sí mismo, se daba un aire a Álvaro. Luis se relamió pensando en el chasco que se llevaría ella cuando le viera aparecer. Se le acercó por la derecha y comprobó cómo Inés parecía mirar con interés a un caballero elegantemente vestido que tenía cerca mientras doña Rosalía hablaba con su hijo. Luis sintió una repentina oleada de celos que le provocó risa.

¡Sería estúpido! ¿Iba a ponerse celoso por esa niña mojigata y presumida? Y apartando tales sentimientos se acercó a su amigo. Álvaro sonrió satisfecho al verle.

—Pareces otro... Madre —dijo volviéndose a doña Rosalía, supongo que recordarás a Luis Villar. Inés, este es Luis Villar, el padrino de esta boda al que llevábamos esperando tantos días, el hermano de Lola.

La muchacha se quedó petrificada, con los ojos saltándosele de las orbitas. No tanto por la sorpresa de descubrir allí al mismo hombre que hacía un rato la había molestado en las cuabras sino porque con la barba cortada, el pelo limpio y vestido adecuadamente, aquel hombre más que un cuatrero parecía un adonis, una elegante escultura griega.

Él carraspeó al verla tan concentrada en mirarle sin recato.

—Creo que ya he tenido el gusto de saludar antes a tu hermana Inés... ¿No es así?

—Más o menos —contestó ella y Álvaro les miró a los dos sorprendido de la mirada que ambos se habían echado. Dejándolos unos minutos después, fue atender a otra pareja de recién llegados.

Solos con la única compañía de la estirada doña Rosalía, ni Luis ni Inés dijeron nada, limitándose a esperar la llegada del carruaje de la novia en silencio, mirándose de reojo. En eso estaban cuando vieron la polvareda a lo lejos y supieron que Lola llegaba por fin. Tres carruajes hicieron entrada, el primero con la marquesa, Bellavista y varios niños, el otro con Juan y Clara, y en el restante los tíos de Lola, Isabela y las chicas. Detrás, el último, el de la novia. En el recinto sonaron aplausos. Doña Rosalía comentó con su hija lo desagradable que era tener que albergar allí a aquellos mocosos muertos de hambre y lo horrible del traje de M^a Teresa, que apenas si dirigió un saludo a la futura suegra de Lola. Antes de salir, ya había instruido a su pupila cómo ignorarla supinamente. Lola se había reído. El manual de cómo ignorar a una suegra inaguantable que le ofrecía M^a Teresa era verdaderamente atrevido... Ya vería si ella era capaz de ponerlo en práctica.

Tío Pedro se acercaba a abrirle la portezuela para que la novia bajase cuando Luis salió del grupo donde estaba y se acercó. Lola, reconociéndole, se tiró a sus brazos.

—¡Estás preciosa! —le dijo el al oído y Lola dejó que una lágrima de felicidad se le escapara.

—¡Creí que no llegarías, que no podrías acompañarnos al final!

—A punto he estado de no hacerlo...

ha sido difícil abandonar Zaragoza. Aunque aquí no lo parezca, la guerra aún continúa y yo sigo movilizado, pero aquí me tienes. ¡No podía dejarte sola en este día!

Agarrados del brazo, con Isabela colocándola el velo de blonda a su espalda, ambos entraron a la capilla después de que lo hicieran Álvaro y su madre. Los invitados ya se habían sentado en sus bancos cuando Luis dejó a su hermana ante el altar, después de entregársela al novio. El sacerdote comenzó el oficio, los novios hicieron los votos, sonó el viejo órgano parroquial y Álvaro colocó su anillo, con un hermoso trébol blanco de marfil, en su dedo. Después besó apasionadamente a la novia. Fuera en la puerta cientos de pétalos y flores cubrieron a los desposados al salir.

En grandes mesas corridas, el servicio comenzó pronto a servir el festín: cerdo asado en espetones, cordero a la miel con verduras, dulces... y luego llegó el baile. Lola y Álvaro iniciaron la ronda de contradanzas y de seguidillas y con la noche ya encima, dejaron que los demás se unieran al

grupo. Luis se acercó a Inés para invitarla a bailar, pero iba a hacerlo cuando el elegante caballero con el que le había visto esa mañana, se le adelantó. Inés le hizo un gesto de sarcasmo al verle acercarse y Luis, molesto, prefirió olvidarse de ella toda la fiesta, bailando primero con sus hermanas, con su prima Ana y con Clara. Isabela y Lola se abrazaron al final del festejo. Juntas, con una limonada en la mano, descansaron del ajetreo y observaron al gentío.

—¿Has visto a Luis? No ha habido muchacha que no haya coqueteado con él para que la sacara a bailar —dijo

Isabela.

—Pues lleva dos minués con esa chica —dijo señalando a la que en ese momento danzaba con su hermano—, que es horrorosa. No creo que sea su tipo —y las otras se rieron.

—No —reconoció Isabela—, supongo que le gustarán más otras... como Inés.

—¿Esa sosa estirada? —le preguntó Lola divertida e Isabela se encogió de hombros—. ¿Por qué lo dices?

—Porque no han bailado ni una sola vez juntos, de hecho ella, cada vez que se ha visto sin pareja y a Luis acercándosele, se las ha ingeniado para darle la espalda y buscarse acompañante, pero hay miradas que matan. Y yo te digo que entre esos dos...

—¡No me lo puedo creer! ¡Luis no la aguantaría ni un minuto!

—Ya veremos —contestó Isabela. Después siguieron hablando de que ese día la marquesa parecía contenta y de que tía María parecía en su salsa.

—Lo de ver bailar a Bellavista ha sido un acontecimiento —dijo Lola riéndose y su hermana le dio la razón.

—No sé si mejor no ha sido ver a Isabela bailando con ese petardo de Fermín de Angulema —dijo Clara que se acababa de incorporar al dúo, refiriéndose a uno de los invitados. ¡Dios Isabela, estabas tan envarada que era imposible que llevaras el ritmo!

—¡Sacrificios que una hace por la familia! —dijo riéndose.

Las tres amigas se agarraron de las manos y se miraron a los ojos emocionadas. Sabían que después de tantos años juntas, la vida las separaba. Clara marcharía en breve al norte, a Asturias con Juan, Lola volvería a Madrid con Álvaro e Isabela había decidido quedarse en su cortijo en Jaén con su hermana menor, Josefina. Esta no paraba de protestar, quería seguir con

sus tíos y su prima Ana en Madrid. Y estaba por ver qué haría una vez finalizada la guerra Luis. El grupo se desharía.

—¡Os veo muy melancólicas! —les dijo Álvaro al rato—. Si es por la separación... no creo que vaya a ser muy larga. A Lola y a mí nos encantaría teneros pronto en nuestra residencia en Madrid. Siempre seréis recibidas allí como si fuera vuestra casa —e Isabela le agradeció el comentario.

—Isabela, piénsatelo —le dijo Lola —, puedes venirte a vivir conmigo a Madrid cuando quieras. Tú y Josefina.

—Josefina quiere quedarse con Ana...

—También puedes ir a casa de la marquesa. M^a Teresa te ha invitado de todo corazón a que te quedes con ella. Os haríais mutua compañía y podríais viajar, como tú siempre has soñado. M^a Teresa lleva años queriendo ir a Italia... Además la ayudarías a cuidar a los huérfanos.

—Lo sé, me lo pensaré. Es una oferta tentadora, pero de momento necesito estar unos meses aquí, reorganizar la hacienda... Lo necesito.

—Está bien, haz lo que quieras, pero para Navidad espero que estés de vuelta a Madrid.

Hablaban del asunto cuando la duquesa viuda e Inés llamaron a Álvaro, le pedían que despidiera a unos invitados que parecían prestos a marcharse ya. Este se alejó y al mismo tiempo se les acercó Luis.

—Qué —les dijo con guasa—. ¿Os habéis reído ya suficientemente a mi costa? —y las chicas soltaron una carcajada.

—¡Solo un poco! —le contestaron para al rato volver a sentir una cierta tristeza.

—Vamos, animaos... Esto no es el fin del mundo y además estáis de suerte — dijo señalando a Clara e Isabela—: por fin os veréis libres de esta loca — y señaló a la novia.

Durante un rato charlaron amigablemente, despellejaron a unos cuantos invitados y se tomaron la última copa. La marquesa con los niños, Bellavista, los tíos y la familia de Lola tenían que regresar a su cortijo y Juan y Clara tenían que partir para la capital al día siguiente. Luis se acercó antes de marcharse a su nuevo cuñado.

—¡Te deseo suerte... a los dos! —y le tendió la mano—. Sé que serás un magnífico esposo para Lola. Sabes cuánto la quiero... Espero que seáis muy

felices.

—Gracias, gracias por todo, por tu ayuda cuando la necesitamos —le dijo Álvaro y los dos se dieron un fuerte abrazo.

Las despedidas fueron sucediéndose. Lola también tuvo algunas palabras con las que ya eran su suegra y su cuñada, aunque más protocolarias y frías. De forma menos cariñosa las dos desearon suerte a la novia en su nueva vida de casada. La duquesa le dio un ligero beso en la mejilla y se retiró; Inés, inesperadamente, la abrazó. Lola notó que la muchacha se emocionaba... Ese único instante de debilidad le sirvió para perdonarle su arrogancia de todas esas semanas. Inés,—como decía

Álvaro, no tenía mal fondo, era solo que había sido educada por una madre rígida y gélida... Habría que liberarla de sus garras. Lola tomó nota de esa idea... se la propondría a su esposo en cuanto pudiera.

—Me alegro por Álvaro —le dijo Inés ya repuesta de la emoción—, creo que ha hecho una buena elección, que contigo será feliz. Se ve que te quiere mucho...

—Gracias —le contestó Lola—, me hace muy feliz que apruebes nuestra relación. Me gustaría que fuéramos hermanas... que nos tratáramos como hermanas...— y la otra afirmó con la cabeza—. Nuestra casa será la tuya, visítanos cuando quieras...

—Gracias, aunque ahora nos instalaremos en nuestra residencia de Madrid y os dejaremos intimidad. Además, mi madre quiere que hagamos en breve un viaje por Europa, cuando finalice la guerra. Tal vez vayamos a Italia o a Inglaterra... no sé. Supongo que estaremos un tiempo fuera. ¡Ya hemos estado recluidas demasiado tiempo estos años! —y Lola la dio la razón—. Mi madre considera que mi educación se ha quedado provinciana y me ha organizado un tour por medio mundo... quiere que conozca otros sitios... y a otros hombres — y la otra se rio—. Supongo que no parará hasta que me encuentre un marido al nivel que ella considere apropiado.

—Eso seguro —le contestó Lola que estaba seguro que ese era el verdadero objetivo de doña Rosalía con sacar a su hija fuera, buscarle un esposo que satisficiera sus altas expectativas. No quería dejarla suelta y que la decepcionase como había hecho su hijo y heredero, casándose con una muchacha con baja renta y sin título que aportar— Solo espero que tengas suerte y encuentres a alguien que te haga tan feliz como tu hermano me ha

hecho a mí.

—Eso será difícil —dijo la otra con un deje de resignación—. Nunca había visto tan feliz a mi hermano... Sería maravilloso poder hacer una pareja como vosotros, pero la vida es complicada. Me conformaré con menos.

—Pues no deberías hacerlo —le dijo Lola soltándola de las manos—. No renuncies a lograrlo tan fácilmente. No tengas prisa... no dejes que tu madre te presione hasta equivocarte... Tómame tu tiempo y seguro que lo encontrarás...

—Ojalá —dijo Inés marchándose ya, pero sin echar en saco roto el consejo.

—¿Vienes ya, mujer? —oyó Lola a Álvaro impaciente llamándola para que se retirara a su cuarto.

—Adiós —le dijo Inés y Lola le dio un beso en la mejilla.

Recogiéndose el vestido Lola se dirigió veloz a la escalera y subió deprisa a su cuarto. Álvaro, la estaba esperando.

Table of Content

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Citas](#)

[Primera parte \(Madrid, 1808\)](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Segunda parte \(Frente de AragónMadrid, 1809\)](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Tercera parte \(Cádiz-Madrid, 18101812\)](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Manuscritos](#)